Jean
LAPLANCHE
Jean-Bertrand
PONTALIS

DICCIONARIO DE **PSICOANÁLISIS**

bajo la dirección de
DANIEL LAGACHE

PAIDÓS
Buenos Aires
Barcelona
México

Título original: *Vocabulaire de la Psychanalyse*
Publicado en francés por Presses Universitaires de France, París

Traducción de Fernando Gimeno Cervantes

Cubierta de Julio Vivas

Defensa 599, Buenos Aires
paidosliterario@ciudad.com.ar
Ediciones Paidós Ibérica SA
Mariano Cubí 92, Barcelona
Editorial Paidós Mexicana SA
Rubén Darío 118, México D.F.

Queda hecho el depósito que previene la Ley 11.723
Impreso en la Argentina - Printed in Argentina

Impreso en Verlap S.A.
Comandante Spurr 653, Avellaneda, en mayo de 2001

ISBN 950-12-7321-0

ÍNDICE DE MATERIAS

A D. Ramón Meseguer, Doctor en Filosofía y Psicólogo Clínico, hay que agradecerle su colaboración en el cotejo de textos de Freud, que conoce por su dominio de la lengua alemana y por haber vivido la experiencia analítica.

Merece mención especial el incansable trabajo de revisión, párrafo por párrafo, palabra por palabra, llevado a cabo por Dña. Marta Trepat y por la Srta. Margarita Noguera, del Departamento de Psicología del Servicio Psiquiátrico del Hospital de San Juan de Dios de Barcelona. Sin las reuniones periódicas con las personas precitadas, la revisión de esta obra hubiera carecido de vida y dinamismo.

Deseamos, pues, que esta traducción venga a cumplir uno de los votos de Daniel Lagache, que en su prefacio a este libro señala ya la posibilidad de traducción a otros idiomas de este vocabulario para que sea no solamente «un instrumento de trabajo», sino «un documento de trabajo» para todas aquellas personas interesadas, directa o indirectamente, en el movimiento psicoanalítico.

DR. FERNANDO ANGULO

RAZONES E HISTORIA DE ESTA OBRA

La aversión al psicoanálisis se expresa en ocasiones con ironías respecto a su lenguaje. En realidad, los psicoanalistas no buscan el empleo abusivo o intempestivo de palabras técnicas que oculten la confusión del pensamiento. Pero, como cualquier otra profesión o ciencia, el psicoanálisis precisa disponer de términos propios. Siendo un método de investigación y de tratamiento, una teoría del funcionamiento normal y patológico del aparato psíquico, ¿cómo habría podido formularse la novedad de sus descubrimientos y concepciones sin recurrir a palabras nuevas? Es más, puede decirse que todo descubrimiento científico se forma, no amoldándose al sentido común, sino a pesar o en contra del sentido común; el escándalo provocado por el psicoanálisis se debe menos a la importancia que atribuyó a la sexualidad, que a la introducción de la *fantasía* inconsciente en la teoría del funcionamiento mental del hombre en sus relaciones con el mundo y consigo mismo; el lenguaje usual carece de palabras para designar las estructuras y movimientos psíquicos que, a la luz del sentido común, no existen: ha sido, pues, necesario inventar palabras (entre doscientas y trescientas) cuyo número varía según el rigor de la lectura de los textos y los criterios acerca del carácter técnico de los términos. Aparte la lectura de los trabajos psicoanalíticos, existen muy pocas fuentes para captar el sentido de tales palabras: algunos *vocabularios* que figuran al final de obras didácticas, ciertas definiciones en los diccionarios de psicología y de psicopatología publicados hace veinte o treinta años, pero, prácticamente, casi no existe un instrumento de trabajo especial y completo; la empresa que más se aproxima a este objetivo ha sido el *Handwörterburh der Psychoanalyse*, del Dr. Richard F. Sterba, cuya redacción se interrumpió, por determinadas circunstancias, en la letra L, y la impresión, en la palabra *Grössenwahn.* «No sé —me escribió el Dr. Richard F. Sterba— si ésta se refiere a mi megalomanía o a la de Hitler»; el Dr. Sterba tuvo la amabilidad de enviarme los cinco fascículos publicados de

dicha obra, rara o imposible de encontrar (Internationale Psychoanalytische Verlag, 1936-1937); citaré también un libro de concepción totalmente distinta, que constituye una compilación alfabética de textos freudianos, traducidos al inglés y publicada por Fodor y Gaynor, en 1950, con un prólogo de Theodor Reik (Fodor N. y Gaynor F., *Freud: Dictionary of Psychoanalysis*, prólogo de Theodor Reik, Nueva York, Philosophical Library, 1950, XII + 208 páginas).

La terminología técnica del psicoanálisis es, en su mayor parte, obra de Freud; y se fue enriqueciendo al mismo tiempo que sus descubrimientos y su pensamiento. A diferencia de lo sucedido en la historia de la psicopatología clásica, Freud tomó pocas palabras del latín y del griego; ciertamente, recurrió a la psicología, a la psicopatología y a la neurofisiología de su época; pero sus palabras y fórmulas las extrajo sobre todo del alemán, utilizando los recursos y facilidades que le proporcionaba su propia lengua. Es por ello que una traducción fiel resulta difícil y la terminología analítica produce entonces una impresión insólita, que la lengua de Freud no produce, al no haberse explotado al máximo los recursos que ofrece la lengua del traductor; en otros casos, es la sencillez de la expresión freudiana lo que hace olvidar su carácter técnico. Pero la verdadera dificultad no es ésta; sólo en un plano secundario es de tipo lingüístico. Si bien Freud, como escritor, se mostró inventivo, cuidó poco la perfección de su vocabulario. Sin enumerar los tipos de dificultades que se presentan, baste decir que en la terminología analítica sucede como en muchas lenguas, en las que no faltan la polisemia y las imbricaciones semánticas; distintas palabras no siempre evocan ideas muy diferentes.

Se lucha, pues, con palabras, pero no por las palabras. Tras éstas hace falta encontrar hechos, ideas, es decir, la organización conceptual del psicoanálisis. Esta tarea resulta laboriosa, tanto por la fértil y prolongada evolución del pensamiento de Freud, como por la extensión de una literatura cuyos títulos llenan ya nueve volúmenes de la bibliografía de Grinstein. Además, al igual que las ideas y juntamente con éstas, las palabras no se limitan a nacer, sino que tienen un destino; algunas caen en desuso o se utilizan cada vez menos, cediendo su frecuencia a otras que responden a nuevas orientaciones de la investigación y de la teoría. Con todo, lo esencial de la terminología freudiana ha resistido el paso del tiempo; las innovaciones, por lo demás poco numerosas, se han introducido sin alterar su organización ni su matiz. Por ello, un diccionario no puede limitarse a dar definiciones que distingan los diversos senti-

dos que han podido poseer los términos psicoanalíticos; es preciso que un comentario, basado en referencias y citas, justifique las conclusiones a que se llega. Un comentario de este tipo implica una amplia consulta de la literatura, pero, sobre todo, el conocimiento de los textos freudianos, ya que en éstos se encuentran las bases de la conceptualización y de la terminología, y las dimensiones que alcanza la literatura psicoanalítica escapan a las posibilidades de un investigador aislado o de un equipo numeroso. Por consiguiente, un diccionario de esta naturaleza no puede basarse en la mera erudición, sino que exige especialistas familiarizados con la experiencia psicoanalítica. Con todo, una orientación que trascienda las palabras para buscar los hechos y las ideas, no debe inducir a caer en un diccionario de conocimientos. En suma, se trata de hacer un censo de los empleos de las palabras, de explicar unos por los otros y señalar las dificultades, sin pretender resolverlas, introduciendo pocas innovaciones, por ejemplo, para proponer traducciones más fieles. El método más conveniente es el histórico-crítico, utilizado ya en el *Vocabulaire technique et critique de la Philosophie*, de André Lalande. Tales eran los criterios iniciales hacia los años 1937 a 1939, cuando se inició el proyecto de un diccionario de psicoanálisis. Los datos recogidos se perdieron; las circunstancias, otras tareas y la falta de documentación, condenaron a aquel proyecto al sueño, si no al abandono; sueño incompleto, en el sentido de que las preocupaciones terminológicas no faltaron en diversos trabajos. Hasta 1958 no se produjo el despertar, siempre en el espíritu histórico-crítico del *Vocabulaire de la Philosophie*, de Lalande, aunque con diferentes modalidades.

Tras algunos tanteos, las necesidades de la obra y el deseo de llevarla a cabo hallaron respuesta en la colaboración de J. Laplanche y J.-B. Pontalis. La consulta de la literatura psicoanalítica y la reflexión sobre los textos, la redacción de los proyectos de artículos, la revisión de estos proyectos y su definitiva puesta a punto, les exigieron casi ocho años de trabajo; trabajo fecundo, ciertamente, pero también apremiante y, en ocasiones, fastidioso. La mayor parte de los proyectos de artículos fueron leídos y discutidos entre nosotros, y yo conservo un vivo recuerdo de la animación de estos coloquios, durante los cuales la buena armonía no impedía las discrepancias de criterio ni un rigor sin concesiones. Sin el esfuerzo de «pioneros», de Laplanche y de Pontalis, el proyecto concebido veinte años antes no habría llegado a convertirse en este libro.

Durante estos años de labor, sobre todo en los últimos, no ha dejado de producirse un cambio de orientación en la obra, lo cual

no es signo de debilidad, sino de vitalidad. Así fue como Laplanche y Pontalis centraron cada vez más sus investigaciones y sus reflexiones en torno a los escritos freudianos, recurriendo de buen grado a los primeros textos psicoanalíticos y al *Proyecto de una psicología científica*, de 1895, que acababa de ser publicado. El hecho de que se conceda la máxima importancia al origen de las ideas y de las palabras, no ha disminuido la preocupación por su destino y su alcance. El *Diccionario de Psicoanálisis* lleva, pues, el sello personal de Laplanche y de Pontalis, sin faltar a los principios que inspiraron el proyecto inicial de una tal obra.

Su finalidad fue y sigue siendo el responder a un deber, a una necesidad sentida por nosotros, reconocida por otros, raramente ignorada. Deseamos que resulte *útil*, que se convierta en instrumento de trabajo para los investigadores, estudiantes de psicoanálisis y otros especialistas, así como para los aficionados. A pesar de haber sido elaborado con esfuerzo y escrupulosidad, los lectores informados, atentos y exigentes descubrirán, sin duda, lagunas y errores de hecho o de interpretación; si estos lectores nos comunican sus críticas, éstas no serán desatendidas, sino acogidas calurosamente y estudiadas con interés. Por lo demás, el objeto, el contenido y la forma de este *Diccionario* no parecen impedir su traducción a otros idiomas. Observaciones, críticas y traducciones responderán a una segunda ambición: que el *Diccionario de Psicoanálisis* no sea tan sólo un «instrumento de trabajo», sino también un «documento de trabajo».

D. L.

PRÓLOGO DE LA EDICIÓN FRANCESA

La presente obra contiene los principales conceptos del psicoanálisis e implica cierto número de opciones:

1.ª En la medida que el psicoanálisis ha renovado la comprensión de la mayoría de los fenómenos psicológicos y psicopatológicos, e incluso del hombre en general, cabría la posibilidad, en un manual alfabético que se propusiera abarcar el conjunto de las aportaciones psicoanalíticas, de tratar, no solamente de la libido y de la transferencia, sino también del amor y del sueño, de la delincuencia o del surrealismo. Pero nuestra intención ha sido del todo distinta: deliberadamente, hemos decidido analizar el aparato conceptual del psicoanálisis, es decir, el conjunto de conceptos que ha ido elaborando para explicar sus descubrimientos específicos. Este *Diccionario* considera, no todo lo que intenta explicar el psicoanálisis, sino más bien lo que le sirve para explicarlo.

2.ª El psicoanálisis nació hace casi tres cuartos de siglo. El «movimiento» psicoanalítico conoció una historia larga y tormentosa; se crearon grupos de analistas en muchos países, donde inevitablemente la diversidad de los factores culturales repercutió sobre las propias concepciones. Más que enumerar la multiplicidad, por lo menos aparente, de los empleos a través del tiempo y del espacio, hemos preferido recoger, en su propia originalidad, los conceptos a menudo desvirtuados y oscurecidos, y conceder por ello una importancia primordial al momento de su descubrimiento.

3.ª Esta decisión nos ha llevado a referirnos esencialmente a la obra fundadora de Sigmund Freud. Una investigación, incluso parcial, efectuada a través de la inmensa literatura psicoanalítica, demuestra hasta qué punto la mayoría de los conceptos utilizados tienen su origen en los escritos freudianos. También en este sentido nuestro *Diccionario* difiere de una obra realizada con fines enciclopédicos.

Esta misma preocupación por encontrar las aportaciones conceptuales fundamentales, hace que se hayan tomado en consideración otros autores además de Freud. Así, para citar sólo un ejemplo, presentamos cierto número de conceptos introducidos por Melanie Klein.

4.ª En el campo de la psicopatología, nuestra elección se ha guiado por tres principios:

a) Definir los términos creados por el psicoanálisis, tanto si su empleo se ha conservado (por ejemplo: *neurosis de angustia*) como si ha caído en desuso (por ejemplo: *histeria de retención*).

b) Definir aquellos términos utilizados por el psicoanálisis en una acepción que difiere, o ha podido diferir, de la acepción psiquiátrica generalmente admitida (por ejemplo: *paranoia, parafrenia*).

c) Definir los términos que, si bien tienen la misma acepción en psicoanálisis que en clínica psiquiátrica, poseen un valor axial en la nosografía analítica (por ejemplo: *neurosis, psicosis, perversión*). Por lo que hemos intentado proporcionar, al menos, unos puntos de referencia al lector poco familiarizado con la clínica.

Los artículos aparecen en orden alfabético. Para señalar las relaciones existentes entre los diferentes conceptos, hemos recurrido a dos signos convencionales: la expresión *véase esta palabra* significa que el tema considerado es también abordado o tratado, con frecuencia de un modo más completo, en el artículo al cual se remite al lector; el asterisco * indica simplemente que el término al cual se aplica se encuentra definido en el *Diccionario*. De este modo desearíamos invitar al lector a establecer, por sí mismo, relaciones significativas entre los conceptos y a orientarse en las redes de asociaciones del lenguaje psicoanalítico. Con ello creemos haber evitado un doble peligro: la arbitrariedad a que podría conducir una clasificación puramente alfabética y el riesgo, más frecuente, del dogmatismo ligado a las exposiciones de tipo hipotético-deductivo. Nuestro deseo es que, así, puedan aparecer series, relaciones internas, «puntos nodales» distintos de aquellos en que se apoyan las descripciones sistemáticas de la doctrina freudiana.

Cada palabra es objeto de una definición y de un comentario. La *definición* intenta recoger su acepción, deducida de su empleo riguroso en la teoría psicoanalítica. El *comentario* representa la

parte crítica y lo esencial de nuestro estudio. El método que en él seguimos podría definirse con tres términos: historia, estructura y problemática. Historia: sin sujetarnos a un orden de presentación rigurosamente cronológico, hemos querido indicar, para cada concepto, sus orígenes y las principales etapas de su evolución. Tal investigación del origen no tiene, a nuestro modo de ver, un interés de simple erudición: sorprende ver cómo los conceptos fundamentales se iluminan, cómo vuelven a aparecer sus aristas vivas, sus contornos, sus articulaciones recíprocas, cuando se confrontan de nuevo con las experiencias que les dieron origen, con los problemas que han jalonado y dirigido su evolución.

Esta investigación histórica, aunque se presenta aisladamente para cada concepto, remite rápidamente a la historia del conjunto del pensamiento psicoanalítico. Por tanto, resulta imprescindible considerar la situación de un determinado elemento en relación con la estructura en que se localiza. A veces, esta función parece fácil de señalar, hallándose explícitamente reconocida en la literatura psicoanalítica. Pero, con frecuencia, las correspondencias, las oposiciones, las relaciones, aun cuando sean indispensables para captar un concepto en su originalidad, tan sólo se hallan implícitas: para citar algunos ejemplos bien elocuentes, la oposición entre «pulsión» e «instinto», necesaria para comprender la teoría psicoanalítica, no se halla formulada en parte alguna de la obra de Freud; la oposición entre «elección objetal anaclítica o de apoyo» y «elección objetal narcisista», si bien es recogida por la mayor parte de los autores, a menudo no la relacionan con lo que la esclarece en Freud: el «apoyo» de las «pulsiones sexuales» en las funciones de «autoconservación»; la articulación entre «narcisismo» y «autoerotismo», indispensable para poder situar estos dos conceptos, perdió rápidamente su original claridad, y esto en el propio Freud. Finalmente, algunos fenómenos estructurales son todavía más desconcertantes: en efecto, en la teoría psicoanalítica no es excepcional que la función de ciertos conceptos o grupos de conceptos se encuentre, en una etapa ulterior, transferida a otros elementos del sistema. Sólo una *interpretación* permitirá hallar de nuevo, a través de tales permutaciones, determinadas estructuras permanentes del pensamiento y de la experiencia psicoanalíticos.

Nuestro comentario intenta, en relación con los principales conceptos, evitar o, por lo menos, esclarecer las ambigüedades y explicitar eventualmente las contradicciones; es raro que éstas no desemboquen en una problemática que puede volver a encontrarse a nivel de la experiencia misma.

Desde un punto de vista más modesto, esta discusión nos permitió poner en evidencia un cierto número de dificultades específicamente terminológicas y establecer algunas propuestas destinadas a fijar la terminología que, muy a menudo, carece de coherencia en lengua francesa.

Al principio de cada capítulo indicamos las *equivalencias* en lengua alemana *(Al.)*, francesa *(Fr.)*, inglesa *(Ing.)*, italiana *(It.)* y portuguesa *(P.)*.

Las notas figuran al final de cada voz, y las referencias y abreviaturas bibliográficas en las primeras páginas del libro. Las llamadas a *notas* se señalan por medio de letras griegas; las *referencias*, mediante números entre paréntesis. La bibliografía específica, aparece al final de la obra.

Los pasajes que se citan, así como los títulos de las obras a las que se hace referencia a lo largo del texto, han sido traducidos por los autores.

J. L. y J.-B. P.

AGRADECIMIENTOS

Expresamos nuestro agradecimiento a cuantos han manifestado su interés por esta obra y contribuido a su elaboración.

El *Vocabulaire allemand-anglais*, reeditado en 1943 por Alix STRACHEY, ha sido para nosotros, a pesar de su pequeño tamaño, uno de los instrumentos de trabajo más útiles. Pero, ¿cómo rendir homenaje a la «*Standard Edition des Œuvres Psychologiques Complètes de Sigmund Freud*», traducidas y publicadas bajo la dirección del Prof. James STRACHEY, con la colaboración de Anna FREUD, y la ayuda de Alix STRACHEY y Alan TYSON, sino diciendo el gran interés con que ha sido acogido cada uno de sus volúmenes? Las traducciones y los comentarios, el aparato crítico y los índices hacen de esta gran obra una incomparable fuente de referencias para la investigación.

En lo que respecta a la elección de los equivalentes extranjeros, el *Diccionario de Psicoanálisis* se ha beneficiado de la colaboración del Dr. Ángel GARMA, del Dr. Fidias R. CESIO y de la Dra. Marie LANGER, para los equivalentes españoles; de la del Dr. Elvio FACHINELLI (Milán), traductor italiano de Freud, ayudado por Michel DAVID, profesor de francés en la Universidad de Padua, para los equivalentes italianos; de la de la Sra. Elza RIBEIRO HAWELKA y del Dr. Durval MARCONDES, para los equivalentes portugueses.

Desde el principio al fin, la Sra. Elza RIBEIRO HAWELKA, colaboradora técnica en la Cátedra de Psicología Patológica (Facultad de Letras y Ciencias Humanas, París, Sorbona), ha representado una ayuda adicta, importante por su diligencia, su interés y su experiencia en varios idiomas. La misma dedicación ha mostrado la Srta. Françoise LAPLANCHE desde la primavera de 1965 y, a partir de enero de 1966, la Srta. Evelyne CHATELLIER, colaboradora técnica en el Centro Nacional de Investigación Científica, anexo al Laboratorio de Psicología Patológica.

A

ABREACCIÓN

= *Al.:* Abreagieren. — *Fr.:* abréaction. — *Ing.:* abreaction. — *It.:* abreazione. — *Por.:* ab-reação.

Descarga emocional, por medio de la cual un individuo se libera del afecto* ligado al recuerdo de un acontecimiento traumático, lo que evita que éste se convierta en patógeno o siga siéndolo. La abreacción puede ser provocada en el curso de la psicoterapia, especialmente bajo hipnosis, dando lugar a una catarsis; pero también puede producirse de forma espontánea, separada del trauma inicial por un intervalo más o menos prolongado.

El concepto de abreacción sólo puede comprenderse recurriendo a la teoría de Freud acerca de la génesis del síntoma histérico, tal como la expuso en *El mecanismo psíquico de los fenómenos histéricos* (*Über den psychischen Mechanismus hysterischer Phänomene*, 1893) (1 *a*) (α). La persistencia del afecto ligado a un recuerdo depende de varios factores: el más importante de ellos es la forma como el sujeto reacciona frente a un determinado acontecimiento. Esta *reacción* puede consistir en reflejos voluntarios o involuntarios, y abarcar desde el llanto hasta la venganza. Si tal reacción es lo suficientemente intensa, gran parte del afecto ligado al acontecimiento desaparece. Si esta reacción es reprimida (*unterdrückt*), el afecto persiste ligado al recuerdo.

Así, pues, la abreacción constituye el mecanismo normal que permite al individuo reaccionar frente a un acontecimiento y evitar que éste conserve un *quantum* de afecto* demasiado importante. Con todo, para que esta reacción posea un efecto catártico, es preciso que sea «adecuada».

La abreacción puede ser espontánea, es decir, seguir al acontecimiento con un intervalo lo bastante breve como para impedir que su recuerdo se halle cargado de un afecto lo suficientemente intenso para convertirse en patógeno. Pero también puede ser secundaria, provocada por la psicoterapia catártica, que permite al enfermo recordar y objetivar verbalmente el acontecimiento traumático y liberarlo así del *quantum*

de afecto que lo convertía en patógeno. En efecto, Freud señaló ya en 1895: «El hombre encuentra en el lenguaje un substitutivo de la acción, mediante el cual el afecto puede ser *derivado por abreacción* casi en idéntica forma» (1 *b*).

Pero la abreacción masiva no es la única forma en que un individuo puede liberarse del recuerdo de un hecho traumático: el recuerdo puede ser también integrado en una serie asociativa que permita la corrección del acontecimiento, su reinstalación en el lugar correspondiente. Desde los *Estudios sobre la histeria (Studien über Hysterie)*, Freud describe a veces como proceso de abreacción una auténtica labor de rememoración y elaboración psíquica, mediante la cual el mismo afecto es reavivado de modo paralelo al recuerdo de los diferentes acontecimientos que lo suscitaron (1 *c*).

La falta de abreacción determina que ciertos grupos de representaciones, que se hallan en el origen de los síntomas neuróticos, subsistan en estado inconsciente y aislados del curso normal del pensamiento: «Las representaciones que se han vuelto patógenas conservan su actividad por el hecho de no hallarse sometidas al desgaste normal por la abreacción, y por la imposibilidad de su reproducción en los estados asociativos libres» (1 *d*).

Breuer y Freud distinguieron las diversas clases de condiciones que impiden al individuo abreaccionar. Algunas de ellas dependerían, no de la naturaleza del acontecimiento en sí, sino del estado psíquico en que se hallaba el sujeto en el momento de producirse aquél: susto, autohipnosis, estado hipnoide*; otras van ligadas a circunstancias, generalmente de tipo social, que obligan al individuo a contener sus reacciones. Finalmente, puede tratarse de un acontecimiento que «[...] el enfermo quiso olvidar y que hechazó, inhibió, suprimió intencionadamente, alejándose de su pensamiento consciente» (1 *e*). Estas tres clases de condiciones definen los tres tipos de histeria: hipnoide*, de retención* y de defensa*. Como es sabido, Freud, después de la publicación de los *Estudios sobre la histeria*, sólo conservó esta última forma.

El acento puesto exclusivamente en la abreacción para la eficacia de la psicoterapia caracteriza el período denominado del método catártico. Con todo, este concepto sigue estando presente en la teoría de la cura psicoanalítica, por razones de hecho (presencia en toda cura, en diversos grados según los tipos de pacientes, de manifestaciones de descarga emocional) y de fondo, en la medida en que toda teoría de la cura toma en consideración no sólo el *recuerdo* sino también la *repetición*. Conceptos tales como los de transferencia*, trabajo elaborativo*, actuar*, implican una referencia a la teoría de la abreacción, al tiempo que conducen a concepciones de la cura más complejas que las de la pura y simple liquidación del afecto traumatizante.

(a) Al parecer, el neologismo *abreagieren* fue creado por Breuer y Freud a partir del verbo *reagieren*, utilizado en su forma transitiva, y el prefijo *ab*, que posee diversas significaciones, en especial distancia en el tiempo, separación, disminución, supresión, etc.

ABSTINENCIA (REGLA DE LA —, PRINCIPIO DE LA —)

= *Al.*: Abstinenz (Grundsatz der). — *Fr.*: abstinence (règle d'). — *Ing.*: abstinence (rule of). — *It.*: astinenza (regola di). — *Por.*: abstinência (regra de).

Principio según el cual la cura analítica debe ser dirigida de tal forma que el paciente encuentre el mínimo posible de satisfacciones substitutivas de sus síntomas. Para el analista, ello implica la norma de no satisfacer las demandas del paciente ni desempeñar los papeles que éste tiende a imponerle. El principio de la abstinencia puede, en algunos casos y en ciertos momentos de la cura, concretarse en consignas relativas a los comportamientos repetitivos del paciente que entorpecen la labor de rememoración y elaboración.

La justificación de este principio es de tipo fundamentalmente económico. El analista debe evitar que las cantidades de libido liberadas por la cura se recatecticen de modo inmediato sobre objetos externos; en lo posible deben ser transferidas a la situación analítica. La energía libidinal se encuentra ligada por la transferencia, y se rechaza toda posibilidad de descarga distinta a la expresión verbal.

Desde el punto de vista dinámico, el *poder* de la cura se basa en la existencia de un sufrimiento por frustración; pero este último tiende a disminuir a medida que los síntomas ceden su puesto a comportamientos substitutivos más satisfactorios. Por consiguiente, resulta importante mantener o restablecer la frustración para evitar la paralización de la cura.

La noción de abstinencia se halla implícitamente ligada al principio mismo del método analítico, en tanto que éste convierte en acto fundamental la interpretación, en lugar de satisfacer las exigencias libidinales del paciente. Por ello, no debe sorprender que sea a propósito de una demanda particularmente imperiosa, la inherente al amor de transferencia, que Freud aborda con claridad, en 1915, la cuestión de la abstinencia: «Debo establecer el principio de que es preciso, en los enfermos, mantener las necesidades y aspiraciones como fuerzas que impulsan al trabajo y al cambio, y evitar que sean acalladas por substitutivos» (1).

Con Ferenczi, los problemas técnicos planteados por la observancia del principio de la abstinencia pasaron al primer plano de las discusiones analíticas. Ferenczi preconizaba en ciertos casos medidas encaminadas a hostigar las satisfacciones substitutivas halladas por el paciente en la cura o aparte de ésta. Freud, en su alocución final al Congreso de Budapest (1918) aprobó, en principio, estas medidas y dio una justificación teórica de las mismas: «Por cruel que ello pueda parecer, hemos de procurar que el sufrimiento del paciente no desaparezca prematuramente en forma marcada. Cuando, por haberse disipado y perdido su valor los síntomas, se ha atenuado este sufrimiento estamos obligados a recrearlo en otro punto en forma de una privación penosa» (2).

Para esclarecer la discusión, siempre actual, en torno al concepto de abstinencia, parece interesante distinguir claramente entre, por una parte, la abstinencia como principio y regla del analista (simple consecuencia de su neutralidad) y, por otra, las medidas activas por medio de las

cuales se pide al paciente que él mismo se mantenga en un cierto estado de abstinencia. Tales medidas abarcan desde las interpretaciones cuyo carácter insistente puede equivaler a una orden, hasta las prohibiciones formales. Éstas, si bien no se dirigen a prohibir al paciente toda relación sexual, afectan por lo general a ciertas actividades sexuales (perversiones) o a ciertas actuaciones de carácter repetitivo que parecen paralizar la labor analítica. Pero la mayor parte de los analistas se muestran muy reservados en cuanto a recurrir a tales medidas activas, subrayando especialmente el hecho de que el analista corre entonces el peligro de justificar su asimilación a una autoridad represora.

ACCION ESPECIFICA

= *Al.:* Spezifische Aktion. — *Fr.:* action spécifique. — *Ing.:* specific action. — *It.:* azione specifica. — *Por.:* ação específica.

Término utilizado por Freud en algunos de sus primeros trabajos, para designar el conjunto del proceso necesario para la resolución de la tensión interna creada por la necesidad: intervención externa adecuada y conjunto de reacciones preformadas del organismo que permiten la consumación del acto.

Freud utiliza el concepto de acción específica, sobre todo en su *Proyecto de psicología científica* (*Entwurf einer Psychologie*, 1895): el principio de inercia*, del cual Freud postula que regula el funcionamiento del aparato neuronal, se complica desde el momento en que intervienen las excitaciones endógenas. En efecto, el organismo no puede escapar a ellas. Puede descargarlas de dos modos:

a) de un modo inmediato, por medio de reacciones inespecíficas (manifestaciones emocionales, gritos, etc.), que constituyen una respuesta inadecuada, y las excitaciones continúan afluyendo;

b) de forma específica, que es la única que permite una resolución duradera de la tensión. Freud proporcionó el esquema de este proceso, haciendo intervenir especialmente la noción de umbral, en *Sobre la justificación de separar de la neurastenia cierto complejo de síntomas denominado «neurosis de angustia»* (*Über die Berechtingung, von der Neurasthenie einen bestimmten Symptomenkomplex als «Angstneurose» abzutrennen*, 1895) (1 *a*).

Para que se realice la acción específica o adecuada, es indispensable la presencia de un objeto específico y de una serie de condiciones externas (aporte de alimento en el caso del hambre). Para el lactante, debido a su desamparo original (*véase:* Desamparo), la ayuda exterior se convierte en la condición previa indispensable para la satisfacción de la necesidad. Con el nombre de acción específica, Freud (5) designa tanto el conjunto de los actos reflejos mediante los cuales se consuma el acto, como la intervención exterior, e incluso los dos tiempos.

Esta acción específica se presupone en el caso de la experiencia de satisfacción.

La concepción freudiana de la acción específica podría interpretarse como un esbozo de una teoría del instinto* (α). ¿Cómo armonizarla con la concepción de la pulsión sexual, tal como se deduce de la obra de Freud? El planteamiento del problema evolucionó en el propio Freud durante los años 1895 a 1905:

1) En el *Proyecto de psicología científica*, la sexualidad se clasifica entre las «grandes necesidades» (2); exige, al igual que el hambre, una acción específica (*véase:* Pulsiones de autoconservación).

2) Se observará que en 1895 Freud no había descubierto todavía la sexualidad infantil. En esta época de la utilización del término «acción específica» se deduce una analogía entre el acto sexual del adulto y la satisfacción del hambre.

3) En el artículo anteriormente citado, contemporáneo del *Proyecto*, la acción específica necesaria para la satisfacción sexual se describe refiriéndose al adulto. Ahora bien, junto a los elementos de comportamiento que constituyen un tipo de dispositivo orgánico, Freud introduce condiciones «psíquicas» de origen histórico, subordinadas a lo que llama elaboración de la libido psíquica (1 *b*).

4) La perspectiva cambia con el descubrimiento de la sexualidad infantil (*véase:* Sexualidad): Freud critica en lo sucesivo la concepción que define la sexualidad humana por el acto sexual adulto, comportamiento que sería invariable en su desarrollo, su objeto y su fin. «La opinión popular tiene ideas fijas sobre la naturaleza y características de la pulsión sexual. Ésta no existiría durante la infancia, aparecería durante la pubertad, en estrecha relación con el proceso de maduración, se manifestaría en forma de una atracción irresistible ejercida por un sexo sobre el otro, y su fin sería la unión sexual, o por lo menos los actos conducentes a dicho fin» (3).

En los *Tres ensayos sobre la teoría de la sexualidad* (*Drei Abhandlungen zur Sexualtheorie*, 1905) Freud pone de manifiesto cómo, en el funcionamiento de la sexualidad del niño, las condiciones orgánicas capaces de proporcionar un placer sexual son poco específicas. Si puede decirse que se especifican rápidamente, es debido a factores de tipo histórico. En definitiva, en el adulto, las condiciones de la satisfacción sexual pueden estar muy determinadas para un individuo en particular, como si el hombre alcanzase, a través de su historia, un comportamiento que puede asemejarse a un dispositivo instintivo. Esta apariencia se halla en la base de la «opinión popular» que Freud citaba anteriormente.

(α) Desde este punto de vista, podría establecerse una aproximación entre la teoría freudiana de la acción específica y el análisis del proceso instintivo efectuado por la psicología animal contemporánea (escuela etológica).

LAPLANCHE intercalados y notas

ACTING OUT

Término utilizado en psicoanálisis para designar acciones que presentan casi siempre un carácter impulsivo relativamente aislable en el curso de sus actividades,

en contraste relativo con los sistemas de motivación habituales del individuo, y que adoptan a menudo una forma auto- o heteroagresiva. En el surgimiento del *acting out* el psicoanalista ve la señal de la emergencia de lo reprimido. Cuando aparece en el curso de un análisis (ya sea durante la sesión o fuera de ella), el *acting out* debe comprenderse en su conexión con la transferencia y, a menudo, como una tentativa de desconocer radicalmente ésta.

El término inglés *acting out* ha sido adoptado por los psicoanalistas de otras lenguas, lo que plantea inmediatamente algunos problemas terminológicos:

1.° Dado que lo que Freud denomina *agieren* se traduce en inglés por *to act out* (forma substantiva: *acting out*) este término incluye toda la ambigüedad de lo que Freud designa de este modo (*véase:* Actuar). Así, el artículo *acting out* del *Diccionario general de términos psicológicos y psicoanalíticos* de English y English da la siguiente definición: «Manifestación, en una situación nueva, de un comportamiento intencional apropiado a una situación más antigua, representando la primera simbólicamente a la segunda. Cf. Transfert, que es una forma de *acting out*».

2.° La anterior definición se halla en contradicción con la acepción generalmente admitida del *acting out*, que diferencia e incluso contrapone el terreno de la transferencia y el recurso al *acting out*, viendo en este último un intento de ruptura de la relación analítica.

3.° Haremos algunas observaciones acerca del verbo inglés *to act out:*

a) *To act*, utilizado en su forma transitiva, está impregnado de significaciones pertenecientes al ámbito teatral: *to act a play* = representar una obra; *to act a part* = representar un papel, etc. Lo mismo puede decirse del verbo transitivo *to act out*.

b) La palabra *out* situada detrás del verbo contiene dos matices: exteriorizar, mostrar fuera lo que se supone que se tiene dentro de sí; y, también, realizar rápidamente, hasta la terminación de la acción (matiz que se encuentra en expresiones tales como *to carry out* = llevar a cabo; *to sell out* = vender todas las existencias, etc.).

c) El sentido original, sólo espacial, de la palabra *out* ha podido inducir a algunos psicoanalistas, erróneamente, a entender *acting out* como un acto realizado fuera de la sesión analítica y a contraponerlo a un *acting in*, que tendría lugar en el curso de la sesión. Para expresar esta oposición conviene hablar de *acting out outside of psychoanalysis* y de *acting out inside of psychoanalysis* o *in the analytic situation*.

4.° En francés y en español, parece difícil hallar una expresión que proporcione todos los matices señalados (se han propuesto *actuar, actuación*). El término «paso al acto», que es el equivalente más a menudo conservado, tiene, entre otros, el inconveniente de haber entrado ya en la clínica psiquiátrica, donde se tiende a reservarlo en forma exclusiva para designar actos impulsivos violentos, agresivos, delictivos (crimen, suicidio, atentado sexual, etc.); el sujeto *pasa* de una representación, de una tendencia, al acto propiamente dicho. Por otra parte, en su utilización clínica, este término no hace referencia a una situación transferencial.

Desde el punto de vista descriptivo, la diversidad de actos que de ordinario se clasifican bajo el título de *acting out* es muy amplia, incluyendo lo que la clínica psiquiátrica denomina «paso al acto» (*véase más arriba*), pero también formas mucho más discretas, a condición de que en ellas se encuentre también este carácter impulsivo, mal motivado a los propios ojos del sujeto, en contraste con su comportamiento habitual, incluso aunque la acción en cuestión sea secundariamente racionalizada; estos caracteres señalan para el psicoanalista el retorno de lo reprimido. También pueden considerarse como *acting out* algunos accidentes ocurridos al individuo, sintiéndose éste ajeno a su producción. Tal ampliación de sentido plantea evidentemente el problema de la delimitación del concepto de *acting out*, relativamente impreciso y variable según los autores, relacionándolo con otros conceptos creados por Freud, en especial el de acto fallido y los llamados fenómenos de repetición (α). El acto fallido es también concreto, aislado, si bien, al menos en sus formas más típicas, resulta patente su carácter de *transacción;* por el contrario, en los fenómenos de repetición vivida (por ejemplo, «compulsión de destino»), los contenidos reprimidos retornan, a menudo con gran fidelidad, en un guión del cual el sujeto no se reconoce como el autor.

Una de las aportaciones del psicoanálisis ha consistido en relacionar la aparición de un determinado acto impulsivo con la dinámica de la cura y la transferencia. Es ésta una vía claramente indicada por Freud, quien subrayó la tendencia de algunos pacientes a «llevar a la acción» (*agieren*) fuera del análisis las *mociones pulsionales* develadas por éste. Pero, dado que, como es sabido, Freud describe también la transferencia sobre la persona del analista como una forma de «llevar a la acción», de ello se deduce que no diferenció claramente ni articuló unos con otros los fenómenos de repetición en la transferencia y los del *acting out*. La distinción que introdujo parece responder a preocupaciones primordialmente técnicas, en el sentido de que el individuo que lleva a la acción los conflictos fuera de la cura sería menos accesible a la toma de conciencia de su carácter repetitivo, y capaz, fuera de todo control y de toda interpretación del analista, de satisfacer hasta el final, hasta el acto completo, sus pulsiones reprimidas: «En modo alguno es deseable que el paciente, fuera de la transferencia, *lleve a la acción* (*agiert*) en lugar de recordar; lo ideal, para nuestra finalidad, sería que se comportase lo más normalmente posible fuera del tratamiento y que sólo manifestase sus reacciones anormales dentro de la transferencia» (1).

Una de las tareas del psicoanálisis sería la de intentar basar la distinción entre transferencia y *acting out* en criterios diferentes a los puramente técnicos o meramente espaciales (lo que ocurre en el despacho del analista o fuera del mismo); esto supondría, sobre todo, una nueva reflexión sobre los conceptos de acción, de actualización y sobre lo que define los diferentes modos de comunicación.

Sólo después de haber esclarecido en forma teórica las relaciones entre el *acting out* y la transferencia analítica, se podría investigar si las estructuras descubiertas son extrapolables fuera de toda referencia

a la cura; es decir, preguntarse si los actos impulsivos de la vida cotidiana no podrían explicarse en conexión con relaciones de tipo transferencial.

(*) Es necesaria tal delimitación si se quiere conservar una especificidad para este concepto, y no diluirlo en una concepción de conjunto que haga aparecer la relación más o menos estrecha de toda empresa humana con los fantasmas inconscientes.

ACTIVIDAD-PASIVIDAD

= *Al.:* Aktivität - Passivität. — *Fr.:* activité - passivité. — *Ing.:* activity - passivity. — *It.:* attività - passività. — *Por.:* atividade - passividade.

Uno de los *pares de antitéticos* fundamentales en la vida psíquica. Especifica determinados tipos de fines* pulsionales. Desde un punto de vista genético, la oposición activo-pasivo figuraría en primer lugar con respecto a oposiciones ulteriores en las cuales viene a integrarse aquélla: fálico-castrado y masculino-femenino.

Si bien actividad y pasividad califican principalmente, según Freud, las modalidades de la vida pulsional, ello no presupone que puedan oponerse pulsiones activas a pulsiones pasivas. Por el contrario, Freud subrayó, especialmente en su polémica con Adler (*véase:* Pulsión agresiva), que la pulsión es por definición activa: «[...] cada pulsión es un fragmento de actividad; cuando se habla en forma descuidada de pulsiones pasivas, sólo puede referirse a pulsiones con un fin pasivo» (1 *a*).

Esta pasividad del fin la observan los psicoanalistas en aquellos ejemplos privilegiados en que el individuo quiere ser maltratado (masoquismo) o visto (exhibicionismo). ¿Qué debe entenderse aquí por pasividad? Es preciso distinguir dos niveles: por una parte, el comportamiento manifiesto; por otra, las fantasías subyacentes. En cuanto al comportamiento, es cierto que el masoquista, por ejemplo, responde a la exigencia pulsional mediante una actividad encaminada a situarlo en condiciones de satisfacción. Pero la última fase de su comportamiento sólo se alcanza si el individuo puede hallarse en una posición que lo ponga a merced del otro. A nivel de las fantasías, es posible mostrar cómo toda posición pasiva es inseparable de su contraria; así, en el masoquismo, «[...] el yo pasivo se sitúa de nuevo en la fantasía, en el lugar [...] que es ahora cedido al sujeto ajeno» (1 *b*). En este sentido, se encontraría siempre, a nivel de fantasía, la presencia simultánea o alternativa de los dos términos: «actividad» y «pasividad». Con todo, tanto en la naturaleza de la satisfacción buscada como en la posición fantasiosa, esta complementariedad no debe hacernos perder de vista lo que puede haber de irreductible en la fijación a un papel sexual activo o pasivo.

Por lo que respecta al desarrollo del sujeto, Freud atribuye un gran papel a la oposición actividad-pasividad, que precede a los otros *pares antitéticos:* fálico-castrado y masculinidad-feminidad. Según Freud, es en la fase anal cuando «[...] aparece claramente la oposición que se encuentra de un modo general en la vida sexual [...] el elemento activo

está constituido por la *pulsión de apoderamiento*, la cual está ligada a la musculatura; el órgano cuyo fin sexual es pasivo será representado por la mucosa intestinal erógena» (2). Esto no implica que, en la fase oral, no coexistan actividad y pasividad, sino que éstas todavía no se han erigido en términos antagonistas.

Ruth Mack Brunswick, describiendo *La fase preedípica de la evolución de la libido* (*The Preoedipal Phase of the Libido Development*, 1940), dice: «A lo largo de todo el período de desarrollo de la libido existen tres grandes pares antitéticos, mezclándose, imbricándose, combinándose sin jamás coincidir totalmente, para finalmente substituirse el uno al otro; la vida del lactante y del niño pequeño se caracteriza por los dos primeros, y la del adolescente por el tercero» (3 *a*). La autora muestra cómo el niño empieza siendo totalmente pasivo en su relación con una madre que satisface sus necesidades y cómo, progresivamente, «[...] cada fragmento de actividad se basa en cierta medida en una identificación con la madre activa» (3 *b*).

ACTO FALLIDO

= *Al.:* Fehlleistung. — *Fr.:* acte manqué. — *Ing.:* parapraxis. — *It.:* atto mancato. — *Por.:* ato falho o perturbado.

Acto en el cual no se obtiene el resultado explícitamente perseguido, sino que se encuentra reemplazado por otro. Se habla de actos fallidos no para designar el conjunto de los errores de la palabra, de la memoria y de la acción, sino aludiendo a aquellas conductas que el individuo habitualmente es capaz de realizar con éxito, y cuyo fracaso tiende a atribuir a la falta de atención o al azar. Freud demostró que los actos fallidos son, como los síntomas, formaciones de compromiso* entre la intención consciente del sujeto y lo reprimido.

Acerca de la teoría del acto fallido, remitimos al lector a la *Psicopatología de la vida cotidiana*, de Freud (*Zur Psychopathologie des Alltagslebens*, 1901), de la cual se deduce que el acto llamado fallido es, en otro plano, un acto ejecutado con éxito: el deseo inconsciente se ha realizado en una forma a menudo muy manifiesta.

El término «acto fallido» traduce la palabra alemana *Fehlleistung* que para Freud comprende no solamente acciones *stricto sensu*, sino también toda clase de errores y lapsus de la palabra y del funcionamiento psíquico.

La lengua alemana, mediante el prefijo *ver*, pone en evidencia lo que hay de común en todos estos yerros, como por ejemplo *das Vergessen* (olvido), *das Versprechen (lapsus linguae)*, *das Verlesen* (error de lectura), *das Verschreiben* (error de escritura), *das Vergreifen* (error de la acción), *das Verlieren* (el extraviar).

Obsérvese que, antes de Freud, este conjunto de fenómenos marginales de la vida cotidiana no había sido agrupado ni designado por un mismo concepto; éste ha surgido en virtud de la teoría de Freud. Los editores de la *Standard Edition* señalan que, para designar este concepto, ha sido preciso crear en inglés un término: el de *parapraxis*. Los traductores al español y al francés de la *Psicopatología de la vida coti-*

diana utilizan el término «acto fallido» *(acte manqué)*, el cual ha adquirido derecho de ciudadanía, pero, al parecer, en el uso psicoanalítico corriente, designa más bien una parte del campo que abarca el término alemán *Fehlleistung*, a saber, los fallos en la acción *stricto sensu*.

ACTUAR

= *Al.*: Agieren. — *Fr.*: mise en acte. — *Ing.*: acting out. — *It.*: agire. — *Por.*: agir.

Según Freud, hecho en virtud del cual el sujeto, dominado por sus deseos y fantasías inconscientes, los vive en el presente con un sentimiento de actualidad, tanto más vivo cuanto que desconoce su origen y su carácter repetitivo.

Al introducir la expresión «actuar» intentamos únicamente proponer una traducción del término *agieren* o *Agieren*, que se encuentra repetidas veces en Freud como verbo o como substantivo. *Agieren*, término de origen latino, no es corriente en lengua alemana. Para hablar de acción, de actuar, el alemán utiliza de preferencia palabras como *die Tat*, *tun*, *die Wirkung*, etc. Freud utiliza *agieren* en sentido transitivo, al igual que el término de idéntica raíz *Abreagieren* (*véase:* Abreacción): se trata de «llevar a la acción» pulsiones, fantasías, deseos, etc.

Agieren se asocia casi siempre a *erinnern* (recordar), oponiéndose ambos términos como dos formas de hacer retornar el pasado en el presente.

Esta oposición se le puso de manifiesto a Freud sobre todo en la cura, de tal forma que lo que Freud designa casi siempre como «actuar» es la repetición en la transferencia: el paciente «[...] por así decirlo, actúa *(agiert)* ante nosotros en lugar de informarnos [...]» (1), pero el «actuar» se extiende más allá de la transferencia propiamente dicha: «Debemos esperar a que el analizado se abandone a la compulsión de repetición, que entonces reemplaza el impulso a recordar, y no sólo en sus relaciones personales con el médico, sino también en todas las restantes actividades y relaciones de su vida presente, por ejemplo efectuando, durante la cura, la elección de un objeto amoroso, encargándose de una tarea, ocupándose en una empresa» (2).

El término *Agieren*, como también el de «actuar», implica un equívoco, que es el del propio pensamiento de Freud: éste confunde lo que, en la transferencia, es *actualización* con el hecho de recurrir a la *acción motriz*, el cual no se halla necesariamente implicado por la transferencia (*véase:* Transferencia, *Acting out*). Así, pues, resulta difícil comprender cómo pudo Freud, para explicar la repetición en la transferencia, atenerse constantemente al modelo metapsicológico de la motilidad propuesto a partir de *La interpretación de los sueños* (*Die Traumdeutung*, 1900): «[...] el hecho de la transferencia, al igual que las psicosis, nos enseña que [los deseos inconscientes] aspiran, pasando por el sistema preconsciente, a llegar a la conciencia y al control de la motilidad» (3).

AFÁNISIS

= *Al.*: Aphanisis. — *Fr.*: aphanisis. — *Ing.*: aphanisis. — *It.*: afanisi. — *Por.*: afânise.

Palabra introducida por E. Jones: desaparición del deseo sexual. Según este autor, la afánisis sería, en ambos sexos, objeto de un miedo aún más fundamental que el miedo a la castración.

Jones introdujo la palabra griega ἀφάνισις (acto de hacer desaparecer, desaparición) en relación con el problema del complejo de castración (1 *a*). Según él, incluso en el hombre, la abolición de la sexualidad y la castración no son conceptos superponibles (por ejemplo, «[...] muchos hombres desean ser castrados por razones, entre otras, de tipo erótico, de tal forma que su sexualidad no desaparece ciertamente con la pérdida del pene») (1 *b*); si ambos conceptos parecen confundirse, ello es debido a que el miedo a la castración es la forma en que se presenta concretamente (junto con las ideas de muerte) la idea más general de la *afánisis*.

En la mujer, el miedo a la afánisis puede detectarse en el miedo a la separación del objeto amado.

Jones introdujo el concepto de afánisis en el marco de sus investigaciones acerca de la sexualidad femenina. Así como Freud centraba la evolución sexual de la niña, al igual que la del niño, sobre el complejo de castración y la primacía del falo, Jones intenta describir la evolución de la niña en forma más específica, haciendo recaer el acento en una sexualidad que, desde un principio, tiene sus metas y su actividad propias.

El común denominador de la sexualidad de la niña y del niño debería buscarse más acá del complejo de castración, en la afánisis.

AFECTO

= *Al.*: Affekt. — *Ing.*: affect. — *It.*: affetto. — *Por.*: afeto.

Palabra tomada por el psicoanálisis de la terminología psicológica alemana y que designa todo estado afectivo, penoso o agradable, vago o preciso, ya se presente en forma de una descarga masiva, ya como una tonalidad general. Según Freud, toda pulsión se manifiesta en los dos registros del afecto y de la representación. El afecto es la expresión cualitativa de la cantidad de energía pulsional y de sus variaciones.

El concepto de afecto adquiere gran importancia desde los primeros trabajos de Breuer y Freud (*Estudios sobre la histeria* [*Studien über Hysterie*, 1895]) acerca de la psicoterapia de la histeria y el descubrimiento del valor terapéutico de la abreacción. El origen del síntoma histérico se busca en un acontecimiento traumático que no ha encontrado una descarga adecuada (afecto arrinconado).

La rememoración sólo resulta terapéuticamente eficaz si el recuerdo del acontecimiento implica la reviviscencia del afecto que estuvo ligado a aquél en su origen.

Del estudio de la histeria se deduce, por consiguiente, según Freud, que el afecto no se halla necesariamente ligado a la representación; su

separación (afecto sin representación, representación sin afecto) permite que cada uno de ellos siga un diferente destino. Freud señala distintas posibilidades de transformación del afecto: «Conozco tres mecanismos: 1.°, el de la conversión de los afectos (histeria de conversión); 2.°, el del desplazamiento del afecto (obsesiones), y 3.°, el de la transformación del afecto (neurosis de angustia, melancolía)» (1).

A partir de este período, el concepto de afecto se utiliza desde dos puntos de vista: puede tener un valor puramente descriptivo, designando la resonancia emocional de una experiencia por lo general intensa. Pero, con mayor frecuencia, tal concepto implica una teoría cuantitativa de las catexis, que es la única capaz de explicar la autonomía del afecto en relación con sus diversas manifestaciones.

El problema fue sistemáticamente tratado por Freud en sus trabajos metapsicológicos (*La represión* [*Die Verdrängung*, 1915]; *El inconsciente* [*Das Unbewusste*, 1915]). En ellos, el afecto se define como la traducción subjetiva de la cantidad de energía pulsional. Freud distingue aquí claramente el aspecto subjetivo del afecto y los procesos energéticos que lo condicionan. Se observará que, junto al término «afecto», utiliza el de «quantum de afecto» *(Affektbetrg)*, queriendo designar por él el aspecto propiamente económico: el quantum de afecto «[...] corresponde a la pulsión en la medida en que éste se ha desprendido de la representación y encuentra una expresión adecuada a su cantidad en procesos que percibimos como afectos» (2 *a*) (α).

Resulta difícil comprender que la palabra *afecto* tenga sentido sin una referencia a la conciencia de sí mismo; Freud plantea la pregunta: ¿Es lícito hablar de afecto inconsciente? (3 *a*). Rehúsa establecer un paralelismo entre el afecto llamado «inconsciente» (sentimiento de culpa inconsciente, por ejemplo) y las representaciones inconscientes. Entre la representación inconsciente y el sentimiento inconsciente existe una notable diferencia: «La representación inconsciente, una vez reprimida, permanece en el sistema *Ics* como una formación real, mientras que el afecto inconsciente sólo corresponde allí a un rudimento que no ha podido llegar a desarrollarse» (3 *b*) (*véase:* Represión, Supresión).

Señalemos, en fin, que Freud formuló una hipótesis genética destinada a explicar el aspecto vívido del afecto. Los afectos serían «reproducciones de acontecimientos antiguos de importancia vital y eventualmente preindividuales», comparables a los «[...] ataques histéricos, universales, típicos e innatos».

(α) En otros pasajes, la distinción no se tiene en cuenta, puesto que Freud, a propósito de la histeria de conversión, no habla de una conversión del quantum de afecto que condicionaría la desaparición del afecto subjetivo, sino simplemente de «desaparición total del quantum de afecto» (2 *b*).

AGRESIVIDAD

= *Al.:* Aggression, Aggressivität. — *Fr.:* agressivité. — *Ing.:* aggressivity, aggressiveness. — *It.:* aggressività. — *Por.:* agressividade.

Tendencia o conjunto de tendencias que se actualizan en conductas reales o fantasmáticas, dirigidas a dañar a otro, a destruirlo, a contrariarlo, a humillarlo, etc. La agresión puede adoptar modalidades distintas de la acción motriz violenta y destructiva; no hay conducta, tanto negativa (rechazo de ayuda, por ejemplo) como positiva, tanto simbólica (por ejemplo, ironía) como efectivamente realizada, que no pueda funcionar como agresión. El psicoanálisis ha concedido una importancia cada vez mayor a la agresividad, señalando que actúa precozmente en el desarrollo del sujeto y subrayando el complejo juego de su unión y desunión con la sexualidad. Esta evolución de las ideas ha culminado en el intento de buscar para la agresividad un substrato pulsional único y fundamental en el concepto de pulsión de muerte.

Es corriente la opinión de que Freud reconoció con lentitud la importancia de la agresividad. No fue él mismo quien autorizó tal creencia: «¿Por qué —pregunta— hemos necesitado tanto tiempo para decidirnos a reconocer la existencia de una pulsión agresiva? ¿Por qué dudábamos en utilizar, para la teoría, hechos que resultaban evidentes y familiares a todo individuo?» (1 *a*). De hecho, las dos preguntas planteadas por Freud deben considerarse por separado, puesto que, si bien es perfectamente cierto que la hipótesis de una «pulsión agresiva» autónoma, emitida por Adler en 1908, fue durante mucho tiempo rechazada por Freud, sería, por el contrario, inexacto afirmar que la teoría psicoanalítica, antes de la «vuelta de 1920», rehusara considerar las conductas agresivas.

Fácilmente se puede demostrar esto a varios niveles. En primer lugar, en la cura, en la que Freud constata muy pronto la resistencia con su matiz agresivo: «[...] el paciente, hasta entonces tan bueno y tan leal, se vuelve grosero, falso o rebelde, simulador, hasta el momento en que yo se lo digo y logro así doblegar su carácter» (2). Es más, Freud, a partir del *Caso Dora* (*Fragmento de un análisis de histeria* [*Bruchstück einer Hysterie-Analyse*, 1905]), considera la intervención de la agresividad como un rasgo particular del tratamiento psicoanalítico: «[...] el enfermo, en el curso de otros tratamientos, evoca sólo transferencias afectuosas y amicales en favor de su curación [...]. Por el contrario, en el psicoanálisis [...] es preciso develar y utilizar para el análisis, volviéndolas conscientes, todas las nociones, incluidas las hostiles» (3). Al principio, la transferencia se le presentó a Freud como resistencia; ésta es en gran parte debida a lo que él llamará transferencia negativa (*véase:* Transferencia).

La clínica le impone la idea de que las tendencias hostiles son de singular importancia en determinadas afecciones (neurosis obsesiva, paranoia). El concepto *ambivalencia** connota la coexistencia, en un mismo plano, de amor y odio, si no al nivel metapsicológico más fundamental, por lo menos en la experiencia. Mencionemos además el análisis que efectúa Freud del chiste, según el cual éste, «[...] cuando no tiene un fin en sí mismo, como es el caso del chiste inocente, sólo puede estar al servicio de dos tendencias [...]; o bien se trata de un *chiste hostil* (al servicio de la agresión, la sátira, la defensa), o bien de un *chiste obsceno* [...]» (4).

A este respecto Freud habla en varias ocasiones de «pulsión hostil», «tendencia hostil». Finalmente, el complejo de Edipo fue descubierto en un principio como una conjunción de deseos amorosos y hostiles

(siendo presentado por vez primera en *La interpretación de los sueños* [*Die Traumdeutung*, 1900] bajo el título «Sueños de muerte de personas queridas»); su elaboración progresiva condujo a hacer intervenir cada vez más estos dos tipos de deseo en las diferentes constelaciones posibles.

La variedad, extensión e importancia de estos fenómenos reclamaban una explicación a nivel de la primera teoría de las pulsiones. Esquemáticamente puede decirse que la respuesta de Freud se escalona en varios planos:

1.° Si rehúsa hipostasiar, tras estas tendencias y conductas agresivas, de una pulsión específica, es porque le parece que una tal concepción conduciría a atribuir a una sola pulsión lo que, según él, caracteriza esencialmente a la pulsión, es decir, el ser un empuje del cual no se puede huir, que exige del aparato psíquico un cierto trabajo y que pone en movimiento la motilidad. En este sentido, para realizar sus fines, incluso aunque éstos sean «pasivos» (ser amado, ser visto, etc.), la pulsión exige una actividad que puede tener que vencer obstáculos: «toda pulsión es un fragmento de actividad» (5 *a*).

2.° Ya es sabido que, en la primera teoría de las pulsiones, se oponían a las pulsiones sexuales las pulsiones de autoconservación. De un modo general la función de estas últimas es el mantenimiento y la afirmación de la existencia individual. Dentro de este marco teórico se intenta explicar, mediante un complicado interjuego de estos dos grandes tipos de pulsiones, las conductas o sentimientos tan manifiestamente agresivos como el sadismo o el odio. La lectura de *Las pulsiones y sus destinos* (*Triebe und Triebschicksale*, 1915) pone de manifiesto que Freud ya disponía de una teoría metapsicológica de la agresividad. La transformación aparente del amor en odio no es más que una ilusión; el odio no es un amor negativo; tiene su propio origen, cuya complejidad señala Freud, siendo su tesis central que «los verdaderos prototipos de la relación de odio no provienen de la vida sexual, sino de la lucha del yo por su conservación y su afirmación» (5 *b*).

3.° Finalmente, en la esfera de las pulsiones de autoconservación, Freud especifica, ya como una función, ya incluso como una pulsión independiente, la actividad de asegurar su dominio sobre el objeto (*Bemächtingungstrieb*) (*véase:* Pulsión de apoderamiento). Con este concepto, parece querer significar una especie de campo intermedio entre la simple *actividad* inherente a toda función y una tendencia a la destrucción por la destrucción. La pulsión de apoderamiento constituye una pulsión independiente, ligada a un aparato especial (la musculatura) y a una fase precisa de la evolución (fase sádico-anal). Pero, por otra parte, «[...] dañar el objeto o aniquilarlo le es indiferente» (5 *c*), por cuanto la consideración del otro y de su sufrimiento sólo aparecen en la vuelta masoquista, tiempo en el cual la pulsión de apoderamiento se vuelve indiscernible de la excitación sexual que provoca (*véase:* Sadismo-masoquismo).

Con la última teoría de las pulsiones, la agresividad pasa a desempeñar un papel más importante y a ocupar un lugar distinto en la teoría.

La teoría explícita de Freud referente a la agresividad puede resumirse como sigue: «Una parte [de la pulsión de muerte] se pone directamente al servicio de la pulsión sexual, donde su función es importante. Hallamos aquí el sadismo propiamente dicho. Otra parte no acompaña esta desviación hacia el exterior, sino que permanece en el organismo, donde queda ligada libidinalmente con la ayuda de la excitación sexual que la acompaña [...]; aquí reconocemos el masoquismo originario, erógeno» (6).

El término «pulsión agresiva»* (*Aggressionstrieb*) lo reserva Freud casi siempre para designar la parte de la pulsión de muerte dirigida hacia el exterior con la ayuda especial de la musculatura. Se observará que esta pulsión agresiva, y quizá también la tendencia a la autodestrucción, solamente puede ser captado, según Freud, en su unión con la sexualidad (*véase:* Unión-desunión).

El dualismo pulsiones de vida-pulsiones de muerte es asimilado a menudo por los psicoanalistas al de sexualidad y agresividad, y el propio Freud se manifestó en ocasiones en este sentido (1 *b*). Pero tal asimilación precisa varias observaciones:

1.ª Los hechos invocados por Freud en *Más allá del principio del placer* (*Jenseits des Lustprinzips*, 1920) para justificar la introducción del concepto de pulsión de muerte, constituyen fenómenos en los cuales se afirma la compulsión a la repetición*, y ésta no se halla en relación electiva con conductas agresivas.

2.ª Si, en el campo de la agresividad, algunos fenómenos adquieren cada vez mayor importancia para Freud, son precisamente todos aquellos que indican una autoagresión: clínica del duelo y de la melancolía, «sentimiento de culpabilidad inconsciente», «reacción terapéutica negativa», etc., fenómenos que le conducen a hablar de las «misteriosas tendencias masoquistas del yo» (7).

3.ª Desde el punto de vista de los conceptos que aquí intervienen, las pulsiones de vida o Eros distan de ser simplemente un nuevo nombre para designar lo que antes se denominaba sexualidad. En efecto, con el término «Eros»* Freud designa el conjunto de pulsiones que crean o conservan unidades, de forma que en ellas se incluyen no sólo las pulsiones sexuales, en tanto que tienden a conservar la especie, sino también las pulsiones de autoconservación, dirigidas a conservar y a afirmar la existencia individual.

4.ª Al mismo tiempo, el concepto de pulsión de muerte no es simplemente un concepto genérico que abarque sin distinción todo lo que con anterioridad se describía como manifestaciones agresivas y solamente esto. En efecto, parte de lo que podría llamarse lucha por la vida pertenece ciertamente al Eros; y a la inversa, la pulsión de muerte recoge a su vez, y con certeza de un modo más definido, lo que Freud había reconocido, en la sexualidad humana, como específico del deseo inconsciente: su irreductibilidad, su insistencia, su carácter arreal y, desde el

punto de vista económico, su tendencia a la reducción absoluta de las tensiones.

Cabe preguntarse en qué aspectos se modifica el concepto de agresividad a partir de 1920. Podría responderse que:

1.° Se amplía el campo de fenómenos en los que se reconoce la intervención de la agresividad. Por una parte, la concepción de una pulsión destructiva susceptible de desviarse hacia fuera o de retornar hacia dentro, conduce a hacer de los avatares del sadomasoquismo una realidad sumamente compleja, capaz de explicar numerosas modalidades de la vida psíquica. Por otra parte, la agresividad no se aplica tan sólo a las relaciones objetales o consigo mismo, sino también a las relaciones entre las diferentes instancias psíquicas (conflicto entre el superyó y el yo).

2.° Al localizar la pulsión de muerte, en su origen, en la propia persona y al hacer de la autoagresión el principio mismo de la agresividad, Freud destruye la noción de agresividad clásicamente descrita como un modo de relación con otro, como una violencia ejercida sobre otro. Aquí quizá convendría oponer a ciertas declaraciones de Freud sobre la malignidad natural del hombre (8) la originalidad de su propia teoría.

3.° Finalmente, ¿permite la última teoría de las pulsiones definir mejor la agresividad en relación con el concepto de actividad? Como ha hecho observar Daniel Lagache, «a primera vista, la actividad aparece como un concepto mucho más amplio que el de agresividad; todos los procesos biológicos o psicológicos constituyen formas de actividad. Por consiguiente, la agresividad, en principio, no significaría otra cosa que ciertas formas de actividad» (9). Ahora bien, en la medida en que Freud tiende a situar en el lado del Eros todo lo perteneciente a los comportamientos vitales, invita a preguntarse qué es lo que define el comportamiento agresivo; un elemento de respuesta puede proporcionarlo el concepto *unión-desunión*. Este significa no sólo la existencia de *uniones* pulsionales en diversas proporciones, sino que comporta, además, la idea de que la *desunión* es, en el fondo, el triunfo de la pulsión de destrucción, en cuanto éste se dirige a destruir los conjuntos que, a la inversa, el Eros tiende a crear y a mantener. Desde este punto de vista, la agresividad sería una fuerza radicalmente desorganizadora y fragmentadora. Estas características han sido asimismo subrayadas por los autores que, como Melanie Klein, insisten en el papel predominante desempeñado por las pulsiones agresivas desde la primera infancia.

Como puede verse, tal concepción está en relación directa con la evolución que ha experimentado en psicología el sentido de los términos creados con la raíz de agresión. Especialmente en el idioma inglés, English y English, en su *Diccionario general de términos psicológicos y psicoanalíticos*, hacen observar que el sentido de la palabra *aggressiveness* se ha ido debilitando cada vez más, hasta perder toda connotación de hostilidad y convertirse en sinónimo de «espíritu emprendedor», «energía», «actividad»; en cambio, la palabra *aggresivity* habría experimentado una menor modificación de sentido, pudiendo inscribirse mejor en la serie «*aggression*», «*to aggress*» (α).

(α) Desde un punto de vista terminológico, señalemos que, en el idioma de Freud, encontramos una sola palabra *(Aggression)* para designar tanto las agresiones como la agresividad.

AISLAMIENTO

= *Al.:* Isolieren *o* Isolierung. — *Fr.:* isolation. — *Ing.:* isolation. — *It.:* isolamento. — *Por.:* isolamento.

Mecanismo de defensa, típico sobre todo de la neurosis obsesiva, y que consiste en aislar un pensamiento o un comportamiento de tal forma que se rompan sus conexiones con otros pensamientos o con el resto de la existencia del sujeto. Entre los procedimientos de aislamiento podemos citar las pausas en el curso del pensamiento, fórmulas, rituales y, de un modo general, todas las medidas que permiten establecer un hiato en la *sucesión temporal* de pensamientos o de actos.

El texto más explícito de Freud sobre el aislamiento se encuentra en *Inhibición, síntoma y angustia* (*Hemmung, Symptom und Angst*, 1926) (1 *a*), donde se describe como una técnica especial de la neurosis obsesiva.

Algunos pacientes se defienden contra una idea, una impresión, una acción, aislándolas del contexto por una pausa durante la cual «[...] ya nada tiene derecho a producirse, nada se percibe, ninguna acción se realiza» (1 *b*). Esta técnica activa, «motriz», la califica Freud de mágica; la relaciona con el procedimiento normal de concentración en el sujeto que se esfuerza en impedir que su pensamiento se desvíe de su objeto actual.

El aislamiento se manifiesta en diversos síntomas obsesivos; se ve actuar especialmente en la cura, donde se pone en evidencia por la consigna de la libre asociación, que se opone a aquél (sujetos que separan radicalmente su análisis de su vida, una determinada sucesión de ideas del conjunto de la sesión, cierta representación de su contexto ideoafectivo).

En último análisis, Freud refiere la tendencia al aislamiento a un modo arcaico de defensa contra la pulsión: la prohibición de tocar, «[...] siendo el contacto corporal la *meta* inmediata de la catexis de objeto, tanto agresiva como amorosa» (1 *c*).

Bajo esta perspectiva, el aislamiento aparece como «[...] una eliminación de la posibilidad de contacto, un medio de substraer una cosa al tacto; de igual modo cuando el neurótico aísla una impresión o una actividad por medio de una pausa, nos da a entender simbólicamente que no permitirá que los pensamientos relativos a ellas entren en contacto asociativo con otros pensamientos» (1 *d*).

Conviene hacer observar que, en este pasaje de *Inhibición, síntoma y angustia*, el aislamiento no se reduce a un tipo determinado de síntomas, sino que adquiere un alcance más general. Se establece su paralelismo con la represión en el histérico: si la experiencia traumática no

ha sido reprimida en el inconsciente, ha sido «[...] privada de su afecto, y sus relaciones asociativas se han reprimido [*unterdrückt*] o roto, de forma que persiste como si estuviera aislada y no es reproducida en el curso de la actividad de pensamiento» (1 *a*). Los procedimientos de aislamiento que se observan en los síntomas de la neurosis obsesiva no hacen más que repetir y reforzar esta especie de escisión previa.

Tomado en este sentido amplio, el concepto de aislamiento está presente en el pensamiento de Freud desde sus primeras reflexiones acerca de la actividad defensiva en general. Así, en *Las psiconeurosis de defensa* (*Die Abwehr-Neuropsychosen*, 1894), la defensa, tanto en la histeria como en el grupo de las fobias y obsesiones, se concibe como un aislamiento: «[...] la defensa se produce por separación de la representación intolerable y de su afecto; la representación, aunque debilitada y aislada, permanece en la conciencia» (2).

El término «aislamiento» se utiliza a veces en el lenguaje psicoanalítico de una forma algo imprecisa, que exige algunas reservas.

A menudo se confunde el aislamiento con procesos que se combinan con él o de los cuales puede ser el resultado, como el desplazamiento, la neutralización del afecto e incluso la disociación psicótica.

También se habla en ocasiones de aislamiento del síntoma en el caso de sujetos que experimentan y presentan sus síntomas como fuera de todo contexto y ajenos a sí mismos. Se trata aquí de un modo de ser que no implica necesariamente que el proceso subyacente sea el mecanismo obsesivo de aislamiento. Por último, se observará que una característica muy general del síntoma es la de localizar el conflicto; en consecuencia, todo síntoma puede aparecer como aislado en relación con el conjunto de la existencia del sujeto.

De hecho, creemos que sería interesante reservar el término «aislamiento» para designar un proceso específico de defensa que se extiende desde la compulsión hasta una actitud sistemática y concertada, consistente en una ruptura de las conexiones asociativas de un pensamiento o de un acto, en especial con los que le preceden y le siguen en el tiempo.

ALOEROTISMO

= *Al.:* Alloerotismus. — *Fr.:* allo-érotisme. — *Ing.:* allo-erotism. — *It.:* allo-erotismo. — *Por.:* alo-erotismo.

Término utilizado algunas veces, en oposición a autoerotismo: actividad sexual que encuentra su satisfacción gracias a un objeto exterior.

Cuando Freud emplea por vez primera, en 1899, la palabra «autoerotismo» *(veuse este término)*, la contrapone a la de aloerotismo, que a su vez se subdivide en homoerotismo (satisfacción hallada gracias a un objeto del mismo sexo: homosexualidad) y heteroerotismo (satisfacción hallada gracias a un objeto del otro sexo: heterosexualidad) (1). Esta palabra, poco utilizada, ha sido recogida especialmente por E. Jones.

ALTERACIÓN DEL YO

= *Al.:* Ichveränderung. — *Fr.:* altération du moi. — *Ing.:* alteration of the ego. — *It.:* modificazizone dell'io. — *Por.:* alteração do ego.

Conjunto de limitaciones y actitudes anacrónicas adquiridas por el yo durante las etapas del conflicto defensivo, y que repercuten desfavorablemente sobre sus posibilidades de adaptación.

El término «alteración del yo» se encuentra al principio y al final de la obra de Freud, en dos contextos bastante distintos.

En las *Nuevas observaciones sobre las psiconeurosis de defensa* (*Weitere Bemerkungen über die Abwehr-Neuropsychosen*, 1896), Freud, a propósito de la paranoia, distingue del delirio como retorno de lo reprimido, un delirio secundario, el delirio de interpretación, llamado también delirio «combinatorio» y delirio «de asimilación». Éste sería el signo de una adaptación del yo a la idea delirante: el paranoico terminaría convirtiéndose en un ser falso, en su intento de atenuar las contradicciones entre la idea delirante primaria y el funcionamiento lógico del pesamiento.

En *Análisis terminable e interminable* (*Die endliche und die unendliche Analyse*, 1937) Freud trata, en forma relativamente sistemática, de «[...] lo que de un modo tan impreciso se designa con el término "alteración del yo"» (1 *a*). Continuando en cierto modo la obra, a la sazón recién publicada, de Anna Freud sobre los mecanismos de defensa (1936), muestra cómo éstos, originariamente constituidos para hacer frente a peligros internos determinados, pueden terminar por «fijarse en el yo», constituir «[...] pautas reaccionales regulares del carácter» que el individuo va repitiendo a lo largo de toda su vida, utilizándolas como instituciones anacrónicas cuando ya la primera amenaza ha desaparecido (1 *b*). El arraigo de tales hábitos defensivos conduce a «distorsiones» *(Verrenkungen)* y «limitaciones» *(Einschränkungen)*. Se ponen de manifiesto especialmente durante la labor terapéutica, durante la cual una verdadera resistencia se opone a que sean desveladas las resistencias mismas.

La alteración del yo debería relacionarse más bien con un dispositivo de comportamiento que, como ha mostrado la escuela etológica basándose en los comportamientos instintivos, puede funcionar «en vacío», es decir, crear artificialmente situaciones motivantes: el yo «[...] se ve impulsado a buscar en la realidad las situaciones capaces de reemplazar aproximadamente el peligro originario» (1 *c*). Lo que Freud considera aquí es algo distinto de la repercusión directa del conflicto defensivo sobre el yo (el síntoma mismo puede considerarse como una modificación del yo, un cuerpo extraño dentro de éste; así, la formación reactiva modifica también el yo).

Estos dos textos, en los que Freud habla de las alteraciones del yo, tienen varios puntos comunes. En ambos casos la alteración del yo se concibe como secundaria, a distancia del conflicto y de lo que lleva la marca del inconsciente. En este sentido, ofrecería una especial dificul-

tad para la curación, por cuanto el esclarecimiento del conflicto tendría escaso efecto sobre las modificaciones inscritas en el yo en forma irreversible, hasta el punto de que se han llegado a comparar a los «trastornos lesionales del organismo» (2). Por otra parte, la alusión a la psicosis, que ocupa un lugar central en el primer trabajo, se halla también presente en el segundo: el yo de todo ser humano «[...] se asemeja al del psicótico en alguna de sus partes, en mayor o menor proporción» (1 *d*).

AMBIVALENCIA

= *Al.:* Ambivalenz. — *Fr.:* ambivalence. — *Ing.:* ambivalence. — *It.:* ambivalenza. — *Por.:* ambivalência.

Presencia simultánea, en la relación con un mismo objeto, de tendencias, actitudes y sentimientos opuestos, especialmente amor y odio.

La palabra «ambivalencia» fue tomada por Freud de Bleuler, que fue quien la creó (1). Bleuler consideró la ambivalencia en tres terrenos. Volitivo *(Ambitendenz):* por ejemplo, el individuo quiere al mismo tiempo comer y no comer. Intelectual: el individuo enuncia simultáneamente una proposición y su contraria. Afectivo: ama y odia en un mismo movimiento a la misma persona.

Bleuler considera la ambivalencia como uno de los síntomas cardinales de la esquizofrenia (2), pero reconoce la existencia de una ambivalencia normal.

La originalidad del concepto de ambivalencia, en relación con lo descrito hasta entonces como complejidad de sentimientos o fluctuaciones de actitudes, estriba, por una parte, en el mantenimiento de una oposición del tipo sí-no, en que la afirmación y la negación son simultáneas e inseparables; y por otra, en el hecho de que esta oposición fundamental puede encontrarse en distintos sectores de la vida psíquica. Bleuler termina por privilegiar a la ambivalencia afectiva, y en este sentido se orienta el empleo freudiano del término.

Esta palabra aparece por vez primera en Freud en *La dinámica de la transferencia* (*Zur Dynamik der Übertragung*, 1912), para explicar el fenómeno de la transferencia negativa: «[...] se la descubre a menudo juntamente con la transferencia positiva, al mismo tiempo y teniendo por objeto una sola y misma persona [...] es la ambivalencia de las tendencias afectivas [*Gefühlsrichtungen*] la que nos permite comprender mejor la aptitud de los neuróticos para poner su transferencia al servicio de la resistencia» (3). Pero ya antes se encuentra la idea de una conjunción del amor y el odio, por ejemplo en el análisis del *Pequeño Hans* (4) y de *Un caso de neurosis obsesiva:* «Una batalla se libraba, en el interior de nuestro enamorado, entre el amor y el odio dirigidos hacia la misma persona» (5).

En *Las pulsiones y sus destinos* (*Triebe und Triebschicksale*, 1915), Freud habla de ambivalencia refiriéndose al par antitético actividad-pasividad*: «[...] la moción pulsional activa coexiste con la moción pulsional pasiva» (6). Esta utilización tan amplia del término «ambivalencia» es rara. En este mismo texto, donde se aprecia con más nitidez la ambivalencia es en la oposición «material» amor-odio, que se dirige a un mismo y único objeto.

La ambivalencia se descubre, sobre todo, en determinadas enfermedades (psicosis, neurosis obsesiva), así como en ciertos estados (celos, duelo); y caracteriza algunas fases de la evolución de la libido, en las que coexisten amor y destrucción del objeto (fases sádico-oral y sádico-anal).

En este sentido, la ambivalencia se convierte para Abraham en una categoría genética, que permite definir la relación de objeto propia de cada fase. La fase oral primaria se califica de preambivalente: «[La succión] es ciertamente una incorporación, pero que no pone fin a la existencia del objeto» (7). Para este autor, la ambivalencia sólo aparece con la oralidad sádica, canibalística*, que implica una hostilidad hacia el objeto; luego el individuo aprende a manejar su objeto, a preservarlo de la destrucción. Finalmente, la ambivalencia puede superarse en la fase genital (postambivalente). En las obras de Melanie Klein, que guardan una relación de filiación con las de Abraham, la noción de ambivalencia es esencial. Para ella, la pulsión es desde un principio ambivalente: «el amor» por el objeto no puede separarse de su destrucción; la ambivalencia se convierte entonces en una cualidad del propio objeto, contra la cual lucha el sujeto escindiéndolo en objeto* «bueno» y «malo»: sería intolerable un objeto ambivalente, que fuera a la vez idealmente bienhechor y profundamente destructor.

Con frecuencia la palabra *ambivalencia* se utiliza en psicoanálisis con una acepción muy amplia. En efecto, puede emplearse para designar los actos y sentimientos que resultan de un conflicto defensivo en el que intervienen motivaciones incompatibles; dado que lo que resulta placentero para un sistema es displacentero para otro, podría calificarse de ambivalente toda «formación de compromiso». Pero entonces existe el peligro de que el término «ambivalencia» sirva, de un modo vago, para designar toda clase de actitudes conflictivas. Para que conserve el valor descriptivo, o incluso sintomatológico, que originalmente tenía, convendría utilizarla en el análisis de conflictos específicos, en los que el componente positivo y el componente negativo de la actitud afectiva se hallen simultáneamente presentes, sean indisolubles, y constituyan una oposición no dialéctica, insuperable para el sujeto que dice a la vez sí y no.

¿Haría falta, para explicar la ambivalencia en último análisis, postular, como admite la teoría freudiana de las pulsiones, la existencia de un dualismo fundamental? Es así como la ambivalencia del amor y del odio se explicaría por su evolución específica: el odio originándose en las pulsiones de autoconservación («su prototipo se encuentra en las luchas del yo para mantenerse y afirmarse» [6 *b*]); el amor originándose en las pulsiones sexuales. La oposición entre pulsiones de vida y pulsiones de muerte en la segunda concepción de Freud situaría aún más claramente las raíces de la ambivalencia en un dualismo pulsional (*véase:* Unión-desunión).

Se observará que Freud, al fin de su obra, tiende a conceder a la ambivalencia una importancia creciente en la clínica y la teoría del conflicto. El conflicto edípico, en sus raíces pulsionales, se concibe como un conflicto de ambivalencia *(Ambivalenz Konflikt)*, siendo una de sus principales dimensiones la oposición entre «[...] un amor bien fundado y un odio no menos justificado, dirigidos ambos hacia la misma persona» (8). Desde este punto de vista, la formación de los síntomas neuróticos se concibe como el intento de aportar una solución a tal conflicto: así, la fobia desplaza uno de los componentes, el odio, hacia un objeto substitutivo; la neurosis obsesiva intenta reprimir la moción hostil reforzando la moción libidinal bajo la forma de una formación reactiva*. Esta diferencia de enfoque que en la concepción freudiana del conflicto es interesante en cuanto sitúa las raíces del conflicto defensivo en la dinámica pulsional, y también porque induce a buscar, tras el conflicto defensivo (en la medida en que éste pone en juego las instancias del aparato psíquico), las contradicciones inherentes a la vida pulsional.

AMBIVALENTE, PREAMBIVALENTE, POSTAMBIVALENTE

= *Al.:* Ambivalent, prä-ambivalent, post-ambivalent. — *Fr.:* ambivalent, préambivalent, postambivalent. — *Ing.:* ambivalent, prae-ambivalent, post-ambivalent. — *It.:* ambivalente, preambivalente, postambivalente. — *Por.:* ambivalente, pré-ambivalente, pós-ambivalente.

Términos introducidos por K. Abraham: sirven para calificar, desde el punto de vista de la relación de objeto, la evolución de las fases libidinales. La fase oral en su primera etapa (succión) sería preambivalente; la ambivalencia aparecería en la segunda fase (mordisco), para culminar en la fase anal, continuando en la fase fálica y desapareciendo únicamente después del período de latencia, al instaurarse el amor de objeto genital.

Remitimos al lector al artículo de K. Abraham: *Bosquejo de una historia de la evolución de la libido, basada en el psicoanálisis de los trastornos psíquicos* (*Versuch einer Entwicklungsgeschichte der Libido auf Grund der Psychoanalyse seelischer Störungen*, 1924).

Citaremos también el cuadro ontogenético establecido por R. Fliess (1).

(*Véase:* Ambivalencia; Fase; y los artículos dedicados a las diferentes fases de la libido.)

AMNESIA INFANTIL

= *Al.:* Infantile Amnesie. — *Fr.:* amnésie infantile. — *Ing.:* infantile amnesia. — *It.:* amnesia infantile. — *Por.:* amnésia infantil.

Amnesia que abarca generalmente los hechos ocurridos durante los primeros años de la vida. En ella ve Freud algo distinto al efecto de una incapacidad funcional que tendría el niño pequeño para registrar sus impresiones; aquí es el resultado de la represión que afecta a la sexualidad infantil y se extiende a la casi totalidad de los acontecimientos de la infancia. El campo cubierto por la amnesia infantil tendría su límite temporal en la declinación del complejo de Edipo y la entrada en el período de latencia.

La amnesia infantil no es un descubrimiento del psicoanálisis. Pero Freud, ante la evidencia aparente del fenómeno, no se contentó con una explicación basada en la inmadurez funcional, sino que dio de ella una interpretación específica. De igual modo que la amnesia histérica, la amnesia infantil puede ser levantada: no constituye una abolición o una falta de fijación de los recuerdos, sino el efecto de una represión (1). Por lo demás, Freud ve en la amnesia infantil la condición para las represiones ulteriores y, especialmente, para la amnesia histérica. (Sobre el tema de la amnesia infantil, véase, básicamente, la referencia [1].)

ANACLÍTICO (adj.)

= *Al.:* Anlehnungs-. — *Fr.:* anaclitique. — *Ing.:* anaclitic, attachment. — *It.:* anaclitico o per appoggio. — *Por.:* anaclítico.

Véase: **Apoyo y Elección objetal anaclítica o por apoyo.**

1) El adjetivo *anaclítico* (del griego ἀνακλίνω, acostarse sobre, apoyarse en) fue introducido en la literatura psicoanalítica de lengua inglesa y recogido por los traductores franceses y españoles para traducir el genitivo *Anlehnungs-* en expresiones tales como *Anlehnungstypus der Objektwahl* (traducido generalmente por «tipo anaclítico de elección objetal»). Pero lo que forzosamente escapa al lector de las obras de Freud en sus traducciones es el hecho de que el concepto *Anlehnung* constituye una pieza fundamental de la primera teoría freudiana de las pulsiones; Freud se refiere a ella en muchas otras ocasiones, aparte de aquellas en que trata de la elección objetal «anaclítica»: con gran frecuencia se encuentra, ya la forma substantiva *Anlehnung*, ya formas verbales como *sich an (etwas) anlehnen*. Pero estas formas se han traducido de diversos modos (α), por lo cual el concepto *Anlehnung* no ha podido ser captado con claridad por los lectores de Freud.

Actualmente se plantea, pues, un problema terminológico. La palabra «anaclítico» forma parte ya del vocabulario internacional del psicoanálisis y no es posible suprimirla. Pero el substantivo *anaclisis*, que traduciría *Anlehnung*, no se acepta (β). Por lo demás, las palabras «anaclisis» y «anaclítico» presentan el inconveniente de ser palabras *cultas*, creadas artificialmente, mientras que *Anlehnung* forma parte del lenguaje corriente. Por ello proponemos como equivalente la palabra *apoyo* *(étayage)*, que ya ha sido utilizada por algunos traductores (especialmente por B. Reverchon-Jouve en su traducción de *Tres ensayos sobre la teoría de la sexualidad* [*Drei Abhandlungen zur Sexualtheorie*, 1905]), que tiene la ventaja de encontrarse también, como *Anlehnung*, en su forma verbal: *apoyarse en*. Incluso la expresión ya consagrada por el uso de «elección objetal de tipo anaclítico» debería substituirse por «elección objetal por apoyo».

2) La palabra «anaclítico» se utiliza en ocasiones en un sentido más laxo, que no guarda relación directa con la utilización de este concepto en la teoría freudiana, por ejemplo en la expresión «depresión anaclítica»* *(anaclitic depression)*.

(α) Por ejemplo, en su forma verbal: estar unido a, estar basado sobre, tomar apoyo en, etc.

(β) En contraposición, no existe en alemán un adjetivo formado a partir de *Anlehnung* y que corresponda a anaclítico.

ANALISIS DE CONTROL O SUPERVISADO

= *Al.:* Kontrollanalyse. — *Fr.:* psychanalyse controlée *o* sous controle. — *Ing.:* control *o* supervisory *o* supervised analysis. — *It.:* analisi di controllo *o* sotto controllo. — *Por.:* análise sob contrôle, *o* supervisão.

Psicoanálisis llevado a cabo por un analista en período de formación y del cual da cuenta, periódicamente, a un analista experimentado que le guía en la comprensión y la dirección de la cura y le ayuda a tomar conciencia de su contratransferencia. Este tipo de formación está especialmente destinado a permitir al alumno captar en qué consiste la intervención propiamente psicoanalítica, en comparación con otras formas de actuación psicoterápica (sugestión, consejos, orientaciones, esclarecimientos, apoyo, etc.).

La práctica del análisis de control se instauró alrededor de 1920 (1), para convertirse progresivamente en un elemento fundamental de la formación técnica del psicoanalista y condición previa de su habilitación para la práctica. Hoy en día, en las diversas Sociedades de Psicoanálisis, se admite que el candidato no puede ser autorizado a emprender un análisis de control (generalmente se prevé la práctica de, por lo menos, dos) hasta que su propio análisis didáctico* se halle suficientemente avanzado (α).

(α) Señalemos que se ha propuesto diferenciar mediante dos términos (*Kontrollanalyse* y *Analysenkontrolle)* los dos aspectos principales del control: el primer término designaría el análisis de la contratransferencia del candidato frente a su paciente, y el segundo la supervisión del análisis del paciente.

ANALISIS DIDACTICO

= *Al.:* Lehranalyse, didaktische Analyse. — *Fr.:* analyse didactique. — *Ing.:* training analysis. — *It.:* analisi didattica. — *Por.:* análise didática.

Psicoanálisis a que se somete el que quiere dedicarse al ejercicio de la profesión de psicoanalista y que constituye la pieza fundamental de su formación.

El descubrimiento del psicoanálisis se halla íntimamente mezclado con la exploración personal que Freud hizo de sí mismo (*véase:* Autoanálisis). Desde un principio comprendió que sólo podía llegarse a la práctica del análisis mediante el conocimiento de su propio inconsciente. En el Congreso de Nuremberg, en 1910, Freud consideró un *Selbstanalyse* (literalmente: análisis de sí mismo) como condición a exigir para que «[...] el médico pueda reconocer en sí y dominar la contratransferencia» (1). ¿Alude Freud aquí al autoanálisis o a un psicoanálisis dirigido por un tercero? El término *Selbstanalyse* no permite aclararlo. Según el contexto, puede pensarse que se trata más bien de un autoanálisis, pero juzgando por la reseña que hizo Otto Rank del Congreso (2), Freud tenía presente también la institución del análisis didáctico. Sea como fuere, parece que, en su opinión, por aquellas fechas todavía no estaba firmemente establecido el valor insubstituible del análisis didáctico en comparación con el autoanálisis.

El valor formativo del análisis personal se reconoce más claramente en los *Consejos al médico en el tratamiento analítico* (*Ratschläge für den Arzt bei der psychoanalytischen Behandlung*, 1912); aquél se relaciona con la teoría según la cual el analista «[...] debe volver hacia el inconsciente del enfermo, emisor, su propio inconsciente como órgano receptor» (3 *a*). Para hacerlo, el analista debe ser capaz de comunicar más libremente con su propio inconsciente (*véase:* Atención flotante), y esto es precisamente lo que ha de conseguir, en principio, mediante el análisis didáctico; Freud elogia a la escuela de Zurich por haber «[...] exigido que todo aquel que desee practicar análisis en otros, ha de someterse, previamente, a un análisis por alguien experimentado» (3 *b*).

En 1922, en el Congreso de la Asociación Psicoanalítica Internacional, dos años después de la fundación del Instituto de Psicoanálisis de Berlín, se establece la exigencia del análisis didáctico para todo candidato a analista.

Al parecer fue Ferenczi quien más contribuyó a subrayar el valor del análisis didáctico, que considera como la «segunda regla fundamental del psicoanálisis» (4 *a*). En opinión de Ferenczi, el análisis didáctico no es menos completo ni menos profundo que el análisis terapéutico: «Para mantenerse firme frente a este ataque general por parte del paciente, es preciso que el propio analista haya sido plena y totalmente analizado. Insisto en ello, porque con frecuencia se considera suficiente que un candidato pase, por ejemplo, un año familiarizándose con los principales mecanismos en lo que se llama su análisis didáctico. Se confía que los progresos ulteriores los adquirirá en el curso de su propia experiencia. Ya he dicho repetidamente, en ocasiones anteriores, que, en principio, no puedo admitir diferencia alguna entre un análisis terapéutico y un análisis didáctico, a lo cual deseo añadir todavía lo siguiente: así como con fines terapéuticos no se precisa llegar siempre a la profundidad de que hablamos al referirnos a un análisis completamente terminado, el analista, del cual depende la suerte de tantas otras personas, debe conocer y controlar hasta las más íntimas debilidades de su carácter; y esto es imposible sin un análisis plenamente acabado» (5).

Los requisitos establecidos por Ferenczi se hallan hoy en día generalmente admitidos (α); tienden a hacer del análisis personal del individuo que aspira a ser analista una empresa en la que pierde importancia la adquisición de conocimientos mediante la experiencia, aspecto que el calificativo de didáctico sitúa indebidamente en primer plano.

El problema, tanto teórico como práctico, inherente al concepto mismo y a la institucionalización del análisis didáctico (es decir, ¿cómo un análisis puede dirigirse, de entrada, a una finalidad particular, a una «representación-fin» tan destacada como es la de obtener de una institución, en la que la apreciación del analista didáctico desempeña un importante papel, como es la habilitación para el ejercicio de una

profesión?) ha sido objeto de discusiones, que todavía siguen, dentro del movimiento psicoanalítico (β).

(α) Por su parte, Freud siempre se mostró bastante reservado acerca de las posibilidades que ofrece el análisis didáctico; en *Análisis terminable e interminable* (*Die endliche und die unendliche Analyse*, 1937) sostiene todavía que el análisis didáctico, «[...] por razones prácticas, debe ser corto e incompleto; su objetivo principal consiste en permitir al analista docente juzgar si el aspirante es apto para continuar sus estudios. Su función se ha cumplido cuando ha permitido al alumno el convencerse de un modo cierto de la existencia del inconsciente, y el adquirir, gracias a la emergencia de *lo reprimido*, ideas sobre sí mismo que, sin el análisis, le hubieran parecido increíbles, y le ha proporcionado una primera muestra de la única técnica que ha dado validez a la actividad psicoanalítica» (6).

(β) Acerca de los problemas planteados por la formación analítica y su historia dentro del movimiento psicoanalítico, véase especialmente Balint: *Sobre el sistema de formación psicoanalítica* (*On the psychó-analytic training system*) (7).

ANALISIS DIRECTO

= *Al.*: Direkte Analyse. — *Fr.*: analyse directe. — *Ing.*: direct analysis. — *It.*: analisi diretta. — *Por.*: análise direta.

Método de psicoterapia analítica de las psicosis preconizado por J. N. Rosen. Su nombre proviene de la utilización de «interpretaciones directas» dadas a los pacientes, y que pueden definirse del siguiente modo:

a) se refieren a contenidos inconscientes que el sujeto expresa, verbalmente o no (mímica, postura, gestos, conducta);
b) no exigen un análisis de las resistencias;
c) no utilizan necesariamente la mediación de las cadenas asociativas.

Este método implica además una serie de procedimientos técnicos destinados a establecer una relación afectiva estrecha, de «inconsciente a inconsciente», en la cual el terapeuta «debe convertirse para el paciente en la figura materna que no cesa de dar y de proteger» (1 *a*).

Este método fue expuesto y enriquecido por J. N. Rosen a partir de 1946. El calificativo «directo» sirve para definir especialmente un tipo de interpretaciones. Éstas se basan en la teoría según la que, en las psicosis, y especialmente en la esquizofrenia, el inconsciente del individuo, desbordando las defensas, se expresa abiertamente en sus palabras y sus comportamientos. La interpretación directa no haría sino explicitar con mayor claridad lo que el paciente ya sabe. Su eficacia no depende, por consiguiente, de un aumento del *insight*, sino del establecimiento y consolidación de una transferencia positiva: el paciente se siente *comprendido* por un terapeuta, al cual atribuye la comprensión omnipotente de una madre ideal; se siente *tranquilizado* por las palabras que aluden al contenido infantil de su angustia y le demuestran la falta de fundamento de ésta. Además de las interpretaciones, el análisis «directo», en el sentido amplio del término, implica cierto número de procedimientos activos, que distan mucho de la neutralidad que es preceptiva en el análisis de las neurosis y que, en conjunto, tienen por finalidad hacer penetrar al terapeuta en el universo cerrado del psicótico. De este modo el terapeuta llegaría a desempeñar la función de una madre

amante y protectora, reparando progresivamente las graves frustraciones que el paciente habría sufrido en su infancia, a consecuencia de una madre con un instinto maternal pervertido (1 *b*).

(*Véase también*: Interpretación; Maternalización).

ANGUSTIA AUTOMATICA

= *Al.*: automatische Angst. — *Fr.*: angoisse automatique. — *Ing.*: automatic anxiety. — *It.*: angoscia automatica. — *Por.*: angústia automática.

Reacción del individuo cada vez que se encuentra en una situación traumática, es decir, sometido a una afluencia de excitaciones, de origen externo o interno, que es incapaz de controlar. La angustia automática se opone, en la opinión de Freud, a la señal de angustia*.

La expresión «angustia automática» fue introducida por Freud al reformar su teoría de la angustia en *Inhibición, síntoma y angustia* (*Hemmung, Symptom und Angst*, 1926); se comprende comparándola con el concepto de señal de angustia.

En ambos casos, «[...] como fenómeno automático y como señal de alarma, la angustia debe considerarse como producto del estado de desamparo psíquico del lactante, que evidentemente constituye la contrapartida de su estado de desamparo biológico» (1). La angustia automática es una respuesta espontánea del organismo frente a esta situación traumática o a su reproducción.

Por «situación traumática» debe entenderse un aflujo no controlable de excitaciones demasiado numerosas e intensas: esta idea es muy antigua en Freud; la encontramos en sus primeros escritos acerca de la angustia, en los que la define como el resultado de una tensión libidinal acumulada y no descargada.

El término «angustia automática» se refiere a un tipo de reacción; no prejuzga el origen interno o externo de las excitaciones traumatizantes.

ANGUSTIA ANTE UN PELIGRO REAL

= *Al.*: Realangst. — *Fr.*: angoisse devant un danger réel. — *Ing.*: realistic anxiety. — *It.*: angoscia (di fronte a una situazione) reale. — *Por.*: angústia real.

Término (*Realangst*) utilizado por Freud en el marco de su segunda teoría de la angustia: angustia ante un peligro exterior que constituye para el individuo una amenaza real.

La palabra alemana *Realangst* fue introducida en *Inhibición, síntoma y angustia* (*Hemmung, Sympton und Angst*, 1926). Puede prestarse a algunos equívocos, que nuestra traducción intenta evitar.

1.º En *Realangst*, *Real* es un substantivo; no califica la angustia, sino lo que la motiva. La angustia ante un peligro real se opone a la angustia ante la pulsión. Para algunos autores, en especial para Anna Freud,

la pulsión sólo sería ansiógena en la medida en que ofrece el riesgo de suscitar un peligro real; pero la mayoría de los psicoanalistas sostienen la existencia de una amenaza pulsional generadora de angustia.

2.° La traducción por «angustia ante lo real» tendría el inconveniente de dar a entender que es la realidad, como tal, la que motiva la angustia, cuando se trata de ciertas situaciones. Es por ello que proponemos «angustia ante un peligro real».

Sin entrar en detalles acerca de la teoría freudiana de la angustia, hemos de señalar que la palabra *Angst*, en alemán y en su utilización freudiana, no coincide exactamente con el término «angustia». Expresiones corrientes como *ich habe Angst vor...* se traducen por: tengo miedo de... La oposición frecuentemente admitida, entre el miedo que produciría un objeto determinado, y la angustia, que se define por la ausencia de objeto, no concuerda totalmente con las distinciones freudianas.

ANULACIÓN RETROACTIVA

= *Al.*: Ungeschehenmachen. — *Fr.*: annulation rétroactive. — *Ing.*: undoing (what has been done). — *It.*: rendere non accaduto *o* annullamento retroattivo. — *Por.*: anulação retroativa.

Mecanismo psicológico mediante el cual el sujeto se esfuerza en hacer como si pensamientos, palabras, gestos o actos pasados no hubieran ocurrido; para ello utiliza un pensamiento o un comportamiento, dotados de una significación opuesta.

Se trata de una compulsión de tipo «mágico» particularmente característica de la neurosis obsesiva.

La anulación fue brevemente descrita por Freud en *Análisis de un caso de neurosis obsesiva;* en donde analiza los «[...] actos compulsivos en dos tiempos, el primero de los cuales es anulado por el segundo [...]. Su verdadera significación estriba en que representan el conflicto de dos movimientos opuestos y de intensidad casi igual, lo cual es siempre, según mi experiencia, la oposición entre el amor y el odio» (1 *a*).

En *Inhibición, síntoma y angustia* (*Hemmung, Sympton und Angst*, 1926), este proceso es descrito por Freud con el término *Ungeschehenmachen* (literalmente: hacer que algo no haya sucedido); en este mecanismo, junto con el del aislamiento, ve una forma de defensa característica de la neurosis obsesiva y lo califica de procedimiento mágico; muestra su especial intervención en los ceremoniales obsesivos (2 *a*).

Anna Freud menciona la anulación retroactiva en su inventario de los mecanismos de defensa del yo (3); y generalmente, en la literatura psicoanalítica, se la define como un mecanismo de defensa del yo (4 *a*).

Observemos que la anulación retroactiva se presenta bajo modalidades bastante diversas. Unas veces un comportamiento es anulado por el comportamiento directamente opuesto (así, el paciente de *Análisis de un caso de neurosis obsesiva* vuelve a colocar en un camino una piedra que, en un primer tiempo, había retirado para que el vehículo de su

amiga no chocase con ella); otras veces, se repite el mismo acto, pero con significaciones, conscientes o inconscientes, opuestas; por último, puede ocurrir que el acto de anulación resulte contaminado por el acto que tiende a borrar. Fenichel da un ejemplo (4 *b*) que ilustra estas dos últimas modalidades: un individuo se reprocha a sí mismo el haber malgastado el dinero comprando un periódico; querría anular este gasto pidiendo la devolución del dinero, pero, no osando hacerlo, piensa que si compra otro periódico se sentirá más tranquilo. Pero el quiosco ya está cerrado; entonces el individuo tira al suelo una moneda de igual valor al del periódico. Para designar tales secuencias de actos, Freud habla de síntomas «difásicos»: «A una acción que pone en ejecución cierta orden, sigue inmediatamente otra que detiene o anula la primera, aunque no llegue a poner en ejecución su contraria» (2 *b*).

Clasificar la anulación retroactiva entre los mecanismos de defensa del yo, exige aún otra observación: ¿desde considerarse el «segundo tiempo» como un simple producto de la defensa? La multiplicidad de ejemplos clínicos conduce a matizar la respuesta. En efecto, la mayoría de las veces se observa que las motivaciones pulsionales intervienen en los dos tiempos, especialmente en forma de la ambivalencia* amor-odio; en ocasiones, incluso, es el segundo tiempo el que mejor pone de manifiesto el triunfo de la pulsión. En un ejemplo como el de Fenichel, ciertamente es el conjunto de la conducta lo que constituye una totalidad sintomática.

Por lo demás se observará, desde este punto de vista, que Freud, en una época en la que todavía no se había hecho recaer el acento sobre los mecanismos de defensa del yo, al parecer sólo hace intervenir la acción defensiva en una racionalización que disfraza secundariamente el conjunto de actos de que se trata (1 *b*).

Finalmente, se podrían distinguir aquí dos concepciones, que, por lo demás, sólo se contraponen como dos niveles de interpretación o dos niveles del conflicto psíquico*: una, que pone el acento en el conflicto interpulsional, en el cual, en un último análisis, se encuentra la ambivalencia del amor y del odio; y otra que sitúa el conflicto entre las pulsiones y el yo, pudiendo encontrar éste un aliado en una pulsión que se opone a aquel del cual el yo se protege.

Cabe preguntarse si no sería conveniente relacionar el mecanismo de la anulación retroactiva con un comportamiento normal muy extendido: retractarse de una afirmación, reparar un daño, rehabilitar a un condenado, atenuar el alcance de un pensamiento, de una palabra o de un acto mediante una negación que incluso puede anticiparse (ejemplo: «no vaya a creer que...»), etc.

Señalemos, sin embargo, que en todos estos casos se trata de atenuar o de anular la significación, el valor o las consecuencias de un comportamiento. La anulación retroactiva (en sentido patológico) se dirige a la *realidad* misma del acto que intentaría suprimir radicalmente, como si el tiempo no fuera irreversible.

Es indudable que tal distinción puede parecer esquemática: ¿no es precisamente haciendo intervenir significaciones opuestas como el indi-

viduo intenta anular incluso el propio acto? Sin embargo, el análisis clínico muestra que el obsesivo no queda satisfecho con una labor de *retiro de la catexis** o *de contracatexis**. Su objetivo es la imposible anulación del acontecimiento *(Geschehen)* pasado como tal.

APARATO PSÍQUICO

= *Al.:* psychischer *o* seelischer Apparat. — *Fr.:* appareil psychique. — Ing.: psychic *o* mental apparatus. — *It.:* apparato psichico *o* mentale.— *Por.:* aparêlho psíquico *o* mental.

Término que subraya ciertos caracteres que la teoría freudiana atribuye al psiquismo: su capacidad de transmitir y transformar una energía determinada y su diferenciación en sistemas o instancias.

En *La interpretación de los sueños* (*Die Traumdeutung*, 1900), Freud define el aparato psíquico comparándolo con los aparatos ópticos; de esta forma intenta, según sus propias palabras, «[...] hacer inteligible la complicación del funcionamiento psíquico, dividiendo este funcionamiento y atribuyendo cada función particular a una parte constitutiva del aparato» (1 *a*).

El citado texto requiere algunas precisiones:

1) Al hablar de aparato psíquico, Freud sugiere la idea de una cierta disposición u organización interna, pero hace algo más que atribuir diferentes funciones a «lugares psíquicos» específicos; asigna a éstos un *orden* prefijado que implica una determinada sucesión temporal. La coexistencia de los distintos sistemas que forman el aparato psíquico no debe interpretarse en el sentido anatómico que le conferiría una teoría de las localizaciones cerebrales. Implica únicamente que las excitaciones deben seguir un orden fijado por el lugar que ocupan los diversos sistemas (2).

2) La palabra «aparato» sugiere la idea de una tarea, de un *trabajo*. El esquema que aquí prevalece fue tomado por Freud de una determinada concepción del arco reflejo, según la cual éste transmitiría íntegramente la energía recibida: «El aparato psíquico debe concebirse como un aparato reflejo. El proceso reflejo sigue siendo el modelo *(Vorbild)* de todo funcionamiento psíquico» (1 *b*).

La función del aparato psíquico consiste, en un último análisis, en mantener a un nivel lo más bajo posible la energía interna de un organismo (*véase:* Principio de constancia). Su diferenciación en subestructuras ayuda a concebir las *transformaciones de la energía* (del estado libre al de energía ligada) (*véase:* Elaboración psíquica) y el juego de las catexis, contracatexis y sobrecatexis.

3) Estas breves observaciones indican que el aparato psíquico, para Freud, tiene un valor de *modelo* o, como él mismo dijo, de «ficción» (1 *c*). Este modelo, como en el primer texto citado más arriba, o también en el primer capítulo de *Compendio de psicoanálisis* (*Abriss der Psychoanalyse*, 1938), puede ser físico; en otro lugar puede ser biológico («la vesícula protoplasmática» del capítulo IV de *Más allá del principio del placer* [*Jenseits des Lustprinzips*, 1920]). El comentario del término «aparato psíquico» remite a una apreciación de conjunto de la metapsicología freudiana y de las metáforas que utiliza.

APOYO

= *Al.:* Anlehnung. — *Fr.:* étayage. — *Ing.:* anaclisis. — *It.:* appoggio o anaclisi. — *Por.:* anaclísia *o* apoio.

Término introducido por Freud para designar la relación primitiva de las pulsiones sexuales con las pulsiones de autoconservación: las pulsiones sexuales, que sólo secundariamente se vuelven independientes, se apoyan sobre las funciones vitales que les proporcionan una fuente orgánica, una dirección y un objeto. En consecuencia, se hablará también de apoyo para designar el hecho de que el sujeto se apoya sobre el objeto de las pulsiones de autoconservación en su elección de un objeto amoroso; esto es lo que denominó Freud el tipo de elección de objeto por apoyo.

Acerca de la traducción de la palabra alemana *Anlehnung* por *apoyo*, remitimos al lector al artículo Anaclítico, donde encontrará consideraciones terminológicas.

La idea de apoyo constituye una pieza maestra de la concepción freudiana de la sexualidad. Presentada en la primera edición de los *Tres ensayos sobre la teoría sexual* (*Drei Abhandlungen zur Sexualtheorie*, 1905), este concepto se afirma cada vez más durante los años que siguieron.

En 1905, en su primera elaboración teórica del concepto de pulsión, Freud describe la íntima relación existente entre la pulsión sexual y ciertas funciones corporales básicas. Esta relación es particularmente evidente en la actividad oral del lactante: en el placer producido por la succión del pecho, «[...] la satisfacción de la zona erógena se hallaba al principio íntimamente asociada a la satisfacción de la necesidad de alimento» (1 *a*). La función corporal proporciona a la sexualidad su fuente o zona erógena; le señala desde un principio un objeto, el pecho; finalmente, procura un placer que no es reductible a la mera satisfacción del hambre, sino que es una especie de suplemento de placer: «[...] pronto la necesidad de repetir la satisfacción sexual se separará de la necesidad nutritiva» (1 *b*). Así, pues, la sexualidad sólo secundariamente se vuelve autónoma y, una vez abandonado el objeto exterior, funciona en forma autoerótica (*véase:* Autoerotismo).

El apoyo se aplica también a las restantes pulsiones parciales: «La zona anal, al igual que la labial, es apropiada, por su situación, para permitir un apoyo de la sexualidad sobre otras funciones corporales» (1 *c*).

Finalmente, a partir de 1905, a lo largo del capítulo sobre el «descubrimiento del objeto», la génesis de la elección de objeto tal como la describe Freud, es la misma que más tarde calificará de «tipo de elección objetal anaclítica» (1 *d*).

Durante los años 1910-1912, en los textos en que Freud establece la gran oposición entre pulsiones sexuales y pulsiones de autoconservación*, se halla constantemente presente la noción de apoyo: designa la relación original de los dos grandes tipos de pulsiones: «[...] las pul-

siones sexuales encuentran sus primeros objetos en apoyo sobre los valores reconocidos por las pulsiones del yo, de igual modo que las primeras satisfacciones sexuales se experimentan en apoyo sobre las funciones corporales necesarias para la conservación de la vida» (2).

La oposición introducida por Freud en 1914 entre dos tipos de elección de objeto no aporta modificación del concepto de apoyo; únicamente limita la extensión de la elección objetal anaclítica, a la cual se opone otro tipo de elección objetal, la narcisista*.

Por último, en 1915, en la tercera edición de los *Tres ensayos*, Freud hace resaltar mejor, mediante algunas adiciones, el término *Anlehnung* y el alcance que le atribuye. Así, considera como una de las tres características fundamentales de la sexualidad infantil el «apoyo sobre una de las funciones corporales de importancia vital» (1 *e*).

A nuestro juicio, hasta ahora no se ha destacado plenamente en la obra de Freud el concepto de apoyo. La mayoría de las veces sólo se tiene en cuenta en la concepción de la elección objetal, que, en lugar de definirlo totalmente, lo supone ya situado en el centro de una teoría de las pulsiones.

Su principal sentido estriba, en efecto, en establecer una relación y una oposición entre las pulsiones sexuales y las pulsiones de autoconservación.

1.° La idea de que originalmente las pulsiones sexuales toman sus fuentes y sus objetos de las pulsiones de autoconservación ya implica que existe una diferencia en la naturaleza de los dos tipos de pulsiones; todo el funcionamiento de las segundas se halla predeterminado por su aparato somático, y su objeto está fijado desde un principio; por el contrario, las primeras se caracterizan ante todo por un cierto modo de satisfacción que al principio no es más que un beneficio marginal *(Lustnebengewinn)* del funcionamiento de las segundas. Esta diferencia esencial se confirma en Freud por el empleo repetido, refiriéndose a las pulsiones de autoconservación, de términos como *función* y *necesidad*. Siguiendo esta línea de pensamiento, cabe preguntarse si, dentro de una terminología más rigurosa, no convendría denominar *necesidades* a lo que Freud llama «pulsiones de autoconservación», diferenciándolas así mejor de las pulsiones sexuales.

2.° El concepto de apoyo, al tiempo que ayuda a comprender la génesis de la sexualidad, permite precisar el puesto que ésta ocupa en la teoría de Freud. A menudo se ha reprochado de *pansexualismo* a Freud, que se defendió de esta acusación recordando la constancia de su dualismo pulsional; la concepción del apoyo permitiría una respuesta más matizada. En cierto sentido la sexualidad puede encontrarse en todo, originándose en el funcionamiento mismo de las actividades corporales y también, como indica Freud en los *Tres ensayos*, en toda otra clase de actividades, por ejemplo, intelectuales; pero, por otra parte, sólo se separa secundariamente, y rara vez se encuentra como una función absolutamente autónoma.

3.° Un problema discutido con frecuencia en psicoanálisis (¿debe suponerse la existencia de un «amor objetal primario» o admitir que el niño se encuentra al principio en un estado de autoerotismo o de narcisismo*?) recibe en Freud una solución más compleja de lo que generalmente se sostiene. Las pulsiones sexuales se satisfacen en forma autoerótica antes de recorrer la evolución que los conduce a la elección objetal. Pero, en contrapartida, las pulsiones de autoconservación se hallan desde un principio en relación con el objeto; así, mientras la sexualidad funciona en apoyo sobre aquéllas, existe igualmente para las pulsiones sexuales una relación objetal; sólo cuando se separan, la sexualidad se vuelve autoerótica. «Cuando, en un principio, la satisfacción sexual se hallaba ligada todavía a la ingestión de alimento, la pulsión sexual tenía un objeto sexual fuera del propio cuerpo: el pecho materno. Sólo más tarde lo pierde [...]. La pulsión sexual se vuelve entonces, por regla general, autoerótica [...]. Encontrar el objeto es, en el fondo, volverlo a encontrar» (1 *f*).

ASOCIACION

= *Al.:* Assoziation. — *Fr.:* association. — *Ing.:* association. — *It.:* associazione. — *Por.:* associação.

Palabra tomada del asociacionismo para designar toda *ligazón* entre dos o más elementos psíquicos, cuya serie constituye una cadena asociativa.

En ocasiones el término se utiliza para designar los *elementos* así asociados. Refiriéndose a la cura, se alude a esta última acepción, al hablar, por ejemplo, de las «asociaciones de tal sueño», para designar lo que, en las manifestaciones del individuo, se halla en conexión asociativa con el sueño en cuestión. Finalmente, el término «asociaciones» designa el conjunto del material verbalizado en el curso de la sesión psicoanalítica.

Un comentario exhaustivo del término asociación exigiría efectuar una investigación histórico-crítica que describiera la difusión de la doctrina asociacionista en Alemania en el siglo XIX, su influencia en el pensamiento del «joven Freud» y, sobre todo, mostraría cómo fue integrada y transformada por el descubrimiento freudiano de las leyes del inconsciente.

Nos limitaremos a efectuar las siguientes observaciones acerca de este último punto:

1. No es posible comprender el sentido y el alcance del concepto de asociación en psicoanálisis sin referirse a la experiencia clínica, en la cual se elaboró el método de las asociaciones libres. Los *Estudios sobre la histeria* (*Studien über Hysterie*, 1895) muestran cómo Freud se vio inducido a seguir, cada vez más, a sus pacientes en la vía de las asociaciones libres que éstas le indicaban. (*Véase nuestro comentario acerca de* «Asociación libre».) Desde el punto de vista de la teoría de las asociaciones, lo que se desprende de la experiencia de Freud en aquellos años del descubrimiento del psicoanálisis puede resumirse esquemáticamente del siguiente modo:

a) Una «idea que se le ocurre» *(Einfall)* al individuo, al parecer en forma aislada, constituye siempre un elemento que remite en realidad, consciente o inconscientemente, a otros elementos. Se descubren así series asociativas que Freud designa con distintos términos figurados: «línea» *(Linie)*, «hilo» *(Faden)*, «encadenamiento» *(Verkettung)*, «tren» *(Zug)*, etc. Estas líneas se entrelazan formando verdaderas redes, en las que se encuentran «puntos nodales» *(Knotenpunkte)* donde se juntan varias de ellas.

b) Las asociaciones, tal como se encadenan en el discurso del individuo, corresponden, según Freud, a una organización compleja de la memoria. Ésta fue comparada por Freud a una especie de archivos ordenados según distintos criterios de clasificación y que podrían ser consultados por diferentes vías (orden cronológico, orden por materias, etcétera) (1 *a*). Tal organización implica que la representación* *(Vorstellung)*, o la huella mnémica* *(Erinnerungsspur)* de un mismo acontecimiento puede encontrarse en el interior de varios conjuntos (lo que Freud denomina también «sistemas mnémicos»).

c) Esta organización en sistemas se ve confirmada por la experiencia clínica: existen verdaderos «grupos psíquicos separados» (1 *b*), es decir, complejos de representaciones escindidas del curso asociativo: «Las representaciones aisladas contenidas en estos complejos ideativos pueden conscientemente volver al pensamiento, como observó Breuer. Sólo su combinación en una forma bien determinada permanece alejada de la conciencia» (1 *c*). Freud, a diferencia de Breuer, no cree que el estado hipnoide* constituya la explicación última de este hecho, pero sigue afirmando la existencia de una escisión* *(Spaltung)* dentro del psiquismo. El grupo de asociaciones separado se halla en el origen de la noción *tópica* de inconsciente.

d) Dentro de un complejo asociativo, la «fuerza» de un elemento no permanece siempre unida al mismo en forma inmutable. El juego de las asociaciones depende de factores *económicos:* la energía de catexia se desplaza de un elemento a otro, se condensa en los puntos nodales, etcétera (independencia del afecto* en relación con la representación).

e) En definitiva, el discurso asociativo no se halla regido pasivamente por leyes generales como las que estableció el asociacionismo: el individuo no es un «polípero de imágenes». La agrupación de las asociaciones, su eventual aislamiento, sus «falsas conexiones», su posibilidad de acceso a la conciencia, forman parte de la *dinámica* del conflicto defensivo propio de cada sujeto.

2. El *Proyecto de psicología científica* (*Entwurf einer Psychologie*, 1895) aclara el uso que hace Freud del concepto de asociación y muestra, desde un punto de vista especulativo, cómo el descubrimiento psicoanalítico del inconsciente confiere un nuevo sentido a los supuestos asociacionistas en los que se apoya Freud:

a) El funcionamiento de las asociaciones es concebido como una circulación de energía en el interior de un «aparato neuronal» de estructura compleja, dispuesto en forma de bifurcaciones sucesivas. Cada excitación, al llegar a una encrucijada, sigue una determinada vía con preferencia a otra, en función de las «facilitaciones» dejadas por las excitaciones anteriores. La noción de facilitación* no debe entenderse como un paso más fácil de una imagen a otra, sino como un proceso de oposición diferencial: una determinada vía sólo es facilitada en función de la no facilitación de la vía opuesta.

b) En las hipótesis iniciales que establece Freud, no se trata de imágenes en el sentido de una impresión psíquica o neuronal similar al objeto real. Al principio todo es «neurona» y «cantidad» (2).

Es fácil relacionar esta concepción, que puede parecer muy distante de la experiencia por su carácter mecanicista y su terminología neurofisiológica, con la oposición constante, en la teoría psicológica de Freud, entre la representación y el quantum de afecto*. Como la neurona, la representación es el elemento discreto, discontinuo, de una cadena. Como aquélla, su significación depende del complejo que forme con otros elementos. Desde este punto de vista, se podría comparar el funcionamiento del «aparato neuronal» al del lenguaje, tal como lo estudia la lingüística estructural: formado por unidades discontinuas ordenadas en forma de oposiciones binarias.

ASOCIACIÓN LIBRE (MÉTODO O REGLA DE)

= *Al.:* freie Assoziation. — *Fr.:* méthode *o* règle de libre association. — *Ing.:* free association. — *It.:* libera associazione. — *Por.:* associação livre.

Método que consiste en expresar sin discriminación todos los pensamientos que vienen a la mente, ya sea a partir de un elemento dado (palabra, número, imagen de un sueño, representación cualquiera), ya sea de forma espontánea.

El método de la asociación libre es un constitutivo de la técnica psicoanalítica. No es posible establecer con precisión la fecha de su descubrimiento, que tuvo lugar progresivamente entre 1892 y 1898 y por varios caminos.

1.° Como muestran los *Estudios sobre la histeria* (*Studien über Hysterie*, 1895), la asociación libre surge a partir de métodos preanalíticos de investigación del inconsciente que recurrían a la sugestión y a la concentración mental del paciente sobre una representación dada; la búsqueda insistente del elemento patógeno cede su puesto a la expresión espontánea del paciente. Los *Estudios sobre la histeria* ponen en evidencia el papel desempeñado por los pacientes en esta evolución (α).

2.° Paralelamente, Freud utiliza el método de la asociación libre en su autoanálisis y en especial en el análisis de sus sueños. Aquí un elemento del sueño es el que sirve de punto de partida para el descubrimiento de las cadenas asociativas que conducirán a los pensamientos del sueño.

3.° Las experiencias de la escuela de Zurich (1) recogen, bajo una perspectiva psicoanalítica, las experiencias antiguas de la escuela de

Wundt, consistentes en el estudio de las reacciones y de los tiempos de reacción (variables según el estado subjetivo) frente a palabras inductoras. Jung pone en evidencia que las asociaciones que así se producen vienen determinadas por «[...] la totalidad de las ideas relacionadas con un acontecimiento particular dotado de un tinte emocional» (2), totalidad a la que da el nombre de *complejo**.

Freud, en *Historia del movimiento psicoanalítico* (*Zur Geschichte der psychoanalytischen Bewegung*, 1914), admite el interés de estas experiencias «para lograr una confirmación experimental rápida de las observaciones psicoanalíticas y mostrar directamente al estudiante determinadas conexiones que el analista sólo puede relatar» (3).

4.° Quizá convenga citar, además, una fuente que el propio Freud indicó en una nota *Sobre prehistoria de la técnica analítica* (*Zur Vorgeschichte der analytischen Technik*, 1920): el escritor Ludwig Börne, que Freud leyó durante su juventud, recomendaba, para «convertirse en un escritor original en tres días», escribir todo lo que viene a la mente, y denunciaba los efectos de la autocensura sobre las producciones intelectuales (4).

El término «libre», en la fórmula «asociación libre», reclama las siguientes observaciones:

1.ª Incluso en el caso en que el punto de partida lo proporciona una palabra inductora (experiencias de Zurich) o un elemento del sueño (método de Freud en *La interpretación de los sueños* [*Die Traumdeutung*, 1900]), el desarrollo de las asociaciones puede considerarse «libre» en la medida en que no está orientado y controlado por una intención selectiva.

2.ª Esta «libertad» se acentúa cuando no se proporciona ningún punto de partida. En este sentido se habla de regla de la asociación libre como sinónimo de regla fundamental.

3.ª De hecho, la palabra «libertad» no debe tomarse en el sentido de una indeterminación: la regla de la asociación libre tiende ante todo a suprimir la selección voluntaria de los pensamientos, es decir, en la terminología de la primera tópica freudiana, a eliminar la intervención de la *segunda censura* (situada entre el consciente y el preconsciente). De este modo se ponen de manifiesto las defensas inconscientes, es decir, la acción de la *primera censura* (situada entre el preconsciente y el inconsciente).

Finalmente, el método de las asociaciones libres tiene por objeto poner en evidencia un determinado orden del inconsciente: «Cuando se abandonan las representaciones-fin* [*Zielvorstellungen*] conscientes, el curso de las represetaciones pasa a ser gobernado por representaciones-fin ocultas» (5).

(a) Véase sobre todo lo que relata Freud acerca de su paciente Emmy von N...; ante su insistencia buscando el origen de un síntoma, responde ella «[...] que no debe preguntarle siempre de dónde proviene tal o cual cosa, sino dejarle contar lo que ella tiene que decir» (6 *a*). A propósito de esta misma enferma, observa Freud que parece «[...] haberse apropiado su método»: «Las palabras que me murmura [...] no son tan inintencionales como podría suponerse por su apariencia; más bien reproducen con bastante fidelidad los recuerdos y las impresiones nuevas que han actuado sobre ella desde nuestra última entrevista y con frecuencia emanan, de forma totalmente inesperada, de reminiscencias patógenas, de las que se descarga espontáneamente por medio de la palabra» (6 *b*).

ATENCIÓN (PAREJAMENTE) FLOTANTE

= *Al.*: Gleichschwebende Aufmerksamkeit. — *Fr.*: attention (également) flottante. — *Ing.*: (evenly) suspended (*o* [evenly] poised) attention. — *It.*: attenzione (ugualmente) fluttuante. — *Por.*: atenção equiflutuante.

Manera como, según Freud, el analista debe escuchar al analizado: no debe, *a priori*, conceder un privilegio a ningún elemento del discurso de éste, lo cual implica que el analista deje funcionar lo más libremente posible su propia actividad inconsciente y suspenda las motivaciones que habitualmente dirigen la atención. Esta recomendación técnica constituye la contrapartida de la regla de la libre asociación que se propone al analizado.

Esta recomendación esencial, que caracteriza la actitud subjetiva del psicoanalista cuando escucha a su paciente, fue enunciada y comentada por Freud en sus *Consejos al médico en el tratamiento psicoanalítico* (*Ratschläge für den Arzt bei der psychoanalytischen Behandlung*, 1912). Consiste en una suspensión, tan completa como sea posible, de todo lo que habitualmente focaliza la atención: inclinaciones personales, prejuicios, supuestos teóricos, incluso los mejor fundados. «Al igual que el paciente debe decir todo lo que pase por su mente, eliminando toda objeción lógica y afectiva que le induciría a seleccionar, también el médico debe estar en condiciones de interpretar todo lo que escucha, a fin de descubrir en ello todo lo que el inconsciente oculta, sin que su propia censura venga a reemplazar la elección a la que ha renunciado el paciente» (1 *a*).

A partir de Freud, esta regla permite al analista descubrir las conexiones inconscientes en el discurso del paciente. Mediante ella el analista puede conservar en su memoria multitud de elementos aparentemente insignificantes, cuyas correlaciones sólo más tarde se pondrán de manifiesto.

La atención flotante plantea problemas teóricos y prácticos, que el propio término ya indica en su aparente contradicción.

1.° El fundamento teórico del concepto es evidente, si se considera la cuestión en relación con el analizado: las estructuras inconscientes, tal como las describió Freud, salen a la luz a través de múltiples deformaciones, como por ejemplo esa «transmutación de todos los valores psíquicos» (2 *a*) que hace que, tras los elementos más insignificantes, en apariencia, se oculten a menudo los más importantes pensamientos inconscientes. Así, la atención flotante constituye la única actitud *objetiva*, por cuanto se adapta a un objeto esencialmente deformado. Por lo demás, se observará que Freud, sin utilizar todavía el término «atención flotante», ya había descrito, a partir de *La interpretación de los sueños* (*Die Traumdeutung*, 1900), una actitud mental análoga, que consideraba

como condición indispensable para el autoanálisis de los sueños (2 *b*).

2.° Como contrapartida, la teoría de la atención parejamente flotante plantea, por parte del analista, difíciles problemas.

Puede concebirse que el analista, al igual que el analizado, intente suprimir la influencia que podrían ejercer sobre su atención sus prejuicios conscientes, e incluso sus defensas inconscientes. Para eliminarlas en lo posible, Freud aconseja el análisis didáctico, puesto que «[...] toda represión no liquidada constituye lo que Stekel denominó acertadamente *punctum caecum* en sus facultades de percepción analítica» (*1 b*).

Pero Freud exige más: el fin a conseguir sería una verdadera comunicación de inconsciente a inconsciente (α): «El inconsciente del analista debe comportarse, con respecto al inconsciente que emerge del paciente, como el auricular telefónico con respecto al micrófono» (*1 c*). Esto es lo que más tarde Theodor Reik llamó metafóricamente «escuchar con el tercer oído» (3).

Ahora bien, como indicó el propio Freud a propósito de la asociación libre*, la suspensión de las «representaciones-fin» conscientes sólo puede conducir a su substitución por «representaciones-fin» inconscientes (2 *c*). Ello plantearía una especial dificultad al analista cuando se sitúa en la actitud de atención flotante: ¿cómo puede su atención no estar orientada por sus propias motivaciones inconscientes? La respuesta a esta pregunta sería indudablemente que la ecuación personal del psicoanalista no solamente es reducida (por su análisis didáctico), sino que además debe ser apreciada y controlada por el autoanálisis de la contratransferencia.

De un modo general, es preciso comprender la regla de la atención flotante como una regla ideal, que, en la práctica, tropieza con exigencias contrarias: ¿cómo concebir, por ejemplo, el paso a la interpretación y a la construcción* sin que, en un momento dado, el analista conceda una importancia privilegiada a un determinado material, lo compare, lo esquematice, etc.?

En el movimiento psicoanalítico contemporáneo pueden distinguirse varias orientaciones sobre el problema de la atención flotante, que no fue reformulado por Freud en el marco de la segunda tópica.

a) Algunos autores, siguiendo a Th. Reik *(loc. cit.)* tienden a desviar la escucha de inconsciente a inconsciente en el sentido de una empatía *(Einfühlung)*, que esencialmente tendría lugar a un nivel infraverbal. La contratransferencia, lejos de oponerse a la comunicación, que se describe entonces como una percepción, testificaría el carácter profundo de ésta.

b) Para otros, la regla técnica de la atención flotante exige una relajación de las funciones inhibidoras y selectivas del yo; no implica valoración alguna de lo sentido, sino simplemente una «apertura» del analista a las incitaciones de su propio aparato psíquico, apertura destinada a evitar la interferencia de sus compulsiones defensivas. Pero lo fundamental del diálogo psicoanalítico tiene lugar de yo a yo.

c) Finalmente, desde un punto de vista teórico que hace recaer el acento en la analogía existente entre los mecanismos del inconsciente y los del lenguaje (Lacan), es esta similitud estructural entre todos los fenómenos inconscientes lo que se trataría de hacer funcionar, lo más libremente posible, en la actitud de escucha psicoanalítica.

(α) Citemos, en relación con este problema, dos pasajes de Freud: «... cada uno posee en su propio inconsciente un instrumento con el que puede interpretar las expresiones del inconsciente en los demás» (4). «El *Ics* de un individuo puede responder directamente al de otro sin que haya paso por el *Cs*. Esto requiere una investigación más minuciosa, sobre todo para decidir si aquí interviene o no la actividad preconsciente. Pero, en principio, el hecho es incontestable» (5).

AUTOANALISIS

= *Al.*: Selbstanalyse. — *Fr.*: auto-analyse. — *Ing.*: self-analysis. — *It.*: auto-analisi. — *Por.*: auto-análise.

Investigación de uno por sí mismo, llevada a cabo de forma más o menos sistemática recurriendo a ciertos procedimientos del método psicoanalítico: asociaciones libres, análisis de los sueños, interpretaciones del comportamiento, etc.

Freud no dedicó escrito alguno al tema del autoanálisis, si bien aludió al mismo en varias ocasiones, especialmente al referirse a su propia experiencia. «Mi autoanálisis, cuya necesidad se me apareció pronto con toda claridad, lo realicé con la ayuda de una serie de mis propios sueños que me condujeron a través de todos los acontecimientos de mi infancia; y todavía hoy creo que este tipo de análisis puede ser suficiente para todo aquel que tenga muchos sueños y no sea demasiado anormal» (1). Tal método lo considera Freud como un buen fundamento: «Cuando alguien me pregunta cómo puede hacerse psicoanalista, le respondo: mediante el estudio de sus propios sueños» (2).

Pero, en otros varios lugares, Freud se muestra muy reservado respecto al verdadero alcance de un autoanálisis. Ya durante su propia experiencia escribió a Fliess: «Mi autoanálisis ha quedado interrumpido. Ahora comprendo el porqué: sólo puedo analizarme a mí mismo valiéndome de conocimientos objetivamente adquiridos (como un extraño). Un auténtico autoanálisis es imposible; de no ser así, no existiría enfermedad» (3). Más tarde, el autoanálisis incluso parece subestimado en comparación con un análisis propiamente dicho: «En principio se aprende el psicoanálisis sobre sí mismo, mediante el estudio de su propia personalidad [...] los progresos por este camino chocan con límites definidos. Se llega mucho más lejos haciéndose analizar por un psicoanalista competente» (4).

Las reservas efectuadas por Freud se refieren al autoanálisis como eventual substitutivo de un psicoanálisis. En general, se considera el autoanálisis como una forma especial de resistencia al psicoanálisis, que halaga al narcisismo y elimina el móvil esencial de la cura, a saber, la transferencia (5). Inclusive en autores que, como K. Horney, recomien-

dan su empleo, el autoanálisis aparece como complemento del tratamiento, preparándolo o continuándolo. En cuanto al autoanálisis de Freud, fue muy singular, ya que formó parte del origen del descubrimiento del psicoanálisis y no la aplicación de un saber.

Por lo que respecta a los analistas, es muy aconsejable la continua investigación de su propia dinámica inconsciente. Freud lo hizo notar a partir de 1910 a propósito de la contratransferencia*: «[...] ningún psicoanalista puede ir más allá de lo que le permiten sus propios complejos y resistencias interiores. Por ello exigimos que inicie su actividad por un autoanálisis (α) y siga profundizándolo mientras aprende, con la práctica, en sus pacientes. Quien no efectúe semejante autoanálisis hará bien en renunciar, sin vacilación, a tratar a los enfermos analíticamente» (6). La institución del análisis didáctico* no suprime la necesidad de un autoanálisis: éste prolonga «indefinidamente» el proceso iniciado por aquél (β).

(α) Y no, como escribe Anne Berman en su traducción francesa: «sometiéndose a un análisis».

(β) Para una exposición sistemática del tema, véase Anzieu (D.), *L'auto-analyse*, Presses Universitaires de France, París, 1959.

AUTOEROTISMO

= *Al.*: Autoerotismus. — *Fr.*: auto-érotisme. — *Ing.*: auto-erotism. — *It.*: autoerotismo. — *Por.*: auto-erotismo.

A) En sentido amplio, cualidad de un comportamiento sexual en el cual el sujeto obtiene satisfacción recurriendo únicamente a su propio cuerpo, sin objeto exterior: en este sentido se habla de la masturbación como de un comportamiento autoerótico.

B) Más específicamente, cualidad de un comportamiento sexual infantil precoz mediante el cual una pulsión parcial, ligada al funcionamiento de un órgano o a la excitación de una zona erógena, encuentra su satisfacción en el mismo lugar, es decir:

1.° sin recurrir a un objeto exterior;
2.° sin referencia a una imagen unificada del cuerpo, a un primer esbozo del yo, como el que caracteriza el narcisismo.

Havelock Ellis introdujo la palabra «autoerotismo» (α) en un sentido amplio, similar al definido en A: «Designo por autoerotismo los fenómenos de emoción sexual espontánea producidos en ausencia de todo estímulo externo, tanto directo como indirecto» (1 *a*).

Debe hacerse notar, sin embargo, que Havelock Ellis distinguía ya en el autoerotismo su «forma extrema», el narcisismo, «tendencia que en ocasiones presenta la emoción sexual [...] a absorberse más o menos completamente en la admiración de sí mismo» (1 *b*).

En los *Tres ensayos sobre la teoría de la sexualidad* (*Drei Abhandzur Sexualtheorie*, 1905), Freud recoge este término, principalmente para definir la sexualidad infantil. Considera la acepción dada por H. Ellis demasiado amplia (2 *a*) y define el autoerotismo basándose en la relación de la pulsión con su objeto: «La pulsión no se dirige a otras personas; se satisface en el propio cuerpo» (2 *b*). Esta definición se comprende teniendo en cuenta la distinción que establece Freud entre los distintos elementos de la pulsión: empuje*, fuente*, fin*, objeto*. En el autoerotismo «[...] el objeto [de la pulsión] cede su lugar al órgano, que es la fuente de aquél, y coincide por lo general con éste» (3 *a*).

1.° La teoría del autoerotismo va ligada a la siguiente tesis, fundamental de los *Tres ensayos:* la contingencia del objeto de la pulsión sexual. Mostrar que, al principio de la vida sexual, puede obtenerse la satisfacción sin recurrir a un objeto, equivale a mostrar que no existe ninguna vía preformada que encamine al sujeto hacia un determinado objeto.

Esta teoría no implica la afirmación de un estado primitivo «no objetal». En efecto, el chupeteo que Freud considera como modelo del autoerotismo, sigue a una primera etapa en que la pulsión sexual se satisface en apoyo* sobre la pulsión de autoconservación (el hambre) y merced a un objeto: el pecho materno (2 *c*). Al separarse del hambre, la pulsión sexual oral pierde su objeto y se convierte al mismo tiempo en autoerótica.

Por consiguiente, si puede decirse que el autoerotismo carece de objeto, no es porque aparezca antes de toda relación con un objeto, ni tampoco porque, con su aparición, deja de estar presente todo objeto en la búsqueda de la satisfacción, sino únicamente porque el modo natural de aprehensión del objeto se encuentra escindido: la pulsión sexual se separa de las funciones no sexuales (por ejemplo, alimentación), en las que se apoyaba y que le indicaban su fin y su objeto.

El «origen» del autoerotismo se hallaría en el momento, siempre renovado más que localizable en una determinada época de la evolución, en que la sexualidad se desliga del objeto natural, se ve entregada a la fantasía y por esto mismo se crea como sexualidad.

2.° Por otra parte, el concepto de autoerotismo implica, desde su primera utilización por Freud, otro marco de referencia distinto al de la relación con el objeto: la referencia a un estado del organismo en el que las pulsiones se satisfacen cada una por su cuenta, sin que exista una organización de conjunto. A partir de los *Tres ensayos*, el autoerotismo se define siempre como la actividad de los distintos «componentes parciales»; debe concebirse como una excitación sexual que nace y se satisface en el mismo lugar, a nivel de cada zona erógena tomada aisladamente (placer de órgano*). Sin duda la actividad autoerótica necesita casi siempre del contacto de la zona erógena con otra parte del cuerpo (succión del pulgar, masturbación, etc.), pero su modelo ideal es el representado por los labios besándose a sí mismos (2 *d*).

La introducción del concepto de narcisismo* viene con posterioridad a aclarar el de autoerotismo: en el narcisismo es el yo, como imagen unificada del cuerpo, el objeto de la libido narcisista, y el autoerotismo se define, en contraposición, como el estado anárquico que precede a esta convergencia de las pulsiones parciales sobre un objeto común: «Es preciso admitir que no existe en el individuo, desde un principio, una unidad comparable al yo; el yo debe experimentar un desarrollo.

Pero las pulsiones autoeróticas existen desde el origen; por consiguiente, algo, una nueva acción psíquica, debe añadirse al autoerotismo para producir el narcisismo» (4).

En numerosos trabajos, Freud conserva claramente esta idea: en el paso del autoerotismo al narcisismo, «[...] las pulsiones sexuales, hasta entonces aisladas, se han juntado en una unidad, y al mismo tiempo han encontrado un objeto»; este objeto es el yo (5 *a*). Más tarde, esta distinción se irá borrando, de manera especial en algunos textos en los que Freud admite la existencia, desde el origen, incluso durante la vida intrauterina, de un estado de «narcisismo primario*». El autoerotismo sólo se define entonces como «[...] la actividad sexual de la fase narcisista de la organización libidinal» (6-3 *b*).

En conclusión, la noción que se intenta designar con el término «autoerotismo» puede definirse con cierta coherencia a partir del concepto de un estado originario de fragmentación de la pulsión sexual. Una tal fragmentación implica evidentemente, en cuanto a la relación con el objeto, la ausencia de un objeto total (yo o persona extraña), pero en modo alguno la ausencia de un objeto parcial fantasmático.

¿Es el autoerotismo un concepto genético? ¿Puede hablarse de una fase libidinal autoerótica?

La opinión de Freud varió a este respecto: en 1905 tendía a incluir el conjunto de la sexualidad infantil bajo el epígrafe del autoerotismo, para contraponerlo a la actividad adulta que implica una elección de objeto. Más tarde atenuó esta afirmación señalando: «[...] me he dado cuenta de un error en lo que expuse anteriormente, cuando describí la distinción conceptual de las dos fases de *autoerotismo* y de *amor objetal*, por razones de claridad, como una separación temporal» (2 *e*).

Ciertamente Freud no abandona la idea de una transición genética del autoerotismo al amor objetal, y cuando más tarde introducirá el narcisismo, lo intercalará en esta sucesión temporal (5 *b*). Pero ésta no debe concebirse en forma demasiado rigurosa, y sobre todo se acompaña de una distinción estructural: el autoerotismo no constituye el patrimonio de una determinada actividad pulsional (oral, anal, etc.), sino que se encuentra en cada una de estas actividades, a la vez como fase precoz y, en la evolución ulterior, como componente: el placer de órgano.

La tendencia a hacer del autoerotismo una fase claramente delimitada en el tiempo ha sido extremadamente impulsada por Abraham, quien hizo coincidir la fase autoerótica con *una* de las fases de la organización libidinal: la fase oral* precoz de succión.

(α) La palabra autoerotismo fue utilizada por vez primera por H. Ellis en un artículo publicado en 1898: Auto-erotism: A psychological study, *Alien. Neurol.*, 19, 260. Freud la utiliza por vez primera en la carta a Fliess del 9-XII-1899.

AUTOPLASTICO — ALOPLASTICO

= *Al.:* Autoplastisch - alloplastisch. — *Fr.:* autoplastique - alloplastique. — *Ing.:* autoplastic - alloplastic. — *It.:* autoplastico - alloplastico. — *Por.:* autoplástico - aloplástico.

Términos que califican dos tipos de reacción o de adaptación, el primero de los cuales consiste en una modificación del organismo solo, y el segundo en una modificación del medio ambiente.

Los términos «auto-» y «aloplástico» se emplean a veces en psicoanálisis, en el marco de una teoría del campo psicológico definido por la interacción del organismo y su ambiente, con el fin de distinguir dos tipos de operaciones, una dirigida hacia el propio sujeto y comportando modificaciones internas, y la otra hacia el exterior. Daniel Lagache (1) se refiere a estos conceptos en su elaboración de la noción de conducta (α).

S. Ferenczi habla de adaptación autoplástica en un sentido más específicamente genético. Según este autor, se trata de un método de adaptación muy primitivo, correspondiente a una fase onto- y filogenética del desarrollo (fase de la «protopsique»), en la cual el organismo no tiene influencia más que sobre sí mismo, pudiendo realizar sólo cambios corporales. Ferenczi relaciona con este fenómeno la conversión* histérica y, de un modo más preciso, lo que llama «fenómenos de materialización»: su «[...] esencia consiste en la realización, como por arte de magia, de un deseo a partir del material corporal que tiene a su disposición y, aunque de forma primitiva, por medio de una representación plástica» (2). Se trataría de una regresión más profunda que la que tiene lugar en el sueño, puesto que el deseo inconsciente se encarna, no en una imagen visual, sino en estados o actos del cuerpo.

En contraposición, Ferenczi habla en ocasiones de adaptación aloplástica para calificar el conjunto de acciones dirigidas hacia el exterior que permiten al yo mantener su equilibrio (3).

(α) Como en el siguiente cuadro, de doble entrada:

OPERACIONES

	Autoplásticas	*Aloplásticas*
Concretas	Fisiológicas	Acciones materiales
Simbólicas	Actividad mental, consciente e inconsciente	Comunicaciones, lenguajes

B

BENEFICIO PRIMARIO Y SECUNDARIO DE LA ENFERMEDAD

= *Al.:* primärer und sekundärer Krankheitsgewinn. — *Fr.:* bénéfice primaire et secondaire de la maladie. — *Ing.:* primary and secondary gain from illness. — *It.:* utile primario e secondario della malattia. — *Por.:* lucro primário e secundário da doença.

Beneficio de la enfermedad designa, de un modo general, toda satisfacción directa o indirecta que un sujeto obtiene de su enfermedad.

El beneficio primario es el que entra en consideración en la motivación misma de una neurosis: satisfacción hallada en el síntoma, huida en la enfermedad, modificación favorable de las relaciones con el ambiente.

El beneficio secundario podría distinguirse del anterior por:

— su aparición con posterioridad, como ganancia suplementaria o utilización por el sujeto de una enfermedad ya constituida;
— su carácter extrínseco en relación con el determinismo inicial de la enfermedad y con el sentido de los síntomas;
— el hecho de que se trata de satisfacciones narcisistas o ligadas a la autoconservación más que de satisfacciones directamente libidinales.

Desde sus comienzos, la teoría freudiana de la neurosis es inseparable de la idea de que la enfermedad se desencadena y se mantiene en virtud de la satisfacción que aporta al individuo. El proceso neurótico responde al principio del placer y tiende a obtener un beneficio económico, una disminución de la tensión. Este beneficio se evidencia por la resistencia del sujeto a la cura, resistencia que se opone al deseo consciente de curarse.

Pero sólo más tarde, y siempre en forma bastante aproximada, establece Freud la distinción entre beneficio primario y beneficio secundario. Así, en el estudio del *Caso Dora,* Freud parecía sostener inicialmente la idea de que los motivos de la enfermedad son siempre secundarios con relación a la formación de los síntomas. Éstos no tendrían al principio una función económica y podrían ser efímeros si no resultasen fijados en un segundo tiempo: «Cierta corriente psíquica puede encon-

trar cómodo servirse del síntoma, y éste adquiere así una *función secundaria,* quedando como anclado en el psiquismo» (1 *a*).

El tema vuelve a ser examinado por Freud en las *Lecciones de introducción al psicoanálisis* (*Vorlesungen zur Einführung in die Psychoanalyse,* 1916-1917) (2 *a*) y en una nota de rectificación añadida en 1923 al estudio del *Caso Dora* (1 *b*):

El «beneficio primario» va ligado al propio determinismo de los síntomas. En él distingue Freud dos partes: la «parte interna del beneficio primario» consiste en la reducción de tensión que procura el síntoma; éste, por doloroso que sea, tiene por finalidad evitar al sujeto conflictos a veces más penosos: es el mecanismo llamado de la «huida en la enfermedad». La «parte externa del beneficio primario» estaría ligada a las modificaciones que el síntoma aporta en las relaciones interpersonales del sujeto. Así, una mujer «oprimida por su marido» puede conseguir, gracias a la neurosis, mayor ternura y atención, al mismo tiempo que se venga de los malos tratos recibidos.

Pero si bien Freud designa este último aspecto del beneficio con los términos de «externo o accidental», la frontera que lo separa del beneficio *secundario* resulta difícil de trazar.

Para describir este último, Freud alude al caso de la neurosis traumática o de una enfermedad física a consecuencia de un accidente. El beneficio secundario se materializa en este caso por la indemnización percibida por el enfermo, motivo poderoso que se opone a una readaptación: «Al librarlo de su enfermedad, le privaríais ante todo de sus medios de subsistencia, puesto que entonces tendría que preguntarse si todavía es capaz de reemprender su antiguo trabajo» (2 *b*).

Sobre la base de este claro ejemplo, es fácil descubrir las tres características que definen el beneficio secundario. Pero además se debe precisar que, incluso en un caso de este tipo, haría falta preguntarse por las motivaciones inconscientes del accidente, como han subrayado las investigaciones modernas. Tratándose de neurosis y *a fortiori* de neurosis no traumática, ¿no son las distinciones todavía menos netas? En efecto, un beneficio sobrevenido secundariamente en el tiempo, y aparentemente extrínseco, ha podido ser previsto y considerado en el desencadenamiento del síntoma. En cuanto al aspecto objetivo del beneficio secundario, oculta con frecuencia su carácter profundamente libidinal: el subsidio pagado al enfermo (para seguir con el mismo ejemplo) puede, por ejemplo, simbolizar una dependencia del tipo niño-madre.

El punto de vista tópico es probablemente el que permite comprender mejor lo que se quiere indicar con el término «beneficio secundario», en la medida en que se toma en consideración la instancia del yo en su tendencia, o incluso «compulsión», a la síntesis (*véase:* Yo). Freud aborda este problema en el capítulo III de *Inhibición, síntoma y angustia* (*Hemmung, Symptom und Angst,* 1926), en el cual el concepto de beneficio secundario se aclara al compararlo con el «combate defensivo secundario» emprendido por el yo, no directamente contra el deseo, sino contra un síntoma ya constituido. Defensa secundaria y beneficio secundario aparecen como dos modalidades de respuesta del yo a este

«cuerpo extraño» que es ante todo el síntoma: «[...] el yo se comporta como guiado por la idea de que el síntoma persistirá en lo sucesivo y no podrá ser eliminado: no queda otro remedio que transigir con esta situación y obtener de ella la mayor ventaja posible» (3). En este beneficio secundario de la enfermedad, que constituye una verdadera incorporación del síntoma al yo, distingue Freud, por una parte, las ventajas obtenidas del síntoma en el terreno de la autoconservación, y por otra parte las satisfacciones propiamente narcisistas.

En conclusión, se observará que la denominación «beneficio secundario» no debe ser obstáculo para la investigación de motivaciones ligadas más directamente a la dinámica de la neurosis. La misma observación podría aplicarse a aquellos tratamientos psicoanalíticos en los cuales se recurre al concepto de beneficio secundario para explicar el hecho de que el paciente parece hallar más satisfacción en el mantenimiento de una situación transferencial que en la curación.

BISEXUALIDAD

= *Al.:* Bisexualität. — *Fr.:* bisexualité. — *Ing.:* bisexuality. — *It.:* bisessualità. — *Por.:* bissexualidade.

Concepto introducido por Freud en psicoanálisis bajo la influencia de Wilhelm Fliess: todo ser humano tendría constitucionalmente disposiciones sexuales tanto masculinas como femeninas, que se manifestarían en los conflictos que experimenta el sujeto para asumir su propio sexo.

En la historia del movimiento psicoanalítico, la aparición del concepto de bisexualidad se debe sin duda alguna a la influencia de Wilhelm Fliess. Tal concepto existía en la literatura filosófica y psiquiátrica de los años 1890 (1 *a*), pero fue Fliess quien lo defendió ante Freud, como lo atestigua su correspondencia (2).

La teoría de la bisexualidad se basa ante todo en los datos de la anatomía y de la embriología (α): «Cierto grado de hermafroditismo anatómico es normal. En todo individuo, sea varón o hembra, se encuentran vestigios del aparato genital del sexo opuesto [...]. De estos hechos anatómicos, conocidos desde hace ya mucho tiempo, se desprende el concepto de un organismo originariamente bisexual, el cual, en el curso de su evolución, se orienta hacia la monosexualidad, aunque conservando algunos restos del sexo atrofiado» (1 *b*).

W. Fliess atribuyó considerable importancia a los hechos indicadores de una bisexualidad biológica: la bisexualidad es un fenómeno humano universal y que no se limita, por ejemplo, al caso patológico de la homosexualidad; por el contrario, comporta consecuencias psicológicas fundamentales. Así, Fliess interpreta la teoría freudiana de la represión invocando el conflicto que existe, en todo individuo, entre las tendencias masculinas y femeninas; Freud resume la interpretación de Fliess con estas palabras: «El sexo [...] dominante en la persona habría reprimido en el inconsciente la representación psíquica del sexo vencido» (3 *a*).

Freud no definió claramente su postura respecto al problema de la bisexualidad, y en 1930 reconoce que «[...] la teoría de la bisexualidad comporta todavía numerosos puntos oscuros, y debemos sentirnos incómodos en psicoanálisis por no haber podido enlazarla con la teoría de las pulsiones» (4). Freud sostuvo siempre la importancia psicológica de la bisexualidad, pero su opinión implica reservas y dudas que pueden agruparse del siguiente modo:

1.° El concepto de bisexualidad supondría una aprehensión clara del par masculinidad-feminidad; pero, como hizo notar Freud, se trata de conceptos que poseen distinta significación según que se consideren a nivel biológico, psicológico o sociológico; a menudo estas significaciones se hallan mezcladas y no permiten establecer equivalencias, término a término, entre cada uno de estos niveles (1 *c*).

2.° Freud reprocha a la concepción de Fliess el sexualizar el mecanismo psicológico de la represión, entendiendo por «sexualizar»: «[...] fundar el origen del mismo sobre bases biológicas» (5 *a*). En efecto, tal concepción conduce a determinar *a priori* la modalidad del conflicto defensivo, procediendo la fuerza represora del sexo biológico manifiesto, y siendo lo reprimido el sexo opuesto. A lo que Freud objeta «[...] que existen en los individuos de ambos sexos mociones pulsionales tanto masculinas como femeninas, pudiendo unas y otras volverse inconscientes por la represión» (3 *b*).

Si bien Freud, en *Análisis terminable e interminable* (*Die endliche und die unendliche Analyse*, 1937), parece acercarse, a pesar de todo, a la concepción de Fliess, admitiendo que «[...] lo que experimenta la represión es lo que va en contra del sexo del individuo» (5 *b*) (envidia del pene en la mujer, actitud femenina en el hombre), en el mismo texto se insiste en la importancia del complejo de castración*, que no puede explicarse mediante sólo los datos biológicos.

3.° Se comprende que Freud encuentre una gran dificultad en armonizar la idea de bisexualidad *biológica* con la idea, que se va afirmando cada vez con mayor claridad en su obra, de la prevalencia del falo* para uno y otro sexo.

(α) Freud, en la edición de 1920 de los *Tres ensayos sobre la teoría de la sexualidad (Drei Abhandlungen zur Sexualtheorie)*, alude además a las experiencias fisiológicas sobre la determinación hormonal de los caracteres sexuales.

C

CANIBALÍSTICO

= *Al.:* kannibalisch. — *Fr.:* cannibalique. — *Ing.:* cannibalistic. — *It.:* cannibalico. — *Por.:* canibalesco.

Término utilizado para calificar las relaciones de objeto y las fantasías correlativas a la actividad oral, aludiendo al canibalismo practicado por ciertas poblaciones. La palabra expresa, en forma figurada, las distintas dimensiones de la incorporación oral: amor, destrucción, conservación en el interior de sí mismo y apropiación de las cualidades del objeto. En ocasiones se habla de una fase canibalística como equivalente de la fase oral o, más especialmente, como equivalente de la segunda fase oral de Abraham (fase sádico-oral).

Aun cuando en la edición de 1905 de los *Tres ensayos sobre la teoría de la sexualidad (Drei Abhandlungen zur Sexualtheorie)* ya se encuentra una alusión al canibalismo, este concepto se desarrolla por vez primera en *Tótem y tabú* (*Totem und Tabu*, 1912-1913). Refiriéndose a esta práctica de los «pueblos primitivos», Freud subraya la creencia que ella implica: «[...] al ingerir las partes del cuerpo de una persona en el acto de devorarla, uno se apropia también de las cualidades que habían pertenecido a dicha persona» (1 *a*). La concepción freudiana del «asesinato del padre» y de la «comida totémica» confiere a esta idea un gran alcance: «Un día los hermanos [...] se reunieron, mataron al padre y lo devoraron, poniendo fin así a la horda primitiva [...]. En el acto de devorarlo realizaron la identificación con él, apropiándose cada uno de ellos de una parte de su fuerza» (1 *b*).

Sea cual fuere el valor de los puntos de vista antropológicos de Freud, el término «canibalístico» ha adquirido en la psicología psicoanalítica una significación precisa. En la edición de 1915 de los *Tres ensayos*, en la que Freud introduce la idea de organización oral, el canibalismo caracteriza esta fase del desarrollo psicosexual. Siguiendo a Freud, se habla a veces de fase canibalística para designar la fase oral. Cuando K. Abraham subdivide la etapa oral en dos fases, fase de succión preambivalente y fase de mordedura ambivalente, es esta última la que él califica de canibalística.

El término «canibalístico» subraya algunos caracteres de la relación de objeto oral: unión* de la libido y de la agresividad, incorporación y apropiación del objeto y de sus cualidades. El concepto de canibalístico connota las íntimas relaciones existentes entre la relación de objeto oral y los primeros modos de identificación (*véase:* Identificación primaria).

CASO LÍMITE

= *Al.:* Grenzfall. — *Fr.:* cas-limite. — *Ing.:* borderline case. — *It.:* caso limite. — *Por.:* caso limítrofe.

Expresión utilizada generalmente para designar afecciones psicopatológicas situadas en el límite entre la neurosis y la psicosis, especialmente las esquizofrenias latentes que presentan una sintomatología de apariencia neurótica.

El término *caso límite* no posee una significación nosográfica rigurosa. Sus variaciones reflejan las propias incertidumbres existentes en el campo al que se aplica. Los diferentes autores han englobado bajo este término, según sus concepciones, las personalidades psicopáticas, perversas, delincuentes, así como los casos graves de neurosis del carácter. Al parecer, en su empleo más corriente, el término tiende a reservarse a las esquizofrenias que se presentan bajo una sintomatología de tipo neurótico.

La extensión del psicoanálisis ha contribuido grandemente a poner en evidencia la categoría llamada de los casos límites. En efecto, la investigación psicoanalítica ha logrado poner de manifiesto una estructura psicótica en casos sometidos a tratamiento por trastornos neuróticos. Desde el punto de vista teórico, suele considerarse que, en tales casos, los síntomas neuróticos cumplen una función defensiva frente a la irrupción de la psicosis.

CATEXIS

= *Al.:* Besetzung. — *Fr.:* charge o investissement. — *Ing.:* cathexis. — *It.:* carica *o* investimento. — *Por.:* carga *o* investimento.

Concepto económico, la catexis hace que cierta energía psíquica se halle unida a una representación o grupo de representaciones, una parte del cuerpo, un objeto, etcétera.

En francés se admite la traducción *Besetzung* por catexis (algunas veces se encuentra: ocupación). En castellano, traduciremos catexis; a este respecto haremos una observación: el verbo alemán *besetzen* tiene muchos sentidos, entre ellos el de *ocupar* (por ejemplo, ocupar un lugar o, militarmente, una ciudad, un país); en francés, *investissement* evoca especialmente, por una parte, en el lenguaje militar, el hecho de sitiar una plaza (y no de ocuparla), y por otra, en el lenguaje financiero, la colocación de capital en una empresa (sin duda este último sentido es

el que prevalece actualmente para la conciencia lingüística común). Así, pues, los términos alemán y francés no son exactamente superponibles, y el término francés parece inducir de un modo más espontáneo a comparar la «economía» que consideraba Freud a aquella de la que trata la ciencia económica.

El término *Besetzung* es de empleo constante en la obra freudiana; su extensión, su alcance, han podido variar, pero se halla presente en todas las etapas del pensamiento de Freud.

Aparece en 1895 en los *Estudios sobre la histeria (Studien über Hysterie)* y en el *Proyecto de psicología científica (Entwurf einer Psychologie)*, pero algunos términos afines, como «suma de excitación» y «valor afectivo», son incluso anteriores (1893, 1894): desde su prólogo a la obra de Bernheim *De la sugestión y de sus aplicaciones a la terapéutica (Die Suggestion und ihre Heilwirkung,* 1888-1889), Freud habla de desplazamientos de excitabilidad dentro del sistema nervioso *(Verschiebungen von Erregbarkeit im Nervensystem)*. Esta hipótesis tiene un origen a la vez clínico y teórico.

Clínicamente, el tratamiento de los neuróticos, especialmente de los histéricos, impone a Freud la idea de una distinción fundamental entre las «representaciones» y el «quantum de afecto»* con la que aquéllas se hallan catectizadas. Así, un acontecimiento importante en la historia del sujeto puede ser evocado con indiferencia, y el carácter displacentero o intolerable de una experiencia puede atribuirse a un acontecimiento anodino en lugar de a aquel que, originalmente, provocó el displacer (desplazamiento, «falsa conexión»). La cura, tal como se describe en los *Estudios sobre la histeria,* al restablecer la conexión entre las diferentes representaciones que intervienen, restablece la relación entre el recuerdo del acontecimiento traumático y el afecto, favoreciendo así la descarga de éste (abreacción). Por otra parte, la desaparición de los síntomas somáticos en la histeria es correlativa a la evocación de las experiencias afectivas reprimidas, lo que hace suponer que, inversamente, el síntoma se ha producido por conversión de una energía psíquica en «energía de inervación».

Estos hechos, y especialmente los de la conversión*, parecen basarse en un verdadero principio de conservación de una energía nerviosa, siendo ésta capaz de adoptar distintas formas. Esta concepción se encuentra formulada sistemáticamente en el *Proyecto de psicología científica,* que describe el funcionamiento del aparato nervioso haciendo intervenir únicamente variaciones de energía dentro de un sistema de neuronas. En este trabajo, la palabra *Besetzung* designa tanto el acto de catectizar una neurona (o un sistema), es decir, cargarlo de energía, como la cantidad de energía catectizada, en particular una energía «quiescente» (1).

Más tarde, Freud se desprenderá de estos esquemas neurológicos, transponiendo el concepto de energía de catexis al plano de un «aparato psíquico»*. Así, en *La interpretación de los sueños (Die Traumdeutung,* 1900), muestra cómo la energía de catexis se reparte entre los diversos sistemas. El sistema inconsciente se halla sometido, en su funcionamiento, al principio de la descarga de las cantidades de excitación; el sistema preconsciente intenta inhibir esta descarga inmediata al mismo tiempo que destina pequeñas cantidades de energía a la actividad de pensamiento necesaria para la exploración del mundo exterior: «[...] postulo que, por razón de eficacia, el segundo sistema logra mantener la mayor parte de sus catexis de energía en estado de reposo y emplear solamente una pequeña parte de ella desplazándola» (2 *a*) (*véase:* Energía libre — energía ligada).

No obstante, se observará que la *transposición* a que somete Freud las tesis del *Proyecto de psicología científica* no implica el abandono de toda referencia a la idea de una energía nerviosa. «El que quiera tomar en serio estas ideas —observa Freud— debería investigar sus analogías físicas y abrirse camino para representarse el proceso de movimiento en la excitación de las neuronas» (2 *b*).

La elaboración del concepto de pulsión aporta una respuesta al problema que había quedado pendiente en la conceptualización económica de *La interpretación de los sueños:* la energía de catexis es la energía pulsional que proviene de fuentes internas, ejerce un empuje constante e impone al aparato psíquico la tarea de transformarla. Así, una expresión como «catexis libidinal» significa: catexis por la energía de las pulsiones sexuales. En la segunda teoría del aparato psíquico, el ello, polo pulsional de la personalidad, se convierte en el origen de todas las catexis. Las otras instancias toman su energía de esta fuente primaria.

La noción de catexis, como la mayor parte de las nociones económicas, forma parte del aparato conceptual de Freud, pero éste no dio de ella una elaboración teórica rigurosa.

En parte, estos conceptos los recibió el «joven Freud» de los neurofisiólogos que sobre él influyeron (Brücke, Meynert, etc.). Este estado de cosas explica parte de la incertidumbre en que se encuentra el lector de Freud en cuanto a la respuesta que debe darse a cierto número de preguntas:

1) El empleo de la palabra *catexis* presenta siempre una ambigüedad que no ha sido eliminada por la teoría analítica. La mayoría de las veces es interpretada en sentido metafórico: entonces indica una simple analogía entre las operaciones psíquicas y el funcionamiento de un aparato nervioso concebido según un modelo energético.

Cuando se habla de catexis de una *representación,* se define una operación psicológica en un lenguaje que se limita a evocar, en forma analógica, un mecanismo fisiológico que podría ser paralelo a la catexis psíquica (por ejemplo, catexis de una neurona, de un engrama). En cambio, cuando se habla de catexis de un *objeto,* oponiéndola a la catexis de una representación, se pierde el soporte del concepto de un aparato psíquico como sistema cerrado análogo al sistema nervioso. De una representación puede decirse que está cargada y que su destino depende de las variaciones de esta carga, mientras que la catexis de un objeto real, independiente, no puede tener el mismo sentido «realista». Una noción como la de introversión (paso de la catexis de un objeto real a la catexis de un objeto imaginario intrapsíquico) pone de manifiesto esta

ambigüedad: resulta difícil concebir la idea de una conservación de la energía cuando se produce esta retirada.

Algunos psicoanalistas creen ver en la palabra «catexis» la garantía objetiva de que su psicología dinámica se halla en relación con la neurofisiología. En efecto, al utilizar expresiones como: catexis de una parte del cuerpo, catexis del aparato perceptivo, etc., se puede tener la impresión de que se emplea un lenguaje neurológico y se establece la transición entre la teoría psicoanalítica y una neurofisiología, pero de hecho ésta no es más que una transposición de aquélla.

2) Otra dificultad se presenta cuando se intenta relacionar la noción de catexis con las concepciones tópicas. Por una parte, se considera que toda energía de catexis tiene su origen en las pulsiones; pero, por otra, se habla de una catexis propia de cada sistema. La dificultad es apreciable en el caso de la catexis llamada inconsciente. En efecto, si se considera que esta catexis es de origen libidinal, se tiende a concebirla como empujando incesantemente a las representaciones catectizadas hacia la conciencia y la motilidad; pero a menudo Freud habla de catexis inconsciente como de una fuerza de cohesión propia del sistema inconsciente y capaz de atraer hacia él las representaciones: esta fuerza desempeñaría un papel fundamental en la represión. Cabe preguntarse entonces si la palabra «catexis» no designa nociones heterogéneas (3).

3) ¿Es posible limitar la noción de catexis a su acepción económica? Ciertamente Freud la asimila a la idea de una carga positiva atribuida a un objeto o a una representación. Pero, en el plano clínico y descriptivo, ¿no adquiere un sentido más amplio? En efecto, en el mundo personal del sujeto, los objetos y las representaciones se hallan afectados de ciertos *valores* que organizan el campo de la percepción y del comportamiento. Por una parte, estos valores pueden aparecer como cualitativamente heterogéneos, hasta el punto de que es difícil concebir equivalencias y substituciones entre ellos. Por otra parte, se constata que ciertos objetos cuyo valor no está totalmente enunciado para el sujeto, se hallan afectados no de una carga positiva, sino de una carga negativa: así, el objeto fóbico no se halla carente de catexis, sino intensamente «catectizado» como objeto que-debe-ser-evitado.

En vista de ello se puede sentir la tentación de abandonar el lenguaje económico y traducir el concepto freudiano de catexis dentro de una conceptualización inspirada en la fenomenología, en la que prevalecerían las ideas de intencionalidad, objeto-valor, etc. Incluso en el lenguaje de Freud se pueden hallar expresiones que justificarían este modo de ver. Así, en su artículo en francés *Quelques considérations pour une étude comparative des paralysies motrices organiques et hystériques*, 1893, da como equivalente de *Affektbetrag* (quantum de afecto) el término «valor afectivo» (4). En otros trabajos, el término de catexis parece connotar menos una carga medible de energía libidinal que fines afectivos cualitativamente diferenciados: así, cuando falta al lactante el objeto materno, se califica de «catectizado de nostalgia» *(Sehnsuchtbesetzung)* (5).

Cualesquiera que sean las dificultades que plantea la utilización de la noción de catexis, de hecho los psicoanalistas difícilmente pueden prescindir de él para explicar numerosos datos clínicos e incluso para apreciar la evolución de la cura. Ciertas afecciones parecen evidenciar la idea de que el sujeto tiene a su disposición una determinada cantidad de energía, que él repartiría en forma variable en su relación con sus objetos y consigo mismo. Así, en un estado como el de duelo, el manifiesto empobrecimiento de la vida de relación del sujeto halla su explicación en una sobrecatexis del objeto perdido, como si se estableciera un verdadero equilibrio energético entre las diferentes catexis de los objetos exteriores o fantaseados, del propio cuerpo, del yo, etc.

CENSURA

= *Al.:* Zensur. — *Fr.:* censure. — *Ing.:* censorship. — *It.:* censura. — *Por.:* censura.

Función que tiende a impedir, a los deseos inconscientes y a las formaciones que de ellos derivan, el acceso al sistema preconsciente-consciente.

El término «censura» se encuentra principalmente en los textos freudianos que hacen referencia a la «primera tópica». Freud lo cita por vez primera en una carta a Fliess del 22-XII-1897, para explicar el carácter aparentemente absurdo de ciertos delirios: «¿Has tenido alguna vez ocasión de ver un periódico extranjero censurado por los rusos al atravesar la frontera? Se han tachado palabras, frases o párrafos enteros, de tal forma que lo que queda resulta ininteligible» (1). El concepto de censura se desarrolla en *La interpretación de los sueños* (*Die Traumdeutung*, 1900), donde su existencia se postula para explicar los diversos mecanismos de deformación* *(Entstellung)* del sueño.

Según Freud, la censura es una función permanente: constituye una barrera selectiva entre los sistemas inconsciente*, por una parte, y preconsciente*-consciente*, por otra, y se halla, por consiguiente, en el origen de la represión*. Sus efectos se distinguen con mayor claridad cuando se relaja parcialmente, como sucede en el sueño: el estado onírico impide a los contenidos del inconsciente abrirse paso hasta la motilidad, pero, como aquéllos ofrecen el peligro de oponerse al deseo de dormir, la censura continúa funcionando en forma atenuada.

Según Freud, la censura actúa no solamente entre los sistemas inconsciente y preconsciente, sino también entre preconsciente y consciente. «Admitimos que el tránsito de un sistema al siguiente más elevado, y por consiguiente a todo progreso hacia una fase superior de organización psíquica, corresponde una nueva censura» (2 *a*). De hecho, hace observar Freud, convendría considerar, más que dos censuras, una sola que «se hace avanzar» (2 *b*).

En el esquema de su segunda teoría del aparato psíquico, Freud se ve inducido, por una parte, a incluir la función de censura en el campo más amplio de la defensa* y, por otra parte, a preguntarse a qué instancia psíquica debe adscribirse.

Con frecuencia se ha señalado que el concepto de censura prefigu-

raba el de superyó*; el carácter antropomórfico de este último ya se observa en algunas descripciones que da Freud de la censura: entre la «antecámara» donde se apiñan los deseos inconscientes y el «salón» donde reside la conciencia, vela un guardián, más o menos vigilante y perspicaz, el censor (3 *a*). Al crear el concepto de superyó, Freud lo relaciona con lo que primeramente había descrito como censura: «[...] esta instancia de autoobservación, ya la conocemos: es el censor del yo, la conciencia moral; es la misma que durante la noche ejerce la censura de los sueños, y de ella parten las represiones de deseos inadmisibles» (3 *b*).

En los trabajos ulteriores de Freud, aunque la cuestión no se plantee de un modo explícito, las funciones de la censura, en especial la deformación del sueño, se atribuyen al yo* (4).

Conviene señalar que, cada vez que se emplea este término, se halla presente su acepción literal: eliminación, que se manifiesta, dentro de un razonamiento articulado, por «lagunas» o alteraciones, de pasajes considerados inaceptables.

COARTADO O INHIBIDO EN SU FIN

= *Al.:* Zielgehemmt. — *Fr.:* inhibé(e) quant au but. — *Ing.:* aim-inhibited. — *It.:* inibito nella meta. — *Por.:* inibido quanto ao alvo *o* à meta.

Califica una pulsión que, por efecto de obstáculos externos o internos, no alcanza su modo directo de satisfacción (o fin) y encuentra una satisfacción atenuada en actividades o relaciones que pueden considerarse como aproximaciones más o menos lejanas del primer fin.

Freud utiliza la noción de inhibición en su fin, especialmente, para explicar el origen de los sentimientos de ternura *(véase esta palabra)* o de los sentimientos sociales. Él mismo indicó la dificultad que encontraba para explicarlos de forma rigurosa desde el punto de vista metapsicológico (1): ¿Cómo comprender esta inhibición? ¿Supone una represión del primer fin y un retorno de lo reprimido? Por otra parte, ¿qué relaciones guarda con la sublimación? *(véase esta palabra)*. Acerca de este último punto, Freud parece ver en la inhibición como un inicio de sublimación, pero se preocupa por distinguir los dos procesos. «Las pulsiones sociales pertenecen a una clase de mociones pulsionales en las que todavía no es necesario ver pulsiones sublimadas, aunque se hallen próximas a éstas. No han abandonado sus fines sexuales directos, pero resistencias internas les impiden alcanzarlos; se contentan con aproximarse en cierta medida a la satisfacción, y precisamente por esto establecen lazos particularmente sólidos y duraderos entre los hombres. Tales son, en especial, las relaciones de ternura entre padres e hijos, que, en su origen, eran plenamente sexuales, los sentimientos de amistad y los lazos afectivos en el matrimonio, nacidos de la atracción sexual» (2).

COMPLACENCIA SOMATICA

= *Al.:* somatische Entgegenkommen. — *Fr.:* complaisance somatique. — *Ing.:* somatic compliance. — *It.:* compiacenza somatica. — *Por.:* complacência somática.

Expresión introducida por Freud para explicar la «elección de la neurosis» histérica y la elección del órgano o del aparato corporal en el cual tiene lugar la conversión*: el cuerpo (especialmente en el histérico) o un determinado órgano proporcionaría un material privilegiado para la expresión simbólica del conflicto inconsciente.

Freud habla por vez primera de complacencia somática a propósito del *Caso Dora;* según él, no se trata de elegir entre un origen psíquico o un origen somático de la histeria: «El síntoma histérico requiere un aporte de ambas vertientes; no puede producirse sin una cierta *complacencia somática,* proporcionada por un proceso normal o patológico o relativo a un órgano del cuerpo» (1 *a*). Esta complacencia somática es la que «[...] da a los procesos psíquicos inconscientes una salida hacia el ámbito corporal» (1 *b*); por ello constituye un factor determinante en la «elección de la neurosis»*.

Si bien es cierto que el concepto de complacencia somática desborda ampliamente el campo de la histeria y conduce a plantear de un modo general el problema del poder expresivo del cuerpo y de su especial aptitud para representar lo reprimido, interesa no confundir desde un principio los diferentes registros en que se plantea el problema. Así, por ejemplo:

1. Una enfermedad somática puede servir de punto de atracción para la expresión del conflicto inconsciente; así, Freud considera la enfermedad reumática de una de sus pacientes como «[...] la enfermedad orgánica, prototipo de su reproducción histérica ulterior» (2).
2. La catexis libidinal de una zona erógena puede desplazarse, en el transcurso de la historia sexual del sujeto, hacia una región o aparato corporales que por su función no se hallan predispuestos a volverse erógenos (*véase:* Zona erógena), siendo únicamente más aptos para representar, en forma disfrazada, un deseo reprimido.
3. En la medida en que la expresión «complacencia somática» pretende explicar no sólo la elección de un determinado órgano del cuerpo, sino la elección del cuerpo mismo como medio de expresión, nos lleva a considerar las vicisitudes de la catexis narcisista del propio cuerpo.

COMPLEJO

= *Al.:* Komplex. — *Fr.:* complexe. — *Ing.:* complex. — *It.:* complesso. — *Por.:* complexo.

Conjunto organizado de representaciones y de recuerdos dotados de intenso valor afectivo, parcial o totalmente inconscientes. Un complejo se forma a partir de las relaciones interpersonales de la historia infantil; puede estructurar todos los niveles psicológicos: emociones, actitudes, conductas adaptadas.

La palabra *complejo* ha hallado una gran difusión en el lenguaje corriente («tener complejos», etc.). En cambio, los psicoanalistas han ido abandonándola progresivamente, si exceptuamos las expresiones «complejo de Edipo»* y «complejo de castración»*.

Según la mayoría de los autores (incluido Freud), el psicoanálisis debería a la escuela psicoanalítica de Zurich (Bleuler, Jung) el término «complejo». De hecho, lo encontramos a partir de los *Estudios sobre la histeria* (*Studien über Hysterie*, 1895), por ejemplo cuando Breuer expone las concepciones de Janet acerca de la histeria (α) o cuando invoca la existencia de representaciones «[...] actuales, activas y, sin embargo, inconscientes»: «Se trata casi siempre de complejos de representaciones, de conjuntos de ideas, de recuerdos referentes a acontecimientos exteriores o a las concatenaciones de pensamientos del propio sujeto. Las representaciones aisladas contenidas en estos complejos de representaciones vuelven a veces conscientemente todas ellas al pensamiento. Solamente esta combinación bien precisa está apartada de la conciencia» (1 *a*).

Los «experimentos de asociación» de Jung (2) debían proporcionar a la hipótesis del complejo, formulada en relación con los casos de histeria, una base más amplia y al propio tiempo experimental. En su primer comentario de estas experiencias, escribe Freud: «[...] la respuesta a la palabra inductora no puede ser producto del azar, sino que viene forzosamente determinada, en el individuo que responde, por un contenido de representaciones preexistente. Nos hemos habituado a denominar «complejo» a un contenido de representaciones capaz de influir de este modo en la respuesta a la palabra inductora. Esta influencia se manifiesta, tanto porque la palabra inductora evoque directamente el complejo, como porque éste logre entrar en relación con la palabra inductora a través de algunos términos intermediarios» (3).

Pero, si bien Freud reconoce el interés de los experimentos de asociación, muy pronto pone objeciones al empleo del término «complejo». Es ésta «[...] una palabra cómoda y a menudo imprescindible para reunir en forma descriptiva hechos psicológicos. Ninguna otra palabra introducida por el psicoanálisis para sus propias necesidades ha adquirido tan gran popularidad ni ha sido tan mal aplicada, en detrimento de la construcción de conceptos más precisos» (4). Idéntica opinión manifiesta en una carta dirigida a E. Jones: el complejo no es un concepto teórico satisfactorio (5 *a*); existe una mitología junguiana de los complejos (carta a S. Ferenczi) (5 *b*).

Así, pues, según Freud, la palabra complejo podría servir, con fines demostrativos o descriptivos, para poner en evidencia, a partir de elementos aparentemente distintos y contingentes, «[...] ciertos círculos de pensamiento y de intereses dotados de poder afectivo» (6); pero carecería de valor teórico. El hecho es que Freud la utiliza muy poco, a diferencia de numerosos autores que afirman proceder del psicoanálisis (β).

Podríamos hallar varios motivos para esta reserva de Freud. Él se oponía a cierta tipificación psicológica (por ejemplo, complejo de fracaso), que ofrece un doble peligro: el de ocultar la singularidad de cada caso y el de ofrecer como explicación lo que en realidad constituye el problema. Por otra parte, la noción de complejo tiende a confundirse

con la de un núcleo puramente patógeno que conviene eliminar (γ); de este modo se pierde de vista la función estructurante que, en determinados momentos del desarrollo humano, poseen los complejos, en especial el de Edipo.

El empleo, todavía confuso, de la palabra «complejo» podría simplificarse distinguiendo en ella tres sentidos:

1. El sentido original, que designa una disposición relativamente fija de cadenas asociativas (*véase:* Asociación). A este nivel se presupone la existencia del complejo para explicar el modo singular en que derivan las asociaciones.

2. Un sentido más general, que designa un conjunto más o menos organizado de rasgos personales (incluidos los mejor integrados), haciendo recaer el acento fundamentalmente sobre las reacciones afectivas. A este nivel, la existencia del complejo se reconoce sobre todo porque las situaciones nuevas son desplazadas inconscientemente a situaciones infantiles; la conducta aparece entonces modelada por una estructura latente invariable. Pero esta acepción ofrece el peligro de implicar una generalización abusiva: se tenderá a crear tantos o más complejos como tipos psicológicos se imaginen. A nuestro modo de ver, es esta desviación «psicologizante» la que suscitó los reparos y más tarde el desinterés de Freud por la palabra complejo.

3. Un sentido más estricto, que se encuentra en la expresión (siempre conservada por Freud) «complejo de Edipo», y que designa una estructura fundamental de las relaciones interpersonales y la forma en que la persona encuentra en ella su lugar y se la apropia (*véase:* Complejo de Edipo).

Dentro de este grupo pueden incluirse también algunas expresiones pertenecientes al lenguaje de Freud, como «complejo de castración», «complejo paterno» (*Vaterkomplex*) e incluso términos que se encuentran más raramente, como «complejo materno», «complejo fraterno», «complejo parental». Obsérvese que la aparente diversidad de los términos «paterno», «materno»... remite siempre a dimensiones de la estructura edípica, ya sea porque esa dimensión predomine especialmente en un determinado individuo, ya sea porque Freud intente conferir un particular relieve a aquel momento de su análisis. Así, con el nombre de complejo paterno, acentúa la relación ambivalente respecto al padre. El complejo de castración, aun cuando su tema pueda considerarse relativamente aislado, se inscribe plenamente en la dialéctica del complejo de Edipo.

(α) A propósito del estrechamiento del campo de la conciencia: «Las impresiones sensoriales no percibidas y las representaciones que, habiéndose presentado, no han entrado en el consciente, suelen extinguirse sin producir efectos. En ocasiones, sin embargo, se juntan para formar complejos [...]» (1 *b*).

(β) En el *Dictionnaire de Psychanalyse et Psychotechnique*, publicado bajo la dirección de Maryse Choisy en la revista *Psyché*, se encuentran descritos unos cincuenta complejos. Como dice uno de los autores: «Hemos intentado dar una nomenclatura lo más completa posible de los complejos conocidos hasta ahora. Pero cada día se descubren otros nuevos».

(γ) Véase la carta a Ferenczi ya citada: «Un hombre no debe luchar para eliminar sus complejos, sino para reconciliarse con ellos: son legítimamente los que dirigen su conducta en el mundo» (5 *c*).

COMPLEJO DE CASTRACIÓN

= *Al.:* Kastrationskomplex. — *Fr.:* complexe de castration. — *Ing.:* castration complex. — *It.:* complesso di castrazione. — *Por.:* complexo de castração.

Complejo centrado en la fantasía de castración, la cual aporta una respuesta al enigma que plantea al niño la diferencia anatómica de los sexos (presencia o ausencia del pene): esta diferencia se atribuye al cercenamiento del pene en la niña.

La estructura y los efectos del complejo de castración son diferentes en el niño y en la niña. El niño teme la castración como realización de una *amenaza* paterna en respuesta a sus actividades sexuales: lo cual le provoca una intensa *angustia* de castración. En la niña, la ausencia de pene es sentida como un perjuicio sufrido, que intenta negar, compensar o reparar.

El complejo de castración guarda íntima relación con el complejo de Edipo y, más especialmente, con su función prohibitiva y normativa.

El análisis del pequeño Hans tuvo un papel determinante en el descubrimiento por Freud del complejo de castración (α).

El complejo de castración fue descrito por vez primera en 1908 y relacionado con la «teoría sexual infantil», que, atribuyendo un pene a todo ser humano, sólo puede explicar la diferencia anatómica de los sexos por la castración. La universalidad del complejo no se indica, pero parece hallarse implícitamente admitida. El complejo de castración se atribuye a la primacía del pene en ambos sexos, y su significación narcisista se halla prefigurada: «El pene es ya en la infancia la zona erógena directriz, el objeto sexual autoerótico más importante, y su valorización se refleja lógicamente en la imposibilidad de representarse una persona semejante al yo sin esta parte constitutiva esencial» (1).

A partir de este momento, la fantasía de castración se vuelve a encontrar bajo diversos símbolos: el objeto amenazado puede desplazarse (ceguera de Edipo, extracción de dientes, etc.), el acto puede deformarse, substituirse por otros atentados a la integridad física (accidente, lúes, intervención quirúrgica) o psíquica (locura como consecuencia de la masturbación), el agente paterno puede hallar los más diversos substitutos (animales angustiantes de los fóbicos). El complejo de castración se reconoce también en toda la extensión de sus efectos clínicos: envidia del pene, tabú de la virginidad, sentimiento de inferioridad*, etc.; sus modalidades se descubren en el conjunto de las estructuras psicopatológicas, especialmente en las perversiones (homosexualidad, fetichismo) (β). Pero se tardó bastante tiempo en atribuir al complejo de castración el lugar fundamental que ocupa en la evolución de la sexualidad infantil para ambos sexos, en formular con evidencia su articulación con el complejo de Edipo y en afirmar plenamente su universalidad. Esta teorización es paralela a la formulación por Freud de una fase fálica*: en este «estadio de la organización genital infantil existe ciertamente lo *masculino*, pero no lo femenino; la alternativa es: *órgano genital masculino* o *castrado* (2). La unidad del complejo de castración en

los dos sexos sólo se concibe por este fundamento común: el objeto de la castración (el falo) reviste idéntica importancia en esta fase para la niña como para el niño; el problema planteado es el mismo: tener o no el falo *(véase este término)*. El complejo de castración se encuentra invariablemente en todo análisis (3).

Una segunda característica teórica del complejo de castración es su punto de impacto en el *narcisismo:* el falo se considera por el niño como una parte esencial de la imagen del yo; la amenaza que le afecta pone en peligro radical esta imagen; su eficacia procede de la conjunción de los dos elementos siguientes: prevalencia del falo, herida narcisista.

En la génesis empírica del complejo de castración, tal como Freud la describió, intervienen dos hechos: la *constatación* por el niño pequeño de la diferencia anatómica de los sexos es indispensable para que aparezca el complejo. Esta constatación viene a actualizar y autentificar una *amenaza* de castración que pudo ser real o fantaseada. El agente de la castración es, para el niño pequeño, el padre, autoridad a la que atribuye, en última instancia, todas las amenazas formuladas por otras personas. La situación es menos clara en la niña, la cual quizá se sienta más privada de pene por la madre que efectivamente castrada por el padre.

La situación del complejo de castración en relación con el complejo de Edipo es distinta en los dos sexos: en la niña, abre la búsqueda que le conduce a desear el pene paterno, constituyendo por lo tanto el momento de entrada en el Edipo; en el niño, en cambio, señala la crisis terminal del Edipo, al prohibir al niño el objeto materno; la angustia de castración inaugura en el niño el período de latencia* y precipita la formación del superyó* (4).

El complejo de castración se encuentra constantemente en la experiencia analítica. ¿Cómo explicar su presencia casi invariable en todo ser humano, siendo así que las amenazas reales que lo originarían distan de comprobarse siempre (y más raramente aún van seguidas de ejecución), mientras que es muy evidente que la niña no puede sentirse realmente amenazada de perder lo que no tiene? Tal discrepancia ha conducido a los psicoanalistas a intentar basar el complejo de castración sobre una realidad distinta a la amenaza de castración. Estas elaboraciones teóricas han seguido varias direcciones.

Puede intentarse situar la angustia de castración dentro de una serie de experiencias traumatizantes en las que interviene igualmente un elemento de pérdida, de separación de un objeto: pérdida del pecho en el ritmo de la lactancia, destete, defecación. Tal serie halla su confirmación en las equivalencias simbólicas, descubiertas por el psicoanálisis, entre los diversos objetos parciales* de los cuales el sujeto es así separado: pene, pecho, heces, e incluso niño en el parto. En 1917 Freud dedicó un trabajo singularmente sugestivo a la equivalencia pene = heces = niño y a los avatares del deseo que ella permite, a sus relaciones con el complejo de castración y la reivindicación narcisista: «El pene se reconoce como algo separable del cuerpo y entra en analogía con las heces, que fueron el primer fragmento del ser corporal al cual hubo que renunciar» (5).

En la misma línea de investigaciones, A. Stärcke fue el primero en hacer recaer todo el acento en la experiencia del amamantamiento y de la retirada del pecho como prototipo de la castración: «[...] una parte del cuerpo análoga a un pene se toma de otra persona, es dada al niño como si fuera suya (situación a la que se asocian sensaciones placenteras) y luego retirada del niño, causándole displacer» (6 *a*). Esta *castración primaria*, repetida a cada tetada para culminar en el momento del destete, sería la única experiencia real capaz de explicar la universalidad del complejo de castración: la retirada del pezón materno es la significación inconsciente última que se encuentra siempre tras los pensamientos, los temores, los deseos que constituyen el complejo de castración.

Dentro de la línea que intenta basar el complejo de castración en una experiencia originaria efectivamente vivida, la tesis de Rank, según la cual la separación de la madre en el trauma del nacimiento y las reacciones físicas frente a esta separación proporcionarían el prototipo de toda angustia ulterior, conduce a considerar la angustia de castración como el eco, a través de una larga serie de experiencias traumatizantes, de la angustia del nacimiento.

La posición de Freud en relación con estas diferentes concepciones es matizada. Incluso reconociendo la existencia de «raíces» del complejo de castración en las experiencias de separación oral y anal, sostiene que el término «complejo de castración» «[...] debería reservarse a las excitaciones y efectos que guardan relación con la pérdida del *pene*» (3 *b*). No se trata sólo de una simple preocupación por un rigor terminológico. Durante la larga discusión de las tesis de Rank en *Inhibición, síntoma y angustia* (*Hemmung, Sympton und Angst*, 1926), Freud muestra su interés por el intento de buscar cada vez más cerca de sus orígenes el fundamento de la angustia de castración y ver intervenir la categoría de separación, de pérdida del objeto valorado narcisísticamente, tanto durante toda la primera infancia como en muy diversas experiencias vividas (por ejemplo, angustia moral interpretada como una angustia de separación del superyó). Pero, por otra parte, en cada página de *Inhibición, síntoma y angustia*, se aprecia la preocupación de Freud por desprenderse de la tesis de Rank, así como su insistencia en volver a centrar, en esta obra de síntesis, el conjunto de la clínica psicoanalítica sobre el complejo de castración tomado en su acepción literal.

La reticencia de Freud en introducirse a fondo por tales caminos obedece esencialmente a una exigencia teórica fundamental, atestiguada por varios conceptos. Así, por ejemplo, el de posterioridad*: corrige la tesis que conduce a buscar en una época cada vez más precoz de la vida una experiencia que pueda poseer la plena función de experiencia prototipo. Así también, sobre todo, la categoría de las fantasías*, o fantasías originarias, en la cual Freud sitúa el acto de castración; las dos palabras tienen aquí valor de índice: «fantasías», porque la castración, para producir sus efectos, no necesita ser ejecutada ni tan sólo ser explícitamente formulada por parte de los padres; «originaria» (aun cuando la angustia de castración no aparezca hasta la fase fálica y, por tanto, diste de ser la primera en la serie de experiencias ansiógenas) en tanto que

la castración es uno de los aspectos del complejo de relaciones interpersonales en el que se origina, se estructura y se especifica el deseo sexual del ser humano. Por ello, el papel que el psicoanálisis atribuye al complejo de castración no se comprende sin relacionarlo con la tesis fundamental (y constantemente reafirmada por Freud) del carácter nuclear y estructurante del Edipo.

Limitándonos al caso del niño, podríamos expresar del siguiente modo la paradoja de la teoría freudiana del complejo de castración: el niño no puede superar el Edipo y alcanzar la identificación con el padre si no ha atravesado la crisis de castración, es decir, si le ha sido rehusada la utilización de su pene como instrumento de su deseo hacia la madre. El complejo de castración debe referirse al orden cultural, en el que el derecho a un determinado uso es siempre correlativo a una prohibición. En la «amenaza de castración», que sella la prohibición del incesto, se encarna la función de la Ley como instauradora del orden humano, según ilustra, míticamente, en *Tótem y tabú* (*Totem und Tabu*, 1912) la «teoría» del padre originario que, bajo la amenaza de castrar a sus hijos, se reservaba el uso sexual exclusivo de las mujeres de la horda.

Precisamente porque el complejo de castración es la condición *a priori* que regula el intercambio interhumano como intercambio de objetos sexuales, puede presentarse en diversas formas en la experiencia concreta, y ser formulado de modos a la vez distintos y complementarios, como los indicados por Stärcke, en los que se combinan los términos del sujeto y de otra persona, de perder y de recibir:

«1. Yo estoy castrado (sexualmente privado de), yo seré castrado.
»2. Yo recibiré (deseo recibir) un pene.
»3. Otra persona está castrada, debe ser (será) castrada.
»4. Otra persona recibirá un pene (tiene un pene)» (6 *b*).

(α) En *La interpretación de los sueños* (*Die Traumdeutung*, 1900), todos los pasajes relativos a la castración (exceptuando una alusión, por lo demás errónea, a Zeus castrando a Cronos) fueron añadidos en 1911 o en ediciones posteriores.

(β) Bajo esta perspectiva, puede concebirse una nosografía psicoanalítica que tomaría como eje fundamental de referencia las modalidades y avatares del complejo de castración, según atestiguan las indicaciones dadas por Freud, hacia el fin de su obra, sobre las neurosis (7), el fetichismo y las psicosis (*véase:* Renegación).

COMPLEJO DE EDIPO

= *Al.:* Ödipuskomplex. — *Fr.:* complexe d'Œdipe. — *Ing.:* Œdipus complex. — *It.:* complesso di Edipo. — *Por.:* complexo de Édipo.

Conjunto organizado de deseos amorosos y hostiles que el niño experimenta respecto a sus padres. En su forma llamada *positiva*, el complejo se presenta como en la historia de *Edipo Rey:* deseo de muerte del rival que es el personaje del mismo sexo y deseo sexual hacia el personaje del sexo opuesto. En su forma *negativa*, se presenta a la inversa: amor hacia el progenitor del mismo sexo y odio y celos hacia el progenitor del sexo opuesto. De hecho, estas dos formas se encuentran, en diferentes grados, en la forma llamada *completa* del complejo de Edipo.

Según Freud, el complejo de Edipo es vivido en su período de acmé entre los tres y cinco años de edad, durante la fase fálica; su declinación señala la entrada en el período de latencia. Experimenta una reviviscencia durante la pubertad y es superado, con mayor o menor éxito, dentro de un tipo particular de elección de objeto.

El complejo de Edipo desempeña un papel fundamental en la estructuración de la personalidad y en la orientación del deseo humano.

Los psicoanalistas han hecho de este complejo un eje de referencia fundamental de la psicopatología, intentando determinar, para cada tipo patológico, las modalidades de su planteamiento y resolución.

La antropología psicoanalítica se dedica a buscar la estructura triangular del complejo de Edipo, cuya universalidad afirma, en las más diversas culturas y no sólo en aquellas en que predomina la familia conyugal.

Si bien la expresión «complejo de Edipo» no aparece en los escritos de Freud hasta 1910 (1), lo hace en términos que demuestran que ya había sido admitida en el lenguaje psicoanalítico (α). El descubrimiento del complejo de Edipo, preparado desde hacía mucho tiempo por el análisis de sus pacientes (*véase:* Seducción), Freud lo realiza durante su autoanálisis, que le conduce a reconocer en sí mismo el amor hacia su madre y, con respecto a su padre, unos celos que se hallan en conflicto con el afecto que le tiene; el 15 de octubre de 1897 escribe a Fliess: «[...] la poderosa influencia de Edipo Rey se vuelve inteligible [...] el mito griego explota una compulsión de cuya existencia todo el mundo reconoce haber sentido en sí mismo los indicios» (2 *a*).

Observemos que, desde esta primera formulación, Freud alude espontáneamente a un mito que se halla allende la historia y las variaciones de lo vivido individualmente. Desde un principio afirma la universalidad del Edipo, tesis que ulteriormente se irá reforzando: «Todo ser humano tiene impuesta la tarea de dominar el complejo de Edipo...» (3).

No es nuestra intención exponer aquí en sus diversas etapas y en toda su complejidad la progresiva elaboración de este descubrimiento, cuya historia es coextensiva de la del psicoanálisis; por lo demás, se observará que Freud en ningún trabajo dio una exposición sistemática del complejo de Edipo. Por nuestra parte, nos limitaremos a señalar algunos problemas relativos al lugar que ocupa en la evolución del individuo, a sus funciones y a su alcance.

I. El complejo de Edipo se descubrió en su forma llamada simple y positiva (por lo demás, así es como aparece también en el mito), pero, como ya hizo observar Freud, esta forma no es más que una «simplificación o esquematización» en relación con la complejidad de la experiencia: «[...] el niño pequeño no experimenta solamente una actitud ambivalente y una elección de objeto amoroso dirigida hacia su madre, sino que al mismo tiempo se comporta como una niña mostrando una actitud femenina y tierna hacia su padre y la correspondiente actitud de celos hostiles hacia la madre» (4). En realidad, entre la forma positiva y la forma negativa se observa toda una serie de casos mixtos en los que coexisten estas dos formas en una relación dialéctica, y en las que el analista se aplica a determinar las distintas posiciones adoptadas por el sujeto en la asunción y resolución de su Edipo.

Desde este punto de vista, como ha subrayado Ruth Mack Brunswick, el complejo de Edipo designa la situación del niño en el triángulo (5). La descripción del complejo de Edipo en su forma completa permite a Freud explicar la ambivalencia hacia el padre (en el niño) por la interacción de los componentes heterosexuales y homosexuales y no como el simple resultado de una situación de rivalidad.

1) Las primeras elaboraciones de la teoría se construyeron sobre el modelo del niño. Durante mucho tiempo Freud admitió que el complejo podía ser transpuesto tal cual, *mutatis mutandis*, a la niña. Pero este postulado ha sido combatido:

a) por la tesis desarrollada en el artículo 1923 sobre «la organización genital infantil de la libido», según la cual, en los dos sexos, durante la fase fálica, es decir, en el momento del acmé del Edipo, hay un solo órgano que cuenta: el falo* (6);

b) por el valor concedido a la inclinación preedípica hacia la madre. Esta fase preedípica se observa especialmente en la niña, en la medida en que el complejo de Edipo significará para ella un cambio de objeto amoroso, de la madre al padre (7 *a*).

Siguiendo estas dos direcciones, los psicoanalistas han trabajado para poner de manifiesto la especificidad del Edipo femenino.

2) La edad en que se sitúa el complejo de Edipo permaneció al principio relativamente indeterminada para Freud. Así, por ejemplo, en los *Tres ensayos sobre la teoría de la sexualidad* (*Drei Abhandlungen zur Sexualtheorie*, 1905), se sostiene la tesis de que la elección de objeto no tiene lugar de modo pleno hasta la pubertad, siendo la sexualidad infantil fundamentalmente autoerótica. Desde este punto de vista, el complejo de Edipo, aunque esbozado durante la infancia, sólo se manifestaría claramente en el momento de la pubertad, para ser en seguida superado. Esta incertidumbre se encuentra todavía en 1916-1917 (*Lecciones de introducción al psicoanálisis* [*Vorlesungen zur Einführung in die Psychoanalyse*]), aun cuando en esta fecha Freud reconoce ya la existencia de una elección de objeto infantil muy próxima a la elección adulta (8).

En el enfoque final de Freud, una vez afirmada la existencia de una organización genital infantil o fase fálica, el Edipo se relaciona con esta fase, o sea esquemáticamente con el período de los tres a los cinco años de edad.

3) Como puede apreciarse, Freud admitió siempre que en la vida del individuo existía un período anterior al Edipo. Cuando se efectúa una distinción, o incluso una oposición, entre lo *preedípico* y el Edipo, se intenta ir más allá del reconocimiento de este simple hecho: se subraya la existencia y los efectos de una *relación* compleja, del tipo dual, entre la madre y el niño, y se procura hallar las fijaciones a una tal relación en las más diversas estructuras psicopatológicas. Desde este punto de vista, ¿puede considerarse todavía válida la célebre fórmula que hace del Edipo el «complejo nuclear de las neurosis»?

Numerosos autores sostienen que, con anterioridad a la estructura

triangular del Edipo, existe una relación puramente dual, y que los conflictos relativos a este período pueden analizarse sin hacer intervenir la rivalidad hacia un tercero.

La escuela kleiniana, que, como es sabido, concede una importancia primordial a las épocas más precoces de la infancia, no designa ninguna fase como propiamente preedípica. Hace remontarse el complejo de Edipo a la posición llamada depresiva*, en la que se inicia la relación con personas totales (9).

Acerca del problema de una *estructura preedípica*, la posición de Freud seguirá siendo matizada: declara haber tardado en reconocer todo el alcance de la unión primitiva a la madre y haber quedado sorprendido por lo que, especialmente las psicoanalistas femeninas, han puesto en evidencia sobre la fase preedípica en la niña (7 *b*). Pero también piensa que, para explicar estos hechos, no es necesario recurrir a otro eje de referencia que el Edipo (*véase:* Preedípico).

II. La preponderancia del complejo de Edipo, que siempre sostuvo Freud (rehusando situar en el mismo plano, desde el punto de vista estructural y etiológico, las relaciones edípicas y las preedípicas) queda atestiguado por las funciones fundamentales que le atribuye:

a) elección del objeto de amor, en el sentido de que éste, después de la pubertad, viene condicionado a la vez por las catexis de objeto y las identificaciones inherentes al complejo de Edipo y por la prohibición de realizar el incesto;

b) acceso a la genitalidad, por cuanto ésta no queda en modo alguno garantizada por la sola maduración biológica. La organización genital presupone la instauración de la primacía del falo, y ésta difícilmente se puede considerar establecida sin que se resuelva la crisis edípica por el camino de la identificación;

c) efectos sobre la estructuración de la personalidad, sobre la constitución de las diferentes instancias, en especial el superyó y el ideal del yo.

Este papel estructurante en la génesis de la tópica intrapersonal Freud lo relaciona con la declinación del complejo de Edipo y la entrada en el período de latencia*. Según Freud, el proceso descrito es más que una represión: «[...] en el caso ideal, equivale a una destrucción, una supresión del complejo [...]. Cuando el yo no ha logrado más que una represión del complejo, éste permanece en el ello en estado inconsciente: más tarde manifestará su acción patógena» (10 *a*). En el artículo que aquí citamos, Freud discute los diferentes factores que provocan esta declinación. En el niño, la «amenaza de castración» por el padre posee un valor determinante en esta renuncia al objeto incestuoso, y el complejo de Edipo termina de forma relativamente abrupta. En la niña la relación entre el complejo de Edipo y el complejo de castración* es muy distinta: «... mientras que el complejo de Edipo del niño se halla minado por el complejo de castración, el de la niña se hace posible y es introducido por el complejo de castración» (11). En ella «[...] la

renuncia al pene sólo se realiza después de una tentativa de obtener una reparación. La niña se desliza (podríamos decir a lo largo de una equivalencia simbólica) desde el pene al niño, y su complejo de Edipo culmina en el deseo, largo tiempo sentido, de obtener del padre, como regalo, un niño, de darle al padre un hijo» (10 *b*). De ello resulta que en este caso es más difícil señalar con claridad el momento de la declinación del complejo.

III. La descripción que antecede no explica suficientemente el carácter *fundador* que, para Freud, posee el complejo de Edipo, como se desprende de la hipótesis, anticipada en *Tótem y tabú* (*Totem und Tabu*, 1912-1913), del asesinato del padre primitivo considerado como el momento de origen de la humanidad. Esta hipótesis, discutible desde el punto de vista histórico, debe interpretarse sobre todo como un mito que traduce la exigencia que se plantea a todo ser humano de ser un «vástago de Edipo» (2 *b*). El complejo de Edipo no puede reducirse a una situación real, a la influencia ejercida efectivamente sobre el niño por la pareja parental. Su eficacia proviene de que hace intervenir una instancia prohibitiva (prohibición del incesto) que cierra la puerta a la satisfacción naturalmente buscada y une de modo inseparable el deseo y la ley (punto sobre el que ha puesto el acento J. Lacan). Esto disminuye el alcance de la objeción iniciada por Malinowski y recogida por la escuela llamada culturalista, según la cual, en ciertas civilizaciones en las que el padre carece de toda función represora, no existiría el complejo de Edipo, sino un complejo nuclear característico de aquella estructura social: de hecho, en tales civilizaciones, los psicoanalistas intentan descubrir qué personajes reales, o incluso qué instituciones, encarnan la instancia prohibitiva, en qué modalidades sociales se especifica la estructura triangular constituida por el niño, su objeto natural y el representante de la ley.

Esta concepción estructural del Edipo concuerda con la tesis del autor de *Las estructuras elementales del parentesco*, que considera la prohibición del incesto la ley universal y mínima para que una «cultura» se diferencie de la «naturaleza» (12).

Otro concepto freudiano habla en favor de la interpretación que hace que el Edipo trascienda lo vivido individual en el que se encarna: el de las fantasías originarias*, «filogenéticamente transmitidas», esquemas que estructuran la vida imaginaria del sujeto y que constituyen otras tantas variantes de la situación triangular (seducción, escena originaria, castración, etc.).

Señalemos finalmente que, al dirigir nuestro interés hacia la relación triangular misma, nos vemos inducidos a atribuir un papel esencial, en la constitución de un determinado complejo de Edipo, no sólo al sujeto y sus pulsiones, sino también a los otros focos de la relación (deseo inconsciente de cada uno de los padres, seducción*, relaciones entre los padres).

Lo que será interiorizado y sobrevivirá en la estructuración de la personalidad es, por lo menos, tanto como determinadas imágenes pa-

rentales, los distintos tipos de relaciones existentes entre los diferentes vértices del triángulo.

(α) También en Freud se encuentra la expresión *Kernkomplex* (complejo nuclear). Generalmente utilizada como equivalente de complejo de Edipo, esta expresión fue introducida en *Las teorías sexuales infantiles* (*Über infantile Sexualtheorien*, 1908); se observará que, como hace notar Daniel Lagache, lo que se considera en este texto es el conflicto entre la investigación sexual y la demanda de información de los niños, por una parte, y la respuesta engañosa de los adultos, por otra.

COMPLEJO DE ELECTRA

= *Al.*: Elektrakomplex. — *Fr.*: complexe d'Électre. — *Ing.*: Electra complex. — *It.*: complesso di Elettra. — *Por.*: complexo de Electra.

Término utilizado por Jung como sinónimo del complejo de Edipo femenino, a fin de indicar la existencia de una simetría en los dos sexos, *mutatis mutandis*, de la actitud con respecto a los padres.

En su *Ensayo de exposición de la teoría psicoanalítica* (*Versuch einer Darstellung der psychoanalytischen Theorie*, 1913) Jung introduce la expresión «complejo de Electra» (1). A este respecto Freud manifestó, en principio, que no veía el interés de tal denominación (2); en su artículo sobre la sexualidad femenina se mostró aún más categórico: el Edipo femenino no es simétrico del del niño. «Solamente en el niño se establece esta relación, que marca su destino, entre el amor hacia uno de sus progenitores y, simultáneamente, el odio hacia el otro como rival» (3).

Lo que Freud mostró acerca de los distintos efectos del complejo de castración en cada sexo, de la importancia que para la niña tiene la inclinación preedípica hacia la madre, de la preponderancia del falo en los dos sexos, justifica su rechazo del término «complejo de Electra», que presupone una analogía entre la posición de la niña y la del niño con respecto a sus padres.

COMPLEJO DE INFERIORIDAD

= *Al.*: Minderwertigkeitskomplex. — *Fr.*: complexe d'infériorité. — *Ing.*: complex of inferiority. — *It.*: complesso d'inferiorità. — *Por.*: complexo de inferioridade.

Término que tiene su origen en la psicología adleriana; designa, de un modo muy general, el conjunto de actitudes, representaciones y conductas que constituyen expresiones, más o menos disimuladas, de un sentimiento de inferioridad o de las reacciones frente a éste.

Véase: **Sentimiento de inferioridad.**

COMPLEJO PATERNO

= *Al.*: Vaterkomplex. — *Fr.*: complexe paternel. — *Ing.*: father complex. — *It.*: complesso paterno. — *Por.*: complexo paterno.

Término utilizado por Freud para designar una de las principales dimensiones del complejo de Edipo: la relación ambivalente hacia el padre.

COMPONENTE PULSIONAL

= *Al.*: Triebkomponente. — *Fr.*: composante pulsionelle. — *Ing.*: instinctual component. — *It.*: componente di pulsione. — *Por.*: componente impulsor(a) o pulsional.

Véase: **Pulsión parcial.**

COMPULSIÓN, COMPULSIONAL

= *Al.*: Zwang, Zwangs-. — *Fr.*: compulsion, compulsionnel. — *Ing.*: compulsion, compulsive. — *It.*: coazione, coattivo. — *Por.*: compulsão, compulsivo.

Clínicamente, tipo de conductas que el sujeto se ve impelido a ejecutar por una coacción interna. Un pensamiento (obsesión), un acto, una operación defensiva, o incluso una compleja secuencia de comportamientos, se califican de compulsivos cuando su no realización se siente como desencadenante de cierto grado de angustia.

1. En el vocabulario freudiano, *Zwang* se utiliza para designar una fuerza interna que coacciona. Casi siempre se emplea en el ámbito de la neurosis obsesiva e implica entonces que el sujeto se siente impelido por esta fuerza a actuar o pensar de determinada forma, y lucha contra ella.

En ocasiones, aparte de la neurosis obsesiva, no se halla presente esta implicación: el sujeto no se siente conscientemente en desacuerdo con los actos que realiza, sin embargo, conforme a prototipos inconscientes. Tal es especialmente el caso de lo que Freud denomina *Wiederholungszwang* (compulsión a la repetición*) y *Schicksalszwang* (compulsión de destino) (*véase:* Neurosis de destino).

Para Freud, de un modo general, *Zwang*, tomado en un sentido más amplio y fundamental del que posee en la clínica de la neurosis obsesiva, delata lo que hay de más radical en la pulsión: «En el inconsciente psíquico puede reconocerse la supremacía de una *compulsión a la repetición* proveniente de las mociones pulsionales y que probablemente depende de la naturaleza más íntima de las pulsiones, lo bastante poderosa para situarse por encima del principio del placer y que confiere a ciertos aspectos de la vida psíquica su carácter demoníaco [...]» (1).

Esta significación fundamental del *Zwang*, que lo asemeja a una especie de *fatum*, se encuentra también cuando Freud habla del mito de Edipo, llegando a designar así la palabra del oráculo, como lo atestigua en el *Esquema del psicoanálisis* (*Abriss der Psychoanalyse*, 1938) «[...] el *Zwang* del oráculo, que debe o debiera absolver al héroe, constituye un reconocimiento de lo implacable del destino que condena a todos los hijos a pasar por el complejo de Edipo» (2) (α).

2. En francés y en español, la palabra *compulsión* tiene el mismo origen latino (*compellere*) que *compulsivo:* es decir, que impele, que coacciona. Estas palabras se eligieron como equivalentes del alemán *Zwang*. Pero, por otra parte, la clínica utilizaba el término «obsesión» para designar los pensamientos que el sujeto se ve coaccionado a tener, por los cuales se siente literalmente asediado. Por ello, en algunos casos,

el término *Zwang* se traduce por obsesión: así, *Zwangsneurose* se traduce por neurosis obsesiva; *Zwangsvortellung*, por representación obsesiva u obsesión de... En cambio, cuando se trata de comportamientos, se habla de compulsión, de acto compulsivo *(Zwangshandlung)*, de compulsión a la repetición, etc.

Observemos finalmente que, por su raíz, la palabra *compulsión* entra a formar parte de una serie en la que figuran pulsión* e impulso. El parentesco etimológico entre compulsión y pulsión corresponde perfectamente al concepto freudiano *Zwang*. Entre compulsión e impulso existen claras diferencias establecidas por el uso. Impulso designa la súbita aparición, sentida como urgente, de una tendencia a realizar un determinado acto, el cual se efectúa sin control y generalmente bajo el dominio de la emoción; no se encuentra aquí ni la lucha ni la complejidad de la compulsión obsesiva, ni el carácter que ofrece la compulsión a la repetición de ordenarse según un cierto guión fantaseado.

(*a*) Compárese con este pasaje de una carta a W. Fliess, del 15-X-97: «La leyenda griega interpreta un *Zwang* que todo el mundo reconoce, por haberse dado cuenta de su existencia en sí mismo» (3).

COMPULSIÓN A LA REPETICIÓN

= *Al.*: Wiederholungszwang. — *Fr.*: compulsion de répétition. — *Ing.*: compulsion to repeat *o* repetition compulsion. — *It.*: coazione a ripetere. — *Por.*: compulsão à repetição.

A) A nivel de la psicopatología concreta, proceso incoercible y de origen inconsciente, en virtud del cual el sujeto se sitúa activamente en situaciones penosas, repitiendo así experiencias antiguas, sin recordar el prototipo de ellas, sino al contrario, con la impresión muy viva de que se trata de algo plenamente motivado en lo actual.

B) En la elaboración teórica que Freud da de ella, la compulsión a la repetición se considera como un factor autónomo, irreductible, en último análisis, a una dinámica conflictual en la que sólo intervendría la interacción del principio del placer y el principio de realidad. Se atribuye fundamentalmente a la característica más general de las pulsiones: su carácter conservador.

La noción de compulsión a la repetición ocupa un lugar central en el ensayo *Más allá del principio del placer* (*Jenseits des Lustprinzips*, 1920), en el que Freud somete a discusión los conceptos fundamentales de su teoría. Por ello resulta difícil delimitar, no sólo su acepción estricta, sino también su problemática propia, por cuanto participa de la investigación especulativa realizada por Freud en este momento decisivo, con sus dudas, sus «callejones sin salida» e incluso sus contradicciones. Ésta es una de las razones por las cuales, en la literatura psicoanalítica, la discusión de este concepto es confusa y se renueva con frecuencia: obliga a definirse acerca de los conceptos cruciales de la obra freudiana, tales como el de principio de placer*, pulsión*, pulsión de muerte*, ligazón*.

Resulta evidente que el psicoanálisis se vio confrontado desde sus orígenes a los *fenómenos* de repetición. En especial si se consideran los síntomas, se observa que, por una parte, algunos de ellos son manifiestamente repetitivos (por ejemplo, los ceremoniales obsesivos) y, por otra, lo que define el síntoma en psicoanálisis es precisamente el hecho de que reproduce, en forma más o menos disfrazada, ciertos elementos de un conflicto pasado (en este sentido Freud, al comienzo de su obra, califica el síntoma histérico de símbolo mnémico). De un modo general, lo reprimido intenta «retornar» al presente, en forma de sueños, síntomas, actuar*: «[...] lo que ha permanecido incomprendido retorna; como alma en pena, no descansa hasta encontrar solución y liberación» (1).

En la cura, los fenómenos de transferencia atestiguan esta exigencia del conflicto reprimido de actualizarse en la relación con el analista. Por lo demás, la consideración creciente de estos fenómenos y de los problemas técnicos que plantean condujo a Freud a completar el modelo teórico de la cura estableciendo, junto al recuerdo, la repetición transferencial y el trabajo elaborativo*, como etapas fundamentales del proceso terapéutico (*véase:* Transferencia). Al situar en primer plano, en *Más allá del principio del placer*, el concepto de compulsión a la repetición invocado desde *Recuerdo, repetición y trabajo elaborativo* (*Erinnern, Wiederholen und Durcharbeiten*, 1914), Freud reagrupa cierto número de hechos repetitivos ya señalados, y separa otros en los que la repetición figura en el primer plano del cuadro clínico (neurosis de destino* y neurosis traumática*, por ejemplo). En su opinión, estos hechos exigen un nuevo análisis teórico. En efecto, lo que se repite son experiencias manifiestamente displacenteras, y resulta difícil comprender, en un primer análisis, qué instancia del sujeto podría hallar satisfacción en ellas; aunque se trate de comportamientos en apariencia incoercibles, caracterizados por esta compulsión que es propia de todo lo que emana del inconsciente, resulta difícil poner de manifiesto en ellos, ni siquiera en la forma de una transacción o compromiso, la realización de un deseo reprimido.

El curso seguido por las reflexiones freudianas en los primeros capítulos de *Más allá del principio del placer* no conducen a rechazar la hipótesis fundamental de que, bajo el sufrimiento aparente, como por ejemplo el del síntoma, se busque la realización de un deseo. Por el contrario, en este trabajo se adelanta la conocida tesis según la cual lo que es displacer para un sistema del aparato psíquico, es placer para otro. Pero estas tentativas de explicación dejan, según Freud, un residuo. El problema planteado podría resumirse así, recurriendo a términos introducidos por D. Lagache: ¿es necesario postular la existencia, junto a la *repetición de las necesidades*, de una *necesidad de repetición* radicalmente distinta y más fundamental? Freud, aunque reconoce que la compulsión a la repetición no puede detectarse en estado puro, sino que aparece siempre reforzada por motivos que obedecen al principio de placer*, concederá cada vez mayor importancia, hasta el final de su obra, al citado concepto (2, 3). En *Inhibición, síntoma y angustia* (*Hemmung, Symptom und Angst*, 1926), Freud ve en la compulsión a la repetición el tipo mismo de resistencia* propio del inconsciente, «[...] la

atracción de los prototipos inconscientes sobre el proceso pulsional reprimido» (4).

Así como la repetición compulsiva de lo displacentero, o incluso de lo doloroso, se reconoce como un dato incontestable de la experiencia analítica, los autores divergen en cuanto a la explicación teórica de este hecho. Esquemáticamente podría decirse que la discusión se centra en torno a las dos cuestiones siguientes:

1.ª ¿Al servicio de qué actúa la tendencia a la repetición? ¿Se trata, como indicarían sobre todo los sueños repetitivos consecutivos a traumas psíquicos, de intentos efectuados por el yo para controlar y luego derivar por abreacción, fraccionadamente, las tensiones excesivas? ¿O bien es preciso admitir que la repetición debe relacionarse, en último análisis, con lo que existe de más «pulsional», de «demoníaco», en toda pulsión, la tendencia a la descarga absoluta que ilustra el concepto de pulsión de muerte*?

2.ª ¿La compulsión a la repetición pone verdaderamente en tela de juicio, como sostuvo Freud, el predominio del principio de placer? La contradicción entre las formulaciones que se encuentran en Freud, la diversidad de respuestas que han intentado aportar los psicoanalistas a este problema, se esclarecerían, a nuestro modo de ver, mediante una discusión previa de las ambigüedades inherentes a los términos «principio de placer»*, «principio de constancia»*, «ligazón»*, etc. Para citar un ejemplo, es evidente que si consideramos que el principio del placer se halla «directamente al servicio de las pulsiones de muerte» (5), la compulsión a la repetición, incluso tomada en el sentido más radical en que la acepta Freud, no puede quedar situada «más allá del principio de placer».

Por lo demás, estas dos cuestiones son estrechamente solidarias: si se da una determinada respuesta a una de ellas, no es posible dar una respuesta cualquiera a la otra. Se han propuesto toda una gama de respuestas, desde la tesis que ve en la compulsión a la repetición un factor absolutamente original, hasta los intentos de reducirla a mecanismos y funciones ya conocidos.

La concepción de Edward Bibring representaría una solución intermedia. Este autor propone distinguir entre una *tendencia repetitiva*, que caracteriza el ello, y una *tendencia restitutiva*, que es una función del yo. La primera puede decirse que se sitúa «más allá del principio de placer», en la medida en que las experiencias repetidas son tanto dolorosas como agradables, pero no constituye un principio opuesto al principio de placer. La tendencia restitutiva constituye una función que intenta, por diversos medios, restablecer la situación anterior al trauma; utiliza los fenómenos repetitivos en beneficio del yo. Desde este punto de vista, Bibring ha propuesto distinguir los mecanismos de defensa en los que el yo permanece bajo el dominio de la compulsión a la repetición, sin que se resuelva la tensión interna, los procesos de abreacción*, que de un modo inmediato o diferido descargan la excitación, y finalmente los llamados mecanismos de desprendimiento*, cuya «[...] función consiste en disolver progresivamente la tensión modificando las condiciones internas que le dan origen» (6).

CONCIENCIA (PSICOLÓGICA)

= A) *Al.*: Bewusstheit. — *Fr.*: être conscient. — *Ing.*: the attribute (*o* the fact) of being conscious, being conscious. — *It.*: consapevolezza. — *Por.*: o estar consciente.
= B) *Al.*: Bewusstsein. — *Fr.*: conscience psychologique. — *Ing.*: consciousness. — *It.*: coscienza. — *Por.*: consciência psicológica.

A) En sentido descriptivo: cualidad momentánea que caracteriza las percepciones externas e internas dentro del conjunto de los fenómenos psíquicos.

B) Según la teoría metapsicológica de Freud, la conciencia sería la función de un sistema, el sistema percepción-conciencia (*Pc-Cs*).

Desde el punto de vista *tópico*, el sistema percepción-conciencia se sitúa en la periferia del aparato psíquico, recibiendo a la vez las informaciones del mundo exterior y las provenientes del interior, a saber, las sensaciones pertenecientes a la serie placer-displacer y las reviviscencias mnémicas. Con frecuencia Freud relaciona la función percepción-conciencia con el sistema preconsciente, que entonces recibe el nombre de sistema preconsciente-consciente (*Pcs-Cs*).

Desde el punto de vista *funcional*, el sistema percepción-conciencia se opone a los sistemas de huellas mnémicas que son el inconsciente y el preconsciente: en aquél no se inscribe ninguna huella duradera de las excitaciones. Desde el punto de vista *económico*, se caracteriza por disponer de una energía libremente móvil, susceptible de sobrecatectizar tal o cual elemento (mecanismo de la atención).

La conciencia desempeña un papel importante en la *dinámica* del conflicto (evitación consciente de lo desagradable, regulación más discriminativa del principio del placer) y de la cura (función y límite de la toma de conciencia), pero no puede definirse como uno de los polos que entran en juego en el conflicto defensivo (α).

Aun cuando la teoría psicoanalítica se constituyó rehusando definir el campo del psiquismo por la conciencia, no por ello ha considerado la conciencia como un fenómeno no esencial. En este sentido, Freud ridiculizó la pretensión de ciertas tendencias psicológicas: «Una tendencia extrema, como por ejemplo la del conductismo, nacida en América, cree poder establecer una psicología que no tiene en cuenta este hecho fundamental» (1 *a*).

Freud considera la conciencia como un dato de la experiencia individual, que se ofrece a la intuición inmediata, y no intenta dar una nueva descripción de la misma. Se trata de «[...] un hecho que no tiene equivalente y que no puede explicarse ni describirse [...]. Sin embargo, cuando se habla de conciencia, todo el mundo sabe inmediatamente, por experiencia, de qué se trata» (1 *b*).

Esta doble tesis (la conciencia sólo nos da una visión lacunar de nuestros procesos psíquicos, que en su mayor parte son inconscientes, y: no es en modo alguno indiferente que un fenómeno sea consciente o no) exige una teoría de la conciencia que determine su función y el puesto que ocupa.

Desde que Freud crea su primer modelo metapsicológico, nos presenta dos afirmaciones fundamentales: por una parte, asimila la con-

ciencia a la percepción, cuya esencia sería la capacidad de recibir las *cualidades* sensibles. Por otra parte, atribuye esta función de percepción-conciencia a un sistema (el sistema ω o W), autónomo respecto al conjunto del psiquismo, cuyos principios de funcionamiento son puramente cuantitativos: «La conciencia sólo nos da lo que llamamos *cualidades*, sensaciones muy variadas de *diferencia*, y en las cuales la *diferencia* depende de las relaciones con el mundo exterior. En esta diferencia se encuentran series, similitudes, etc., pero nada encontramos que sea propiamente cuantitativo» (2 *a*).

La primera de estas tesis la mantendrá Freud a lo largo de toda su obra: «La conciencia es, a nuestro modo de ver, la cara subjetiva de una parte de los procesos físicos que se producen en el sistema neuronal, especialmente los procesos perceptivos [...]» (2 *b*). Esta tesis concede una prioridad, dentro del fenómeno de la conciencia, a la *percepción*, principalmente a la percepción del mundo exterior: «El acceso a la conciencia va unido ante todo a las percepciones que nuestros órganos sensoriales reciben del mundo exterior» (1 *c*). En la teoría de la prueba de realidad* se constata una sinonimia significativa entre los términos: «índice de cualidad», «índice de percepción» e «índice de realidad» (2 *c*). Inicialmente existe una «ecuación: percepción-realidad (mundo exterior)» (1 *d*). También *la conciencia de los fenómenos psíquicos* es inseparable de la percepción de cualidades: la conciencia no es más que un «[...] órgano sensorial para la percepción de las cualidades psíquicas» (3 *a*). Percibe los estados de tensión pulsional y las descargas de excitación, en forma de cualidades de displacer-placer. Pero el problema más difícil lo plantea la conciencia de lo que Freud denomina «procesos de pensamiento», entendiendo por tales tanto la reviviscencia de recuerdos como el razonamiento y, de un modo general, todos los procesos en los que intervienen «representaciones»*. A lo largo de su obra, Freud sostuvo una teoría que hace depender la toma de conciencia de los procesos de pensamiento de su asociación con «restos verbales» *(Wortreste)* (*véase:* Representación de cosa y de palabra). Éstos (debido al carácter de nueva percepción inherente a su reactivación: las palabras rememoradas son, al menos en esbozo, re-pronunciadas) (2 *d*) permiten a la conciencia encontrar una especie de punto de refuerzo a partir del cual puede irradiar su energía de sobrecatexis*: «Para conferir una cualidad (a los procesos de pensamiento), éstos se asocian, en el hombre, a los recuerdos verbales, cuyos restos cualitativos son suficientes para atraer sobre ellos la atención de la conciencia, después de lo cual una nueva catexis móvil se dirige sobre el pensamiento» (3 *b*).

Esta unión de la conciencia a la percepción induce a Freud a reunirlas casi siempre en un solo sistema, que denomina sistema ω en el *Proyecto de psicología científica* (*Entwurf einer Psychologie*, 1895), y que a partir de los trabajos metapsicológicos de 1915 llamará «percepción-conciencia*» *(Pc-Cs)*. La separación entre este sistema y todos aquellos que constituyen el lugar de inscripción de las huellas mnémicas* *(Pcs* e *Ics)* se basa, por una especie de deducción lógica, en una idea ya desarrollada por Breuer en las *Consideraciones teóricas* (*Theoretis-*

ches, 1895): «[...] un solo y mismo órgano no puede cumplir estas dos condiciones contradictorias»: restablecer lo más rápidamente posible el *statu quo ante*, a fin de poder recibir nuevas percepciones, y almacenar las impresiones a fin de poderlas reproducir (4). Más tarde, Freud completará esta idea mediante una fórmula que intenta explicar la aparición «inexplicable» de la conciencia: «[...] ella aparece en el sistema perceptivo *en el lugar* de las huellas duraderas» (5 *a*).

La situación *tópica** de la conciencia plantea un problema no exento de dificultad: si bien, en el *Proyecto*, se la sitúa «en los niveles superiores» del sistema, pronto su íntima conexión con la percepción hará que Freud la sitúe en la periferia entre el mundo exterior y los sistemas mnémicos: «El aparato perceptivo psíquico comporta dos capas: una externa, el protector contra las excitaciones, destinado a reducir la magnitud de las excitaciones procedentes del exterior; la otra, situada tras la anterior, es la superficie receptora de las excitaciones, el sistema *Pc-Cs*» (5 *b*) (*véase:* Protector contra las excitaciones). Esta situación periférica viene a representar la misma que se asigna al yo; en *El yo y el ello* (*Das Ich und das Es*, 1923), Freud considera el sistema *Pc-Cs* como el «núcleo del yo» (6 *a*): «[...] el yo es la parte del ello que resulta modificada por la influencia directa del mundo exterior a través de *Pc-Cs*; en cierto modo es una continuación de la diferenciación superficial» (6 *b*) (*véase:* Yo).

Desde el punto de vista *económico**, la conciencia plantea a Freud un especial problema. En efecto, la conciencia es un fenómeno cualitativo, despertado por la percepción de las cualidades sensoriales; los fenómenos cuantitativos de tensión y distensión sólo se vuelven conscientes en forma cualitativa. Pero, por otra parte, una función eminentemente ligada a la conciencia, como la de la atención, con lo que parece implicar de *más* y *menos* intensidad, o un proceso como el acceso a la conciencia *(Bewusstwerden)*, que tan importante papel desempeña en la cura, exigen ciertamente una interpretación en términos económicos. Freud establece la hipótesis de que la energía de la atención que, por ejemplo, «sobrecatectiza» una percepción, es una energía que procede del yo *(Entwurf)* o del sistema *Pc (Traumdeutung)* y se halla orientada por los índices cualitativos proporcionados por la conciencia: «La regla biológica de la atención se enuncia así por el yo: cuando aparece una señal de realidad, la catexis de una percepción que se halla simultáneamente presente debe ser sobrecatectizada» (2 *e*).

Asimismo la atención que se dedica a los procesos de pensamiento permite una regulación más fina de éstos que la que proporciona únicamente por principio de placer: «Vemos que la percepción a través de nuestros órganos sensoriales da por resultado el dirigir una catexis de la atención a las vías sobre las que se despliega la excitación sensorial aferente; la excitación cualitativa del sistema *Pc* sirve de regulador del flujo de la cantidad móvil dentro del aparato psíquico. Podemos considerar que de la misma forma funciona este órgano superior de los sentidos que es el sistema *Cs*. Al percibir nuevas cualidades, contribuye aún

más a orientar y repartir en forma apropiada las cantidades de catexis móvil» (3 *c*) (*véase:* Energía libre-Energía ligada; Sobrecatexis).

Finalmente, desde el punto de vista *dinámico**, se observa cierta evolución en cuanto a la importancia atribuida por Freud al factor conciencia, tanto en el proceso defensivo como en la eficacia de la cura. Sin pretender describir aquí esta evolución, cabe señalar algunos elementos de la misma:

1.° Un mecanismo como el de la represión se concibe, al principio del psicoanálisis, como un rechazo intencional, aún próximo al mecanismo de la atención: «La escisión de la conciencia en estos casos de histeria adquirida es [...] una escisión querida, intencional, o al menos se inicia a menudo por un acto de libre voluntad [...]» (7).

Como es sabido, es la acentuación cada vez mayor del carácter inconsciente, por lo menos parcialmente, de las defensas y de la resistencia que se traducen en la cura, lo que condujo a Freud a la nueva elaboración del concepto de yo y a su segunda teoría del aparato psíquico.

2.° Una etapa importante de esta evolución viene marcada por los escritos metapsicológicos de 1915, en los que Freud enuncia que «[...] el hecho de ser consciente, único carácter de los procesos psíquicos que nos viene dado de forma inmediata, no es en modo alguno capaz de proporcionar un criterio de distinción entre sistemas» (8 *a*). Freud no pretende renunciar a la idea de que la conciencia debe atribuirse a un sistema, a un verdadero «órgano» especializado; pero indica que la capacidad de acceder a la conciencia no basta para definir la posición tópica de un determinado contenido en el sistema preconsciente o en el sistema inconsciente: «En la medida en que pretendemos abrir un camino hacia una concepción metapsicológica de la vida psíquica, hemos de aprender a emanciparnos de la importancia atribuida al síntoma "ser consciente"» (8 *b*) (β).

3.° Dentro de la teoría de la cura, un tema fundamental de reflexión continúa siendo la problemática de la toma de conciencia y de su eficacia. Conviene apreciar aquí la importancia relativa y el juego de los diferentes factores que intervienen en la cura: recuerdo y construcción, repetición en la transferencia y trabajo elaborativo, y finalmente interpretación, cuyo impacto no se limita a una comunicación consciente, en la medida en que da lugar a modificaciones estructurales. «La cura psicoanalítica se ha construido basándose sobre la influencia del *Cs* sobre el *Ics*, y en todo caso nos muestra que esta tarea, por difícil que sea, no es imposible» (8 *c*). Pero, por otra parte, Freud hizo siempre hincapié en el hecho de que no basta comunicar al paciente la interpretación, aunque ésta sea adecuada, de una determinada fantasía* inconsciente para producir modificaciones estructurales: «Si se le comunica a un paciente una representación que él ya ha reprimido, pero que el analista ha adivinado, esto no cambia de momento nada en su estado psíquico. Especialmente esto no levanta la represión ni anula sus efectos [...]» (8 *d*).

El paso a la conciencia no implica por sí solo una verdadera integración de lo reprimido en el sistema preconsciente; debe completarse con

toda una labor capaz de levantar las resistencias que impiden la comunicación entre los sistemas inconsciente y preconsciente y capaz de establecer una ligazón cada vez más estrecha entre las huellas mnémicas inconscientes y su verbalización. Solamente al final de esta tarea pueden unirse «[...] el hecho de haber entendido y el de haber vivido [que] son de naturaleza psicológica absolutamente distinta, incluso aunque su contenido sea el mismo» (8 *e*). El tiempo del trabajo elaborativo* sería el que permitiría esta integración progresiva en el preconsciente.

(α) El adjetivo *bewusst* significa consciente en el doble sentido activo (consciente de) y pasivo (cualidad de lo que es objeto de conciencia). El idioma alemán dispone de varios substantivos formados a partir de *bewusst*. *Bewusstheit* = la cualidad de ser objeto de conciencia, que proponemos traducir por el «hecho de ser consciente». *Bewusstsein* = la conciencia como realidad psicológica y designando más bien la actividad, la función (la conciencia moral se designa con un término completamente distinto: *das Gewissen*). *Das Bewusste* = el consciente, designa más bien un tipo de contenidos, diferenciándolos de los contenidos preconscientes e inconscientes. *Das Bewusstwerden* = el «volverse consciente» de una determinada representación, lo que traducimos por «acceso a la conciencia». *Das Bewusstmachen* = el hecho de hacer consciente un determinado contenido.

(β) Observemos a este respecto que la designación de los sistemas en la primera teoría del aparato psíquico gira en torno de la referencia a la conciencia: *inconsciente, preconsciente, consciente*.

CONCORDE CON EL YO

= *Al.:* Ichgerecht. — *Fr.:* conforme au moi. — *Ing.:* egosyntonic. — *It.:* corrispondente all'io, *o* egosintonico. — *Por.:* egossintônico.

Término que sirve para calificar las pulsiones o las representaciones aceptables por el yo, es decir, compatibles con su integridad y sus exigencias.

Este término se encuentra ocasionalmente en los escritos de Freud (consúltese, por ejemplo, 1, 2). Indica que el conflicto no opone el yo *in abstracto* a todas las pulsiones, sino que existen dos grupos de pulsiones, unas compatibles con el yo (pulsiones del yo*) y otras opuestas al yo (*ichwidrig*) o no concordes (*nicht ichgerecht*) y, por consiguiente, reprimidas. Dentro de la primera teoría de las pulsiones, si, por definición, las pulsiones del yo son concordes con el yo, las pulsiones sexuales están destinadas a ser reprimidas cuando se muestran inconciliables con el yo.

La expresión «concorde con el yo» implica un concepto del yo* como totalidad, integridad, ideal, tal como se define, por ejemplo, en la *Introducción al narcisismo* (*Zur Einführung des Narzissmus*, 1914) (*véase:* Yo). Tal implicación se encuentra también en el empleo que efectúa E. Jones de esta expresión: opone tendencias *ego-syntonic* y *ego-dystonic*, según estén o no «en armonía, sean compatibles y coherentes con las normas de sí mismo (*self*)» (3).

CONDENSACIÓN

= *Al.:* Verdichtung. — *Fr.:* condensation. — *Ing.:* condensation. — *It.:* condensazione. — *Por.:* condensação.

Uno de los modos esenciales de funcionamiento de los procesos inconscientes: una representación única representa por sí sola varias cadenas asociativas, en la intersección de las cuales se encuentra. Desde el punto de vista económico, se encuentra catectizada de energías que, unidas a estas diferentes cadenas, se suman sobre ella.

Se aprecia la intervención de la condensación en el síntoma y, de un modo general, en las diversas formaciones del inconsciente. Donde mejor se ha puesto en evidencia ha sido en los sueños.

Se traduce por el hecho de que el relato manifiesto resulta lacónico en comparación con el contenido latente: constituye una traducción abreviada de éste. Sin embargo, la condensación no debe considerarse sinónimo de un resumen: así como cada elemento manifiesto viene determinado por varias significaciones latentes, también sucede a la inversa, es decir, que cada una de éstas puede encontrarse en varios elementos; por otra parte, el elemento manifiesto no representa bajo una misma relación cada una de las significaciones de que deriva, de forma que no las engloba como lo haría un concepto.

La condensación fue por vez primera descrita por Freud en *La interpretación de los sueños* (*Die Traumdeutung*, 1900), como uno de los mecanismos fundamentales mediante los cuales se efectúa el «trabajo del sueño*». Puede producirse de diversas formas: un elemento (tema, persona, etc.) se conserva sólo por estar presente varias veces en distintos pensamientos del sueño («punto nodal»); diversos elementos pueden reunirse en una unidad disarmónica (por ejemplo, personaje compuesto); o también la condensación de varias imágenes puede hacer que se esfumen los rasgos que no coinciden, manteniéndose o reforzándose el rasgo o los rasgos comunes (1).

Aunque fue analizado sobre los sueños, el mecanismo de la condensación no es específico de éstos. En la *Psicopatología de la vida cotidiana* (*Zur Psychopathologie des Alltagslebens*, 1901) y en *El chiste y su relación con lo inconsciente* (*Der Witz und seine Beziehung zum Unbewussten*, 1905), Freud establece que la condensación constituye uno de los elementos esenciales de la técnica del chiste, del *lapsus linguae*, del olvido de palabras, etc.; en *La interpretación de los sueños* señala que el proceso de condensación es singularmente patente cuando afecta a las palabras (neologismos).

¿Cómo explicar la condensación? Cabe ver en ella un efecto de la censura y una forma de escapar a la misma. Si bien, como hizo observar Freud, no se tiene la impresión de que sea un efecto de la censura, no obstante «en el hecho de la condensación la censura ve realizados sus propósitos» (2); en efecto, la condensación dificulta la lectura del relato manifiesto.

Pero, si el sueño actúa por condensación, no es sólo para eludir la censura; la condensación es una característica del pensamiento inconsciente. En el proceso primario, se cumplen las condiciones que permiten y favorecen la condensación (energía libre*, no ligada; tendencia a la identidad de percepción*). El deseo inconsciente quedará, por lo tanto, sometido desde un principio a la condensación, mientras que los pensamientos preconscientes, «atraídos hacia el inconsciente», lo serán secundariamente a la acción de la censura. ¿Es posible establecer en qué fase se produce la condensación? «Probablemente se debe considerar la condensación como un proceso que se extiende sobre el conjunto del recorrido hasta llegar a la región de las percepciones, pero en general nos contentaremos con suponer que resulta de una acción simultánea de todas las fuerzas que intervienen en la formación del sueño» (3).

Al igual que el desplazamiento*, la condensación, para Freud es un proceso que tiene su fundamento en la hipótesis económica; sobre la representación-encrucijada vienen a sumarse las energías que han sido desplazadas a lo largo de las distintas cadenas asociativas. Si ciertas imágenes, especialmente en el sueño, adquieren una singular vivacidad, ello sucede en la medida en que, siendo producto de la condensación, se hallan fuertemente catectizadas.

CONFLICTO PSÍQUICO

= *Al.:* psychischer Konflikt. — *Fr.:* conflit psychique. — *Ing.:* psychical conflict. — *It.:* conflitto psichico. — *Por.:* conflito psíquico.

En psicoanálisis se habla de conflicto cuando, en el sujeto, se oponen exigencias internas contrarias. El conflicto puede ser manifiesto (por ejemplo, entre un deseo y una exigencia moral, o entre dos sentimientos contradictorios) o latente, pudiendo expresarse este último de un modo deformado en el conflicto manifiesto y traducirse especialmente por la formación de síntomas, trastornos de la conducta, perturbaciones del carácter, etc. El psicoanálisis considera el conflicto como constitutivo del ser humano y desde diversos puntos de vista: conflicto entre el deseo y la defensa, conflicto entre los diferentes sistemas o instancias, conflictos entre las pulsiones, conflicto edípico, en el que no solamente se enfrentan deseos contrarios, sino que éstos se enfrentan con lo prohibido.

Desde sus comienzos, el psicoanálisis descubrió el conflicto psíquico y rápidamente hizo de éste el concepto central de la teoría de las neurosis. Los *Estudios sobre la histeria* (*Studien über Hysterie*, 1895) describen cómo, en el curso de la cura, Freud encuentra, a medida que se aproxima a los recuerdos patógenos, una resistencia creciente (*véase:* Resistencia); esta resistencia no es más que la expresión actual de una defensa intrasubjetiva contra las representaciones que Freud califica de incompatibles *(unverträglich)*. A partir de 1895-1896, esta actividad defensiva se reconoce como el principal mecanismo en la etiología de la histeria (*véase:* Histeria de defensa) y se generaliza a las restantes «psiconeurosis», que entonces reciben el nombre de «psiconeurosis de defensa». El síntoma neurótico se define como el resultado de una transacción o compromiso entre dos grupos de representaciones que actúan como dos fuerzas de sentido contrario, y ambas de forma igualmente actual e imperiosa: «[...] el proceso aquí descrito: conflicto, represión, sustitución bajo la forma de formación de compromiso o transaccional, se repite en todos los síntomas psiconeuróticos» (1). De un modo todavía

más general, este proceso se observa también en fenómenos como el sueño, el acto fallido, el recuerdo encubridor, etc.

Si bien el conflicto constituye sin discusión un dato fundamental de la experiencia psicoanalítica y resulta relativamente fácil de describir en sus modalidades clínicas, más difícil es dar del mismo una teoría metapsicológica. A lo largo de la obra freudiana, el problema del fundamento último del conflicto ha recibido distintas soluciones. Ante todo conviene señalar que es posible intentar explicar el conflicto a dos niveles relativamente distintos: a nivel tópico*, como conflicto entre sistemas o instancias, y a nivel económico-dinámico, como conflicto entre pulsiones. Para Freud, este segundo tipo de explicación es el más radical, pero con frecuencia resulta difícil establecer la articulación entre ambos niveles, por cuanto una determinada instancia que toma parte en el conflicto no corresponde necesariamente a un tipo específico de pulsiones.

Dentro de la primera teoría metapsicológica, el conflicto puede referirse esquemáticamente, desde el punto de vista tópico, a la oposición entre los sistemas *Ics*, por una parte, y *Pcs/Cs*, por otra, separados por la censura*; esta oposición corresponde también a la dualidad del principio de placer y principio de realidad, de los cuales el último intenta asegurar su superioridad sobre el primero. Puede decirse que las dos fuerzas que se hallan en conflicto son entonces para Freud la sexualidad* y una instancia represora que incluye especialmente las aspiraciones éticas y estéticas de la personalidad, siendo el motivo de la represión los caracteres específicos de las representaciones sexuales, que las harían incompatibles para el «yo*» y generadoras de displacer para éste.

Sólo más tarde Freud buscó un soporte pulsional a la instancia represora. Entonces considera que el substrato del conflicto psíquico lo constituye el dualismo entre las pulsiones sexuales* y las pulsiones de autoconservación* (definidas como «pulsiones del yo»). «[...] el pensamiento psicoanalítico debe admitir que [ciertas] representaciones han entrado en oposición con otras, más fuertes que aquéllas, para designarlas utilizamos el concepto global de "yo", que tiene una distinta composición según los casos; ello hace que se repriman las primeras representaciones. Pero ¿de dónde puede provenir esta oposición, causa de la represión, entre el yo y ciertos grupos de representaciones? [...] Ha llamado nuestra atención la importancia de las pulsiones para la vida representativa; hemos reconocido que cada pulsión procura imponerse animando las representaciones adecuadas a sus metas. Estas pulsiones no siempre se armonizan; a menudo llegan a un conflicto de intereses; las oposiciones entre las representaciones no son más que la expresión de los combates entre las diferentes pulsiones...» (2). Sin embargo, es evidente que, incluso en esta etapa del pensamiento freudiano en que existe una coincidencia entre la instancia defensiva del yo y un determinado tipo de pulsiones, la oposición última «hambre-amor» sólo se expresa en las modalidades concretas del conflicto a través de una serie de mediaciones muy difíciles de establecer.

En una etapa ulterior, la segunda tópica proporciona un modelo de la personalidad más diversificado y más próximo a estas modalidades

concretas: conflictos entre instancias, conflictos internos de una misma instancia, por ejemplo entre los polos de identificación paterno y materno, que pueden encontrarse en el superyó.

El nuevo dualismo pulsional invocado por Freud, el de las pulsiones de vida* y pulsiones de muerte* aparentemente debería proporcionar, en virtud de la oposición radical que propugna, un fundamento a la teoría del conflicto. Pero, de hecho, se está lejos de constatar esta superposición entre el plano de los principios últimos, Eros y pulsión de muerte, y la dinámica concreta del conflicto (*véase, acerca de este punto:* Pulsión de muerte). No obstante, el concepto de conflicto se renueva:

1) Se ve cada vez mejor cómo las fuerzas pulsionales animan las diferentes instancias (así, por ejemplo, Freud describe el superyó como sádico), aun cuando ninguna de ellas resulte afectada por un solo tipo de pulsión.

2) Las pulsiones de vida parecen abarcar la mayor parte de las oposiciones conflictivas previamente descubiertas por Freud a partir de la clínica: «[...] la oposición entre pulsiones de autoconservación y pulsiones de conservación de la especie, al igual que la otra oposición entre amor al yo y amor objetal, quedan incluidas en la esfera del Eros» (3 *a*).

3) Más que como un polo de conflicto, la pulsión de muerte es interpretada a veces por Freud como un principio mismo de lucha, como el νεῖκος (odio) que Empédocles oponía ya al amor (φιλία).

De este modo viene a especificar una «tendencia al conflicto», factor variable cuya intervención haría que la bisexualidad propia del ser humano se convierta en ciertos casos en un conflicto entre exigencias rigurosamente incompatibles, mientras que, en ausencia de este factor, nada impediría que las tendencias homosexuales y heterosexuales se realizaran en una solución equilibrada.

En esta misma línea de pensamiento cabe interpretar el papel que Freud atribuye al concepto de unión de las pulsiones. Ésta no designa únicamente una mezcla en proporción variable de sexualidad y de agresividad: la pulsión de muerte introduce por sí misma la desunión (*véase:* Unión-desunión de las pulsiones).

Si dirigimos una mirada de conjunto a la evolución de las concepciones que Freud nos ha dado del conflicto, sorprende, por una parte, el hecho de que siempre busca referirlo a un dualismo irreductible que, en un último análisis, sólo podría basarse en una oposición casi mítica entre dos grandes fuerzas contrarias; por otra parte, el hecho de que uno de los polos del conflicto es siempre la sexualidad*, mientras que el otro se busca en realidades cambiantes («yo», «pulsiones del yo», «pulsiones de muerte»). Desde el principio de su obra (*véase:* Seducción), y todavía en el *Esquema del psicoanálisis* (*Abriss der Psychoanalyse*, 1938), Freud insiste en la intrínseca ligazón que debe existir entre la sexualidad y el conflicto. Es posible dar de éste un modelo teórico abstracto susceptible de aplicarse a «cualquier exigencia pulsional», «pero la observación nos muestra regularmente que, hasta donde alcanzan nuestros conocimientos, las excitaciones patógenas provienen de las pulsiones

parciales de la vida sexual» (3 *b*). ¿Cuál es la justificación teórica última de este privilegio atribuido a la sexualidad en el conflicto? El problema quedó sin resolver por Freud, quien indicó en varios momentos de su obra que las características temporales particulares de la sexualidad humana hacen que «el punto débil de la organización del yo se encuentre en su relación con la función sexual» (3 *c*).

Para el psicoanalista, la profundización en el problema del conflicto psíquico debe desembocar forzosamente en lo que para el sujeto humano es el conflicto nuclear: el complejo de Edipo*. En éste, el conflicto, antes de ser conflicto defensivo, se halla ya inscrito de forma presubjetiva como conjunción dialéctica y originaria del deseo y de la prohibición.

El complejo de Edipo, por constituir la idea fundamental e inevitable que orienta el campo interpsicológico del niño, podría encontrarse tras las más diversas modalidades del conflicto defensivo (por ejemplo, en la relación entre el yo y el superyó). De un modo más radical, si se considera el Edipo como una estructura en la que el sujeto ha de encontrar su lugar, el conflicto aparece ya presente, previamente al juego de las pulsiones y de las defensas, juego que constituirá el conflicto psíquico propio de cada individuo.

CONSTRUCCIÓN

= *Al.:* Konstruktion. — *Fr.:* construction. — *Ing.:* construction. — *It.:* costruzione. — *Por.:* construção.

Término propuesto por Freud para designar una elaboración del analista más extensa y más distante del material que la interpretación, y destinada esencialmente a reconstituir en sus aspectos tanto reales como fantaseados una parte de la historia infantil del sujeto.

Resulta difícil, y quizá poco conveniente, conservar para el término de *construcción* el sentido relativamente restringido que Freud le asigna en *Las construcciones en el análisis* (*Konstruktionen in der Analyse*, 1937). En este artículo, Freud se propone ante todo subrayar la dificultad que plantea el objetivo ideal de la cura, es decir, la rememoración completa con supresión de la amnesia infantil*: el analista se ve inducido a elaborar verdaderas «construcciones» y a proponerlas al paciente, lo que, por lo demás, en los casos favorables (cuando la construcción es precisa y es comunicada al paciente en el momento en que éste se halla preparado para recibirla) puede hacer resurgir el recuerdo o los fragmentos de recuerdos reprimidos (1). Incluso cuando este efecto no se produce, la construcción posee, según Freud, una eficacia terapéutica: «Con cierta frecuencia no logramos que el paciente recuerde lo reprimido. Pero en lugar de esto obtenemos de él, si hemos llevado correctamente el análisis, una firme convicción de la verdad de la construcción, que posee el mismo efecto terapéutico que un recuerdo hallado» (2).

La idea singularmente interesante que implica el término «construcción» no puede reducirse al empleo casi técnico que Freud hace de él en su artículo de 1937. Por lo demás, en su obra se encuentran numerosas indicaciones que demuestran que el tema de la construcción, de la organización del material, se halla presente desde un principio y bajo varios aspectos. En la misma época en que Freud descubre el inconsciente, lo describe como una organización que debe ser reconstituida en virtud de la cura. En efecto, en el discurso del paciente, «[...] el conjunto de la masa, espacialmente extendida, del material patógeno aparece como estirado a través de una estrecha hendidura y, en consecuencia, llega a la conciencia dividido en fragmentos o cintas. Es misión del psicoterapeuta reconstruir a partir de este material la supuesta organización. Podríamos compararlo con el juego de naipes llamado "solitario"» (3).

En *Pegan a un niño* (*Ein Kind wird geschlagen*, 1919), Freud se dedica a reconstruir toda la evolución de una fantasía; algunas etapas de esta evolución son esencialmente inaccesibles al recuerdo, pero una auténtica lógica interna obliga a suponer su existencia y a reconstruirlas.

De un modo más general, no puede hablarse solamente de construcción por el analista o a lo largo de la cura: la concepción freudiana de la fantasía supone que ésta es, por sí misma, un modo de elaboración por el sujeto, una construcción que se apoya parcialmente en lo real, como indica la existencia de las «teorías» sexuales infantiles. Finalmente, la palabra *construcción* plantea todo el problema de las estructuras inconscientes y de la estructuración por la cura.

CONTENIDO LATENTE

= *Al.:* latenter Inhalt. — *Fr.:* contenu latent. — *Ing.:* latent content. — *It.:* contenuto latente. — *Por.:* conteúdo latente.

Conjunto de significaciones a las que conduce el análisis de una producción del inconsciente, especialmente el sueño. Una vez descifrado, el sueño no aparece ya como una narración formada por imágenes, sino como una organización de pensamientos, un discurso, expresando uno o varios deseos.

La expresión «contenido latente» puede entenderse en un sentido amplio, como el conjunto de lo que el análisis devela sucesivamente (asociaciones del analizado, interpretaciones del analista); el contenido latente de un sueño estaría constituido entonces por restos diurnos, recuerdos de la infancia, impresiones corporales, alusiones a la situación transferencial, etc.

En un sentido más estricto, el contenido latente designaría, en contraposición con el contenido manifiesto (lacunar y engañoso), la traducción íntegra y verídica de la palabra del que sueña, la expresión adecuada de su deseo. El contenido manifiesto (que a menudo Freud designa con la sola palabra de *contenido*) es la versión truncada; el contenido latente (también llamado «pensamientos» o «pensamientos latentes» del sueño), descubierto por el analista, es la versión correcta: «[...] se nos aparecen como dos presentaciones del mismo contenido en dos lenguas

distintas o, mejor dicho, el contenido del sueño se nos aparece como la transferencia de las ideas del sueño a otro modo de expresión, cuyos signos y leyes de composición hemos de aprender a conocer, mediante la comparación entre el original y la traducción. Los pensamientos del sueño se nos vuelven inmediatamente comprensibles desde el momento en que adquirimos conocimiento de los mismos» (1 *a*).

Según Freud, el contenido latente es anterior al contenido manifiesto; el trabajo del sueño es el que transforma el uno en otro y, en este sentido, no es «nunca creador» (2). Esto no significa que el analista pueda redescubrirlo todo («En los sueños mejor interpretados se ve con frecuencia obligado a dejar en la sombra un punto [...]. Allí se encuentra el ombligo del sueño» [1 *b*]) ni que pueda, por consiguiente, tener una interpretación definitiva de un sueño (*véase:* Sobreinterpretación).

CONTENIDO MANIFIESTO

= *Al.:* manifester Inhalt. — *Fr.:* contenu manifeste. — *Ing.:* manifest content. — *It.:* contenuto manifesto. — *Por.:* conteúdo manifesto *o* patente.

Con esta expresión se designa el sueño antes de haber sido sometido a la investigación analítica, tal como se presenta al sujeto soñador que efectúa la narración del mismo. Por extensión se habla del contenido manifiesto de toda producción verbalizada (desde la fantasía a la obra literaria) que se intenta interpretar por el método analítico.

La expresión «contenido manifiesto» fue introducida por Freud en *La interpretación de los sueños* (*Die Traumdeutung*, 1900) paralelamente a la de «contenido latente». Con frecuencia el término «contenido», sin calificativo, se emplea en el mismo sentido y se opone al de «pensamientos (o pensamientos latentes) del sueño». Para Freud, el contenido manifiesto es el producto del trabajo del sueño, y el contenido latente el resultado del trabajo inverso, el de la interpretación.

Esta concepción ha sido criticada desde el punto de vista fenomenológico: según Politzer, el sueño no poseería, en sentido estricto, más que un solo contenido. Lo que Freud denomina contenido manifiesto constituiría la narración descriptiva que el individuo efectúa de su sueño en un momento en el que no dispone de todas las significaciones que su sueño expresa (1).

CONTRACATEXIS

= *Al.:* Gegenbesetzung. — *Fr.:* contre-investissement. — *Ing.:* anticathexis. — *It.:* controcarica *o* controinvestimento. — *Por.:* contra-carga *o* contra-investimento.

Proceso económico postulado por Freud como soporte de numerosas actividades defensivas del yo. Consiste en la catexis por el yo de representaciones, actitudes, etc., susceptibles de obstaculizar el acceso de las representaciones y deseos inconscientes a la conciencia y a la motilidad.

El término puede designar también el resultado, más o menos permanente, de tal proceso.

El concepto de contracatexis es citado por Freud sobre todo dentro de su teoría económica de la represión. Las representaciones a reprimir, en la medida en que se hallan catectizadas constantemente por la pulsión y tienden sin cesar a irrumpir en la conciencia, sólo pueden mantenerse en el inconsciente si actúa en sentido contrario una fuerza del mismo modo costante. Así, pues, en general la represión supone dos procesos económicos que se implican mutuamente:

1) retirada, por el sistema *Pcs*, de la catexis hasta entonces ligada a una determinada representación displacentera (ausencia de catexis);

2) contracatexis, utilizando la energía que ha quedado disponible por la operación anterior.

Aquí se plantea el problema de lo que se elige como objeto de la contracatexis. Conviene señalar que la contracatexis da por resultado el mantenimiento de una representación dentro del sistema de donde proviene la energía pulsional. Es, por consiguiente, la catexis de un elemento del sistema preconsciente-consciente que impide que surja, en su lugar, la representación reprimida. El elemento contracatectizado puede ser de distintas naturalezas: un simple derivado* de la representación inconsciente (formación substitutiva, como ejemplo un animal fóbico, que es objeto de especial vigilancia y sirve para mantener reprimidos el deseo inconsciente y las fantasías con él relacionadas), o un elemento que se opone directamente a aquella representación (por ejemplo, formación reactiva: solicitud exagerada de una madre por sus hijos, que oculta deseos agresivos; afán de limpieza destinado a luchar contra tendencias anales).

Por otra parte, las contracatexis pueden ser, no sólo una representación, sino también una situación, un comportamiento, un rasgo de carácter, etc., si bien el objetivo sigue siendo siempre el mantener de forma lo más constante posible la represión. De acuerdo con lo dicho, la noción de contracatexis designa el aspecto económico del concepto dinámico de defensa del yo; explica la estabilidad del síntoma, que, según expresión de Freud, se halla «mantenido desde dos lados a la vez». Al carácter indestructible del deseo inconsciente se opone la relativa rigidez de las estructuras defensivas del yo, que exige un gasto permanente de energía.

La noción de contracatexis no es aplicable únicamente a lo relativo a la frontera entre los sistemas inconsciente, por una parte, y preconsciente, por otra. Citado por Freud en un principio dentro de la teoría de la represión* (1), la contracatexis se encuentra también en numerosas operaciones defensivas: aislamiento, anulación retroactiva, defensa por la realidad, etc. En tales operaciones defensivas, e incluso en el mecanismo de la atención y del pensamiento discriminativo, la contracatexis interviene también en el propio interior del sistema preconsciente-consciente.

Finalmente Freud recurre al concepto de contracatexis al considerar la relación del organismo con su ambiente, para explicar las reacciones de defensa frente a una irrupción de energía externa que hace efracción

sobre el protector contra las excitaciones (dolor, traumatismo). El organismo moviliza entonces energía interna a expensas de sus actividades, que se encuentran empobrecidas, a fin de crear una especie de barrera que evite o disminuya la afluencia de excitaciones externas (2).

CONTRATRANSFERENCIA

= *Al.:* Gegenübertragung. — *Fr.:* contre-transfert. — *Ing.:* counter-transference. — *It.:* controtransfert. — *Por.:* contratransferência.

Conjunto de las reacciones inconscientes del analista frente a la persona del analizado y, especialmente, frente a la transferencia de éste.

En muy pocos pasajes alude Freud a lo que él llamó la contratransferencia. En ésta Freud ve el resultado de «la influencia del enfermo sobre los sentimientos inconscientes del médico» (1 *a*) y subraya que «ningún analista va más allá de lo que le permiten sus propios complejos y resistencias internas» (1 *b*), lo cual tiene como corolario la necesidad del analista de someterse él mismo a un análisis personal.

A partir de Freud, la contratransferencia ha merecido una atención creciente por parte de los psicoanalistas, especialmente en la medida en que la cura se ha ido interpretando y describiendo cada vez más como una relación, y también por la extensión del psicoanálisis a nuevos campos (análisis de los niños y de los psicóticos), en los que las reacciones inconscientes del analista pueden ser más estimuladas. Nos limitaremos a recordar dos puntos:

1.° Desde el punto de vista de la delimitación del concepto, encontramos grandes diferencias: algunos autores designan como contratransferencia todo aquello que, por parte de la personalidad del analista, puede intervenir en la cura; otros, en cambio, limitan la contratransferencia a los procesos inconscientes que la transferencia del analizado provoca en el analista.

Daniel Lagache admite esta última delimitación y la precisa subrayando que la contratransferencia, entendida en este sentido (reacción frente a la transferencia del otro), no se da solamente en el analista, sino también en el analizado. Entonces la transferencia y la contratransferencia no coincidirían, respectivamente, con los procesos propios del analizado y los del analista. Considerando el conjunto del campo analítico, convendría distinguir, en cada una de las dos personas presentes, lo que es transferencia y lo que es contratransferencia (2).

2.° Desde el punto de vista técnico, cabe distinguir esquemáticamente tres orientaciones:

a) reducir todo lo posible las manifestaciones contratransferenciales mediante el análisis personal, de tal forma que la situación analítica quede finalmente estructurada, como una superficie proyectiva, sólo por la transferencia del paciente;

b) utilizar, aunque controlándolas, las manifestaciones de contratransferencia en el trabajo analítico, siguiendo la indicación de Freud, según la cual: «[...] cada uno posee en su propio inconsciente un instrumento con el cual puede interpretar las expresiones del inconsciente en los demás» (3) (*véase:* Atención flotante);

c) guiarse, para la *interpretación* misma, por las propias reacciones contratransferenciales, que desde este punto de vista se asimilan con frecuencia a las emociones experimentadas. Tal actitud postula que la resonancia «de inconsciente a inconsciente» constituye la única comunicación auténticamente psicoanalítica.

CONVERSIÓN

= *Al.:* Konversion. — *Fr.:* conversion. — *Ing.:* conversion. — *It.:* conversione. — *Por.:* conversão.

Mecanismo de formación de síntomas que interviene en la histeria y, más específicamente, en la histeria de conversión *(véase este término).*

Consiste en una transposición de un conflicto psíquico y una tentativa de resolución del mismo en síntomas somáticos, motores (por ejemplo, parálisis) o sensitivos (por ejemplo, anestesias o dolores localizados).

La palabra conversión corresponde en Freud a una concepción *económica:* **la libido desligada de la representación reprimida se transforma en energía de inervación. Pero lo que caracteriza los síntomas de conversión es su significación** *simbólica:* **tales síntomas expresan, a través del cuerpo, representaciones reprimidas.**

El término «conversión» fue introducido por Freud en psicopatología para designar este «salto de lo psíquico a la inervación somática», que él mismo consideraba difícil de concebir (1). Esta idea, nueva a finales del siglo XIX, adquirió, como es sabido, una gran difusión, especialmente con el desarrollo de las investigaciones psicosomáticas. Por ello es necesario delimitar, en este campo actualmente tan extenso, lo que puede adscribirse más específicamente a la conversión; por lo demás, hagamos observar que tal preocupación ya la sintió Freud, sobre todo en la distinción entre síntomas histéricos y síntomas somáticos de las neurosis actuales.

La noción de conversión surgió con motivo de las primeras investigaciones de Freud sobre la histeria: donde primeramente se encuentra es en el caso de Frau Emmy von N... de los *Estudios sobre la histeria* (*Studien über Hysterie*, 1895) y en *Las psiconeurosis de defensa* (*Die Abwehr-Neuropsychosen*, 1894). Su sentido primario es económico: se trata de una energía libidinal que se transforma, se *convierte*, en inervación somática. La conversión es correlativa al desprendimiento de la libido de la representación, en el proceso de la represión; la energía libidinal desprendida es entonces «[...] transpuesta a lo corporal» (2 *a*).

Esta interpretación económica de la conversión es inseparable, en Freud, de una concepción simbólica; en los síntomas corporales, «hablan» las representaciones reprimidas (3), deformadas por los mecanismos de la condensación y del desplazamiento. Freud señala que la relación simbólica que une el síntoma a la significación es tal que un mismo síntoma no solamente expresa varias significaciones *a la vez*, sino tam-

bién *sucesivamente:* «Con los años puede cambiar una de las significaciones o la significación dominante de un determinado síntoma [...]. La producción de un síntoma de este tipo es tan difícil, la transformación de una excitación puramente psíquica al ámbito corporal (proceso que he llamado conversión) depende de la concurrencia de tantas condiciones favorables, la complacencia somática necesaria para la conversión es tan trabajosamente obtenida que el impulso a la descarga de la excitación proveniente del inconsciente conduce a contentarse, en lo posible, con la vía de descarga que ya se ha vuelto practicable» (4).

Respecto a los motivos que hace que se produzcan predominantemente síntomas de conversión en lugar de síntomas de otro tipo (por ejemplo, fóbicos u obsesivos), Freud invoca ante todo la existencia de una «capacidad de conversión» (2 *b*), idea que recogerá de nuevo en la expresión «complacencia somática»*, factor constitucional o adquirido que predispondría, de un modo general, a un determinado individuo a la conversión o, más específicamente, a un determinado órgano o aparato a ser utilizado para este proceso. Este problema se relaciona, pues, con el de la «elección de la neurosis»* y el de la especificidad de las estructuras neuróticas.

¿Cómo debe situarse la conversión, desde el punto de vista nosográfico?

1.º En el ámbito de la *histeria:* primeramente la conversión fue considerada por Freud como un mecanismo que, en diversos grados, intervendría siempre en los casos de histeria. Más tarde, al profundizar en la estructura histérica, Freud se vio inducido a relacionar con ésta una forma de neurosis que no comporta síntomas de conversión, sino esencialmente un síndrome fóbico que aisló como histeria de angustia, lo que a su vez permite delimitar una histeria de conversión.

Esta tendencia a no considerar como coextensivas la histeria y la conversión todavía se encuentra hoy cuando se habla de histeria, de estructura histérica, sin que existan síntomas de conversión.

2.º En el ámbito más general de las *neurosis** en otras neurosis distintas de la histeria se encuentran síntomas corporales que muestran una relación simbólica con las fantasías inconscientes del sujeto (por ejemplo, los trastornos intestinales del caso de *Historia de una neurosis infantil*). ¿Debe concebirse entonces la conversión como un mecanismo tan fundamental en la formación de síntomas que podría encontrarse, en grados diversos, en diferentes tipos de neurosis? ¿O bien se debe seguir considerándola como específica de la histeria y, cuando se encuentra en otras afecciones, pensar en la existencia de un «núcleo histérico» o hablar incluso de «neurosis mixta»? Se trata de un problema que no es meramente terminológico, por cuanto conduce a diferenciar las neurosis desde un punto de vista de las estructuras y no solamente de los síntomas.

3.º En el campo actualmente llamado *psicosomático*, sin pretender zanjar una discusión que todavía continúa, parece que hoy se tiende a diferenciar la conversión histérica de otros procesos de formación de síntomas, para los cuales se ha propuesto, por ejemplo, el nombre de *somatización:* el síntoma de conversión histérica guardaría una relación simbólica más precisa con la historia del sujeto, sería más difícil de aislar en una entidad nosográfica somática (ejemplo: ulcus gástrico, hipertensión), menos estable, etc. Ahora bien, aun cuando en muchos casos la distinción clínica se impone, la distinción teórica sigue resultando difícil de elaborar.

CUMPLIMIENTO (O REALIZACIÓN) DE DESEO

= *Al.:* Wunscherfüllung. — *Fr.:* accomplissement de désir. — *Ing.:* wishfulfilment. — *It.:* appagamento di desiderio. — *Por.:* realização de desejo.

Formación psicológica en la cual el deseo se presenta imaginariamente como cumplido. Las producciones del inconsciente (sueño, síntoma y, por excelencia, la fantasía) constituyen cumplimientos de deseo en los que éste se expresa en una forma más o menos disfrazada.

No es éste el lugar adecuado para exponer la teoría psicoanalítica del sueño, cuya proposición fundamental *(el sueño constituye un cumplimiento de deseo)* pareció representar para Freud, como es sabido, el signo inaugural de su descubrimiento (α). En *La interpretación de los sueños* (*Die Traumdeutung*, 1900), Freud se dedicó a demostrar la validez universal de esta afirmación y a comprobarla en todos los casos que aparentemente la desmentían (sueños de angustia, punitivos, etc.). Recordemos que en su obra *Más allá del principio del placer* (*Jenseits des Lustprinzips*, 1920), el problema de la repetición de los sueños de accidentes en la neurosis traumática condujo a Freud a poner en tela de juicio la función del sueño como cumplimiento de deseo y a buscar, para el sueño, una función más primaria (1) (*véase:* Compulsión a la repetición; Ligazón).

Desde un principio resultó evidente para Freud la analogía entre sueño y síntoma; la señaló ya en 1895 (2 *a*), y comprendió todo su alcance a partir de *La interpretación de los sueños*. Mencionemos, por ejemplo, estas líneas dirigidas a W. Fliess: «Mi última generalización perdura y parece querer progresar hasta el infinito. No solamente el sueño es un cumplimiento de deseo, sino también el ataque histérico. Esto es exacto para el síntoma histérico y sin duda también para todos los fenómenos neuróticos, como ya reconocí (β) en el delirio agudo» (2 *b*).

Obsérvese que la idea según la cual el sueño cumple un deseo es presentada por Freud en forma de una locución substantiva; así el lector encuentra fórmulas como: dos cumplimientos de deseo se hallan en el contenido latente de tal sueño, etc. El término «cumplimiento de deseo» adquiere por ello un valor autónomo, como si designara no sólo una función del sueño, sino también una estructura interna de éste, susceptible de entrar en combinación con otra. En este sentido se convierte prácticamente en sinónimo de fantasía*.

Esta observación subraya el hecho de que ninguna producción del inconsciente puede decirse que cumpla *un* deseo: cada una de ellas aparece como el resultado de un conflicto y de un compromiso: «Un sín-

toma histérico sólo se produce allí donde dos cumplimientos de deseos opuestos, cada uno de los cuales encuentra su origen en un sistema psíquico distinto, concurren en una expresión única» (3).

La expresión anglosajona «*wishful thinking*», que corresponde a la locución francesa usual: «confundir los deseos con realidades», hace referencia a la concepción psicoanalítica del cumplimiento de deseo. Sin embargo, sería erróneo confundirlas pura y simplemente. En efecto, cuando se habla de *wishful thinking*, el acento recae en lo real que el sujeto desconoce, ya sea porque olvide las condiciones que le permitirían cumplir su deseo, ya sea porque deforme su aprehensión de lo real, etc. En cambio, cuando se habla de cumplimiento de deseo, el acento recae en el deseo y en su escenificación fantaseada; generalmente aquí no se desconoce la dimensión de lo real, puesto que no se halla presente (sueño). Por otra parte, *wishful thinking* se emplea más bien cuando se trata de anhelos, proyectos, deseos a propósito de los cuales no es esencial la referencia al inconsciente.

(α) Cf., por ejemplo, la carta a Fliess del 12-VI-1900: «¿Crees de veras que algún día, sobre esta casa habrá una placa de mármol en la que podrá leerse: "En esta casa el día 24 de julio de 1895, se le reveló al Dr. Sigmund Freud el misterio del sueño"?».

(β) Freud alude aquí a una concepción sostenida en *Las psiconeurosis de defensa* (*Die Abwehr-Neuropsychosen*, 1894).

D

DEFENSA

= *Al.:* Abwehr. — *Fr.:* défense. — *Ing.:* defence. — *It.:* difesa. — *Por.:* defesa.

Conjunto de operaciones cuya finalidad consiste en reducir o suprimir toda modificación susceptible de poner en peligro la integridad y la constancia del individuo biopsicológico. En la medida en que el yo se constituye como la instancia que encarna esta constancia y que busca mantenerla, puede ser descrito como «lo que está en juego» y el *agente* de estas operaciones.

La defensa, de un modo general, *afecta* a la excitación interna (pulsión) y electivamente a las representaciones (recuerdos, fantasías) que aquélla comporta, en una determinada situación capaz de desencadenar esta excitación en la medida en que es incompatible con dicho equilibrio y, por lo tanto, displacentero para el yo. Los afectos displacenteros, *motivos* o *señales* de la defensa, pueden ser también el objeto de ésta.

El proceso defensivo se especifica en *mecanismos* de defensa más o menos integrados al yo.

La defensa, marcada e infiltrada por aquello sobre lo que en definitiva actúa (la pulsión), adquiere a menudo un carácter compulsivo y actúa, al menos parcialmente, en forma inconsciente.

Al situar en primer plano la noción de defensa en la histeria, y muy pronto también en otras psiconeurosis, Freud estableció su propia concepción de la vida psíquica, en oposición a los puntos de vista de sus contemporáneos (*véase:* Histeria de defensa). Los *Estudios sobre la histeria* (*Studien über Hysterie*, 1895) muestran toda la complejidad de las relaciones existentes entre la defensa y el yo, al cual se atribuye aquélla. En efecto, el yo es aquella región de la personalidad, aquel «espacio» que se intenta proteger de toda perturbación (por ejemplo, conflictos entre deseos opuestos). Es también un «grupo de representaciones» que se halla en desacuerdo con una representación «incompatible» con él, siendo la señal de esta incompatibilidad un afecto displacentero; finalmente, es agente de la operación defensiva (*véase:* Yo). En los trabajos de Freud donde se elabora el concepto de psiconeurosis de defensa, se realiza siempre la idea de incompatibilidad de una representación con el yo; los diferentes tipos de defensa consisten en las diversas formas

de tratar esta representación actuando en especial sobre la separación de ésta del afecto que originalmente estaba ligado a ella. Por otra parte, sabemos que Freud muy pronto opuso a las psiconeurosis de defensa las neurosis actuales*, grupo de neurosis en las cuales un aumento intolerable de la tensión interna, debido a una excitación sexual no descargada, encuentra su salida en diversos síntomas somáticos; resulta significativo el hecho de que, en este último caso, Freud rehúsa hablar de defensa, a pesar de que también aquí hay una forma de proteger el organismo y buscar la restauración de cierto equilibrio. La defensa, ya en el mismo momento de su descubrimiento, es implícitamente diferenciada de las medidas que adopta un organismo para reducir cualquier aumento de tensión.

En la misma época en que Freud intenta especificar las diversas modalidades del proceso defensivo según las enfermedades, y cuando la experiencia de la cura le permite reconstruir mejor, en los *Estudios sobre la histeria*, el desenvolvimiento de este proceso (resurgimiento de los afectos displacenteros que han motivado la defensa, escalonamiento de las resistencias, estratificación del material patógeno, etc.), intenta dar un modelo metapsicológico de la defensa. En un principio esta teoría se refiere, como sucederá constantemente después, a una oposición entre las excitaciones externas, de las que se puede huir o contra las cuales existe un dispositivo de barrera mecánica que permite filtrarlas (*véase:* Protector contra las excitaciones), y las excitaciones internas, de las que no es posible huir. Contra esta agresión desde dentro, que es la pulsión, se constituyen los diferentes procedimientos defensivos. El *Proyecto de psicología científica* (*Entwurf einer Psychologie*, 1895) aborda de dos maneras el problema de la defensa:

1) Freud busca el origen de lo que llama «defensa primaria» en una «experiencia de dolor», de igual modo que encontró el modelo del deseo y de su inhibición por el yo en una «experiencia de satisfacción». Con todo, esta concepción no puede aprehenderse, en el *Proyecto*, con tanta claridad como la de la experiencias de satisfacción (α).

2) Freud intenta distinguir una defensa normal y una defensa patológica. La primera actúa en el caso de una reviviscencia de una experiencia penosa; es preciso que el yo haya podido ya, durante la experiencia inicial, empezar a inhibir el displacer por medio de «catexis laterales»: «Cuando se repite la catexis de la huella mnémica, se repite también el displacer, pero las facilitaciones del yo ya están establecidas; la experiencia muestra que, la segunda vez, la liberación (de displacer) es menos importante, y finalmente, tras varias repeticiones, se reduce a la intensidad, conveniente al yo, de una señal» (1 *a*).

Tal defensa evita al yo el peligro de verse sumergido e infiltrado por el proceso primario, como ocurre en la defensa patológica. Ya es sabido que Freud encuentra la condición para esta última en una escena sexual que cuando se produjo no suscitó defensa, pero cuyo recuerdo reactivado desencadena, desde dentro, una magnitud de excitación. «La atención se halla dirigida hacia las percepciones que habitualmente dan lugar a la liberación de displacer. [Ahora bien] aquí no se trata de una percepción, sino de una huella mnémica que, de forma inesperada, libera displacer, y el yo es informado de ello demasiado tarde» (1 *b*). Esto explica que «[...] en un *proceso del yo* se produzcan consecuencias que habitualmente sólo se observan en los procesos primarios» (1 *c*).

Así, la condición de la defensa patológica consiste en el desencadenamiento de una excitación de origen interno, que provoca displacer y contra la cual no se ha establecido ningún aprendizaje defensivo. Por consiguiente, no es la intensidad del afecto en sí lo que motiva la puesta en marcha de la defensa patológica, sino condiciones muy específicas que no pueden englobarse en una percepción desagradable ni tampoco en el recuerdo de una percepción penosa. Según Freud, estas condiciones sólo se cumplirían en la esfera de la sexualidad (*véase:* Posterioridad; Seducción).

Cualesquiera que sean las modalidades del proceso defensivo en la histeria, la neurosis obsesiva, la paranoia, etc. (*véase:* Mecanismos de defensa), los dos polos del conflicto son siempre el yo y la pulsión. El yo intenta protegerse frente a una amenaza interna. Esta concepción, si bien resulta confirmada constantemente por la clínica, no deja de plantear un problema teórico que Freud siempre tuvo presente: ¿cómo la descarga pulsional, que por definición está destinada a producir placer, puede ser percibida como displacer o como una amenaza de displacer hasta el punto de poner en marcha una defensa? La diferenciación tópica del aparato psíquico permite enunciar que aquello que constituye placer para un sistema, representa displacer para otro (el yo), pero este reparto de papeles obliga a explicar lo que hace que determinadas exigencias pulsionales sean contrarias al yo. Una solución teórica que Freud rechazó es aquella según la cual la defensa entraría en acción «[...] cuando la tensión aumenta en forma intolerable porque una moción pulsional se halla insatisfecha» (2). Así, el hambre insatisfecha no es reprimida; cualesquiera que sean los «medios de defensa» de que dispone el organismo para enfrentarse a una amenaza de este tipo, no se trata aquí de la defensa en sentido psicoanalítico. Para explicar ésta no es condición suficiente la *homeostasis del organismo*.

¿Cuál es el móvil último de la defensa del yo? ¿Por qué percibe éste como displacer una determinada moción pulsional? Esta pregunta, fundamental en psicoanálisis, puede encontrar diversas respuestas, que, por lo demás, no se excluyen necesariamente entre sí. Con frecuencia se admite una primera distinción referente al origen último del peligro inmanente a la satisfacción pulsional: puede considerarse la propia pulsión como peligrosa para el yo, como una agresión interna; también puede adscribirse, en último análisis, todo peligro a la relación del individuo con el mundo exterior, entonces la pulsión es peligrosa por los daños reales a que podría conducir su satisfacción. Así, la tesis admitida por Freud en *Inhibición, síntoma y angustia* (*Hemmung, Symptom und Angst*, 1926), y sobre todo su reinterpretación de la fobia, le lleva a conceder un papel primordial a «la angustia ante un peligro real»* *(Real-*

angst) y, en último término, a considerar como derivada de ésta la angustia neurótica o angustia ante la pulsión.

Si abordamos el mismo problema desde el punto de vista de la concepción del yo, las soluciones variarán evidentemente según se haga recaer el acento en su función de agente de la realidad y representante del principio de realidad, o se insista en su «compulsión a la síntesis», o se le describa, ante todo, como una forma, especie de duplicado intrasubjetivo del organismo, regulado, como éste, por un principio de homeostasis. Finalmente, desde el punto de vista dinámico, puede intentarse explicar el problema planteado por el displacer de origen pulsional por la existencia de un antagonismo que no sería sólo el de las pulsiones y la instancia del yo, sino el de dos clases de pulsiones con objetivos opuestos. Este último camino es el seguido por Freud en los años 1910-1915, al oponer a las pulsiones sexuales, las pulsiones de autoconservación o pulsiones del yo. Como es sabido, este par pulsional será substituido, en la última teoría de Freud, por el antagonismo entre pulsiones de vida y pulsiones de muerte, y esta nueva oposición ya no coincide directamente con el juego de fuerzas presentes en la dinámica del conflicto*.

La misma palabra *defensa*, sobre todo cuando se utiliza de un modo absoluto, es fuente de equívocos y exige algunas distinciones conceptuales. Dicha palabra designa tanto la acción de *defender* (tomar la defensa) como la de *defenderse*. Por otra parte, en francés se añade el concepto de *«défense de»*, es decir, de prohibición. En consecuencia, sería útil distinguir diversos parámetros de la defensa, incluso aunque éstos coincidan más o menos unos con otros: *lo que está en juego:* el «lugar psíquico» amenazado; *su agente:* el soporte de la acción defensiva; *su finalidad:* por ejemplo, la tendencia a mantener y restablecer la integridad y la constancia del yo y evitar toda perturbación que se traduciría subjetivamente por displacer; *sus motivos:* lo que enuncia la amenaza y pone en marcha el proceso defensivo (afectos reducidos a la función de señales, señal de angustia*); y, finalmente, *sus mecanismos.*

Para terminar, la distinción entre la *defensa*, en el sentido casi estratégico que ha adquirido en psicoanálisis, y lo *prohibido*, especialmente en la forma que se presenta en el complejo de Edipo, al tiempo que subraya la heterogeneidad de dos niveles, el de la estructuración del aparato psíquico y el de la estructura del deseo y de las fantasías más fundamentales, deja sin resolver el problema de su articulación en la teoría y en la práctica de la cura.

(a) La tesis de una «experiencia de dolor» que sería simétrica de la experiencia de satisfacción aparece desde un principio como paradójica: ¿por qué el aparato neuronal habría de repetir hasta alucinarlo un dolor que se caracteriza por un aumento de la carga, si la función del aparato consiste en evitar todo aumento de tensión? Esta paradoja podría explicarse considerando los numerosos pasajes de la obra de Freud en que éste se pregunta sobre el problema económico del dolor; entonces se aprecia, a nuestro modo de ver, que el dolor físico, como efracción del límite corporal, debería considerarse más bien como un modelo de está agresión interna que representa la pulsión para el yo. Más que una repetición alucinatoria de un dolor efectivamente vivido, la «experiencia de dolor» debería comprenderse como el surgimiento, con motivo de la reviviscencia de una experiencia que en sí no pudo ser dolorosa, de este «dolor» que es, para el yo, la angustia.

DEFORMACIÓN

= *Al.:* Entstellung. — *Fr.:* déformation. — *Ing.:* distortion. — *It.:* deformazione. — *Por.:* deformação.

Efecto global del trabajo del sueño: los pensamientos latentes se transforman en un producto manifiesto difícil de reconocer.

Remitimos al lector a los artículos Trabajo del sueño, Contenido manifiesto, Contenido latente.

La edición francesa de *L'interprétation du rêve* (*La interpretación de los sueños* [*Die Traumdeutung*, 1900]) traduce *Entstellung* por *transposition* (transposición). Esta palabra nos parece demasiado pobre. Las ideas latentes no sólo se expresan en otro registro (como si se tratara de la transposición de una melodía), sino que son desfiguradas de tal forma que únicamente es posible restituirlas mediante una labor de interpretación. El término «alteración» ha sido descartado por su matiz peyorativo. Por esto proponemos el de deformación.

DEPRESIÓN ANACLÍTICA

= *Al.:* Anlehnungsdepression. — *Fr.:* dépression anaclitique. — *Ing.:* anaclitic depression. — *It.:* depressione anaclitica. — *Por.:* depressão anaclítica.

Término creado por René Spitz (1): trastornos que recuerdan clínicamente a los de la depresión en el adulto y que sobrevienen de modo progresivo en el niño privado de su madre después de haber tenido con ella una relación normal, por lo menos, durante los seis primeros meses de la vida.

Remitimos al lector al artículo Anaclítico, donde encontrará las observaciones terminológicas acerca de este adjetivo.

El cuadro clínico de la depresión anaclítica lo describe R. Spitz (2 *a*) del siguiente modo:

«*Primer mes.* Los niños se vuelven llorones, exigentes y se aferran al observador que entra en contacto con ellos.

»*Segundo mes.* Rechazo del contacto. Posición patognomónica (los niños permanecen la mayor parte del tiempo acostados en su cama boca abajo). Insomnio. Continúa la pérdida de peso. Tendencia a contraer enfermedades intercurrentes. Retardo motor generalizado. Rigidez de la expresión facial.

»*Después del tercer mes.* Se ha establecido la rigidez del rostro. Cesa el llanto, que es substituido por raros gemidos. Se acentúa el retardo y aparece un aletargamiento.

»Si, antes de que haya transcurrido un período crítico, que se sitúa entre el final del 3.er mes y el final del 5.º, la madre vuelve con su hijo, o se consigue encontrar un substituto materno aceptable para el niño, el trastorno desaparece con sorprendente rapidez.»

Spitz considera «la estructura dinámica de la depresión anaclítica como fundamentalmente distinta de la depresión en el adulto» (2 *b*).

DERIVADO DEL INCONSCIENTE

= *Al.:* Abkömmling des Unbewussten. — *Fr.:* rejeton de l'inconscient. — *Ing.:* derivate of the unconscious. — *It.:* derivato dell'inconscio. — *Por.:* derivado *o* ramificação do inconsciente.

Término utilizado a menudo por Freud dentro de su concepción dinámica del inconsciente: éste tiende a hacer resurgir en la conciencia y en la acción producciones que se hallan en conexión más o menos lejana con aquél. Estos derivados de lo reprimido son, a su vez, objeto de nuevas medidas de defensa.

Esta expresión se encuentra sobre todo en los textos metapsicológicos de 1915. No designa de un modo especial una determinada producción del inconsciente, sino que engloba, por ejemplo, los síntomas, las asociaciones que se producen durante la sesión (1 *a*), las fantasías (2).

El término «derivado del representante reprimido» (1 *b*) o «de lo reprimido» (1 *c*) se halla en relación con la teoría de los dos tiempos de la represión. Lo que ha sido reprimido en el primer tiempo (represión originaria*) tiende a irrumpir de nuevo en la conciencia en forma de derivados, siendo sometido entonces a una segunda represión (represión con posterioridad).

El término «derivado» pone en evidencia una característica esencial del inconsciente: permanece siempre activo, ejerce un empuje en dirección a la conciencia. El término francés *rejeton*, tomado de la botánica, acentúa esta idea mediante la imagen de algo que rebrota después de haber intentado suprimirlo.

DESAMPARO (ESTADO DE)

= *Al.:* Hilflosigkeit. — *Fr.:* état de détresse. — *Ing.:* helplessness. — *It.:* l'essere senza aiuto. — *Por.:* desamparo *o* desarvoramento.

Palabra del lenguaje corriente que adquiere un sentido específico en la teoría freudiana: estado del lactante que, dependiendo totalmente de otra persona para la satisfacción de sus necesidades (sed, hambre), se halla impotente para realizar la acción específica adecuada para poner fin a la tensión interna.

Para el adulto, el estado de desamparo constituye el prototipo de la situación traumática generadora de angustia.

La palabra *Hilflosigkeit*, que para Freud constituye una referencia constante, merece ser destacada y ser traducida por un término único. Proponemos estado de desamparo, en vez de desamparo, pues se trata de un dato esencialmente objetivo: la impotencia del recién nacido humano, que es incapaz de emprender una acción coordinada y eficaz (*véase:* Acción específica); esto es lo que Freud designó como *motorische Hilflosigkeit* (1 *a*). Desde el punto de vista económico, tal situación conduce al incremento de la tensión de necesidad, que el aparato psíquico es todavía incapaz de dominar: ésta es la *psychische Hilflosigkeit*.

La idea de un estado de desamparo inicial se encuentra en el origen de varios tipos de consideraciones.

1.ª En el plano genético (2), a partir de ella pueden comprenderse el valor *princeps* de la *experiencia de satisfacción*, su reproducción alucinatoria y la diferenciación entre procesos primario y secundario*.

2.ª El estado de desamparo, inherente a la dependencia total del pequeño ser con respecto a su madre, implica la *omnipotencia* de ésta. Influye así en forma decisiva en la estructuración del psiquismo, destinado a constituirse enteramente en la relación con el otro.

3.ª Dentro de una teoría de la angustia, el estado de desamparo se convierte en el prototipo de la situación traumática. Así, en *Inhibición, síntoma y angustia* (*Hemmung, Symptom und Angst*, 1926), Freud reconoce a los «peligros internos» una característica común: pérdida o separación, que implica un aumento progresivo de la tensión, hasta el punto de que, al final, el sujeto se ve incapaz de dominar las excitaciones y es desbordado por éstas: lo que define el estado generador del sentimiento de desamparo.

4.ª Observemos finalmente que Freud relaciona explícitamente el estado de desamparo con la *prematuridad* del ser humano: su «[...] existencia intrauterina parece relativamente corta en comparación con la de la mayoría de los animales; se halla más incompleto que éstos cuando viene al mundo. Ello hace que la influencia del mundo exterior sea más intensa, es necesaria la diferenciación precoz del yo con respecto al ello, aumenta la importancia de los peligros del mundo exterior, y se incrementa enormemente el valor del único objeto capaz de proteger contra estos peligros y de reemplazar la vida intrauterina. Este factor biológico crea, pues, las primeras situaciones de peligro y la necesidad de ser amado, que ya nunca abandonará al hombre» (1 *b*).

DESARROLLO DE ANGUSTIA

= *Al.:* Angstentwicklung. — *Fr.:* développement d'angoisse. — *Ing.:* generating (*o* generation of) anxiety. — *It.:* sviluppo d'angoscia. — *Por.:* desenvolvimento de angústia.

Término creado por Freud: la angustia considerada en su desarrollo temporal, su incremento en el individuo.

Incluimos aquí este término, que se encuentra en varios lugares de los escritos de Freud, especialmente en las *Lecciones de introducción al psicoanálisis* (*Vorlesungen zur Einführung in die Psychoanalyse*, 1915-1917) y en *Inhibición, síntoma y angustia* (*Hemmung, Symptom und Angst*, 1926), porque merece ser traducido por un equivalente único, lo que no ocurre en todas las traducciones.

Este término descriptivo adquiere su sentido especial en el marco de una teoría de la angustia que distingue una situación traumática, en la

que la angustia no puede ser controlada (angustia automática), y una señal de angustia destinada a evitar que ésta surja. El «desarrollo de angustia» indica el proceso que hace pasar de una a la otra, si la señal de angustia no ha resultado eficaz.

DESCARGA

= *Al.*: Abfuhr. — *Fr.*: décharge. — *Ing.*: discharge. — *It.*: scarica o deflusso. — *Por.*: descarga.

Término «económico» utilizado por Freud dentro de los modelos físicos que da del aparato psíquico: evacuación hacia el exterior de la energía aportada al aparato psíquico por las excitaciones, ya sean éstas de origen interno o externo. Esta descarga puede ser total o parcial.

Remitimos al lector, por una parte, a los artículos sobre los diferentes principios que regulan el funcionamiento económico del aparato psíquico (Principio de constancia, Principio de inercia, Principio de placer) y, por otra, en lo referente al papel patógeno de los trastornos de la descarga, a los artículos: Neurosis actual y Estancamiento de la libido.

DESEO

= *Al.*: Wunsch (*a veces* Begierde *o* Lust). — *Fr.*: désir. — *Ing.*: wish. — *It.*: desiderio. — *Por.*: desejo.

En la concepción dinámica freudiana, uno de los polos del conflicto defensivo: el deseo inconsciente tiende a realizarse restableciendo, según las leyes del proceso primario, los signos ligados a las primeras experiencias de satisfacción. El psicoanálisis ha mostrado, basándose en el modelo del sueño, cómo el deseo se encuentra también en los síntomas en forma de una transacción.

En toda concepción del hombre existen algunas nociones que son demasiado fundamentales para poder ser bien delimitadas; tal es indiscutiblemente el caso del deseo en la doctrina freudiana. Nos limitaremos aquí a efectuar algunas observaciones relativas a la terminología.

1.° Ante todo señalemos que la palabra *deseo* no corresponde exactamente al término alemán *Wunsch* o al término inglés *wish*. *Wunsch* designa más bien el anhelo, el voto formulado, mientras que la palabra *deseo* evoca más bien un movimiento de concupiscencia o de codicia que en alemán se expresa por *Begierde* o incluso por *Lust*.

2.° En la teoría de los sueños se aprecia, con la máxima claridad, lo que entiende Freud por *Wunsch*, permitiendo diferenciarlo de algunos conceptos afines.

La definición más elaborada es la que se refiere a la experiencia de satisfacción, a continuación de la cual «[...] la imagen mnémica de una determinada percepción permanece asociada a la huella mnémica de la excitación resultante de la necesidad. Al presentarse de nuevo esta necesidad, se producirá, en virtud de la ligazón establecida, una moción psíquica dirigida a recargar la imagen mnémica de dicha percepción e incluso a evocar ésta, es decir, a restablecer la situación de la primera satisfacción: tal moción es la que nosotros llamamos deseo; la reaparición de la percepción es el «cumplimiento de deseo» (1 *a*). Esta definición obliga a efectuar las siguientes observaciones:

a) Freud no identifica necesidad con deseo: la necesidad, nacida de un estado de tensión interna, encuentra su satisfacción *(Befriedigung)* por la acción específica* que procura el objeto adecuado (por ejemplo, alimento); el deseo se halla indisolublemente ligado a «huellas mnémicas» y encuentra su realización *(Erfüllung)* en la reproducción alucinatoria de las percepciones que se han convertido en signos de esta satisfacción (*véase:* Identidad de percepción). Con todo, esta diferencia no siempre se halla tan claramente afirmada en la terminología de Freud: en algunos trabajos de encuentra la palabra compuesta *Wunschbefriedigung*.

b) La búsqueda del objeto en la realidad se halla totalmente orientada por esta relación con signos. La disposición de estos signos constituye la fantasía*, correlato del deseo.

c) La concepción freudiana del deseo se refiere fundamentalmente al deseo inconsciente, ligado a signos infantiles indestructibles. Observemos, sin embargo, que el uso hecho por Freud de la palabra *deseo* no siempre fue tan riguroso como el que se desprende de la definición anteriormente citada; así, habla de deseo de dormir, de deseo preconsciente e incluso, en ocasiones, formula el resultado del conflicto como el compromiso entre «[...] dos cumplimientos de deseos opuestos, cada uno de los cuales tiene su fuente en un sistema psíquico distinto» (1 *b*).

J. Lacan se ha dedicado a centrar de nuevo los descubrimientos freudianos en torno a la noción de deseo y a volver a colocar este concepto en el primer plano de la teoría analítica. Dentro de esta perspectiva, se ha visto inducido a diferenciarlo de conceptos tales como el de necesidad y el de demanda, con los que a menudo se confunde.

La necesidad se dirige a un objeto específico, con el cual se satisface. La demanda es formulada y se dirige a otro; aunque todavía se refiere a un objeto, esto es para ella inesencial por cuanto la demanda articulada es, en el fondo, demanda de amor.

El deseo nace de la separación entre necesidad y demanda; es irreductible a la necesidad, puesto que en su origen no es relación con un objeto real, independiente del sujeto, sino con la fantasía; es irreductible a la demanda, por cuanto intenta imponerse sin tener en cuenta el lenguaje y el inconsciente del otro, y exige ser reconocido absolutamente por él (2).

DESPLAZAMIENTO

= *Al.:* Verschiebung. — *Fr.:* déplacement. — *Ing.:* displacement. — *It.:* spostamento. — *Por.:* deslocamento.

Consiste en que el acento, el interés, la intensidad de una representación puede desprenderse de ésta para pasar a otras representaciones originalmente poco intensas, aunque ligadas a la primera por una cadena asociativa.

Este fenómeno, que se observa especialmente en el análisis de los sueños, se encuentra también en la formación de los síntomas psiconeuróticos y, de un modo general, en toda formación del inconsciente.

La teoría psicoanalítica del desplazamiento recurre a la hipótesis económica de una energía de catexis susceptible de desligarse de las representaciones y deslizarse a lo largo de las vías asociativas.

El «libre» desplazamiento de esta energía constituye una de las principales características del proceso primario, que rige el funcionamiento del sistema inconsciente.

El concepto de desplazamiento aparece ya en los comienzos de la teoría freudiana de las neurosis (1): va unido a la comprobación clínica de una independencia relativa entre el afecto y la representación, y a la hipótesis económica que intenta explicarla: la de una energía de catexis «[...] que puede aumentarse, disminuirse, desplazarse, descargarse» (2 *a*) (*véase:* Económico; Quantum o suma de afecto).

Esta hipótesis fue plenamente desarrollada en el modelo que dio Freud del funcionamiento del «aparato neuronal» en su *Proyecto de psicología científica* (*Entwurf einer Psychologie*, 1895): la «cantidad» se desplaza a lo largo de las vías que forman las neuronas, las cuales, según el «principio de inercia neuronal», tienden a descargarse totalmente. El proceso «total o primario» se caracteriza por un desplazamiento de la totalidad de la energía de una representación a otra. Así, en la formación de un síntoma, de un «símbolo mnémico» de tipo histérico: «[...] lo único que se modifica es la distribución [de la cantidad]. Algo se ha añadido a [la representación] A, que ha sido retirado de B. El proceso patológico constituye un desplazamiento, similar al que hemos reconocido en el sueño, es decir, un proceso primario» (3 *a*).

En el proceso secundario* encontramos también el desplazamiento, pero limitado en su recorrido y afectando únicamente a pequeñas cantidades de energía (3 *b*).

Desde el punto de vista psicológico, se observa en Freud una aparente oscilación en cuanto a la extensión que debe concederse a la noción de desplazamiento. Unas veces contrapone el desplazamiento, fenómeno que se produce entre representaciones y caracteriza especialmente la neurosis obsesiva (formación de un substitutivo por desplazamiento: *Verschiebungsersatz*), a la conversión, en la cual el afecto queda eliminado y la energía de catexis cambia de registro, pasando del ámbito de las representaciones al ámbito somático (2 *b*). Otras veces el desplazamiento parece ser característico de toda formación de síntomas, en la que la satisfacción puede quedar «[...] limitada, por un desplazamiento extremo, a un pequeño detalle de todo el complejo libidinal» (4 *a*). En este sentido, la propia conversión implica también un desplazamiento, por ejemplo, el desplazamiento del placer genital a otra zona corporal (4 *b*).

2.° El desplazamiento fue puesto especialmente en evidencia por Freud en el sueño. En efecto, la comparación entre el contenido manifiesto y los pensamientos latentes del sueño pone de manifiesto una diferencia de centralización: los elementos más importantes del contenido latente se representan por detalles mínimos, que pueden ser, ora hechos recientes y a menudo indiferentes, ora hechos antiguos sobre los cuales ya se había producido un desplazamiento durante la infancia. Dentro de este enfoque descriptivo, Freud se vio inducido a distinguir sueños que comportan un desplazamiento y sueños que no lo comportan (5 *a*). En estos últimos, «[...] los diversos elementos pueden mantenerse, durante el trabajo del sueño, aproximadamente en el mismo lugar que ocupan en los pensamientos del sueño» (5 *b*). Tal distinción sorprende si se quiere mantener, con Freud, la afirmación de que el libre desplazamiento constituye un modo de funcionamiento específico de los procesos inconscientes. Freud no niega que puedan producirse desplazamientos en cada uno de los elementos del sueño; pero en *La interpretación de los sueños* (*Die Traumdeutung*, 1900), utiliza casi siempre el término «transferencia» para designar, de un modo general, el paso de la energía psíquica de una representación a otra, mientras que denomina desplazamiento más bien un fenómeno sorprendente desde el punto de vista descriptivo, más acentuado en unos sueños que en otros, y que puede conducir a un descentramiento de toda la explicación del sueño: la «transmutación de los valores psíquicos» (6).

En el análisis de los sueños, el desplazamiento se halla estrechamente ligado a los restantes mecanismos del trabajo del sueño: en efecto, favorece la condensación* en la medida en que el desplazamiento a lo largo de dos cadenas asociativas conduce a representaciones o a expresiones verbales que constituyen puntos de entrecruzamiento. La consideración a la representabilidad* resulta facilitada cuando, en virtud del desplazamiento, se pasa de una idea abstracta a un equivalente susceptible de ser visualizado; el interés psíquico se traduce entonces en intensidad sensorial. Finalmente, la elaboración secundaria* continúa el trabajo del desplazamiento, subordinándolo a su propia finalidad.

En las diversas formaciones en que el analista descubre el desplazamiento, éste posee una función defensiva evidente: así, por ejemplo, en una fobia, el desplazamiento sobre el objeto fóbico permite objetivar, localizar y circunscribir la angustia. En el sueño, su relación con la censura es tal que puede aparecer como un efecto de ésta: «*Is fecit, cui prodest*. Podemos admitir que el desplazamiento del sueño se produce por la influencia de [la] censura, de la defensa endopsíquica» (5 *c*). Pero, en esencia, el desplazamiento, en tanto puede concebirse como ejerciéndose libremente, constituye el indicador más seguro del proceso primario: «[En el inconsciente] reina una movilidad mucho mayor de las intensidades de catexis. Por el proceso del *desplazamiento*, una representación puede ceder a otra todo el quantum de su catexis [...]» (7). Estas dos tesis no son contradictorias: la censura sólo *provoca* el desplazamiento en la medida en que reprime ciertas representaciones precons-

cientes, las cuales, atraídas al inconsciente, se hallan regidas entonces por las leyes del proceso primario. La censura *utiliza* el mecanismo del desplazamiento al conceder notable importancia a representaciones indiferentes, actuales o susceptibles de integrarse en contextos asociativos muy alejados del conflicto defensivo.

El término «desplazamiento» no implica, en Freud, el privilegio por un determinado tipo de ligazón asociativa, a lo largo de la que se efectúa aquél: asociación por contigüidad o por semejanza. El lingüista Roman Jakobson relacionó los mecanismos inconscientes descritos por Freud con los procedimientos retóricos de la metáfora y la metonimia, que considera como los dos polos fundamentales de todo lenguaje; así, relaciona el desplazamiento con la metonimia, en la que interviene la ligazón por contigüidad, mientras que el simbolismo correspondería a la dimensión metafórica, en la que impera la asociación por semejanza (8). J. Lacan, recogiendo y desarrollando estas indicaciones, asimila el desplazamiento a la metonimia y la condensación a la metáfora (9); el deseo humano se halla fundamentalmente estructurado por las leyes del inconsciente y constituido como metonimia.

DINAMICO (adj.)

= *Al.*: dynamisch. — *Fr.*: dynamique. — *Ing.*: dynamic. — *It.*: dinamico. — *Por.*: dinâmico.

Califica un punto de vista que considera los fenómenos psíquicos como resultantes del conflicto y de la composición de fuerzas que ejercen un determinado empuje siendo éstas, en último término, de origen pulsional.

Frecuentemente se ha subrayado que el psicoanálisis había reemplazado la concepción llamada estática del inconsciente por una concepción dinámica. El propio Freud hizo observar que la diferencia entre su concepción y la de Janet podía expresarse del siguiente modo: «Nosotros no atribuimos la escisión del psiquismo a una incapacidad innata del aparato psíquico para la síntesis, sino que la explicamos dinámicamente por el conflicto de fuerzas psíquicas opuestas, reconociendo en ella el resultado de una lucha activa entre dos grupos psíquicos entre sí» (1). La «escisión» que aquí se trata es la existente entre el consciente-preconsciente y el inconsciente, pero, como puede verse, esta distinción «tópica», en lugar de explicar el trastorno, presupone la existencia de un conflicto psíquico. La originalidad de la concepción freudiana se ilustra en el ejemplo de la neurosis obsesiva: los síntomas del tipo de la inhibición, de la duda, de la abulia, los relaciona Janet directamente con una insuficiencia de la síntesis mental, con una astenia psíquica o «psicastenia», mientras que, para Freud, son únicamente el resultado de una interacción de fuerzas opuestas. La orientación dinámica no sólo implica la consideración del concepto de fuerza (cosa que ya hizo Janet), sino también la idea de que, dentro del psiquismo, las fuerzas entran necesariamente en conflicto unas con otras, siendo el origen de este conflicto psíquico (*véase esta palabra*), en último análisis, un dualismo pulsional.

En los textos de Freud, el adjetivo «dinámico» sirve para calificar especialmente el inconsciente, por cuanto éste ejerce una acción permanente, que obliga a que una fuerza contraria, asimismo permanente, le impida el acceso a la conciencia. Clínicamente este carácter dinámico se comprueba tanto por la resistencia* hallada para acceder en el inconsciente como por la producción repetida de derivados* de lo reprimido.

El carácter dinámico viene ilustrado también por la noción de formaciones transaccionales*, cuyo análisis muestra que deben su consistencia al hecho de que «son mantenidas simultáneamente desde dos lados».

Es por esto que Freud distingue dos acepciones del concepto de inconsciente*: en sentido «descriptivo», inconsciente designa lo que se halla fuera del campo de la conciencia y, por tanto, engloba también lo que Freud llama preconsciente*; en sentido «dinámico» «[...] no designa las ideas latentes en general, sino de un modo especial aquellas ideas que poseen cierto carácter dinámico y que permanecen apartadas de la conciencia a pesar de su intensidad y actividad» (2).

E

ECONÓMICO (adj.)

= *Al.:* ökonomisch. — *Fr.:* économique. — *Ing.:* economic. — *It.:* economico. — *Por.:* econômico.

Califica todo lo relacionado con la hipótesis según la cual los procesos psíquicos consisten en la circulación y distribución de una energía cuantificable (energía pulsional), es decir, susceptible de aumento, de disminución y de equivalencias.

1) De modo general, se habla en psicoanálisis de «punto de vista económico». Así, Freud define la metapsicología* por la síntesis de tres puntos de vista: dinámica, tópica y económica, entendiendo por esta última «[...] la tentativa de conocer el destino de las cantidades de excitación y de lograr al menos cierta estimación *relativa* de su magnitud» (1). El enfoque económico consiste en considerar las catexis* en su movilidad, sus cambios de intensidad, las oposiciones que se establecen entre ellas (concepto de contracatexis), etc. A lo largo de toda la obra de Freud se encuentran consideraciones económicas; para él no sería posible una descripción completa de un proceso psíquico sin apreciar la economía de las catexis.

Esta exigencia del pensamiento freudiano se debe, por una parte, a un espíritu científico y un aparato conceptual impregnados de nociones energéticas, y, por otra parte, a la experiencia clínica, que impone a Freud desde un principio cierto número de hechos que cree poder explicar únicamente utilizando un lenguaje económico. Por ejemplo: carácter irrepresible del síntoma neurótico (que a menudo se traduce en el lenguaje del paciente por expresiones como: «es más fuerte que yo»), desencadenamiento de trastornos de tipo neurótico consecutivos a perturbaciones de la descarga sexual (neurosis actuales*); y, a la inversa, alivio y desaparición de los trastornos cuando el sujeto logra, durante la cura, liberarse (catarsis*) de los afectos «arrinconados» en él (abreacción*); separación, efectivamente comprobada en el síntoma y en el curso del tratamiento, de la representación y del afecto que en princi-

pio se hallaba ligado a ésta (conversión*, represión*, etc.); descubrimiento de cadenas de asociaciones entre una determinada representación, que provoca muy escasa o nula reacción afectiva, y otra aparentemente anodina, pero que provoca dicha reacción: este último hecho sugiere la hipótesis de una verdadera carga afectiva que se desplaza de un elemento a otro, a lo largo de una vía de conducción.

Tales hechos se encuentran en el origen de los primeros modelos elaborados por Breuer en sus *Consideraciones teóricas* (*Estudios sobre la histeria* [*Studien über Hysterie*], 1895) y por Freud (*Proyecto de psicología científica* [*Entwurf einer Psychologie*], 1895), construido enteramente sobre el concepto de una cantidad de excitación que se desplazaría a lo largo de cadenas neuronales; capítulo VII de *La interpretación de los sueños* (*Die Traumdeutung*, 1900).

Más tarde, toda otra serie de comprobaciones clínicas y terapéuticas vinieron a reforzar la hipótesis económica, como por ejemplo:

a) el estudio de estados, como el duelo o las neurosis narcisistas*, que imponen la idea de un verdadero *equilibrio energético* entre las diferentes catexis del sujeto, de tal forma que existe una correlación entre el desapego hacia el mundo exterior y el aumento de la catexis asociada a las formaciones intrapsíquicas (*véase:* Narcisismo; Libido del yo — libido objetal; Trabajo del duelo);

b) el interés concedido a las neurosis de guerra y, en general, a las neurosis traumáticas*, en las que los trastornos parecen provocados por un choque *demasiado intenso*, una afluencia de excitación excesiva con respecto a la tolerancia del sujeto;

c) los límites de eficacia de la interpretación y, de un modo más general, de la acción terapéutica en determinados casos rebeldes, que obligan a pensar en la *fuerza respectiva* de las instancias* que intervienen, y en especial la fuerza, constitucional o actual, de las pulsiones.

2) La hipótesis económica se halla constantemente presente en la teoría freudiana, traduciéndose por un conjunto de conceptos: la idea «princeps» parece ser la de un *aparato* (al principio calificado de neuronal, y más tarde definitivamente de psíquico), cuya función consistiría en mantener a un nivel lo más bajo posible la energía que por él circula (*véase:* Principio de constancia; Principio de placer). Este aparato realiza cierto *trabajo*, descrito por Freud de diversas formas: transformación de la energía libre en energía ligada*, aplazamiento de la descarga, *elaboración* psíquica de las excitaciones, etc. Esta elaboración supone la distinción entre representación y *quantum de afecto** o *suma de excitación*, pudiendo ésta circular a lo largo de cadenas asociativas, cargar una determinada representación o complejo representativo, etc. De donde el aspecto económico que desde un principio poseyeron los conceptos de *desplazamiento** y de *condensación**.

El aparato psíquico recibe excitaciones de origen externo o interno; estas últimas (pulsiones) ejercen un empuje constante, que constituye una «exigencia de trabajo». De un modo general, todo el funcionamiento

del aparato puede describirse en términos económicos como un juego de catexis, retiro de la catexis, contracatexis y sobrecatexis.

La hipótesis económica se halla en estrecha relación con los otros puntos de vista metapsicológicos: tópica* y dinámica*. En efecto, Freud define cada una de las instancias del aparato por una modalidad específica de circulación de la energía: así, dentro de su primera teoría del aparato psíquico, establece la existencia de una energía libre del sistema *Ics*, una energía ligada del sistema *Pcs*, y una energía móvil de sobrecatexis para la conciencia.

Asimismo el concepto dinámico de conflicto psíquico implica, según Freud, el tomar en consideración las relaciones entre las fuerzas presentes (fuerza de las pulsiones, del yo, del superyó). La importancia del «factor cuantitativo», tanto en la etiología de la enfermedad como en el resultado terapéutico, queda subrayado con especial claridad en *Análisis terminable e interminable* (*Die endliche und die unendliche Analyse*, 1937).

El punto de vista económico se considera a menudo como el aspecto más hipotético de la metapsicología freudiana: ¿qué es esta energía constantemente invocada por los psicoanalistas? Sobre este punto haremos algunas observaciones:

1) Las ciencias físicas tampoco se pronuncian sobre la naturaleza última de las magnitudes cuyas variaciones, transformaciones y equivalencias estudian. Se contentan con definirlas por sus efectos (por ejemplo, la fuerza es lo que produce un determinado trabajo), y compararlas entre sí (una fuerza se mide por medio de otra, o más bien se comparan entre sí sus efectos). A este respecto, la posición de Freud no constituye una excepción: define el empuje de la pulsión como «[...] la cantidad de exigencia de trabajo que impone al psiquismo» (2) y reconoce de buen grado «[...] que nada sabemos acerca de la naturaleza del proceso de excitación en los elementos de los sistemas psíquicos y no nos creemos autorizados a establecer ninguna hipótesis a este respecto. Siempre operamos, pues, con una gran X, que trasladamos a cada nueva fórmula» (3).

2) Asimismo Freud sólo recurre a la hipótesis de una energía como substrato de las transformaciones que parecen deducirse de numerosos hechos de experiencia. La libido o energía de las pulsiones sexuales le interesa en la medida en que puede explicar los cambios del deseo sexual en cuanto al objeto, al fin, a la fuente de la excitación. Así, un síntoma moviliza cierta cantidad de energía, lo que tiene como contrapartida un empobrecimiento a nivel de otras actividades; el narcisismo o catexis libidinal del yo se refuerza a expensas de la catexis de los objetos, etc.

Freud llegó incluso a pensar que esta magnitud cuantitativa podría, en rigor, ser objeto de medición y que quizá lo fuera en el futuro.

3) Si se intenta precisar el tipo de hechos que pretende explicar el punto de vista económico, se puede pensar que lo que Freud interpreta con el lenguaje de la Física es lo que, desde una perspectiva menos alejada de la experiencia, podría describirse como el mundo de los «valores». D. Lagache insiste en la idea, de inspiración fundamentalmente fenomenológica, según la cual el organismo estructura su ambiente e incluso su percepción de los objetos, en función de sus intereses vitales, valorizando dentro de su medio un determinado objeto, campo o diferencia perceptiva (concepto de *Umwelt*); en todo organismo se halla presente la dimensión axiológica, a condición de no limitar el concepto de valor al terreno moral, estético o lógico, en que los valores se definen por su irreductibilidad al orden de los hechos, su universalidad de derecho, su exigencia categórica de realización, etc. Es así como el objeto catectizado por la pulsión oral se considera como debiendo-ser-absorbido, como un valor-alimento. El objeto fóbico no es solamente rehuido, sino que es un «debiendo-ser-evitado» en torno al cual se organiza una determinada estructura espacio-temporal.

Conviene señalar, no obstante, que tal enfoque sólo podría recoger todo el contenido de la hipótesis económica a condición de concebir los «valores» en juego como susceptibles de intercambiarse por otros, de desplazarse, de equipararse dentro de un sistema en el que la «cantidad de valor» a disposición del sujeto sería limitada. Se observará que Freud considera menos el aspecto económico en el ámbito de las pulsiones de autoconservación (en el que los intereses, los apetitos, los objetos-valores son, en cambio, manifiestos) que en el de las pulsiones sexuales, capaces de encontrar su satisfacción en objetos muy alejados del objeto natural. Lo que Freud designa por economía libidinal es precisamente la *circulación* de valor que tiene lugar en el interior del aparato psíquico, casi siempre con un desconocimiento que impide al sujeto percibir la satisfacción sexual en el sufrimiento del síntoma.

EGOÍSMO

= *Al.*: Egoismus. — *Fr.*: égoïsme. — *Ing.*: egoism. — *It.*: egoismo. — *Por.*: egoismo.

Interés del yo por sí mismo.

En un principio el término «egoísmo» sirvió a Freud para caracterizar los sueños; éstos son calificados de «egoístas» en el sentido de que «[...] el querido yo aparece en todos ellos» (1 *a*). Esto no significa que en un sueño no puedan aparecer los sentimientos más «desinteresados», sino que el yo del que sueña se halla siempre presente en persona o por identificación (1 *b*).

La introducción del narcisismo* conduce a Freud a diferenciarlo conceptualmente del egoísmo: el narcisismo es «[...] el complemento libidinal del egoísmo» (2). Se confunden con frecuencia, aunque no necesariamente. Esta distinción se basa en la existente entre pulsiones sexuales y pulsiones del yo*: el egoísmo o «interés por el yo» *(Ichinteresse)* (*véase:* Interés) se define como una catexis por las pulsiones del yo, y el narcisismo como catexis del yo por las pulsiones sexuales.

ELABORACIÓN PSÍQUICA

= *Al.:* psychische Verarbeitung (*o* Bearbeitung, *o* Ausarbeitung, *o* Aufarbeitung). — *Fr.:* élaboration psychique. — *Ing.:* psychical working over, *o* out. — *It.:* elaborazione psichica. — *Por.:* elaboração psíquica.

A) Término utilizado por Freud para designar, en diversos contextos, el trabajo realizado por el aparato psíquico con vistas a controlar las excitaciones que le llegan y cuya acumulación ofrece el peligro de resultar patógena. Este trabajo consiste en integrar las excitaciones en el psiquismo y establecer entre ellas conexiones asociativas.

B) La palabra elaboración se utiliza a menudo por los traductores como equivalente del alemán *Durcharbeiten* o del inglés *working through*. En esta acepción preferimos el término *trabajo elaborativo.*

La misma palabra *Arbeit* (trabajo) se encuentra en varias expresiones de Freud, como *Traumarbeit* (trabajo del sueño), *Trauerarbeit* (trabajo del duelo), *Durcharbeiten* (trabajo elaborativo), y en diferentes términos como *Verarbeitung, Bearbeitung, Ausarbeitung, Aufarbeitung,* traducidos por elaboración. Hay aquí una utilización original de la noción de trabajo, aplicado a operaciones intrapsíquicas. Este se comprende si se relaciona con la concepción freudiana de un aparato psíquico* que transforma y transmite la energía que recibe, definiéndose la pulsión, desde este punto de vista, como «cantidad de trabajo exigido al psiquismo» (1).

En sentido muy amplio, elaboración psíquica podría designar el conjunto de las operaciones de este aparato; pero el uso que hace Freud de esta expresión parece más específico: la elaboración psíquica consiste en una transformación de la cantidad de energía, que permite controlarla, derivándola o ligándola.

Freud y Breuer encontraron este término en Charcot, quien, refiriéndose al paciente histérico, hablaba de un período de elaboración psíquica entre el traumatismo y la aparición de los síntomas (2). Pero, al recoger este término en su teoría de la histeria, desde el punto de vista de la etiología y de la cura, Breuer y Freud lo hacen desde otra perspectiva. Normalmente el efecto traumático de un acontecimiento se liquida, bien por abreacción*, bien por integración «en el gran complejo de las asociaciones» (3), que ejerce así una acción correctora. En el histérico, diversas condiciones (*véase:* Histeria hipnoide; Histeria de defensa) impiden tal liquidación; no existe elaboración asociativa (*Verarbeitung):* el recuerdo del trauma persiste en estado de «grupo psíquico separado». La eficacia de la cura proviene del establecimiento de conexiones asociativas que permiten la liquidación progresiva del trauma (*véase:* Catarsis).

Igualmente se utiliza el término «elaboración» en la teoría de las neurosis actuales: la ausencia de elaboración psíquica de la tensión sexual somática conduce a la derivación directa de ésta en síntomas. El mecanismo se asemeja al de la histeria (4), pero el defecto de elaboración es más radical: «[...] la tensión sexual se transforma en angustia en todos aquellos casos en que, a pesar de producirse con intensidad, no experimenta la elaboración psíquica que la transformaría en afecto» (5).

En *Introducción al narcisismo* (*Zur Einführung des Narzissmus,* 1914) Freud prosigue y desarrolla la idea de que la ausencia o las insuficiencias de elaboración psíquicas son las que, provocando un estancamiento* de la libido, se hallan, según diversas modalidades, en el origen de la neurosis y de la psicosis.

Relacionando los empleos que hace Freud del concepto de elaboración psíquica en la teoría de la histeria y en la de las neurosis actuales, podríamos distinguir dos aspectos: 1.°, la transformación de la cantidad física en cualidad psíquica; 2.°, el establecimiento de vías asociativas que supone como condición previa esta transformación.

Tal distinción es sugerida también en *Introducción al narcisismo,* donde Freud sitúa en la raíz de toda psiconeurosis una neurosis actual, admitiendo, por consiguiente, dos estadios sucesivos del estancamiento de la libido y de la elaboración psíquica.

Así, pues, la noción de elaboración permitiría articular el registro económico con el registro simbólico del freudismo. Para la discusión de este problema, remitimos al lector a nuestro comentario del artículo: Ligazón *(Bindung).*

Hagamos observar, finalmente, que se impone un paralelismo entre elaboración y trabajo elaborativo: existe una analogía entre el trabajo de la cura y el modo de funcionamiento espontáneo del aparato psíquico.

ELABORACIÓN SECUNDARIA

= *Al.:* sekundäre Bearbeitung. — *Fr.:* élaboration secondaire. — *Ing.:* secondary revision (*o* elaboration). — *It.:* elaborazione secondaria. — *Por.:* elaboração secundária.

Recomposición del sueño destinada a presentarlo en forma de un guión relativamente coherente y comprensible.

Substraer al sueño su apariencia de absurdidad e incoherencia, cubrir las lagunas, efectuar una recomposición parcial o total de sus elementos, mediante selección y añadiduras, intentar crear algo parecido a un sueño diurno *(Tagtraum),* en esto consiste esencialmente lo que Freud llamó elaboración secundaria o también «consideración de la representabilidad» *(Rücksicht auf Verständlichkeit).*

Constituye, como su nombre *(Bearbeitung)* indica, un segundo tiempo del trabajo *(Arbeit)* del sueño; actúa, por consiguiente, sobre los productos ya elaborados por los restantes mecanismos (condensación, desplazamiento, representabilidad). Con todo, Freud considera que esta elaboración secundaria no se ejerce sobre formaciones que recompondría con posterioridad; por el contrario «[...] ejerce desde el principio [...] una influencia inductora y selectiva sobre la materia de los pensamientos del sueño» (1). Esto hace que el trabajo del sueño utilice de preferencia ensueños ya construidos (*véase:* Fantasía).

Siendo la elaboración secundaria un efecto de la censura (de la cual dice Freud a este respecto que no tiene sólo una función negativa, sino

que puede producir añadiduras), actuará sobre todo cuando el sujeto durmiente se aproxima al estado de vigilia y *a fortiori* cuando narra su sueño. Pero, de hecho, coexiste en cada momento del sueño.

En *Tótem y tabú* (*Totem und Tabu*, 1912), Freud relaciona la elaboración secundaria con la formación de ciertos sistemas de pensamiento. «Es inherente al ser humano una función intelectual que exige, de todos los materiales que se presentan a nuestra percepción o a nuestro pensamiento, unificación, coherencia e inteligibilidad; y no teme establecer relaciones inexactas cuando, por ciertas circunstancias, es incapaz de captar las relaciones correctas. Conocemos algunos sistemas característicos, no solamente del sueño, sino también de las fobias, el pensamiento obsesivo y las diferentes formas del delirio. En las enfermedades delirantes (la paranoia), el sistema es lo más manifiesto, domina el cuadro morboso, pero no debe ser pasado por alto en las restantes formas de psiconeurosis. En todos estos casos, puede mostrarse que se ha efectuado una recomposición del material psíquico en función de un nuevo fin, recomposición que a menudo es básicamente forzada, pero que resulta comprensible si nos situamos en el punto de vista del sistema» (2). En este sentido la elaboración secundaria puede relacionarse con la racionalización*.

ELECCIÓN DE LA NEUROSIS

= *Al.*: Neurosenwahl. — *Fr.*: choix de la névrose. — *Ing.*: choice of neurosis. — *It.*: scelta della nevrosi. — *Por.*: escolha da neurose.

Conjunto de procesos mediante los cuales un sujeto se ve inducido a la formación de un determinado tipo de psiconeurosis en lugar de otro tipo.

El problema planteado por la expresión «elección de la neurosis» se halla en el propio fundamento de una psicopatología analítica: ¿cómo y por qué procesos generales que explican la formación de la neurosis (por ejemplo, el conflicto defensivo) se especifican en organizaciones neuróticas lo bastante diferenciadas para que pueda establecerse una nosografía?

Este problema preocupó a Freud a todo lo largo de su obra, y es inseparable del esclarecimiento profundo de la estructura neurótica. La respuesta de Freud a esta cuestión ha variado; escaparía a los límites de la presente obra el intentar exponer aquí la historia de esta evolución, que implica la de los conceptos de trauma, fijación, predisposición, desigualdad de evolución entre la libido y el yo, etc.

Limitándonos al aspecto terminológico del problema, cabe preguntarse por qué Freud utilizó y conservó el término «elección» (1). Evidentemente esta palabra no hace referencia a una concepción intelectualista, que supondría que, entre diferentes posibilidades igualmente presentes, se elige una de ellas; por lo demás, lo mismo puede decirse de la *elección de objeto (Objektwahl)*. Con todo, no es indiferente el hecho de que, en una concepción que reivindica un determinismo absoluto, aparezca este término que sugiere que es necesario un acto del

sujeto para que los diferentes factores históricos y constitucionales evidenciados por el psicoanálisis adquieran su sentido y su valor motivante.

ELECCIÓN DE OBJETO U OBJETAL

= *Al.*: Objektwahl. — *Fr.*: choix d'objet (*o* choix objectal). — *Ing.*: object-choice. — *It.*: scelta d'oggetto. — *Por.*: escolha de objeto *u* objetal.

Acto de elegir a una persona o un tipo de persona como objeto de amor.
Se distingue una elección de objeto infantil y una elección de objeto puberal; la primera marca el camino para la segunda.
Según Freud, la elección de objeto se efectúa según dos modalidades principales: el tipo de elección de objeto por apoyo y el tipo de elección de objeto narcisista.

Freud introdujo la expresión «elección» de objeto en los *Tres ensayos sobre la teoría de la sexualidad* (*Drei Abhandlungen zur Sexualtheorie*, 1905); ha seguido siendo de uso corriente en psicoanálisis.

Objeto *(véase esta palabra)* debe tomarse aquí en el sentido de objeto de amor.

En cuanto a la palabra «elección», no debe tomarse en un sentido intelectualista (elección entre diversas posibilidades igualmente presentes), como tampoco en la expresión «elección de la neurosis»*. Evoca lo que puede existir de irreversible y determinante en la elección por el sujeto, en un momento decisivo de su historia, de su tipo de objeto amoroso. En los *Tres ensayos* Freud habla también de *Objektfindung* (descubrimiento o hallazgo del objeto).

Observemos que la expresión «elección de objeto» se emplea para designar, ora la elección de una persona determinada (ejemplo: «su elección de objeto recae sobre su padre»), ora la elección de cierto *tipo* de objeto (ejemplo: «elección de objeto homosexual»).

Es sabido que la evolución de las concepciones de Freud acerca de las relaciones entre la sexualidad infantil y la sexualidad postpuberal le condujo a aproximarlas cada vez más, hasta admitir la existencia de una «plena elección de objeto» desde la infancia (α).

En *Introducción al narcisismo* (*Zur Einführung des Narzissmus*, 1914), Freud refirió la diversidad de elecciones de objeto a dos grandes tipos: por apoyo y narcisista *(véanse estos términos)*.

(α) Véase el resumen efectuado por Freud de esta evolución al principio de *La organización genital infantil* (*Die infantile Genital-organisation*, 1923) (1), así como nuestros artículos: Fase genital, Organización, Fase fálica.

ELECCIÓN OBJETAL POR APOYO O ANACLÍTICA

= *Al.*: Anlehnungstypus der Objektwahl. — *Fr.*: choix d'objet par étayage. — *Ing.*: anaclitic type of object-choice. — *It.*: tipo anaclitico (*o* per appoggio) di scelta d'oggetto. — *Por.*: escolha anaclitica de objeto.

Tipo de elección de objeto en el que el objeto de amor se elige sobre el modelo de las figuras parentales, en tanto que éstas aseguran al niño alimento, cuida-

dos y protección. Tiene su fundamento en el hecho de que originariamente las *pulsiones* sexuales se apoyan en las *pulsiones* de autoconservación.

Con respecto a la traducción de *Anlehnungstypus der Objektwahl* por elección objetal por apoyo o anaclítica, remitimos al lector al artículo «*Anaclítico*», donde hallará algunas consideraciones terminológicas.

En *Introducción al narcisismo* (*Zur Einführung des Narzissmus*, 1914), Freud habla de un «tipo de elección objetal por apoyo», oponiéndolo al tipo de elección objetal narcisista*.

En este texto Freud aporta esencialmente la idea de la existencia de *dos* tipos fundamentales de elección de objeto amoroso, y la descripción de la elección objetal narcisista. Pero la descripción del otro tipo de elección objetal ya había sido efectuada en los *Tres ensayos sobre la teoría de la sexualidad* (*Drei Abhandlungen zur Sexualtheorie*, 1905), en relación con la teoría general del apoyo* que aquélla presupone. Freud mostraba cómo, originariamente, las primeras satisfacciones sexuales aparecían con ocasión del funcionamiento de los aparatos que sirven para la conservación de la vida, y cómo, de este apoyo original, resulta que las funciones de autoconservación señalan un primer objeto a la sexualidad: el pecho materno. Más tarde «[...] el niño aprende a *amar* a otras personas que le ayudan en su estado de desamparo y que satisfacen sus necesidades; y este amor se forma sobre el modelo y como prolongación de las relaciones con la madre nodriza durante el período de la lactancia» (1). Es esto lo que orienta la elección de objeto postpuberal, la cual se produce siempre, según Freud, apoyándose más o menos estrechamente sobre las imágenes de figuras parentales. Como dirá Freud en *Introducción al narcisismo*, «se ama [...] según el tipo de elección objetal por apoyo: *a*) a la mujer que alimenta; *b*) al hombre que protege, y a las series de personas substitutivas que de ellos parten» (2 *a*).

Como puede verse, el concepto de elección objetal por apoyo implica a la vez, a nivel de las pulsiones, el apoyo de las pulsiones sexuales* sobre las pulsiones de autoconservación* y, a nivel de los objetos, una elección amorosa en la cual «[...] las personas encargadas de la alimentación, los cuidados, la protección del niño» (2 *b*) proporcionan el prototipo del objeto que satisface sexualmente.

ELECCIÓN OBJETAL NARCISISTA

= *Al.*: narzisstische Objektwahl. — *Fr.*: choix d'objet narcissique. — *Ing.*: narcissistic object-choice. — *It.*: scelta d'oggetto narcisistica. — *Por.*: escolha narcisica de objeto.

Tipo de elección de objeto que se efectúa sobre el modelo de la relación del sujeto con su propia persona, y en la cual el objeto representa a la propia persona en alguno de sus aspectos.

El descubrimiento de que ciertos sujetos, especialmente los homosexuales, «[...] eligen su objeto amoroso [...] sobre el modelo de su propia persona» representa para Freud «el principal motivo que nos obliga a admitir la existencia del narcisismo» (1 *a*). La elección objetal narcisista se opone a la elección de objeto por apoyo* en que la primera no constituye la reproducción de una relación de objeto preexistente, sino la formación de una relación de objeto sobre el modelo de la relación del sujeto consigo mismo. En sus primeras elaboraciones del concepto de narcisismo, Freud considera la elección narcisista homosexual como una etapa conducente al sujeto desde el narcisismo a la heterosexualidad: el niño elegiría primeramente un objeto cuyos órganos genitales fueran similares a los suyos (2).

Pero ya en el caso de la homosexualidad, el concepto de elección narcisista no es simple: el objeto se elige sobre el modelo del niño pequeño o del adolescente que el sujeto ha sido, y el sujeto se identifica con la madre que en otro tiempo le cuidaba (3).

En *Introducción al narcisismo* (*Zur Einführung des Narzissmus*, 1914), Freud amplía el concepto de elección narcisista y da de ella el siguiente cuadro:

«Se ama:
»[...] según el tipo narcisista:
»*a*) lo que uno es (sí mismo);
»*b*) lo que uno ha sido;
»*c*) lo que uno quisiera ser;
»*d*) a la persona que ha sido una parte de la propia persona» (1 *b*).

Estos apartados comprenden fenómenos muy diferentes. En los tres primeros casos, se trata de la elección de un objeto parecido a la propia persona del sujeto, pero conviene subrayar, por una parte, que lo que sirve de modelo para la elección es una imagen o un ideal, y, por otra parte, que la semejanza entre el objeto elegido y el modelo puede ser meramente parcial, reducida a algunos signos privilegiados. En el apartado *d*), Freud alude al amor narcisista que la madre siente por su hijo, el cual en otro tiempo ha sido parte de su propia persona. Aquí el caso es muy distinto, por cuanto el objeto elegido no es semejante a la propia unidad del sujeto, sino que le permite a éste recobrar, restablecer su unidad perdida.

En *Introducción al narcisismo* Freud opone la elección de objeto que efectúa el hombre, la cual tendría lugar casi siempre por apoyo, a la elección de objeto de la mujer, que sería más frecuentemente narcisista. Pero indica que esta oposición es meramente esquemática y que «para todo ser humano están abiertos los dos caminos conducentes a la elección de objeto» (1 *c*).

Así, pues, los dos tipos de elección serían puramente ideales y susceptibles de alternar entre sí o de asociarse en cada caso individual.

Sin embargo, es dudoso que se puedan oponer, incluso como tipos ideales, una elección narcisista y una elección por apoyo. Precisamente en «el pleno amor objetal del tipo anaclítico» Freud encuentra «la sorprendente sobreestimación sexual que tiene su origen en el narcisismo originario del niño, y responde por consiguiente a una transferencia de este narcisismo sobre el objeto sexual» (1 *d*). Y a la inversa, Freud describe el caso de esas «mujeres narcisistas» que «[...] en rigor, sólo se

aman a sí mismas, y casi tan intensamente como las ama el hombre. Su necesidad no las impulsa a amar, sino a ser amadas, y las complace el hombre que cumple esta condición» (1 *c*). Cabe preguntarse si en este caso, descrito como narcisista, el sujeto no tiende a reproducir la relación del niño con la madre nodriza, lo que para Freud caracteriza la elección por apoyo.

ELLO

= *Al.:* Es. — *Fr.:* ça (subst.). — *Ing.:* Id. — *It.:* es. — *Por.:* id.

Una de las tres instancias distinguidas por Freud en su segunda teoría del aparato psíquico. El ello constituye el polo pulsional de la personalidad; sus contenidos, expresión psíquica de las pulsiones, son inconscientes, en parte hereditarios e innatos, en parte reprimidos y adquiridos.

Desde el punto de vista económico, el ello es para Freud el reservorio primario de la energía psíquica; desde el punto de vista dinámico, entra en conflicto con el yo y el superyó que, desde el punto de vista genético, constituyen diferenciaciones de aquél.

El término *das Es* fue introducido en *El yo y el ello* (α) (*Das Ich und das Es*, 1923). Freud lo tomó de Georg Groddeck (β) y cita el precedente de Nietzsche, que designaba con este término «[...] lo que existe de impersonal y, por así decirlo, de necesario por naturaleza en nuestro ser» (1 *a*).

Freud conserva la expresión *das Es* por cuanto ilustra la idea, desarrollada por Groddeck, de que «[...] lo que llamamos nuestro yo se comporta en la vida de un modo completamente pasivo y que [...] somos "vividos" por fuerzas desconocidas e ingobernables» (1 *b*) (γ); esta expresión concuerda también con el lenguaje espontáneo de los pacientes en frases como «ello ha sido superior a mí, ello me ha venido de golpe, etcétera» (2).

El término «ello» es introducido con la reestructuración a que somete Freud su tópica* durante los años 1920-1923. El lugar que ocupa el ello en la segunda tópica puede considerarse aproximadamente equivalente al del sistema inconsciente* *(Ics)* en la primera tópica; esto, sin embargo, con algunas diferencias que pueden precisarse del siguiente modo:

1.ª Dejando aparte ciertos contenidos o esquemas adquiridos filogenéticamente, el inconsciente de la primera tópica coincide con lo *reprimido*.

En *El yo y el ello* (capítulo I), por el contrario, Freud pone de relieve el hecho de que la instancia *represora* (el yo) y sus operaciones defensivas son igualmente en su mayor parte inconscientes. De ahí resulta que, en lo sucesivo, el ello incluirá los mismos contenidos que anteriormente el *Ics*, pero ya no el conjunto del psiquismo inconsciente.

2.ª La reestructuración de la teoría de las pulsiones y la evolución del concepto de yo implican otra diferencia. El conflicto neurótico se había definido, en un principio, por la oposición entre pulsiones sexuales y pulsiones del yo, correspondiendo a éstas un papel primordial en la motivación de la defensa (*véase:* Conflicto). A partir de los años 1920-1923, el grupo de pulsiones del yo pierde su autonomía y queda absorbido en la gran oposición pulsional de vida-pulsiones de muerte. El yo ya no se caracteriza por un tipo de energía pulsional específica, sino que en lo sucesivo la nueva instancia del ello incluirá, desde un principio, ambos tipos de pulsiones.

En resumen, la instancia contra la cual se ejerce la defensa ya no se define como el polo inconsciente, sino como el polo pulsional de la personalidad.

En este sentido el ello se concibe como «el gran reservorio» de la libido (δ) y, de un modo más general, de la energía pulsional (1 *c*, 1 *d*). La energía que utiliza el yo la toma de aquel fondo común, especialmente en forma de energía «desexualizada y sublimada».

3.ª Los límites de la nueva instancia, en relación con las otras instancias y con el ámbito de lo biológico, se definen de distinto modo y, en general, de forma menos clara que en la primera tópica:

a) En relación con el yo, el límite es menos tajante de lo que anteriormente lo era la frontera de la censura entre *Ics* y *Pcs-Cs:* «El yo no está netamente separado del ello; en su parte inferior, se mezcla con él. Pero lo reprimido se mezcla también con el ello, del cual es sólo una parte. Lo reprimido sólo se separa de un modo tajante del yo por las resistencias de la represión, y puede comunicar con él a través del ello» (1 *e*).

Esta confluencia del ello con la instancia represora afecta ante todo a la definición genética que se da de ésta, siendo el yo «[...] la parte del ello que ha sido modificada bajo la influencia directa del mundo exterior, por mediación del sistema percepción-conciencia» (1 *f*).

b) Tampoco el superyó es una instancia claramente autónoma; en gran parte inconsciente, «se sumerge en el ello» (3 *a*).

c) Finalmente, la distinción entre el ello y un substrato biológico de la pulsión es menos neta que la existente entre el inconsciente y la fuente de la pulsión: el ello está «abierto en su extremo del lado somático» (3 *b*). La idea de una «inscripción» de la pulsión, que vería confirmada por el concepto «representante», si bien no es francamente rechazada, por lo menos no es reafirmada.

4.ª ¿Tiene el ello un *modo de organización*, una estructura interna específica? El propio Freud afirmó que el ello era «un caos»: «Está lleno de una energía proveniente de las pulsiones, pero carece de organización, no ofrece ninguna voluntad general...» (3 *c*). Los caracteres del ello sólo se definirían en forma negativa, por oposición al modo de organización del yo.

Conviene subrayar que Freud, al referirse al ello, repite la mayoría de las propiedades que, en la primera tópica, caracterizaban el sistema *Ics* y que representan un modo positivo y original de organización: funcionamiento según el proceso primario, organización compleja, estratificación genética de las pulsiones, etc. Asimismo, el dualismo, nuevamente introducido, de las pulsiones de vida* y pulsiones de muerte*, implica que éstos se hallan organizados en forma de una oposición dia-

léctica. Así, pues, la falta de organización del ello es meramente relativa, y encuentra su sentido en la ausencia de las relaciones propias de la organización del yo. Se caracteriza ante todo por el hecho de que las «mociones (pulsionales) contradictorias coexisten, sin suprimirse ni excluirse mutuamente» (3 *d*). Lo que mejor caracteriza la organización del ello, como ha subrayado D. Lagache, es la ausencia de un sujeto coherente, lo que connota el pronombre neutro «ello» elegido por Freud para designarlo (4).

5.ª Finalmente, como mejor se comprende el paso del inconsciente de la primera tópica al ello de la segunda tópica es en virtud de la diferencia de *perspectivas genéticas* en las cuales se inscriben.

El inconsciente tenía su origen en la represión que, bajo su doble aspecto histórico y mítico, introducía en el psiquismo la escisión radical entre los sistemas *Ics* y *Pcs-Cs*.

Con la segunda tópica, este factor de la separación entre las instancias pierde su carácter fundamental. La génesis de las diferentes instancias se concibe más bien como una diferenciación progresiva, una emergencia de los distintos sistemas. De ahí que Freud insista tanto en la continuidad, dentro de la génesis que conduce de la necesidad biológica al ello y de éste al yo, así como al superyó. En este sentido la nueva concepción freudiana del aparato psíquico se presta, más fácilmente que la primera, a una interpretación «biologizante» o «naturalizante».

(α) En las primeras traducciones francesas, *das Es* se tradujo por *le soi*. Esta traducción se vuelve a encontrar, aunque cada vez más raramente, en algunos autores franceses; en general se reserva más bien para transcribir la palabra inglesa *self* o la alemana *das Selbst*.

(β) Groddeck era un psiquiatra alemán, próximo a los medios psicoanalíticos; escribió varias obras inspiradas en las ideas de Freud, especialmente *El libro del ello* (*Das Buch vom Es: psychoanalytische Briefe an eine Freundin*, 1923), traducido al francés con el título de *Au fond de l'homme, cela*, Gallimard, 1963.

(γ) Groddeck describe del siguiente modo lo que él entiende por *das Es*: «Sostengo que el hombre está animado por lo Desconocido, una fuerza maravillosa que dirige a la vez lo que él hace y lo que le acontece. La frase "yo vivo" sólo es correcta condicionalmente; no expresa más que una parte pequeña y superficial del principio fundamental: "El hombre es vivido por el ello"» (5).

(δ) Recomendamos al lector que consulte el comentario que acerca de este punto efectúan los editores de la *Standard Edition* (S. E., XIX, 63-66).

EMPUJE (DE LA PULSIÓN)

= *Al.*: Drang. — *Fr.*: poussée. — *Ing.*: pressure. — *It.*: spinta. — *Por.*: pressão.

Factor cuantitativo variable que afecta a cada pulsión y que, en último análisis, explica la acción desencadenada para obtener la satisfacción; incluso cuando la satisfacción es pasiva (ser visto, ser pegado), la pulsión, en la medida que ejerce un «empuje», es activa.

En el análisis de la noción de pulsión que se encuentra al principio del trabajo *Las pulsiones y sus destinos* (*Triebe und Triebschicksale*,

1915), Freud define, además de la fuente, el objeto y el fin, el empuje de la pulsión en los siguientes términos: «Por empuje de una pulsión entendemos su aspecto motor, la suma de fuerza o la cantidad de exigencia de trabajo que representa. Cada pulsión es un fragmento de actividad; cuando se habla en forma imprecisa de pulsiones pasivas, no quiere decirse más que pulsiones con fin pasivo» (1).

En este texto se subrayan dos características de la pulsión:

1.º, el factor cuantitativo, en el cual Freud siempre insistió y en el que ve un elemento determinante del conflicto patológico (*véase*: Económico);

2.º, el carácter activo de toda pulsión. Sobre este punto, Freud alude a Adler, que considera la actividad como el patrimonio de una pulsión especial, la pulsión agresiva: «Creo que Adler ha erróneamente hipostasiado en una sola pulsión particular un carácter general e indispensable de todas las pulsiones, precisamente lo que hay en ellas de «pulsional», de empuje (*das Drängende*), lo que podríamos describir como la capacidad de poner en marcha la motilidad» (2).

La idea de que las pulsiones se definen esencialmente por el empuje que ejercen se encuentra ya en los comienzos del pensamiento teórico de Freud, influido por los conceptos de Helmholtz. El *Proyecto de psicología científica* (*Entwurf einer Psychologie*, 1895) comienza por una distinción fundamental entre las excitaciones exteriores, a las cuales el organismo puede escapar mediante la huida, y las excitaciones endógenas provenientes de los elementos somáticos: «El organismo no puede huir de ellas [...]. Debe aprender a soportar una cantidad almacenada» (3). Es la necesidad de la vida (*die Not des Lebens*) la que empuja al organismo a la acción específica*, que es la única capaz de resolver la tensión.

ENERGÍA DE CATEXIS

= *Al.*: Besetzungsenergie. — *Fr.*: énergie d'investissement. — *Ing.*: cathectic energy. — *It.*: energia di carica o d'investimento. — *Por.*: energia de carga o de investimento.

Substrato energético postulado como factor cuantitativo de las operaciones del aparato psíquico.

Para la discusión de este concepto, véase: **Económico, Catexis, Energía libre — energía ligada, Libido.**

ENERGÍA LIBRE — ENERGÍA LIGADA

= *Al.*: freie Energie - gebundene Energie. — *Fr.*: énergie libre - énergie liée. — *Ing.*: free energy - bound energy. — *It.*: energia libera - energia legata. — *Por.*: energia livre - energia ligada.

Términos que señalan, desde el punto de vista económico, la distinción freudiana de proceso primario y proceso secundario. En el proceso primario, la energía se denomina libre o móvil, en la medida en que fluye hacia su descarga del modo más rápido y más directo posible; en el proceso secundario, se encuentra ligada, en la

medida en que su movimiento hacia la descarga se halla retardado y controlado. Desde el punto de vista genético, el estado libre de la energía precede, según Freud, al estado de energía ligada, siendo este último característico de un grado más elevado de estructuración del aparato psíquico.

Freud rinde explícitamente homenaje a Breuer por su distinción entre energía libre y energía ligada (1, 2). Con todo, se observará que los términos utilizados no son los de Breuer y, por otra parte, la distinción introducida por Breuer no posee la misma significación que la de Freud.

La distinción de Breuer tiene su fundamento en la diferencia establecida por los físicos entre dos tipos de energías mecánicas, cuya suma permanece constante en un sistema aislado. Así, Helmholtz, cuya influencia sobre el pensamiento de Breuer y Freud ya es conocida, opone a las *fuerzas vivas* (*lebendige Kräfte*, término tomado de Leibnitz) las *fuerzas de tensión (Spankräfte)* o «fuerzas que tienden a poner en movimiento un punto M durante todo el tiempo que no se produzca todavía movimiento» (3). Esta oposición concuerda con la introducida por otros autores, en el transcurso del siglo XIX, entre energía actual y energía potencial (Rankine) o también entre energía cinética y energía estática (Thomson): Breuer se refiere explícitamente a esta distinción y a los términos de estos físicos.

Breuer se dedica sobre todo a definir una forma de energía potencial presente en el sistema nervioso que denomina «excitación tónica intracerebral» o «tensión nerviosa» o también energía «quiescente». Así como un depósito contiene cierta cantidad de energía potencial, en la medida en que retiene el agua, «[...] el conjunto de la inmensa red (de fibras nerviosas) forma un único depósito de tensión nerviosa» (4 *a*).

Esta excitación tónica proviene de diversas fuentes: las propias células nerviosas, excitaciones externas, excitaciones procedentes del interior del cuerpo (necesidades fisiológicas) y «afectos psíquicos». Es utilizada o descargada en las diversas clases de actividades, motoras, intelectuales, etc.

Según Breuer, existe un nivel óptimo de esta energía quiescente que permite una buena recepción de las excitaciones externas, la asociación entre las ideas y una libre circulación de la energía en el conjunto de las vías del sistema nervioso. Tal nivel es el que el organismo intenta mantener constante o restablecer (*véase:* Principio de constancia). En efecto, el organismo se aleja de este nivel óptimo, ya porque se agote la energía nerviosa (lo que supone el estado de sueño, que permitirá una recarga energética), ya porque el nivel sea demasiado elevado; esta elevación puede ser generalizada y uniforme (estado de intensa expectación) o hallarse desigualmente distribuida (como cuando se producen afectos y su energía no puede descargarse ni repartirse en el conjunto del sistema por elaboración* asociativa; entonces habla Breuer de «afectos arriconados»).

Como puede verse:

1) las dos formas de energía distinguidas por Breuer —«quiescente» y «cinética»— son transformables entre sí;

2) no se concede prioridad alguna a la energía cinética, ni desde un punto de vista genético ni lógico; la distinción freudiana entre proceso primario y proceso secundario parece ser ajena al pensamiento de Breuer;

3) para Breuer, lo fundamental es el estado quiescente de la energía nerviosa, puesto que solamente cuando se ha establecido cierto nivel la energía puede circular libremente. Aquí aparece de modo claro la diferencia con Freud: Breuer piensa, por ejemplo, que en el estado de sueño, en que existe un nivel muy bajo de energía quiescente, se halla *entorpecida* la libre circulación de las excitaciones (4 *b*);

4) el principio de constancia posee en Breuer una significación distinta que en Freud (*véase:* Principio de constancia; Principio de inercia neuronal).

Parece, pues, que fue Freud quien introdujo, en lo referente a la energía psíquica, los dos términos opuestos de «energía libre» y «energía ligada». Se observará que en Física estos dos términos habían sido introducidos por Helmholtz, pero esta vez dentro del marco del *segundo* principio de la termodinámica (degradación de la energía); Helmholtz denominaba *energía libre* la energía que «[...] es capaz de transformarse libremente en otras clases de trabajo», y *energía ligada* «[...] la que sólo puede manifestarse en forma de calor» (5).

Esta oposición no se sitúa al mismo nivel que la efectuada entre energía estática (o tónica) y energía cinética; en efecto, esta última oposición sólo se refiere a la energía mecánica, mientras que la oposición entre energía libre y energía ligada implica considerar diferentes tipos de energía (calórica, química, etc.) y las condiciones que posibilitan o impiden el paso de una a otra. Con todo, puede decirse que la energía estática es, en el sentido de Helmholtz, una energía libre, ya que es transformable en otras formas de energía, mientras que la energía cinética, por lo menos la de los movimientos moleculares desordenados, es una energía ligada: se ve, pues, que Freud, al designar como energía ligada la energía quiescente o tónica de Breuer, y como energía libre su energía cinética, invirtió prácticamente el sentido que estos términos poseen en física: libre debe entenderse en Freud como libremente móvil *(frei beweglich)* y no como libremente transformable.

Resumiendo, se observa:

1) que el par antitético utilizado por Breuer (energía tónica, energía cinética) fue tomado de una teoría que no tenía en cuenta el segundo principio de la termodinámica. En cambio, Freud utiliza términos (energía libre, energía ligada) incluidos en la esfera de este segundo principio;

2) qué Freud, que conoció de cerca las concepciones de la Escuela fisicalista (Helmholtz, Brücke), invierte el sentido de los términos que toma de la física, para aplicarlos aproximadamente a la oposición establecida por Breuer;

3) que, a pesar de esta aparente concordancia, la concepción de Freud es distinta de la de Breuer: la energía libre, que caracteriza los procesos

inconscientes, es *primera* en relación con la energía ligada. Esta diferencia fundamental de criterios se manifiesta especialmente en las ambigüedades de formulación del principio de constancia.

La oposición entre dos tipos de circulación de la energía fue presentada en el *Proyecto de psicología científica* (*Entwurf einer Psychologie*, 1895): en el funcionamiento primario del aparato neuronal, la energía tiende a una descarga inmediata y completa (principio de inercia neuronal); en el proceso secundario, la energía se encuentra ligada, es decir, contenida en ciertas neuronas o sistemas neuronales, donde se acumula. Esta ligazón se explicaría, por una parte, por la existencia de «barreras de contacto» entre las neuronas, que impiden o limitan el paso de la energía de una a otra y, por otra parte, por la acción que ejerce un grupo de neuronas catectizadas a un nivel constante (el yo) sobre los restantes procesos que tienen lugar en el aparato: esto, que Freud denomina «efecto de catexis lateral» *(Nebenbesetzung)*, constituye el fundamento de la acción inhibidora del yo (6 *a*).

El caso más patente de un funcionamiento «ligado» de la energía lo proporciona, según Freud, el proceso de pensamiento, que asocia la elevada catexis que supone la atención y el desplazamiento de pequeñas cantidades de energía, sin las cuales sería imposible el ejercicio del pensamiento (6 *b*). Esta corriente, por débil que sea desde el punto de vista cuantitativo, circula con más facilidad: «Pequeñas cantidades de energía pueden desplazarse más fácilmente cuando el nivel es elevado que cuando es bajo» (6 *c*).

La oposición entre energía libre y energía ligada es recogida en *La interpretación de los sueños* (*Die Traumdeutung*, 1900), aparte de toda referencia a los estados, supuestamente distintos, de las neuronas, y será siempre mantenida por Freud como la expresión económica de la distinción fundamental entre proceso primario* y proceso secundario* (*véase:* Ligazón).

ENVIDIA DEL PENE

= *Al.:* Penisneid. — *Fr.:* envie du pénis. — *Ing.:* penis envy. — *It.:* invidia del pene. — *Por.:* inveja do pênis.

Elemento fundamental de la sexualidad femenina y móvil de su dialéctica.

La envidia del pene surge del descubrimiento de la diferencia anatómica de los sexos: la niña se siente lesionada en comparación con el niño y desea poseer, como éste, un pene (complejo de castración); más tarde, en el transcurso del Edipo, esta envidia del pene adopta dos formas derivadas: deseo de poseer un pene dentro de sí (principalmente en forma de deseo de tener un hijo); deseo de gozar del pene en el coito.

La envidia del pene puede abocar a numerosas formas patológicas o sublimadas.

El concepto de envidia del pene adquirió cada vez mayor importancia en la teoría de Freud, a medida que éste se vio inducido a definir la sexualidad femenina, que en un principio se consideró simétrica de la del niño.

Los *Tres ensayos sobre la teoría de la sexualidad* (*Drei Abhandlungen zur Sexualtheorie*, 1905), centrados sobre la evolución de la sexualidad del niño, no contienen, en su primera edición, referencia alguna a la envidia del pene. La primera alusión aparece en 1908, en el artículo sobre *Las teorías sexuales infantiles* (*Über infantile Sexualtheorien*); Freud indica en él el interés que la niña muestra por el pene del niño, interés que «[...] se halla regido por la envidia *(Neid)* [...]. Cuando expresa este deseo: «preferiría ser un niño», sabemos cuál es la carencia que intenta reparar este deseo» (1).

El término «envidia del pene» parece admitido ya en el uso analítico cuando Freud lo menciona en 1914 (2) para designar la manifestación del complejo de castración en la niña.

En *Sobre las transmutaciones de las pulsiones y especialmente del erotismo anal* (*Über Triebumsetzungen, insbesondere der Analerotik*, 1917), Freud ya no designa como envidia del pene únicamente el deseo femenino de tener un pene como el niño, sino que indica sus principales avatares: deseo de un hijo, según la equivalencia simbólica pene-niño; deseo del hombre como «apéndice del pene» (3).

La concepción freudiana de la sexualidad femenina (4) concede un puesto fundamental a la envidia del pene en la evolución psicosexual hacia la feminidad, que supone un cambio de zona erógena (desde el clítoris a la vagina) y un cambio de objeto (la inclinación preedípica hacia la madre cede su lugar al amor edípico por el padre). En este cambio, desempeñan una función «axial», a distintos niveles, el complejo de castración* y la envidia del pene:

a) resentimiento hacia la madre, que no ha dotado a la niña de un pene;

b) menosprecio de la madre, que aparece así como castrada;

c) renuncia a la actividad fálica (masturbación clitorídea), adquiriendo preponderancia la pasividad;

d) equivalencia simbólica del pene y el niño.

«El deseo [*Wunsch*] con el que la niña se vuelve hacia el padre es, sin duda, en su origen el deseo del pene que la madre le ha rehusado y que ella espera ahora obtener de su padre. Con todo, la situación femenina no se establece hasta que el deseo del pene se substituye por el deseo del hijo y éste, según la antigua equivalencia simbólica, pasa a ocupar el lugar del pene» (5 *a*).

En repetidas ocasiones Freud ha indicado lo que podía quedar de la envidia del pene en el carácter (por ejemplo, «complejo de masculinidad»), o en los síntomas neuróticos de la mujer. Por lo demás, generalmente, cuando se habla de envidia del pene, se hace alusión a los residuos adultos, que el psicoanálisis encuentra en las formas más disfrazadas.

Finalmente, Freud, que siempre subrayó la persistencia en el inconsciente de la envidia del pene, bajo las aparentes renuncias, indicó, en uno de sus últimos trabajos, lo que podía ofrecer de irreductible el análisis (6).

Como puede verse, la expresión «envidia del pene» presenta una ambigüedad, que Jones ha subrayado e intentado suprimir distinguiendo en ella tres sentidos:

«a) el deseo de adquirir un pene, habitualmente engulléndolo, y retenerlo dentro del cuerpo, a menudo transformándolo en un niño;
»b) el deseo de poseer un pene en la región clitorídea [...];
»c) el deseo adulto de gozar de un pene en el coito» (7).

Esta distinción, por útil que sea, no debe inducir, sin embargo, a considerar como ajenas entre sí estas tres modalidades de la envidia del pene. En efecto, la concepción psicoanalítica de la sexualidad femenina tiende precisamente a describir las vías y equivalencias que las unen (α).

Varios autores (K. Horney, H. Deutsch, E. Jones, M. Klein) han discutido la tesis freudiana que hace de la envidia del pene un dato primario y no una formación construida o utilizada secundariamente para apartar deseos más primitivos. Sin intentar resumir esta importante discusión, señalaremos que el mantenimiento por Freud de su tesis obedece a la función, central para ambos sexos, que él asigna al falo (*véase:* Fase fálica; Falo).

(α) En algunos pasajes de Freud se encuentran dos expresiones: envidia (*Neid*) y deseo (*Wunsch*) del pene, pero sin que sea posible establecer entre ellas una diferencia de empleo (por ejemplo, en la *Continuación a las lecciones de introducción al psicoanálisis* (*Neue Folge der Vorlesungen zur Einführung in die Psychoanalyse*, 1932) (5 *b*).

EROGENEIDAD

= *Al.:* Erogeneität. — *Fr.:* érogénéité. — *Ing.:* erogenicity. — *It.:* erogeneità. — *Por.:* erogeneidade.

Capacidad que posee toda región corporal de constituir la fuente de una excitación sexual, es decir, de comportarse como zona erógena.

Este término (poco utilizado) fue creado por Freud en la *Introducción al narcisismo* (*Zur Einführung des Narzissmus*, 1914) (1). En este texto, la erogeneidad se define como «la actividad sexual de la que es susceptible una parte del cuerpo» (2).

Al designar con un término específico esta «excitabilidad» (*Erregbarkeit*) sexual, Freud quiere indicar que ésta no es exclusiva de una determinada zona erógena en la que se manifiesta de un modo más evidente, sino una propiedad general de toda la superficie cutáneo-mucosa, e incluso de los órganos internos.

Freud concibe la erogeneidad como un factor cuantitativo, susceptible de aumentar o disminuir, e incluso de modificar su distribución en el organismo en virtud de desplazamientos. Según él, estas modificaciones explicarían, por ejemplo, los síntomas hipocondríacos.

ERÓGENO

= *Al.:* erogen. — *Fr.:* érogène. — *Ing.:* erotogenic. — *It.:* erogeno. — *Por.:* erógeno.

Que guarda relación con la producción de una excitación sexual.

La mayoría de las veces este adjetivo se emplea en la expresión «zona erógena»*, si bien se encuentra también en expresiones tales como «masoquismo»*, «erógeno», «actividad erógena», etc.

EROS

La misma palabra griega ha sido adoptada por los diferentes idiomas.

Término mediante el cual los griegos designaban el amor y el dios Amor. Freud lo utiliza en su última teoría de las pulsiones para designar el conjunto de las pulsiones de vida, oponiéndolos a las pulsiones de muerte.

Remitimos al lector al artículo: Pulsiones de vida, y nos limitaremos aquí a efectuar algunas observaciones acerca del empleo de la palabra «Eros» para designar dichas pulsiones.

Ya es conocida la preocupación de Freud por relacionar sus concepciones sobre las pulsiones* con las ideas filosóficas generales: oposición «popular» entre amor y hambre para la primera teoría, oposición empedocleana entre φιλία y νεῖκος (amor y discordia) para la última teoría.

En varias ocasiones Freud se refiere al Eros platónico, en el que ve un concepto muy similar a lo que él entiende por sexualidad; en efecto, desde un principio señaló que ésta no se confundía con la función genital (1). Ciertas críticas que afirman que Freud lo reduce todo a la sexualidad (en el sentido vulgar de este término) se desvanecen cuando se disipa tal confusión: conviene utilizar la palabra «sexual» «[...] en el sentido en que la emplea ahora corrientemente el psicoanálisis —en el sentido de Eros» (2).

Y a la inversa, Freud no dejó de subrayar el inconveniente que presenta la utilización de la palabra «Eros», si ésta debe servir para disfrazar la sexualidad. Véase, por ejemplo, el siguiente pasaje: «Quienes consideran la sexualidad como algo que deshonra y rebaja la naturaleza humana son libres de utilizar palabras más finas, como Eros y erótica. Yo mismo me hubiera podido ahorrar mucha controversia actuando así desde un principio, pero no he querido hacerlo, porque me desagrada hacer concesiones a la pusilanimidad. No se sabe hasta dónde se va a llegar por este camino: se empieza cediendo en las palabras y finalmente se cede en los hechos» (3). El hecho es que el empleo de la palabra «Eros» ofrece el peligro de reducir siempre el alcance de la sexualidad en favor de sus manifestaciones sublimadas.

Si Freud, a partir de *Más allá del principio del placer* (*Jenseits des Lustprinzips*, 1920), utiliza corrientemente la palabra «Eros» como sinónimo de pulsión de vida, lo hace con el fin de inscribir su nueva teoría de las pulsiones dentro de una tradición filosófica y mítica de alcance

universal (por ejemplo, el mito de Aristófanes, en *El Banquete* de Platón). Así, Eros se concibe como lo que tiene por fin «[...] complicar la vida, reuniendo la substancia viva, disgregada en partículas, para formar unidades cada vez más extensas y, naturalmente, mantenerla en este estado» (4).

En general el término «Eros» se utiliza para designar las pulsiones sexuales con una intención deliberadamente especulativa; citemos, por ejemplo, estas líneas: «La especulación transforma esta oposición [entre pulsiones libidinales y pulsiones de destrucción] en la de pulsiones de vida (Eros) y pulsiones de muerte» (5 *a*).

¿Qué relación debe establecerse entre los términos *Eros* y *Libido*? Cuando Freud introduce Eros en *Más allá del principio del placer*, parece asimilar ambos términos: «[...] la libido de nuestras pulsiones sexuales coincidiría con el Eros de los poetas y de los filósofos, que mantiene la cohesión de todo lo que vive» (5 *b*). Observemos que se trata de dos palabras tomadas de lenguas antiguas y que indican una preocupación teorizante que rebasa el campo de la experiencia analítica (α). Por lo demás, la palabra «libido» fue siempre utilizada (también después de la introducción de Eros) en una perspectiva económica; designa la *energía* de las pulsiones sexuales (así lo indican, por ejemplo, las siguientes palabras del *Esquema del psicoanálisis* [*Abriss der Psychoanalyse*, 1938]: «Toda la energía del Eros, que en lo sucesivo llamaremos libido») (6).

(α) Mencionemos a este respecto un pasaje de los *Estudios sobre la histeria* (*Studien über Hysterie*, 1895), en el que Breuer utiliza la palabra «Eros» para designar un poder de apariencia demoníaca: «La muchacha presiente, en Eros, la fuerza terrible que va a regular su destino, a decidirlo, y es esto lo que la aterra» (7).

EROTISMO URETRAL (o URINARIO)

= *Al.*: Urethralerotik *o* Harnerotik. — *Fr.*: érotisme urétral *o* urinaire. — *Ing.*: urethral erotism. — *It.*: erotismo uretrale. — *Por.*: erotismo uretral *o* urinário.

Modo de satisfacción libidinal ligado a la micción.

El placer y la significación erótica de la función urinaria fueron destacados por Freud a partir de 1905, en los *Tres ensayos sobre la teoría sexual (Drei Abhandlungen zur Sexualtheorie)* y, de un modo más cercano a la experiencia, en el *Caso Dora*. Por una parte, la enuresis infantil se interpreta como un equivalente de la masturbación (1). Por otra, se indican ya las conexiones simbólicas que pueden existir entre la micción y el fuego, que se desarrollarán en *La conquista del fuego* (*Zur Gewinnung des Feuers*, 1932).

Una tercera aportación de Freud consiste en sugerir la existencia de una relación entre ciertos rasgos de carácter y el erotismo uretral. Al final de su artículo sobre *Carácter y erotismo anal* (*Charakter und Analerotik*, 1908), escribe: «De un modo general deberíamos preguntarnos si otros complejos caracteriales no pueden depender de la excitación de zonas erógenas determinadas. Hasta ahora sólo conozco la ambición desmesurada y «abrasadora» de los que antaño fueron enuréticos» (2).

En esta misma dirección, K. Abraham pone en evidencia las fantasías infantiles de omnipotencia que pueden acompañar al acto de la micción: «[...] sentimiento de poseer un poder inmenso, casi ilimitado, de crear o destruir cualquier objeto» (3).

Melanie Klein ha subrayado la importancia de tales fantasías, particularmente los de agresión y destrucción por medio de la orina. Esta autora destaca el papel, según ella «[...] demasiado poco apreciado hasta ahora, del sadismo uretral en el desarrollo del niño», y añade: «Tanto los análisis de adultos como los de niños me han situado siempre en presencia de fantasmas en los que la orina era imaginada como un agente de corrosión, de descomposición y de corrupción, y como un veneno secreto e insidioso. Estos fantasmas de naturaleza sado-uretral contribuyen en gran parte a la atribución inconsciente de un papel cruel al pene, y a la aparición de trastornos de la potencia sexual en el hombre» (4).

Señalemos también que diversos autores (por ejemplo, Fenichel) han distinguido diversos tipos de placer ligados a la función urinaria («dejar fluir pasivamente», «retenerse», etc.).

Observemos que Freud habla de *erotismo* urinario, otros autores (empezando por Sadger: *Über Urethralerotik*, 1910) de *erotismo* uretral, y que incluso en aquellos que, como Melanie Klein, atribuyen un papel importante al sadismo uretral, no se encuentra mencionada una *fase* uretral.

A este respecto se debe señalar que Freud sitúa especialmente el erotismo uretral durante «la segunda fase de la masturbación infantil» (alrededor del 4.º año). «La sintomatología de estas manifestaciones sexuales es pobre, el aparato sexual se halla todavía poco desarrollado y casi siempre es el aparato urinario el que habla en su nombre. La mayoría de las supuestas afecciones vesicales de esta edad son trastornos sexuales; la enuresis nocturna corresponde [...] a una polución» (5). Parece que este período corresponde a lo que más tarde describirá Freud como fase fálica. Así, pues, las relaciones entre el erotismo uretral y el erotismo fálico son demasiado estrechas para que sea posible diferenciar una fase específicamente uretral.

Freud señaló la distinta relación existente entre ambas funciones en el niño y en el adulto; según una creencia infantil, «[...] los niños vienen de lo que el hombre orina dentro del cuerpo de la mujer. Pero el adulto sabe que los dos actos son en realidad inconciliables —tan inconciliables como el fuego y el agua» (6).

ESCENA ORIGINARIA

= *Al.*: Urszene. — *Fr.*: scène originaire. — *Ing.*: primal scene. — *It.*: scena originaria *o* primaria. — *Por.*: cena primitiva *u* originária *o* protocena.

Escena de relación sexual entre los padres, observada o supuesta basándose en ciertos indicios y fantaseada por el niño. Éste la interpreta generalmente como un acto de violencia por parte del padre.

La palabra *Urszenen* (escenas originarias) aparece en un manuscrito de Freud del año 1897 (1), para indicar ciertas experiencias infantiles traumatizantes organizadas en guiones, en escenas (*véase:* Fantasía), sin que entonces se trate especialmente del coito parental.

En *La interpretación de los sueños* (*Die Traumdeutung*, 1900), aunque no se encuentre la noción de escena originaria, Freud subraya la importancia de la observación del coito parental como generador de angustia: «Ya he explicado esta angustia indicando que se trata de una excitación sexual que [el niño] no es capaz de controlar mediante la comprensión y que sin duda es apartada porque los padres están implicados en ella» (2).

La experiencia analítica conducirá a Freud a conceder una importancia creciente a la escena en que el niño se ve asistir a las relaciones sexuales de sus padres: es «[...] un elemento que raras veces falta en el conjunto de los fantasmas inconscientes que se pueden descubrir en todas las neurosis y probablemente en todos los niños» (3). Forma parte de lo que Freud denomina las fantasías originarias* *(Urphantasien)*. En la *Historia de una neurosis infantil* (*Aus der Geschichte einer infantilen Neurose*, 1918) se describe la observación del coito parental con el nombre de «escena originaria». Basándose en este caso, Freud pone de relieve diferentes elementos: el coito es interpretado por el niño como una agresión del padre dentro de una relación sadomasoquista; provoca una excitación sexual en el niño al mismo tiempo que proporciona una base a la angustia de castración; es interpretado como coito anal en el marco de una teoría sexual infantil.

Añadamos que, según Ruth Mack Brunswick, «[...] la comprensión que el niño tiene del coito parental y el interés que le despierta se apoyan en sus propias experiencias corporales preedípicas con su madre y en los deseos que de ellas resultan» (4).

¿Debemos ver en la escesa originaria el recuerdo de un acontecimiento efectivamente vivido por el sujeto o un puro fantasma? Este problema, que fue objeto de una discusión de Freud con Jung y consigo mismo, es repetidamente tratado en la *Historia de una neurosis infantil*. Las respuestas que da Freud, por distintas que puedan parecer, se sitúan entre dos límites: en la primera redacción de la *Historia de una neurosis infantil* (1914), en la que Freud intenta demostrar la realidad de la escena originaria, subraya ya que sólo posteriormente* *(nachträglich)* es comprendida e interpretada por el niño; y a la inversa, cuando acentúa lo que hay en ella de fantasías retroactivas *(Zurückphantasieren)*, sostiene que lo real ha proporcionado por lo menos los indicios (ruido, coito animal, etc.) (5).

Más allá de la discusión acerca de la parte que corresponde a lo real y a lo fantasmático en la escena originaria, lo que Freud parece considerar y desear mantener, especialmente contra las tesis de Jung, es la idea de que esta escena pertenece al pasado (ontogenético o filogenético) del individuo y constituye un acontecimiento que puede ser del orden del mito, pero que está ya allí, antes de toda significación aportada posteriormente.

ESCENA PRIMITIVA

Expresión adoptada por muchos psicoanalistas de lengua francesa como equivalente de lo que Freud llamó *Urszene*. Nosotros preferimos traducir por escena originaria. *Véase:* Escena originaria.

ESCISIÓN DEL OBJETO

= *Al.:* Objektspaltung. — *Fr.:* clivage de l'objet. — *Ing.:* splitting of the object. — *It.:* scissione dell'oggetto. — *Por.:* clivagem do objeto.

Mecanismo descrito por Melanie Klein y considerado por esta autora como la defensa más primitiva contra la angustia: el objeto al que tienden las pulsiones eróticas y destructivas es escindido en un objeto «bueno» y un objeto «malo», que entonces seguirán destinos relativamente independientes dentro del juego de introyecciones y proyecciones. La escisión del objeto interviene especialmente en la posición esquizo-paranoide, en la que afecta a objetos parciales. Vuelve a encontrarse en la posición depresiva, afectando entonces al objeto total.

La escisión de los objetos se acompaña de una escisión correspondiente del yo en un yo «bueno» y un yo «malo», por cuanto, para la escuela kleiniana, el yo está constituido esencialmente por la introyección de los objetos.

Acerca de la palabra «escisión», véase el comentario del artículo: Escisión del yo. Las concepciones de Melanie Klein parten de ciertas indicaciones de Freud concernientes a los orígenes de la relación sujeto-objeto (*véase:* Objeto; Yo placer-yo realidad). En cuanto a la aportación kleiniana respecto a este tema, remitimos al lector a los artículos: Objeto «bueno», objeto «malo»; Posición paranoide; Posición depresiva.

ESCISIÓN DEL YO

= *Al.:* Ichspaltung. — *Fr.:* clivage du moi. — *Ing.:* splitting of the ego. — *It.:* scissione dell'io. — *Por.:* clivagem do ego.

Término utilizado por Freud para designar un fenómeno muy particular cuya intervención observó especialmente en el fetichismo y en las psicosis: la coexistencia, dentro del yo, de dos actitudes psíquicas respecto a la realidad exterior en cuanto ésta contraría una exigencia pulsional: una de ellas tiene en cuenta la realidad, la otra reniega la realidad en juego y la substituye por una producción del deseo. Estas dos actitudes coexisten sin influirse recíprocamente.

I. La palabra *Spaltung*, para la cual adoptamos el equivalente de «escisión», ha hallado usos muy antiguos y variados en psicoanálisis y en psiquiatría; numerosos autores, entre ellos Freud, la han utilizado para designar el hecho de que el hombre, en uno u otro aspecto, se divide con respecto a sí mismo. A finales del siglo XIX, los trabajos psicopatológicos, especialmente sobre la histeria y la hipnosis, se hallan impregnados de conceptos tales como «desdoblamiento de la personalidad», «doble conciencia», «disociación de los fenómenos psicológicos», etc.

En Breuer y Freud, las expresiones «escisión de la conciencia» *(Bewusstseinsspaltung)*, «escisión del contenido de conciencia», «escisión

psíquica», etc., designan las mismas realidades: partiendo de los estados de desdoblamiento alternante de la personalidad o de la conciencia, tal como los muestra la clínica de algunos casos de histeria o tal como los provoca la hipnosis, Janet, Breuer y Freud llegaron a la idea de una coexistencia, dentro del psiquismo, de dos grupos de fenómenos, o incluso de dos personalidades, que pueden ignorarse mutuamente. «Desde los interesantes trabajos de P. Janet, J. Breuer y otros, se ha llegado a reconocer de un modo general que el complejo sintomatológico de la histeria justifica la hipótesis de una escisión de la conciencia, con formación de grupos psíquicos separados. Las opiniones son menos claras respecto al origen de esta escisión de conciencia y al papel que desempeña en el conjunto de la neurosis histérica» (1). Precisamente sobre la base de esta divergencia de apreciación, surge el concepto freudiano del inconsciente como separado del campo de la conciencia por la acción de la represión, concepción que se opone a los puntos de vista de Janet sobre la debilidad de síntesis psicológica» y se diferencia rápidamente de los conceptos breuerianos de «estado hipnoide»* y de «histeria hipnoide»*.

La escisión es, para Freud, el resultado del conflicto; así, pues, si bien el concepto tiene para él un valor descriptivo, no posee en sí mismo ningún valor explicativo. Por el contrario, plantea el problema de por qué y cómo el sujeto consciente se ha separado así de una parte de sus representaciones.

Cuando Freud describe la historia de los años en que tuvo lugar el descubrimiento del inconsciente, no deja de utilizar la palabra *Spaltung* y otros términos similares que designan el mismo dato fundamental: la división intrapsíquica. Pero en la elaboración propiamente dicha de su obra, sólo utiliza la palabra *Spaltung* de modo esporádico y sin hacer de ella un instrumento conceptual; la emplea en especial para describir el hecho de que el aparato psíquico está dividido en sistemas (Inconsciente y Preconsciente-Consciente), en instancias (ello, yo y superyó) y también el desdoblamiento del yo en una parte que observa y una parte que es observada.

Por otra parte, ya es sabido que Bleuler utilizó la palabra *Spaltung* para designar el síntoma fundamental, según él, del grupo de enfermedades que denomina esquizofrenia* (α). Para este autor, *Spaltung* no sólo describe un dato de observación, sino que, además, implica una determinada hipótesis sobre el funcionamiento mental (*véase:* Esquizofrenia).

A este respecto resulta sorprendente la analogía existente entre el tipo de explicación propuesto por Bleuler para dar cuenta de la *Spaltung* esquizofrénica y el que da Janet: la escisión del psiquismo en grupos asociativos distintos se concibe como una reagrupación secundaria dentro de un mundo psíquico disgregado a consecuencia de una debilidad asociativa primaria.

Freud no hace suya la hipótesis de Bleuler, critica la palabra «esquizofrenia» que alude a dicha hipótesis y cuando, al final de su vida, recoge de nuevo el concepto de escisión, lo hace desde una perspectiva completamente distinta.

II. El concepto de escisión del yo fue establecido por Freud sobre todo en sus artículos *Fetichismo* (*Fetischismus*, 1927), *La escisión del yo en el proceso de defensa* (*Die Ichspaltung im Abwehrvorgang*, 1938) y *Esquema del psicoanálisis* (*Abriss der Psychoanalyse*, 1938), en el marco de una reflexión sobre las psicosis y el fetichismo. Según Freud, estas enfermedades plantean principalmente el problema de las relaciones entre el yo y la «realidad». A partir de ellas Freud establece de forma cada vez más afirmativa la existencia de un mecanismo específico, la renegación* *(Verleugnung)*, el prototipo de la cual es la renegación de la castración.

Ahora bien, la renegación por sí sola no permite explicar lo que se observa en clínica en las psicosis y el fetichismo. En efecto, señala Freud, «el problema de la psicosis sería sencillo y claro si el yo pudiera desprenderse totalmente de la realidad, pero esto rara vez ocurre, o quizá nunca» (2 *a*). En toda psicosis, por profunda que sea, se comprueba la existencia de dos actitudes psíquicas: «[...] una que tiene en cuenta la realidad, la actitud normal; otra, que, por influencia de las pulsiones, separa al yo de la realidad» (2 *b*). Esta segunda actitud es la que se traduce en la producción de una nueva realidad delirante. En el fetichismo Freud encuentra la coexistencia de dos actitudes contradictorias dentro del yo, frente a la «realidad» de la castración: «Por una parte [los fetichistas] reniegan el hecho de su percepción, que les ha mostrado la falta del pene en el órgano genital femenino»; esta renegación se traduce en la creación del fetiche, substitutivo del pene de la mujer; pero «[...] por otra parte, reconocen la falta de pene en la mujer, de la que extraen las consecuencias correctas. Estas dos actitudes persisten conjuntamente durante toda la vida sin influirse entre sí. Esto puede denominarse escisión del yo» (2 *c*).

Como puede verse, esta escisión no es propiamente una defensa del yo, sino una forma de lograr la coexistencia de dos procedimientos de defensa, uno dirigido hacia la realidad (renegación), el otro hacia la pulsión, pudiendo además este último conducir a la formación de síntomas neuróticos (por ejemplo, síntomas fóbicos).

Freud, al introducir la noción de escisión del yo, se pregunta si lo que éste aporta era ya «[...] conocido desde hacía mucho tiempo y obvio o si, por lo contrario, se trataba de algo nuevo y sorprendente» (3). En efecto la existencia, dentro de un mismo sujeto, de «[...] dos actitudes psíquicas diferentes, opuestas e independientes una de otra» (2 *d*) se halla en la misma base de la teoría psicoanalítica de la persona. Pero, al describir una escisión del *yo* (intrasistémica) y no una escisión entre *instancias* (entre el yo y el ello), Freud intenta poner en evidencia un proceso nuevo respecto al modelo de la represión y del retorno de lo reprimido. En efecto, una de las particularidades de este proceso estriba en que no conduce a la formación de un compromiso entre las dos actitudes presentes, sino que las mantiene simultáneamente, sin que se establezca entre ellas una relación dialéctica.

Es interesante señalar que, en el ámbito de la psicosis (el mismo en que Bleuler, bajo una concepción teórica distinta, habla también de *Spaltung*), sintió Freud la necesidad de crear una cierta concepción de

la escisión del yo. Hemos creído útil exponerla aquí, aun cuando haya sido recogida por pocos psicoanalistas; su mérito estriba en subrayar un fenómeno típico, aun cuando no aporte una solución teórica plenamente satisfactoria del mismo.

(α) Para designar la *Spaltung* esquizofrénica, los psiquiatras franceses utilizan casi siempre la palabra «disociación».

ESQUIZOFRENIA

= *Al.:* Schizophrenie. — *Fr.:* schizophrénie. — *Ing.:* schizophrenia. — *It.:* schizofrenia. — *Por.:* esquizofrenia.

Término creado por E. Bleuler (1911) para designar un grupo de psicosis, cuya unidad ya había señalado Kraepelin clasificándolas bajo el epígrafe de «demencia precoz» y distinguiendo en ellas las tres formas, que se han vuelto clásicas, hebefrénica, catatónica y paranoide.

Al introducir el término «esquizofrenia» (del griego σχίζω, «hendir, escindir», y φρήν, «espíritu»), Bleuler intenta poner de manifiesto lo que, para él, constituye el síntoma fundamental de estas psicosis: la *Spaltung* («disociación»). El término se impuso tanto en psiquiatría como en psicoanálisis, a pesar de las divergencias existentes entre los diferentes autores acerca de lo que confiere a la esquizofrenia su especificidad y, por consiguiente, acerca de la extensión de este cuadro nosográfico.

Clínicamente, la esquizofrenia aparece diversificada en formas aparentemente muy distintas entre sí, en las que habitualmente se destacan los siguientes caracteres: incoherencia del pensamiento, de la acción y de la afectividad (que se designa con las palabras clásicas «discordancia, disociación, disgregación»), la separación de la realidad con replegamiento sobre sí mismo y predominio de una vida interior entregada a las producciones de la fantasía (autismo), actividad delirante más o menos acentuada, siempre mal sistematizada; por último, el carácter crónico de la enfermedad, que evoluciona con ritmos muy diversos hacia un «deterioro» intelectual y afectivo, conduciendo a menudo a estados de aspecto demencial, constituye, para la mayoría de los psiquiatras, un rasgo fundamental, sin el cual no puede efectuarse el diagnóstico de esquizofrenia.

La extensión por Kraepelin del término «demencia precoz» a un amplio grupo de enfermedades cuyo parentesco entre sí puso de manifiesto dicho autor, condujo a una inadecuación entre el término utilizado y los cuadros clínicos que designaba, ya que no era posible aplicar a todos ellos la palabra «demencia» ni el calificativo «precoz». Tal fue el motivo de que Bleuler propusiera una nueva denominación; escogió la de «esquizofrenia» con el fin de que el nombre mismo aludiera a lo que para él constituía, más allá de los «síntomas accesorios» que pueden encontrarse (como por ejemplo las alucinaciones), un síntoma fundamental de la enfermedad, la *Spaltung:* «Llamo *esquizofrenia* a la *dementia praecox* porque [...] la *Spaltung* de las más diversas funciones psíquicas constituye una de sus características más importantes» (1 *a*).

Bleuler, que subrayó la influencia ejercida sobre su pensamiento por los descubrimientos de Freud, y que, siendo profesor de psiquiatría en Zurich, participó en las investigaciones llevadas a cabo por Jung (*véase:* Asociación), utiliza el término *Spaltung* en una acepción muy distinta a la que le atribuye Freud (*véase:* Escisión del yo).

¿Qué entiende por tal? La *Spaltung*, aunque sus efectos se manifiesten en diversos dominios de la vida psíquica (pensamiento, afectividad, actividad), constituye ante todo un trastorno de las asociaciones que rigen el curso del pensamiento. En la esquizofrenia convendría distinguir los síntomas «primarios», que son la expresión directa del proceso patológico (que Bleuler considera como orgánico), de los síntomas «secundarios», que no son más que «[...] la reacción del alma enferma» al proceso patógeno (1 *b*).

El trastorno primario del pensamiento podría definirse como una relajación de las asociaciones: «[...] las asociaciones pierden su cohesión. Entre los millares de hilos que guían nuestros pensamientos, la enfermedad rompe, aquí y allá de forma irregular, unas veces alguno, otras veces cierto número de ellos, otras una gran parte de los mismos. De ello resulta que el pensamiento es insólito y a menudo falso desde el punto de vista lógico» (1 *c*).

Otros trastornos del pensamiento son secundarios y traducen la forma en que se reagrupan las ideas, en ausencia de «representaciones-fin» (término mediante el cual Bleuler designa únicamente las representaciones-fin conscientes o preconscientes) (*véase:* Representación-fin), bajo la denominación de los complejos afectivos: «Dado que todo lo que se opone al afecto es suprimido más de lo normal, y lo que va en el sentido del afecto resulta favorecido en forma igualmente anormal, ello da lugar a que finalmente el sujeto ya no pueda en absoluto pensar lo que va en contra de una idea impregnada de afecto: el esquizofrénico, en su anhelo, sólo sueña en sus deseos; para él no existe lo que pudiera impedir su realización. Así, se encuentran, no sólo formados sino también reforzados, complejos de ideas cuyo nexo lo constituye más bien un afecto común que una relación lógica. Al no ser utilizadas, las vías asociativas que conducen de tal complejo de ideas a otras ideas pierden su viabilidad en lo referente a las asociaciones adecuadas; el complejo ideativo cargado de afecto se separa cada vez más y *alcanza una independencia cada vez mayor (Spaltung de las funciones psíquicas)*» (1 *d*).

En este sentido, Bleuler relacionó la *Spaltung* esquizofrénica con lo que Freud describió como lo propio del inconsciente, es decir, la coexistencia de grupos de representaciones independientes entre sí (1 *e*), pero, para Bleuler, la *Spaltung*, en la medida en que implica el refuerzo de grupos asociativos, es secundaria a un déficit primario que constituye una auténtica disgregación del proceso mental. Bleuler distingue dos etapas de la *Spaltung:* una *Zerspaltung* primaria (una disgregación, un verdadero estallido) y una *Spaltung* propiamente dicha (escisión del pensamiento en diferentes agrupaciones): «La *Spaltung* constituye la condición previa de la mayoría de las más complicadas manifestaciones de la enfermedad; imprime su sello especial a toda la sintomatología. Pero, detrás de esta *Spaltung* sistemática en complejos ideativos determinados, hemos encontrado, anteriormente, una relajación primaria de la textura asociativa que puede conducir a una *Zerspaltung* incoherente de formaciones tan sólidas como los conceptos concretos. Mediante la palabra «esquizofrenia» aludo a estos dos tipos de *Spaltung*, cuyos efectos a menudo se entremezclan» (1 *f*).

que las resonancias semánticas del término francés *dissociation*, con el que se traduce la *Spaltung* esquizofrénica, evocan más bien lo que Bleuler describe como *Zerspaltung*.

Freud puso algunas reservas al empleo del término «esquizofrenia»; «[...] prejuzga la naturaleza de la afección, al utilizar, para designarla, un carácter de ésta postulado teóricamente, que además no es exclusivo de esta enfermedad y que, a la luz de otras consideraciones, no puede calificarse de su característica esencial» (2 *a*). Si bien Freud habló de esquizofrenia (a pesar de continuar utilizando el término «demencia precoz»), propuso el término «parafrenia», que, según él, era más fácil de relacionar con el de «paranoia»*, indicando así, simultáneamente, la unidad del campo de las psicosis* y su división en dos vertientes fundamentales.

En efecto, Freud admite que estas dos grandes psicosis pueden combinarse en múltiples formas (como ilustra el *Caso Schreber*) y que eventualmente el enfermo pasa de una de estas formas a la otra; pero, por otra parte, sigue manteniendo la especificidad de la esquizofrenia con relación a la paranoia, especificidad que intenta definir a nivel de los procesos y a nivel de las fijaciones: predominio del proceso de «represión» o del retiro de la catexia de la realidad, sobre la tendencia a la restitución y, dentro de los mecanismos de restitución, predominio de aquellos que son afines a la histeria (alucinación) sobre los propios de la paranoia, que se parecen más a los de la neurosis obsesiva (proyección); a nivel de las fijaciones: «La fijación predisponente debe encontrarse en una época más precoz que la de la paranoia, debe situarse al comienzo del desarrollo que conduce del autoerotismo al amor objetal» (2 *b*).

Aunque Freud dio otras muchas indicaciones, especialmente acerca del funcionamiento del pensamiento y del lenguaje esquizofrénico (3), puede decirse que la tarea de definir la estructura de esta enfermedad ha correspondido a sus sucesores.

ESTADO HIPNOIDE

= *Al.*: hypnoider Zustand. — *Fr.*: état hypnoïde. — *Ing.*: hypnoid state. — *It.*: stato ipnoide. — *Por.*: estado hipnóide.

Término introducido por J. Breuer: estado de conciencia análogo al que produce la hipnosis; durante él los contenidos de conciencia que aparecen apenas entran, o no entran en absoluto, en ligazón asociativa con el resto de la vida mental; la consecuencia sería la formación de grupos de asociaciones separadas.

Breuer ve en el estado hipnoide, que introduce una escisión *(Spaltung)* dentro de la vida psíquica, el fenómeno constitutivo de la histeria.

El término «estado hipnoide» se sigue relacionando con el nombre de J. Breuer, pero éste citó como su precursor a P. J. Moebius.

La relación entre hipnosis e histeria, y más especialmente la similitud entre los fenómenos producidos por la hipnosis y ciertos síntomas histéricos, fue lo que condujo a Breuer a propugnar la noción de estado

hipnoide: los acontecimientos ocurridos durante el estado de hipnosis (por ejemplo, una orden del hipnotizador) conservan una autonomía; son capaces de resurgir en forma aislada, ya sea durante una segunda hipnosis, ya sea en estado de vigilia, en forma de actos aparentemente aberrantes, excluidos del comportamiento actual del individuo. La hipnosis y sus efectos ofrecen una especie de modelo experimental de lo que, en el comportamiento del histérico, aparece como básicamente ajeno a las motivaciones del sujeto.

Los estados hipnoides serían, en el origen de la histeria, los equivalentes naturales de los estados producidos artificialmente por la hipnosis. «[El estado hipnoide] debe corresponder a un cierto vacío de la conciencia, en el cual una representación que emerge no encuentra resistencia alguna por parte de otras representaciones —estado en el cual, por así decirlo, el campo está libre para la primera llegada» (*α*).

Los estados hipnoides poseen, según Breuer, dos condiciones: un estado de ensueño (sueño diurno, estado crepuscular) y la aparición de un afecto, desencadenándose la autohipnosis espontánea cuando «[...] la emoción penetra en el ensueño habitual» (1 *a*). Ciertas situaciones (enamoramiento, cuidados prestados a un enfermo querido) favorecerían la unión de tales factores: «En virtud de la tranquilidad exterior a que obliga, el papel de enfermera exige una concentración de espíritu sobre un solo objeto, dirigir la atención a la respiración del enfermo, es decir, se realizan las condiciones de muchos procedimientos de hipnotismo. El estado crepuscular así creado se halla invadido por sentimientos de angustia» (1 *b*). Según Breuer, en último término, sólo uno de ambos factores es capaz de producir estados hipnoides: transformación de un ensueño en autohipnosis sin intervención del afecto, o emoción viva (susto*) que paraliza el curso de las asociaciones.

La *Comunicación preliminar* (*Vorläufige Mitteilung*, 1893), obra de Breuer y Freud, plantea el problema en términos algo diferentes: se trata menos de determinar el papel respectivo del estado de ensueño y del afecto en la producción de estados hipnoides, que la parte que corresponde al estado hipnoide y al afecto traumatizante en el origen de la histeria: si el trauma puede provocar el estado hipnoide o producirse durante éste, es capaz también, por sí solo, de resultar patógeno.

El valor patógeno del estado hipnoide estribaría en que las representaciones que aparecen durante el mismo quedan excluidas de la «circulación asociativa» y, por consiguiente, de toda «elaboración* asociativa». Forman así un «grupo psíquico separado», cargado de afecto, que, si bien no entra en conexión con el conjunto de los contenidos de conciencia, es capaz de unirse a otros grupos formados en estados análogos. Así se constituye una escisión dentro de la vida mental, singularmente manifiesta en los casos de desdoblamiento de la personalidad, que ilustran la disociación del psiquismo en consciente e inconsciente.

Breuer consideró el estado hipnoide como la condición fundamental de la histeria. Freud indicó desde un principio lo que, a su juicio, ofrecía de positivo esta teoría (especialmente en comparación con la de Janet) para explicar la existencia, en el paciente histérico, de una «[...] escisión de la conciencia con formación de grupos psíquicos se-

parados» (2 *a*). Allí donde, según él, invoca Janet «[...] una debilidad innata de la capacidad de síntesis psíquica y un estrechamiento del "campo de conciencia"» (2 *b*) (β), Breuer tiene el mérito de mostrar que la escisión de la conciencia (carácter fundamental de la histeria) encuentra una explicación genética a partir de estos momentos privilegiados que son los estados hipnoides.

Pero Freud no tarda en limitar el alcance de las concepciones de Breuer, creando el concepto de histeria de defensa*.

Finalmente, condenará retrospectivamente y de un modo radical la concepción de Breuer: «La hipótesis de estados hipnoides proviene enteramente de la iniciativa de Breuer. Yo considero el uso de este término como superfluo y equívoco, ya que interrumpe la continuidad del problema referente a la naturaleza del proceso psicológico que interviene en la formación de los síntomas histéricos» (3).

(α) Definición de Moebius (P. J.) en *Über Astasie-Abasie*, 1894, citada por Breuer en sus *Consideraciones teóricas* (*Theoretisches*, 1895) (1 *c*).

(β) En realidad, las tesis de Janet parecen ofrecer otros matices. Por una parte, reconoce la importancia del trauma; por otra, no considera necesariamente innata esta «debilidad mental» (4).

ESTANCAMIENTO DE LA LIBIDO

= *Al.*: Libidostauung. — *Fr.*: state libidinale. — *Ing.*: damming up of libido. — *It.*: stati della libido. — *Por.*: estase da libido.

Proceso económico que Freud supuso podía hallarse en el origen de la entrada en la neurosis o la psicosis: la libido que no encuentra camino hacia la descarga se acumula en las formaciones intrapsíquicas; la energía acumulada se utilizará en la constitución de los síntomas.

El concepto económico de estancamiento de la libido tiene su origen en la teoría de las neurosis actuales*, tal como la expuso Freud en sus primeros trabajos: como factor etiológico de estas neurosis considera una acumulación *(Anhäufung)* de excitaciones sexuales que, en ausencia de una acción específica* adecuada, no encuentran el camino hacia la descarga.

En *Sobre los tipos de adquisición de las neurosis* (*Über neurotische Erkrankungstypen*, 1912), el concepto de estancamiento de la libido se convierte en una noción muy general, ya que se encuentra en los diversos tipos de adquisición de la neurosis distinguidos por Freud: «Son éstos diferentes caminos que conducen a una cierta constelación patógena en la economía psíquica, a saber, el estancamiento de la libido, del cual el yo, con los medios de que dispone, no puede defenderse sin sufrir daño» (1). Con todo, la función etiológica del estancamiento implica algunos matices importantes:

1.° Freud no considera el estancamiento como un factor *primario* en todos los tipos de adquisición de la enfermedad; al parecer, desempeña el papel determinante en los casos más afines a la neurosis actual (*reale*

Versagung [frustración real]). En otros casos, constituye sólo un efecto del conflicto psíquico.

2.° El estancamiento no es en sí patógeno. Puede conducir a comportamientos normales: sublimación, transformación de la tensión actual en actividad que conduce a la obtención de un objeto satisfactorio.

A partir de *Introducción al narcisismo* (*Zur Einführung des Narzissmus*, 1914), el concepto de estancamiento de la libido se extiende al mecanismo de las psicosis: estancamiento de la libido catectizada sobre el yo. «Parece que más allá de cierto grado ya no puede soportarse la acumulación de la libido narcisista» (2). Así, la hipocondría, que tan a menudo se encuentra como fase más o menos transitoria en la evolución esquizofrénica, traduce esta insoportable acumulación de libido narcisista; desde un punto de vista económico, el delirio representa un intento de volver a situar la energía libidinal en un mundo exterior formado de nuevo.

EXPERIENCIA DE SATISFACCIÓN

= *Al.*: Befriedigungserlebnis. — *Fr.*: expérience de satisfaction. — *Ing.*: experience of satisfaction. — *It.*: esperienza di soddisfacimento. — *Por.*: vivência de satisfação.

Tipo de experiencia originaria postulado por Freud, consistente en el apaciguamiento, en el lactante, gracias a una intervención exterior, de una tensión interna creada por la necesidad. La imagen del objeto que satisface adquiere entonces un valor electivo en la constitución del deseo del sujeto. Podrá ser recatectizada en ausencia del objeto real (satisfacción alucinatoria del deseo). Guiará constantemente la búsqueda ulterior del objeto que satisface.

La experiencia de satisfacción no constituye un concepto usual en psicoanálisis, pero hemos creído que, definiéndolo, podríamos aclarar algunos puntos de vista freudianos que son clásicos y fundamentales. Fue descrito y analizado por Freud en el *Proyecto de psicología científica* (*Entwurf einer Psychologie*, 1895); también cita ese concepto, en varias ocasiones, en el capítulo VII de *La interpretación de los sueños* (*Die Traumdeutung*, 1900).

La experiencia de satisfacción va ligada al «desamparo* *(Hilflosigkeit)* original del ser humano» (1 *a*). El organismo no puede provocar la acción específica* capaz de suprimir la tensión resultante del aflujo de las excitaciones endógenas; esta acción requiere la ayuda de una persona exterior (por ejemplo, suministro de alimento); el organismo puede entonces suprimir la tensión.

Más allá de este resultado actual, la experiencia implica varias consecuencias:

1) En lo sucesivo la satisfacción queda unida a la imagen del objeto que ha procurado la satisfacción, así como a la imagen motriz del movimiento reflejo que permitió la descarga. Cuando aparece de nuevo el estado de tensión, la imagen del objeto es recatectizada: «[...] esta reac-

tivación [el deseo] produce ante todo algo similar a la percepción, es decir, una alucinación. Si entonces se desencadena el acto reflejo, inevitablemente se producirá la decepción» (1 *b*).

Ahora bien, en una fase precoz del desarrollo, el sujeto no es capaz de cerciorarse de que el objeto no se encuentra realmente allí. Una catexia demasiado intensa de la imagen produce el mismo «indicio de realidad» que una percepción.

2) El conjunto de esta experiencia (satisfacción real y satisfacción alucinatoria) constituye el fundamento del deseo. En efecto, el deseo tiene su origen en una búsqueda de la satisfacción real, pero se forma según el modelo de la alucinación primitiva.

3) La formación del yo viene a paliar el primer fracaso del sujeto en distinguir entre una alucinación y una percepción. Por su función inhibidora, impide que la recatectización de la imagen del objeto que satisface sea demasiado intensa.

En *La interpretación de los sueños*, Freud describe en forma análoga la vivencia de satisfacción y sus consecuencias, aportando a este respecto dos nuevos conceptos, *identidad de percepción** e *identidad de pensamiento**: el sujeto busca siempre, por caminos directos (alucinación) o indirectos (acción orientada por el pensamiento) una identidad con «la percepción que quedó unida a la satisfacción de la necesidad» (2).

En los trabajos ulteriores, ya no se menciona explícitamente la experiencia de satisfacción. Pero las concepciones de Freud serán siempre las inherentes a esta noción. Remitimos en especial al lector al comienzo del artículo *Formulaciones sobre los dos principios del funcionamiento psíquico* (*Formulierungen über die zwei Prinzzipen des psychischen Geschehens*, 1911), y a *La negación* (*Die Verneinung*, 1925). En este último texto, Freud subraya una vez más el carácter irreductible de la satisfacción originaria y su función decisiva en la búsqueda ulterior de los objetos: «[...] lo que determina la institución de la prueba de realidad es el hecho de haber perdido los objetos que anteriormente habían proporcionado una satisfacción real» (3).

La experiencia de satisfacción (real y alucinatoria) constituye el concepto fundamental de la problemática freudiana de la satisfacción: en ella se articulan el apaciguamiento de la necesidad y el *cumplimiento del deseo** (*véase:* Deseo; Fantasía).

F

FACILITACION

= *Al.:* Bahnung. — *Fr.:* frayage. — *Ing.:* facilitation. — *It.:* facilitatione. — *Por.:* facilitação.

Término utilizado por Freud cuando da un modelo neurológico del funcionamiento del aparato psíquico (1895): la excitación, para pasar de una neurona a otra, debe vencer cierta resistencia; cuando este paso implica una disminución permanente de esta resistencia, se dice que hay facilitación: la excitación escogerá la vía facilitada con preferencia en la que no lo ha sido.

El concepto de facilitación ocupa un lugar central en la descripción del funcionamiento del «aparato neuronal» que dio Freud en su *Proyecto de psicología científica* (*Entwurf einer Psychologie*, 1895). Jones indica que este concepto desempeñaba un papel importante en el libro de Exner publicado un año antes, *Proyecto de una explicación fisiológica de los fenómenos psíquicos* (*Entwurf zu einer physiologischen Erklärung der psychischen Erscheinungen*, 1894) (1). Sin haberlo abandonado, apenas lo usa en sus trabajos metapsicológicos. Sin embargo, volvemos a encontrar el concepto de facilitación cuando, en *Más allá del principio del placer* (*Jenseits des Lustprinzips*, 1920), se ve inducido a utilizar de nuevo un modelo fisiológico (2).

FALICA (MUJER O MADRE)

= *Al.:* phallische (Frau *o* Mutter). — *Fr.:* phallique (femme *o* mère). — *Ing.:* phallic (woman *o* mother). — *It.:* fallica (donna *o* madre). — *Por.:* fálica (mulher *o* mãe).

Mujer fantaseadamente provista de un falo. Esta imagen puede adoptar dos formas principales, según que la mujer se encuentre representada, ya sea como portadora de un falo externo o de un atributo fálico, ya sea como conservando en su interior el falo masculino.

La imagen de mujeres provistas de un órgano sexual masculino se encuentra frecuentemente en psicoanálisis, en los sueños y en las fantasías.

Desde un punto de vista teórico, la imagen de la mujer fálica tiene su fundamento en la patentización progresiva de una «teoría sexual infantil» después de una fase libidinal propiamente dicha, en las cuales únicamente existiría para ambos sexos un solo órgano sexual, el falo (*véase:* Fase fálica).

Según Ruth Mack Brunswick, esta imago se formaría «[...] para asegurar la posesión del pene por la madre y, así, aparecería probablemente en el momento en que el niño comienza a dudar de que la madre lo posea efectivamente. Con anterioridad [...] parece más que probable que el órgano ejecutivo de la madre activa es el pecho; la idea del pene es luego proyectada retrospectivamente sobre la madre activa, una vez reconocida la importancia del falo» (1).

Desde un punto de vista clínico, Freud ha mostrado, por ejemplo, cómo el fetichista encontraba en su fetiche un substitutivo del falo materno cuya ausencia reniega (2).

En otra dirección, los psicoanalistas, siguiendo a F. Boehm, han puesto de manifiesto, especialmente en el análisis de los homosexuales masculinos, la fantasía ansiógena según la cual la madre habría retenido, dentro de su cuerpo, el falo recibido durante el coito (3). Melanie Klein, con la idea de la «imago de los padres acoplados»*, ha dado mayor extensión a este fantasma.

Se observará que, en conjunto, el término «mujer fálica» designa a la mujer *que* posee un falo y no la imagen de la mujer o de la niña *identificada con el* falo (4). Señalemos, por último, que la expresión «mujer fálica» se utiliza a menudo, en sentido figurado, para calificar a una mujer que presenta rasgos de carácter supuestamente masculinos, por ejemplo una mujer autoritaria, pero esto sin que se sepa cuáles son exactamente los fantasmas subyacentes.

FALO

= *Al.:* Phallus. — *Fr.:* phallus. — *Ing.:* phallus. — *It.:* fallo. — *Por.:* falo.

En la antigüedad grecorromana, representación figurada del órgano masculino. En psicoanálisis, el empleo de este término hace resaltar la función simbólica cumplida por el pene en la dialéctica intra- e intersubjetiva, quedando reservado el nombre «pene» para designar más bien el órgano en su realidad anatómica.

Sólo en algunas ocasiones encontramos el término «falo» en los escritos de Freud. En compensación, en su forma adjetiva, lo hallamos en diversas expresiones, principalmente la de «fase fálica»*. En la literatura psicoanalítica contemporánea se constata un empleo cada vez más diferenciado de los términos «pene» y «falo», utilizándose el primero para designar el órgano masculino en su realidad corporal, mientras que el segundo hace resaltar el valor simbólico del mismo.

La organización fálica, que fue reconocida progresivamente por Freud como fase de evolución de la libido en ambos sexos, ocupa un lugar central, en la medida en que es correlativa del complejo de castración e impone el planteamiento y resolución del complejo de Edipo. La alternativa que se ofrece al sujeto en esta fase consta de estos dos términos: tener el falo o estar castrado. Se observa que aquí la oposición no es entre dos términos que designen dos realidades anatómicas, como son el pene y la vagina, sino entre la presencia o la ausencia de un solo término. Esta primacía del falo para los dos sexos es correlativa, para Freud, al hecho de que la niña ignoraría la existencia de la vagina. Aunque el complejo de castración adopte diferentes modalidades en el niño y en la niña, en ambos casos continúa centrado alrededor del único falo, el cual es concebido como separable del cuerpo. En esta perspectiva, el artículo *Sobre las transposiciones de la pulsión y especialmente del erotismo anal* (*Über Triebumsetzungen, insbesondere der Analerotik*, 1917 (1) viene a mostrar cómo el órgano masculino se inscribe en una serie de términos substituibles unos por otros en «ecuaciones simbólicas» (pene = heces = niño = regalo, etc.), términos que tienen en común la propiedad de ser separables del sujeto y susceptibles de poder circular de una persona a otra.

Para Freud, el órgano masculino no es solamente una realidad que puede encontrarse como la referencia última de toda una serie. La teoría del complejo de castración atribuye al órgano masculino un papel preponderante, esta vez como símbolo, en la medida en que su ausencia o su presencia transforma una diferencia anatómica en un criterio fundamental de clasificación de los seres humanos, y también en la medida en que, para cada sujeto, esta presencia o ausencia no es algo obvio, no es reductible a un puro y simple dato, sino que es el resultado problemático de un proceso intra- e intersubjetivo (asunción por el sujeto de su propio sexo). Es sin duda en función de este valor de símbolo que Freud y, en forma más sistemática, el psicoanálisis contemporáneo, habla de falo; se hace entonces referencia, de un modo más o menos explícito, al uso de este término en la Antigüedad, donde designaba la representación figurada, pintada, esculpida, etc., del órgano viril, objeto de veneración que desempeñaba un papel central en las ceremonias de iniciación (Misterios). «En aquella lejana época, el falo en erección simbolizaba la potencia soberana, la virilidad trascendente, mágica o sobrenatural y no la variedad puramente priápica del poder masculino, la esperanza de la resurrección y la fuerza que puede producirla, el principio luminoso que no tolera sombras ni multiplicidad y mantiene la unidad que eternamente mana del ser. Los dioses itifálicos Hermes y Osiris encarnan esta inspiración esencial» (2).

¿Qué debe entonderse aquí por «valor de símbolo»? No es posible asignar al símbolo *falo* una significación alegórica determinada, por muy amplia que sea (fecundidad, potencia, autoridad, etc.). Tampoco puede reducirse lo que simboliza al órgano masculino o pene, tomado en su realidad corporal. En suma, tanto o más que un símbolo (en el sentido de una representación figurada y esquemática del órgano viril), el falo se encuentra como significación, como lo que está simbolizado en las más diversas representaciones; Freud ya indicó, en su teoría del simbo-

lismo, que se trataba de uno de los símbolos universales; creyó encontrar, como *tertium comparationis* entre el órgano viril y lo que lo representa, el rasgo común de ser una cosa pequeña *(das Kleine)* (3 *a*). Pero, en esta misma línea, cabe pensar que lo que caracteriza el falo y se encuentra también en sus diversas metamorfosis figuradas, es el hecho de ser un objeto separable, transformable (y, en este sentido, un objeto parcial*). El hecho, advertido por Freud desde *La interpretación de los sueños* (*Die Traumdeutung*, 1900) (3 *b*, 3 *c*) y ampliamente confirmado por la investigación analítica, de que el sujeto como persona total pueda ser identificado al falo, no invalida la idea precedente: es en aquel momento cuando una persona misma es asimilada a un objeto capaz de ser visto, exhibido, e incluso de circular, de ser dado y recibido. Freud demostró, especialmente en el caso de la sexualidad femenina, cómo el deseo de recibir el falo del padre se transforma en deseo de tener un niño de él. Por lo demás, en relación con este ejemplo, cabría preguntarse si está justificado establecer, en la terminología psicoanalítica, una distinción radical entre pene y falo. El término *Penisneid* (*véase:* Envidia del pene) encierra una ambigüedad que quizá sea fecunda y que no es posible suprimir mediante una distinción esquemática entre, por ejemplo, el deseo de gozar del pene real del hombre en el coito y el deseo de tener el falo (como símbolo de virilidad).

En Francia, J. Lacan ha intentado volver a centrar la teoría psicoanalítica en torno a la noción de falo como «significante del deseo». El complejo de Edipo, tal como ha sido reformulado por este autor, consiste en una dialéctica en la que las principales alternativas son: ser o no ser el falo, tenerlo o no tenerlo, y cuyos tres tiempos están centrados en el lugar que ocupa el falo en el deseo de los tres protagonistas (4).

FANTASÍA

= *Al.:* Phantasie. — *Fr.:* fantasme. — *Ing.:* fantasy *o* phantasy. — *It.:* fantasia. — *Por.:* fantasia.

Guión imaginario en el que se halla presente el sujeto y que representa, en forma más o menos deformada por los procesos defensivos, la realización de un deseo y, en último término, de un deseo inconsciente.

La fantasía se presenta bajo distintas modalidades: fantasías conscientes o sueños diurnos, fantasías inconscientes que descubre el análisis como estructuras subyacentes a un contenido manifiesto, y fantasías originarias.

I. La palabra alemana *Phantasie* designa la imaginación. No tanto la facultad de imaginar en el sentido filosófico del término *(Einbildungskraft)*, como el mundo imaginario, sus contenidos, la actividad creadora que lo anima *(das Phantasieren)*. Freud recogió estos diferentes usos de la lengua alemana.

En francés, el término *fantasme* ha sido utilizado de nuevo por el psicoanálisis y, en consecuencia, está más cargado de resonancias psicoanalíticas que su homólogo alemán. Por otra parte, no corresponde exactamente al término alemán, pues su extensión es menor. Designa una determinada formación imaginaria y no el mundo de las fantasías, la actividad imaginativa en general.

Daniel Lagache ha propuesto volver a utilizar en su antiguo sentido el término «*fantaisie*», que tiene la ventaja de designar tanto la actividad creadora como sus producciones, pero que, para la conciencia lingüística contemporánea, es muy difícil que no sugiera los matices de capricho, originalidad, falta de seriedad, etc.

II. Los términos «fantasía» «actividad fantaseadora», sugieren inevitablemente la oposición entre imaginación y realidad (percepción). Si se hace de esta oposición un eje de referencia fundamental del psicoanálisis, habrá que definir la fantasía como una producción puramente ilusoria que no resistiría a una aprehensión correctora de lo real. Algunos textos de Freud parecen justificar tal orientación. En las *Formulaciones sobre los dos principios del funcionamiento psíquico* (*Formulierungen über die zwei Prinzipen des psychischen Geschehens*, 1911), Freud contrapone al mundo interior, que tiende a la satisfacción por ilusión, un mundo exterior que impone progresivamente al sujeto, por mediación del sistema perceptivo, el principio de realidad.

En igual sentido se invoca a menudo la forma como Freud descubrió la importancia de las fantasías en la etiología de las neurosis: Freud, que en un principio admitió la realidad de las escenas infantiles patógenas halladas en el curso del análisis, habría abandonado definitivamente esta primera convicción, denunciando su «error»: la realidad aparentemente material de estas escenas no era más que «realidad psíquica» (α).

Pero conviene subrayar aquí que la expresión «realidad psíquica» no es simplemente sinónima de mundo interior, campo psicológico, etc. Tomada por Freud en su sentido más fundamental, designa un núcleo, heterogéneo en este campo, resistente, el único verdaderamente «real» en comparación con la mayoría de los fenómenos psíquicos. «¿Es preciso atribuir una *realidad* a los deseos inconscientes? No sabría decirlo. Naturalmente, debe negárseles a todos los pensamientos de transición y de ligazón. Cuando nos encontramos ante deseos inconscientes llevados a su última y más verdadera expresión, nos vemos obligados a decir que la *realidad psíquica* constituye una forma de existencia particular que es imposible confundir con la realidad *material*» (1 *a*).

El esfuerzo de Freud y de toda la reflexión psicoanalítica consiste precisamente en intentar explicar la estabilidad, la eficacia y el carácter relativamente organizado de la vida de fantasía del sujeto. Dentro de esta perspectiva, Freud, desde que centró el interés sobre las fantasías, destacó modalidades típicas de guiones fantaseados, como, por ejemplo, la «novela familiar»*. Rehúsa dejarse encerrar en la oposición entre una concepción que considera la fantasía como un derivado deformado del recuerdo de acontecimientos reales fortuitos, y otra que no atribuiría realidad propia a la fantasía, viendo en ella únicamente una expresión imaginaria destinada a enmascarar la realidad de la dinámica pulsional. Las fantasías típicas halladas por el psicoanálisis condujeron a Freud a postular la existencia de esquemas inconscientes que trascienden lo vi-

vido individual y se transmitirían hereditariamente: las «fantasías originarias».

III. La palabra «fantasía» se utiliza muy extensamente en psicoanálisis. Según algunos autores, esta utilización tendría el inconveniente de no precisar la situación *tópica* (consciente, preconsciente o inconsciente) de la formación que se considera.

Para comprender el concepto freudiano de *Phantasie*, conviene distinguir diversos niveles:

1.° Lo que Freud denomina *Phantasien* son ante todo los sueños diurnos*, escenas, episodios, novelas, ficciones que el sujeto forja y se narra a sí mismo en estado de vigilia. En los *Estudios sobre la histeria* (*Studien über Hysterie*, 1895), Breuer y Freud mostraron la frecuencia y la importancia de esta actividad fantaseadora en el histérico y la describieron como frecuentemente «inconsciente», es decir, produciéndose durante estados de ausencia o estados hipnoides*.

En *La interpretación de los sueños* (*Die Traumdeutung*, 1900) todavía describe Freud las fantasías basándose en el modelo de los sueños diurnos. Las analiza como formaciones de compromiso y muestra que su estructura es comparable a la del sueño. Estas fantasías o sueños diurnos son utilizados por la elaboración secundaria*, factor del trabajo del sueño* que se aproxima mucho a la actividad en vigilia.

2.° Freud utiliza a menudo la expresión «fantasía inconsciente», sin que implique siempre una posición metapsicológica bien establecida. Con ella parece designar a veces un ensueño subliminal, preconsciente, al cual se entrega el sujeto y del que tomará o no conciencia reflexivamente (2). En el artículo *Fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad* (*Hysterische Phantasien und ihre Beziehung zur Bisexualität*, 1908), las fantasías «inconscientes», consideradas precursoras de los síntomas histéricos, se describen como hallándose en íntima conexión con los sueños diurnos.

3.° Dentro de una línea de pensamiento distinta, la fantasía aparece en una relación mucho más íntima con el inconsciente. En el capítulo VII de *La interpretación de los sueños*, Freud sitúa a un nivel inconsciente, en el sentido tópico de esta palabra, ciertas fantasías, las ligadas al deseo inconsciente y que se hallan en el punto de partida del proceso metapsicológico de formación del sueño: la primera parte del «trayecto» que conduce al sueño «[...] va, de forma progresiva, desde las escenas o fantasías inconscientes hasta el preconsciente» (1 *b*).

4.° Por consiguiente, aunque Freud no lo hace explícitamente, se podrían distinguir en su obra varios niveles de la fantasía: consciente, subliminal, inconsciente (β). Pero Freud parece preocupado no tanto en establecer esta distinción, como en recalcar los lazos existentes entre estos diversos aspectos:

a) En el sueño, los ensueños diurnos utilizados por la elaboración secundaria pueden estar en conexión directa con la fantasía inconsciente que constituye el «núcleo del sueño»: «Las fantasías de deseo que el analista descubre en los sueños nocturnos muestran a menudo ser repeticiones y recomposiciones de escenas infantiles; así, en más de un sueño, su fachada nos indica inmediatamente el verdadero núcleo del sueño, que se encuentra deformado porque aparece mezclado con otro material» (3). Por consiguiente, en el trabajo del sueño, la fantasía se halla presente en los dos extremos del proceso: por una parte, está ligada al deseo inconsciente más profundo, al «capitalista» del sueño; por otra, en el otro extremo, se halla presente en la elaboración secundaria. Los dos extremos del sueño y las dos modalidades de fantasías que en él se encuentran parecen, si no juntarse, por lo menos comunicarse interiormente y simbolizarse entre sí.

b) Freud encuentra en la fantasía un *punto privilegiado* donde podría captarse, a lo vivo, el proceso de *paso* entre los diferentes sistemas psíquicos: represión o retorno de lo reprimido. Las fantasías «[...] se aproximan mucho a la conciencia y permanecen allí sin ser perturbadas mientras no posean una catexis intensa, pero cuando sobrepasan un cierto nivel de catexis son nuevamente alejadas» (4 *a*).

c) En la definición metapsicológica más completa que dio Freud, conecta entre sí los aspectos de la fantasía aparentemente más distantes: «Ellas [las fantasías] se hallan, por una parte, altamente organizadas, no son contradictarias, han aprovechado todas las ventajas del sistema *Cs*, y nuestro juicio difícilmente las distinguiría de las formaciones de este sistema; por otra parte, son inconscientes e incapaces de volverse conscientes. Su origen [inconsciente] es lo decisivo para su destino. Podrían compararse a los mestizos, que en conjunto se parecen a los blancos, pero cuyo color de origen se delata por alguna señal sorprendente y que por este hecho permanecen excluidos de la sociedad y no gozan de ninguno de los privilegios reservados a los blancos» (4 *b*).

Parece, pues, que la problemática freudiana de la fantasía no solamente no permite efectuar una distinción de *naturaleza* entre fantasía inconsciente y fantasía consciente, sino que tiende más bien a señalar sus analogías, sus estrechas relaciones, los pasos entre ellas: «Las fantasías claramente conscientes de los perversos (que, en circunstancias favorables, pueden transformarse en comportamientos «organizados»), los temores delirantes de los paranoicos (que son proyectados sobre otros con un sentido hostil), las fantasías inconscientes de los histéricos (que el psicoanálisis descubre detrás de sus síntomas), todas estas formaciones coinciden en su contenido hasta en los menores detalles» (5). En formaciones imaginarias y estructuras psicopatológicas tan diversas como las que aquí cita Freud, pueden encontrarse una misma organización, un mismo arreglo, tanto si son conscientes como inconscientes, realizadas o imaginadas, asumidas por el sujeto o proyectadas sobre otro.

Asimismo, en la cura, el psicoanalista se dedica a descubrir la fantasía subyacente, tras las producciones del inconsciente, como el sueño, el síntoma, el actuar*, las conductas repetitivas, etc. El progreso de la investigación hace aparecer incluso aspectos de la conducta muy alejados de la actividad imaginativa y, a primera vista, gobernados por las solas exigencias de la realidad, como emanaciones, «derivados» de fantasías inconscientes. Desde esta perspectiva, todo el conjunto de la

vida del sujeto aparece como modelado, organizado por lo que podría denominarse, para subrayar su carácter estructurante, *una actividad fantaseadora*. Ésta no debe concebirse únicamente como una temática, aunque estuviera marcada para cada individuo por rasgos eminentemente singulares, sino que comporta un dinamismo propio, en virtud del cual las estructuras fantaseadas intentan expresarse, encontrar una salida hacia la conciencia y la acción, atrayendo constantemente hacia ellas un nuevo material.

IV. La fantasía guarda la más estrecha relación con el deseo; un término freudiano lo atestigua: *Wunschphantasie*, o fantasía de deseo (6). ¿Cómo concebir esta relación? Sabemos que, para Freud, el deseo tiene su origen y su modelo en la *experiencia de satisfacción:** «El primer desear [*Wünschen*] parece haber sido una catexis alucinatoria del recuerdo de la satisfacción» (1 *c*). ¿Equivale esto a decir que las fantasías más primitivas son aquellas que tienden a encontrar de nuevo los objetos alucinatorios ligados a todas las primeras experiencias de aumento y resolución de la tensión interna? ¿Puede decirse que las primeras fantasías son fantasías de objeto, de los objetos fantaseados a los que tendería el deseo como la necesidad tiende a su objeto natural?

A nuestro modo de ver, la relación entre la fantasía y el deseo es más compleja. Incluso en sus formas menos elaboradas, la fantasía aparece como irreductible a una mira intencional del sujeto que desea:

1.° se trata de guiones, aunque se enuncien en una sola frase, de escenas organizadas, susceptibles de ser dramatizadas en forma casi siempre visual;

2.° el sujeto está siempre presente en tales escenas; incluso en la «escena originaria»*, de la que puede parecer excluido, figura de hecho, no sólo como observador, sino como participante que viene, por ejemplo, a perturbar el coito de los padres;

3.° lo representado no es un objeto al cual tiende el sujeto, sino una secuencia de la que forma parte el propio sujeto y en la cual son posibles las permutaciones de papeles y de atribución (véase especialmente el análisis que Freud hizo de la fantasía *Pegan a un niño* (*Ein Kind wird geschlagen*, 1919) y a los cambios sintácticos que experimenta esta frase; véanse también las transformaciones de la fantasía homosexual en el *Caso Schreber*);

4.° en la medida en que el deseo se articula así en la fantasía, ésta es también asiento de operaciones defensivas; da lugar a los procesos de defensa más primitivos, como la vuelta hacia su propia persona, la transformación en lo contrario*, la negación*, la proyección*;

5.° tales defensas, a su vez, se hallan indisolublemente ligadas a la función primaria de la fantasía (la escenificación del deseo), escenificación en la que lo *prohibido* se encuentra siempre presente en la posición misma del deseo.

(α) Repetidas veces Freud describió este giro de su pensamiento (7) en términos que acreditan este punto de vista. Pero un atento estudio de las concepciones freudianas y de su evolución entre 1895 y 1900, muestra que el testimonio del propio Freud, en su esquematismo extremo, no explica la complejidad y la riqueza de sus puntos de vista en cuanto a la naturaleza de la fantasía (para una interpretación de este período, véase Laplanche y Pontalis, *Fantasme originaire, fantasmes des origines, origine du fantasme*, 1964) (8).

(β) Susan Isaacs, en su artículo *Naturaleza y función de la fantasía* (*The Nature and Function of Phantasy*, 1948) (9), propone adoptar las dos grafías *fantasy* y *phantasy* para designar respectivamente «los sueños diurnos conscientes, las ficciones, etcétera», y «[...] el contenido primario de los procesos mentales inconscientes». Este autor piensa así modificar la terminología psicoanalítica, permaneciendo fiel al pensamiento de Freud. Nosotros, por el contrario, creemos que la distinción propuesta no concuerda con la complejidad de los puntos de vista de Freud. Por otra parte, en la traducción de los textos de Freud, la necesidad de elegir, en determinados pasajes, entre «*ph*antasme» y «*f*antasme», conduciría a las interpretaciones más arbitrarias.

FANTASÍAS ORIGINARIAS

= *Al.*: Urphantasien. — *Fr.*: fantasmes originaires. — *Ing.*: primal phantasies. — *It.*: fantasmi (*o* fantasie) originari(e), primari(e). — *Por.*: protofantasias, *o* fantasias primitivas, *u* originárias.

Estructuras fantaseadas típicas (vida intrauterina, escena originaria, castración, seducción) que el psicoanálisis reconoce como organizadoras de la vida de la fantasía, cualesquiera que sean las experiencias personales de los individuos; según Freud, la universalidad de estas fantasías se explica por el hecho de que constituirían un patrimonio transmitido filogenéticamente.

El término *Urphantasien* aparece en los artículos de Freud en 1915: «Estas formaciones fantaseadas (observación de la relación sexual entre los padres, seducción, castración, etc.) las denomino fantasías originarias» (1). Las llamadas fantasías originarias se encuentran de un modo muy general en los seres humanos, sin que puedan referirse siempre a escenas vividas realmente por el individuo; reclamarían, por lo tanto, según Freud, una explicación filogenética, mediante la cual la realidad recobraría sus derechos: así, por ejemplo, la castración habría sido efectivamente practicada por el padre en el pasado arcaico de la humanidad. «Es posible que todas las fantasías que se nos cuentan actualmente en el análisis [...] hayan sido en otra época, en los tiempos primitivos de la familia humana, realidad, y que el niño, al crear fantasías, no haga más que rellenar, con la ayuda de la verdad prehistórica, las lagunas de la verdad individual» (2). En otras palabras, lo que fue realidad de hecho en la prehistoria se habría convertido en realidad psíquica*.

Lo que entiende Freud por fantasías originarias resulta difícil de comprender si se considera aisladamente; en efecto, este concepto es introducido al final de un largo debate sobre los elementos últimos que el psicoanálisis puede sacar a la luz en relación con el origen de la neurosis y, de un modo más general, tras la vida fantasmática de todo individuo.

Muy pronto Freud se esforzó en descubrir acontecimientos arcaicos reales, capaces de suministrar el último fundamento de los síntomas neuróticos. Denomina «escenas originarias» (*Urszenen*) estos acontecimientos reales, traumatizantes, cuyo recuerdo se halla en ocasiones elaborado y enmascarado por fantasías. Entre ellas, hay una que conser-

vará en el lenguaje psicoanalítico el nombre de *Urszene:* la escena del coito parental, que habría presenciado el niño (*véase:* Escena originaria). Se observará que estos acontecimientos primordiales se designan con el nombre de *escenas* y que, desde un principio, Freud se esforzó en destacar, entre ellas, guiones típicos y en número limitado (3).

No podemos reproducir aquí la evolución que condujo a Freud desde esta concepción realista de las «escenas originarias» al concepto «fantasías originarias»; esta evolución, con toda su complejidad, corre pareja con la delimitación del concepto psicoanalítico de fantasía*. Sería demasiado esquemático creer simplemente que Freud abandonó una primera concepción que buscaba la etiología de la neurosis en los traumatismos infantiles contingentes, substituyéndola por otra que, viendo el precursor del síntoma en la fantasía, no reconocería en éste más realidad que la de expresar en forma imaginaria una vida pulsional que en sus líneas generales se hallaría determinada biológicamente. En efecto, el mundo de la fantasía aparece desde un principio en psicoanálisis como dotado de una consistencia, una organización y una eficacia que queda bien expresada por el término «realidad psíquica».

Durante los años 1907-1909, en que el tema de la fantasía suscita la realización de numerosos trabajos, reconociéndose plenamente su eficacia inconsciente, por ejemplo, como subyacente al ataque histérico que lo simboliza, Freud se dedica a sacar a la luz secuencias típicas, guiones imaginarios (novela familiar*) o construcciones teóricas (teorías sexuales infantiles) por medio de las cuales el neurótico y quizá también «todo hijo de los hombres» intenta responder a los grandes enigmas de su existencia.

Con todo, es notable que el pleno conocimiento de la fantasía como un dominio autónomo, explorable, dotado de su propia consistencia, no elimina para Freud el problema de su origen. El ejemplo más llamativo lo proporciona el análisis de *Historia de una neurosis infantil:* Freud intenta establecer la realidad de la escena de observación del coito parental reconstituyéndola en sus menores detalles y, cuando parece conmovido por la tesis junguiana, según la cual tal escena no sería más que una fantasía construida retroactivamente por el sujeto adulto, sigue insistiendo en que la percepción ha suministrado al niño los indicios, pero sobre todo introduce el concepto de fantasía originaria. En este concepto vienen a juntarse la exigencia de encontrar lo que podríamos llamar la «roca» del acontecimiento (y si éste, refractado y como reducido, se esfuma en la historia del individuo, nos remontaremos más allá, hasta la historia de la especie), y la preocupación por basar la estructura de la fantasía sobre algo distinto del acontecimiento. Tal preocupación puede llevar a Freud incluso a afirmar la preponderancia de la estructura presubjetiva sobre la experiencia individual: «Allí donde los acontecimientos no se adaptan al esquema hereditario, experimentan una recomposición en la fantasía [...]. Estos casos son precisamente los más apropiados para mostrarnos la existencia independiente del esquema. A menudo podemos observar que el esquema triunfa sobre la experiencia individual; en nuestro caso, por ejemplo [el de *Historia de una neurosis infantil*], el padre se convierte en castrador y en el que amenaza la sexualidad infantil, a pesar de un complejo de Edipo por lo demás invertido [...]. Las contradicciones que aparecen entre la experiencia y el esquema parecen suministrar amplio material para los conflictos infantiles» (4).

Si pasamos ahora a considerar los temas que se encuentran en las fantasías originarias (escena originaria, castración*, seducción*), nos sorprenderá un carácter común: todas ellas se refieren a los orígenes. Como los mitos colectivos, intentan aportar una representación y una «solución» a lo que para el niño aparece como un gran enigma; dramatizan como momento de emergencia, como origen de una historia, lo que se le aparece al sujeto como una realidad de tal naturaleza que exige una explicación, una «teoría». En la «escena originaria» se representa el origen del sujeto; en las fantasías de seducción, el origen o surgimiento de la sexualidad; en las fantasías de castración, el origen de la diferencia de los sexos.

Para terminar, señalemos que el concepto de fantasía originaria posee un interés central para la experiencia y la teoría psicoanalítica. A nuestro modo de ver, las reservas que suscita la teoría de una transmisión genética hereditaria (α) no deben hacernos considerar igualmente caducada la idea de que existen, en la vida de la fantasía, estructuras irreductibles a las contingencias de lo vivido individual.

(α) En *Fantasme originaire, fantasmes des origines, origine du fantasme* (5), hemos propuesto una interpretación del concepto freudiano «fantasía originaria». La universalidad de estas estructuras debe relacionarse con la que Freud reconoce en el complejo de Edipo (*véase este término*), complejo nuclear cuyo carácter estructurante, *a priori*, él subrayó con frecuencia: «El contenido de la vida sexual infantil consiste en la actividad autoerótica de los componentes sexuales predominantes, en las trazas de amor objetal y en la formación de este complejo que podríamos llamar *complejo nuclear de las neurosis* [...]. El hecho de que generalmente formemos las mismas fantasías relativas a nuestra propia infancia, a pesar de la variabilidad de las aportaciones de la vida real, se explica por la uniformidad de este contenido y por la constancia de las influencias modificadoras ulteriores. Pertenece absolutamente al complejo nuclear de la infancia el hecho de que el padre asuma el papel del enemigo sexual, del que perturba la actividad sexual autoerótica, y la mayoría de las veces la realidad contribuye en gran parte a que esto sea así» (6).

FASE ANAL-SÁDICA

= *Al.:* sadistich-anale Stufe (*o* Phase). — *Fr.:* stade sadique-anal. — *Ing.:* anal-sadistic stage. — *It.:* fase sadico-anale. — *Por.:* fase anal-sádica.

Según Freud, segunda fase de la evolución libidinal, que puede situarse aproximadamente entre dos y cuatro años; se caracteriza por una organización de la libido bajo la primacía de la zona erógena anal; la relación de objeto está impregnada de significaciones ligadas a la función de defecación (expulsión-retención) y al valor simbólico de las heces. En ella se ve afirmarse el sadomasoquismo en relación con el desarrollo del dominio muscular.

Freud comenzó destacando los rasgos de un erotismo anal en el adulto y describiendo su funcionamiento en el niño en la defecación y la retención de las materias fecales (1).

A partir del erotismo anal surgirá la idea de una organización pregenital de la libido. En el artículo *Carácter y erotismo anal* (*Charakter und Analerotik*, 1908) (2), Freud relaciona ya ciertos rasgos de carácter que persisten en el adulto (la tríada: orden, avaricia, obstinación) con el erotismo anal del niño.

En *La predisposición a la neurosis obsesiva* (*Die Disposition zur Zwangsneurose*, 1913), aparece por vez primera el concepto de una *organización pregenital* en la que predominan las pulsiones sádica y erótico-anal; al igual que en la fase genital, existe una relación con el objeto exterior. «Consideramos necesario intercalar otra fase antes de la forma final —fase en la que las pulsiones parciales ya se han reunido para la elección de objeto y éste ya es opuesto y ajeno a la propia persona, pero en la cual todavía no se ha establecido la primacía de las zonas genitales» (3).

En las reformas ulteriores de los *Tres ensayos sobre la teoría sexual* (*Drei Abhandlungen zur Sexualtheorie*, 1915, 1924), la fase anal aparece como una de las organizaciones pregenitales, situadas entre las organizaciones oral y fálica. Es la primera fase en la que se constituye una polaridad actividad-pasividad*: Freud hace coincidir la actividad con el sadismo, y la pasividad con el erotismo anal, y atribuye a cada una de las pulsiones parciales correspondientes una fuente distinta: musculatura para *la pulsión de dominio** (*Bemächtigungstrieb*), y mucosa anal.

En 1924, K. Abraham propuso diferenciar dos fases dentro de la fase anal-sádica, distinguiendo en cada uno de los componentes dos tipos opuestos de comportamiento en relación con el objeto (4). En la primera, el erotismo anal va ligado a la evacuación, y la pulsión sádica a la destrucción del objeto; en la segunda fase, el erotismo anal va ligado a la retención, y la pulsión sádica al control posesivo. Para Abraham, el paso de una fase a la otra constituye un progreso decisivo hacia el amor de objeto, como indicaría el hecho de que la línea de escisión entre las regresiones neuróticas y las psicóticas pasa entre estas dos fases.

¿Cómo concebir la ligazón entre el sadismo y el erotismo anal? El sadismo, por su naturaleza bipolar (puesto que apunta contradictoriamente a destruir el objeto y a conservarlo dominándolo), encontraría su principal correspondencia en el funcionamiento bifásico del esfínter anal (evacuación-retención) y el control de éste.

En la fase anal, se unen a la actividad de la defecación los valores simbólicos del don y del rechazo; dentro de esta perspectiva, Freud puso en evidencia la equivalencia simbólica: heces = regalo = dinero (5).

FASE DEL ESPEJO

= *Al.:* Spiegelstufe. — *Fr.:* stade du miroir. — *Ing.:* mirror's stage. — *It.:* stadio dello specchio. — *Por.:* fase do spelho.

Según J. Lacan, fase de la constitución del ser humano, situada entre los 6 y 18 primeros meses (α); el niño, todavía en un estado de impotencia e incoordinación motriz, anticipa imaginariamente la aprehensión y dominio de su unidad corporal. Esta unificación imaginaria se efectúa por identificación con la imagen del semejante como forma total; se ilustra y se actualiza por la experiencia concreta en que el niño percibe su propia imagen en un espejo.

La fase del espejo constituiría la matriz y el esbozo de lo que será el yo.

La concepción de la fase del espejo constituye una de las aportaciones más antiguas de J. Lacan, quien la presentó en 1936 al Congreso Internacional de Psicoanálisis celebrado en Marienbad (1 *a*).

Esta concepción reúne y se basa en cierto número de datos experimentales:

1) Datos proporcionados por la psicología infantil y la psicología comparada, referentes al comportamiento del niño ante su imagen reflejada en el espejo (2). Lacan insiste en «[...] la asunción triunfal de la imagen, con la mímica gozosa que la acompaña y la complacencia lúdica en el control de la identificación especular» (3 *a*).

2) Datos proporcionados por la etología animal y que muestran algunos efectos de maduración y de estructuración biológica producidos exclusivamente por la percepción visual del semejante (3 *b*).

La importancia de la fase del espejo en el ser humano debe relacionarse, según Lacan, con la prematuridad del nacimiento (β), demostrada objetivamente por el estado anatómicamente incompleto del sistema piramidal, y por la falta de coordinación motriz de los primeros meses (γ).

1.° Desde el punto de vista de la estructura del sujeto, la fase del espejo señalaría un momento genético fundamental: la constitución del primer esbozo del yo. En efecto, el niño percibe, en la imagen del semejante o en su propia imagen especular, una forma (*Gestalt*) en la cual anticipa (de ahí su «gozo») una unidad corporal que objetivamente le falta: se identifica con esta imagen. Esta experiencia primordial se encuentra en la base del carácter imaginario del yo, constituido en principio como «yo ideal» y «matriz de las identificaciones secundarias» (1 *b*). Como puede apreciarse, desde este punto de vista, el sujeto no puede reducirse al yo, instancia imaginaria en la cual tiende a alienarse.

2.° Según Lacan, la relación intersubjetiva, en cuanto viene marcada por los efectos de la fase del espejo, constituye una relación imaginaria, dual, consagrada a la tensión agresiva, donde el yo está constituido como un otro, y el otro como un *alter ego* (*véase:* Imaginario).

3.° Tal concepción podría relacionarse con los puntos de vista freudianos acerca del paso del autoerotismo* (anterior a la constitución de un yo) al narcisismo* propiamente dicho, correspondiendo lo que Lacan denomina *fantasías* de «cuerpo fragmentado» a la primera etapa, y la fase del espejo a la aparición del narcisismo primario. Pero con un matiz importante: para Lacan, sería la fase del espejo la que haría surgir retroactivamente la fantasía del cuerpo fragmentado. Tal relación dialéctica se observa en la cura psicoanalítica: en ocasiones se ve aparecer la angustia de la fragmentación por pérdida de la identificación narcisista, y a la inversa.

(α) El término «fase» (período que vuelve) es, sin duda, más adecuado que el de estadio (etapa de una maduración psicobiológica); así lo ha indicado el propio J. Lacan (1957).

(β) Ya Freud insistió sobre esta idea fundamental del estado incompleto del ser humano en el momento de su nacimiento. Véase nuestro comentario a Desamparo y especialmente el pasaje que allí citamos de *Inhibición, síntoma y angustia* (*Hemmung, Symptom und Angst*, 1926).

(γ) Podríamos remitirnos a lo que los embriólogos, singularmente Louis Bolk (1866-1930), han escrito sobre la fetalización (4).

FASE FALICA

= *Al.:* phallische Stufe (o Phase). — *Fr.:* stade phallique. — *Ing.:* phallic stage (o phase). — *It.:* fase fallica. — *Por.:* fase fálica.

Fase de organización infantil de la libido que sigue a las fases oral y anal y se caracteriza por una unificación de las pulsiones parciales bajo la primacía de los órganos genitales; pero, a diferencia de la organización genital puberal, el niño o la niña no reconocen en esta fase más que un solo órgano genital, el masculino, y la oposición de los sexos equivale a la oposición fálico-castrado. La fase fálica corresponde al momento culminante y a la declinación del complejo de Edipo; en ella predomina el complejo de castración.

El concepto de fase fálica (α) surge tardíamente en Freud, puesto que no aparece de modo explícito hasta 1923 (*La organización genital infantil* [*Die infantile Genitalorganisation*]). Viene preparado por la evolución de las ideas de Freud referentes a los modos sucesivos de organización de la libido y por sus puntos de vista acerca de la primacía del falo*: dos líneas de pensamiento que distinguiremos para mayor claridad de nuestra exposición.

1.° Acerca del primer punto, recordemos que Freud, en un principio (1905), consideró la falta de organización de la sexualidad infantil como el rasgo que la diferenciaba de la sexualidad postpuberal: el niño no sale de la anarquía de las pulsiones parciales hasta que, con la llegada de la pubertad, queda asegurada la primacía de la zona genital. La introducción de las organizaciones pregenitales anal y oral (1913, 1915) pone implícitamente en tela de juicio el privilegio, hasta entonces concedido a la zona genital, de organizar la libido; pero no se trata todavía más que de «rudimentos y fases precursoras» (1 *a*) de una organización* en el pleno sentido de esta palabra. «La combinación de las pulsiones parciales y su subordinación bajo la primacía de los órganos genitales no se realiza o sólo tiene lugar de forma muy incompleta» (1 *b*). Cuando Freud introduce el concepto de fase fálica, reconoce la existencia, desde la infancia, de una verdadera organización de la sexualidad, muy parecida a la del adulto, «[...] la cual merece ya el nombre de genital, en la que encontramos un objeto sexual y una cierta convergencia de las tendencias sexuales sobre este objeto, pero que se diferencia en un aspecto esencial de la organización definitiva que se produce con la maduración sexual: en efecto, no conoce más que una sola clase de órgano genital, el órgano masculino» (1 *c*).

2.° Esta idea de una primacía del falo se insinúa ya en textos muy anteriores a 1923. A partir de los *Tres ensayos sobre la teoría sexual* (*Drei Abhandlungen zur Sexualtheorie*, 1905) encontramos dos tesis:

a) La libido es «de naturaleza masculina, tanto en la mujer como en el hombre» (1 *d*);

b) «La zona erógena directriz en la niña se localiza en el clítoris, que es el órgano homólogo de la zona genital masculina (glande)» (1 *e*, 2).

El análisis del *Pequeño Hans*, en el cual se establece el concepto de complejo de castración, sitúa en primer plano para el niño la alternativa: poseer un falo o estar castrado. Finalmente, el artículo sobre las *Teorías sexuales infantiles* (*Über infantile Sexualtheorien*), si bien considera, al igual que los *Tres ensayos*, la sexualidad desde el punto de vista del niño varón, subraya el interés particular que la niña concede al pene, su envidia de éste y su sentimiento de haber sido perjudicada en comparación con el niño.

Lo más importante acerca de la concepción freudiana de la fase fálica se encuentra en tres artículos: *La organización genital infantil* (*Die infantile Genitalorganisation*, 1923); *La declinación del complejo de Edipo* (*Der Untergangs des Ödipuskomplexes*, 1924); *Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica de los sexos* (*Einige psychische Folgen des anatomischen Geschlechtsunterschieds*, 1925). Esquemáticamente, la fase fálica, según Freud, puede definirse del siguiente modo:

1.° Desde el punto de vista genético, el «par antitético» actividad-pasividad*, que predomina en la fase anal, se transforma en el par fálico-castrado; sólo en la pubertad se establece la oposición masculinidad-feminidad*.

2.° En relación con el complejo de Edipo, la existencia de una fase fálica desempeña un papel esencial: en efecto, la declinación del Edipo (en el caso del niño) viene condicionada por la amenaza de castración, cuya eficacia depende, por una parte, del interés narcisista que el niño siente por su propio pene, y, por otra, del descubrimiento de la falta de pene en la niña (*véase:* Complejo de castración).

3.° Existe una organización fálica en la niña. La constatación de la diferencia de los sexos suscita una *envidia del pene**; ésta implica, desde el punto de vista de la relación con los padres, un resentimiento hacia la madre, que no ha dado pene a la niña, y la elección del padre como objeto de amor, en la medida en que él puede dar el pene o su equivalente simbólico, el niño. Así, pues, la evolución de la niña no es simétrica de la del niño (según Freud, la niña ignora la existencia de la vagina); la evolución de ambos se centra igualmente en el órgano fálico.

La significación de la fase fálica, especialmente en la niña, ha dado lugar a importantes discusiones en la historia del psicoanálisis. Los autores que admiten la existencia, en la niña, de sensaciones sexuales específicas desde un principio (como K. Horney, M. Klein, E. Jones), en especial un conocimiento intuitivo primario de la cavidad vaginal, se ven

inducidos a considerar la fase fálica sólo como una formación secundaria de tipo defensivo.

(α) También puede emplearse el término «posición fálica», el cual subraya el hecho de que se trata de un momento intersubjetivo integrado en la dialéctica del Edipo, más que de un estadio propiamente dicho de la evolución libidinal.

FASE LIBIDINOSA

= *Al.:* Libidostufe (*o* -phase). — *Fr.:* stade libidinal. — *Ing.:* libidinal stage (*o* phase). — *It.:* fase libidica. — *Por.:* fase libidinal.

Etapa del desarrollo del niño caracterizada por una organización, más o menos marcada, de la libido bajo la primacía de una zona erógena y por el predominio de un modo de relación de objeto. En psicoanálisis se ha dado una mayor extensión a la noción de fase, al intentar definir las fases de la evolución del yo.

Cuando se habla de fase en psicoanálisis, se alude generalmente a las fases de la evolución libidinosa. Pero se observará que, ya antes de que comenzara a destacarse el concepto de organización de la libido, se manifestó la preocupación de Freud por diferenciar «edades de la vida», «épocas», «períodos del desarrollo»; ello corre parejas con el descubrimiento de que las distintas afecciones psiconeuróticas tienen su origen en la infancia. Así, alrededor de los años 1896-1897, Freud, en su correspondencia con W. Fliess, de quien es sabido que elaboró una teoría de los períodos (1), intenta establecer una sucesión de épocas, en la infancia y la pubertad, cuyas fechas pueden fijarse con mayor o menor precisión; este intento se halla en íntima relación con el concepto de posterioridad* y con la teoría de la seducción*, que fue entonces elaborada por Freud. En efecto, algunas de las épocas consideradas («época del acontecimiento», *Ereigniszeiten*) son aquellas en las que se producen las «escenas sexuales», mientras que otras son «épocas de represión» (*Verdrängungszeiten*). Freud relaciona la «elección de la neurosis» con esta sucesión: «Las diferentes neurosis hallan sus condiciones temporales en las escenas sexuales [...]. Las épocas de represión son indiferentes para la elección de la neurosis, las épocas del acontecimiento son decisivas» (2 *a*). Por último, el paso de una época a otra es puesto en relación con la diferenciación del aparato psíquico* en sistemas de «inscripciones», y el paso de una época a otra y de un sistema a otro se compara a una «traducción» que puede efectuarse con mayor o menor éxito (2 *b*).

Pronto surge la idea de relacionar la sucesión de estos diversos períodos con el predominio y el abandono de «zonas sexuales» o «zonas erógenas» determinadas (región anal, región bucofaríngea y, en la niña, región clitorídea); Freud lleva bastante lejos esta tentativa teórica, como lo demuestra la carta del 14-XI-1897: el proceso de la represión llamado normal se pone en estrecha relación con el abandono de una zona por otra, la «declinación» de una determinada zona sexual.

Tales concepciones anticipan en muchos puntos lo que habría de ser, en su forma más completa, la teoría de las fases libidinosas. Pero resulta sorprendente comprobar que, después de la primera exposición

efectuada por Freud de la evolución de la sexualidad, desaparecen para ser redescubiertas y precisadas ulteriormente. En la edición de 1905 de los *Tres ensayos sobre la teoría sexual* (*Drei Abhandlungen zur Sexualtheorie*), la principal oposición se sitúa entre la sexualidad puberal y adulta, por una parte, organizada bajo la primacía genital, y la sexualidad infantil, por otra, cuyas metas sexuales son múltiples, al igual que las zonas erógenas que les sirven de soporte, sin que se instaure en modo alguno la primacía de una de ellas o una elección de objeto. Sin duda, Freud acentúa especialmente esta oposición, debido al carácter didáctico que ofrece la obra en cuestión y también por la originalidad de la tesis que defiende: el carácter originalmente perverso y polimorfo de la sexualidad (*véase:* Sexualidad; Autoerotismo).

Progresivamente, entre 1913 y 1923, esta tesis es modificada por la introducción del concepto de fases pregenitales que preceden a la instauración de la fase genital: fase oral*, anal*, fálica*.

Lo que caracteriza estas fases es un determinado modo de organización* de la vida sexual. El concepto de la primacía de una *zona* erógena no es suficiente para explicar lo que hay de estructurante y de normativo en el concepto de fase: ésta tiene su fundamento en un tipo de actividad, ligada ciertamente a una zona erógena, pero que puede reconocerse a diferentes niveles de la relación de objeto*. Así, la incorporación, característica de la fase oral, sería un esquema que se encontraría también en muchos fantasmas subyacentes a actividades distintas de la nutrición (por ejemplo, «comer con los ojos»).

Si el concepto de fase ha encontrado, en psicoanálisis, su modelo en el registro de la evolución de la actividad libidinal, se observará que se han bosquejado también otras varias líneas evolutivas:

1.ª Freud indicó una sucesión temporal en cuanto al acceso al objeto libidinal, pasando el sujeto sucesivamente por el autoerotismo*, el narcisismo*, la elección homosexual y la elección heterosexual (3);

2.ª otra dirección conduce a reconocer distintas etapas en la evolución que desemboca en un predominio del principio de realidad sobre el principio de placer. Un ensayo sistemático en este sentido lo efectuó Ferenczi (4);

3.ª algunos autores estiman que sólo la formación del yo* puede explicar el paso del principio de placer al principio de realidad. El yo «[...] entra en el proceso como una variable independiente» (5). El desarrollo del yo es el que permite la diferenciación entre sí mismo y el mundo exterior, el aplazamiento de la satisfacción, el control relativo sobre los estímulos pulsionales, etc.

Freud, aunque indicó el interés que tendría determinar con precisión la evolución y las fases del yo, no trabajó en esta dirección. Por lo demás, señalemos que, cuando evoca el problema, por ejemplo, en *La predisposición a la neurosis obsesiva* (*Die Disposition zur Zwangsneurose*, 1913), el concepto de yo todavía no ha sido delimitado en el sentido tópico preciso que adquirirá en *El yo y el ello* (*Das Ich und das Es*, 1923).

Freud supone que es preciso introducir «[...] en la predisposición a la neurosis obsesiva un matiz temporal en el desarrollo del yo con respecto al desarrollo de la libido»; pero indica que «[...] hasta ahora es muy poco lo que sabemos acerca de las fases del desarrollo de las pulsiones del yo» (6).

Asimismo se observará que Anna Freud, en *El Yo y los mecanismos de defensa* (*Das Ich und die Abwehrmechanismen*, 1936) (7), renuncia a establecer una sucesión temporal en la aparición de los mecanismos de defensa del yo.

¿Qué visión de conjunto se puede lograr acerca de estas distintas líneas de pensamiento? La tentativa más comprensiva de establecer una correspondencia entre estos diversos tipos de fases fue la de Abraham (*Ensayo de historia del desarrollo de la libido basada en el psicoanálisis de los trastornos psíquicos* [*Versuch einer Entwicklunggeschichte der Libido auf Grund der Psychoanalyse seelischer Störungen*, 1924]) (8); Robert Fliess completó el cuadro propuesto por Abraham (9).

Conviene subrayar que Freud no se ocupó de elaborar una teoría holística de las fases que agrupara, no sólo la evolución de la libido, sino también la de las defensas, del yo, etc.; una teoría de este tipo, presidida por el concepto de relación de objeto, termina por englobar, dentro de una sola línea genética, la evolución del conjunto de la personalidad. A nuestro modo de ver, no se trata aquí simplemente de que el pensamiento de Freud quedara incompleto, sino que para él, de hecho, el desfasaje y la posibilidad de una dialéctica entre estas distintas líneas evolutivas son fundamentales en el determinismo de la neurosis.

En este sentido, incluso aunque la teoría freudiana sea una de las que, en la historia de la psicología, más ha contribuido a promover el concepto de fase, al parecer no utiliza, en su inspiración fundamental, esta palabra en el sentido que le atribuye la psicología genética, al postular, en cada nivel de evolución, una estructura de conjunto de carácter integrativo (10).

FASE ORAL

= *Al.*: orale Stufe (*o* Phase). — *Fr.*: stade oral. — *Ing.*: oral Stage. — *It.*: fase orale. — *Por.*: fase oral.

Primera fase de la evolución libidinosa: el placer sexual está ligado entonces predominantemente a la excitación de la cavidad bucal y de los labios, que acompaña a la alimentación. La actividad de nutrición proporciona las significaciones electivas mediante las cuales se expresa y se organiza la relación de objeto; así, por ejemplo, la relación de amor con la madre se hallará marcada por las significaciones: comer, ser comido.

Abraham propuso subdividir esta fase atendiendo a dos actividades distintas: succión (fase oral precoz) y mordedura (fase oral sádica).

En la primera edición de los *Tres ensayos sobre la teoría sexual* (*Drei Abhandlungen zur Sexualtheorie*, 1905), describe Freud una sexualidad oral que pone en evidencia en el adulto (actividades perversas o preliminares) y que encuentra también en el niño basándose en las observaciones del pediatra Lindner (significación masturbatoria de la succión del pulgar) (1 *a*). No obstante, no habla de *fase*, de organización oral, como tampoco habla de organización anal.

Con todo, la actividad del chupeteo adquiere, desde esta época, el valor de ejemplo, permitiendo a Freud mostrar cómo la pulsión sexual, que al principio se satisface en apoyo* sobre una función vital, adquiere una autonomía y se satisface en forma autoerótica. Por otra parte, la experiencia de satisfacción*, que proporciona el prototipo de la fijación del deseo a un determinado objeto, es una experiencia oral; por consiguiente, se puede establecer la hipótesis de que el deseo y la satisfacción quedan marcados para siempre por esta primera experiencia.

En 1915, después de haber reconocido la existencia de la organización anal, Freud describe como primera fase de la sexualidad la fase oral o canibalística. La fuente es la zona oral; el objeto se encuentra en estrecha relación con el de la alimentación, el fin es la incorporación* (1 *b*). Así, pues, el acento no se hace recaer solamente en una zona erógena (una excitación y un placer específicos), sino también en un modo de relación, la incorporación; el psicoanálisis muestra que ésta, en los fantasmas infantiles, no solamente es relacionada con la actividad bucal, sino que se transpone también a otras funciones (por ejemplo, respiración, visión).

Según Freud, la oposición entre actividad* y pasividad, que caracteriza la fase anal, no existe en la fase oral. Karl Abraham intentó diferenciar los tipos de relación que intervienen en el período oral, lo que le condujo a distinguir una fase precoz de succión preambivalente (que parece la más próxima a lo que Freud describió en un principio como fase oral) y una fase oral-sádica* que corresponde a la aparición de los dientes, en la cual la actividad de mordedura y devoramiento implica una destrucción del objeto; en ella se encuentra conjuntamente el fantasma de ser comido, destruido por la madre (2).

El interés concedido a las relaciones de objeto condujo a algunos psicoanalistas (especialmente Melanie Klein, Bertram Lewin) a describir en forma más compleja las significaciones connotadas en el concepto de fase oral.

FASE ORAL-SADICA

= *Al.*: oral-sadistische Stufe (*o* Phase). — *Fr.*: stade sadique-oral. — *Ing*: oral-sadistic stage. — *It.*: fase sadico-orale. — *Por.*: fase oral-sádica.

Segundo tiempo de la fase oral, según una subdivisión introducida por K. Abraham; coincide con la aparición de los dientes y de la actividad de mordedura. Aquí la incorporación adquiere el sentido de una destrucción del objeto, lo que implica que la ambivalencia entra en juego en la relación de objeto.

En *Ensayo de una historia de desarrollo de la libido basada en el psicoanálisis de los trastornos psíquicos* (*Versuch einer Entwicklungsgeschichte der Libido auf Grund der Psychoanalyse seelischer Störungen*, 1924), K. Abraham distingue, dentro de la fase oral, una fase precoz de

succión, «preambivalente», y una fase oral-sádica que corresponde a la aparición de los dientes; la actividad de mordedura y devoramiento implica una destrucción del objeto y aparece la ambivalencia* pulsional (libido y agresividad dirigidas sobre un mismo objeto).

Con Melanie Klein se atribuye una importancia creciente al sadismo oral. En efecto, para esta autora la fase oral constituye el momento culminante del sadismo infantil. Pero, a diferencia de Abraham, hace intervenir desde un principio las tendencias sádicas: «[...] la agresividad forma parte de la relación precoz del niño con el pecho, aunque en esta fase no se exprese habitualmente por la mordedura» (1). «El deseo libidinoso de mamar se acompaña de la meta destructiva de aspirar, de vaciar, de agotar succionando» (2). Aunque M. Klein discute la distinción de Abraham entre una fase oral de succión y una fase oral de mordedura, el conjunto de la fase oral es para la autora una fase oral-sádica.

FASE U ORGANIZACIÓN GENITAL

= *Al.:* genitale Stufe (*o* Genitalorganisation). — *Fr.:* stade (*u* organisation) génital(e). — *Ing.:* genital stage (*u* organization). — *It.:* fase (*u* organizzazione) genitale. — *Por.:* fase (*u* organização(genital.

Fase del desarrollo psicosexual caracterizada por la organización de las pulsiones parciales bajo la primacía de las zonas genitales; comporta dos tiempos, separados por el período de latencia: la fase fálica (u organización genital infantil) y la organización genital propiamente dicha, que se instaura en la pubertad.

Algunos autores reservan el término «organización genital» para designar este último tiempo, incluyendo la fase fálica en las organizaciones pregenitales.

Según atestigua la primera edición de los *Tres ensayos sobre la teoría sexual* (*Drei Abhandlungen zur Sexualtheorie*, 1905), para Freud no existía al principio más que una sola organización de la sexualidad, la organización genital, que se instauraba en la pubertad y se oponía a la «perversidad polimorfa» y al autoerotismo* de la sexualidad infantil. Luego, Freud modifica progresivamente esta primera concepción:

1) describe organizaciones pregenitales (1913, 1915: *véase:* Organización);

2) en un capítulo añadido a los *Tres ensayos*, *Fase de desarrollo de la organización sexual*, establece la idea de que, desde la infancia, tiene lugar una elección de objeto sexual: «[...] todas las tendencias sexuales convergen hacia una sola persona y buscan en ésta su satisfacción. Se realiza así, durante los años infantiles, la forma de sexualidad que más se aproxima a la forma definitiva de la vida sexual. La diferencia [...] se reduce a que, en el niño, todavía no se ha realizado la síntesis de las pulsiones parciales, ni su sumisión completa a la primacía de la zona genital. Sólo la última fase del desarrollo sexual traerá consigo la afirmación de esta primacía» (1).

3) Vuelve a poner en tela de juicio la teoría enunciada en esta última frase al reconocer la existencia de una «organización genital» llamada fálica, antes del período de latencia, que sólo se diferenciaría de la organización genital postpuberal en que un solo órgano genital es el que cuenta para ambos sexos: el falo* (1923) (*véase:* Fase fálica).

Como puede verse, la evolución de las ideas de Freud acerca del desarrollo psicosexual le condujo a aproximar cada vez más la sexualidad infantil a la sexualidad adulta. No desaparece, sin embargo, la primera idea, según la cual con la organización genital puberal las pulsiones parciales se unifican y jerarquizan definitivamente, y el placer inherente a las zonas erógenas no genitales se vuelve «preliminar» al orgasmo, etc.

Freud también señaló insistentemente que la organización genital infantil se caracteriza por una discrepancia entre las exigencias edípicas y el grado de desarrollo biológico (2).

FENÓMENO FUNCIONAL

= *Al.:* funktionales Phänomen. — *Fr.:* phénomène fonctionnel. — *Ing.:* functional phenomenon. — *It.:* fenomeno funzionale. — *Por.:* fenômeno funcional.

Fenómeno descubierto por Herbert Silberer (1909) en los estados hipnagógicos y en el sueño: se trata de la transposición en imágenes, no del contenido del pensamiento del sujeto, sino del modo de funcionamiento actual de dicho pensamiento.

Las ideas de Silberer sobre el tema del fenómeno funcional experimentaron una evolución. Este autor partió de la observación de los estados hipnagógicos, en los que ve una experiencia privilegiada que permite observar el nacimiento de los símbolos (o fenómeno «autosimbólico»). Distingue tres tipos de fenómenos: *material*, se simboliza el objeto del pensamiento, aquello a lo que apunta; *funcional*, lo que se representa es el funcionamiento actual del pensamiento, su rapidez o su lentitud, su éxito o su fracaso, etc.; *somático*, simbolización de las impresiones corporales (1).

Silberer piensa que esta distinción es válida para toda manifestación en la que se encuentren símbolos, especialmente para el sueño. Al atribuir al «fenómeno material» únicamente la simbolización de los objetos del pensamiento y de la representación, clasifica en definitiva en el fenómeno funcional todo lo que simboliza «el estado, la actividad, la estructura de la Psiquis» (2 *a*). Los afectos, tendencias, intenciones, complejos, «partes del alma» (especialmente la censura) se traducen por símbolos, a menudo personificados. La «dramatización» del sueño resume este aspecto funcional. Como puede verse, Silberer generaliza al extremo la idea de una representación simbólica del estado *hic et nunc* de la conciencia imaginadora.

Por último, Silberer estima que, en el simbolismo, especialmente en el sueño, existe una tendencia a pasar de lo material a lo funcional, una tendencia a la generalización, en virtud de la cual se pasa «[...] de un tema particular cualquiera al conjunto de todos los temas similares por su afecto o, como también podría decirse, al tipo psíquico del acontecimiento vivido en cuestión» (2 *b*). Así, un objeto alargado que, en un primer tiempo, simboliza un falo podrá terminar (tras una serie de eta-

pas intermedias cada vez más abstractas) por significar el sentimiento de potencia en general. El fenómeno simbólico se hallaría, pues, espontáneamente orientado en una dirección que la *interpretación anagógica** vendrá a reforzar.

Freud reconoció en el fenómeno funcional «[...] una de las raras adiciones a la doctrina de los sueños cuyo valor es incontestable. Él [Silberer] ha demostrado la intervención de la autoobservación (en el sentido del delirio paranoico) en la formación del sueño» (3). Freud quedó convencido por el carácter experimental del descubrimiento de Silberer, pero limitó el alcance del fenómeno funcional a los estados intermedios entre la vigilia y el sueño o, en éste, a «la autopercepción del sueño o del despertar» que en ocasiones puede producirse y que atribuye al *censor del sueño*, al superyó.

Critica la extensión adquirida por este concepto: «[...] se ha llegado a hablar de fenómeno funcional cada vez que aparecen en el contenido de los pensamientos latentes del sueño actividades intelectuales o procesos afectivos, aun cuando este material tiene el mismo derecho que cualquier otro resto diurno a penetrar en el sueño» (4). Así, pues, aparte de casos excepcionales, lo funcional, a igual título que los estímulos corporales, se adscribe de nuevo a lo material; el camino seguido por Freud es inverso al de Silberer.

Para una crítica de la concepción ampliada de Silberer, resulta útil consultar el estudio de Jones *La teoría del simbolismo* (*The Theory of Symbolism*, 1916) (5).

FIJACIÓN

= *Al.:* Fixierung. — *Fr.:* fixation. — *Ing.:* fixation. — *It.:* fissazione. — *Por.:* fixação.

La fijación hace que la libido se una fuertemente a personas o a imagos, reproduzca un determinado modo de satisfacción, permanezca organizada según la estructura característica de una de sus fases evolutivas. La fijación puede ser manifiesta y actual o constituir una virtualidad prevalente que abre al sujeto el camino hacia una regresión.

El concepto de fijación forma parte, en general, de una concepción genética que implica una progresión ordenada de la libido (fijación a una fase). Pero, aparte de toda referencia genética, también se habla de fijación dentro de la teoría freudiana del inconsciente, para designar el modo de inscripción de ciertos contenidos representativos (experiencias, imagos, fantasías) que persisten en el inconsciente en forma inalterada, y a los cuales permanece ligada la pulsión.

El concepto de fijación se encuentra constantemente en la doctrina psicoanalítica, para explicar el siguiente dato manifiesto de la experiencia: el neurótico, o de un modo más general todo sujeto humano, se halla marcado por experiencias infantiles, permanece ligado en forma más o menos disfrazada a modos de satisfacción, tipos de objeto o de relación arcaicos; la cura psicoanalítica atestigua tanto la influencia y la repetición de las experiencias pasadas como la resistencia del sujeto a desprenderse de ellas.

El concepto de fijación no contiene en sí mismo un principio explicativo; en cambio, su valor descriptivo es incontestable. Por ello, Freud

lo pudo utilizar en los diversos momentos de la evolución de su pensamiento refiriéndose a lo que, en la historia del sujeto, ha constituido el origen de la neurosis. Así, Freud definió sus primeras concepciones etiológicas haciendo intervenir fundamentalmente la idea de una «fijación al trauma» (1 *a*, 2); con los *Tres ensayos sobre la teoría sexual* (*Drei Abhandlungen zur Sexualtheorie*, 1905), se relaciona la fijación con la teoría de la libido y se define por la persistencia, singularmente manifiesta en las perversiones, de caracteres anacrónicos de la sexualidad: el sujeto continúa practicando ciertos tipos de actividad, o bien permanece ligado a ciertas características del «objeto», de los que se puede encontrar el origen en un momento especial de la vida sexual infantil. Aunque no se niega el papel del trauma, éste interviene aquí sobre la base de una sucesión de experiencias sexuales, viniendo a favorecer la fijación en un determinado punto.

Con el desarrollo de la teoría de las fases* de la libido, particularmente de las fases pregenitales*, el concepto de fijación adquiere nueva extensión: puede referirse no solamente a un fin o a un objeto* libidinal parcial, sino a toda una estructura de la actividad característica de una determinada fase (*véase:* Relación de objeto). Así, la fijación a la fase anal se hallaría en el origen de la neurosis obsesiva y de un determinado tipo de carácter.

En *Más allá del principio del placer* (*Jenseits des Lustprinzips*, 1920) (3), Freud se referirá de nuevo al concepto de fijación al trauma como a uno de los hechos que no se explican completamente por la persistencia de un modo de satisfacción libidinal y que obligan a postular la existencia de una compulsión a la repetición*.

La fijación libidinal desempeña un papel preponderante en la etiología de los diversos trastornos psíquicos, por lo cual se ha visto la necesidad de precisar su función en los mecanismos neuróticos:

La fijación se encuentra en el origen de la *represión** y puede considerarse incluso como el primer tiempo de la represión en sentido amplio: «[...] la corriente libidinal (que ha experimentado una fijación) se comporta con respecto a las formaciones psíquicas ulteriores como una corriente perteneciente al sistema del inconsciente, como una corriente reprimida» (4 *a*). Esta «represión originaria»* condiciona la represión en sentido estricto, que sólo es posible por la acción conjunta, sobre los elementos a reprimir, de una repulsión por parte de una instancia superior y de una atracción por parte de lo que ya había sido anteriormente fijado (5 *a*).

Por otra parte, la fijación prepara las posiciones sobre las cuales se producirá la regresión* que se encuentra, bajo diversos aspectos, en las neurosis, las perversiones y las psicosis.

Las *condiciones* de la fijación son, según Freud, de dos tipos: por una parte viene provocada por diferentes factores históricos (influencia de la constelación familiar, trauma, etc.); por otra, es favorecida por factores constitucionales: un determinado componente pulsional parcial puede poseer mayor fuerza que otro; pero además puede existir en ciertos individuos una «viscosidad*» general de la libido (1 *b*) que los predispone a defender «[...] cada posición libidinal, una vez alcanzada, por

miedo a salir perdiendo al abandonarla, y no encontrar en la posición siguiente un substitutivo plenamente satisfactorio» (6).

La fijación se invoca a menudo en psicoanálisis, pero su naturaleza y significación no están bien determinadas. Freud utiliza en ocasiones este concepto, como lo hace con el de regresión, de forma descriptiva. En los textos más explícitos, la fijación se relaciona generalmente con ciertos fenómenos biológicos en los que subsisten, en el organismo adulto, vestigios de la evolución ontofilogenética. Por consiguiente, desde este punto de vista genético, se trataría de una «inhibición del desarrollo», de una irregularidad genética, de un «retardo pasivo» (4 *b*).

Esta concepción tiene su origen y su campo de elección en el estudio de las perversiones. En efecto, una primera aproximación parece confirmar el hecho de que persisten sin variación ciertos esquemas de comportamiento que el sujeto puede volver a utilizar. Algunas perversiones que se desarrollan en forma continua desde la infancia proporcionarían incluso el ejemplo de una fijación que conduce al síntoma sin que sea necesario aducir la regresión.

Con todo, a medida que se desarrolla la teoría de las perversiones, parece dudoso que pueda reconocerse en éstas el modelo de una fijación equiparable a la simple persistencia de un vestigio genético. El hecho de que se encuentren en el origen de las perversiones conflictos y mecanismos similares a los de la neurosis pone en tela de juicio la aparente simplicidad del concepto de fijación (*véase:* Perversión).

La originalidad del empleo psicoanalítico del concepto de fijación, en relación con ideas como la de una persistencia de esquemas de comportamiento que se han vuelto anacrónicos, se pone de manifiesto al examinar las modalidades del uso de esta palabra por Freud. Esquemáticamente puede decirse que Freud habla unas veces de fijación *de* (por ejemplo, fijación de un recuerdo, de un síntoma), otras veces de fijación (de la libido) *a* (fijación a una fase, a un tipo de objeto, etc.). La primera acepción evoca el empleo que hace de este término la teoría psicológica de la memoria, que distingue varios tiempos: fijación, conservación, evocación, reconocimiento del recuerdo. Pero se observará que Freud entiende esta fijación en forma muy realista: se trata de una verdadera inscripción *(Niederschrift)* de huellas en series de sistemas mnémicos, huellas que pueden «traducirse» de un sistema al otro; en la carta a Fliess del 6-XII-1896 se encuentra ya elaborada toda una teoría de la fijación: «Cuando falta la transcripción siguiente, la excitación es liquidada según las leyes psicológicas válidas para el período psíquico anterior y según las vías que a la sazón se hallaban disponibles. Persiste así un anacronismo, en una cierta provincia se hallan todavía en vigor los fueros [antiguas leyes que siguen vigentes en ciertas ciudades o regiones de España]; de este modo encontramos "supervivencias"». Por otra parte, este concepto de una fijación de las representaciones* es correlativo con el de una fijación de la excitación *a* éstas. Tal idea, que se halla en la base de la concepción freudiana, encuentra su mejor expresión en la teoría más completa que Freud dio de la represión: «Tenemos razones para admitir una *represión originaria*, una primera fase de la represión consistente en que el representante psíquico (representante-representativo) de la pulsión ve negado el acceso a la conciencia. Con ello se produce una *fijación;* el representante correspondiente persiste, a partir de entonces, en forma inalterable, y la pulsión permanece ligada a él» (5 *b*).

Ciertamente, el sentido genético de la fijación no ha sido abandonado en esta formulación, pero halla su fundamento en la búsqueda de momentos originarios en los que se incriben de modo indisoluble en el inconsciente, ciertas representaciones electivas y en los que la pulsión misma se fija a sus representantes psíquicos, constituyéndose quizá, en virtud de este mismo proceso, como pulsión.

FIN O META PULSIONAL

= *Al.:* Ziel (Triebziel). — *Fr.:* but (-pulsionnel). — *Ing.:* aim (instinctual aim). — *It.:* meta (istintuale *o* pulsionale). — *Por.:* alvo *o* meta impulsor(a) *o* pulsional.

Actividad hacia la que empuja la pulsión y que conduce a una resolución de la tensión interna; esta actividad está sostenida y orientada por fantasías.

El concepto «fin o meta pulsional» se halla ligado al análisis freudiano del concepto «pulsión» en sus distintos elementos: presión*, fuente*, fin y objeto* (1 *a*, 2 *a*).

En sentido amplio, puede decirse que el fin pulsional es unívoco: en todos los casos se trata de la satisfacción, es decir, según la concepción económica de Freud, una descarga no cualitativa de energía, regida por el «principio de constancia»*. No obstante, incluso cuando habla de «meta final» *(Endziel)* de la pulsión, Freud entiende por tal una meta específica, ligada a una pulsión determinada (2 *b*). Esta meta final puede alcanzarse por medios, o «fines intermedios», más o menos intersubstituibles; pero desde los *Tres ensayos sobre la teoría de la sexualidad* (*Drei Abhandlungen zur Sexualtheorie*, 1905) se afirma el concepto de una especificidad del fin de cada pulsión parcial: «El fin sexual de la pulsión infantil consiste en provocar la satisfacción mediante la excitación apropiada de alguna zona erógena» (1 *b*). Este concepto parece tener su origen en el *Proyecto de psicología científica* (*Entwurf einer Psychologie*, 1895) bajo la forma de «la acción específica», única capaz de suprimir la tensión interna. Se reafirma más explícitamente en la edición de 1915 de los *Tres ensayos:* «Lo que distingue unas pulsiones de otras y las dota de propiedades específicas es su relación con sus fuentes sexuales y con sus metas» (1 *c*).

Estos trabajos afirman al mismo tiempo la existencia de una estrecha ligazón entre la meta y la fuente, que la mayoría de las veces está representada por una zona erógena* «[...] [en la sexualidad infantil] el fin sexual se halla bajo el dominio de una zona erógena» (1 *d*). Y también: «[...] la meta a la que tiende cada una de [las pulsiones sexuales] es la consecución del placer de órgano* *(Organlust)*» (2 *c*). Así, la meta correspondiente a la pulsión oral será la satisfacción ligada a la

actividad de succión. Y a la inversa, el fin pulsional permite conocer la fuente de la pulsión*, en el sentido del proceso orgánico que tiene lugar en el órgano erógeno: «[...] aun cuando su origen a partir de la fuente somática sea el factor absolutamente determinante de la pulsión, ésta sólo podemos conocerla, en el psiquismo, por sus fines [...]. Con frecuencia, es posible deducir con certeza las fuentes de la pulsión a partir de sus fines» (2 *d*).

La fuente sería, pues, la *ratio essendi* del fin, y éste la *ratio cognoscendi* de la fuente. ¿Cómo conciliar esta rigurosa determinación recíproca con la existencia de aquellas «desviaciones del fin sexual» a las que Freud dedica un capítulo entero de los *Tres ensayos*? La intención de Freud en este texto consiste en mostrar que (contrariamente a la opinión usual) la sexualidad abarca un territorio mucho más extenso que el acto sexual adulto considerado normal, es decir, limitado a una sola fuente (el aparato genital) y a un solo fin: «la unión sexual o, al menos, los actos que conducen a ésta» (1 *e*). Las «desviaciones» que señala Freud no constituyen modificaciones del fin de una misma pulsión parcial, sino las distintas variedades posibles de fines sexuales. Éstas son, ya fines ligados a las *fuentes*, a las zonas erógenas, distintas de la zona genital (por ejemplo el beso, ligado a la zona oral), ya modificaciones del acto sexual que implican un desplazamiento del *objeto*. (Así, Freud describe el fetichismo entre las «desviaciones del fin», aunque reconoce que, de hecho, se trata en esencia de una «desviación» relativa al objeto.) (1 *f*).

El punto de vista expuesto en *Las pulsiones y sus destinos* (*Triebe und Triebschicksale*, 1915) es muy distinto. No se trata de efectuar un inventario de las variantes del fin sexual en general, sino de mostrar cómo puede transformarse el fin de una *pulsión parcial determinada*. Dentro de esta perspectiva, Freud se ve inducido a establecer una distinción entre las pulsiones autoeróticas y las pulsiones dirigidas desde un principio hacia el objeto (sadismo y «pulsión scoptofílica»). En los primeros, «[...] el papel de la fuente orgánica es determinante, hasta el punto de que, según una hipótesis seductora de P. Federn y L. Jekel, la forma y la función del órgano deciden la actividad o la pasividad del fin pulsional» (2 *e*). Solamente en los segundos existe esa modificación del fin que consiste en la «transformación en lo contrario» (transformación del sadismo en masoquismo y del voyeurismo en exhibicionismo); pero conviene señalar que este cambio de fin se halla de nuevo estrechamente ligado a un cambio de objeto: la «vuelta hacia la propia persona» (2 *f*).

En la sublimación*, la modificación pulsional consiste esencialmente en un cambio de fin. Pero también aquí este cambio viene condicionado por una modificación de los restantes elementos de la pulsión: cambio de objeto, substitución de una pulsión por otra (reemplazamiento por una pulsión de autoconservación, con la cual la pulsión sexual funcionaba en apoyo*) (1 *g*, 2 *g*).

Como puede verse, si nos atenemos a las categorías que hace intervenir explícitamente la concepción freudiana, el concepto de fin se encuentra como dividido entre los dos conceptos de fuente y de objeto de la pulsión. Si lo definimos por su estrecha ligazón con la fuente orgánica, el fin pulsional queda entonces especificado de forma muy precisa, aunque bastante pobre: es la succión para la boca, la visión para el ojo, el «dominio» para la musculatura, etc. Si se considera, como invita a hacerlo la evolución de la teoría psicoanalítica, cada tipo de actividad sexual en su relación con el tipo de objeto al que se dirige, entonces el concepto de fin pulsional desaparece en beneficio del de «relación de objeto»*.

Sin duda, las dificultades inherentes al problema del fin pulsional podrían explicarse por lo que hay de equívoco en su concepto mismo de pulsión; en efecto, Freud sitúa en esta misma categoría la pulsión sexual y la pulsión de autoconservación, mientras que toda su teoría de la sexualidad muestra sus básicas diferencias en cuanto a su funcionamiento y, en especial, en su fin, es decir, en lo que conduce a la satisfacción de uno y de otro.

Si el fin de una pulsión de autoconservación sólo puede comprenderse como una acción específica* que da fin a un estado de tensión provocado por la necesidad, localizable en un determinado aparato somático y que exige, por supuesto, una realización efectiva (por ejemplo, aporte de alimento), el fin de la pulsión sexual es mucho más difícil de determinar. En efecto, éste (en la medida en que primeramente se confunde, en el apoyo*, con la función de autoconservación, y emerge al desprenderse de ésta) halla su satisfacción en una actividad a la vez marcada por la función vital que le ha servido de soporte y desfasada, profundamente pervertida, con relación a ésta. En este desplazamiento se inserta una actividad fantaseadora que puede incluir elementos representativos a menudo muy alejados del prototipo corporal (*véase*: Autoerotismo; Apoyo; Pulsión; Sexualidad).

FORMACIÓN DE COMPROMISO O TRANSACCIONAL

= *Al.*: Kompromissbildung. — *Fr.*: formation de compromis. — *Ing.*: compromise-formation. — *It.*: formazione di compromesso. — *Por.*: transação o formação de compromisso.

Forma que adopta lo reprimido para ser admitido en lo consciente, retornando en el síntoma, en el sueño y, de un modo más general, en toda producción del inconsciente: las representaciones reprimidas se hallan deformadas por la defensa hasta resultar irreconocibles. De este modo, en la misma formación, pueden satisfacerse (en un mismo compromiso) a la vez el deseo inconsciente y las exigencias defensivas.

Basándose en el estudio del mecanismo de la neurosis obsesiva, Freud dedujo la idea de que los síntomas llevan en sí mismos la huella del conflicto defensivo* del cual resultan. En las *Nuevas observaciones sobre las psiconeurosis de defensa* (*Weitere Bemerkungen über die Abwehr-Neuropsychosen*, 1896), Freud indica que el retorno del recuerdo reprimido tiene lugar de un modo deformado en las representaciones obsesivas; éstas constituyen «[...] formaciones *transaccionales* entre las representaciones reprimidas y represoras» (1).

Esta idea de trasacción o compromiso se amplió rápidamente a todo síntoma, al sueño, al conjunto de las producciones del inconsciente. Se

encuentra desarrollada en el capítulo XXIII de las *Lecciones de introducción al psicoanálisis* (*Vorlesungen zur Einführung in die Psychoanalyse*, 1916-1917). Freud subraya que los síntomas neuróticos «son el resultado de un conflicto [...]. Las dos fuerzas separadas se encuentran de nuevo en el síntoma y se reconcilian, por así decirlo, mediante el compromiso que representa la formación de síntomas. Esto explica la resistencia del síntoma: éste es mantenido desde ambos lados» (2 *a*).

Toda manifestación sintomática, ¿es un compromiso? El valor de esta idea es indiscutible. Pero clínicamente se encuentran casos en los que se manifiestan de forma predominante, unas veces la defensa, otras el deseo, hasta el punto de que, por lo menos en un primer análisis, parece tratarse de defensas no contaminadas absolutamente por aquello contra lo que actúan y, a la inversa, otras veces parece tratarse de un retorno de lo reprimido en el que el deseo se expresaría sin compromiso. Tales casos constituirían los extremos de una gradación en el compromiso que debe entenderse como una serie complementaria*: «[...] los síntomas tienen por fin, ya sea una satisfacción sexual, ya sea una defensa contra ésta y, de un modo general, el carácter positivo de la realización de deseo predomina en la histeria, y el carácter negativo, ascético, en la neurosis obsesiva» (2 *b*).

FORMACIÓN REACTIVA

= *Al.*: Reaktionsbildung. — *Fr.*: formation réactionnelle. — *Ing.*: reaction-formation. — *It.*: formazione reattiva. — *Por.*: formação reativa *o* de reação.

Actitud o hábito psicológico de sentido opuesto a un deseo reprimido y que se ha constituido como reacción contra éste (por ejemplo, pudor que se opone a tendencias exhibicionistas).

En términos económicos, la formación reactiva es una contracatexis de un elemento consciente, de fuerza igual y dirección opuesta a la catexis inconsciente.

Las formaciones reactivas pueden ser muy localizadas y manifestarse por un comportamiento particular, o generalizadas harta constituir rasgos de carácter más o menos integrados en el conjunto de la personalidad.

Desde el punto de vista clínico, las formaciones reactivas pueden adquirir valor de síntoma por lo que representan de rígido, de forzado, de compulsivo, por sus fracasos accidentales, y por el hecho de que a veces conducen directamente a un resultado opuesto al que conscientemente se busca (*summum jus, summa injuria*).

Desde que efectuó las primeras descripciones de la neurosis obsesiva, Freud puso en evidencia un mecanismo psíquico particular que consiste en luchar directamente contra la representación penosa, substituyéndola por un «síntoma primario de defensa» o «contrasíntoma» consistente en rasgos de personalidad (escrupulosidad, pudor, desconfianza de sí mismo) que se hallan en contradicción con la actividad sexual infantil a la que en un principio se había entregado el sujeto durante un primer período llamado «de inmoralidad infantil». Se trata de una «defensa exitosa», en la medida en que los elementos que intervienen en el conflicto, tanto la representación sexual como el «reproche» que ésta suscita, han sido globalmente excluidos de la conciencia en favor de virtudes morales llevadas al extremo (1).

A partir de entonces, el psicoanálisis seguirá confirmando la importancia, dentro del cuadro clínico de la neurosis obsesiva, de las citadas defensas, cuyo calificativo de «reactivas» subraya el hecho de que se hallan directamente en oposición con la realización del deseo, tanto por su significación como desde el punto de vista económico-dinámico.

En la neurosis obsesiva las formaciones reactivas adquieren la forma de rasgos de carácter, de alteraciones* del yo, que constituyen dispositivos de defensa en los que desaparece la singularidad de las representaciones y de las fantasías implicadas en el conflicto: así, un determinado individuo mostrará, *en general*, compasión por los seres vivos, mientras que su agresividad inconsciente se dirige a algunas personas determinadas. La formación reactiva constituye una contracatexis permanente. «El sujeto que ha elaborado formaciones reactivas no desarrolla ciertos mecanismos de defensa para utilizarlos cuando amenaza un peligro pulsional; ha cambiado la estructura de su personalidad, como si este peligro se hallara siempre presente, para estar preparado en cualquier momento en que el peligro aparezca» (2). Las formaciones reactivas son especialmente manifiestas en el «carácter anal» (*véase:* Neurosis de carácter).

El mecanismo de la formación reactiva no es específico de la estructura obsesiva. Se encuentra también de un modo especial en la histeria, pero «[...] debe subrayarse que, a diferencia de lo que sucede en la neurosis obsesiva, estas formaciones reactivas no presentan [entonces] el aspecto general de rasgos del carácter, sino que se limitan a relaciones totalmente electivas. Así, por ejemplo, la mujer histérica que trata a sus hijos, que en el fondo odia, con excesiva ternura, no por ello se vuelve, en conjunto, más amante que otras mujeres, ni tampoco más cariñosa hacia los demás niños» (3 *a*).

La palabra misma, *formación* reactiva, invita a relacionarla con otros modos de formación de síntoma*: formación substitutiva* y formación de compromiso*. En teoría, la distinción es fácil de establecer: así como en la formación de compromiso se encuentra siempre la satisfacción del deseo reprimido conjugada con la acción de la defensa (por ejemplo, en una obsesión), en la formación reactiva sólo aparece, y de un modo singularmente manifiesto, la oposición a la pulsión (por ejemplo, actitud de extrema limpieza que oculta por completo la tendencia del erotismo anal). Pero aquí se trata más bien de *modelos* de mecanismo. De hecho, en una determinada formación reactiva, puede apreciarse la acción de la pulsión contra la cual se defiende el sujeto: por una parte, dicha pulsión irrumpe con brusquedad en determinados momentos o en ciertos sectores de la actividad del sujeto, y precisamente estos flagrantes fracasos, que contrastan con la rigidez de la actitud mostrada por el sujeto, permiten atribuir al correspondiente rasgo de personalidad un valor sintomático; por otra parte, en el ejercicio de la virtud que ostenta, el sujeto, impulsando sus actos hasta sus últimas consecuencias, satisface también la pulsión antagonista, que termina infiltrando todo el sistema defensivo. El ama de casa apasionada por la limpieza ¿no centra su existencia en torno al polvo y a la suciedad? El jurista que lleva al

extremo y de forma escrupulosa su ansia de equidad puede mostrarse, por esto mismo, sistemáticamente indiferente a los problemas reales que le plantea la defensa de quienes recurren a él, satisfaciendo así, bajo la máscara de la virtud, sus tendencias sádicas...

Yendo más lejos, puede insistirse aún más sobre la relación existente entre la pulsión y la formación reactiva y ver en ésta una expresión casi directa del conflicto entre dos mociones pulsionales opuestas, conflicto ambivalente en su raíz: «[...] una de las dos mociones que se enfrentan, por lo general la moción amorosa, se ve enormemente reforzada, mientras que la otra desaparece» (3 *b*). Según esto, la formación reactiva podría definirse como una utilización por el yo de la oposición inherente a la ambivalencia* pulsional.

¿Puede extenderse este concepto más allá del ámbito claramente patológico? Freud, cuando introduce el término en los *Tres ensayos sobre la teoría sexual* (*Drei Abhandlungen zur Sexualtheorie*, 1905), establece el papel que desempeñan las formaciones reactivas en el desarrollo de todo individuo humano, en cuanto se construyen durante el período de latencia: «[...] las excitaciones sexuales despiertan contrafuerzas (mociones reactivas), que, para poder reprimir eficazmente este displacer (resultante de la actividad sexual) establecen los diques psíquicos [...]; repugnancia, pudor, moralidad» (4 *a*). En este sentido, pues, Freud subrayó el papel que desempeña el proceso de formación reactiva, junto a la sublimación, en la edificación de las características y de las virtudes humanas (4 *b*). Cuando se introduzca el concepto de superyó*, una parte importante en su génesis se atribuirá al mecanismo de la formación reactiva (5).

FORMACIÓN DE SÍNTOMA

= *Al.*: Symtombildung. — *Fr.*: formation de symptome. — *Ing.*: symptom-formation. — *It.*: formazione di sintomo. — *Por.*: formação de sintoma.

Término utilizado para designar el hecho de que el síntoma psiconeurótico es el resultado de un proceso especial, de una elaboración psíquica.

Este término, que se encuentra repetidas veces a lo largo de toda la obra de Freud, subraya el hecho de que la formación de los síntomas psiconeuróticos debe considerarse como una fase específica en la génesis de la neurosis. Al principio, Freud parece haber dudado en considerarla como fase esencialmente diferente a la de defensa, pero, finalmente, asimila la formación de síntoma al retorno de lo reprimido y la considera como un proceso distinto; siendo los factores que dan al síntoma su forma específica relativamente independientes de los factores que se hallan en juego en el conflicto defensixo «¿[...] coincide el mecanismo de la formación de síntoma con el de la represión? Es más probable que sean muy diferentes y que no sea la represión en sí la que produce formaciones substitutivas y síntomas, sino que éstos sean los indicios de un *retorno de lo reprimido* y deban su existencia a otros

procesos completamente distintos» (1) (*véase:* Retorno de lo reprimido; Elección de la neurosis).

En sentido amplio, la formación de síntoma comprende no sólo el retorno de lo reprimido en forma de «formaciones substitutivas»* o de «formaciones de compromiso»*, sino también las «formaciones reactivas»* (2).

En relación con estos varios términos, hagamos observar que la palabra alemana *Bildung* (formación) designa, en el empleo freudiano, tanto el proceso como el resultado de éste.

FORMACIÓN SUSTITUTIVA

= *Al.*: Ersatzbildung. — *Fr.*: formation substitutive. — *Ing.*: substitutive formation. — *It.*: formazione sostitutiva. — *Por.*: formação substitutiva.

Designa los síntomas o formaciones equivalentes, como los actos fallidos, los chistes, etc., en tanto que reemplazan los contenidos inconscientes.

Esta sustitución debe entenderse en un doble sentido: ***económico,*** **por cuanto el síntoma aporta una satisfacción que reemplaza al deseo inconsciente;** ***simbólico,*** **al ser sustituido el contenido inconsciente por otro siguiendo ciertas líneas asociativas.**

Cuando Freud, en *Inhibición, síntoma y angustia* (*Hemmung, Symptom und Angst*, 1926) vuelve a examinar en su conjunto el problema de la formación de los síntomas neuróticos asimila éstos a formaciones sustitutivas «[...] que reemplazan el proceso pulsional que ha sufrido la acción [de la defensa]» (1). Esta idea es muy antigua en Freud; se encuentra ya en sus primeros trabajos, expresada también por el término *Surrogat* (sucedáneo), por ejemplo, en *Las psiconeurosis de defensa* (*Die Abwehr-Neuropsychosen*, 1894) (2).

¿En qué consiste la sustitución? Ante todo puede entenderse, dentro de la teoría económica de la libido, como sustitución de una satisfacción, ligada a una reducción de las tensiones, por otra. Pero no puede comprenderse esta sustitución dentro de un registro puramente cuantitativo; en efecto, el psicoanálisis muestra la existencia de conexiones asociativas entre el síntoma y lo que éste sustituye: *Ersatz* adquiere entonces el sentido de sustitución simbólica, producto del desplazamiento y de la condensación que determinan la singularidad del síntoma.

El término «formación sustitutiva» debe relacionarse con los de formación transaccional* y formación reactiva*. Todo síntoma, en cuanto es producto del conflicto defensivo, constituye una formación transaccional. En la medida en que es principalmente el deseo el que busca su satisfacción en el síntoma, éste aparece sobre todo como formación sustitutiva; por el contrario, en las formaciones reactivas lo que prevalece es el proceso defensivo.

FRUSTRACIÓN

= *Al.:* Versagung. — *Fr.:* frustration. — *Ing.:* frustration. — *It.:* frustrazione. — *Por.:* frustração.

Condición del sujeto que ve rehusada o se rehúsa la satisfacción de una demanda pulsional.

El uso, reforzado por el auge del concepto de frustración en la literatura de lengua inglesa, ha hecho que el término alemán *Versagung* se traduzca la mayoría de las veces por frustración. Pero esta traducción requiere algunas observaciones:

1) La psicología contemporánea, de modo especial en las investigaciones acerca del aprendizaje, tiende a asociar frustración y gratificación y a definirlas como la condición de un organismo sometido respectivamente a la ausencia o a la presencia de un estímulo agradable. Esta concepción puede relacionarse con algunos puntos de vista de Freud, especialmente aquellos en los que parece asimilar la frustración a la ausencia de un objeto externo susceptible de satisfacer la pulsión. En este sentido, en su trabajo *Formulaciones sobre los dos principios del funcionamiento psíquico* (*Formulierungen über die zwei Prinzipen des psychischen Geschehens*, 1911), contrapone las pulsiones de autoconservación, que reclaman un objeto exterior, a las pulsiones sexuales, que pueden satisfacerse durante mucho tiempo en forma autoerótica y en forma de fantasías: solamente los primeros podrían ser frustrados (1).

2) Pero la mayoría de las veces el término freudiano *Versagung* posee otras implicaciones: designa, no solamente un dato fáctico, sino una relación que implica el acto de rehusar (como indica la raíz *sagen*, que significa *decir*) por parte del agente y una exigencia más o menos formulada como demanda por parte del sujeto.

3) El término «frustración» parece indicar que el sujeto es frustrado pasivamente, mientras que *Versagung* no designa en absoluto *quién* rehúsa. En algunos casos parece predominar el sentido reflexivo de *privarse de* (renunciar).

Estas reservas (α) nos parecen justificadas por los diversos textos que Freud dedicó al concepto *Versagung*. En *Sobre los tipos de adquisición de las neurosis* (*Über neurotische Erkrankungstypen*, 1912), Freud habla de *Versagung* para designar todo obstáculo (externo o interno) a la satisfacción libidinal. Diferenciando entre el caso en el que la neurosis es desencadenada por una carencia en la realidad (por ejemplo, pérdida de un objeto amoroso) y aquel en que el sujeto, a consecuencia de conflictos internos o de una fijación, se rehúsa a las satisfacciones que la realidad le ofrece, Freud considera que *Versagung* es un concepto capaz de englobarlos. Relacionando los distintos modos de formación de la neurosis, se deduciría, por consiguiente, la idea de que lo que se ha modificado es una *relación*, un cierto equilibrio que dependía a la vez de las circunstancias exteriores y de las peculiaridades de la persona.

En las *Lecciones de introducción al psicoanálisis* (*Vorlesungen zur Einfürhung in die Psychoanalyse*, 1916-1917) Freud subraya que una privación externa no es por sí misma patógena, salvo cuando afecta a «la única satisfacción que el sujeto exige» (2).

Los casos paradójicos de «individuos que enferman en el momento de alcanzar el éxito» (3) patentizan el papel preponderante de la «frustración interna»; aquí se ha dado un paso más: lo que el sujeto se rehúsa es la satisfacción efectiva de su deseo.

De estos textos se desprende que lo que interviene en la frustración, según Freud, no es tanto la carencia de un objeto real como la respuesta a una exigencia que implica una determinada forma de satisfacción o que no puede recibir satisfacción de ninguna clase.

Desde un punto de vista técnico, la idea de que la neurosis viene condicionada por la *Versagung* constituye la base de la regla de abstinencia*; conviene rehusar al paciente las satisfacciones substitutivas que podrían apaciguar su exigencia libidinal: el analista debe mantener la frustración (4).

(α) Dada la generalidad de su empleo y la dificultad de encontrar un equivalente válido para todos los casos, independientemente del contexto, conservamos el vocablo *frustración* como traducción de *Versagung*.

FUENTE DE LA PULSIÓN

= *Al.:* Triebquelle. — *Fr.:* source de la pulsion. — *Ing.:* source of the instinct. — *It.:* fonte dell'istinto *o* della pulsione. — *Por.:* fonte do impulso *o* da pulsão.

Origen interno específico de cada pulsión determinada, ya sea el *lugar* donde aparece la excitación (zona erógena, órgano, aparato), ya sea el *proceso* somático que se produciría en aquella parte del cuerpo y se percibiría como excitación.

El sentido de la palabra *fuente* se va diferenciando, dentro de la obra de Freud, a partir de su empleo metafórico corriente. En los *Tres ensayos sobre la teoría sexual* (*Drei Abhandlungen zur Sexualtheorie*, 1905), Freud enumera, bajo el epígrafe «fuentes de la sexualidad infantil», fenómenos muy distintos, pero que finalmente se clasifican en dos grupos: excitación de zonas erógenas por diversos estímulos, y «fuentes indirectas», tales como: «la excitación mecánica», «la actividad muscular», «los procesos afectivos», «el trabajo intelectual» (1). Este último tipo de fuentes no da origen a una pulsión parcial determinada, sino que contribuye a aumentar «la excitación sexual» en general.

Dado que Freud efectúa en este artículo una enumeración exhaustiva de los factores internos y externos que desencadenan la excitación sexual, parece perder validez la idea de que la pulsión corresponde a una tensión de origen interno. Esta última idea se hallaba presente desde el *Proyecto de psicología científica* (*Entwurf einer Psychologie*, 1895) (2): el aflujo de excitaciones endógenas (*endogene Reize*) somete al organismo a una tensión de la cual no puede escapar, como escapa, por medio de la huida de las excitaciones externas.

En *Las pulsiones y sus destinos* (*Triebe und Triebschicksale*, 1915),

Freud procede a un análisis más metódico de los diversos aspectos de la pulsión parcial: fuente y empuje, fin y objeto. Esta distinción es válida para todas las pulsiones, pero se aplica especialmente a las pulsiones sexuales.

Aquí, la fuente adquiere un sentido preciso que enlaza con los puntos de vista del primer escrito metapsicológico de 1895: es la fuente interior del organismo, la «fuente orgánica» *(Organquelle)*, «fuente somática» *(somatische Quelle)* (3 *a*). Entonces el término «fuente» designa, en ocasiones, el órgano mismo que es asiento de la excitación. Pero, de un modo más preciso, Freud reserva este término para designar el proceso orgánico, físico-químico, que se encuentra en el origen de esta excitación. La fuente es, por consiguiente, el momento somático, no psíquico, «[...] cuya excitación [*Reiz*] está representada en la vida psíquica por la pulsión» (3 *b*). Este proceso somático es inaccesible a la psicología y casi siempre desconocido, pero sería específico de cada pulsión parcial* y determinaría su fin* particular.

Freud se propone asignar a cada pulsión una fuente determinada: además de las zonas erógenas*, que constituyen las fuentes de pulsiones bien definidas, la musculatura sería la fuente de la pulsión de apoderamiento*, el ojo, la fuente de la «pulsión de ver» *(Schautrieb)* (3 *c*).

Dentro de esta evolución, el concepto de fuente se fue precisando cada vez más hasta volverse unívoco: la especificidad de las pulsiones sexuales se atribuye, en último análisis, a la especificidad de un proceso orgánico. En una sistematización coherente, sería preciso asimismo atribuir cada pulsión de autoconservación a una fuente distinta. Cabe preguntarse si esta fijación de la terminología no ha zanjado al mismo tiempo en forma unilateral el problema teórico del origen de las pulsiones sexuales. Así, en los *Tres ensayos*, la enumeración de las «fuentes de la sexualidad infantil» conducía al concepto de que la pulsión sexual surge como efecto paralelo, como producto marginal *(Nebenwirkung, Nebenprodukt)* (1 *b*) de diversas actividades no sexuales: tal es el caso de las fuentes llamadas «indirectas», pero lo mismo sucede en el funcionamiento de las zonas erógenas (a excepción de la zona genital), en las que la pulsión sexual se apoya (*véase:* Apoyo) en un funcionamiento ligado a la autoconservación. El carácter común a todas estas «fuentes» lo constituye, por tanto, el hecho de que no engendran la pulsión sexual como su producto natural y específico, en forma similar a como un órgano segrega su producto, sino como un efecto sobreañadido de una función vital. Es el conjunto de esta función vital (que a su vez puede comprender una fuente, un empuje, un fin y un objeto) lo que constituiría el origen, la «fuente», en sentido amplio, de la pulsión sexual.

La libido se califica de oral, anal, etc., por el modo de relación que le proporciona una determinada actividad vital (así, por ejemplo, amar, en la fase oral, se constituye en la forma comer-ser comido).

G

GENITAL (AMOR)

= *Al.:* genitale Liebe. — *Fr.:* amour génital. — *Ing.:* genital love. — *It.:* amore genitale. — *Por.:* amor genital.

Término frecuentemente utilizado en el lenguaje psicoanalítico contemporáneo para designar la forma de amor a la que llegaría el sujeto al completar su desarrollo psicosexual, lo que supone no solamente la entrada en la fase genital, sino también la superación del complejo de Edipo.

La expresión «amor genital» no se encuentra en los trabajos de Freud. En cambio, sí se halla la idea de una forma completa de la sexualidad e incluso de una «actitud completamente normal en el amor» (1 *a*), en la cual confluyen la corriente de la sensualidad y la de la «ternura» *(Zärtlichkeit)*. Su separación viene ilustrada, según Freud, por el ejemplo, trivial en clínica psicoanalítica, del hombre incapaz de desear a la mujer que ama (a la cual idealiza) ni amar a la que desea (prostituta).

La evolución de la corriente sensual, descrita en los *Tres ensayos sobre la teoría sexual* (*Drei Abhandlungen zur Sexualtheorie*, 1905) conduce a la *organización genital**: con la pubertad «[...] aparece un nuevo fin sexual, a cuya realización contribuyen todas las pulsiones parciales, mientras que las zonas erógenas se subordinan a la primacía de la zona genital [...]. La pulsión sexual se pone ahora al servicio de la función de reproducción» (2).

En cuanto a la ternura, Freud hace remontar su origen a la relación primitiva del niño con la madre, a la elección de objeto primaria, en la cual la satisfacción sexual y la satisfacción de las necesidades vitales funcionaban indisolublemente en apoyo* (*véase:* Ternura).

M. Balint, en un artículo dedicado al amor genital (3 *a*), hace observar que se habla del mismo sobre todo en términos negativos, de igual modo que para la fase *post-ambivalente** de Abraham, que se define fundamentalmente por la ausencia de rasgos de las fases anteriores.

Si se intenta definir positivamente el amor genital, resulta difícil escapar a los criterios normativos e incluso a un lenguaje claramente moralizante: comprensión y respeto del otro, ofrecimiento ideal del matrimonio, etc.

El concepto de amor genital, desde el punto de vista de la teoría psicoanalítica, plantea cierto número de preguntas y observaciones:

1) La satisfacción genital (la del sujeto, del compañero o recíproca) no implica en modo alguno la existencia de amor. Y a la inversa, ¿no supone el amor un lazo que sobrevive a la satisfacción genital? (3 *b*).

2) Una concepción psicoanalítica del amor, aunque excluya toda referencia normativa, no debe ignorar lo que el psicoanálisis ha descubierto sobre la génesis del amor:

— en cuanto a la relación de objeto: incorporación, control, unión* con el odio (4);
— en cuanto a los modos de satisfacción pregenitales, con los que se halla indisolublemente mezclada la satisfacción genital;
— en cuanto al objeto: el «pleno amor de objeto» del que habla Freud ¿no va siempre marcado por el narcisismo originario, tanto si se trata del tipo de elección objetal anaclítica* como del tipo de elección objetal propiamente narcisista?* No olvidemos que es «la vida amorosa del género humano» la que proporcionó a Freud un motivo para introducir el concepto de narcisismo (5).

3) La utilización actual del término «amor genital» se acompaña a menudo de la idea de una satisfacción completa de las pulsiones, e incluso de la resolución de todo conflicto (se ha llegado a escribir: «La relación genital, para decirlo de una vez, carece de historia») (6). A esta concepción se opone indiscutiblemente la teoría freudiana de la sexualidad; véanse, por ejemplo, las siguientes líneas: «Hemos de contar con la posibilidad de que exista, en la naturaleza misma de la pulsión sexual, algo desfavorable a la realización de la satisfacción completa» (1 *b*).

4) De un modo general, con el término «amor genital», ¿no se confunden varios planos cuya concordancia no está garantizada: el del desarrollo libidinal, que debe conducir a la síntesis de las pulsiones parciales bajo la primacía de los órganos genitales; el de la relación de objeto, que supone la superación del Edipo; y, finalmente, el del encuentro singular? Por lo demás, sorprende que los autores que invocan el amor genital no escapan a la siguiente contradicción: el objeto de amor se concibe a la vez como *intercambiable* (puesto que lo «genital» encuentra necesariamente un objeto amoroso) y *único* (dado que lo «genital» toma en consideración la singularidad del otro).

H

HISTERIA O HISTERISMO

= *Al.*: Hysterie. — *Fr.*: hystérie. — *Ing.*: hysteria. — *It.*: isteria *o* isterismo. — *Por.*: histeria.

Clase de neurosis que ofrece cuadros clínicos muy variados. Las dos formas sintomatológicas mejor aisladas son la *histeria de conversión*, en la cual el conflicto psíquico se simboliza en los más diversos síntomas corporales, paroxísticos (ejemplo: crisis emocional con teatralidad) o duraderos (ejemplo: anestesias, parálisis histéricas, sensación de «bolo» faríngeo, etc.), y la *histeria de angustia*, en la cual la angustia se halla fijada de forma más o menos estable a un determinado objeto exterior (fobias).

En la medida en que Freud descubrió en la histeria de conversión rasgos etiopatogénicos fundamentales, el psicoanálisis logró relacionar con una misma estructura histérica diversos cuadros clínicos que se traducen en la organización de la personalidad y el modo de existencia, incluso en ausencia de síntomas fóbicos y de conversiones manifiestas.

La especificidad de la histeria se busca en el predominio de cierto tipo de identificación, de ciertos mecanismos (especialmente la represión, a menudo manifiesta) y en el afloramiento del conflicto edípico que se desarrolla principalmente en los registros libidinales fálico y oral.

La noción de enfermedad histérica es muy antigua, puesto que se remonta a Hipócrates. Su delimitación ha seguido los avatares de la historia de la medicina. Acerca de este punto sólo podemos remitir al lector a la abundante literatura existente sobre el tema (1, 2 *a*).

A finales del siglo XIX, especialmente por influencia de Charcot, pasó a primer plano el problema planteado por la histeria al pensamiento médico y al método anatomoclínico imperante. De un modo muy esquemático, puede decirse que se buscó la solución en dos direcciones: por una parte, ante la ausencia de toda lesión orgánica, atribuir los síntomas histéricos a la sugestión, a la autosugestión, o incluso a la simulación (línea de pensamiento que será recogida y sistematizada por Babinski); por otra, conceder a la histeria la denominación de enfermedad como las otras, tan definida y precisa en sus síntomas como, por ejemplo, una afección neurológica (trabajos de Charcot). El camino seguido por

Breuer y Freud (y, desde otro punto de vista, por Janet) les condujo a superar esta oposición. Al igual que Charcot, cuya influencia sobre Freud es bien conocida, éste considera la histeria como una enfermedad psíquica bien definida, que exige una etiología específica. Por otra parte, intentando establecer el «mecanismo psíquico», se adhiere a toda una corriente que considera la histeria como una «enfermedad por representación» (2 *b*). Ya es sabido que el hallazgo de la etiología psíquica de la histeria corre parejas con los principales descubrimientos del psicoanálisis (inconsciente, fantasía, conflicto defensivo y represión, identificación, transferencia, etc.).

Después de Freud, los psicoanalistas no han dejado de considerar la neurosis histérica y la neurosis obsesiva como las dos vertientes principales del campo de las neurosis (α), lo cual no implica que, como estructuras, puedan combinarse en un determinado cuadro clínico.

Freud relacionó con la estructura histérica y denominó *histeria de angustia* a un tipo de neurosis cuyos síntomas más destacados son las fobias (*véase:* Histeria de angustia).

(α) ¿Debe admitirse la existencia, como entidad específica, de una *psicosis* histérica, que da lugar a alucinaciones, a menudo visuales, vividas dramáticamente por el paciente? Freud, por lo menos al principio, la consideró como un cuadro independiente (3), y algunos casos de los *Estudios sobre la histeria* (*Studien über Hysterie*, 1895) plantean, para el lector, este problema nosográfico.

HISTERIA DE ANGUSTIA

= *Al.:* Angsthysterie. — *Fr.:* hystérie d'angoisse. — *Ing.:* anxiety hysteria. — *It.:* isteria d'angoscia. — *Por.:* histeria de angústia.

Término introducido por Freud para aislar una neurosis cuyo síntoma central es la fobia y con el fin de subrayar su similitud estructural con la histeria de conversión.

El término «histeria de angustia» fue introducido en la literatura psicoanalítica por W. Stekel en *Los estados de angustia neurótica y su tratamiento* (*Nervöse Angstzustände und ihre Behandlung*, 1908) basándose en una indicación de Freud (1).

Esta innovación terminológica se justifica del siguiente modo:

a) Se encuentran síntomas fóbicos en diversas afecciones neuróticas y psicóticas. Se observan en la neurosis obsesiva y en la esquizofrenia; incluso en la neurosis de angustia*, según Freud, pueden encontrarse algunos síntomas de tipo fóbico.

Por ello, en *El pequeño Hans*, Freud indica que no es posible considerar la fobia como un «proceso patológico independiente» (2 *a*).

b) Existe, no obstante, una neurosis en la que la fobia constituye el síntoma central. Al principio, Freud no la aisló: en sus primeras concepciones las fobias se relacionaban, bien con la neurosis obsesiva, bien con la neurosis de angustia como neurosis actual (3). El análisis del pequeño Hans le proporcionó la ocasión para especificar la neurosis fóbica y señalar su similitud estructural con la histeria de conversión. En efecto, tanto en uno como en el otro caso, la acción de la represión tiende esencialmente a separar el afecto de la representación. Con todo, Freud subraya una diferencia esencial: en la histeria de angustia «[...] la libido que la represión ha separado del material patógeno no es *convertida* [...], sino liberada en forma de angustia» (2 *b*). La formación de los síntomas fóbicos tiene su origen «[...] en un trabajo psíquico que se ejerce desde un principio con el fin de ligar de nuevo psíquicamente la angustia que ha quedado libre» (2 *c*). «La histeria de angustia se desarrolla cada vez más en el sentido de la "fobia"» (2 *d*).

Este texto atestigua que, en rigor, no es posible considerar como sinónimos los términos «histeria de angustia» y «neurosis fóbica». El término «histeria de angustia», menos descriptivo, orienta la atención hacia el mecanismo constitutivo de la neurosis en cuestión y pone el acento en el hecho de que el desplazamiento sobre un objeto fóbico es secundario a la aparición de una angustia libre, no ligada a un objeto.

HISTERIA DE CONVERSIÓN

= *Al.:* Konversionshysterie. — *Fr.:* hystérie de conversion. — *Ing.:* conversion hysteria. — *It.:* isteria di conversione. — *Por.:* histeria de conversão.

Forma de histeria que se caracteriza por el predominio de los síntomas de conversión.

En sus primeros trabajos, Freud no utilizaba la expresión «histeria de conversión», por cuanto el mecanismo de la conversión caracterizaba entonces la histeria en general. Cuando, con motivo del análisis del *Pequeño Hans*, Freud relaciona con la histeria un síndrome fóbico, que denomina histeria de angustia*, aparece el término «histeria de conversión» para designar una de las formas de la histeria: «Existe una histeria pura de conversión sin angustia alguna, al igual que existe una histeria de angustia simple, que se manifiesta por sensaciones de angustia y fobias sin que se asocie la conversión» (1).

HISTERIA DE DEFENSA

= *Al.:* Abwehrhysterie. — *Fr.:* hystérie de défense. — *Ing.:* defence hysteria. — *It.:* isteria da difesa. — *Por.:* histeria de defesa.

Forma de histeria que Freud, en los años 1894-1895, diferenció de las otras dos formas de histeria: la histeria hipnoide y la histeria de retención.

Se caracteriza por la actividad de defensa que el sujeto ejerce frente a las representaciones susceptibles de provocar afectos displacenteros.

Desde que Freud reconoció la intervención de la defensa en toda histeria, dejó de utilizar el término «histeria de defensa», con la distinción implícita en él.

En *Las psiconeurosis de defensa* (*Die Abwehr-Neuropsychosen*, 1894), Freud introdujo, desde un punto de vista patogenético, la distinción entre tres formas de histeria (hipnoide, de retención y de defensa) y con-

sideró especialmente como su aportación personal la histeria de defensa, la cual convierte en el prototipo de las psiconeurosis de defensa* (1).

Se observará que, a partir de la *Comunicación preliminar* (*Vorläufige Mitteilung*, 1893) de Breuer y Freud, la imposibilidad de abreacción* (característica de la histeria) se relaciona con dos series de condiciones: por una parte, un estado específico en el que se halla el sujeto en el momento del trauma (estado hipnoide)*, y, por otra, a condiciones ligadas a la propia naturaleza del trauma*: condiciones externas o acción intencional (*absichtlich*) del sujeto que se defiende frente a contenidos «penosos» (2 *a*). En esta primera fase de la teoría, la defensa, la retención y el estado hipnoide aparecen como factores etiológicos que contribuyen a la producción de la histeria. En la medida en que uno de ellos se considera como el más importante, se cree, por influencia de Breuer, que el estado hipnoide constituye «[...] el fenómeno fundamental de esta neurosis» (2 *b*).

En *Las psiconeurosis de defensa* Freud especifica este conjunto de condiciones hasta el punto de distinguir tres tipos de histerias; pero, de hecho, sólo se interesa por la histeria de defensa.

En una tercera fase (*Estudios sobre la histeria* [*Studien über Hysterie*, 1895]), Freud sigue conservando esta distinción, pero, al parecer, ésta le sirve sobre todo para promover, a expensas de la preponderancia del estado hipnoide, la noción de defensa. Así, Freud hace observar: «Curiosamente, en mi propia experiencia no he encontrado la verdadera histeria hipnoide; todos los casos que yo he tratado han aparecido como histeria de defensa» (2 *c*). Asimismo, duda de la existencia de una histeria de retención independiente y establece la hipótesis de que «[...] en la base de la histeria de retención interviene un elemento de defensa que ha transformado todo el proceso en fenómeno histérico» (2 *d*).

Observemos, finalmente, que el término «histeria de defensa» desaparece después de los *Estudios sobre la histeria*. Todo ocurrió, pues, como si sólo hubiera sido introducido para hacer prevalecer la noción de defensa sobre la de estado hipnoide. Una vez logrado este resultado (considerar la defensa como el proceso fundamental de la histeria y extender el modelo del conflicto defensivo a las otras neurosis) el término «histeria de defensa» pierde evidentemente su razón de ser.

HISTERIA HIPNOIDE

= *Al.*: Hypnoidhysterie. — *Fr.*: hystérie hypnoïde. — *Ing.*: hypnoid hysteria. — *It.*: isteria ipnoida. — *Por.*: histeria hipnóide.

Término utilizado por Breuer y Freud en los años 1894-1895: forma de histeria que tendría su origen en los estados hipnoides; el sujeto no puede integrar en su persona y en su historia las representaciones que aparecen durante estos estados. Aquéllas forman entonces un grupo psíquico separado, inconsciente, capaz de provocar efectos patógenos.

Remitimos al lector al artículo «Estado hipnoide» donde exponemos el fundamento teórico de este término. Observemos que el término «histeria hipnoide» no se encuentra en los textos escritos exclusivamente por Breuer; por ello parece lógico pensar que se trata de una denominación creada por Freud. En efecto, para Breuer toda histeria es «hipnoide» puesto que tiene su origen fundamental en el estado hipnoide; para Freud, en cambio, la histeria hipnoide es sólo una forma de histeria, junto a la histeria de retención* y, sobre todo, a la histeria de defensa*: distinción que le permitirá primeramente delimitar, y más tarde rechazar el papel del estado hipnoide en relación con el de la defensa.

HISTERIA DE RETENCIÓN

= *Al.*: Retentionshysterie. — *Fr.*: hystérie de rétention. — *Ing.*: retention hysteria. — *It.*: isteria da ritenzione. — *Por.*: histeria de retenção.

Forma de histeria que Breuer y Freud diferenciaron, en los años 1894-1895, de las otras formas: la histeria hipnoide y la histeria de defensa.

Su patogenia se caracteriza por el hecho de que los afectos no han podido ser descargados por abreacción, sobre todo en razón de circunstancias exteriores desfavorables.

En *Las psiconeurosis de defensa* (*Die Abwehr-Neuropsychosen*, 1894) Freud aísla la histeria de retención como una forma de histeria.

En la *Comunicación preliminar* (*Vorläufige Mitteilung*, 1893) ya se hallaba presente, si no el término, por lo menos el concepto de retención para designar una serie de condiciones etiológicas en las que, a diferencia de lo que ocurre en el estado hipnoide, es la *naturaleza* del trauma lo que imposibilita la abreacción: el trauma choca, ya con condiciones sociales que impiden su abreacción, ya con una defensa del propio sujeto (1 *a*).

Más descriptiva que explicativa, la noción de retención había de desaparecer pronto; en efecto, cuando quiere explicar el fenómeno de la retención, Freud encuentra la defensa. Esto es lo que ilustra, en la experiencia terapéutica, una observación de Freud (el *Caso Rosalía* [1 *b*]), a la cual alude sin duda al escribir: «En un caso que yo consideraba como de histeria de retención típica, contaba con obtener un éxito fácil y seguro, pero éste no se produjo, por más que el trabajo resultara realmente fácil. Por ello supongo, con todas las reservas inherentes a la ignorancia, que en la base de la histeria de retención actúa también un elemento de defensa que ha transformado todo el proceso en fenómeno histérico» (1 *c*).

HISTERIA TRAUMÁTICA

= *Al.*: traumatische Hysterie. — *Fr.*: hystérie traumatique. — *Ing.*: traumatic hysteria. — *It.*: isteria traumatica. — *Por.*: histeria traumática.

Tipo de histeria descrito por Charcot: en ella los síntomas somáticos, en especial la parálisis, aparecen, a menudo, tras un período de latencia, consecutivamente a un traumatismo físico, pero sin que éste pueda explicar mecánicamente tales síntomas.

Charcot, en sus trabajos sobre la histeria, entre 1880 y 1890, estudia ciertas parálisis histéricas consecutivas a traumatismos físicos lo bastante importantes para que el sujeto sienta en peligro su vida, pero sin que lleguen a producir una pérdida de conciencia. Tales traumatismos no explican neurológicamente la parálisis. Charcot observa también que ésta se instaura después de un período, más o menos largo, de «incubación», de «elaboración»* psíquica.

Charcot tuvo la idea de reproducir experimentalmente, bajo hipnosis, parálisis del mismo tipo utilizando un traumatismo mínimo o la simple sugestión. De este modo aportó la prueba de que los síntomas en cuestión habían sido provocados, no por el *shock* físico, sino por las representaciones ligadas al mismo y que sobrevenían durante un estado psíquico particular.

Freud señaló la continuidad existente entre esta explicación y las primeras explicaciones que Breuer y él mismo dieron de la histeria: «*Existe una completa analogía entre la parálisis traumática y la histeria común, no traumática*». «La única diferencia estriba en que, en el primer caso, ha actuado un traumatismo importante, mientras que en el segundo raramente puede señalarse *un único* acontecimiento de importancia, sino más bien una *serie* de impresiones afectivas [...]. Incluso en el caso del gran traumatismo mecánico de la histeria traumática, lo que produce el resultado no es el factor mecánico, sino el afecto de susto, el traumatismo *psíquico*» (1).

Como es sabido, el esquema de la histeria hipnoide* recoge los dos elementos ya señalados por Charcot: el traumatismo* psíquico y el estado psíquico especial (estado hipnoide*, afecto de susto*) durante el cual aquél acontece.

HOSPITALISMO

= *Al.:* Hospitalismus. — *Fr.:* hospitalisme. — *Ing.:* hospitalism. — *It.:* ospedalismo. — *Por.:* hospitalismo.

Término utilizado desde los trabajos de René Spitz para designar el conjunto de las perturbaciones somáticas y psíquicas provocadas en los niños (durante los 18 primeros meses de la vida) por la permanencia prolongada en una institución hospitalaria, donde se encuentran completamente privados de su madre.

Remitimos al lector a los trabajos especializados sobre la materia (1), y de un modo particular a los de Spitz, que son los más representativos (2). Éstos se basan en numerosas y detenidas observaciones, así como en la comparación de diversos grupos de niños (niños criados en orfelinato, en guardería con presencia parcial de la madre, por su madre, etcétera).

Es precisamente en los niños criados en ausencia completa de su madre, en una institución donde los cuidados les son administrados en forma anónima, sin que pueda establecerse un lazo afectivo, cuando se constatan los graves trastornos que Spitz agrupó bajo el nombre de *hospitalismo:* retardo del desarrollo corporal, de la habilidad manual, de la adaptación al medio ambiente, del lenguaje; disminución de la resistencia a las enfermedades; en los casos más graves, marasmo y muerte.

Los efectos del hospitalismo tienen consecuencias duraderas o incluso irreversibles. Spitz, después de haber descrito el hospitalismo, intentó situarlo en el conjunto de las perturbaciones provocadas por un trastorno de las relaciones madre-hijo; lo define por una carencia afectiva *total* diferenciándolo así de la depresión anaclítica*; ésta es consecutiva a una privación afectiva *parcial* en un niño que hasta entonces había disfrutado de una relación normal con su madre, y puede desaparecer al volver a encontrar a la madre (3).

HUELLA MNÉMICA

= *Al.:* Erinnerungsspur *o* Erinnerungsrest. — *Fr.:* trace mnésique. — *Ing.:* mnemic-trace *o* memory trace. — *It.:* traccia mnemonica. — *Por.:* traço *o* vestígio mnêmico.

Término utilizado por Freud, a lo largo de toda su obra, para designar la forma en que se inscriben los acontecimientos en la memoria. Las huellas mnémicas se depositan, según Freud, en diferentes sistemas; persisten de un modo permanente, pero sólo son reactivadas una vez catectizadas.

El concepto psicofisiológico de huella mnémica, de constante empleo en los textos metapsicológicos, implica una concepción de la memoria que Freud nunca expuso de un modo global. Es por ello que se presta a interpretaciones erróneas: un término como el de huella mnémica no sería otra cosa que el heredero de un pensamiento neurofisiológico periclitado. Sin pretender exponer aquí una teoría freudiana de la memoria, recordaremos las exigencias de principio que se hallan subyacentes al hecho de que Freud tomase este término de huella mnémica: Freud se propone situar la memoria dentro de una tópica* y explicar su funcionamiento en términos económicos.

1) La necesidad de definir todo sistema psíquico por una función y hacer de la Percepción-Conciencia la función de un sistema particular (*véase:* Conciencia) conduce al postulado de una incompatibilidad entre la conciencia y la memoria: «No nos resulta fácil creer que persistan huellas duraderas de la excitación también en el sistema Percepción-Conciencia. Si permanecieran siempre conscientes, limitarían pronto la capacidad del sistema de recibir nuevas excitaciones; pero si, por el contrario, se volvieran inconscientes, nos hallaríamos en la obligación de explicar la existencia de procesos inconscientes en un sistema cuyo funcionamiento se acompaña, por otra parte, del fenómeno de la conciencia. Por así decirlo, nada habríamos cambiado ni ganado con nuestra hipótesis que localiza el hecho de volverse consciente en un sistema particular» (1). Es ésta una idea que se remonta a los orígenes del psicoanálisis. Breuer la expresa por vez primera en los *Estudios sobre la histeria* (*Studien über Hysterie*, 1895): «Resulta imposible que un solo y único órgano cumpla estas dos condiciones contradictorias. El espejo de un telescopio de reflexión no puede al mismo tiempo ser una placa fotográfica» (2). Freud intentó ilustrar esta concepción tópica mediante

comparación con el funcionamiento de un «bloc de notas mágico» (3).

2) Freud introduce distinciones tópicas en el seno de la misma memoria. Un acontecimiento determinado es inscrito en diferentes «sistemas mnémicos». Freud propuso varios modelos, más o menos figurados, de esta estratificación de la memoria en sistemas. En los *Estudios sobre la histeria*, compara la organización de la memoria con complicados archivos en los que se ordenan los recuerdos según distintos modos de clasificación: orden cronológico, ligazón en cadenas asociativas, grado de accesibilidad a la conciencia (4). En la carta a W. Fliess del 6-XII-1896 y en el capítulo VII de *La inetrpretación de los sueños* (*Die Traumdeutung*, 1900), se vuelve a exponer, en una forma más doctrinal, esta concepción de una sucesión ordenada de inscripciones en sistemas mnémicos: la distinción entre preconsciente e inconsciente se asimila a una distinción entre dos sistemas mnémicos. Todos los sistemas mnémicos son inconscientes en sentido «descriptivo», pero las huellas del sistema *Ics* son incapaces de llegar como tales a la conciencia, mientras que los recuerdos preconscientes (la memoria, en el sentido usual del término) pueden actualizarse en una determinada conducta.

3) La concepción freudiana de la amnesia infantil* puede aclarar la teoría metapsicológica de las huellas mnémicas. Ya es sabido que, para Freud, si no recordamos los acontecimientos de los primeros años de la vida, ello no es debido a una falta de fijación, sino a la represión. En general, todos los recuerdos quedarían inscritos, pero su evocación dependería de la forma en que actúan sobre ellos las catexis, contracatexis y retiro de las catexis. Esta concepción se basa en la distinción, evidenciada por la clínica, entre la representación y el quantum de afecto*: «En las funciones psíquicas, está justificado diferenciar algo (quantum de afecto, suma de excitación) [...] que puede aumentar, disminuir, desplazarse, descargarse y que se extiende sobre las huellas mnémicas de las representaciones en forma comparable a como lo hace una carga eléctrica en la superficie de los cuerpos» (5).

Como puede verse, la concepción freudiana de la huella mnémica difiere claramente de una concepción empirista del engrama definido como impresión que se asemeja a la realidad. En efecto:

1.° La huella mnémica se inscribe siempre en sistemas, en relación con otras huellas. Freud intentó incluso distinguir los diferentes sistemas en los que un mismo objeto inscribe sus huellas, según los tipos de asociaciones (por simultaneidad, causalidad, etc.) (6, 7 *a*). Por lo que respecta a la evocación, un recuerdo puede ser reactualizado dentro de un determinado contexto asociativo, mientras que, tomado en otro contexto, resultará inaccesible a la conciencia (*véase:* Complejo).

2.° Freud tiende incluso a negar a las huellas mnémicas toda cualidad sensorial: «Cuando los recuerdos vuelven a ser conscientes, no comportan cualidad sensorial, o muy poca en comparación con las percepciones» (7 *b*).

En el *Proyecto de psicología científica* (*Entwurf einer Psychologie*, 1895), cuya orientación neurofisiológica justificaría, en apariencia, la asimilación de la huella mnémica a la imagen «simulacro», es donde se patentizaría mejor la originalidad de la teoría freudiana de la memoria. En efecto, en dicho texto Freud intenta explicar la inscripción del recuerdo en el aparato neuronal sin recurrir a una semejanza entre las huellas y los objetos. La huella mnémica no es más que una disposición especial de facilitaciones* que hacen que una determinada vía sea seguida con preferencia a otra. Tal funcionamiento de la memoria podría relacionarse con lo que se llama «memoria» en la teoría de las máquinas cibernéticas, construidas según el principio de oposiciones binarias, de igual modo que el aparato neurónico, según Freud, se caracteriza por bifurcaciones sucesivas.

Conviene señalar, sin embargo, que la forma en que Freud, en sus escritos ulteriores, habla de las huellas mnémicas (utilizando a menudo como sinónimo el término «imagen mnémica») muestra que se vio inducido, cuando no aludía al proceso de su formación, a hablar de ellas como de reproducciones de las cosas en el sentido de una psicología empirista.

HUIDA EN LA ENFERMEDAD

= *Al.:* Flucht in die Krankheit. — *Fr.:* fuite dans la maladie. — *Ing.:* flight into illness. — *It.:* fuga nella malattia. — *Por.:* fuga para a doença *o* refúgio na doença.

Expresión figurada que designa el hecho de que el sujeto busca en la neurosis un medio para escapar a sus conflictos psíquicos.

Esta expresión ha encontrado gran resonancia con la difusión del psicoanálisis; actualmente se extiende no sólo al campo de las neurosis, sino también al de las enfermedades orgánicas en las que puede ponerse en evidencia un componente psicológico.

Primeramente se encuentran en Freud expresiones tales como «huida en la psicosis» (1); «huida en la enfermedad neurótica» (2); y más tarde la de «huida en la enfermedad» (3 y 4).

El concepto dinámico «huida en la enfermedad» expresa la misma idea que la noción económica beneficio de la enfermedad. Ahora bien, ¿tienen estos conceptos la misma extensión? Sobre este punto resulta difícil definirse, tanto más cuanto que la distinción, dentro del beneficio de la enfermedad, entre una parte primaria y una parte secundaria, tampoco resulta fácil de establecer (*véase:* Beneficio). Parece que Freud sitúa la huida en la enfermedad en el lado del beneficio primario; pero sucede que la expresión se emplea también en un sentido más amplio. Sea como fuere, ilustra el hecho de que el sujeto intenta evitar una situación conflictual generadora de tensión y lograr una reducción de ésta mediante la formación de síntomas.

I

IDEAL DEL YO

= *Al.:* Ichideal. — *Fr.:* idéal du moi. — *Ing.:* ego ideal. — *It.:* ideale dell'io. — *Por.:* ideal do ego.

Término utilizado por Freud en su segunda teoría del aparato psíquico: instancia de la personalidad que resulta de la convergencia del narcisismo (idealización del yo) y de las identificaciones con los padres, con sus substitutos y con los ideales colectivos. Como instancia diferenciada, el ideal del yo constituye un modelo al que el sujeto intenta adecuarse.

En Freud resulta difícil delimitar un sentido unívoco del término «ideal del yo». Las variaciones de este concepto obedecen a que se halla íntimamente ligado a la elaboración progresiva de la noción de superyó y, de un modo más general, de la segunda teoría del aparato psíquico. Así, en *El yo y el Ello* (*Das Ich und das Es*, 1923) se tratan como sinónimos ideal del yo y superyó, mientras que en otros trabajos la función del ideal se atribuye a una instancia diferenciada o, por lo menos, a una subestructura particular existente dentro del superyó (*véase esta palabra*).

En la *Introducción al narcisismo* (*Zur Einführung des Narzissmus*, 1914) aparece el término «ideal del yo» para designar una formación intrapsíquica relativamente autónoma que sirve de referencia al yo para apreciar sus realizaciones efectivas. Su origen es principalmente narcisista: «Lo que [el hombre] proyecta ante sí como su ideal es el substitutivo del narcisismo perdido de su infancia; en aquel entonces él mismo era su propio ideal» (1 *a*). Este estado narcisista, que Freud compara a un verdadero delirio de grandezas, es abandonado, especialmente a causa de la crítica que los padres ejercen acerca del niño. Se observará que ésta, interiorizada en forma de una instancia psíquica particular, instancia de censura y de autoobservación, se distingue, a lo largo de todo el texto, del ideal del yo: ella «[...] observa sin cesar al yo actual y lo compara con el ideal» (1 *b*).

En *Psicología de las masas y análisis del yo* (*Massenpsychologie und Ich-Analyse*, 1921) se sitúa en primer plano la función del ideal del yo. Freud ve en él una formación claramente diferenciada del yo, que permite explicar en especial la fascinación amorosa, la dependencia frente al hipnotizador y la sumisión al líder: casos todos en los que una persona ajena es colocada por el sujeto en el lugar de su ideal del yo.

Este proceso se encuentra en el origen de la constitución del grupo humano. La eficacia del ideal colectivo proviene de la convergencia de los «ideal del yo» individuales: «[...] cierto número de individuos han colocado un mismo objeto en el lugar de su ideal del yo, a consecuencia de lo cual se han identificado entre sí en su yo» (2 *a*); y a la inversa, aquéllos son los depositarios, en virtud de identificaciones con los padres, educadores, etc., de cierto número de ideales colectivos: «Cada individuo forma parte de varios grupos, se halla ligado desde varios lados por identificación y ha construido su ideal del yo según los modelos más diversos» (2 *b*).

En *El yo y el ello*, donde figura por vez primera el término «superyó», éste se considera como sinónimo de ideal del yo; se trata de una sola instancia, que se forma por identificación con los padres correlativamente con la declinación del Edipo y que reúne las funciones de prohibición y de ideal. «Las relaciones [del superyó] con el yo no se limitan únicamente a este precepto: "tú debes ser así" [como el padre]; incluyen también esta prohibición: "tú no tienes derecho a ser así" [como el padre], es decir, a hacer todo lo que él hace; muchas cosas le están reservadas» (3).

En las *Nuevas lecciones de introducción al psicoanálisis* (*Neue Folge der Vorlesungen zur Einführung in die Psychoanalyse*, 1932), se efectúa una nueva distinción: el superyó aparece como una estructura global que implica tres funciones: «autoobservación, conciencia moral y función de ideal» (4). La distinción entre estas dos últimas funciones queda especialmente ilustrada en las diferencias que Freud intenta establecer entre sentimiento de culpabilidad y sentimiento de inferioridad. Estos dos sentimientos son el resultado de una tensión entre el yo y el superyó, pero el primero guarda relación con la conciencia moral, y el segundo con el ideal del yo, en tanto que es amado más que temido.

La literatura psicoanalítica atestigua que el término «superyó» no ha desplazado al de ideal del yo. La mayoría de los autores no los confunden.

Existe un relativo acuerdo en cuanto a lo que se designa por «ideal del yo»; en cambio, las concepciones difieren en cuanto a su relación con el superyó y la conciencia moral. El problema se complica aún más por el hecho de que los autores llaman superyó, como Freud en las *Nuevas lecciones*, tanto a una estructura de conjunto que comprende diversas subestructuras, como más específicamente a la «voz de la conciencia» en su función prohibitiva.

Así, por ejemplo, para Nunberg, el ideal del yo y la instancia prohibitiva se hallan claramente separados. Los distingue en cuanto a las motivaciones que inducen en el yo: «Mientras el yo obedece al superyó

por miedo al castigo, se somete al ideal del yo por amor» (5); y también en cuanto a su origen (el ideal del yo se formaría principalmente sobre la imagen de los objetos amados, y el superyó sobre la de los personajes temidos).

Aunque tal distinción parece bien fundada desde un punto de vista descriptivo, resulta difícil de mantener en forma rigurosa desde el punto de vista metapsicológico. Muchos autores, siguiendo la indicación dada por Freud en *El yo y el ello* (texto citado más arriba), subrayan la imbricación de los dos aspectos del ideal y de la prohibición. Así, D. Lagache habla de un sistema superyó-ideal del yo, en cuyo interior establece una relación estructural: «[...] el superyó corresponde a la autoridad, y el ideal del yo a la manera en que el sujeto debe comportarse para responder a lo que espera la autoridad» (6).

IDEALIZACIÓN

= *Al.*: Idealisierung. — *Fr.*: idéalisation. — *Ing.*: idealization. — *It.*: idealizzazione. — *Por.*: idealização.

Proceso psíquico en virtud del cual se llevan a la perfección las cualidades y el valor del objeto. La identificación con el objeto idealizado contribuye a la formación y al enriquecimiento de las instancias llamadas ideales de la persona (yo ideal, ideal del yo).

Al establecer el concepto de narcisismo* Freud se vio inducido a definir la idealización, cuya intervención había puesto de manifiesto, de un modo especial, en la vida amorosa (sobreestimación sexual). La diferencia de la sublimación*: ésta «[...] es un proceso que afecta a la libido objetal y consiste en que la pulsión se dirige hacia otro fin alejado de la satisfacción sexual [...]. La idealización es un proceso concerniente al objeto y, en virtud del cual, éste es engrandecido y exaltado psíquicamente sin que se cambie su naturaleza. La idealización es posible tanto en el ámbito de la libido del yo como en el de la libido objetal» (1).

La iealización, en especial la de los padres, interviene necesariamente en la constitución, dentro del sujeto, de las instancias ideales (*véase:* Yo ideal; Ideal del yo). Pero no es sinónimo de la *formación de los ideales* de la persona; en efecto, puede afectar a un objeto independiente: por ejemplo, idealización de un objeto amado. Pero se observará que, incluso en este caso, se halla siempre fuertemente marcada por el narcisismo: «Vemos que el objeto es tratado como el yo propio y que, por consiguiente, en la pasión amorosa se derrama sobre el objeto una cantidad importante de libido narcisista» (2).

El papel defensivo de la idealización ha sido subrayado por numerosos autores, especialmente por Melanie Klein. Según esta autora, la idealización del objeto constituiría, en esencia, una defensa contra las pulsiones destructoras; en este sentido iría paralela a una *escisión* llevada al extremo entre un objeto* «bueno» idealizado y dotado de todas las

cualidades (por ejemplo, pecho materno siempre disponible e inagotable) y un objeto malo cuyos rasgos perseguidores se llevan igualmente al paroxismo (3).

IDENTIDAD DE PERCEPCIÓN — IDENTIDAD DE PENSAMIENTO

= *Al.*: Wahrnehmungsidentität - Denkidentität. — *Fr.*: identité de perception - identité de pensée. — *Ing.*: perceptual identity - thought identity. — *It.*: identità di percezione - identità di pensiero. — *Por.*: identidade de percepção (o perceptual) - identidade de pensamento.

Términos utilizados por Freud para designar aquello hacia lo que tienden, respectivamente, el proceso primario y el proceso secundario. El proceso primario tiende a encontrar una percepción idéntica a la imagen del objeto resultante de la experiencia de satisfacción. En el proceso secundario, la identidad buscada es la de los pensamientos entre sí.

Estos términos no aparecen hasta el capítulo VII de *La interpretación de los sueños* (*Die Traumdeutung*, 1900). Se refieren a la concepción freudiana de la experiencia de satisfacción*. El proceso primario y el proceso secundario pueden definirse en términos puramente económicos: descarga inmediata en el primer caso, inhibición, aplazamiento de la satisfacción y desvío en el segundo. La noción de identidad de percepción nos lleva fuera del registro económico: aquí se trata de equivalencias que se establecen entre representaciones.

La experiencia de satisfacción constituye el origen de la búsqueda de la identidad de percepción. Ella liga a una descarga eminentemente satisfactoria la representación de un objeto electivo. A partir de entonces el sujeto «repetirá la percepción ligada a la satisfacción de la necesidad» (1 *a*). La alucinación primitiva es la vía más corta para obtener la identidad de percepción. De un modo más general puede decirse que el proceso primario funciona según este modelo; Freud mostró en otro capítulo de *La interpretación de los sueños* que la relación de identidad entre dos imágenes («identificación») es, entre las relaciones lógicas, la que concuerda mejor con el funcionamiento mental propio del sueño (1 *b*).

La identidad de pensamiento guarda una relación doble con la identidad de percepción:

1.º Constituye una modificación de ésta, en el sentido de que tiende a liberar los procesos psíquicos de la regulación exclusiva por el principio de placer: «El pensamiento debe interesarse por las vías de ligazón entre las representaciones sin dejarse confundir por su intensidad» (1 *c*). En este sentido, tal modificación representaría el surgimiento de lo que la lógica llama el principio de identidad.

2.º Sigue estando al servicio de la identidad de percepción: «[...] toda la actividad de pensamiento complicado que se extiende de la imagen mnémica al establecimiento de la identidad de percepción por el mundo exterior es siempre un *desvío*, que la experiencia ha hecho necesario, *en el camino que conduce al cumplimiento de deseo*» (1 *d*).

Si bien los términos que hemos definido aquí ya no figuran en los

demás escritos freudianos, la idea de contraponer, desde el punto de vista del pensamiento y del juicio, los procesos primario y secundario, sigue ocupando un lugar central en la teoría. Se encuentra de nuevo, entre otras, en la contraposición entre representaciones de cosa y representaciones de palabra*.

En Francia, Daniel Lagache ha subrayado en muchas ocasiones el gran interés que presenta la oposición establecida por Freud entre identidad de percepción e identidad de pensamiento: en ella ve especialmente un medio para diferenciar las compulsiones defensivas, en las que el yo sigue bajo el dominio de la identidad de percepción, y los mecanismos de desprendimiento* que hacen intervenir una conciencia atenta, discriminativa, capaz de resistir las interferencias de las ideas y de los afectos displacenteros: «[...] la identificación objetivante, que mantiene la identidad propia de cada objeto de pensamiento, debe oponerse a la identificación sincrética [...]» (2).

Observemos, además, que la distinción entre estos dos modos de «identidad» no puede reducirse a la tradicional oposición entre afectividad y razón, o incluso entre «lógica afectiva» y lógica de la razón. En efecto, ¿no va destinada toda *La interpretación de los sueños* a establecer, en contra de los prejuicios «científicos», que el sueño sigue unas leyes que constituyen un primer modo de funcionamiento del *logos*?

IDENTIFICACIÓN

= *Al.:* Identifizierung. — *Fr.:* identification. — *Ing.:* identification. — *It.:* identificazione. — *Por.:* identicação.

Proceso psicológico mediante el cual un sujeto asimila un aspecto, una propiedad, un atributo de otro y se transforma, total o parcialmente, sobre el modelo de éste. La personalidad se constituye y se diferencia mediante una serie de identificaciones.

1.º Dado que la palabra «identificación» forma parte tanto del lenguaje corriente como del lenguaje filosófico, conviene precisar ante todo, desde un punto de vista semántico, los límites de su utilización en el vocabulario del psicoanálisis.

El substantivo *identificación* puede tomarse en un sentido transitivo, correspondiente al verbo *identificar*, o en un sentido reflexivo, correspondiente al verbo *identificarse*. Esta distinción se encuentra en los dos sentidos del término que diferencia Lalande:

A) «Acción de identificar, es decir, de reconocer como idéntico; ya sea numéricamente, como por ejemplo "la identificación de un criminal", ya sea en su naturaleza, como por ejemplo cuando se reconoce un objeto como perteneciente a una determinada clase [...], o también cuando se reconoce una clase de hechos como asimilable a otra [...].»

B) «Acto en virtud del cual un individuo se vuelve idéntico a otro, o en virtud del cual dos seres se vuelven idénticos (en pensamiento o de hecho, totalmente o *secundum quid*)» (1).

Estas dos acepciones se encuentran en Freud. Éste describe como típico del trabajo del sueño el proceso que traduce la relación de similitud, el «como si», por la substitución de una imagen por otra o «identificación» (2 *a*). Esto corresponde ciertamente al sentido *A)* de Lalande, pero la identificación no posee aquí un valor congnitivo: constituye un proceso activo que reemplaza una identidad parcial o una similitud latente por una identidad total.

Pero el término, en su empleo psicoanalítico, corresponde principalmente al sentido de «identificarse».

2.º La identificación (en el sentido de identificarse) reúne en su empleo corriente toda una serie de conceptos psicológicos, tales como: imitación, *Einfühlung* (empatía), simpatía, contagio mental, proyección, etcétera.

Para aclarar las ideas, se ha propuesto distinguir en este campo, según el sentido en que se efectúa la identificación, entre una identificación heteropática (Scheler) y centrípeta (Wallon), en la cual es el sujeto quien identifica su propia persona a otra, y una identificación idiopática y centrífuga en la que el sujeto identifica al otro con la propia persona. Por último, en los casos en que coexisten ambos movimientos, nos hallaríamos en presencia de una forma de identificación más compleja, invocada en ocasiones para explicar la formación del «nosotros».

El concepto de identificación ha adquirido progresivamente en la obra de Freud el valor central que más que un mecanismo psicológico entre otros, hace de él la operación en virtud de la cual se constituye el sujeto humano. Esta evolución cursa paralelamente al hecho de situar en primer plano el complejo de Edipo en sus efectos estructurales, así como a la modificación aportada por la segunda teoría del aparato psíquico, en la cual las instancias que se diferencian a partir del ello vienen definidas por las identificaciones de las cuales derivan.

Sin embargo, la identificación fue utilizada muy pronto por Freud, sobre todo en relación con los síntomas histéricos. Los hechos llamados de imitación, de contagio mental, se conocían ciertamente desde mucho tiempo antes, pero Freud va más lejos al explicarlos por la existencia de un elemento inconsciente común a las personas entre las que se produce el fenómeno: «[...] la identificación no es una simple imitación, sino una apropiación basada en la presunción de una etiología común; expresa un "como si" y se refiere a un elemento común que existe en el inconsciente (2 *b*). Este elemento común es un fantasma: así la paciente agorafóbica se identifica inconscientemente con "una mujer de la calle", y su síntoma constituye una defensa contra esta identificación y contra el deseo sexual que ella supone» (3 *a*). Por último, Freud observa muy pronto que pueden coexistir varias identificaciones: «[...] el hecho de la identificación autoriza quizás a un empleo *literal* de la expresión: pluralidad de las personas psíquicas» (3 *b*).

Ulteriormente la noción de identificación se enriqueció con diversas aportaciones:

1.° El concepto de incorporación oral fue establecido durante los años 1912-1915 (*Tótem y tabú* [*Totem und Tabu*], *Duelo y melancolía* [*Trauer und Melancholie*]). Freud muestra especialmente su función en la melancolía, en la cual el sujeto se identifica según un modo oral con el objeto perdido, por regresión a la relación objetal típica de la fase oral (*véase:* Incorporación; Canibalístico).

2.° Se establece el concepto de narcisismo*. En *Introducción al narcisismo* (*Zur Einführung des Narzissmus*, 1914) Freud inicia la exposición de la dialéctica que enlaza la elección objetal narcisista* (el objeto se elige sobre el modelo de la propia persona) con la identificación (el sujeto, o alguna de sus instancias, se constituyen según el modelo de sus objetos anteriores: padres, personas del ambiente).

3.° Los efectos del complejo de Edipo* en la estructuración del sujeto se describen en términos de identificación: las catexis sobre los padres son abandonadas y substituidas por identificaciones (4).

Una vez establecida la fórmula generalizada del Edipo, Freud muestra que estas identificaciones forman una estructura compleja, en la medida que el padre y la madre son, cada uno de ellos, a la vez objeto de amor y de rivalidad. Por lo demás, es probable que la presencia de esta ambivalencia con respecto al objeto sea esencial para la constitución de toda identificación.

4.° La elaboración de la segunda teoría del aparato psíquico viene a demostrar el enriquecimiento y la importancia creciente del concepto de identificación: las instancias de la persona ya no se describen en términos del sistema donde se inscriben imágenes, recuerdos, «contenidos» psíquicos, sino como los restos de diversos tipos de las relaciones de objeto.

Este enriquecimiento del concepto de identificación no ha conducido, ni en Freud ni en la teoría psicoanalítica, a una sistematización que ordene sus modalidades. El propio Freud se declara insatisfecho de sus formulaciones a este respecto (5 *a*). La exposición más completa que intentó dar se encuentra en el capítulo VII de *Psicología de las masas y análisis del yo* (*Massenpsychologie und Ich-Analyse*, 1921). En este trabajo distingue finalmente tres modos de identificación:

a) como forma originaria del lazo afectivo con el objeto. Se trata aquí de una identificación preedípica, marcada por la relación canibalística, que desde un principio es ambivalente (*véase:* Identificación primaria);

b) como substitutivo regresivo de una elección objetal abandonada;

c) en ausencia de toda catexis sexual del otro, el sujeto puede, no obstante, identificarse a éste en la medida en que tienen un elemento en común (por ejemplo, deseo de ser amado): por desplazamiento, la identificación se producirá sobre otro punto (identificación histérica).

Freud también indica que, en ciertos casos, la identificación afecta, no al conjunto del objeto, sino a un «rasgo único» de éste (6).

Finalmente, el estudio de la hipnosis, de la pasión amorosa y de la psicología de los grupos le lleva a contraponer la identificación que constituye o enriquece una instancia de la personalidad con el proceso

inverso, en el cual es el objeto el que se «pone en lugar» de una instancia, por ejemplo en el caso del líder que viene a reemplazar el ideal del yo de los miembros de un grupo. Se observará que, en este caso, existe también una identificación recíproca de los individuos entre sí, pero ésta exige, como condición, tal «puesta en lugar de [...]». Aquí pueden encontrarse, ordenadas desde un punto de vista estructural, las distinciones que hemos establecido más arriba: identificación centrípeta, centrífuga y recíproca.

El término «identificación» debe diferenciarse de las palabras afines como incorporación*, introyección*, interiorización*.

Incorporación e introyección constituyen prototipos de la identificación o, por lo menos, de algunas de sus modalidades en las que el proceso mental es vivido y simbolizado como una operación corporal (ingerir, devorar, guardar dentro de sí, etc.).

La distinción entre identificación e interiorización es más compleja, ya que hace intervenir opciones teóricas referentes a la naturaleza de *aquello a lo cual* el sujeto se asimila. Desde un punto de vista meramente conceptual, puede decirse que la identificación se efectúa con *objetos:* persona («asimilación del yo a un yo ajeno») (5 *b*), o rasgo de una persona, objetos parciales, mientras que la interiorización es la de una *relación* intersubjetiva. Falta saber cuál de estos dos procesos es el primero. Se observará que generalmente la identificación de un sujeto A con un sujeto B no es global, sino *secundam quid*, lo que remite a un determinado aspecto de la *relación* con él: yo no me identifico con mi jefe, sino con un determinado rasgo suyo que está ligado a mi relación sadomasoquista con él. Pero, por otra parte, la identificación permanece siempre marcada por sus prototipos primitivos: la incorporación se refiere a *cosas*, confundiéndose la relación con el objeto en el que se encarna; el objeto con el que el niño mantiene una relación de agresividad se convierte, como substancialmente, en el «objeto malo», el cual es entonces introyectado. Por otra parte, y éste es un hecho esencial, el conjunto de las identificaciones de un sujeto no forma un sistema relacional coherente; así, por ejemplo, dentro de una instancia como el superyó, se encuentran exigencias diversas, conflictuales, heteróclitas. Asimismo el ideal del yo se forma por identificaciones con los ideales culturales, que no siempre se hallan en armonía entre sí.

IDENTIFICACIÓN CON EL AGRESOR

= *Al.:* Identifizierung mit dem Angreifer. — *Fr.:* identification à l'agresseur. — *Ing.:* identification with the aggressor. — *It.:* identificazione con l'aggressore. — *Por.:* identificação ao agressor.

Mecanismo de defensa aislado y descrito por Anna Freud (1936): el sujeto, enfrentado a un peligro exterior (representado típicamente por una crítica procedente de una autoridad), se identifica con su agresor, ya sea reasumiendo por su cuenta la agresión en la misma forma, ya sea imitando física o moralmente a la persona del agresor, ya sea adoptando ciertos símbolos de poder que lo designan. Según Anna Freud, este mecanismo sería el preponderante en la constitución de la fase

preliminar del superyó, permaneciendo entonces la agresión dirigida hacia el exterior y no volviéndose todavía contra el sujeto en forma de autocrítica.

La expresión «identificación con el agresor» no figura en los escritos de Freud, si bien éste ya había descrito su mecanismo, especialmente refiriéndose a ciertos juegos infantiles en el capítulo III de *Más allá del principio del placer* (*Jenseits des Lustprinzips*, 1920).

Ferenczi utiliza la expresión «identificación con el agresor» en un sentido muy especial: la agresión a que se hace referencia es el atentado sexual del adulto, que vive en un mundo de pasión y de culpabilidad, sobre el niño que se supone inocente (*véase:* Seducción). El comportamiento descrito como el resultado del miedo es una sumisión total a la voluntad del agresor; el cambio provocado en la personalidad es «[...] la introyección del sentimiento de culpabilidad del adulto» (1).

Anna Freud ve actuar la identificación con el agresor en diversas circunstancias: agresión física, crítica, etc., pudiendo intervenir la identificación antes o después de la agresión temida. El comportamiento que se observa es el resultado de una inversión de los papeles: el agredido se convierte en agresor.

Los autores que atribuyen a este mecanismo un importante papel en el desarrollo de la persona valoran de distinto modo su alcance, especialmente en la constitución del superyó. Según Anna Freud, el sujeto pasa por una primera fase en la cual se invierte el conjunto de la relación agresiva: el agresor es introyectado, mientras que la persona atacada, criticada, culpable, es proyectada al exterior. Sólo en un segundo tiempo la agresión se volverá hacia el interior, interiorizándose el conjunto de la relación.

Daniel Lagache sitúa más bien la identificación con el agresor en el origen de la formación del yo ideal*; dentro del conflicto de demandas entre el niño y el adulto, el sujeto se identifica con el adulto dotado de omnipotencia, lo que implica el desconocimiento del otro, su sumisión, incluso su abolición (2).

René Spitz, en *El no y el sí* (*No and Yes*, 1957), hace gran uso de la noción de identificación con el agresor. Según él, la vuelta de la agresión contra el agresor es el mecanismo preponderante en la adquisición del «no», verbal y mediante gestos, que sitúa alrededor del 15.º mes.

¿Qué papel corresponde a la identificación con el agresor en el conjunto de la teoría psicoanalítica? ¿Se trata de un mecanismo muy especial o, por el contrario, comprende una parte importante de lo que usualmente se describe como identificación? Especialmente, ¿cómo se articula con lo que clásicamente se designa como identificación con el rival en la situación edípica? Al parecer, los autores que han situado en primer plano este concepto, no han formulado el problema en estos términos. Con todo, sorprende el hecho de que las observaciones presentadas sitúan generalmente este mecanismo dentro de una relación, no triangular, sino dual, cuyo fondo, como ha subrayado en repetidas ocasiones Daniel Lagache, es de naturaleza sadomasoquista.

IDENTIFICACIÓN PRIMARIA

= *Al.:* primäre Identifizierung. — *Fr.:* identification primaire. — *Ing.:* primary identification. — *It.:* identificazione primaria. — *Por.:* identificação primária.

Modo primitivo de constitución del sujeto sobre el modelo del otro, que no es secundario a una relación previamente establecida en la cual el objeto se presentaría desde un principio como independiente. La identificación primaria está en íntima correlación con la relación llamada incorporación oral.

El concepto de identificación primaria, aunque forma parte de la terminología analítica, tiene acepciones bastante diferentes según las reconstrucciones que efectúan los autores de los primeros tiempos de la existencia individual.

La identificación primaria se contrapone a las identificaciones secundarias, que se superpondrán a aquélla, no solamente por ser la primera cronológicamente, sino porque no se establece consecutivamente a una relación de objeto propiamente dicha, sino que es «[...] la forma más primitiva de lazo afectivo con un objeto» (1 *a*). «Al comienzo, en la fase oral primitiva del individuo, la catexis de objeto y la identificación no pueden quizá distinguirse entre sí» (2 *a*).

Esta forma de ligazón del niño con otra persona se ha descrito como primera relación con la *madre*, antes de que se establezca sólidamente la diferenciación entre el ego y el alter ego. Esta relación vendría evidentemente marcada por el proceso de la incorporación. Con todo, conviene señalar que, en rigor, resulta difícil adscribir la identificación primaria a un estado absolutamente indiferenciado o anobjetal.

Es interesante observar que Freud, que rara vez utiliza la expresión «identificación primaria» (2 *b*), designa por ella misma una identificación con el *padre* «de la prehistoria personal» tomado por el niño como ideal o prototipo (*Vorbild*). Se trataría «de una identificación directa e inmediata, que se sitúa antes de toda catexis de objeto» (2 *b*-1 *b*).

IDENTIFICACIÓN PROYECTIVA

= *Al.:* Projektionsidentifizierung. — *Fr.:* identification projective. — *Ing.:* projective identification. — *It.:* identificazione proiettiva. — *Por.:* identificação projetiva.

Término introducido por Melanie Klein para designar un mecanismo que se traduce por fantasías en las que el sujeto introduce su propia persona (*his self*), en su totalidad o en parte, en el interior del objeto para dañarlo, poseerlo y controlarlo.

El término «identificación proyectiva» ha sido utilizado por Melanie Klein en un sentido muy especial, distinto del que sugiere a primera vista la asociación de las dos palabras, es decir, una atribución a otro de ciertos rasgos de sí mismo o de una semejanza global consigo mismo.

Melanie Klein describió, en *El psicoanálisis de los niños* (*Die Psychoanalyse des Kindes*, 1932), fantasías de ataque contra el interior del

cuerpo materno y de intrusión sádica dentro de éste (1). Pero sólo más tarde (1946) introdujo este término para designar «una forma particular de identificación que establece el prototipo de una relación de objeto agresiva» (2 *a*).

Este mecanismo, que guarda estrecha relación con la posición esquizoparanoide*, consiste en una proyección fantaseada al interior del cuerpo materno de partes escindidas de la propia persona del sujeto, o incluso de éste en su totalidad (y no solamente de objetos parciales malos) con el fin de dañar y controlar a la madre desde su interior. Esta fantasía es fuente de angustias tales como la de hallarse aprisionado y perseguido en el interior del cuerpo materno; o también la identificación proyectiva puede acarrear, a cambio, que la introyección sea sentida «[...] como una penetración forzada desde el exterior al interior en castigo por una proyección violenta» (2 *b*). Otro peligro es que el yo se encuentre debilitado y empobrecido en la medida en que puede perder, en la identificación proyectiva, partes «buenas» de sí mismo; de este modo, una instancia como el ideal del yo podría entonces convertirse en exterior al sujeto (2 *c*).

M. Klein y Joan Riviere afirman que las fantasías de identificación proyectiva actúan en diversos estados patológicos, como la despersonalización y la claustrofobia.

La identificación proyectiva aparece, pues, como una modalidad de la proyección*. Si M. Klein habla aquí de identificación, lo hace en cuanto es proyectada la propia persona. La utilización kleiniana del término concuerda con el sentido estricto que tiende a reservarse en psicoanálisis al término «proyección»: expulsión al exterior de lo que el sujeto rechaza en sí, proyección de lo malo.

Tal acepción deja sin resolver el problema de saber si es posible distinguir en la identificación* ciertas modalidades en las que es el sujeto quien se asimila al otro, y algunas modalidades en las que es el otro el que es asimilado al sujeto. El agrupar estas últimas bajo el título de identificación proyectiva supone una atenuación del concepto psicoanalítico de proyección. En consecuencia, puede considerarse preferible una distinción como la de identificación centrípeta e identificación centrífuga.

IMAGINARIO (s. y adj.)

= *Al.*: Imaginäre. — *Fr.*: imaginaire. — *Ing.*: imagynary. — *It.*: immaginario. — *Por.*: imaginário.

En la acepción dada a este término por J. Lacan (utilizándose casi siempre como substantivo): uno de los tres registros fundamentales (lo real, lo simbólico, lo imaginario) del campo psicoanalítico. Este registro se caracteriza por el predominio de la relación con la imagen del semejante.

La noción «imaginario» se comprende ante todo en relación con una de las primeras elaboraciones teóricas de Lacan respecto a la *fase del espejo**. En la obra dedicada a ésta, el autor pone en evidencia la idea de que el yo del pequeño ser humano, debido particularmente a su prematuridad biológica, se constituye a partir de la imagen de su semejante (yo especular).

Considerando esta experiencia princeps, puede calificarse de imaginario:

a) desde el punto de vista intrasubjetivo: la relación fundamentalmente narcisista del sujeto para con su yo (1);

b) desde el punto de vista intersubjetivo: una relación llamada *dual* basada en (y captada por) la imagen de un semejante (atracción erótica, tensión agresiva). Para Lacan sólo existe el semejante (otro que sea yo) porque el yo es originalmente otro (2);

c) en cuanto al mundo circundante *(Umwelt)*: una relación del tipo de las que han sido descritas en etología animal (Lorenz, Tinbergen) y que señalan la prevalencia de una determinada *Gestalt* en el desencadenamiento de los comportamientos;

d) en cuanto a las significaciones: un tipo de aprehensión en el que desempeñan un papel determinante factores tales como la semejanza, el homeomorfismo, lo que demuestra una especie de coalescencia entre el significante y el significado.

El uso especial que efectúa Lacan de la palabra *imaginario* no deja, sin embargo, de hallarse en relación con el sentido usual de este término: puesto que toda conducta, toda relación imaginaria está, según Lacan, esencialmente dedicada al engaño (α).

Lacan insiste en la diferencia, la oposición existente entre lo imaginario y lo simbólico, mostrando que la intersubjetividad no se reduce a este conjunto de relaciones que él agrupa bajo el término «imaginario» y que es importante no confundir ambos «registros», durante la cura anaclítica (3).

(α) Consúltese el método de los simulacros en etología (utilización de estímulos-señales artificiales como desencadenantes de ciclos instintivos) que demuestran experimentalmente lo dicho.

IMAGO

(La misma palabra latina ha sido adoptada en los diferentes idiomas).

Prototipo inconsciente de personajes que orienta electivamente la forma en que el sujeto aprehende a los demás; se elabora a partir de las primeras relaciones intersubjetivas reales y fantaseadas con el ambiente familiar.

El concepto de *imago* lo debemos a Jung (*Metamorfosis y símbolos de la libido* [*Wandlungen und Symbole der Libido*, 1911]), que describe la imago materna, paterna, fraterna.

La imago y el complejo son conceptos afines; ambos guardan relación con el mismo campo: las relaciones del niño con su ambiente familiar y social. Pero el complejo designa el efecto que ejerce sobre el

sujeto el conjunto de la situación interpersonal, mientras que la imago designa la pervivencia imaginaria de alguno de los participantes en aquella situación.

Con frecuencia se define la imago como una «representación inconsciente»; pero es necesario ver en ella, más que una imagen, un esquema imaginario adquirido, un clisé estático a través del cual el sujeto se enfrenta a otro. Por consiguiente, la imago puede objetivarse tanto en sentimientos y conductas como en imágenes. Añadamos que no debe entenderse como un reflejo de lo real, ni siquiera más o menos deformado; es por ello que la imago de un padre terrible puede muy bien corresponder a un padre real débil.

IMAGO DE LOS PADRES ACOPLADOS

= *Al.:* vereinigte Eltern, vereinigte Eltern-Imago. — *Fr.:* parent(s) combiné(s). — *Ing.:* combined parents, combined parent-figure. — *It.:* figura parentale combinata. — *Por.:* pais unificados, imago de pais unificados.

Término introducido por Melanie Klein para designar una teoría sexual infantil que se expresa en diversas fantasías que representan a los padres como unidos en una relación sexual ininterrumpida: la madre conteniendo el pene del padre o al padre en su totalidad; el padre conteniendo el pecho de la madre o a la madre en su totalidad; los padres inseparablemente confundidos en un coito.

Se trataría de fantasías muy arcaicas e intensamente ansiógenas.

La noción de «imago de los padres acoplados» es inseparable de la concepción kleiniana del complejo de Edipo (1): «Se trata de una teoría sexual constituida en una fase genética muy precoz, según la cual la madre incorporaría el pene del padre durante el coito, aunque en definitiva la mujer que posee un pene representa a los padres en coito» (2 *a*).

La fantasía de la «mujer provista de pene» no constituye un descubrimiento de Melanie Klein; Freud la describe ya en 1908 en *Las teorías sexuales infantiles (Über infantile Sexualtheorien)* (3). Pero, para Freud, esta fantasía forma parte de la teoría sexual infantil que desconoce la diferencia de los sexos y la castración de la mujer. Melanie Klein, en *El psicoanálisis del niño* (*Die Psychoanalyse des Kindes*, 1932) le atribuye una génesis muy distinta; la hace derivar de fantasías muy precoces: escena originaria* fuertemente teñida de sadismo, interiorización del pene del padre, representación del cuerpo materno como receptáculo de *objetos* «buenos»* y, sobre todo, *«malos»*. «La fantasía de un pene paterno contenido en el interior de la madre determina en el niño otra fantasía, la de la "mujer con pene". La teoría sexual de la madre fálica, provista de un pene femenino, se remonta a angustias más primitivas, modificadas por desplazamiento, e inspiradas por los peligros que presentan los penes incorporados por la madre y las relaciones sexuales entre los padres. Según mis observaciones, "la mujer con pene" representa siempre la "mujer con pene paterno"» (2 *b*). La fantasía de la «imago de los padres acoplados» ligada al sadismo infantil arcaico, tiene un gran valor ansiógeno.

En un artículo ulterior, M. Klein relaciona la noción de «imago de los padres acoplados» con una actitud fundamental del niño: «Constituye una característica de las emociones intensas y de la actividad del niño pequeño el atribuir necesariamente a sus padres un estado de gratificación mutua de tipo oral, anal y genital» (4).

INCONSCIENTE (s. y adj.)

= *Al.:* Das Unbewusste, unbewusst. — *Fr.:* inconscient. — *Ing.:* unconscious. — *It.:* inconscio. — *Por.:* inconsciente.

A) El adjetivo *inconsciente* se utiliza en ocasiones para connotar el conjunto de los contenidos no presentes en el campo actual de la conciencia, y esto en un sentido «descriptivo» y no «tópico», es decir, sin efectuar una discriminación entre los contenidos de los sistemas preconsciente e inconsciente.

B) En sentido tópico, la palabra inconsciente designa uno de los sistemas definidos por Freud dentro del marco de su primera teoría del aparato psíquico; está constituido por contenidos reprimidos, a los que ha sido rehusado el acceso al sistema preconsciente-consciente* por la acción de la represión* (represión originaria* y represión con posterioridad*).

Los caracteres esenciales del inconsciente como sistema (o *Ics*) pueden resumirse del siguiente modo:

a) sus «contenidos» son «representantes»* de las pulsiones;

b) estos contenidos están regidos por los mecanismos específicos del proceso primario*, especialmente la condensación* y el desplazamiento*;

c) fuertemente catectizados de energía pulsional, buscan retornar a la conciencia y a la acción (retorno de lo reprimido*); pero sólo pueden encontrar acceso al sistema *Pcs-Cs* en la formación de compromiso*, después de haber sido sometidos a las deformaciones de la censura*;

d) son especialmente los deseos infantiles los que experimentan una fijación* en el inconsciente.

La abreviatura *Ics* (*Ubw*, del alemán *Unbewusst*) designa el inconsciente en su forma substantiva como sistema; *ics* (*ubw*) es la abreviatura del adjetivo *inconsciente* (*unbewusst*), en tanto que éste califica, en sentido estricto, los contenidos del citado sistema.

C) Dentro del marco de la segunda tópica freudiana, la palabra inconsciente se emplea sobre todo como adjetivo; en efecto, inconsciente no es ya lo propio de una instancia particular, puesto que califica al ello y a una parte del yo y del superyó. Pero conviene observar:

a) que los caracteres atribuidos, en la primera tópica, al sistema *Ics*, se atribuyen, de un modo general, al ello en la segunda tópica;

b) que la diferencia entre el preconsciente y el inconsciente, si bien ya no se basa en una distinción intersistémica, persiste como una distinción intrasistémica (por ser el yo y el superyó en parte preconscientes y en parte inconscientes).

Si se hubiera de resumir en una palabra el descubrimiento freudiano, ésta sería indiscutiblemente el término «inconsciente». Por ello, no nos proponemos, dentro de los límites de la presente obra, exponer este descubrimiento en sus antecedentes prefreudianos, en su génesis y en sus elaboraciones sucesivas por el propio Freud. Nos limitaremos, en un deseo de clarificación, a subrayar algunos rasgos esenciales que, con frecuencia, la misma difusión del término ha ido borrando.

1.° El inconsciente freudiano es ante todo e indisolublemente una noción tópica* y dinámica*, deducida de la experiencia de la cura. Ésta ha mostrado que el psiquismo no es reductible a lo consciente y que ciertos «contenidos» sólo se vuelven accesibles a la conciencia una vez se han superado las resistencias; la cura ha revelado que la vida psíquica está «[...] saturada de pensamientos eficientes, aunque inconscientes, y que de éstos emanan los síntomas» (1); ha conducido a suponer la existencia de «grupos psíquicos separados» y, de un modo más general, a admitir la existencia del inconsciente como un «lugar psíquico» particular que es preciso representarse, no como una segunda conciencia, sino como un sistema que tiene contenidos, mecanismos y posiblemente una «energía» específica.

2.° ¿Cuáles son estos *contenidos?*

a) Freud, en su artículo sobre *El inconsciente* (*Das Unbewusste*, 1915) los denomina «representantes de la pulsión». En efecto, la pulsión, situada en el límite entre lo somático y lo psíquico, se encuentra más allá de la oposición entre consciente e inconsciente; por una parte, no puede jamás devenir objeto de conciencia, y, por otra, sólo se halla presente en el inconsciente por medio de sus representantes, esencialmente el «representante representativo»*. Añadamos que uno de los primeros modelos teóricos freudianos define el aparato psíquico como una sucesión de inscripciones (*Niederschriften*) de signos (2), idea proseguida y discutida en los textos ulteriores. Las representaciones inconscientes se hallan ordenadas en forma de fantasías, guiones imaginarios a los cuales se fija la pulsión, y que pueden concebirse como verdaderas escenificaciones del deseo* (*véase:* Fantasía).

b) La mayor parte de los textos freudianos anteriores a la segunda tópica asimilan lo inconsciente a lo *reprimido*. Observemos, sin embargo, que esta asimilación no se halla exenta de restricciones; más de un texto reserva un lugar para contenidos no adquiridos por el individuo, sino de origen filogenético, que constituirían el «núcleo del inconsciente» (3 *a*).

Tal idea culmina en la noción de fantasías originarias* como esquemas preindividuales que vienen a informar las experiencias sexuales infantiles del sujeto (α).

c) También clásicamente se ha asimilado el inconsciente a lo *infantil* que hay en nosotros, pero también aquí se impone una reserva. No todas las experiencias infantiles, aunque vividas naturalmente en la forma que la fenomenología designa como conciencia irreflexiva, están destinadas a confundirse con el inconsciente del individuo. Según Freud, es la *represión* infantil la que da lugar a la primera escisión entre el inconsciente y el sistema *Pcs-Cs*. El inconsciente freudiano es algo que se *constituye*, incluso aunque la primera fase de la represión originaria pueda considerarse como mítica; no se trata de un vivir indiferenciado.

3.° Ya es sabido que el sueño fue para Freud el «camino real» hacia el descubrimiento del inconsciente. Los mecanismos (desplazamiento, condensación, simbolismo) deducidos del sueño en *La interpretación de los sueños* (*Die Traumdeutung*, 1900) y constitutivos del *proceso primario* se vuelven a encontrar en otras formaciones del inconsciente (actos fallidos, equivocaciones orales, etc.), que equivalen a los síntomas por su estructura de compromiso y su función de «cumplimiento de deseo»*.

Cuando Freud intenta definir el inconsciente como sistema, resume sus caracteres específicos del siguiente modo (3 *b*): proceso primario (movilidad de las catexis, característica de la energía libre)*; ausencia de negación, de duda, de grado en la certidumbre; indiferencia a la realidad, y regulación por el solo principio del placer-displacer (tendiendo éste a restablecer por la vía más corta la identidad de percepción)*.

4.° Finalmente, Freud intentó basar la cohesión propia del sistema *Ics* y su distinción radical respecto del sistema *Pcs* en la noción económica de una «energía de catexis» propia de cada sistema. La energía inconsciente se aplicaría a representaciones, produciendo su catexis o retirándose de ellas, y el paso de un elemento de un sistema al otro se produciría por retiro de la catexis procedente del primero y nueva catexis por parte del segundo.

Pero esta energía inconsciente (y aquí radica una dificultad de la concepción freudiana) tan pronto aparece o bien como una fuerza de atracción ejercida sobre las representaciones y oponiéndose a la toma de conciencia (como en la teoría de la represión, según la cual la atracción por los elementos ya reprimidos colabora con la represión ejercida por el sistema superior) (4) o bien en forma de una fuerza que tiende a hacer emerger sus «derivados»* a la conciencia y que sólo resultaría contenida mediante la vigilancia de la censura (3 *c*).

5.° Las consideraciones tópicas no deben hacer perder de vista el valor dinámico del inconsciente freudiano, tantas veces subrayado por su autor: por el contrario, es preciso ver en las distinciones tópicas un medio para explicar el conflicto, la repetición y las resistencias.

Ya es sabido que, a partir de 1920, la teoría freudiana del aparato psíquico fue profundamente modificada y se introdujeron en ellas nuevas distinciones tópicas, que ya no coinciden con las del inconsciente, preconsciente y consciente. En efecto, si bien en la instancia del ello se vuelven a encontrar las principales características del sistema *Ics*, en las otras instancias (yo y superyó) se reconocen también un origen y una parte inconscientes (*véanse:* Ello; Yo; Superyó; Tópica).

(α) Aunque Freud no estableció una relación entre las fantasías originarias (*Urphantasien*) y la hipótesis de la represión originaria (*Urverdrängung*), no puede dejar de observarse que cumplen casi la misma función en cuanto al origen último del inconsciente.

INCORPORACIÓN

= *Al.:* Einverleibung. — *Fr.:* incorporation. — *Ing.:* incorporation. — *It.:* incorporazione. — *Por.:* incorporação.

Proceso en virtud del cual el sujeto, de un modo más o menos fantasmático, introduce y guarda un objeto dentro de su cuerpo. La incorporación constituye un fin pulsional y un modo de relación de objeto característico de la fase oral; si bien

guarda una relación privilegiada con la actividad bucal y la ingestión de alimento, también puede vivirse en relación con otras zonas erógenas y otras funciones. Constituye el prototipo corporal de la introyección y de la identificación.

Al elaborar la noción de fase oral (1915) Freud introduce el término «incorporación» (1), que hace recaer el acento en la relación con el objeto, mientras que anteriormente, sobre todo en la primera edición de los *Tres ensayos sobre la teoría sexual* (*Drei Abhandlungen zur Sexualtheorie*, 1905), Freud describía la actividad oral bajo el aspecto relativamente limitado del placer de la succión.

En la incorporación se imbrican varios fines pulsionales. Freud, en 1915, dentro de lo que entonces era su teoría de las pulsiones (oposición entre pulsiones sexuales y pulsiones del yo o de autoconservación) subraya que las dos actividades (sexual y alimentaria) se encuentran allí íntimamente mezcladas. Dentro de la última teoría de las pulsiones (oposición entre pulsiones de vida y pulsiones de muerte) se pondrá en evidencia sobre todo la unión de la libido y la agresividad: «En la fase de organización oral de la libido, el dominio amoroso sobre el objeto coincide todavía con el aniquilamiento de éste» (2). Esta concepción será desarrollada por Abraham y ulteriormente por M. Klein (*véase:* Fase oral-sádica).

De hecho, en la incorporación se hallan presentes tres significaciones: darse un placer haciendo penetrar un objeto dentro de sí; destruir este objeto; asimilarse las cualidades de este objeto conservándolo dentro de sí. Este último aspecto es el que hace de la incorporación la idea matriz de la introyección y de la identificación.

La incorporación no se limita a la actividad oral propiamente dicha ni a la fase oral, aun cuando la oralidad constituye el modelo de toda incorporación. En efecto, otras zonas erógenas y otras funciones pueden ser su soporte (incorporación por la piel, la respiración, la visión, la audición). Asimismo existe una incorporación anal, en la medida que la cavidad rectal es asimilada a una boca, y una incorporación genital, manifestada especialmente en el fantasma de retención del pene dentro del cuerpo.

Abraham, y más tarde M. Klein, han señalado que el proceso de incorporación o el canibalismo* pueden ser también parciales, es decir, referirse a objetos parciales*.

INERVACIÓN

= *Al.:* Innervation. — *Fr.:* innervation. — *Ing.:* innervation. — *It.:* innervazione. — *Por.:* inervação.

Término utilizado por Freud en sus primeros trabajos para designar el hecho de que cierta energía es transportada a una determinada parte del cuerpo, produciendo allí fenómenos motores o sensitivos.

La inervación, fenómeno fisiológico, podría producirse por conversión de energía psíquica en energía nerviosa.

Este término puede presentar dificultad para el lector de Freud. En efecto, en la actualidad se utiliza, por lo general, para designar un hecho anatómico (trayecto de un nervio que va a parar a un determinado órgano), mientras que Freud designa por inervación un proceso fisiológico, la transmisión, casi siempre en sentido eferente, de la energía a lo largo de una vía nerviosa. Véase, por ejemplo, el siguiente pasaje a propósito de la histeria: «[...] el afecto arrancado [de la representación] se utiliza para una inervación somática: conversión de la excitación» (1).

INSTANCIA

= *Al.:* Instanz. — *Fr.:* instance. — *Ing.:* agency. — *It.:* istanza. — *Por.:* instância.

Alguna de las diferentes subestructuras, dentro de una concepción a la vez tópica y dinámica del aparato psíquico. Ejemplos: instancia de la censura (primera tópica), instancia del superyó (segunda tópica).

En las diferentes exposiciones que dio de su concepción del aparato psíquico*, Freud utiliza la mayoría de las veces, para designar sus partes o subestructuras, los términos «sistema» o «instancia». Más raramente se encuentran las palabras «organización» *(Organisation)*, «formación» *(Bildung)* y «provincia» *(Provinz)*.

El primer término introducido por Freud fue el de *sistema* (1); se refiere a un esquema esencialmente tópico* del psiquismo, concibiéndose éste como una sucesión de dispositivos atravesados por las excitaciones, al modo como la luz pasa a través de los diferentes «sistemas» de un aparato óptico. El término «instancia» fue introducido en *La interpretación de los sueños* (*Die Traumdeutung*, 1900) como sinónimo de sistema (2 *a*). Freud lo utilizó hasta en sus últimos trabajos (3).

Aun cuando estos dos términos se emplean a menudo indistintamente, se observará que «sistema» se refiere a una concepción más exclusivamente tópica, siendo «instancia» un término de significado a la vez tópico y dinámico. Así, por ejemplo, Freud habla de sistemas mnémicos (2 *b*), de sistema percepción-conciencia, y no de instancia en estos casos. En cambio, habla preferentemente de instancias para referirse al superyó o a la censura, en cuanto ejercen una acción positiva y no son simplemente atravesados por las excitaciones; así, el superyó se considera como el heredero de la «instancia parental» (4). Observemos, por lo demás, que el término mismo «instancia» fue introducido por Freud en *La interpretación de los sueños* por comparación con los tribunales o las autoridades que juzgan acerca de lo que conviene dejar pasar (2 *c*).

En la medida en que es posible mantener tal diferencia, el término «sistema» correspondería mejor al espíritu de la primera tópica freudiana, y el de instancia a la segunda concepción del aparato psíquico, que es a la vez más dinámica y más estructural.

INSTINTO

= *Al.:* Instinkt. — *Fr.:* instinct. — *Ing.:* instinct. — *It.:* istinto. — *Por.:* instinto.

A) Clásicamente, esquema de comportamiento heredado, propio de una especie animal, que varía poco de uno a otro individuo, se desarrolla según una secuencia temporal poco susceptible de perturbarse y que parece responder a una finalidad.
B) Término utilizado por algunos autores psicoanalíticos franceses como traducción o equivalente del término freudiano *Trieb*, para el cual, en una terminología coherente, conviene recurrir al término francés «pulsión»*.

La concepción freudiana del *Trieb* como una fuerza que empuja relativamente indeterminada, en cuanto al comportamiento que origina y al objeto que proporciona la satisfacción, difiere notablemente de las teorías del instinto, tanto en su forma clásica como en la renovación aportada por las investigaciones contemporáneas (concepto de *pattern* de comportamientos, de mecanismos innatos de desencadenamiento, de estímulos-señales específicos, etc.). El término «instinto» tiene implicaciones claramente definidas, que están muy alejadas del concepto freudiano de pulsión.

Por lo demás, se observará que Freud utiliza en varias ocasiones el término *Instinkt* en sentido clásico (véase definición A), hablando de «instinto de los animales», de «conocimiento instintivo de peligros» (1), etcétera.

Es más, cuando se pregunta «[...] si existen en el hombre formaciones psíquicas hereditarias, algo similar al instinto de los animales» (2), no ve este equivalente en la pulsión, sino en aquellos «esquemas filogenéticos hereditarios» (3) que son las fantasías originarias (por ejemplo, escena originaria, castración) (*véase:* Fantasías originarias).

Vemos, pues, que Freud utiliza dos términos que pueden contraponerse claramente, incluso aunque él no hizo intervenir de forma explícita esta oposición en su teoría. En la literatura psicoanalítica, la oposición no se ha mantenido siempre, sino todo lo contrario. La elección del término *instinto* como equivalente de *Trieb* no es solamente una inexactitud de traducción; además ofrece el peligro de introducir una confusión entre la teoría freudiana de las pulsiones y las concepciones psicológicas del instinto animal y de velar la originalidad de la concepción freudiana, en especial la tesis del carácter relativamente indeterminado del empuje motivante, los conceptos de contingencia del objeto* y de la variabilidad de los fines*.

INTELECTUALIZACIÓN

= *Al.:* Intellektualisierung. — *Fr.:* intellectualisation. — *Ing.:* intellectualization. — *It.:* intellettualizzazione. — *Por.:* intelectualização.

Proceso en virtud del cual el sujeto intenta dar una formulación discursiva a sus conflictos y a sus emociones, con el fin de controlarlos.
La mayoría de las veces, el término se toma en sentido peyorativo; designa, especialmente durante la cura, el predominio otorgado al pensamiento abstracto sobre la emergencia y el reconocimiento de los afectos y de los fantasmas.

El término «intelectualización» no se encuentra en Freud y, en el conjunto de la literatura psicoanalítica, hallamos pocos desarrollos teóricos acerca de este proceso. Uno de los textos más explícitos es el de Anna Freud, que describe la intelectualización en el adolescente como un mecanismo de defensa, pero considerándolo como la exacerbación de un proceso normal mediante el cual el «yo» intenta «controlar las pulsiones asociándolos a ideas que puede manejar conscientemente [...]»: la intelectualización constituye, según esta autora, «[...] uno de los poderes adquiridos n. generales, más antiguos y más necesarios del yo humano» (1).

Este término se emplea sobre todo para designar una forma de resistencia hallada en la cura. Puede ser más o menos patente, pero constituye siempre un medio para evitar las implicaciones de la regla fundamental.

Así, un determinado paciente sólo presenta sus problemas en términos racionales y generales (ante una elección amorosa, disertará sobre las ventajas relativas del matrimonio y del amor libre). Otro, aunque evoca bien su historia, su carácter, sus propios conflictos, los formula desde un principio en términos de una reconstrucción coherente que incluso puede tomar del lenguaje psicoanalítico (por ejemplo, hablando de su «oposición a la autoridad» en lugar de referirse a las relaciones con su padre). Un tipo más sutil de intelectualización debe relacionarse con lo que K. Abraham describió en 1919 en *Una forma particular de resistencia neurótica al método psicoanalítico (Über eine besondere Form des neurotischen Widerstandes gegen die psychoanalytische Methodik):* algunos pacientes parecen efectuar un «buen trabajo» analítico y aplicar la regla, comunicando recuerdos, sueños, incluso experiencias afectivas. Pero todo sucede como si hablasen según un programa e intentasen comportarse como modelo de un analizado, dando ellos mismos sus interpretaciones y evitando así toda irrupción del inconsciente o toda intervención del analista, que se perciben como intrusiones peligrosas.

El término «intelectualización» reclama algunas reservas:

1) como muestra nuestro último ejemplo, no siempre es fácil distinguir este modo de resistencia del tiempo necesario y fecundo en que el sujeto da forma y asimila los descubrimientos anteriores y las interpretaciones que se le han suministrado (*véase:* Trabajo elaborativo);

2) el término «intelectualización» se refiere a la oposición, heredada de la psicología de las «facultades», entre lo intelectual y lo afectivo. Ofrece el peligro, una vez denunciada la intelectualización, de conducir a una valoración excesiva de lo «vívido afectivo» en la cura analítica, la cual se confunde entonces con el método catártico. Fenichel contrapone estas dos modalidades simétricas de la resistencia: «[...] el paciente se muestra siempre razonable y rehúsa pactar con la lógica particular de las emociones; [...] el paciente se halla constantemente sumergido en un mundo oscuro de emociones, sin poder liberarse de él [...]» (2).

La intelectualización debe relacionarse con otros mecanismos descritos en psicoanálisis, principalmente con la racionalización*. Una de las finalidades primordiales de la intelectualización consiste en mantener a distancia y neutralizar los afectos. A este respecto, la racionalización ocupa un lugar distinto: no implica una evitación sistemática de los afectos, pero atribuye a éstos motivaciones más plausibles que verdaderas, dándoles una justificación de tipo racional o ideal (por ejemplo, un comportamiento sádico, en tiempo de guerra, justificado por las necesidades de la lucha, el amor a la patria, etc.).

INTERÉS (DEL YO)

= *Al.:* Interesse, Ichinteresse. — *Fr.:* intérêt *o* intérêt du moi. — *Ing.:* interest, ego interest. — *It.:* interesse (dell'io). — *Por.:* interêsse (do ego).

Término utilizado por Freud en el marco de su primer dualismo pulsional: energía de las pulsiones de autoconservación, en contraposición a la libido o energía de las pulsiones sexuales.

El sentido específico del término «interés», que es el que indicamos en la definición, se establece en los escritos freudianos durante los años 1911-1914. Ya es sabido que la libido* designa la energía de catexis de las pulsiones sexuales; paralelamente existe, según Freud, una energía de catexis de las pulsiones de autoconservación.

En algunas ocasiones, la palabra *interés*, tomada en un sentido general parecido al usual, abarca el conjunto de estos dos tipos de catexis, como por ejemplo, en el siguiente pasaje en el que Freud introduce la expresión: el paranoico retira «[...] quizá no solamente su catexis libidinal, sino también su interés en general, y por consiguiente las catexis procedentes del yo» (1). La tesis de Jung (α), que rehúsa distinguir entre libido e «interés psíquico en general» conduce a Freud a subrayar esta oposición, reservando el término «interés» exclusivamente para las catexis procedentes de las pulsiones de autoconservación o pulsiones del yo (2) (*véase:* Egoísmo).

Este empleo específico se encuentra, por ejemplo, en las *Lecciones de introducción al psicoanálisis* (*Vorlesungen zur Einführung in die Psychoanalyse*, 1917) (3).

(α) Según Jung, el término «interés» habría sido propuesto por Claparède, precisamente como sinónimo de libido (4).

INTERIORIZACIÓN

= *Al.:* Verinnerlichung. — *Fr.:* intériorisation. — *Ing.:* internalization. — *It.:* interiorizzazione. — *Por.:* interiorização.

A) Término utilizado a menudo como sinónimo de introyección*.
B) En un sentido más específico, proceso en virtud del cual las relaciones intersubjetivas se transforman en relaciones intrasubjetivas (interiorización de un conflicto, de una prohibición, etc.).

El término «interiorización» es de empleo frecuente en psicoanálisis. A menudo se toma, especialmente por la escuela kleiniana, en el sentido de introyección, es decir, del paso fantaseado de un *objeto* «bueno» o «malo», total o parcial, al interior del sujeto.

En un sentido más específico, se habla de interiorización cuando el proceso hace referencia a *relaciones*. Así, por ejemplo, se dirá que la relación de autoridad entre el padre y el niño se interioriza en la relación entre superyó y yo. Este proceso supone, dentro del psiquismo, una diferenciación estructural tal que permita vivir a nivel intrapsíquico relaciones y conflictos. De este modo, la interiorización es correlativa de las concepciones tópicas de Freud, especialmente de la segunda teoría del aparato psíquico.

Con afán de precisión terminológica, hemos distinguido en nuestra definición dos sentidos, A y B. De hecho, se hallan muy ligados entre sí: cuando declina el Edipo, puede decirse que el sujeto introyecta la imago paterna e interioriza el conflicto de autoridad con el padre.

INTERPRETACIÓN

= *Al.:* Deutung. — *Fr.:* interprétation. — *Ing.:* interpretation. — *It.:* interpretazione. — *Por.:* interpretação.

A) Deducción, por medio de la investigación analítica, del sentido latente existente en las manifestaciones verbales y de comportamiento de un sujeto. La interpretación saca a la luz las modalidades del conflicto defensivo y apunta, en último término, al deseo que se formula en toda producción del inconsciente.
B) En la cura, comunicación hecha al sujeto con miras a hacerle accesible este sentido latente, según las reglas impuestas por la dirección y la evolución de la cura.

La interpretación se halla en el núcleo de la doctrina y de la técnica freudianas. Se podría caracterizar al psicoanálisis por la interpretación, es decir, por la puesta en evidencia del sentido latente de un material.

El primer ejemplo y el modelo de la interpretación lo ha constituido la actitud freudiana con respecto al sueño. Las teorías «científicas» del sueño intentaban explicarlo, como fenómeno de la vida mental, invocando un descenso de la actividad psíquica, una relajación de las asociaciones; algunas definían ciertamente el sueño como una actividad específica, pero ninguna de estas teorías tomaba en consideración su contenido y *a fortiori* la relación existente entre éste y la historia personal del individuo. En contraste con ello, los métodos de interpretación del tipo «la clave de los sueños» (Antigüedad, Oriente) no descuidaban el contenido del sueño, sino que le atribuían una significación. En este sentido, Freud declara adscribirse a esta tradición. Pero él hace recaer el acento en la inserción singular del simbolismo en la persona y, en este sentido, su método se aparta de las claves de los sueños (1 *a*).

Para Freud, la interpretación deduce, a partir de la narración que efectúa el sujeto (*contenido manifiesto**), el sentido del sueño, tal como se formula en el *contenido latente**, al cual conducen las asociaciones libres. El objetivo último de la interpretación es el deseo inconsciente y el fantasma que lo encarna.

Por supuesto, el término «interpretación» no se reserva exclusivamente para designar esta importante producción del inconsciente que es el sueño. Se aplica también a las restantes producciones del inconsciente (actos fallidos, síntomas, etc.) y, de un modo más general, a todo aquello que, dentro de las manifestaciones verbales y el comportamiento del sujeto, lleva el sello del conflicto defensivo.

Dado que la comunicación de la interpretación es por excelencia el modo de acción del analista, el término empleado aisladamente tiene asimismo el sentido técnico de *interpretación comunicada* al paciente.

La interpretación, en este sentido técnico, se halla presente desde los orígenes del psicoanálisis. Con todo, se observará que en la época de los *Estudios sobre la histeria* (*Studien über Hysterie*, 1895), en la medida en que el principal objetivo consistía en hacer surgir de nuevo los *recuerdos* patógenos inconscientes, la interpretación no se había deducido todavía como el principal modo de la acción terapéutica (por lo demás, la propia palabra no se encuentra todavía en dicho texto).

La interpretación adquiere verdadera importancia a partir del momento en que comienza a definirse la técnica psicoanalítica. La interpretación se integra entonces en la dinámica de la cura, como ilustra el artículo sobre *El manejo de la interpretación de los sueños en psicoanálisis* (*Die Handhabung der Traumdeutung in der Psychoanalyse*, 1911): «Sostengo, pues, que la interpretación de los sueños no se debe practicar, en el curso del tratamiento analítico, como un arte en sí, sino que su uso queda sometido a las reglas técnicas que rigen todo el conjunto del tratamiento» (2). La consideración de estas «reglas técnicas» debe regir el nivel (más o menos «profundo»), el tipo (interpretación de las resistencia, de la transferencia, etc.) y el orden eventual de las interpretaciones.

No pretendemos tratar aquí de los problemas que plantea la interpretación, y que han sido objeto de numerosas discusiones técnicas: criterios, forma y formulación, oportunidad, «profundidad», orden, etcétera (α). Indicaremos solamente que la interpretación no cubre el conjunto de las *intervenciones* del analista en la cura (como, por ejemplo, el alentar al paciente a hablar, el darle seguridad, la explicación de un mecanismo o de un símbolo, las órdenes, las construcciones*, etc.), aunque todas ellas puedan adquirir valor interpretativo dentro de la situación analítica.

Señalemos, desde el punto de vista terminológico, que la palabra *interpretación* no es exactamente superponible al término alemán *Deutung*. La interpretación hace pensar más bien en todo lo que hay de subjetivo, de forzado y arbitrario, en el sentido que se da a un acontecimiento, a una palabra. *Deutung* tiene un sentido más próximo a explicación, esclarecimiento, y está menos impregnado, para la conciencia lingüística común, del matiz peyorativo que puede presentar el término español (β). Freud escribe: «la *Deutung* de un sueño consiste en determinar su *Bedeutung*, su significación» (1 *b*).

También es preciso señalar que Freud no dejó de indicar el parentesco existente entre la interpretación, en el sentido analítico del término, y otros procesos mentales en lo que se manifiesta una actividad interpretativa.

Así, por ejemplo, la elaboración secundaria* constituye, por parte del sujeto que sueña, una «primera interpretación» destinada a proporcionar cierta coherencia a los elementos que son el producto del trabajo del sueño: «[...] algunos sueños han experimentado hasta el fondo una elaboración realizada por una función psíquica análoga al pensamiento durante la vigilia; parecen tener un sentido, pero este sentido es lo más alejado que pueda darse de la verdadera significación *(Bedeutung)* del sueño [...]. Se trata de sueños que, por así decirlo, ya han sido interpretados antes de que nosotros los sometamos, en estado de vigilia, a la interpretación» (1 *c*). En la elaboración secundaria, el sujeto trata el contenido del sueño de igual forma que todo contenido perceptivo inédito: tendiendo a reducirlo a lo ya conocido por medio de ciertas «representaciones de espera» *(Erwartungsvorstellungen)* (3). Freud también señala las relaciones existentes entre la interpretación paranoica (o incluso la interpretación de los signos en la superstición) y la interpretación analítica (4 *a*). En efecto, para los paranoicos todo es interpretable: «[...] atribuyen la mayor significación a los pequeños detalles que ordinariamente desatendemos en el comportamiento de los demás, interpretan a fondo *(ausdeuten)* y extraen conclusiones de gran alcance» (4 *b*). En sus interpretaciones del comportamiento de otro individuo, los paranoicos demuestran, con frecuencia, una mayor penetración que el sujeto normal. Pero esta lucidez de la que el paranoico da pruebas con respecto a los demás tiene como contrapartida un profundo desconocimiento de su propio inconsciente.

(α) El lector podrá orientarse acerca de estos problemas consultando la obra de Edward Glover *The technique of Psycho-Analysis* (1955), y especialmente la encuesta realizada por este autor entre los psicoanalistas.

(β) Por lo demás, se observará que la psiquiatría alemana apenas utiliza la expresión «delirio de interpretación» para designar el delirio paranoico.

INTERPRETACIÓN ANAGÓGICA

= *Al.*: anagogische Deutung. — *Fr.*: interprétation anagogique. — *Ing.*: anagogic interpretation. — *It.*: interpretazione anagogica. — *Por.*: interpretação anagógica.

Término utilizado por Silberer: modo de interpretación de las formaciones simbólicas (mitos, sueños, etc.), que explicitaría su significación moral universal. Por consiguiente, dado que orienta el símbolo hacia «ideales elevados», se opondría a la interpretación analítica, que reduciría los símbolos a su contenido particular y sexual.

El concepto de interpretación anagógica (del griego ἀνάγω = conducir hacia lo alto) pertenece al lenguaje teológico, donde designa la interpretación «que se eleva del sentido literal a un sentido espiritual» (Littré). Aparece como la fase más evolucionada del pensamiento de Silberer acerca del simbolismo. Ha sido desarrollado en *Problemas de la mística y de su simbolismo* (*Probleme der Mystik und ihrer Symbo-*

lik, 1914). En las parábolas, los ritos, los mitos, etc., encuentra Silberer una doble determinación: por ejemplo, el mismo símbolo que representa en psicoanálisis la muerte del padre se interpreta anagógicamente como «muerte del viejo Adán» en nosotros (1 *a*). Esta oposición correspondería a la existente entre «fenómeno material» y «fenómeno funcional» *(véase este término)* en el sentido amplio que finalmente le confirió Silberer.

La diferencia entre «funcional» y «anagógico» estriba únicamente en que el «[...] verdadero fenómeno funcional describe el estado o el proceso psíquico actual, mientras que la imagen anagógica parece indicar un estado o un proceso que ha de vivirse [*erlebt werden soll*]» (1 *b*). La interpretación anagógica tendería, por consiguiente, hacia la formación de nuevos símbolos funcionales cada vez más universales, que vendrían a representar los grandes problemas éticos del alma humana. Por lo demás, Silberer cree constatar una tal evolución en los sueños durante el tratamiento psicoanalítico (1 *c*).

Freud y Jones criticaron esta concepción. Freud sólo ve en la interpretación anagógica un retorno a las ideas pre-psicoanalíticas, que toman como sentido último de los símbolos lo que en realidad deriva de éstos por formación reactiva, racionalización, etc. (2). Jones relaciona la interpretación anagógica con la significación «prospectiva» atribuida por Jung al simbolismo: «Se admite que el símbolo es la expresión de un esfuerzo con vistas a un ideal moral elevado, esfuerzo que, al no alcanzar este ideal, se detiene en el símbolo; no obstante, se supone que el ideal final se halla implícito en el símbolo y es simbolizado por éste» (3).

INTROVERSIÓN

= *Al.:* Introversion. — *Fr.:* introversion. — *Ing.:* introversion. — *It.:* introversione. — *Por.:* introversão.

Término introducido por Jung para designar, de un modo general, el desprendimiento de la libido de sus objetos exteriores y su retirada hacia el mundo interno del sujeto.

Freud recogió el término, pero limitando su utilización a una retirada de la libido que conduce a la catexis de formaciones intrapsíquicas imaginarias, lo cual se debería diferenciar de una retirada de la libido hacia el yo (narcisismo secundario).

El término «introversión» aparece por vez primera en Jung en 1910 en *Sobre los conflictos del alma infantil (Über Konflikte der kindlichen Seele).* Se vuelve a encontrar en muchos textos posteriores de este autor, especialmente en *Metamorfosis y símbolos de la libido* (*Wandlungen und Symbole der Libido,* 1913). Luego el concepto alcanzó gran difusión en las tipologías postjunguianas (oposición entre los tipos introvertido y extravertido).

Freud, si bien admitió el término «introversión», efectuó desde un principio algunas reservas en cuanto a la extensión que debe darse a este concepto.

Para Freud, la introversión designa la retirada de la libido hacia objetos imaginarios o fantasmas; en este sentido, la introversión constituye una fase de la formación de los síntomas neuróticos, fase consecutiva a la frustración y que puede conducir a la regresión. La libido «[...] se aparta de la realidad, que ha perdido su valor para el individuo, a consecuencia de la frustración persistente que origina, y se vuelve hacia la vida fantasmática, donde crea nuevas formaciones de deseo y reaviva las huellas de formación de deseo anteriores y olvidadas» (1).

En *Introducción al narcisismo* (*Zur Einführung des Narzissmus,* 1914), Freud critica el uso, en su opinión demasiado extenso, que se efectúa de la palabra *introversión* y que conduce a Jung a considerar la psicosis como una neurosis de introversión. Freud opone el concepto de narcisismo (secundario), como retiro de la libido hacia el yo, al de introversión como retiro de la libido hacia las fantasías, y considera la psicosis como neurosis narcisista*.

INTROYECCIÓN

= *Al.:* Introjektion. — *Fr.:* introjection. — *Ing.:* introjection. — *It.:* introiezione. — *Por.:* introjeção.

Proceso puesto en evidencia por la investigación analítica: el sujeto hace pasar, en forma fantaseada, del «afuera» al «adentro» objetos y cualidades inherentes a estos objetos.

La introyección está próxima a la incorporación, que constituye el prototipo corporal de aquélla, pero no implica necesariamente una referencia al límite corporal (introyección en el yo, en el ideal del yo, etc.).

Guarda íntima relación con la identificación.

El término «introyección», creado por simetría con el de proyección, fue introducido por Sandor Ferenczi. En *Introyección y transferencia* (*Introjektion und Übertragung,* 1909) escribe este autor: «Así como el paranoico expulsa de su yo las tendencias que se han vuelto displacenteras, el neurótico busca la solución haciendo entrar en su yo la mayor parte posible del mundo exterior y convirtiéndola en objeto de fantasmas inconscientes. Por consiguiente, puede darse a este proceso, en contraste con la proyección, el nombre de introyección» (1 *a*). Con todo, resulta difícil desprender, del conjunto de este artículo, una acepción precisa de la noción de introyección, ya que Ferenczi parece utilizarlo en un sentido amplio, el de una «pasión por la transferencia», que conduce al neurótico a «atenuar sus afectos libremente flotantes ampliando el círculo de sus intereses» (1 *b*). Llama introyección a un tipo de comportamiento (principalmente en el histérico) que también podría denominarse proyección.

Freud adopta el término «introyección» y lo opone claramente a la proyección. El texto más explícito a este respecto es *Las pulsiones y sus destinos* (*Triebe und Triebschicksale,* 1915), donde se considera el origen de la oposición sujeto (yo)-objeto (mundo exterior) como correlativa a la oposición placer-displacer: el «yo-placer purificado» se forma por una introyección de todo lo que es fuente de placer y por una proyección

afuera de todo lo que es motivo de displacer (*véase:* Yo-placer — Yo-realidad). La misma oposición se vuelve a encontrar en *La negación* (*Die Verneinung,* 1925): «[...] el yo-placer originario quiere [...] introyectar todo lo bueno y expulsar de sí todo lo malo» (2 *a*).

La introyección se caracteriza además por su relación con la incorporación oral. Por otra parte, ambos términos se utilizan a menudo como sinónimos por Freud y otros muchos autores. Freud muestra cómo la oposición introyección-proyección se actualiza primeramente en forma oral antes de generalizarse. Este proceso «[...] se expresa así en el lenguaje de las pulsiones más antiguas, orales: quiero comérmelo o quiero escupirlo; y, traducido en una expresión más general: quiero introducir esto en mí y expulsar aquello de mí» (2 *b*).

Conviene, pues, mantener una distinción, por lo demás sugerida por este último pasaje, entre incorporación e introyección. En psicoanálisis, el límite corporal constituye el prototipo de toda separación entre un interior y un exterior; el proceso de incorporación se relaciona explícitamente con esta envoltura corporal. La noción de introyección es más amplia: no se trata aquí sólo del interior del cuerpo, sino del interior del aparato psíquico, de una instancia, etc. Así, se habla de introyección en el yo, en el ideal del yo, etc.

La introyección fue puesta en evidencia primeramente por Freud en el análisis de la melancolía (3), y luego reconocida como un proceso más general (4). Desde este punto de vista, ha renovado la teoría freudiana de la identificación*.

En la medida en que la introyección permanece marcada por su prototipo corporal, se traduce por fantasmas referentes a objetos, sean éstos parciales o totales. Este concepto desempeña un papel muy importante en los trabajos de autores como Abraham y, sobre todo, M. Klein, que ha descrito el ir y venir fantasmático de los objetos «buenos» y «malos» (introyección, proyección, reintroyección). Estos autores hablan principalmente de *objetos* introyectados y parece, en efecto, que el término debería reservarse a aquellos casos en que intervienen objetos o cualidades inherentes a éstos. En rigor no podría hablarse, como hace Freud, de «introyección de la agresividad» (3); en este caso resultaría preferible la expresión «vuelta hacia la propia persona»*.

J

JUICIO DE CONDENACIÓN

= *Al.:* Verurteilung *o* Urteilsverwerfung. — *Fr.:* jugement de condamnation. — *Ing.:* judgment of condemnation. — *It.:* rifiuto da parte del giudizio; condamna. — *Por.:* julgamento de condenação.

Operación o actitud mediante la cual el sujeto, aun cuando toma conciencia de un deseo, se prohíbe su realización, principalmente por razones morales o de oportunidad. Freud ve en ello un modo de defensa más elaborado y más adaptado que la represión. Daniel Lagache ha propuesto considerarlo como un proceso de «desprendimiento» del yo, que actúa especialmente en la cura analítica.

En varias ocasiones se encuentra, en los escritos de Freud, el término *Verurteilung* y el de *Urteilsverwerfung*, que él mismo consideró como sinónimos (1 *a*). Según Freud, el juicio de condenación se incluiría dentro de una escala de defensas, que iría desde la más elemental a la más elaborada: reflejo de defensa mediante la huida (peligro externo), represión (peligro interno), juicio de condenación (1 *b*). ¿Cómo puede definirse este último en relación con la represión? Unas veces aparece dotado de la misma finalidad que ésta: «[...] un buen método a adoptar contra una moción pulsional» (1 *c*). Otras veces se define como una modificación afortunada de la represión: «El individuo, en el pasado, sólo lograba reprimir la pulsión perturbadora, porque él mismo era entonces débil e imperfectamente organizado. Ahora que es maduro y fuerte, quizá llegará a dominar sin perjuicios lo que le es hostil» (2).

Es este aspecto positivo del juicio de condenación el que subraya Freud en las últimas páginas del *Análisis de una fobia en un niño de cinco años* (*Analyse der Phobie eines fünfjährigen Knaben*, 1909). Allí se pregunta Freud acerca de los posibles efectos de la toma de conciencia por el pequeño Hans de sus deseos edípicos, incestuosos y agresivos. Si el análisis no ha precipitado a Hans en el camino de la satisfacción inmediata de estos deseos, es porque «[...] reemplaza el proceso de la represión, que es automático y excesivo, por un control mesurado e intencional con la ayuda de las instancias psíquicas superiores. En una palabra: *reemplaza la represión por el juicio de condenación*» (3).

Observemos, a este respecto, que el juicio de condenación adquiere aquí sin duda, a los ojos de Freud, tanto más valor cuanto que es correlativo, en esta etapa de la vida de Hans, de la función estructurante de la *prohibición* del incesto y de la entrada en el período de latencia.

Sea como fuere, el juicio de condenación sigue siendo para Freud una transformación de la negación* y continúa llevando la marca de la represión, a la que substituye: «El juicio de condenación es el substitutivo intelectual de la represión; su «no» es la marca de ésta, un certificado de origen como, por así decirlo, un *Made in Germany*» (4 *a*). En el juicio de condenación se expresa eminentemente, según Freud, la contradicción inherente a la función misma del juicio: ésta «[...] sólo se ha vuelto posible por la creación del símbolo de la negación, que confiere al pensamiento un primer grado de independencia respecto a las consecuencias de la represión, y por tanto también respecto a la compulsión del principio de placer» (4 *b*); pero, sobre todo cuando dice no, el juicio cumple una función esencialmente defensiva: «[...] la negación [es la] sucesora de la expulsión» (4 *c*).

Según Daniel Lagache, mediante la referencia al juicio de condenación, se podría aclarar la dificultad inherente a la concepción freudiana de la noción de defensa y señalar mejor la distinción entre las compulsiones defensivas y los mecanismos de desprendimiento*, dentro de los cuales puede encontrar su puesto el juicio de condenación. En el caso del pequeño Hans, la esperanza de volverse mayor, expresada desde el principio por la idea de que su pene, «con sus raíces en el cuerpo», aumentaría de tamaño, constituye uno de los mecanismos concretos mediante los cuales el yo se desprende del conflicto edípico y de la angustia de castración. De un modo más general, Daniel Lagache ve en este proceso uno de los resultados de la cura analítica: aplazamiento de la satisfacción, modificación de las metas y de los objetos, consideración de las posibilidades que ofrece la realidad al sujeto y de los diferentes valores implicados, compatibilidad con el conjunto de las exigencias del sujeto.

L

LATENCIA (PERÍODO DE —)

= *Al.:* Latenzperiode *o* Latenzzeit, *a veces* Aufschubsperiode. — *Fr.:* période de latence. — *Ing.:* latence period. — *It.:* periodo di latenza. — *Por.:* período de latência.

Período comprendido entre la declinación de la sexualidad infantil (quinto o sexto año) y el comienzo de la pubertad, y que representa una etapa de detención en la evolución de la sexualidad. Durante él se observa, desde este punto de vista, una disminución de las actividades sexuales, la desexualización de las relaciones de objeto y de los sentimientos (especialmente el predominio de la ternura sobre los deseos sexuales) y la aparición de sentimientos como el pudor y el asco y de aspiraciones morales y estéticas. Según la teoría psicoanalítica, el período de latencia tiene su origen en la declinación del complejo de Edipo; corresponde a una intensificación de la represión (que provoca una amnesia que abarca los primeros años), una transformación de las catexis de objetos en identificaciones con los padres y un desarrollo de las sublimaciones.

La idea de un período de latencia sexual (α) puede comprenderse ante todo, desde un punto de vista biológico, como una etapa de detención predeterminada entre dos «empujes» de la libido (β) y que, por lo tanto, no requeriría ninguna explicación psicológica en cuanto a su génesis. En tal caso puede describirse principalmente en cuanto a sus efectos, como sucede en los *Tres ensayos sobre la teoría sexual* (*Drei Abhandlungen zur Sexualtheorie*, 1905) (1 *a*).

Esta concepción es la que tiene en cuenta Freud cuando articula el período de latencia con la declinación del complejo de Edipo: «[...] el complejo de Edipo debe desaparecer porque ha llegado el momento de su disolución, como cae la primera dentición cuando los dientes definitivos empujan para salir» (2 *a*). Pero, así como el «empuje» puberal, que señala el final del período de latencia, es incontestable, no se ve tan claro a qué predeterminación biológica correspondería la entrada en el período de latencia. Por otra parte, tampoco se debería «[...] exigir una plena concordancia entre la formación anatómica y el desarrollo psicológico» (1 *b*).

Así, Freud se vio inducido a invocar, para explicar la declinación del Edipo, «la imposibilidad interna» (2 *b*) de éste, una especie de discordancia entre la estructura edípica y la inmadurez biológica: «[...] la ausencia persistente de la satisfacción esperada, la perpetua frustración del niño que espera, obligan al pequeño enamorado a renunciar a un sentimiento sin esperanza» (2 *c*).

En definitiva, la entrada en el período de latencia sólo se comprendería en relación con la evolución del complejo de Edipo y las modalidades de su resolución en los dos sexos (*véase:* Complejo de Edipo; Complejo de castración).

Secundariamente, las formaciones sociales, uniendo su acción a la del superyó, vienen a reforzar la latencia sexual: ésta «[...] sólo puede provocar una interrupción completa de la vida sexual en las organizaciones culturales que en su programa incluyen una *repression* de la sexualidad infantil. No es éste el caso de la mayor parte de los pueblos primitivos» (3).

Se observará que Freud habla de *período* de latencia, no de fase*, lo cual debe interpretarse del siguiente modo: durante el período considerado, si bien pueden observarse manifestaciones sexuales, no se puede hablar en rigor de una nueva *organización* de la sexualidad.

(α) Freud declara haber tomado este término de Wilhelm Fliess.
(β) En una carta a Fliess (4) se encuentra una primera referencia de Freud a períodos de la vida *(Lebensalter)* y a épocas de transición *(Übergangszeiten)* «durante las cuales, en general, se produce la represión».

LIBIDO

Energía postulada por Freud como substrato de las transformaciones de la pulsión sexual en cuanto al objeto (desplazamiento de las catexis), en cuanto al fin (por ejemplo, sublimación) y en cuanto a la fuente de la excitación sexual (diversidad de las zonas erógenas).

En Jung, el concepto «libido» se amplía hasta designar «la energía psíquica» en general, presente en todo lo que es «tendencia a», ***appetitus.***

El término «libido» significa en latín deseo, ganas. Freud declara haberlo tomado de A. Moll (*Untersuchungen über die Libido sexualis*, volumen I, 1898). De hecho, se encuentra repetidas veces en las cartas y manuscritos dirigidos a Fliess, y por vez primera en el *Manuscrito E* (fecha probable: junio de 1894).

Resulta difícil dar una definición satisfactoria de la libido. Por una parte, la teoría de la libido ha evolucionado con las diferentes etapas de la teoría de las pulsiones; por otra, el concepto mismo dista de haber recibido una definición unívoca (α). Con todo, Freud le atribuyó siempre dos características originales:

1.ª Desde un punto de vista *cualitativo*, la libido no es reductible, como quería Jung, a una energía mental inespecífica. Si bien puede ser «desexualizada», especialmente en las catexis narcisistas, ello ocurre siempre secundariamente y por una renunciación a la meta específicamente sexual.

Por otra parte, la libido no incluye nunca todo el campo pulsional. En una primera concepción, se opone a las pulsiones de autoconservación*. Cuando éstas, en la última concepción de Freud, aparecen como de naturaleza libidinal, la oposición se desplaza para convertirse en la existente entre la libido y las pulsiones de muerte. Así, pues, se mantiene siempre el carácter sexual de la libido y no se acepta jamás el monismo junguiano.

2.ª La libido se considera siempre, sobre todo, como un concepto *cuantitativo:* «[...] permite medir los procesos y transformaciones en el ámbito de la excitación sexual» (1 *a*). «Su producción, su aumento y su disminución, su distribución y su desplazamiento deberían proporcionarnos los medios para explicar los fenómenos psicosexuales» (1 *b*).

Estas dos características quedan subrayadas en la siguiente definición de Freud: «Libido es una expresión tomada de la teoría de la afectividad. Llamamos así la energía, considerada como una magnitud cuantitativa (aunque actualmente no pueda medirse), de las pulsiones que tienen relación con todo aquello que puede designarse con la palabra *amor*» (2).

Así como la pulsión sexual se sitúa en el límite somato-psíquico, la libido designa su aspecto psíquico; es «la manifestación dinámica, en la vida psíquica, de la pulsión sexual» (3). Como energía claramente diferenciada de la excitación sexual somática, es introducido el concepto de libido por Freud en sus primeros escritos sobre la neurosis de angustia* (1896): una insuficiencia de «libido psíquica» hace que la tensión se mantenga en el plano somático, donde se traduce sin elaboración psíquica en síntomas. Si «[...] faltan parcialmente ciertas condiciones psíquicas» (4), la excitación sexual endógena no es controlada, la tensión no puede ser utilizada psíquicamente, hay una escisión entre lo somático y lo psíquico y aparece la angustia.

En la primera edición de los *Tres ensayos sobre la teoría sexual* (*Drei Abhandlungen zur Sexualtheorie*, 1905), la libido (homóloga, respecto al amor, del hambre respecto al instinto de nutrición) permanece próxima al deseo sexual que busca la satisfacción y permite reconocer sus transformaciones: sólo se habla entonces de libido objetal; vemos cómo ésta se concentra sobre objetos, se fija en ellos o los abandona, substituyendo un objeto por otro.

Dado que la pulsión sexual representa una fuerza que ejerce un «empuje», Freud define la libido como la energía de esta pulsión. Este aspecto cuantitativo es el que prevalecerá en lo que será, a partir de la concepción del narcisismo y de una libido del yo, la «teoría de la libido».

En efecto, el concepto «libido del yo» implica una generalización de la economía libidinal, que engloba todo el movimiento de catexis y contracatexis y atenúa el aspecto de significaciones subjetivas que podía evocar la palabra *libido;* como dice el propio Freud, la teoría se vuelve aquí francamente especulativa. Cabe preguntarse si, al introducir, en *Más allá del principio del placer* (*Jenseits des Lustprinzips*, 1920), el concepto de Eros* como principio fundamental de las pulsiones de vida, tendencia de los organismos a mantener la cohesión de la substancia

viva y a crear nuevas unidades, Freud no intentó encontrar también a nivel de un mito biológico la dimensión subjetiva y cualitativa inherente desde un principio a la noción de libido.

(α) Acerca de la evolución de la teoría de la libido, véase el artículo Libidotheorie, de 1922, y el cap. XXVI de las *Lecciones de introducción al psicoanálisis* (*Vorlesungen zur Einführung in die Psychoanalyse*, 1916-1917).

LIBIDO DEL YO — LIBIDO OBJETAL

= *Al.:* Ichlibido - Objektlibido. — *Fr.:* libido du moi - libido d'objet. — *Ing.:* ego-libido - object-libido. — *It.:* libido dell'io - libido oggettuale. — *Por.:* libido do ego - libido objetal.

Términos introducidos por Freud para distinguir dos modos de catexis de la libido: ésta puede tomar como objeto la propia persona (libido del yo o narcisista) o un objeto exterior (libido objetal). Según Freud, existe un equilibrio energético entre estos dos modos de catexis, disminuyendo la libido objetal cuando aumenta la libido del yo, y a la inversa.

Fue especialmente el estudio de las psicosis el que condujo a Freud a reconocer que el sujeto podía tomar su propia persona como objeto de amor (*véase:* Narcisismo), lo que, en términos energéticos, significa que la libido puede catectizarse tanto sobre el yo como sobre un objeto exterior. Aquí se encuentra el origen de la distinción entre libido del yo y libido objetal. Los problemas económicos planteados por esta distinción se abordan en *Introducción al narcisismo* (*Zur Einführung des Narzissmus*, 1914).

La libido, según Freud, comenzaría por catectizarse sobre el yo (narcisismo primario)*, antes de ser enviada, a partir del yo, hacia los objetos exteriores: «Nos representamos así una catexis libidinal primitiva del yo; más tarde, una parte es cedida a los objetos, pero fundamentalmente la catexis del yo persiste y se comporta, respecto a las catexis de objeto, como el cuerpo de un protozoo respecto a los seudópodos que ha emitido» (1 *a*).

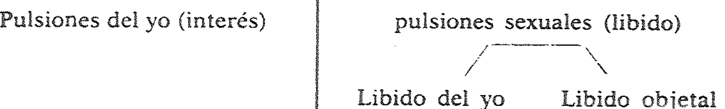
La retirada de la libido objetal hacia el yo constituye el narcisismo secundario, que se observa especialmente en los estados psicóticos (hipocondría, delirio de grandezas).

Desde el punto de vista terminológico, se observará: 1) Que la palabra *objeto*, en la expresión *libido objetal*, se toma en el sentido restringido de objeto exterior y no incluye el yo, que, en un sentido más amplio, puede calificarse también de objeto de la pulsión (*véase:* Objeto); 2) Que la preposición *de* en las expresiones *libido del yo, libido de objeto*, indica la relación de la libido con su punto de destino y no con su punto de partida.

Esta segunda observación nos conduce a dificultades que ya no son meramente terminológicas.

Freud sólo reconoció, en un principio, una gran dualidad pulsional: pulsiones sexuales*-pulsiones del yo* (o de autoconservación)*. La energía de los primeros se designa como *libido*, y la energía de los segundos

como energía de las pulsiones del yo o interés*. La nueva distinción introducida aparece ante todo como una subdivisión de las pulsiones sexuales en función de su objeto de catexis:



Con todo, si bien desde un punto de vista conceptual la distinción entre pulsiones del yo y libido del yo es clara, deja de serlo en los estados narcisistas (sueño, enfermedad somática): «Libido e interés del yo tienen aquí el mismo destino y de nuevo resulta imposible distinguirlos entre sí» (1 *b*). Freud no admite el monismo pulsional de Jung (α).

Una dificultad similar la plantea el empleo, frecuente en Freud, de expresiones tales como: «[...] la libido es enviada a partir del yo sobre los objetos». ¿No nos induce esto a pensar que la «libido del yo» encuentra en el yo no sólo su objeto, sino también su fuente, de forma que se borraría la distinción entre libido del yo y pulsiones del yo? El problema es tanto más difícil de resolver cuanto que Freud introduce el concepto de libido del yo en la misma época en que elabora la concepción propiamente tópica del yo. Esta ambigüedad se refleja también en las expresiones en que Freud califica el yo de «gran reservorio de la libido». La interpretación más coherente que puede proponerse del pensamiento freudiano acerca de este punto es la siguiente: la libido, como energía pulsional, tiene su fuente en las diversas zonas erógenas; el yo, como persona total, almacena esta energía libidinal, de la cual es el primer objeto; pero, a continuación, el «reservorio» se comporta, respecto a los objetos exteriores, como una fuente, puesto que de él emanan todas las catexis.

(α) Esto se desprende del examen que hace Freud de las tesis de Jung en 1914 (1 *c*). En una exposición retrospectiva que efectúa Freud de la evolución de la teoría de la libido en *«Psicoanálisis» y «Teoría de la libido»* (*«Psychoanalyse» und «Libidotheorie»*, 1923) (2) reinterpreta este momento de su pensamiento en el sentido de una reducción de las pulsiones del yo a la libido del yo, como si en 1914 se hubiera acercado a los puntos de vista de Jung. Observemos que en 1922 Freud ya ha elaborado una nueva teoría de las pulsiones, en la cual éstas se someten a una nueva clasificación a partir de la oposición entre pulsiones de vida y pulsiones de muerte. De ello resultaría, a nuestro modo de ver, que Freud presta menos atención entonces a las distinciones introducidas en 1914 y luego reafirmadas en 1917 en las *Lecciones de introducción al psicoanálisis* (*Vorlesungen zur Einführung in die Psycholysaane*) (3).

LIBIDO NARCISISTA

= *Al.:* Narzisstische Libido. — *Fr.:* libido narcissique. — *Ing.:* narcissistic libido. — *It.:* libido narcisistica. — *Por.:* libido narcísica.

Véase: **Libido del yo — Libido objetal.**

LIGAZÓN

= *Al.:* Bindung. — *Fr.:* liaison. — *Ing.:* binding. — *It.:* legame. — *Por.:* ligação.

Término utilizado por Freud para designar, de un modo muy general y en registros relativamente distintos (tanto a nivel biológico como en el aparato psíquico), una operación que tiende a limitar el libre flujo de las excitaciones, a unir las representaciones entre sí, a constituir y mantener formas relativamente estables.

Aunque el término «ligazón» debe relacionarse con la oposición energía libre — energía ligada, su sentido no se agota en esta acepción puramente económica: más allá de su significación propiamente técnica, este término, que se encuentra en diferentes momentos de la obra de Freud, señala una exigencia constante de la conceptualización. Más que enumerar sus usos, preferimos situar su alcance en tres momentos de la metapsicología, en la que desempeña un importante papel.

I. En el *Proyecto de psicología científica* (*Entwurf einer Psychologie*, 1895), *Bindung* designa ante todo el hecho de que la energía del aparato neuronal pasa del estado libre al estado de energía ligada, o también que se encuentra en este último estado. Esta ligazón implica, según Freud, la existencia de una masa de neuronas bien unidas, entre las cuales existen buenas facilitaciones*, el yo: «El mismo yo es una masa de neuronas de este tipo, que mantienen su catexis, es decir, que se encuentran en el estado de ligazón, lo cual indudablemente sólo puede producirse por su acción recíproca» (1 *a*).

Esta misma masa ligada ejerce sobre otros procesos un efecto de inhibición o de ligazón. Así, por ejemplo, cuando Freud se pregunta por el destino de algunos recuerdos referentes a experiencias dolorosas *(Schmerzerlebnisse)*, que, al ser evocados de nuevo, «[...] despiertan a la vez afecto y displacer», los califica de «indomados» *(ungebändigt)*: «Si el curso del pensamiento choca con alguna de estas *imágenes mnémicas todavía indomadas*, se comprueba la aparición de sus indicios de cualidad, a menudo de naturaleza sensorial, de una sensación de displacer y de tendencias a la descarga, elementos cuya combinación caracteriza un determinado afecto; el curso del pensamiento queda así roto». Para que un recuerdo de este tipo pueda ser «domado» es preciso que se establezca «[...] una relación con el yo o con las catexis del yo [...]»; es necesaria una ligazón particularmente fuerte y repetida proveniente del yo para contrarrestar la facilitación que conduce al displacer» (1 *b*).

Nos parece que aquí se deben subrayar dos ideas:

1.ª Es condición para la ligazón energética el establecimiento de relaciones, de facilitaciones, con un sistema ya catectizado y que forme un todo: se trata de una «[...] inclusión de nuevas neuronas» en el yo (1 *c*).

2.ª La *Bindung* tiene, a todo lo largo del *Proyecto*, su polo opuesto, la *Entbindung* (literalmente, «desligazón»); este último término designa el proceso desencadenante, de liberación brusca de energía, por ejemplo, la que se produce en los músculos o en las glándulas, cuando la magnitud cuantitativa del efecto es muy superior a la de la energía desencadenante. El término se encuentra principalmente en las formas *Unlustentbindung* (liberación de displacer), *Lustentbindung* (liberación de placer), *Sexualentbindung* (liberación [de excitación] sexual), *Affektentbindung* (liberación de afecto) y, en otros textos, *Angstentbindung* (liberación de angustia). En todos estos casos, lo que se designa es una brusca aparición de una energía libre que tiende en forma incoercible a la descarga.

El hecho de relacionar estos diferentes términos no deja de sorprender por la concepción económica que implican; en efecto, el utilizar el mismo término para calificar tanto la liberación de placer como la de displacer equivale en apariencia a atacar la idea fundamental de que placer y displacer son dos procesos inversos que se refieren a una misma energía (disminución de la tensión en el primer caso, aumento en el segundo), a menos de suponer, lo que no concuerda en modo alguno con la hipótesis freudiana, que placer y displacer corresponden respectivamente a dos energías cualitativamente distintas.

Para superar esta dificultad, parece singularmente útil la oposición *Entbindung-Bindung*. Al oponerse a la ligazón del yo, toda liberación de proceso primario, tanto en el sentido de aumento como de disminución del nivel *absoluto* de tensión, vulnera el nivel relativamente constante del yo. Cabe pensar que, para Freud, es sobre todo la liberación de excitación sexual la que pone en peligro de este modo la función de ligazón del yo (*véase:* Posterioridad; Seducción).

II. Con la obra *Más allá del principio del placer* (*Jenseits des Lustprinzips*, 1920), el problema de la ligazón no solamente pasa al primer plano de la reflexión de Freud, sino que su planteamiento se vuelve más complejo. Freud recurre de nuevo a la noción de ligazón a propósito de la repetición del traumatismo por el sujeto, que se toma como modelo de la repetición de experiencias displacenteras. Recoge la concepción ya presente desde el *Proyecto*, según la cual es un sistema ya fuertemente catectizado el capaz de ligar psíquicamente un aflujo de energía. Pero el caso del trauma como amplia efracción de los límites del yo permite captar esta capacidad de ligazón en el momento mismo en que se encuentra amenazada. De ello resulta una situación inesperada de la ligazón con relación al principio del placer y al proceso primario. Si bien generalmente la ligazón se concibe como una influencia del yo sobre el proceso primario, es decir, como la introducción de la inhibición característica del proceso secundario y del principio de realidad, Freud se ve inducido aquí a preguntarse si en ciertos casos el «dominio [mismo] del principio de placer» no supone la ejecución previa de la «[...] tarea [...] de controlar o ligar la excitación, tarea que prevalecería, sin duda, no en oposición con el principio de placer, sino independientemente de éste y en parte sin tenerlo en cuenta» (2).

Incluso aunque esta ligazón actúe finalmente en beneficio del yo, parece que Freud le atribuye, no obstante, una significación propia, en la medida en que ve en ella el fundamento de la compulsión a la repeti-

ción y hace de ésta, en último análisis, la marca misma de lo pulsional. Queda, pues, sin responder la cuestión de la existencia de dos tipos de ligazón: una, reconocida desde bastante tiempo antes, que es coextensiva a la noción de yo: otra, más próxima a las leyes que regulan el deseo inconsciente y la disposición de las fantasías, leyes que son las del proceso primario: la energía libre misma, tal como se la descubre en psicoanálisis, no es una descarga masiva de excitación, sino una circulación a lo largo de cadenas de representaciones, que implican la existencia de «lazos» asociativos.

III. Finalmente, dentro de la última teoría de las pulsiones, la ligazón se convierte en la característica fundamental de las pulsiones de vida, en oposición a las pulsiones de muerte: «El fin del Eros consiste en establecer unidades cada vez mayores, y por consiguiente conservar; es la ligazón. El fin de la otra pulsión es, por el contrario, romper las relaciones, y por consiguiente destruir las cosas» (3).

En la última formulación de la teoría, la instancia del yo y la energía pulsional que tiene a su disposición quedan situadas fundamentalmente en el lado de las pulsiones de vida: «Sirviendo para instaurar este conjunto unificado que caracteriza el yo o la tendencia de éste [esta energía] se atendría siempre a la intención principal del Eros, que es unir y ligar» (4).

Creemos finalmente que la problemática psicoanalítica de la ligazón podría plantearse a partir de tres direcciones semánticas que evoca dicho término: la idea de relación entre varios términos ligados, por ejemplo, dentro de una cadena asociativa *(Verbindung)*, la idea de un conjunto en el que se mantiene una cierta cohesión, de una forma definida por ciertos límites o fronteras (compárese con la palabra inglesa *boundary*, en la que se vuelve a encontrar la raíz *bind*), y en fin, la idea de una fijación sobre un lugar de una cierta cantidad de energía que ya no puede fluir libremente.

M

MASCULINIDAD — FEMINIDAD

= *Al.:* Männlichkeit - Weiblichkeit. — *Fr.:* masculinité - féminité. — *Ing.:* masculinity - feminity. — *It.:* mascolinità - femminilità. — *Por.:* masculinidade - feminidade.

Oposición recogida por el psicoanálisis y de la que éste ha mostrado que, en realidad, es mucho más compleja de lo que generalmente se cree: el modo de situarse el sujeto humano en relación con su sexo biológico constituye el término aleatorio de un proceso conflictual.

Freud subrayó la diversidad de significaciones inherentes a los términos «masculino» y «femenino»: significación *biológica*, que remite al sujeto a los caracteres sexuales primarios y secundarios; en este campo los conceptos tienen un sentido muy preciso, pero el psicoanálisis ha puesto de manifiesto que estos datos biológicos no bastan para explicar el comportamiento psicosexual. Significación *sociológica*, variable según las funciones reales y simbólicas atribuidas al hombre y a la mujer en la civilización que se considere. Finalmente, significación *psicosexual*, necesariamente imbricada con las anteriores, especialmente con la significación social. Todo esto equivale a señalar que estas nociones son problemáticas y con cuánta prudencia deben ser consideradas; así, una mujer que ejerza una actividad profesional que requiera cualidades de autonomía, carácter, iniciativa, etc., no será necesariamente más masculina que otra. De un modo general puede decirse que lo decisivo, en la apreciación de una conducta con respecto al par masculinidad-feminidad, son las fantasías subyacentes, que sólo pueden descubrirse mediante la investigación psicoanalítica.

El concepto de bisexualidad*, tanto si se intenta basarlo en un substrato biológico como si es interpretado en términos de identificaciones y de posiciones edípicas, implica en todo ser humano una síntesis, más o menos armónica y mejor o peor aceptada, de rasgos masculinos y femeninos.

Finalmente, desde el punto de vista del desarrollo del individuo, el

psicoanálisis pone de manifiesto que la oposición masculino-femenino no existe desde un principio para el niño, sino que va precedida por fases en las que desempeñan una función preponderante las oposiciones activo-pasivo (*véase:* Actividad-Pasividad) y, a continuación, fálico-castrado, siendo esto válido para ambos sexos (*véase:* Fase fálica).

Así, por ejemplo, dentro de esta perspectiva, Freud sólo habla de feminidad cuando la niña ha logrado, por lo menos en parte, realizar la doble tarea de cambiar de zona erógena directriz (del clítoris a la vagina) y de cambiar de objeto de amor (de la madre al padre) (1).

MASOQUISMO

= *Al.:* Masochismus. — *Fr.:* masochisme. — *Ing.:* masochism. — *It.:* masochismo. — *Por.:* masoquismo.

Perversión sexual en la cual la satisfacción va ligada al sufrimiento o a la humillación experimentados por el sujeto.

Freud extiende la noción de masoquismo más allá de la perversión descrita por los sexólogos: por una parte, al reconocer elementos masoquistas en numerosos comportamientos sexuales, y rudimentos del mismo en la sexualidad infantil, y, por otra, al describir formas que de él derivan, especialmente el «masoquismo moral», en el cual el sujeto, debido a un sentimiento de culpabilidad inconsciente, busca la posición de víctima, sin que en ello se halle directamente implicado un placer sexual.

Krafft-Ebing fue el primero en describir, de forma muy completa, la perversión sexual a la que dio un nombre derivado del de Sacher Masoch. «Se mencionan allí todas las manifestaciones clínicas: dolor físico por pinchazo, golpes, flagelación; humillación moral por actitud de sumisión servil a la mujer, acompañada del castigo corporal considerado indispensable. El papel de los fantasmas masoquistas no le pasó desapercibido a Krafft-Ebing. Señala, además, este autor las relaciones entre el masoquismo y la perversión opuesta, el sadismo, y no vacila en considerar el conjunto del masoquismo como un aumento patológico de elementos psíquicos femeninos, como un refuerzo morboso de ciertos rasgos del alma de la mujer» (1 *a*).

En lo referente a la íntima ligazón entre el masoquismo y el sadismo, y a la función que Freud atribuye a este par antitético en la vida psíquica, remitimos al lector al artículo *sadomasoquismo*. Aquí nos limitaremos a efectuar algunas observaciones acerca de las distinciones conceptuales propuestas por Freud y continuadas en psicoanálisis.

En *El problema económico del masoquismo* (*Das ökonomische Problem des Masochismus*, 1924), Freud distingue tres formas de masoquismo: erógeno, femenino y moral. Así como el concepto de «masoquismo moral» es fácil de delimitar (*véase definición y los artículos siguientes:* Necesidad de castigo; Sentimiento de culpabilidad; Superyó; Neurosis de fracaso; Reacción terapéutica negativa), las otras dos formas pueden prestarse a equívocos.

1.° Se tiene la tendencia a designar con el término «masoquismo erógeno» la perversión sexual masoquista (1 *b*). Si bien puede parecer legítima esta denominación (por cuanto el perverso masoquista busca la excitación *erótica* en el dolor), no corresponde a lo que Freud parecía querer designar con ella: para él no se trata de una forma clínicamente delimitable del masoquismo, sino de una condición que se halla en la base de la perversión masoquista y que se encuentra también en el masoquismo moral: la ligazón del placer sexual al dolor.

2.° El término «masoquismo femenino» hace pensar ante todo en el «masoquismo de la mujer». Es cierto que Freud designó con dicho término la «expresión de la esencia femenina», pero, dentro de la teoría de la bisexualidad, el masoquismo femenino representa una posibilidad inmanente en todo ser humano. Es más, con esta denominación describe Freud, en el hombre, lo que constituye la esencia misma de la perversión masoquista: «Si se tiene ocasión de estudiar casos en los que los fantasmas masoquistas se hayan elaborado de forma especialmente rica, fácilmente se descubre que colocan al sujeto en una situación característica de la feminidad [...]» (2).

Otros dos conceptos clásicos son los de *masoquismo primario* y *masoquismo secundario*.

Freud entiende por masoquismo primario un estado en el que la pulsión de muerte todavía se dirige sobre el propio sujeto, aunque ligada por la libido y unida a ésta. Este masoquismo se denomina «primario» porque no sigue a una fase en que la agresividad se dirigiría hacia un objeto exterior, y también para diferenciarlo de un masoquismo secundario, consistente en una vuelta del sadismo hacia la propia persona, que se añade al masoquismo primario.

La idea de un masoquismo irreductible a una vuelta del sadismo hacia la propia persona sólo fue admitida por Freud una vez establecida la hipótesis de la pulsión de muerte*.

MATERIAL (s. m.)

= *Al.:* Material. — *Fr.:* matériel. — *Ing.:* material. — *It.:* materiale. — *Por.:* material.

Término utilizado corrientemente en psicoanálisis para designar el conjunto de palabras y comportamientos del paciente, en cuanto constituyen una especie de materia prima que se ofrece para las interpretaciones y construcciones.

El término «material» es complementario de los de interpretación* y construcción*, que designan una elaboración de los datos en bruto proporcionados por el paciente.

Freud comparó a menudo el trabajo analítico con el del arqueólogo que, a partir de los fragmentos descubiertos en las excavaciones, reconstruye un edificio desaparecido. También se hace alusión a la imagen de los estratos cuando se habla de material más o menos «profundo», según criterios genéticos y estructurales.

En ocasiones, como por ejemplo en *Las construcciones en análisis* (*Konstruktionen der Analyse*, 1937), Freud se vio inducido a diferenciar claramente, dentro del trabajo analítico, el aporte del material y la elaboración de éste. Esta distinción es evidentemente esquemática:

1) Resulta imposible distinguir, en la historia de la cura, dos tiempos sucesivos: aporte de material y elaboración del mismo. Lo que se comprueba es una interacción constante. Así, por ejemplo, se reconoce que una interpretación hace que aparezca un nuevo material (recuerdos, fantasías).

2) Tampoco resulta posible definir el aporte de material y la elaboración del mismo como dos funciones atribuidas respectivamente, una al analizado, y la otra al analista. En efecto, el analizado puede tomar parte activa en la interpretación del material, debe integrar las interpretaciones (*véase:* Trabajo elaborativo), etc.

Con las reservas citadas, la noción de material subraya un aspecto esencial de las producciones de origen inconsciente, a saber: su alteridad con respecto al sujeto consciente, ya sea porque el analizado las considere, desde un principio, como relativamente extrañas a su personalidad y constituyendo, por este mismo hecho, un *material*, ya sea porque, como uno de los primeros efectos del trabajo analítico y de la aplicación de la regla fundamental*, se dé cuenta del aspecto sintomático, incoercible, de un determinado comportamiento y lo considere entonces como irreductible a sus motivaciones conscientes, como un *material* a analizar.

El término, aparte de su empleo corriente con un sentido relativamente atenuado, adquiere su sentido pleno al relacionarlo con el realismo freudiano del inconsciente: para Freud existen «contenidos» inconscientes, un material patógeno inconsciente (1).

MATERNALIZACIÓN

= *Al.:* Bemuttern *o* mütterliches Betreuen. — *Fr.:* maternage. — *Ing.:* mothering. — *It.:* maternage. — *Por.:* maternagem.

Técnica de psicoterapia de las psicosis, especialmente de la esquizofrenia, que tiende a establecer, entre el terapeuta y el paciente, de un modo tanto simbólico como real, una relación análoga a la que existiría entre una «buena madre» y su hijo.

La técnica de la maternalización se basa en una concepción etiológica de la psicosis que relaciona esta enfermedad con las frustraciones precoces, sobre todo orales, sufridas por el sujeto durante su primera infancia de parte de la madre.

En sentido amplio, se ha hablado de maternalización para designar «el conjunto de cuidados prodigados al *infans* dentro del clima de ternura activa, oblativa, atenta y continuada que caracteriza el sentimiento maternal» (1 *a*); pero la mayoría de las veces dicho término sirve para calificar únicamente la técnica psicoterápica.

Ésta es, sobre todo, reparadora. Pero, si bien tiende a proporcionar al paciente las satisfacciones reales en las que se vio frustrado en su relación con la madre, representa ante todo una comprensión de las necesidades fundamentales. Como indica Racamier (1 *b*), conviene reconocer las necesidades subyacentes a las defensas psicóticas, determinar cuáles son las que precisan ser electivamente satisfechas («necesidades básicas») y, sobre todo, responder a éstas en forma distinta a la interpretación analítica clásica.

En cuando a la naturaleza de esta respuesta, cada uno de los autores que han trabajado en esta técnica durante los últimos veinte años (entre otros, G. Schwing, J. N. Rosen, M.-A. Sèchehaye) tiene su propia concepción. No podemos describir aquí las diversas técnicas (e intuiciones) que pueden incluirse bajo la denominación general de maternalización. Indiquemos únicamente:

1.° Que no se trata de reconstruir en toda su realidad una relación lactante-madre.

2.° Que la maternalización, según insisten todos los autores, exige del terapeuta, más que una actitud maternal, un verdadero compromiso afectivo: «*La relación de maternalización nace del encuentro entre un paciente profunda y vitalmente ávido de ser pasivamente colmado de satisfacciones, y un terapeuta que no sólo sea capaz de comprenderlo, sino que además sienta el deseo de ir hacia él como una madre hacia un lactante abandonado*» (1 *c*).

Por último, una teoría de la maternalización debería tener en cuenta la parte respectiva que, en la acción psicoterápica, corresponde a la satisfacción real, al don simbólico y a la interpretación.

MECANISMOS DE DEFENSA

= *Al.:* Abwehrmechanismen. — *Fr.:* mécanismes de défense. — *Ing.:* mechanisms of defence. — *It.:* meccanismi di difesa. — *Por.:* mecanismos de defesa.

Diferentes tipos de operaciones en las cuales puede especificarse la defensa. Los mecanismos preponderantes varían según el tipo de afección que se considere, según la etapa genética, según el grado de elaboración del conflicto defensivo, etc.

Existe acuerdo en afirmar que los mecanismos de defensa son utilizados por el yo, pero permanece sin resolver el problema teórico de saber si su puesta en marcha presupone siempre la existencia de un yo organizado que sea el soporte de los mismos.

El término «mecanismo» fue utilizado desde un principio por Freud para indicar el hecho de que los fenómenos psíquicos muestran una disposición susceptible de observación y de análisis científico; mencionemos únicamente el título de la *Comunicación preliminar* (*Vorläufige Mitteilung*, 1893) de Breuer y Freud: *El mecanismo psíquico de los fenómenos histéricos* (*Über den psychischen Mechanismus hysterischer Phänomene*).

En la misma época en que establece el concepto de defensa y lo sitúa en el origen de los fenómenos histéricos (*véase:* Histeria de defensa),

Freud intenta especificar otras afecciones psiconeuróticas por el modo particular en que actúa en ellas la defensa: «[...] diferentes afecciones neuróticas provienen de los distintos procedimientos que utiliza el "yo" para liberarse de [su] incompatibilidad [con una representación]» (1).

Así, en las *Nuevas observaciones sobre las psiconeurosis de defensa* (*Weitere Beberkungen über die Abwehr-Neuropsychosen*, 1896), distingue los mecanismos de la conversión histérica, de la substitución obsesiva, de la proyección paranoica.

El término «mecanismo» sigue apareciendo esporádicamente a todo lo largo de la obra de Freud. El de «mecanismo de defensa» figura, por ejemplo, en los escritos metapsicológicos de 1915, en dos acepciones algo distintas: ya sea para designar el *conjunto* del proceso defensivo característico de una determinada neurosis (2), ya sea para indicar la utilización defensiva de *tal o cual* «destino pulsional»: represión, vuelta hacia la propia persona, transformación en lo contrario (3).

En *Inhibición, síntoma y angustia* (*Hemmung, Symptom und Angst*, 1926), Freud justifica lo que él llama su «restauración del antiguo concepto de *defensa*» (4 *a*) invocando la necesidad de poseer un concepto global que incluya, además de la represión, otros «métodos de defensa», subrayando la posibilidad de establecer «una íntima conexión entre formas particulares de defensa y determinadas afecciones», y emitiendo por último la hipótesis de que «[...] el aparato psíquico, antes de que exista una neta separación entre el yo y el ello, antes de la formación de un superyó, utiliza métodos de defensa distintos de los que emplea una vez alcanzados estos estadios de organización» (4 *b*).

Aun cuando Freud parece subestimar aquí el hecho de que estas ideas han estado constantemente presentes en su obra, lo cierto es que, a partir de 1926, el estudio de los mecanismos de defensa se convirtió en un tema importante de la investigación psicoanalítica, sobre todo con la obra que Anna Freud consagró a los mismos. Basándose en ejemplos concretos, esta autora se dedica a describir la variedad, complejidad y extensión de los mecanismos de defensa, mostrando en especial cómo el fin defensivo puede utilizar las más variadas actividades (fantasía, actividad intelectual), y cómo la defensa puede afectar no sólo a las exigencias pulsionales, sino también a todo aquello que puede suscitar un desarrollo de angustia: emociones, situaciones, exigencias del superyó, etc. Se observará que Anna Freud no pretende efectuar una exposición exhaustiva ni sistemática, especialmente en la enumeración que hace, de pasada, de los mecanismos de defensa: represión*, regresión*, formación reactiva*, aislamiento*, anulación retroactiva*, proyección*, introyección*, vuelta hacia la propia persona*, transformación en lo contrario*, sublimación*.

Hubieran podido describirse otros muchos procedimientos defensivos. La misma Anna Freud alude, dentro de este tema, a la negación por la fantasía, la idealización*, la identificación con el agresor», etc. Melanie Klein describe lo que ella considera como defensas muy primarias: escisión del objeto*, identificación proyectiva*, negación de la realidad psíquica, control omnipotente del objeto, etc.

El empleo generalizado del concepto de mecanismo de defensa suscita algunas preguntas: al referir a una función única operaciones tan dispares como, por ejemplo, la racionalización*, en la que intervienen mecanismos intelectuales complejos, y la vuelta hacia la propia persona*, que es un «destino» del fin pulsional, y al designar con la misma palabra de defensa operaciones verdaderamente compulsivas, como la anulación retroactiva, y la búsqueda de una vía de «desprendimiento», como son ciertas sublimaciones (*véase:* Mecanismos de desprendimiento), ¿se utiliza un concepto verdaderamente operacional?

No son pocos los autores que, al hablar de «mecanismos de defensa del yo», reconocen la existencia de diferencias: «Junto a técnicas como el aislamiento y la anulación retroactiva, encontramos verdaderos procesos instintivos como la regresión, la transformación en lo contrario, la vuelta hacia la propia persona» (5 *a*). Es necesario entonces mostrar cómo un mismo proceso puede funcionar a varios niveles: así, por ejemplo, la introyección, que es ante todo un modo de relación de la pulsión con su objeto y que tiene su prototipo corporal en la incorporación, puede ser utilizada *secundariamente* como defensa por el yo (especialmente, defensa maníaca).

Tampoco puede omitirse otra distinción teórica fundamental: la que especifica la represión de todos los demás mecanismos defensivos, especificidad que Freud siempre mantuvo, incluso después de haber dicho que la represión era un caso particular de defensa (6); no tanto por el hecho de que, como indica Anna Freud, se caracterizaría esencialmente por una contracatexis permanente y sería a la vez «el más eficaz y el más peligroso» de los mecanismos de defensa, como por ser constitutiva del inconsciente como tal (*véase:* Represión).

Por último, al centrar la teoría sobre el concepto de defensa del yo, con facilidad se tiende a contraponer a ésta la reivindicación pulsional pura, la cual, por principio, sería totalmente ajena a toda dialéctica: «Si las exigencias del yo o las de las fuerzas exteriores representadas por el yo no ejercieran una presión, la pulsión no tendría más que un único destino: el de la satisfacción» (5 *b*).

Se consideraría entonces la pulsión como un término totalmente positivo, que no estaría marcado por ninguna prohibición. Ahora bien, los *mecanismos* del proceso primario mismo (desplazamiento, condensación, etcétera), con lo que implican de estructuración del juego pulsional, ¿no se hallan en contradicción con dicha concepción?

MECANISMOS DE DESPRENDIMIENTO

= *Al.:* Abarbeitungsmechanismen. — *Fr.:* mécanismes de dégagement. — *Ing:* working-off mechanisms. — *It.:* meccanismi di disimpegno. — *Por.:* mecanismos de desimpedimento.

Concepto introducido por Edward Bibring (1943) y recogido por Daniel Lagache (1956), en su elaboración de la teoría psicoanalítica del yo, para explicar la resolución del conflicto defensivo, especialmente en la cura. D. Lagache opone los mecanismos de desprendimiento a los mecanismos de defensa: así como éstos sólo

tienen por finalidad la reducción urgente de las tensiones internas, según el principio de displacer-placer, aquéllos tienden a la realización de las posibilidades, aunque sea a costa de un aumento de tensión. Esta oposición se basa en que los mecanismos de defensa (o compulsiones defensivas) son automáticos e inconscientes, permanecen bajo el dominio del proceso primario y tienden a la identidad de percepción, mientras que los mecanismos de desprendimiento obedecen al principio de la identidad de los pensamientos y permiten al sujeto liberarse progresivamente de la repetición y de sus identificaciones alienantes.

E. Bibring propuso describir como *working-off mechanisms* ciertos mecanismos del yo que convendría diferenciar de los mecanismos de defensa, y ello en relación con su concepción de la compulsión a la repetición*. En efecto, según este autor, la repetición de las experiencias penosas bajo el control del yo permitiría lograr una reducción o asimilación progresiva de las tensiones: «Los mecanismos de desprendimiento del yo no tienen por finalidad provocar la descarga (abreacción) ni hacer que la tensión deje de ser peligrosa (mecanismos de defensa); su función consiste en disolver progresivamente la tensión modificando las condiciones internas que la originan» (1). Bibring describe diferentes métodos de desprendimiento, como el desprendimiento de la libido (trabajo del duelo*), la familiarización con la situación ansiógena, etc.

Dentro de la misma línea de pensamiento, Daniel Lagache ha subrayado la extensión abusiva del concepto de mecanismo de defensa, que es invocado tanto para explicar las compulsiones automáticas e inconscientes que el psicoanálisis intenta eliminar, como para designar, con el nombre de «defensa exitosa», operaciones que tienen por objeto precisamente la abolición de estas compulsiones.

Daniel Lagache sitúa la noción de mecanismo de desprendimiento dentro del marco de una oposición entre la conciencia y el Yo: la conciencia (Yo-sujeto) puede identificarse con el Yo-objeto, alienarse en éste (narcisismo) o, por el contrario, objetivar el yo y de este modo desprenderse de él (2).

El concepto es recogido y desarrollado en la elaboración de conjunto que D. Lagache ha dado de la estructura de la personalidad; en ella especifica las modalidades del desprendimiento refiriéndose a la experiencia de la cura: «[...] el paso de la repetición en acto a la rememoración pensada y hablada [...]; el paso de la identificación, en virtud de la cual el sujeto se confunde con lo vivido por él, a la objetivación, mediante la cual toma distancia con respecto a lo vivido; el paso de la disociación a la integración; la separación del objeto imaginario, completado por el cambio de objeto; la familiarización con las situaciones fóbicas, que reemplaza la expectación ansiosa de la situación traumática y fantaseada; la substitución de la inhibición por el control, de la obediencia por la experiencia. En todos estos ejemplos, la operación defensiva sólo es neutralizada en la medida en que una operación de desprendimiento viene a substituirla» (3 *a*).

Así, pues, distinguiremos una actividad defensiva del Yo con respecto a las pulsiones del Ello, y una actividad de desprendimiento del Yo con respecto a sus propias operaciones defensivas. Si, a pesar de todo, es posible atribuir al Yo funciones tan antinómicas, es debido a que todas ellas tienen en común la capacidad de elección y de rechazo (3 *b*).

METAPSICOLOGÍA

= *Al.*: Metapsychologie. — *Fr.*: métapsychologie. — *Ing.*: metapsychology. — *It.*: metapsicologia. — *Por.*: metapsicologia.

Término creado por Freud para designar la psicología por él fundada, considerada en su dimensión más teórica. La metapsicología elabora un conjunto de modelos conceptuales más o menos distantes de la experiencia, tales como la ficción de un aparato psíquico dividido en instancias, la teoría de las pulsiones, el proceso de la represión, etc.

La metapsicología considera tres puntos de vista: dinámico, tópico y económico.

El término «metapsicología» se encuentra episódicamente en las cartas de Freud a Fliess. Es utilizado por Freud para definir la originalidad de su propia tentativa de edificar una psicología «[...] que conduzca al otro lado de la conciencia», con respecto a las psicologías clásicas de la conciencia (1 *a*). Se apreciará la analogía existente entre los términos «metapsicología» y «metafísica», analogía que probablemente fue intencional por parte de Freud, puesto que se sabe, por su propio testimonio, hasta qué punto era intensa su vocación filosófica: «Espero que querrás prestar atención a algunas cuestiones metapsicológicas [...]. Durante mi juventud, sólo aspiraba al conocimiento filosófico, y ahora estoy a punto de realizar este deseo, al pasar de la medicina a la psicología» (1 *b*).

Pero la reflexión de Freud acerca de las relaciones entre la metafísica y la metapsicología va más allá de esta simple comparación; en un pasaje significativo, define la metapsicología como una tentativa científica de rectificar las construcciones «metafísicas»; éstas, como las creencias supersticiosas o ciertos delirios paranoicos, proyectan hacia fuerzas exteriores lo que es en realidad propio del inconsciente: «[...] gran parte de la concepción mitológica del mundo, que se extiende hasta las religiones más modernas, no es otra cosa que *psicología proyectada hacia el mundo exterior*. El oscuro conocimiento (podríamos decir la percepción endopsíquica) de los factores psíquicos y de lo que acaece en el inconsciente, se refleja [...] en la construcción de una *realidad suprasensible* que la ciencia debe transformar en *psicología del inconsciente* [...]. Cabría en lo posible dedicarse [...] a convertir la *metafísica* en *metapsicología*» (2).

Freud volverá a utilizar, mucho después, el término «metapsicología», para dar de él una definición precisa: «Propongo que se hable de exposición [*Darstellung*] *metapsicológica* cuando se pasa a describir un proceso psíquico en sus relaciones *dinámicas, tópicas* y *económicas*» (3) (*α*). ¿Deben considerarse como metapsicológicos todos los estudios teóricos que hacen intervenir conceptos e hipótesis inherentes a estos tres registros, o sería preferible designar así los textos que, de un modo más fundamental, elaboran o explican las hipótesis subyacentes a la psicología psicoanalítica: «principios» *(Prinzipien)*, «conceptos fundamentales» *(Grundbegriffe)*, «modelos» teóricos *(Darstellungen, Fiktionen, Vorbilder)*? Así, un cierto número de textos más propiamente metapsicológicos jalonan la obra de Freud, especialmente el *Proyecto de psicología científica* (*Entwurf einer Psychologie*, 1895), el capítulo VII de *La inter-*

pretación de los sueños (*Die Traumdeutung*, 1900), *Formulaciones sobre los dos principios del funcionamiento psíquico* (*Formulierungen über die zwei Prinzipen des psychischen Geschehens*, 1911), *Más allá del principio de placer* (*Jenseits des Lustprinzips*, 1920), *El yo y el ello* (*Das Ich und das Es*, 1923), *Esquema del psicoanálisis* (*Abriss der Psychoanalyse*, 1938). Por último, en 1915, Freud concibió y realizó parcialmente el proyecto de escribir unos *Elementos para una metapsicología* (*Zur Vorbereitung einer Metapsychologie*) con la intención «[...] de esclarecer y dar profundidad a las hipótesis teóricas que pueden servir de fundamento a un sistema psicoanalítico» (4) (β).

(α) A los puntos de vista tópico, dinámico y económico, distinguidos por Freud, Hartmann, Kris y Loewenstein han propuesto añadir el punto de vista *genético* (*véase:* Fase). David Rapaport ha añadido un punto de vista de *adaptación*.

(β) Se publicaron cinco de los artículos previstos, y otros siete habrían sido escritos y destruidos.

MOCIÓN PULSIONAL

= *Al.:* Triebregung. — *Fr.:* motion pulsionelle. — *Ing.:* instinctual impulse. — *It.:* moto pulsionale *o* instintivo. — *Por.:* moção impulsora *o* pulsional.

Término utilizado por Freud para designar la pulsión bajo su aspecto dinámico, es decir, en tanto que se actualiza y se especifica en una determinada estimulación interna.

El término *Triebregung* aparece por vez primera en *Las pulsiones y sus destinos* (*Triebe und Triebschicksale*, 1915), pero la idea que expresa es muy antigua en Freud. Así, en el *Proyecto de psicología científica* (*Entwurf einer Psychologie*, 1895), habla de estímulos endógenos (*endogene Reize*) para designar exactamente la misma cosa.

Existe muy poca diferencia entre *Triebregung* y *Trieb* (pulsión): con frecuencia Freud emplea un término por otro. Con todo, si resulta posible efectuar una distinción tras la lectura del conjunto de los textos freudianos, sería la siguiente: la moción pulsional es la pulsión en acto, considerada en el momento en que una modificación orgánica la pone en movimiento.

Así, pues, según Freud, la moción pulsional se sitúa al mismo nivel que la pulsión; cuando la pulsión se concibe como una modificación biológica y, por consiguiente, estrictamente hablando, más acá de la distinción consciente-inconsciente, esto mismo es válido para la moción pulsional: «Cuando hablamos de una moción pulsional inconsciente o de una moción pulsional reprimida, se trata de un modo de hablar inexacto, aunque sin importancia. En realidad, sólo podemos referirnos a una moción pulsional cuyo representante representativo es inconsciente y, en efecto, no puede tratarse de otra cosa» (1).

A nuestro juicio no conviene traducir *Triebregung*, como a menudo se hace, por «emoción pulsional», término perteneciente al registro de los afectos, lo que no sucede con el término alemán ni con el equivalente adoptado en inglés de *instinctual impulse*. Proponemos volver a utilizar

el antiguo término «moción», tomado de la psicología moral, que nos parece más próximo al término *Regung*, substantivo derivado del verbo *regen*, «mover», y a sus empleos freudianos. Observemos que *motion pulsionnelle* se inscribe en la serie de términos psicológicos usuales *motivo, móvil, motivación*, todos los cuales hacen intervenir la noción de movimiento.

Añadamos que *Regung* se encuentra también en Freud aparte de la expresión *Triebregung*, por ejemplo en *Wunschregung, Affektregung*, con el mismo matiz de movimiento interno.

N

NARCISISMO

= *Al.:* Narzissmus. — *Fr.:* narcissisme. — *Ing.:* narcissism. — *It.:* narcisismo. — *Por.:* narcisismo.

En alusión al mito de Narciso, amor a la imagen de sí mismo.

1. La noción de narcisismo (α) aparece por vez primera en Freud en 1910, para explicar la elección de objeto en los homosexuales; éstos «[...] se toman a sí mismos como objeto sexual; parten del narcisismo y buscan jóvenes que se les parezcan para poder amarlos como su madre los amó a ellos» (1 *a*).

El descubrimiento del narcisismo condujo a Freud a establecer (en el *Caso Schreber,* 1911) la existencia de una *fase* de la evolución sexual intermedia entre el autoerotismo y el amor objetal. «El sujeto comienza tomándose a sí mismo, a su propio cuerpo, como objeto de amor» (2), lo que permite una primera unificación de las pulsiones sexuales. Estos mismos puntos de vista se expresan en *Tótem y tabú* (*Totem und Tabu,* 1913).

2. Vemos, pues, que Freud ya utilizaba el concepto de narcisismo antes de «introducirlo» mediante un estudio especial (*Introducción al narcisismo* [*Zur Einführung des Narzissmus,* 1914]). Pero, en este trabajo, introduce el concepto en el conjunto de la teoría psicoanalítica, considerando especialmente las catexis libidinales. En efecto, la psicosis («neurosis narcisista»*) pone en evidencia la posibilidad de la libido de recargar el yo retirando la catexis del objeto; esto implica que «[...] fundamentalmente, la catexis del yo persiste y se comporta, respecto a las catexis de objeto, como el cuerpo de un animal unicelular respecto a los seudópodos que emite» (3 *a*). Aludiendo a una especie de principio de conservación de la energía libidinal, Freud establece la existencia de un equilibrio entre la «libido del yo» (catectizada en el yo) y la «libido de objeto»: «cuanto más aumenta una, más se empobrece la otra» (3 *b*). «El yo debe considerarse como un gran reservorio de libido de donde ésta es enviada hacia los

objetos, y que se halla siempre dispuesto a absorber la libido que retorna a partir de los objetos» (4). Dentro de una concepción energética que reconoce la permanencia de una catexis libidinal del yo, nos vemos conducidos a una definición *estructural* del narcisismo: éste ya no aparece como una fase evolutiva, sino como un estancamiento de la libido, que ninguna catexis de objeto permite sobrepasar completamente.

3. Este proceso de retiro de la catexis del objeto y retorno sobre el sujeto había sido ya destacado por K. Abraham en 1908 basándose en el ejemplo de la demencia precoz: «La característica psicosexual de la demencia precoz es el retorno del paciente al autoerotismo [...]. El enfermo mental transfiere sobre sí, como único objeto sexual, la totalidad de la libido que la persona normal orienta sobre todos los objetos animados o inanimados de su ambiente» (5). Freud hizo suyas estas concepciones de Abraham: «[...] ellas se han mantenido en el psicoanálisis y se han convertido en la base de nuestra actitud hacia las psicosis» (6). Pero añadió la idea (que permite diferenciar el narcisismo del autoerotismo*) de que el yo no existe desde un principio como unidad y que exige, para constituirse, «una nueva acción psíquica» (3 *c*).

Si deseamos conservar la distinción entre un estado en el que las pulsiones sexuales se satisfacen en forma anárquica, independientemente unas de otras, y el narcisismo, en el cual es el yo en su totalidad lo que se toma como objeto de amor, nos veremos inducidos a hacer coincidir el predominio del narcisismo infantil con los momentos formadores del yo.

Acerca de este punto, la teoría psicoanalítica no es unívoca. Desde un punto de vista genético, puede concebirse la constitución del yo como unidad psíquica correlativamente a la constitución del esquema corporal. Así, puede pensarse que tal unidad viene precipitada por una cierta imagen que el sujeto adquiere de sí mismo basándose en el modelo de otro y que es precisamente el yo. El narcisismo sería la captación amorosa del sujeto por esta imagen. J. Lacan ha relacionado este primer momento de la formación del yo con la experiencia narcisista fundamental que designa con el nombre de fase del espejo* (7). Desde este punto de vista, según el cual el yo se define por una identificación con la imagen de otro, el narcisismo (incluso el «primario») no es un estado en el que faltaría toda relación intersubjetiva, sino la interiorización de una relación. Esta misma concepción es la que se desprende de un texto como *Duelo y melancolía* (*Trauer und Melancholie,* 1916), en el que Freud parece no ver en el narcisismo nada más que una «identificación narcisista» con el objeto (8).

Pero, con la elaboración de la segunda teoría del aparato psíquico, tal concepción se esfuma. Freud contrapone globalmente un estado narcisista primario (anobjetal) a las relaciones de objeto. Este estado primitivo, que entonces llama narcisismo primario, se caracterizaría por la ausencia de total relación con el ambiente, por una indiferenciación entre el yo y el ello, y su prototipo lo constituiría la vida intrauterina, de la cual el sueño representaría una reproducción más o menos perfecta (9).

Con todo, no se abandona la idea de un narcisismo simultáneo a la formación del yo por identificación con otro, pero éste se denomina entonces «narcisismo secundario» y no «narcisismo primario»: «La libido que afluye al yo por las identificaciones [...] representa su "narcisismo secundario"» (10 *a*). «El narcisismo del yo es un narcisismo secundario, retirado a los objetos» (10 *b*).

Esta profunda modificación de los puntos de vista de Freud es paralela a la introducción del concepto de ello* como instancia separada, de la que emanan las otras instancias por diferenciación, de una evolución del concepto de yo*, que hace recaer el acento, no sólo sobre las identificaciones que lo originan, sino sobre su función adaptatriz como aparato diferenciado, y, finalmente, de la desaparición de la distinción entre autoerotismo* y narcisismo. Tomada literalmente, tal concepción ofrece un doble peligro: el de contradecir la experiencia, afirmando que el recién nacido carecería de una apertura perceptiva hacia el mundo exterior, y el de renovar, por lo demás en términos ingenuos, la aporía idealista, agravada aquí por una formulación «biológica»: ¿cómo pasar de una mónada cerrada sobre sí misma al reconocimiento progresivo del objeto?

(α) En las primeras líneas de *Introducción al narcisismo* (*Zur Einführung des Narzissmus*, 1914), Freud afirma haber tomado este término de P. Näcke (1899), que lo utilizó para describir una perversión. En una nota añadida en 1920 a los *Tres ensayos sobre la teoría sexual* (*Drei Abhandlungen zur Sexualtheorie*), modifica esta afirmación: el creador del término sería H. Ellis (1 *b*). En realidad, Näcke creó la palabra *Narzissmus*, si bien lo hizo para comentar los puntos de vista de H. Ellis, que, en 1898 (*Autoerotism, a psychological Study*), fue el primero en describir una conducta perversa en relación con el mito de Narciso.

NARCISISMO PRIMARIO, NARCISISMO SECUNDARIO

= *Al.*: primärer Narzissmus, sekundärer Narzissmus. — *Fr.*: narcissisme primaire, narcissisme secondaire. — *Ing.*: primary narcissism, secondary narcissism. — *It.*: narcisismo primario, narcisismo secondario. — *Por.*: narcisismo primário, narcisismo secundário.

El narcisismo primario designa un estado precoz en el que el niño catectiza toda su libido sobre sí mismo. El narcisismo secundario designa una vuelta sobre el yo de la libido, retirada de sus catexis objetales.

Estos términos tienen, en la literatura psicoanalítica, e incluso en la misma obra de Freud, acepciones muy diversas, lo que impide dar una definición unívoca más precisa que la que proponemos.

1.° La expresión «narcisismo secundario» ofrece menos dificultad que la de narcisismo primario. Freud la utiliza, desde *Introducción al narcisismo* (*Zur Einführung des Narzissmus*, 1914), para designar estados tales como el narcisismo esquizofrénico: «[...] nos vemos inducidos, por consiguiente, a considerar este narcisismo, que ha aparecido haciendo refluir de nuevo las catexis de objeto, como un estado secundario construido sobre la base de un narcisismo primario que ha sido empañado por múltiples influencias» (1). Para Freud, el narcisismo secundario no designa únicamente ciertos estados extremos de regresión; constituye también una estructura permanente del sujeto: *a*) En el plano económico, las catexis de objeto no suprimen las catexis del yo, sino que existe un verdadero equilibrio energético entre estos dos tipos de catexis; *b*) En el plano tópico, el ideal del yo representa una formación narcisista que jamás es abandonada.

2.° El concepto de narcisismo primario experimenta variaciones extremas de uno a otro autor. Se trata aquí de definir una fase hipotética de la libido infantil, y las divergencias existentes se refieren, de un modo complejo, a la descripción de dicho estado, a su situación cronológica y, para algunos autores, incluso a su existencia.

Para Freud, el narcisismo primario designa, de un modo general, el primer narcisismo, el del niño que se toma a sí mismo como objeto de amor antes de elegir objetos exteriores. Tal estado correspondería a la creencia del niño en la omnipotencia de sus pensamientos (2).

Si se intenta precisar el momento de la constitución de tal estado, se encuentran, ya en Freud, algunas variaciones. En los textos del período 1910-1915 (3), esta fase se localiza entre la del autoerotismo primitivo y la del amor de objeto, y parece ser coetánea a la aparición de una primera unificación del sujeto, de un yo. Más tarde, con la elaboración de la segunda tópica, Freud designa con la noción de narcisismo primario un primer estado de la vida, anterior incluso a la constitución de un yo, y cuyo arquetipo sería la vida intrauterina (4). Desaparece entonces la distinción entre el autoerotismo* y el narcisismo. Desde el punto de vista tópico, resulta difícil comprender qué es lo que se catectiza en el narcisismo primario así entendido.

Esta última acepción del narcisismo primario es la que prevalece corrientemente en nuestros días en el pensamiento psicoanalítico, lo que conduce a limitar la significación y el alcance de la discusión: se acepte o no el concepto, con él se designa siempre un estado rigurosamente «anobjetal» o, por lo menos, «indiferenciado», sin escisión entre un sujeto y un mundo exterior.

Dos tipos de objeciones pueden oponerse a esta concepción del narcisismo:

— Desde el punto de vista terminológico, esta acepción prescinde de la referencia a una imagen de sí mismo, a una relación especular, como la que etimológicamente presupone el término «narcisismo». A nuestro juicio, pues, el término «narcisismo primario» es inadecuado para designar una fase descrita como anobjetal.

— Desde el punto de vista de los hechos: la existencia de esta fase es muy problemática, y algunos autores estiman que, en el lactante, existen desde un principio relaciones de objeto, un «amor objetal primario» (5), de forma que rechazan como mítica la noción de un narcisismo primario, entendido como una primera fase anobjetal de la vida extrauterina. Según Melanie Klein, no puede hablarse de fase narcisista, puesto que, desde el origen, se instituyen relaciones objetales, pero sólo

de «estados» narcisistas caracterizados por un retorno de la libido hacia objetos interiorizados.

Partiendo de estas críticas, parece posible devolver su sentido a lo que fue la intención de Freud cuando, recogiendo la noción de narcisismo introducida en patología por H. Ellis, la amplía hasta hacer de ella una fase necesaria en la evolución que conduce desde el funcionamiento anárquico, autoerótico, de las pulsiones parciales, hasta la elección de objeto. Nada parece oponerse a que se designe con el término «narcisismo primario» una fase precoz o ciertos momentos fundamentadores, caracterizados por la aparición simultánea de un primer esbozo de yo* y su catexis por la libido, lo que no implica que este primer narcisismo sea el primer estado del ser humano, ni que, desde el punto de vista económico, este predominio del amor a sí mismo excluya toda catexis objetal (*véase:* Narcisismo).

NECESIDAD DE CASTIGO

= *Al.:* Strafbedürfnis. — *Fr.:* besoin de punition. — *Ing.:* need for punishment. — *It.:* bisogno di punizione. — *Por.:* necessidade de castigo *o* de punição.

Exigencia interna que, según Freud, se hallaría en el origen del comportamiento de ciertos sujetos en los que la investigación psicoanalítica pone de manifiesto que buscan situaciones penosas o humillantes y se complacen en ellas (masoquismo moral). Lo que hay de irreductible en tales comportamientos debería relacionarse, en último análisis, con la pulsión de muerte.

La existencia de fenómenos que implican un autocastigo pronto despertó el interés de Freud: *sueños* de castigo, que son como un tributo pagado a la censura por la realización de un deseo (1), y sobre todo los síntomas de la *neurosis obsesiva.* Desde sus primeros estudios sobre esta enfermedad, Freud describió los autorreproches; más tarde, en *Observaciones sobre un caso de neurosis obsesiva* (*Bemerkungen über einen Fall von Zwangsneurose,* 1909), los comportamientos autopunitivos; generalmente es el conjunto de la sintomatología, con el sufrimiento que implica, lo que hace del obsesivo su propio verdugo.

La clínica de la *melancolía* pone de relieve la violencia de una compulsión al autocastigo que puede llegar al suicidio. Pero es también una aportación de Freud y del psicoanálisis el atribuir a una motivación autopunitiva ciertos comportamientos en los que el castigo parece ser solamente una consecuencia no deseada de ciertas *acciones agresivas y delictivas* (2). En este sentido puede hablarse de «criminales por autocastigo», sin que deba verse en este proceso la motivación única de un fenómeno siempre complejo.

Finalmente, en la *cura,* Freud se vio inducido a conceder una atención creciente a lo que él llamó reacción terapéutica negativa*: el analista tiene la impresión, escribe Freud, «[...] de una fuerza que se defiende por todos los medios contra la curación y que no quiere en absoluto desprenderse de la enfermedad y del sufrimiento» (3 *a*).

La profundización, dentro de la segunda teoría del aparato psíquico, en los problemas metapsicológicos planteados por estos fenómenos, los

progresos de la reflexión sobre el sadismo-masoquismo, y finalmente la introducción de la pulsión de muerte, conducirían a Freud a perfilar y diferenciar mejor los comportamientos autopunitivos.

1.° El propio Freud opuso ciertos reparos a la expresión *sentimiento de culpabilidad* inconsciente*, pareciéndole, en este sentido, más apropiado el término «necesidad de castigo» (4 *a*).

2.° Desde un punto de vista tópico, Freud explica las conductas autopunitivas por la tensión entre un superyó singularmente exigente y el yo.

3.° Pero el empleo del término «necesidad de castigo» pone de relieve lo que puede haber de irreductible en la fuerza que impulsa a ciertos individuos a sufrir, al mismo tiempo que la paradoja de la satisfacción que encuentran en su sufrimiento. Freud distingue dos casos: ciertas personas dan la impresión «[...] de hallarse bajo el dominio de una conciencia moral singularmente intensa, aun cuando una tal supermoral no sea en ellas consciente. Una investigación más profunda nos muestra de modo claro la diferencia existente entre tal prolongación inconsciente de la moral y el masoquismo moral. En el primer caso, el acento recae sobre el sadismo reforzado del superyó, al cual se somete el yo; en el segundo caso, en cambio, recae en el masoquismo del yo, que reclama el castigo, tanto si éste viene del superyó como de los poderes parentales externos» (4 *b*). Así, pues, el sadismo del superyó y el masoquismo del yo no pueden considerarse simplemente como las dos vertientes simétricas de una misma tensión.

4.° En esta línea de pensamiento, Freud, en *Análisis terminable e interminable* (*Die endliche und die unendliche Analyse,* 1937), llegó a establecer la hipótesis de que no era posible explicar íntegramente la necesidad de castigo, como expresión de la pulsión de muerte, por la relación conflictual entre el superyó y el yo. Si bien una parte de la pulsión de muerte se halla ciertamente «ligada psíquicamente por el superyó», otras pueden «[...] actuar, no se sabe dónde, en forma libre o ligada» (3 *b*).

NEGACIÓN

= *Al.:* Verneinung. — *Fr.:* (dé)négation. — *Ing.:* negation. — *It.:* negazione. — *Por.:* negação.

Procedimiento en virtud del cual el sujeto, a pesar de formular uno de sus deseos, pensamientos o sentimientos hasta entonces reprimidos, sigue defendiéndose negando que le pertenezca.

Esta palabra requiere ante todo algunas observaciones de orden terminológico.

1) En la conciencia lingüística común, no siempre existen en todos los idiomas claras distinciones entre los términos que significan la acción de negar, y menos aún existen correspondencias bi-unívocas entre los distintos términos de una lengua a otra.

En alemán, *Verneinung* designa la *negation* en el sentido lógico o

gramatical del término (no existe un verbo *neinen* o *beneinen*), pero también la *denegation* en sentido psicológico (rechazo de una afirmación que yo he enunciado o que se me atribuye; por ejemplo: no, yo no he dicho esto; yo no he pensado esto). *Verleugnen* (o *leugnen*) tiene un sentido que se aproxima al de *verneinen* en esta última acepción: renegar, desdecir, desmentir.

En francés, puede distinguirse, por una parte, la *negación (négation)* en sentido gramatical o lógico, y por otra parte la *denegación (dénégation, déni)*, que implica oposición o repulsa.

2) En el empleo que hace Freud: al parecer podemos distinguir dos usos diferentes de *verneinen* y *verleugnen*. En efecto, la palabra *verleugnen* tiende a reservarla Freud, hacia el fin de su obra, para designar el rechazo de la percepción de un hecho que se impone en el mundo exterior; en inglés, los editores de la *Standard Edition*, que han reconocido el sentido específico que adquiere en Freud la palabra *Verleugnung*, han decidido traducirla por *disavowal* (1). Nosotros proponemos en francés traducirla por *«déni» (renegación) (véase esta palabra)*.

En cuanto al empleo que hace Freud de la palabra *Verneinung*, resulta inevitable para el lector francés la ambigüedad negation-denegation. Posiblemente esta misma ambigüedad sea uno de los ejes de la riqueza del artículo que Freud dedicó a la *Verneinung*. Al traductor le resulta imposible en cada pasaje elegir entre «negation» o «denegation»; como solución nosotros proponemos transcribir la *Verneinung por «(dé)négation»*. En castellano utilizaremos *negación*.

Observemos que también se encuentra algunas veces en las obras de Freud la palabra alemana de origen latino *Negation* (2).

Estas distinciones terminológicas y conceptuales que proponemos no siempre se han efectuado hasta ahora en la literatura psicoanalítica y en las traducciones. Así, el traductor francés de *El Yo y los mecanismos de defensa* (*Das Ich und die Abwehrmechanismen*, 1936) de Anna Freud transcribe por «negación» *(négation)* el término *Verleugnung*, que esta autora utiliza en un sentido similar al que le dio S. Freud.

Freud puso en evidencia el procedimiento de negación en la experiencia de la cura. Muy pronto encontró en las histéricas que trataba una forma especial de resistencia: «[...] cuanto más se profundiza, más difícilmente se aceptan los recuerdos que surgen, hasta el momento en que, en las proximidades del núcleo, nos hallamos con que el paciente niega incluso su reactualización» (3). El *Análisis de un caso de neurosis obsesiva* proporciona un buen ejemplo de negación: el paciente, siendo niño, había pensado que conseguiría el amor de una niña a condición de que le ocurriera una desgracia: «[...] se le impuso la idea de que esta desgracia podría ser la muerte de su padre. Rechazó inmediatamente tal idea con toda energía; todavía hoy se defiende contra la posibilidad de haber experimentado semejante "deseo". Según él, había sido una simple "asociación de ideas". —Yo le objeto: si no fue un deseo, ¿por qué se rebela contra él? —Simplemente por el contenido de esta representación, de que mi padre pudiera morir» (4 *a*). La prosecución del análisis vino a demostrar que existía ciertamente un deseo hostil hacia su padre: «[...] al primer "no" de rechazo se sumó pronto una confirmación, al principio indirecta» (4 *b*).

La idea de que la toma de conciencia de lo reprimido se manifiesta a menudo, durante la cura, por la negación, constituye el punto de partida del artículo que Freud consagra a ésta en 1925. «No hay mejor prueba de que se ha logrado descubrir el inconsciente, que el hecho de ver cómo el analizado reacciona con estas palabras: "Yo no he pensado esto" o bien "jamás he pensado en esto"» (5 *a*).

La negación posee el mismo valor de confirmación cuando se opone a la interpretación del analista. De ahí nace una objeción de principio que no escapó a Freud, que se pregunta —en *Las construcciones en análisis* (*Konstruktionen in der Analyse*, 1937)—: ¿tal hipótesis no ofrece el peligro de asegurar siempre el triunfo del analista? «[...] cuando el analizado asiente, tiene razón, pero cuando nos contradice, esto es un signo de su resistencia y también nos da la razón» (6 *a*).

El propio Freud dio una respuesta matizada a tales críticas, incitando al analista a buscar la confirmación en el contexto y en la evolución de la cura (6 *b*). A pesar de todo, la negación sigue poseyendo para Freud el valor de un indicador que señala el momento en que empiezan a resurgir una idea o un deseo inconscientes, y esto tanto en la cura como fuera de ella.

En *La negación* (*Die Verneinung*, 1925), Freud dio de este fenómeno una explicación metapsicológica muy precisa, que desarrolla tres afirmaciones estrechamente solidarias entre sí:

1) «la negación constituye un medio de adquirir conocimiento de lo reprimido [...];

2) »[...] lo que se elimina es sólo una de las consecuencias del proceso de represión, a saber, el hecho de que el contenido representativo no llegue a la conciencia. Como resultado, tiene lugar una especie de aceptación intelectual de lo reprimido, mientras que persiste lo fundamental de la represión;

3) »mediante el símbolo de la negación, el pensamiento se libera de las limitaciones de la represión [...]» (5 *b*).

Esta última proposición muestra que, para Freud, la negación en sentido psicoanalítico y la negación en sentido lógico y lingüístico (el «símbolo de la negación») tienen el mismo origen, lo cual constituye la tesis principal de su trabajo.

NEURASTENIA

= *Al.*: Neurasthenie. — *Fr.*: neurasthénie. — *Ing.*: neurasthenia. — *It.*: nevrastenia. — *Por.*: neurastenia.

Afección descrita por el médico americano George Beard (1839-1883), cuyo cuadro clínico gira en torno a una fatiga física de origen «nervioso» y que comprende síntomas de los más diversos registros.

Freud fue uno de los primeros en señalar la excesiva extensión adquirida por este síndrome, que, en parte, debe ser dividido en otras entidades clínicas. No obstante, sigue manteniendo la neurastenia como una neurosis autónoma; la define

por la impresión de fatiga física, las cefaleas, la dispepsia, la constipación, las parestesias espinales, el empobrecimiento de la actividad sexual. La incluye en el grupo de las neurosis actuales, junto a la neurosis de angustia, y busca su etiología en su funcionamiento sexual incapaz de resolver en forma adecuada la tensión libidinal (masturbación).

G. Beard creó el término «neurastenia» (etimológicamente, debilidad nerviosa). En lo que respecta al cuadro clínico así designado, remitimos al lector a los trabajos de dicho autor (1).

Freud se interesó en especial por la neurastenia al principio de su obra, lo que le condujo a delimitar y subdividir el grupo de las neurosis actuales *(véase este término)* (2, 3). Pero, también ulteriormente, siguió sosteniendo la especificidad de esta neurosis (4).

NEUROSIS

= *Al.*: Neurose. — *Fr.*: névrose. — *Ing.*: neurosis. — *It.*: nevrosi. — *Por.*: neurose.

Afección psicógena cuyos síntomas son la expresión simbólica de un conflicto psíquico que tiene sus raíces en la historia infantil del sujeto y constituyen compromisos entre el deseo y la defensa.

La extensión del concepto de neurosis ha variado; actualmente el término, cuando se utiliza solo, tiende a reservarse a aquellas formas clínicas que pueden relacionarse con la neurosis obsesiva, la histeria y la neurosis fóbica. Así, la nosografía distingue neurosis, psicosis, perversiones y afecciones psicosomáticas, mientras que se discute la posición nosográfica de las denomiadas «neurosis actuales», «neurosis traumáticas» y «neurosis de carácter».

Al parecer, el término «neurosis» fue introducido por William Cullen (médico escocés) en un tratado de medicina aparecido en 1777 *(First Lines of the Practice of Physics)*. La segunda parte de su obra se titula *Neurosis or Nervous Diseases* y trata no solamente de las enfermedades mentales o «vesanias», sino también de la dispepsia, las palpitaciones cardíacas, el cólico, la hipocondría y la histeria.

Durante el siglo XIX se incluirán, por lo general, bajo la denominación de neurosis toda una serie de afecciones que se podrían caracterizar como sigue:

a) se les reconoce una localización orgánica precisa (de donde los nombres de «neurosis digestiva», «neurosis cardíaca», «neurosis gástrica», etc.) o se les supone una tal localización en el caso de la histeria (útero, tubo digestivo) y de la hipocondría;

b) se trata de afecciones funcionales, es decir, «sin inflamación ni lesión estructural» (1) del órgano interesado;

c) se consideran como enfermedades del sistema nervioso.

Al parecer, la noción de neurosis en el siglo XIX debe relacionarse, desde un punto de vista de la comprensión, con los conceptos modernos

de afección psicosomática y de neurosis de órgano. Pero, desde el punto de vista de la extensión nosográfica, el término incluiría afecciones que hoy en día se reparten en los tres campos de la *neurosis* (por ejemplo, histeria), de lo *psicosomático* (neurastenia, afecciones digestivas) y de la *neurología* (epilepsia, enfermedad de Parkinson).

El análisis de la transformación que experimentó el concepto de neurosis a finales del siglo XIX exigiría una extensa investigación histórica, tanto más cuanto que esta evolución difiere de un país a otro. Digamos únicamente, para fijar las ideas, que en dicho período la mayoría de los autores se percataron del carácter heterogéneo de las afecciones clasificadas bajo la denominación de «neurosis» (α).

De esta amalgama se desprenden progresivamente afecciones en las cuales se supone con fundamento la existencia de una lesión del sistema nervioso (epilepsia, enfermedad de Parkinson, corea)...

Por otro lado, en la frontera móvil que lo separa de las enfermedades mentales, el grupo de las neurosis tiende a anexionarse cuadros clínicos (obsesiones, fobias) que algunos autores todavía clasificaban entre las «psicosis», las «demencias» o los «delirios».

La posición de Pierre Janet atestigua el resultado de esta evolución en Francia a finales del siglo pasado; Janet distingue fundamentalmente dos grandes tipos de neurosis: la histeria y la psicastenia (esta última concuerda en gran parte con lo que Freud designa como neurosis obsesiva).

¿Cuál es la posición de Freud en esta época (1895-1900)? Al parecer, encuentra, en la cultura psiquiátrica de lengua alemana, una distinción relativamente bien establecida, desde el punto de vista clínico, entre psicosis* y neurosis. Exceptuando algunas raras ambigüedades en su terminología, con estos dos términos designa afecciones que todavía hoy se clasifican bajo los mismos nombres.

Pero la principal preocupación de Freud no consistía entonces en delimitar la neurosis de la psicosis, sino en poner en evidencia el mecanismo psicógeno en toda una serie de afecciones. De ello resulta que el eje de su clasificación pasa entre las neurosis actuales*, cuya etiología se busca en una disfunción somática de la sexualidad, y las psiconeurosis*, en las cuales el factor determinante es el conflicto psíquico. Este grupo, llamado de las «psiconeurosis de defensa»*, incluye neurosis, como la histeria, y psicosis que en ocasiones se designan con el término «psicosis de defensa», como la paranoia (2, 3).

A continuación, dentro de la misma perspectiva, Freud intentará imponer el término «psiconeurosis (o neurosis) narcisista»* para designar lo que en psiquiatría, en la misma época, se denominaban psicosis. Finalmente, vuelve a la clasificación psiquiátrica usual y reserva la noción de neurosis narcisista para designar la psicosis maníaco-depresiva (4). Recordemos, finalmente, que Freud diferenció muy pronto, y de modo claro, el campo de las neurosis del de las perversiones*.

En resumen, en el siguiente cuadro podríamos esquematizar la evolución, en extensión, del concepto de neurosis en la nosografía psicoanalítica.

<table>
<tr><td rowspan="2">1915</td><td colspan="2" rowspan="2">Neurosis actuales</td><td colspan="4">Psiconeurosis</td></tr>
<tr><td colspan="2">de transferencia</td><td colspan="2">narcisistas</td></tr>
<tr><td>1924</td><td colspan="2">Neurosis actuales</td><td>Neurosis</td><td colspan="2">Neurosis narcisistas</td><td>Psicosis</td></tr>
<tr><td rowspan="2">Clasificación actual</td><td rowspan="2">Afecciones psico-somáticas</td><td colspan="2" rowspan="2">Neurosis</td><td colspan="3">Psicosis</td></tr>
<tr><td colspan="2">maníaco-depresiva</td><td>paranoia esquizofrenia</td></tr>
</table>

Aun cuando las subdivisiones, dentro del grupo de las neurosis, varían según los autores (así, la fobia puede incluirse en la histeria o considerarse como una afección específica), actualmente se constata una gran unanimidad respecto de la delimitación clínica del conjunto de síndromes considerados como neuróticos. El reconocimiento, por la clínica contemporánea, de los «casos-límite»* indica que, por lo menos teóricamente, el campo de la neurosis se considera como bien definido. Puede decirse que el pensamiento psicoanalítico se halla en gran parte de acuerdo con la delimitación clínica adoptada por la inmensa mayoría de escuelas psiquiátricas.

En cuanto a una definición en «comprensión» del concepto de neurosis, aquélla puede concebirse teóricamente, ya a nivel de la sintomatología, como la agrupación de cierto número de características que permitirían distinguir los síntomas neuróticos de los psicóticos o perversos, ya a nivel de la estructura.

De hecho, la mayoría de las tentativas de definición propuestas en psiquiatría oscilan entre estos dos niveles, siempre y cuando no se limiten a establecer una simple distinción de grado entre perturbaciones «más graves» y perturbaciones «menos graves». A título de ejemplo, citaremos el siguiente ensayo de definición, tomado de un manual reciente: «La fisonomía clínica de las neurosis se caracteriza:

»*a*) Por los *síntomas neuróticos*. Se trata de trastornos de la conducta, de los sentimientos o de las ideas que *manifiestan* una defensa contra la angustia y constituyen, en relación con este conflicto interno, una transacción de la cual el sujeto obtiene, en su posición neurótica, cierto beneficio (beneficio secundario de la neurosis).

»*b*) Por el *carácter neurótico del Yo*. Éste no encuentra, en la identificación con su propio personaje, buenas relaciones con los demás y un equilibrio interior satisfactorio» (5).

Si se intenta establecer, con vistas a la comprensión del concepto, la especificidad de la neurosis tal como la establece la clínica, la tarea tiende a confundirse con la propia teoría psicoanalítica, en la medida en que

ésta se ha constituido fundamentalmente como una teoría del conflicto neurótico y de sus modalidades.

Difícilmente se puede considerar como perfecta la diferenciación entre las estructuras psicóticas, perversas y neuróticas. Es por ello que nuestra definición corre el inevitable peligro de resultar demasiado extensa, por cuanto puede aplicarse también, al menos parcialmente, a las perversiones y a las psicosis.

(α) Véase, por ejemplo, A. Axelfeld: «Todo el grupo de las neurosis se ha fundado sobre una concepción negativa; surgió de la época en que la anatomía patológica, encargada de explicar las enfermedades por las alteraciones de los órganos, se encontró frente a cierto número de estados morbosos cuya causa se le escapaba» (7).

NEUROSIS DE ABANDONO

= *Al.*: Verlassenheitsneurose. — *Fr.*: névrose d'abandon. — *Ing.*: neurosis of abandonment. — *It.*: nevrosi d'abbandono. — *Por.*: neurose de abandono.

Término introducido por psicoanalistas suizos (Charles Odier, Germaine Guex) para designar un cuadro clínico en el que predominan la angustia del abandono y la necesidad de seguridad. Se trata de una neurosis cuya etiología sería preedípica. No correspondería necesariamente a un abandono sufrido en la infancia. Los individuos que presentan esta neurosis se denominan «abandónicos».

En su obra *La névrose d'abandon* (1), Germaine Guex considera necesario aislar este tipo de neurosis, que no entraría en ninguno de los cuadros clásicos de la nosografía (α).

La sintomatología del abandónico no presenta a primera vista nada rigurosamente específico: angustia, agresividad, masoquismo, sentimiento de minusvalía; de hecho, estos síntomas no se relacionarían con los conflictos habitualmente evidenciados por el psicoanálisis (especialmente con los conflictos edípicos), sino con una inseguridad afectiva fundamental.

La necesidad ilimitada de amor, que se manifiesta de un modo polimorfo que a menudo la hace difícil de reconocer, significaría una búsqueda de la seguridad perdida, cuyo prototipo sería una fusión primitiva del niño con la madre. No correspondería necesariamente a un abandono real por la madre, abandono cuyas consecuencias fueron estudiadas por Spitz (*véase:* Hospitalismo; Depresión anaclítica), sino esencialmente a una actitud afectiva de la madre, que es sentida como que le rehúsa el amor (por ejemplo, «falsa presencia» de la madre). Finalmente, según Germaine Guex, debería invocarse un factor constitucional psico-orgánico («glotonería» afectiva, intolerancia a las frustraciones, desequilibrio neurovegetativo).

Germaine Guex estima que el abandónico ha permanecido más acá del Edipo, el cual constituía para él una amenaza excesiva a su seguridad; la neurosis de abandono debería relacionarse con una «perturbación del yo» que a menudo sólo se pone de manifiesto durante la cura psicoanalítica.

Observemos que el término «abandónico» se utiliza, en forma des-

criptiva, incluso por autores que no han adoptado, ni desde un punto de vista nosográfico, ni desde un punto de vista etiológico, las concepciones (aquí muy resumidas) de Germaine Guex.

(α) En una comunicación personal, G. Guex nos indicó que sería preferible hablar de *síndrome* que de *neurosis* de abandono.

NEUROSIS ACTUAL

= *Al.*: Aktualneurose. — *Fr.*: névrose actuelle. — *Ing.*: actual neurosis. — *It.*: nevrosi attuale. — *Por.*: neurose atual.

Tipo de neurosis que Freud distingue de las psiconeurosis:

a) el origen de las neurosis actuales no debe buscarse en los conflictos infantiles, sino en el presente;
b) los síntomas no constituyen una expresión simbólica y sobredeterminada, sino que resultan directamente de la falta o inadecuación de la satisfacción sexual.

Primeramente Freud incluyó en las neurosis actuales la neurosis de angustia y la neurastenia, y más tarde propuso añadir la hipocondría.

El término «neurosis actual» aparece en 1898 en la obra de Freud para designar la neurosis de angustia y la neurastenia (1 *a*), pero el concepto de una especificidad de estas afecciones con respecto a las restantes neurosis fue elaborado ya antes de sus investigaciones sobre la etiología de las neurosis, tanto en la correspondencia con Fliess (2) como en las publicaciones de los años 1894-1896 (3).

1. La diferenciación entre neurosis actuales y psiconeurosis es fundamentalmente de tipo etiológico y patogenético: la causa es sexual en ambos tipos de neurosis, pero, en el caso de las neurosis actuales, debe buscarse en «desórdenes de la vida sexual actual» y no en «acontecimientos importantes de la vida pasada» (4). La palabra «actual» debe interpretarse, por tanto, sobre todo en el sentido de una «actualidad» en el tiempo (1 *b*). Por otra parte, esta etiología es somática y no psíquica: «La fuente de excitación, el factor desencadenante del trastorno, se halla en la esfera somática, mientras que, en la histeria y la neurosis obsesiva, se encuentra en la esfera psíquica» (5). Este factor sería, en la neurosis de angustia, la falta de descarga de la excitación sexual, y, en la neurastenia, un alivio inadecuado de ésta (por ejemplo, masturbación).

Por último, el mecanismo de formación de los síntomas sería somático (por ejemplo, transformación directa de la excitación en angustia) y no simbólico. El término «actual» viene a significar aquí la ausencia de esta mediación que se encuentra en la formación de los síntomas psiconeuróticos (desplazamiento, condensación, etc.).

Desde el punto de vista terapéutico, estos puntos de vista conducen a la idea de que las neurosis actuales no surgen del psicoanálisis, puesto que en ellas los síntomas no proceden de una significación susceptible de ser aclarada (6).

Freud no abandonó jamás estos puntos de vista acerca de la especificidad de las neurosis actuales. Los expresó de nuevo en distintas ocasiones, indicando que el mecanismo de formación de los síntomas debería buscarse en el campo de la química (intoxicación por productos del metabolismo de las substancias sexuales) (7).

2. Entre psiconeurosis y neurosis actuales no existe solamente una oposición global; en varias ocasiones Freud intentó establecer correspondencias individuales entre, por una parte, la neurastenia y la neurosis de angustia y, por otra, las diversas neurosis de transferencia. Cuando, más tarde, introduce la hipocondría como tercera neurosis actual (8), la hace corresponder a las parafrenias o psiconeurosis narcisistas (esquizofrenia y paranoia). Estas correspondencias vienen justificadas, no sólo por analogías estructurales, sino también por el hecho de que «[...] el síntoma de la neurosis actual es, a menudo, el núcleo y la fase precursora del síntoma psiconeurótico» (9). La idea de que la psiconeurosis es desencadenada por una frustración que conduce a un estancamiento de la libido viene de nuevo a poner en evidencia este elemento actual (10).

Actualmente tiende a desaparecer de la nosografía la noción de neurosis actual, en la medida en que, sea cual fuere el valor desencadenante que posean los factores actuales, se encuentra siempre en los síntomas la expresión simbólica de conflictos más antiguos. Con esta salvedad, la idea de conflicto y de síntomas actuales conserva su valor y reclama las siguientes observaciones:

1.ª la distinción entre conflictos de origen infantil, reactualizados, y conflictos determinados en su mayor parte por la situación actual se impone en la práctica psicoanalítica: así, la existencia de un conflicto actual agudo constituye a menudo un obstáculo al curso de la cura psicoanalítica;

2.ª en toda psiconeurosis, junto a los síntomas cuya significación puede ser aclarada, existe un cortejo más o menos importante de síntomas del tipo de los descritos por Freud dentro del marco de las neurosis actuales: fatigas no justificadas, dolores vagos, etc. Dado que el conflicto defensivo impide la realización del deseo inconsciente, se concibe que esta libido no satisfecha se encuentre en el origen de cierto número de síntomas inespecíficos;

3.ª en la misma dirección se observará que, en las concepciones de Freud, los síntomas «actuales» son ante todo de tipo somático, y que la antigua noción de neurosis actual conduce directamente a las concepciones modernas sobre las afecciones psicosomáticas;

4.ª por último, se observará que Freud sólo considera, en su teoría, la no-satisfacción de las pulsiones sexuales. Se debería tener en cuenta igualmente, en la génesis de síntomas neuróticos actuales y psicosomáticos, la supresión de la agresividad.

NEUROSIS DE ANGUSTIA

= *Al.:* Angstneurose. — *Fr.:* névrose d'angoisse. — *Ing.:* anxiety neurosis. — *It.:* nevrosi d'angoscia. — *Por.:* neurose de angústia.

Tipo de enfermedad que Freud aisló y diferenció:

a) desde el punto de vista sintomatológico, de la neurastenia, por el predominio de la angustia (expectación ansiosa, ataques de angustia o equivalentes somáticos de ésta);

b) desde el punto de vista etiológico, de la histeria: la neurosis de angustia es una neurosis actual caracterizada específicamente por la acumulación de excitación sexual que se transformaría directamente en síntoma sin mediación psíquica.

El problema del origen de la angustia y de sus relaciones con la excitación sexual y la libido preocupó a Freud desde 1893, como pone de manifiesto su correspondencia con Fliess. Este problema lo trata sistemáticamente en su artículo *Sobre la justificación de separar de la neurastenia cierto complejo de síntomas a título de «neurosis de angustia»* (*Über die Berechtigung, von der Neurasthenie einen bestimmten Symptomenkmplex als «Angstneurose» abzutrennen*, 1895).

Desde el punto de vista nosográfico, aísla del síndrome clásicamente descrito como neurastenia una afección centrada en torno al síntoma fundamental de la angustia. Sobre un fondo de «excitabilidad general» destacan diferentes formas de angustia: angustia crónica o expectación ansiosa, susceptible de ligarse a todo contenido representativo capaz de ofrecerle un soporte; ataque de angustia pura (por ejemplo: *pavor nocturnus*), acompañado de o reemplazado por diversos equivalentes somáticos (vértigo, disnea, trastornos cardíacos, sudoración, etc.); síntomas fóbicos, en los que el afecto de angustia se halla ligado a una representación, pero sin que pueda reconocerse en ésta un substitutivo simbólico en una representación reprimida.

Freud relaciona la neurosis de angustia con etiologías específicas, cuyos factores más corrientes son:

a) acumulación de tensión sexual;

b) ausencia o insuficiencia de «elaboración psíquica» de la excitación sexual somática, la cual no puede transformarse en «libido psíquica» (*véase:* Libido) más que entrando en conexión con grupos preestablecidos de representaciones sexuales. Cuando la excitación sexual no es controlada de este modo, se deriva directamente hacia el plano somático en forma de angustia (α).

Freud considera como condiciones para esta insuficiente elaboración psíquica, ya «[...] un desarrollo insuficiente de la sexualidad psíquica, ya una tentativa de supresión de ésta, ya su degradación, ya, por último, la instauración de una separación, que se ha vuelto habitual, entre la sexualidad psíquica y la sexualidad física» (1 *a*).

Freud intentó poner de manifiesto cómo intervienen estos mecanismos en las diferentes formas etiológicas que enumera: angustia de las vírgenes, angustia de la abstinencia sexual, angustia provocada por el *coitus interruptus*, etc.

Señaló los puntos de contacto que ofrecen las sintomatologías y, hasta cierto punto, los mecanismos de la neurosis de angustia y de la histeria: en ambos casos «[...] se produce una especie de "conversión" [...]. Con todo, en la histeria, es una excitación psíquica la que toma una falsa vía exclusivamente hacia lo somático, mientras que aquí (en la neurosis de angustia) se trata de una tensión *física* que no puede pasar a lo *psíquico* y permanece entonces en una vía física. Ambos procesos se asocian con gran frecuencia» (1 *b*).

Aunque, como puede verse, Freud indicase lo que puede haber de psíquico en las condiciones de aparición de la neurosis de angustia, subrayando la afinidad de ésta con la histeria y su posible asociación en forma de «neurosis mixta», no por ello dejó de sostener siempre la especificidad de la neurosis de angustia como neurosis actual.

En la actualidad, los psicoanalistas no aceptan sin reservas la noción de neurosis actual*; sin embargo, el cuadro clínico de la neurosis de angustia (acerca de la cual se olvida a menudo que fue Freud quien la separó de la neurastenia) sigue conservando su valor nosográfico en clínica: neurosis en la que predomina una angustia masiva, sin objeto claramente manifiesto, y en la que es patente el papel desempeñado por los factores actuales.

En este sentido, se diferencia claramente de la *histeria de angustia** o neurosis fóbica, en la cual la angustia se ha fijado sobre un objeto substitutivo.

(α) Conviene hacer observar que no son éstas las primeras concepciones de Freud acerca de la angustia. Él mismo indica que su concepción de un mecanismo *actual*, somático, de la angustia vino a limitar su teoría, en un principio puramente psicógena, de la histeria. Véase una nota a propósito del *Caso Emmy* en los *Estudios sobre la histeria* (*Studien über Hysterie*, 1895): «En aquel entonces [o sea, en 1889], yo tendía a admitir la existencia de un origen *psíquico* de todos los síntomas de una histeria. En la actualidad [o sea, en 1895] consideraría neurótica [neurótica se toma aquí en su primer sentido de perturbación en el funcionamiento del sistema nervioso] la tendencia a la angustia que presentaba esta mujer, la cual vivía en abstinencia (neurosis de angustia)» (2).

NEUROSIS DE CARÁCTER

= *Al.:* Charakterneurose. — *Fr.:* névrose de caractère. — *Ing.:* character neurosis. — *It.:* nevrosi del carattere. — *Por.:* neurose de caráter.

Tipo de neurosis en la cual el conflicto defensivo no se traduce por la formación de síntomas claramente aislables, sino por rasgos de carácter, formas de comportamiento o incluso una organización patológica del conjunto de la personalidad.

El término «neurosis de carácter» se ha convertido en una expresión de empleo corriente en el psicoanálisis contemporáneo, sin que, no obstante, posea un sentido muy preciso.

Si este concepto sigue estando mal delimitado, ello es debido, sin duda, a que plantea no sólo problemas nosográficos (¿es posible la di-

ferenciación de una neurosis de carácter?) sino también psicológicos (origen, fundamento, función de lo que la psicología llama carácter) y técnicos (¿qué lugar debe darse al análisis de las defensas llamadas «de carácter»?).

En efecto, esta noción tiene sus antecedentes en trabajos psicoanalíticos de inspiración diversa:

1) estudios sobre la génesis de ciertos rasgos o de ciertos tipos de carácter, especialmente en relación con la evolución libidinal (1);

2) las concepciones teóricas y técnicas de W. Reich sobre la «coraza caracterológica» y la necesidad, especialmente en los casos rebeldes al análisis clásico, de poner de manifiesto e interpretar las actitudes defensivas que se repiten, sea cual fuere el contenido verbalizado (2).

Si nos atenemos a una orientación nosográfica, que necesariamente evoca el mismo término «neurosis de carácter», aparece en seguida la confusión y multiplicidad de sentidos posibles:

1) La expresión se utiliza a menudo en forma poco rigurosa para designar todo cuadro neurótico que, en un primer examen, no revela síntomas, sino únicamente formas de comportamiento que implican dificultades repetidas o constantes en la relación con el ambiente.

2) Una caracterología de inspiración psicoanalítica relaciona diferentes tipos de carácter, ya con las grandes enfermedades psiconeuróticas (caracteres obsesivo, fóbico, paranoico, etc.), ya con las diversas fases de la evolución libidinal (caracteres oral, anal, uretral, fálico-narcisista, genital, reagrupados a veces en la gran oposición carácter genital — carácter pregenital). Desde este punto de vista, puede hablarse de neurosis de carácter para designar toda neurosis aparentemente asintomática, en la cual lo que revela la organización patológica es el tipo de carácter.

Pero, si vamos más lejos y recurrimos, como se hace, cada vez más, actualmente, al concepto de estructura, tenderemos a superar la oposición entre neurosis con o sin síntomas y haremos recaer el acento, más que en las expresiones manifiestas del conflicto (síntomas, rasgos de carácter), en el modo de organización del deseo y de la defensa (α).

3) Los mecanismos más a menudo invocados para explicar la formación del carácter son la sublimación* y la formación reactiva*. Las formaciones reactivas «evitan las represiones secundarias realizando, de una vez por todas, una modificación definitiva de la personalidad» (3). En la medida en que predominen las formaciones reactivas, el carácter mismo puede aparecer como una formación esencialmente defensiva, destinada a proteger al individuo no sólo contra la amenaza pulsional, sino también contra la aparición de síntomas.

Desde un punto de vista descriptivo, la defensa caracterológica se diferencia del síntoma, sobre todo, por su relativa integración en el yo: desconocimiento del aspecto patológico del rasgo de carácter, racionalización, generalización, en un esquema de comportamiento, de una defensa originariamente dirigida contra un peligro específico. En estos mecanismos específicos pueden reconocerse otros tantos rasgos caracterís-

ticos de la estructura obsesiva (4). En este sentido, la neurosis de carácter indicaría, ante todo, una forma particularmente frecuente de neurosis obsesiva en la que prevalece el mecanismo de la formación reactiva, mientras que los síntomas (obsesiones, compulsiones) son discretos o esporádicos.

4) Por último, en oposición al polimorfismo de los «caracteres neuróticos», se ha intentado designar como neurosis de carácter una estructura psicopatológica original. Así, Henri Sauguet reserva «[...] el término "neurosis de carácter" para los casos en los que la infiltración del yo es tan importante que determina una organización que recuerda la de la estructura prepsicótica» (5).

Esta concepción puede considerarse enlazada con una serie de trabajos psicoanalíticos (Alexander, Ferenczi, Glover) que intentan situar las anomalías del carácter entre los síntomas neuróticos y las afecciones psicóticas (6).

(α) Dentro de una concepción estructural del aparato psíquico, resulta interesante distinguir claramente los conceptos «estructura» y «carácter». Este último, según una fórmula de D. Lagache, podría definirse como la proyección sobre el sistema del yo de las relaciones entre los diversos sistemas y en el interior de los sistemas: dentro de esta perspectiva, se tenderá a descubrir, en un determinado rasgo de carácter que aparece como una disposición inherente a la persona, el predominio de cierta instancia (por ejemplo, yo-ideal).

NEUROSIS DE DESTINO

= *Al.:* Schicksalsneurose. — *Fr.:* névrose de destinée. — *Ing.:* fate neurosis. — *It.:* nevrosi di destino. — *Por.:* neurose de destino.

Designa una forma de existencia caracterizada por el retorno periódico de las mismas concatenaciones de acontecimientos, generalmente desgraciados, concatenaciones a las cuales parece hallarse sometido el sujeto como a una fatalidad exterior, mientras que, según el psicoanálisis, se deben buscar los factores de este fenómeno en el inconsciente y, específicamente, en la compulsión a la repetición.

Al final del capítulo III de *Más allá del principio del placer* (*Jenseits des Lustprinzips*, 1920) (1) Freud menciona, como ejemplo de repetición, el caso de las personas que «[...] dan la impresión de un destino que las persigue, de una orientación demoníaca de su existencia» (bienhechores pagados con ingratitud, amigos traicionados, etc.). Señalemos, por lo demás, que, a propósito de estos casos, habla de compulsión de destino (*Schicksalzwang*), no de neurosis de destino. Con todo, esta última denominación ha prevalecido, sin duda con motivo de la extensión del psicoanálisis a las neurosis llamadas asintomáticas (neurosis de carácter*, de fracaso*, etc.). Sea como fuere, la denominación no posee valor nosográfico, sino descriptivo.

La idea de neurosis de destino fácilmente puede tomarse en un sentido muy amplio: el curso de toda existencia sería «[...] trazado de antemano por el sujeto». Pero, al generalizarlo, el concepto peligra de perder incluso su valor descriptivo. Designaría todo aquello que la conducta de un individuo ofrece de recurrente, de constante.

Permaneciendo fiel a lo que indica Freud en el pasaje citado, parece posible dar al término «neurosis de destino» un sentido más preciso, que la diferencia especialmente de la neurosis de carácter. En efecto, los ejemplos dados por Freud indican que sólo recurre al concepto «compulsión de destino» para explicar experiencias relativamente específicas:

a) se repiten a pesar de su carácter displacentero;

b) se desarrollan según un guión inmutable, constituyendo una secuencia de acontecimientos que puede exigir un largo desarrollo temporal;

c) aparecen como una fatalidad externa de la que el individuo, aparentemente con razón, se siente víctima (ejemplo de una mujer que, casada tres veces consecutivas, vio a sus maridos caer enfermos poco después de la boda y hubo de cuidarlos hasta su muerte).

La repetición se advierte aquí en un ciclo aislable de acontecimientos. Como indicación, podría decirse que, en el caso de la neurosis de destino, el sujeto no tiene acceso a un deseo inconsciente que le vuelve a él desde el exterior (de ahí el aspecto «demoníaco» subrayado por Freud), mientras que, en la neurosis de carácter, lo que interviene y se descubre en el mantenimiento rígido de una forma (rasgos de carácter) es la repetición compulsiva de los mecanismos de defensa y de los esquemas de comportamiento.

NEUROSIS FAMILIAR

= *Al.*: Familienneurose. — *Fr.*: névrose familiale. — *Ing.*: family neurosis. — *It.*: nevrosi familiare. — *Por.*: neurose familial.

Término utilizado para designar el hecho de que, en una determinada familia, las neurosis individuales se complementan, se condicionan recíprocamente, y para poner en evidencia la influencia patógena que puede ejercer sobre los niños la estructura familiar, principalmente la de la pareja parental.

La noción de neurosis ha sido utilizada, sobre todo, por los psicoanalistas de lengua francesa, siguiendo a René Laforgue (1). Según manifiestan los mismos autores que utilizan esta expresión, la neurosis familiar no constituye una entidad nosológica.

Este término reúne en forma casi gráfica cierto número de adquisiciones fundamentales del psicoanálisis: el papel central que, en la constitución del sujeto, desempeña la identificación con los padres; el complejo de Edipo como complejo nuclear de la neurosis; la importancia que posee, en la formación del Edipo, la relación de los padres entre sí, etcétera. René Laforgue insiste especialmente en la influencia patógena que posee una pareja parental constituida en función de una cierta complementariedad neurótica (por ejemplo, pareja sadomasoquista).

Pero al hablar de neurosis familiar equivale a subrayar, no tanto la importancia del ambiente, como el papel desempeñado por cada miembro de la familia dentro de una red de interrelaciones inconscientes (lo que a menudo se denomina la «constelación» familiar). El término adquiere valor sobre todo en el abordaje psicoterápico de los niños, que desde un principio se hallan situados dentro de esta «constelación». Desde el punto de vista práctico, esto puede conducir al psicoterapeuta, no sólo a intentar actuar directamente sobre el ambiente, sino incluso a relacionar la neurosis familiar con la petición, formulada por los padres, de que su hijo sea tratado (el niño considerado como «síntoma» de los padres).

Según R. Laforgue, el concepto de neurosis familiar derivaría de la concepción freudiana del superyó, tal como se expresa en las siguientes líneas: «El superyó del niño no se forma a imagen de los padres, sino a imagen del superyó de éstos; se llena del mismo contenido, se convierte en el representante de la tradición, de todos los juicios de valor, que de este modo perduran a través de las generaciones» (2).

El término «neurosis familiar» apenas se utiliza ya en psicoanálisis; aunque ofrece el interés de llamar la atención sobre las funciones complementarias de los diversos sujetos dentro de un campo inconsciente, no debe inducirnos a minimizar el papel de las fantasías propias de cada sujeto, a expensas de una manipulación de la situación real considerada como factor determinante de la neurosis.

NEUROSIS FÓBICA

= *Al.*: Phobische Neurose. — *Fr.*: névrose phobique. — *Ing.*: phobic neurosis. — *It.*: nevrosi fobica. — *Por.*: neurose fóbica.

Véase: **Histeria de angustia.**

NEUROSIS DE FRACASO

= *Al.*: Misserfolgsneurose. — *Fr.*: névrose (o syndrome) d'échec. — *Ing.*: failure-neurosis. — *It.*: nevrosi di scacco. — *Por.*: neurose de fracasso.

Término introducido por René Laforgue y cuya acepción es muy amplia: designa la estructura psicológica de toda una gama de individuos, desde los que, de un modo general, parecen ser los artífices de su propia desgracia, hasta aquellos que no pueden soportar el conseguir precisamente lo que parecen desear ardientemente.

Al hablar de neurosis de fracaso, los psicoanalistas piensan en el fracaso como consecuencia del desequilibrio neurótico y no como factor desencadenante (trastorno reactivo al fracaso real).

El concepto de neurosis de fracaso va asociado al nombre de René Laforgue, que ha consagrado numerosos trabajos a estudiar la función del superyó, los mecanismos de autocastigo y la psicopatología del fracaso (1). Este autor ha agrupado todos los síndromes de fracaso que pueden observarse en la vida afectiva y social, en el individuo y en un grupo social (familia, clase, grupo étnico), y ha buscado el factor común a todos ellos en la acción del superyó.

En psicoanálisis, la noción de neurosis de fracaso se utiliza más en un sentido descriptivo que nosográfico.

De un modo general, el fracaso es el precio pagado por toda neurosis en la medida que el síntoma implica una limitación de las posibilidades del sujeto, un bloqueo parcial de su energía. Pero sólo se hablará de neurosis de fracaso en los casos en que el fracaso no es el producto de añadidura del síntoma (como en el fóbico, que ve disminuir sus posibilidades de desplazamiento a causa de sus medidas de protección), sino que constituye el síntoma mismo y exige una explicación específica.

En *Varios tipos de carácter descubiertos en la labor psicoanalítica* (*Einige Charaktertypen aus der Psychoanalytischen Arbeit*, 1916), Freud había llamado la atención acerca de este tipo especial de individuos que «[...] fracasan ante el éxito»; el problema del fracaso por autocastigo se examina allí en un sentido más restringido que en los trabajos de René Laforgue:

a) se trata de individuos que no soportan la satisfacción en un punto preciso, evidentemente ligado a su deseo inconsciente;

b) el caso de estos individuos pone de manifiesto la siguiente paradoja: mientras la frustración* externa no era patógena, la posibilidad ofrecida por la realidad de satisfacer el deseo resulta intolerable y desencadena la «frustración interna»: el sujeto se priva a sí mismo la satisfacción (2);

c) este mecanismo no constituye para Freud una neurosis ni tampoco un síndrome, sino una forma de desencadenamiento de la neurosis y el primer síntoma de la enfermedad.

En *Más allá del principio del placer* (*Jenseits des Lustprinzips*, 1920), Freud relaciona algunos tipos de fracaso neurótico con la compulsión a la repetición, especialmente lo que él llama compulsiones de destino (*véase:* Neurosis de destino).

NEUROSIS MIXTA

= *Al.:* Gemischte Neurose. — *Fr.:* névrose mixte. — *Ing.:* mixed neurosis. — *It.:* nevrosi mista. — *Por.:* neurose mista.

Forma de neurosis caracterizada por la coexistencia de síntomas que provendrían, según Freud, de neurosis etiológicamente distintas.

En Freud, el término «neurosis mixta» se encuentra sobre todo en sus primeros escritos (1), donde lo utiliza para explicar el hecho de que los síntomas psiconeuróticos se asocian a menudo a síntomas actuales, o también que los síntomas de una determinada psiconeurosis se asocian a los de otra distinta.

El término no se limita a designar un cuadro clínico complejo. Para Freud, en los casos de neurosis mixta, es posible, por lo menos idealmente, relacionar cada tipo de síntoma existente con un mecanismo específico: «Cada vez que nos hallamos en presencia de una neurosis mixta, se puede mostrar la existencia de una mezcla de varias etiologías específicas» (2).

Las neurosis rara vez se presentan en estado puro: este hecho ha sido ampliamente reconocido por la clínica psicoanalítica. Así, por ejemplo, se insiste en la existencia de rasgos histéricos en la raíz de toda neurosis obsesiva (3) y de un núcleo actual en toda psiconeurosis (*véase:* Neurosis actual). Los llamados, desde Freud, *casos-límites*, como afecciones en las que intervienen simultáneamente componentes neuróticos y psicóticos, atestiguan también la imbricación de las estructuras psicopatológicas.

Pero la noción de neurosis mixta no debe inducir a rechazar toda clasificación nosográfica (4). Por el contrario, implica la posibilidad, en un caso clínico complejo, de determinar la parte que corresponde a una cierta estructura o mecanismo.

NEUROSIS NARCISISTA

= *Al.:* Narzisstische Neurose. — *Fr.:* névrose narcissique. — *Ing.:* narcissistic neurosis. — *It.:* nevrosi narcisistica. — *Por.:* neurose narcísica.

Término que actualmente tiende a desaparecer del lenguaje psiquiátrico y psicoanalítico, pero que se encuentra en los escritos de Freud para designar una enfermedad mental caracterizada por el retiro de la libido sobre el yo. De este modo se contrapone a las neurosis de transferencia*.

Desde el punto de vista nosográfico, el grupo de las neurosis narcisistas abarca el conjunto de las psicosis funcionales (cuyos síntomas no son los efectos de una lesión somática).

La puesta en evidencia del narcisismo, a la que Freud se vio conducido especialmente por la aplicación de las concepciones psicoanalíticas a las psicosis, se halla en el origen del término «neurosis narcisista» (1). Freud recurre a él casi siempre para contraponerlo al de neurosis de transferencia.

Esta oposición es a la vez de orden técnico (dificultad o imposibilidad de transferencia libidinal) y teórico (retiro de la libido sobre el yo). En otras palabras, se trata de estructuras en las que prevalece la relación narcisista. En este sentido, Freud considera equivalentes las neurosis narcisistas y las psicosis, que él todavía llama parafrenias*.

Más tarde, especialmente en el artículo *Neurosis y psicosis* (*Neurose und Psychose*, 1924), limitará el empleo del término «neurosis narcisista» a las afecciones de tipo melancólico, diferenciándolas así tanto de las neurosis de transferencia como de las psicosis (2).

En la actualidad el término tiende a desaparecer.

NEUROSIS OBSESIVA

= *Al.:* Zwangsneurose. — *Fr.:* névrose obsessionnelle. — *Ing.:* obsessional neurosis. — *It.:* nevrosi ossessiva. — *Por.:* neurose obsessiva.

Clase de neurosis que fue aislada por Freud y constituye uno de los grandes cuadros de la clínica psicoanalítica.

En su forma más típica, el conflicto psíquico se expresa por los síntomas llamados compulsivos*: ideas obsesivas, compulsión a realizar actos indeseables, lucha contra estos pensamientos y tendencias, ceremoniales conjuratorios, etc., y por un tipo de pensamiento caracterizado especialmente por la rumiación mental, la duda, los escrúpulos, y que conduce a inhibiciones del pensamiento y de la acción.

Freud aisló sucesivamente la especificidad etiopatogénica de la neurosis obsesiva desde el punto de vista de los mecanismos (desplazamiento* del afecto hacia representaciones más o menos alejadas del conflicto original, aislamiento*, anulación retroactiva*), desde el punto de vista de la vida pulsional (ambivalencia*, fijación a la fase anal* y regresión*) y, por último, desde el punto de vista tópico (relación sadomasoquista interiorizada en forma de tensión entre el yo y un superyó singularmente cruel). Esta puesta en evidencia de la dinámica subyacente a la neurosis obsesiva y, por otra parte, la descripción del carácter anal y de las formaciones reactivas* que lo constituyen, permiten relacionar con la neurosis obsesiva ciertos cuadros clínicos en los que los síntomas obsesivos, propiamente dichos, no son evidentes a primera vista.

Ante todo conviene subrayar que la neurosis obsesiva, que hoy día constituye una entidad nosográfica universalmente admitida, fue aislada por Freud en los años 1894-1895: «He debido comenzar mi trabajo por una innovación nosográfica. Al lado de la histeria, he hallado razones para situar la neurosis obsesiva [*Zwangsneurose*] como afección autónoma e independiente, aunque la mayor parte de autores clasifican las obsesiones entre los síndromes de la degeneración mental o los confunden con la neurastenia» (1 *a*). Freud comenzó por analizar el mecanismo psicológico de las obsesiones *(Zwangsvorstellungen)* (2), y luego reunió (3, 1 *b*), en una afección psiconeurótica, síntomas descritos desde hacía mucho tiempo (sentimientos, ideas, conductas compulsivas, etc.), pero relacionados con cuadros nosográficos muy distintos («degeneración» de Magnan, «constitución emotiva» de Dypré, «neurastenia» de Beard, etc.). Poco después de Freud, Janet describió, con el nombre de psicastenia, una neurosis parecida a la que Freud designa como neurosis obsesiva, pero centrando su descripción en torno a una concepción etiológica distinta: lo que para Janet es fundamental y condiciona la misma lucha obsesiva es un estado deficitario, la debilidad de la síntesis mental, una astenia psíquica, mientras que, para Freud, las dudas e inhibiciones son consecuencias de un conflicto que moviliza y bloquea las energías del sujeto (4).

En lo sucesivo se fue afirmando cada vez más, en la teoría psicoanalítica, la especificidad de la neurosis obsesiva.

Las adquisiciones del psicoanálisis han hecho recaer el acento preferentemente sobre la estructura obsesiva (más que sobre los síntomas), lo que, desde el punto de vista terminológico, invita a preguntarse acerca del valor descriptivo del término neurosis *obsesiva*.

Señalemos ante todo que este término no es un equivalente exacto del alemán *Zwangsneurose*, puesto que *Zwang* no sólo designa las compulsiones del pensamiento u obsesiones *(Zwangsvorstellungen)*, sino también los actos *(Zwangshandlungen)* y afectos compulsivos *(Zwangsaffekte)* (*véase:* Compulsión) (α). Por otra parte, el término neurosis obsesiva orienta la atención hacia un síntoma, bien importante, más que hacia la estructura. Ahora bien, con frecuencia se habla de estructura, de carácter, de enfermos *obsesivos* en ausencia de obsesiones típicas. En

este sentido se constata, por lo demás, una tendencia, en el uso terminológico actual, a reservar el término «obsesivo» al enfermo que presenta obsesiones características.

(α) El propio Freud tradujo *Zwangsneurose* por «névrose des obsessions» (1 *c*) o «d'obsessions» (1 *d*).

NEUROSIS DE TRANSFERENCIA

= *Al.:* Übertragungsneurose. — *Fr.:* névrose de transfert. — *Ing.:* transference neurosis. — *It.:* nevrosi di transfert. — *Por.:* neurose de transferência.

A) En sentido nosográfico, tipo de neurosis (histeria de angustia*, histeria de conversión*, neurosis obsesiva*) que Freud diferencia de las neurosis narcisistas* dentro del grupo de las psiconeurosis*. Se diferencian de las neurosis narcisistas por el hecho de que la libido está siempre desplazada sobre objetos reales o imaginarios, en lugar de estar retirada de éstos sobre el yo. De ello resulta que son más accesibles al tratamiento psicoanalítico, ya que se prestan a la constitución, durante la cura, de una neurosis de transferencia en el sentido B.

B) Dentro de la teoría de la cura psicoanalítica, neurosis artificial en la cual tienden a organizarse las manifestaciones de transferencia. Se constituye en torno a la relación con el analista; representa una nueva edición de la neurosis clínica; su esclarecimiento conduce al descubrimiento de la neurosis infantil.

A) En el sentido A, el término «neurosis de transferencia» fue introducido por Jung, en oposición al de «psicosis» (1). En esta última, la libido se encuentra «introvertida» (Jung) o catectizada sobre el yo (Abraham [2]; Freud [3]), lo que reduce la capacidad de los pacientes para transferir su libido sobre objetos y, en consecuencia, los hace poco accesibles a una cura cuyo resorte fundamental es la transferencia. Es por ello que las neurosis que constituyeron el primer objeto de la cura psicoanalítica se definen como trastornos en los que existe esta capacidad de transferencia, y se designan con el término neurosis de transferencia».

Freud establece (por ejemplo, en las *Lecciones de introducción al psicoanálisis* [*Vorlesungen zur Einführung in die Psychoanalyse*, 1916-1917]) una clasificación que puede resumirse así: las neurosis de transferencia y las neurosis narcisistas forman dos categorías opuestas entre sí, dentro del grupo de las psiconeurosis. Por otra parte, éstas, en la medida en que sus síntomas son la expresión simbólica de un conflicto psíquico, se contraponen al grupo de las neurosis actuales*, cuyo mecanismo sería fundamentalmente somático.

Señalemos que, si bien sigue siendo válida la distinción de las dos clases de psiconeurosis, ya no se admite que puedan distinguirse entre sí por la simple presencia o ausencia de transferencia. En efecto, actualmente se admite que, en las psiconeurosis, la ausencia aparente de transferencia, la mayoría de las veces, no es otra cosa que uno de los aspectos del modo de transferencia (que puede ser muy intensa) propio de los psicóticos.

B) En *Recuerdo, repetición y trabajo elaborativo* (*Erinnern, Wiederholen und Durcharbeiten*, 1914) Freud introduce la noción de neurosis de transferencia (en el sentido B) en relación con la idea de que el pa-

ciente *repite* en la transferencia sus conflictos infantiles. «Supuesto que el paciente respete las condiciones de existencia del tratamiento, llegamos generalmente a conceder a todos los síntomas de la enfermedad una nueva significación transferencial, a reemplazar su neurosis corriente por una neurosis de transferencia, de la cual puede ser curado por la labor terapéutica» (4 *a*).

Según este pasaje, parece que la diferencia entre las reacciones de transferencia y la neurosis de transferencia propiamente dicha puede concebirse como sigue: en la neurosis de transferencia, todo el comportamiento patológico del paciente viene a centrarse ahora en la relación con su analista. De la neurosis de transferencia puede decirse que, por una parte, coordina las reacciones de transferencia, al principio difusas («transferencia flotante» según Glover) y, por otra, permite al conjunto de los síntomas y de las conductas patológicas del paciente adoptar una nueva función al referirse a la situación analítica. Según Freud, la instauración de la neurosis de transferencia constituye un elemento positivo en la dinámica de la cura: «El nuevo estado ha adquirido todas las características de la enfermedad, pero representa una enfermedad artificial que es plenamente accesible a nuestro control» (4 *b*).

Dentro de esta perspectiva, la secuencia siguiente puede considerarse como el modelo ideal de la cura: la neurosis clínica se transforma en neurosis de transferencia, cuyo esclarecimiento conduce al descubrimiento de la neurosis infantil (α).

Con todo, es preciso indicar que, más tarde, Freud, cuando acentúa el alcance de la compulsión a la repetición, da una concepción menos unilateral de la neurosis de transferencia, subrayando el peligro que ofrece el dejarla desarrollarse. «El médico se esfuerza en limitar todo lo posible el ámbito de esta neurosis de transferencia, en impulsar el máximo posible de contenido hacia la vía del recuerdo y abandonar lo menos posible a la repetición [...]. Por lo general el médico no puede ahorrar al analizado esta fase de la cura. Se ve forzado a permitirle revivir cierto fragmento de su vida olvidada, pero debe velar para que el paciente conserve una cierta capacidad de dominar la situación, que le permita, pese a todo, reconocer, en lo que aparece como una realidad, el reflejo renovado de un pasado olvidado» (5).

(α) Señalemos que S. Rado, en su comunicación al Congreso de Salzburgo (1924) sobre la teoría de la cura, *El principio económico en la técnica psicoanalítica (The Economic Principle in Psychoanalytic Technique)* (6), describió la «neurosis terapéutica» en las técnicas preanalíticas (hipnosis y catarsis) y la diferenció de la que aparece en la cura psicoanalítica; sólo en ésta puede ser analizada y disuelta la neurosis de transferencia.

NEUROSIS TRAUMATICA

= *Al.:* Traumatische Neurose. — *Fr.:* névrose traumatique. — *Ing.:* traumatic neurosis. — *It.:* nevrose traumatica. — *Por.:* neurose traumática.

Tipo de neurosis en la que los síntomas aparecen consecutivamente a un choque emotivo, generalmente ligado a una situación en la que el sujeto ha sentido amenazada su vida. Se manifiesta, en el momento del choque, por una crisis de ansiedad paroxística, que puede provocar estados de agitación, estupor o confusión mental. Su evolución ulterior, casi siempre después de un intervalo libre, permitiría distinguir esquemáticamente dos casos:

a) el trauma actúa como elemento desencadenante, revelador de una estructura neurótica preexistente;

b) el trauma posee una parte determinante en el contenido mismo del síntoma (repetición mental del acontecimiento traumático, pesadillas repetitivas, trastornos del sueño, etc.), que aparece como un intento reiterado de «ligar» y descargar por abreacción el trauma; tal «fijación al trauma» se acompaña de una inhibición, más o menos generalizada, de la actividad del sujeto.

Generalmente la denominación de neurosis traumática es reservada por Freud y los psicoanalistas para designar este último cuadro.

El término «neurosis traumática» es anterior al psicoanálisis (α) y sigue utilizándose en psiquiatría en forma variable, en virtud de las ambigüedades del concepto de traumatismo y de la diversidad de opciones teóricas que permiten tales ambigüedades.

El concepto de traumatismo es ante todo somático; designa entonces «[...] las lesiones producidas accidentalmente, de forma instantánea, por agentes mecánicos cuya acción vulnerante es superior a la resistencia de los tejidos u órganos sobre los que actúan» (1); los traumatismos se dividen en heridas y contusiones (o traumatismos cerrados), según que exista o no efracción del revestimiento cutáneo.

En neuropsiquiatría se habla de traumatismo con dos acepciones muy distintas:

1) se aplica al caso particular del sistema nervioso central el concepto quirúrgico de traumatismo, cuyas consecuencias pueden abarcar desde las lesiones evidentes de la substancia nerviosa hasta las supuestas lesiones microscópicas (por ejemplo, noción de «conmoción»);

2) se transpone metafóricamente al plano psíquico el concepto de traumatismo, el cual, entonces, designa todo acontecimiento que hace efracción bruscamente en la organización psíquica del individuo. La mayor parte de las situaciones generadoras de neurosis traumáticas (accidentes, batallas, explosiones, etc.) plantean a los psiquiatras, en la práctica, un problema de diagnóstico (¿existe o no lesión neurológica?) y, desde un punto de vista teórico, permiten una gran libertad para estimar, según las preferencias de cada uno, la causa última del trastorno. En una posición extrema, algunos autores llegan a clasificar el cuadro clínico de las neurosis traumáticas dentro del grupo de los «traumatismos cráneo-cerebrales» (2) (*véase:* Trauma psíquico).

Si nos limitamos al campo del traumatismo tal como se entiende en psicoanálisis, el término «neurosis traumática» puede tomarse bajo dos perspectivas bastante distintas.

I. En relación con lo que Freud denomina una «serie complementaria»* en el desencadenamiento de la neurosis, deben tomarse en consideración factores que varían en razón inversa entre sí: predisposición y

traumatismo. En este sentido, se encuentra toda una gama entre los casos en que un acontecimiento mínimo adquiere valor desencadenante, debido a la débil tolerancia del sujeto frente a toda excitación o frente a una determinada excitación especial, y los casos en que un acontecimiento de una intensidad objetivamente excepcional viene a perturbar bruscamente el equilibrio del sujeto.

A este respecto deben efectuarse varias observaciones:

1) el concepto de trauma se vuelve puramente relativo;

2) el problema trauma-predisposición tiende a confundirse con el de los papeles respectivos de los factores actuales y del conflicto preexistente (*véase:* Neurosis actual);

3) en los casos en que se comprueba con evidencia la existencia de un traumatismo importante en el origen de los síntomas, los psicoanalistas se dedicarán a investigar, en la historia del sujeto, los conflictos neuróticos que el acontecimiento no habría hecho más que precipitar. En favor de este punto de vista conviene señalar que, con frecuencia, los trastornos desencadenados por un trauma (guerra, accidente, etc.) se asemejan a los hallados en las neurosis de transferencia clásicas;

4) singularmente interesantes, desde esta perspectiva, son los casos en los que un acontecimiento exterior viene a realizar un deseo reprimido del sujeto, a poner en escena una fantasía inconsciente. En estos casos, la neurosis que se desencadena se caracteriza por rasgos que la asemejan a las neurosis traumáticas: repetición mental, sueños reiterativos, etc. (3);

5) dentro de la misma línea de pensamiento, se ha intentado relacionar la ocurrencia misma del acontecimiento traumático con una predisposición neurótica especial. Algunos individuos parecen buscar inconscientemente la situación traumatizante, aunque la temen; según Fenichel, de este modo repetirían un trauma infantil con la finalidad de descargarlo por abreacción: «[...] el Yo desea la repetición para resolver una tensión penosa pero la repetición es en sí misma penosa [...]. El enfermo ha entrado en un círculo vicioso. No logra jamás controlar el traumatismo por medio de sus repeticiones, ya que cada tentativa aporta una nueva experiencia traumática» (4 *a*). En estos individuos, descritos como «traumatófilos», Fenichel ve un caso típico de «asociación de neurosis traumáticas y de psiconeurosis» (4 *b*). Por lo demás, se observará a este respecto que K. Abraham, que introdujo el término «traumatofilia», relacionaba incluso los traumas sexuales de la infancia con una predisposición traumatofílica preexistente (5).

II. Vemos, pues, cómo la investigación psicoanalítica conduce a poner en tela de juicio la noción de neurosis traumática: pone en duda el papel determinante del acontecimiento traumático, por una parte al subrayar la relatividad del mismo con respecto a la tolerancia del sujeto, y por otra parte insertando la experiencia traumática en la historia y la organización particulares del individuo. Desde este punto de vista, el concepto de neurosis traumática sería sólo una primera aproximación, puramente descriptiva, que no resistiría a un análisis profundo de los factores que intervienen.

¿No es necesario, sin embargo, conservar un puesto aparte, desde el punto de vista nosográfico y etiológico, para aquellas neurosis en las que un traumatismo, por su misma naturaleza e intensidad, sería con mucho el factor predominante en su desencadenamiento, y en las cuales los mecanismos que intervienen y la sintomatología serían relativamente específicos con respecto a los de las psiconeurosis?

Tal parece ser la posición de Freud, según se desprende principalmente de su obra *Más allá del principio del placer* (*Jenseits des Lustprinzips,* 1920): «El cuadro sintomatológico de la neurosis traumática se acerca al de la histeria por su riqueza en síntomas motores similares; pero, por regla general, lo sobrepasa por sus signos, muy acentuados, de sufrimiento subjetivo (que recuerdan la hipocondría o la melancolía) y por las manifestaciones de una debilitación y perturbación mucho más generales de las funciones psíquicas» (6 *a*). Cuando Freud habla de neurosis traumática, insiste en el carácter a la vez somático («conmoción» [*Erschütterung*] del organismo, que provoca una afluencia de excitación) y psíquico (*Schreck:* susto) del trauma (7). Según Freud, es este susto, «[...] estado que sobreviene cuando uno entra en una situación peligrosa sin estar preparado para ella» (6 *b*), el factor determinante de la neurosis traumática.

Frente a la afluencia de excitación, que irrumpe y pone en peligro su integridad, el sujeto no puede reaccionar mediante una descarga adecuada ni por medio de una elaboración psíquica. Desbordado en sus funciones de ligazón, repetirá de forma compulsiva, especialmente en los sueños (β), la situación traumatizante, a fin de intentar ligarla (*véase:* Compulsión a la repetición; Ligazón).

Con todo, Freud no dejó de señalar la posible existencia de conexiones entre las neurosis traumáticas y las neurosis de transferencia (8). Deja sin contestar la pregunta de la especificidad de las neurosis traumáticas, como lo atestiguan las siguientes líneas del *Esquema del psicoanálisis* (*Abriss der Psychoanalyse,* 1938): «Es posible que lo que llamamos neurosis traumáticas (desencadenadas por un susto demasiado intenso o choques somáticos graves, tales como choques de trenes, desprendimientos, etc.), constituyan una excepción; pero, hasta ahora, sus relaciones con el factor infantil han escapado a nuestras investigaciones» (9).

(α) Habría sido introducido por Oppenheim (según la *Encyclopédie médico-chirurgicale: Psychiatrie,* 37520 C 10, pág. 6).

(β) «La vida onírica de las neurosis traumáticas se caracteriza por devolver constantemente al paciente a la situación de su accidente, situación de la que despierta con un nuevo susto» (6 *c*).

NEUTRALIDAD

= *Al.:* Neutralität. — *Fr.:* neutralité. — *Ing.:* neutrality. — *It.:* neutralità. — *Por.:* neutralidade.

Una de las cualidades que definen la actitud del analista durante la cura. El analista debe ser *neutral* en cuanto a los valores religiosos, morales y sociales, es decir, no dirigir la cura en función de un ideal cualquiera, y abstenerse de todo consejo; *neutral* con respecto a las manifestaciones transferenciales, lo que habitualmente se expresa por la fórmula «no entrar en el juego del paciente»; por último, *neutral* en cuanto al discurso del analizado, es decir, no conceder *a priori* una importancia preferente, en virtud de prejuicios teóricos, a un determinado fragmento o a un determinado tipo de significaciones.

En la misma medida en que la técnica psicoanalítica se desprendió de los métodos de sugestión, que implican una influencia deliberada del terapeuta sobre su paciente, se vio abocada a la idea de neutralidad. En los *Estudios sobre la histeria* (*Studien über Hysteria*, 1895) se encuentran vestigios de una parte de esta evolución. Observemos que, hacia el final de esta obra, Freud escribe, refiriéndose a la acción del terapeuta: «Actuamos, en la medida de lo posible, como aclaradores (*Aufklärer*), cuando una ignorancia ha engendrado un temor, como maestros representantes de una concepción del mundo más libre y más elevada, como confesores que, con la perduración de su simpatía y de su estima después de la confesión, ofrecen al enfermo una especie de absolución» (1).

En sus *Consejos al médico en el tratamiento psicoanalítico* (*Ratschläge für den Arzt bei der psychoanalytischen Behandlung*, 1912) es donde Freud da la idea más precisa de lo que puede entenderse por neutralidad. En este trabajo denuncia «el orgullo terapéutico» y «el orgullo educativo»; considera «contraindicado dar al paciente instrucciones tales como la de reunir sus recuerdos, pensar en un determinado período de su vida, etc.» (2 *d*). El analista, al igual que el cirujano, no debe tener más objetivo que «[...] llevar a buen término, tan hábilmente como le sea posible, su operación» (2 *b*).

En *La iniciación del tratamiento* (*Zur Einleitung der Behandlung*, 1913) Freud sostiene que el establecimiento de una transferencia segura depende de la neutralidad analítica: «Este primer resultado puede malograrse adoptando una actitud distinta a la de la simpatía comprensiva, por ejemplo una actitud moralizadora, o comportándose como el representante o mandatario de un tercero [...]» (3). La idea de neutralidad se expresa también con gran fuerza en el siguiente pasaje de *Los caminos de la terapia psicoanalítica* (*Wege der psychoanalytischen Therapie*, 1918), que apunta a la escuela de Jung: «Hemos rehusado categóricamente considerar como un bien propio al paciente que pide nuestra ayuda y se pone en nuestras manos. No intentamos formar su destino ni inculcarle nuestros ideales, ni modelarlo a nuestra imagen con el orgullo de un creador» (4).

Se observará que la expresión «neutralidad benevolente», tomada sin duda del lenguaje diplomático y que se ha vuelto tradicional para definir la actitud del analista, no se encuentra en Freud. Debe añadirse que la exigencia de neutralidad es estrictamente relativa a la cura: constituye una recomendación técnica. No implica ni garantiza una «objetividad» suprema de quien ejerce la profesión de psicoanalista (5). La neutralidad no alude a la persona real del analista, sino a su función: el que da las interpretaciones y soporta la transferencia debería ser neutral, es decir, no intervenir como individualidad psicosocial; se trata, evidentemente, de una exigencia límite.

El conjunto de recomendaciones relativas a la neutralidad, aunque no siempre se siga, no suele ser discutido por los analistas. Con todo, incluso los psicoanalistas más clásicos pueden sentirse inducidos a no considerar deseable o posible una neutralidad absoluta en determinados casos (especialmente en la angustia de los niños, en las psicosis y en ciertas perversiones).

NOVELA FAMILIAR

= *Al.:* Familienroman. — *Fr.:* roman familial. — *Ing.:* family romance. — *It.:* romanzo familiare. — *Por.:* romance familial.

Expresión creada por Freud para designar fantasías mediante las que el sujeto modifica imaginariamente sus lazos con sus padres (imaginando, por ejemplo, que es un niño encontrado). Tales fantasías tienen su fundamento en el complejo de Edipo.

Antes de dedicarles un artículo, en 1909 (*α*), Freud ya había establecido, en varias ocasiones, la existencia de fantasías mediante las cuales el sujeto se crea una familia, inventa con tal motivo una especie de novela (1). Tales fantasías se observan de un modo muy manifiesto en los delirios paranoicos; pronto Freud las encontró también, con distintas variantes, en los neuróticos: el niño imagina que nació, no de sus verdaderos padres, sino de padres importantes, o bien de un padre importante, y atribuye entonces a su madre aventuras amorosas secretas; otras veces él es ciertamente hijo legítimo, pero sus hermanos y hermanas son bastardos.

Tales fantasías se atribuyen a la situación edípica; surgen por la presión que ejerce el complejo de Edipo*. Sus motivaciones precisas son numerosas y mixtas: deseo de rebajar a los padres en un aspecto y ensalzarlos en otro, deseo de grandeza, intento de soslayar la barrera contra el incesto, expresión de la rivalidad fraterna, etc.

(α) Primeramente integrado en la obra de Otto Rank, *El mito del nacimiento del héroe* (*Der Mythus von der Geburt des Helden*, 1909).

O

OBJETO

= *Al.:* Objekt. — *Fr.:* objet. — *Ing.:* object. — *It.:* oggetto. — *Por.:* objeto.

La noción de objeto se considera en psicoanálisis bajo tres aspectos principales:

A) Como correlato de la pulsión: es aquello en lo cual y mediante lo cual la pulsión busca alcanzar su fin, es decir, cierto tipo de satisfacción. Puede tratarse de una persona o de un objeto parcial, de un objeto real o de un objeto fantaseado.

B) Como correlato del amor (o del odio): se trata entonces de la relación de la persona total, o de la instancia del yo, con un objeto al que se apunta como totalidad (persona, entidad, ideal, etc.), (el adjetivo correspondiente sería «objetal»).

C) En el sentido tradicional de la filosofía y de la psicología del conocimiento, como correlato del sujeto que percibe y conoce: es lo que se ofrece con caracteres fijos y permanentes, reconocibles por la universalidad de los sujetos, con independencia de los deseos y de las opiniones de los individuos (el adjetivo correspondiente sería «objetivo»).

En los escritos psicoanalíticos, la palabra *objeto* tanto se encuentra sola como en numerosas expresiones, tales como elección de objeto*, amor de objeto*, pérdida del objeto*, relación de objeto*, etc., que pueden desorientar al lector no especialista. Objeto se toma en un sentido comparable al que le atribuía el lenguaje clásico («objeto de mi pasión, de mi resentimiento, objeto amado», etc.). No debe evocar la idea de «cosa», de objeto inanimado y manipulable, tal como corrientemente se contrapone a las ideas de ser vivo o de persona.

I. Estas diferentes utilizaciones de la palabra *objeto* en psicoanálisis tienen su origen en la concepción freudiana de la pulsión. Freud, al analizar la noción de pulsión, distinguió entre el objeto y el fin*: «Introducimos dos términos: llamamos objeto sexual a la persona que ejerce la atracción sexual, y fin sexual a la acción empujada por la pulsión» (1). A lo largo de toda su obra conserva esta distinción y la reafirma especialmente en la definición más completa que dio de la pulsión: «[...] el objeto de la pulsión es aquello en lo cual y mediante lo cual la pulsión

puede alcanzar su fin» (2 *a*); al mismo tiempo, el objeto se define como medio contingente de la satisfacción: «Es el elemento más variable en la pulsión, no se halla originariamente ligado a ésta, sino que se adapta a ella en función de su aptitud para permitir la satisfacción» (2 *b*). Esta tesis fundamental y constante de Freud, la de la contingencia del objeto, no significa que cualquier objeto pueda satisfacer la pulsión, sino que el objeto pulsional, a menudo muy definido por rasgos singulares, viene determinado por la historia (principalmente la historia infantil) de cada individuo. El objeto es lo que, en la pulsión, se halla menos constitucionalmente determinado.

Esta concepción no ha dejado de despertar objeciones. El planteamiento del problema podría resumirse refiriéndose a la distinción efectuada por Fairbairn (3): ¿va la libido a la búsqueda del placer *(pleasure-seeking)* o del objeto *(object-seeking)*? Para Freud, es indudable que la libido, aunque muy pronto experimente la impronta de un determinado objeto (*véase:* Experiencia de satisfacción), en su origen se halla totalmente orientada hacia la satisfacción, la resolución de la tensión por las vías más cortas según las modalidades apropiadas a la actividad de cada zona erógena. Con todo, no es ajena al pensamiento de Freud la idea, subrayada por la noción de relación de objeto, de que existe una íntima relación entre la naturaleza y los «destinos» del fin y del objeto (*para la discusión de este punto, véase:* Relación de objeto).

Por otra parte, la concepción freudiana del objeto pulsional se constituyó en los *Tres ensayos sobre la teoría sexual* (*Drei Abhandlungen zur Sexualtheorie*, 1905) a partir del análisis de las pulsiones sexuales. ¿Cuál es el objeto de las otras pulsiones, y especialmente, dentro del marco del primer dualismo freudiano, el de las pulsiones de autoconservación*? En lo que respecta a estas últimas, el objeto (por ejemplo, el alimento) se halla claramente más especificado, por las exigencias de las necesidades vitales.

Sin embargo, la distinción entre pulsiones sexuales y pulsiones de autoconservación no debe conducir a establecer una oposición demasiado rígida en cuanto a las características de sus objetos respectivos: contingente en un caso, rigurosamente determinado y especificado biológicamente en el otro. El propio Freud mostró que las pulsiones sexuales funcionaban apoyándose en las pulsiones de autoconservación, lo que significa especialmente que éstas señalan a las primeras el camino hacia el objeto.

El recurrir a esta noción de apoyo* permite aclarar el complejo problema del objeto pulsional. Refiriéndonos, por ejemplo, a la fase oral, el objeto es, en el lenguaje de la pulsión de autoconservación, lo que alimenta; en el de la pulsión oral, lo que se incorpora, con toda la dimensión fantasmática que comporta la incorporación. El análisis de los fantasmas orales muestra que esta actividad de incorporación puede referirse a objetos completamente distintos de los de la alimentación, caracterizando entonces la «relación de objeto oral».

II. La noción de objeto en psicoanálisis no debe entenderse únicamente en relación con la pulsión —en la medida en que es posible captar

el funcionamiento de ésta en estado puro—. Designa también lo que constituye para el sujeto objeto de atracción, objeto de amor, casi siempre una persona. Sólo la investigación analítica permite descubrir, más allá de esta relación global del yo con sus objetos de amor, el funcionamiento propio de las pulsiones en su polimorfismo, sus variaciones, sus correlatos fantaseados. En los primeros tiempos en que Freud analiza los conceptos de sexualidad y de pulsión, no se halla explícitamente presente el problema de articular entre sí el objeto de la pulsión y el objeto de amor, y es lógico que así sea; en efecto, los *Tres ensayos*, en su primera edición (1905) giran en torno a la gran oposición que existiría entre el funcionamiento de la sexualidad infantil y el de la sexualidad postpuberal. La primera se define como esencialmente autoerótica*, y, en esta etapa del pensamiento de Freud, no se insiste en el problema de su relación con un objeto distinto del propio cuerpo, aunque fuera fantaseado. La pulsión, en el niño, se define como *parcial*, y ello más en razón de su modo de satisfacción (placer en el propio lugar de origen, placer de órgano*) que en función del tipo de objeto al cual tendería. Solamente en la pubertad interviene una *elección* de objeto, cuyos «modelos» o «bosquejos» pueden encontrarse ciertamente en la infancia, lo que permite a la vida sexual, al tiempo que se unifica, orientarse definitivamente hacia otro individuo.

Ya es sabido que, entre 1905 y 1924, se fue atenuando progresivamente la oposición entre autoerotismo infantil y elección objetal puberal. Se describen una serie de fases pregenitales de la libido, todas las cuales implican un tipo original de «relaciones de objeto». El equívoco que podía implicar el concepto de autoerotismo (el cual podía entenderse como implicando que el sujeto ignoraría al principio todo objeto exterior, real o incluso fantaseado) se disipa. Las pulsiones parciales, cuyo funcionamiento caracteriza el autoerotismo, se denominan parciales en la medida que su satisfacción va ligada, no sólo a una zona erógena determinada, sino a lo que la teoría psicoanalítica llamará objetos parciales*. Entre estos objetos se establecen equivalencias simbólicas, evidenciadas por Freud en *Sobre las transposiciones de las pulsiones y especialmente del erotismo anal* (*Über Triebumsetzungen, insbesondere der Analerotik*, 1917), intercambios que hacen pasar la vida pulsional por una serie de avatares. La problemática de los objetos parciales da lugar a un desmantelamiento de lo que tenía de global la noción, relativamente indiferenciada, de objeto sexual en los comienzos del pensamiento freudiano. En efecto, nos vemos inducidos entonces a separar un objeto propiamente pulsional y un objeto de amor. El primero se define esencialmente como capaz de procurar la satisfacción a la pulsión de que se trate. Puede tratarse de una persona, pero no es indispensable que sea así, ya que la satisfacción puede ser especialmente proporcionada por una parte del cuerpo. El acento recae entonces sobre la contingencia del objeto, en tanto que éste está subordinado a la satisfacción. En cuanto a la relación con el objeto de amor, hace intervenir, al igual que el odio, otro par de términos: «[...] los términos "amor" y "odio" no deben utilizarse para las relaciones de las pulsiones con sus objetos, sino reservarse para designar las relaciones del yo total con los objetos» (2 *c*).

A este respecto se observará, desde un punto de vista terminológico, que Freud, al tiempo que puso en evidencia las relaciones con el objeto parcial, reservó la expresión de elección de objeto para designar la relación de la persona con sus objetos de amor, que son esencialmente, en sí mismo, personas totales.

De esta oposición entre objeto parcial (objeto pulsional y, esencialmente, objeto pregenital) y objeto total (objeto de amor y, esencialmente, objeto genital), podría deducirse, dentro de un enfoque genético del desarrollo psicosexual, que el sujeto pasaría de uno a otro mediante una integración progresiva de sus pulsiones parciales dentro de la organización genital, siendo ésta correlativa de una consideración creciente del objeto en la diversidad y riqueza de sus cualidades, en su independencia. El objeto de amor ya no es sólo el correlato de la pulsión, destinado a consumarse.

La distinción entre el objeto pulsional parcial y el objeto de amor, cualquiera que sea su indiscutible alcance, no implica necesariamente tal concepción. Por una parte, el objeto parcial puede considerarse como uno de los polos irreductibles, irrebasales, de la pulsión sexual. Por otra parte, la investigación analítica muestra que el objeto total, lejos de aparecer como un perfeccionamiento final, nunca carece de implicaciones narcisistas; en el origen de su constitución interviene más una especie de precipitación, en una forma modelada sobre el yo (α), de los distintos objetos parciales, que una feliz síntesis de éstos.

Entre el objeto de la elección anaclítica*, en el que la sexualidad se esfuma en beneficio de las funciones de autoconservación, y el objeto de la elección narcisista*, especie de duplicado del yo, entre «la madre que alimenta, el padre que protege» y «lo que se es, lo que se ha sido o lo que se quisiera ser», un texto como *Introducción al narcisismo* (*Zur Einführung des Narzissmus*, 1914) hace difícil establecer la posición específica del objeto de amor.

III. Por último, la teoría psicoanalítica alude también a la noción de objeto en su sentido filosófico tradicional, es decir, asociada a un sujeto que percibe y conoce. Es evidente que se plantea el problema de la articulación entre el objeto así concebido y el objeto sexual. Si se concibe una evolución del objeto pulsional, y *a fortiori* si se considera que ésta desemboca en la constitución de un objeto de amor genital, definido por su riqueza, su autonomía, su carácter de totalidad, necesariamente se relacionará con la edificación progresiva del objeto de la percepción: la «objetalidad» y la objetividad no carecen de relaciones. Más de un autor se ha impuesto la tarea de armonizar las concepciones psicoanalíticas acerca de la evolución de las relaciones de objeto con los datos de una psicología genética del conocimiento, e incluso de esbozar una «teoría psicoanalítica del conocimiento». (*Acerca de las indicaciones dadas por Freud, véase:* Yo-placer — yo-realidad; Prueba de realidad.)

(α) En el narcisismo, el mismo yo se define como *objeto* de amor; incluso puede considerarse como el prototipo del objeto de amor, según ilustra especialmente la elección narcisista. Sin embargo, en el mismo texto en que Freud enuncia esta

teoría, introduce la distinción, que se ha hecho clásica: libido del yo - libido de objeto*; objeto, en esta expresión, se toma en el sentido limitativo de objeto exterior.

OBJETO «BUENO», OBJETO «MALO»

= *Al.:* «gutes» Objekt, «böses» Objekt. — *Fr.:* «bon» objet, «mauvais» objet. — *Ing.:* «good» object, «bad» object. — *It.:* oggetto «buono», oggetto «cattivo». — *Por.:* objeto «bom», objeto «mau».

Términos introducidos por Melanie Klein para designar los primeros objetos pulsionales, parciales o totales, tal como aparecen en la vida de fantasía del niño. Las cualidades de «bueno» y de «malo» se les atribuyen, no solamente por su carácter gratificador o frustrante, sino sobre todo porque sobre ellos se proyectan las pulsiones libidinales o destructoras del sujeto. Según M. Klein, el objeto parcial (pecho, pene) se halla escindido en un objeto «bueno» y un objeto «malo», constituyendo esta escisión el primer modo de defensa contra la angustia. El objeto total será igualmente escindido (madre «buena» y madre «mala», etc.).

Los objetos «buenos» y «malos» se hallan sometidos a los procesos de introyección* y de proyección*.

La dialéctica de los objetos «buenos» y «malos» ocupa un lugar central en la teoría psicoanalítica de M. Klein, deducida del análisis de las fantasías más arcaicas.

No pretendemos exponer aquí toda esta complicada dialéctica; nos limitaremos a señalar algunas características principales de los conceptos objeto «bueno» y «malo» y a aclarar ciertas ambigüedades.

1) Las comillas que a menudo se encuentran en los trabajos de M. Klein tienen por objeto subrayar el carácter fantaseado de las cualidades del objeto «bueno» y objeto «malo».

Se trata, en efecto, de «imagos» o «[...] imágenes, deformadas por la fantasía, de los objetos reales en los cuales se basan» (1). Esta deformación resulta de dos factores: por una parte, la gratificación por el pecho hace de éste un pecho «bueno», y a la inversa, la imagen de un pecho «malo» se forma correlativamente a la retirada o al rechazo del pecho. Por otra parte, el niño proyecta su amor sobre el pecho gratificador y, especialmente, su agresividad sobre el pecho malo. Aunque estos dos factores constituyen un círculo vicioso («el pecho me odia y me priva porque yo lo odio, y recíprocamente») (2), M. Klein insiste sobre todo en el factor proyectivo.

2) En el origen de la dialéctica entre objetos buenos y malos se hallaría la dualidad de las pulsiones de vida* y de muerte*, tal como Melanie Klein la ve actuar en su carácter irreductible desde el origen de la existencia del individuo. Según M. Klein, es precisamente al principio de la vida cuando el sadismo se halla en su «cenit», y el equilibrio entre libido y destructividad estaría entonces más bien desviado a favor de esta última.

3) En la medida que, desde el origen, se hallan presentes los dos tipos de pulsiones y se dirigen sobre un mismo objeto real (el pecho), puede hablarse de ambivalencia*. Pero la ambivalencia, que es ansiógena para el niño, es contrarrestada desde un principio por el mecanismo de *escisión del objeto** y de los afectos relativos al mismo.

4) El carácter fantaseado de estos objetos no debe hacer perder de vista el hecho de que son tratados como si ofrecieran una consistencia *real* (en el sentido en que habla Freud de *realidad* psíquica). M. Klein los describe como contenidos en el «interior» de la madre; define su introyección y su proyección como operaciones que actúan, no sobre las cualidades buenas o malas, sino sobre los objetos, que implican de modo inseparable esas cualidades. Es más, el *objeto*, bueno o malo, se halla dotado, en la fantasía, de poderes similares a los de una persona («pecho malo perseguidor», «pecho bueno protector», ataque del cuerpo materno por los objetos malos, lucha entre los objetos buenos y malos dentro del cuerpo, etc.).

El pecho es el primer objeto así escindido. Todos los objetos parciales experimentan una escisión análoga (pene, heces, niño, etc.). Del mismo modo los objetos totales, cuando el niño es capaz de aprehenderlos. «El pecho bueno (externo e interno) se convierte en el prototipo de todos los objetos protectores y gratificadores, y el pecho malo en el de todos los objetos perseguidores externos e internos» (3).

Observemos finalmente que la concepción kleiniana de la escisión del objeto en «bueno» y «malo» debe relacionarse con algunas indicaciones dadas por Freud, especialmente en *Las pulsiones y sus destinos* (1915) y *La negación* (1925). (*Véase:* Yo-placer, yo-realidad.)

OBJETO PARCIAL

= *Al.:* Partialobjekt. — *Fr.:* objet partiel. — *Ing.:* part-object. — *It.:* oggetto parziale. — *Por.:* objeto parcial.

Tipo de objetos a los que apuntan las pulsiones parciales, sin que esto implique que se tome como objeto de amor a una persona en su conjunto. Se trata principalmente de partes del cuerpo, reales o fantasmáticas (pecho, heces, pene) y de sus equivalentes simbólicos. Incluso una persona puede identificarse o ser identificada con un objeto parcial.

Los psicoanalistas kleinianos han introducido este término atribuyéndole un papel primordial en la teoría psicoanalítica de la relación de objeto.

Pero la idea de que el objeto de la pulsión no es necesariamente la persona total ya se encuentra, de modo explícito, presente en Freud. Sin duda, cuando Freud habla de elección de objeto, de amor de objeto, se refiere por lo general a una persona total, pero cuando estudia el objeto al que apuntan las pulsiones parciales, se trata ciertamente de un objeto parcial (pecho, alimento, heces, etc.) (1). Es más, Freud puso en evidencia las equivalencias y las relaciones que se establecen entre diversos objetos parciales (niño = pene = heces = dinero = regalo), especialmente en el artículo *Sobre las transposiciones de las pulsiones y especialmente del erotismo anal* (*Über Triebumsetzungen, insbesondere der Analerotik*, 1917). Asimismo indica cómo la mujer pasa del deseo del

pene al deseo del hombre, con la posibilidad de una «regresión pasajera del hombre al pene, como objeto de su deseo» (2). Finalmente, en el terreno de la sintomatología, el fetichismo atestigua la posible fijación de la pulsión sexual a un objeto parcial: ya es sabido que Freud define el fetiche como un substitutivo del pene de la madre (3).

En cuanto a la idea, ya clásica, de la identificación de una persona total con un objeto parcial, especialmente con el falo (4, 5), la encontramos episódicamente indicada por Freud (*véase:* Falo).

Con Karl Abraham pasa a primer plano, en la evolución de las relaciones de objeto, la oposición parcial-total. Dentro de la perspectiva, fundamentalmente genética, de este autor, existe una correspondencia entre la evolución del objeto y la de los fines libidinales que caracterizan las diferentes fases psicosexuales (6). El amor parcial de objeto constituye una de las etapas del «desarrollo del amor de objeto».

Los trabajos de Melanie Klein se sitúan en el camino abierto por Abraham. La noción de objeto parcial se halla en el centro de la reconstrucción que ella efectúa del mundo fantaseado del niño. Sin pretender resumir aquí esta teoría, indicaremos simplemente los pares antitéticos entre los cuales se establece la dialéctica de las fantasías: objeto* bueno - objeto malo; introyección*-proyección*; parcial-total (*véanse estos términos*, así como: Posición paranoide y Posición depresiva).

De todos modos, se observará que, para Abraham, la evolución de la relación de objeto no debe interpretarse únicamente en el sentido de un progreso de lo parcial a lo total; dicho autor la concibe de un modo mucho más complejo. Así, por ejemplo, la misma fase de amor parcial va precedida por un tipo de relaciones que implican una incorporación total del objeto.

El objeto parcial (aunque este término parece no figurar en los escritos de Abraham) es sobre todo lo que se somete al proceso de incorporación.

Con Melanie Klein, en la expresión «objeto parcial», el término *objeto* adquiere todo el valor que le ha otorgado el psiconaálisis: aunque parcial, el objeto (pecho u otra parte del cuerpo) posee en la fantasía caracteres similares a los de una persona (por ejemplo, persecutorio, asegurador, benévolo, etc.).

Señalemos, por último, que, para los kleinianos, la relación con los objetos parciales no califica únicamente una fase de la evolución psicosexual (posición paranoide), sino que sigue desempeñando un importante papel cuando ya se ha establecido la relación con los objetos totales. Jacques Lacan insiste igualmente sobre este punto. Pero, en este autor, el aspecto propiamente genético del objeto parcial pasa a segundo plano. Lacan ha intentado dar al objeto un lugar privilegiado en una *tópica* del deseo (7).

OBJETO TRANSICIONAL

= *Al.:* Übergangsobjekt. — *Fr.:* objet transitionnel. — *Ing.:* transitional object. — *It.:* oggetto transizionale. — *Por.:* objeto transicional.

Término introducido por D. W. Winnicott para designar un objeto material que posee un valor electivo para el lactante y el niño pequeño, especialmente en el momento de dormirse (por ejemplo, un ángulo del cubrecama, una toalla que chupetea).

El recurrir a objetos de este tipo constituye, según el autor, un fenómeno normal que permite al niño efectuar la transición entre la primera relación oral con la madre y la «verdadera relación de objeto».

Lo esencial de las ideas de Winnicott acerca del objeto transicional se encuentra en un artículo titulado *Objetos transicionales y fenómenos transicionales* (*Transitional Objects and Transitional Phenomena*, 1953).

1.° En el plano de la descripción clínica, el autor pone de manifiesto un comportamiento frecuentemente observado en el niño y lo denomina relación con el objeto transicional.

Es frecuente ver al niño, entre los cuatro y doce meses, aficionarse a un objeto particular, como un pedazo de lana, el ángulo de un cubrecama o de un edredón, etc., que chupa, aprieta contra sí mismo y se muestra indispensable sobre todo en el momento de dormirse. Este «objeto transicional» conserva su valor durante mucho tiempo, antes de perderlo progresivamente; también puede reaparecer más tarde, sobre todo cuando se aproxima una fase de depresión.

Winnicott clasifica dentro de este grupo ciertos gestos y diversas actividades bucales (por ejemplo, gorjeos) que denomina *fenómenos transicionales.*

2.° Desde el punto de vista genético, el objeto transicional se sitúa «entre el pulgar y el oso felpudo» (1 *a*). En efecto, si bien constituye «una parte casi inseparable del niño» (1 *b*), diferenciándose así del futuro juguete, es también la primera «posesión de algo que es no yo» (*not-me-possession*).

Desde el punto de vista libidinal, la actividad sigue siendo de tipo oral. Lo que varía es la posición del objeto. En la primera actividad oral (relación con el pecho) existe lo que Winnicott denomina una «creatividad primaria»: «Este pecho es constantemente recreado por el niño en virtud de su capacidad de amor o, por así decirlo, en virtud de su necesidad [...]. La madre sitúa el pecho real en el lugar mismo en que el niño está dispuesto a crearlo y en el momento adecuado» (1 *c*). Más tarde funcionará la prueba de realidad*. Entre estos dos tiempos se sitúa la relación con el objeto transicional, que se halla a mitad de camino entre lo subjetivo y lo objetivo: «Desde nuestro punto de vista, el objeto viene del exterior: pero el niño no lo concibe así. Tampoco viene del interior: no es una alucinación» (1 *d*).

3.° El objeto transicional, si bien constituye un momento de paso hacia la percepción de un objeto netamente diferenciado del sujeto y hacia una «relación de objeto propiamente dicha», no ve, sin embargo, su función totalmente abolida al continuar el desarrollo del individuo. «El objeto transicional y el fenómeno transicional proporcionan, desde un principio, a todo ser humano algo que seguirá siendo siempre importante para él, a saber, un campo neutro de experiencia que no será puesto en duda» (1 *e*). Pertenecen, según Winnicott, al terreno de la *ilusión:* «Este campo intermedio de experiencia, del cual no necesita justificar la per-

tenencia a la realidad interior ni a la realidad exterior (y compartida), constituye la parte más importante de la experiencia del niño. Se prolongará, a lo largo de toda la vida, en la experiencia intensa que corresponde a la esfera de las artes, de la religión, de la vida imaginativa, de la creación científica» (1 *f*).

ORGANIZACIÓN DE LA LIBIDO

= *Al.:* Organisation der Libido. — *Fr.:* organisation de la libido. — *Ing.:* organization of the libido. — *It.:* organizzazione della libido. — *Por.:* organização da libido.

Coordinación relativa de las pulsiones parciales, caracterizadas por la primacía de una zona erógena y un modo específico de relación de objeto. Consideradas en una sucesión temporal, las organizaciones de la libido definen fases de la evolución psicosexual infantil.

La evolución de los puntos de vista de Freud acerca de la organización de la libido puede concebirse del siguiente modo: en la primera edición de los *Tres ensayos sobre la teoría sexual* (*Drei Abhandlungen zur Sexualtheorie,* 1905), se describen las actividades orales o anales como actividades sexuales precoces, pero sin mencionar a este respecto una organización; el niño no sale de la anarquía de las pulsiones parciales hasta haber conseguido la primacía de la zona genital. Si bien la idea central de los *Tres ensayos* es ciertamente la de señalar la existencia de una función sexual más amplia que la función genital, ésta posee el privilegio de ser la única capaz de *organizar* aquélla. Esquematizando las modificaciones aportadas por la pubertad, Freud escribe en 1905: «La pulsión sexual ha sido hasta aquí predominantemente autoerótica; ahora encuentra el objeto sexual. Hasta este momento su actividad provenía de cierto número de pulsiones y de zonas erógenas separadas, que, independientemente unas de otras, buscaban un placer determinado como único fin sexual. Ahora aparece un nuevo fin sexual, y todas las pulsiones parciales actúan en conjunto para alcanzarlo, mientras que las zonas erógenas se subordinan a la primacía de la zona genital» (1 *a*). Se observará que, en aquellas fechas, Freud no hablaba de organización pregenital y que, en definitiva, lo que permite la coordinación de las pulsiones es el descubrimiento del objeto.

También por parte del objeto Freud descubre a continuación un modo de organización de la sexualidad que él intercala entre el estado desorganizado de las pulsiones (autoerotismo) y la plena elección de objeto: el narcisismo*. El objeto es entonces el yo* como unidad.

En 1913, en el artículo sobre *La predisposición a la neurosis obsesiva (Die Disposition zur Zwangsneurose),* Freud introduce el concepto de organización pregenital: aquí la unificación de las pulsiones se encuentra en el predominio de una actividad sexual ligada a una zona erógena determinada. Describe primeramente la organización anal (1913, artículo citado), luego la oral (edición de 1915 de los *Tres ensayos*) (1 *b*) y finalmente, la fálica (en 1923, en *La organización genital infantil* [*Die infantile Genitalorganisation*]). Señalemos, no obstante, que, tras haber descrito estas tres organizaciones, Freud reafirmará que «[...] la plena organización no se alcanza hasta la pubertad, en una cuarta fase, la fase genital» (2).

Al intentar definir los modos de organización pregenitales de la sexualidad, Freud siguió dos caminos entre los cuales no puede establecerse una rigurosa correspondencia. Según uno de estos caminos, la función de organizador la cumple el *objeto:* los distintos modos de organización se suceden entonces según una serie que va desde el autoerotismo al objeto heterosexual, pasando por el narcisismo y la elección objetal homosexual; según el otro camino, cada organización se centra sobre un *modo específico de actividad sexual* que depende de una zona erógena determinada.

Desde esta segunda perspectiva, ¿cómo comprender esta primacía de una zona erógena y de la actividad correspondiente a ella?

A nivel de la organización oral, la primacía de la actividad (oral) puede entenderse en el sentido de una relación casi exclusiva con el medio ambiente. Pero ¿ocurre lo mismo en cuanto a las organizaciones ulteriores, que no suprimen el funcionamiento de las actividades no predominantes? ¿Qué significa, por ejemplo, hablar de una primacía de la analidad? Ésta no puede entenderse como una suspensión, ni siquiera como el paso a segundo plano, de toda la sexualidad oral; de hecho, ésta se ecuentra integrada a la organización anal, y los intercambios orales se impregnan de las significaciones ligadas a la actividad anal.

P

PANTALLA DEL SUEÑO

= *Al.:* Traumhintergrund. — *Fr.:* écran du rêve. — *Ing.:* dream screen. — *It.:* schermo del sogno. — *Por.:* tela do sonho.

Concepto introducido por B. D. Lewin (1): todo sueño se proyectaría sobre una pantalla blanca, generalmente inadvertida por el que sueña, y que simbolizaría el pecho materno tal como lo experimenta de una forma alucinada el niño en el sueño que sigue a la toma de alimento; la pantalla satisfaría el deseo de dormir. En algunos sueños ***(sueño blanco)*****, aparecería sola, realizando una regresión al narcisismo primario.**

PAR ANTITÉTICO

= *Al.:* Gegensatzpaar. — *Fr.:* couple d'opposés. — *Ing.:* pair of opposites. — *It.:* coppia d'opposti. — *Por.:* par antitético.

Término frecuentemente utilizado por Freud para designar algunas grandes oposiciones básicas, ora al nivel de las manifestaciones psicológicas o psicopatológicas (por ejemplo: sadismo-masoquismo, voyeurismo-exhibicionismo), ora al nivel metapsicológico (por ejemplo: pulsiones de vida — pulsiones de muerte).

Este término aparece en los *Tres ensayos sobre la teoría de la sexualidad* (*Drei Abhandlungen zur Sexualtheorie*, 1905) con el fin de poner en evidencia un carácter fundamental de algunas perversiones: «Comprobamos que ciertas inclinaciones perversas se presentan regularmente en forma de *pares antitéticos*, lo que [...] reviste una gran importancia teórica» (1 *a*). Así, por ejemplo, el estudio del sadismo muestra la presencia, junto con las tendencias sádicas, que son las que predominan, de un placer masoquista; asimismo el voyeurismo y el exhibicionismo se hallan íntimamente acoplados, como formas activa y pasiva de la misma pulsión parcial*. Estos pares antitéticos, aunque son particularmente visibles en las perversiones, se encuentran de modo regular en el psicoanálisis de las neurosis (1 *b*).

Aparte de estos datos clínicos, el concepto de par antitético forma parte de una exigencia constante en el pensamiento de Freud: un dualismo fundamental que permitiría, en un último análisis, explicar el conflicto.

En las diversas etapas de la evolución de la doctrina freudiana, y cualquiera que sea la forma que adopte este dualismo, encontramos términos tales como: par antitético, oposición *(Gegensätzlichkeit)*, polaridad *(Polarität)* (2), etc. Este concepto lo hallamos, no sólo al nivel descriptivo, sino también a diversos niveles de teorización: en las tres oposiciones que caracterizan las posiciones libidinales sucesivas del sujeto, activo-pasivo, fálico-castrado y masculino-femenino, en el concepto de ambivalencia*, en el par placer-displacer y, de un modo más radical, a nivel del dualismo pulsional (amor y hambre, pulsiones de vida y pulsiones de muerte).

Se observará que los términos así emparejados pertenecen a un mismo nivel y son irreductibles entre sí; no pueden engendrarse mutuamente por una dialéctica, sino que se hallan en el origen de todo conflicto y constituyen el motor de toda dialéctica.

PARAFRENIA

= *Al.:* Paraphrenie. — *Fr.:* paraphrénie. — *Ing.:* paraphrenia. — *It.:* parafrenia. — *Por.:* parafrenia.

A) Término propuesto por Kraepelin para designar psicosis delirantes crónicas que, como la paranoia, no se acompañan de debilitación intelectual ni evolucionan hacia la demencia, pero se asemejan a la esquizofrenia por sus construcciones delirantes ricas y mal sistematizadas, a base de alucinaciones y fabulaciones.

B) Término propuesto por Freud para designar, sea la esquizofrenia («parafrenia propiamente dicha»), sea el grupo paranoia-esquizofrenia.

En la actualidad, la acepción de Kraepelin ha prevalecido totalmente sobre la propuesta por Freud.

Kraepelin propuso el término «parafrenia» antes que Freud (entre 1900 y 1907). En cuanto a su concepción nosológica, hoy ya clásica, de la parafrenia, remitimos al lector a los manuales de psiquiatría.

Freud intentó utilizar el término en un sentido totalmente distinto. Consideraba inadecuado el término «demencia precoz», como también el de esquizofrenia*. Creía preferible utilizar el nombre de *parafrenia*, que no implica las mismas opciones en cuanto al mecanismo profundo de la enfermedad; por otra parte, *para*frenia se asemeja a *para*noia, subrayando así el parentesco existente entre ambas afecciones (1).

Más tarde, en *Introducción al narcisismo* (*Zur Einführung des Narzissmus*, 1914), Freud vuelve a utilizar el término parafrenia en un sentido más general, para designar el grupo paranoia-esquizofrenia, si bien sigue designando la esquizofrenia como «parafrenia propiamente dicha» *(eigentliche Paraphrenie)* (2).

Freud renunció rápidamente a su sugerencia terminológica, sin duda ante el éxito del término bleuleriano de esquizofrenia.

PARANOIA

= *Al.:* Paranoia. — *Fr.:* paranoïa. — *Ing.:* paranoia. — *It.:* paranoia. — *Por.:* paranóia.

Psicosis crónica caracterizada por un delirio más o menos sistematizado, el predominio de la interpretación, la ausencia de debilitación intelectual, y que generalmente no evoluciona hacia la deterioración.

Freud incluye en la paranoia no sólo el delirio de persecución, sino también la erotomanía, el delirio celotípico y el delirio de grandezas.

El término «paranoia» es una palabra griega que significa locura, desorden del espíritu. Su empleo en psiquiatría es muy antiguo. La complicada historia de esta palabra se ha descrito a menudo en los tratados de psiquiatría, a los que nos permitimos remitir al lector (1). Es sabido que la paranoia, que en la psiquiatría alemana del siglo XIX tendía a englobar el conjunto de los delirios, experimentó una mayor precisión y limitación de su extensión durante el siglo XX, principalmente por la influencia de Kraepelin. Sin embargo, todavía hoy persisten divergencias entre las distintas escuelas en cuanto a la extensión de este cuadro nosográfico.

No parece que el psicoanálisis haya ejercido una influencia directa en esta evolución; pero ejerció una influencia indirecta, en la medida en que contribuyó, por intermedio de Bleuler, a definir el campo limítrofe de la esquizofrenia.

Para el lector de Freud puede resultar útil ver cómo se inserta en esta evolución el empleo freudiano de la palabra *paranoia.* En sus cartas a Fliess y en sus primeros trabajos publicados, Freud parece mantenerse dentro de la acepción prekraepeliana y considerar la paranoia como una entidad muy extensa que agrupa la mayoría de los delirios crónicos. En sus escritos publicados a partir de 1911, adopta la gran distinción de Kraepelin entre paranoia y demencia precoz: «Considero plenamente justificado el paso dado por Kraepelin, que ha reunido en una nueva unidad clínica, con la catatonia y otras formas patológicas, una gran parte de lo que anteriormente se denominaba paranoia» (2 *a*). Ya es sabido que Kraepelin reconocía, junto a las formas hebefrénica y catatónica de la demencia precoz, una forma paranoide en la que existe un delirio, aunque poco sistematizado, que se acompaña de inafectividad y que evoluciona hacia la demencia terminal. Freud, al adoptar esta terminología, se verá inducido a modificar, en uno de sus primeros escritos, un diagnóstico de «paranoia crónica» en *dementia paranoides* (3).

Freud, en concordancia con Kraepelin, mantuvo siempre como independiente del grupo de las demencias precoces, el conjunto de los delirios sistematizados, reuniéndolos bajo la denominación de paranoia: engloba en ella no sólo el delirio de persecución, sino también la erotomanía, el delirio celotípico y el delirio de grandezas. Su posición difiere claramente de la de su discípulo Bleuler, que incluye la paranoia en el grupo de las esquizofrenias, por encontrar en ella el mismo trastorno fundamental y primario: la «disociación» (4) (*véase:* Esquizofrenia).

Esta última tendencia prevalece sobre todo en la escuela psiquiátrica americana de inspiración psicoanalítica.

La posición de Freud presenta algunos matices. Si bien en varias ocasiones intentó diferenciar la paranoia de la esquizofrenia, en lo referente a los puntos de fijación y a los mecanismos que intervienen, también admite que «[...] los síntomas paranoicos y esquizofrénicos se pueden asociar en todas las proporciones» (2 *b*), y ofrece una explicación genética de tales estructuras complejas. Si tomamos como referencia la distinción introducida por Kraepelin, la posición de Freud aparece como opuesta a la de Bleuler. Kraepelin distingue claramente la paranoia, por una parte, y la forma paranoide de la demencia precoz, por otra; Bleuler incluye la paranoia en la demencia precoz o grupo de las esquizofrenias; Freud, por su parte, incluiría en la paranoia algunas formas llamadas paranoides de la demencia precoz, especialmente por considerar que la «sistematización» del delirio no constituye un buen criterio para definir la paranoia. Como indica claramente el estudio del *Caso Schreber* (e incluso su título), la «demencia paranoide» del presidente Schreber para Freud es esencialmente una «paranoia».

No aspiramos a exponer aquí una teoría freudiana de la paranoia. Indicaremos solamente que la paranoia se define, en sus distintas modalidades delirantes, por su carácter de defensa contra la homosexualidad (2 *c*, 5, 6). Cuando predomina este mecanismo en un delirio llamado paranoide, esto constituye para Freud una razón suficiente para relacionarlo con la paranoia, incluso en ausencia de «sistematización».

Aunque elaborada sobre bases bastante distintas, la posición de Melanie Klein entronca con esta tendencia de Freud a hallar un fundamento común para la esquizofrenia paranoide y la paranoia. Ello explica, en parte, la aparente ambigüedad del término «posición paranoide»*. La posición paranoide se centra en el fantasma de persecución por los «objetos malos» parciales, y M. Klein encuentra esta misma fantasía en los delirios, tanto paranoides como paranoicos.

PARANOIDE

= *Al.:* paranoide. — *Fr.:* paranoïde. — *Ing.:* paranoid. — *It.:* paranoide. — *Por.:* paranóide.

Véase: **Posición paranoide** y el comentario de **Paranoia**.

PENSAMIENTOS (LATENTES) DEL SUEÑO

= *Al.:* (latente) Traumgedanken. — *Fr.:* pensées (latentes) du rêve. — *Ing.:* (latent) dream-thoughts. — *It.:* pensieri (latenti) del sogno. — *Por.:* pensamentos (latentes) do sonho.

Véase: **Contenido latente.**

sino de la historia personal, todo ello no impide que el concepto mismo de desarrollo suponga una norma.

¿Equivale esto a decir que Freud vuelve a encontrar, al fundarla en bases genéticas, la concepción normativa de la sexualidad que pone vigorosamente en tela de juicio al principio de sus *Tres ensayos sobre la teoría sexual* (*Drei Abhandlungen zur Sexualtheorie*, 1905)? ¿Clasifica como perversiones lo que desde siempre se ha reconocido como tales?

Ante todo, hagamos observar que si existe una norma para Freud, ésta no se busca jamás en el consenso social, como tampoco se reduce la perversión a una desviación con respecto a la tendencia central del grupo social: la homosexualidad no es anormal porque sea condenada, y no deja de ser una perversión en aquellas sociedades o grupos en que se encuentra muy extendida y admitida.

¿Es, entonces, el establecimiento de la organización genital el que instaura la normalidad, en la medida en que unifica la sexualidad y subordina al acto genital las actividades sexuales parciales que se convierten en simples preparativos? Ésta es la tesis explícita de los *Tres ensayos*, tesis que ya no será nunca totalmente abandonada, ni siquiera cuando el descubrimiento de las «organizaciones»* pregenitales sucesivas venga a disminuir la distancia existente entre la sexualidad infantil y la adulta; en efecto, la «[...] plena organización sólo se alcanza con la fase genital» (3 *a*).

Es lícito, sin embargo, preguntarse si es solamente su carácter unificador, su valor de «totalidad», en contraposición a las pulsiones «parciales», lo que confiere a la genitalidad su papel normativo. Numerosas perversiones, como el fetichismo, la mayoría de las formas de homosexualidad, e incluso el incesto consumado, suponen, en efecto, una organización bajo la primacía de la zona genital. ¿No indica esto que la norma debe buscarse en algo aparte del funcionamiento genital propiamente dicho? Conviene recordar que el paso a la plena organización genital supone, según Freud, la superación del complejo de Edipo, la asunción del complejo de castración y la aceptación de la prohibición del incesto. Por lo demás, las últimas investigaciones de Freud sobre la perversión muestran cómo el fetichismo va ligado a la *renegación de la castración*.

5. Ya son conocidas las famosas fórmulas que relacionan y contraponen a la vez la perversión y la neurosis: «La neurosis es una perversión negativa», es el «negativo de la perversión» (2 *f*). Estas fórmulas se expresan con demasiada frecuencia en su forma inversa (*perversión, negativo de la neurosis*), que hace de la perversión la manifestación en bruto, no reprimida, de la sexualidad infantil. Sin embargo, las investigaciones de Freud y de los psicoanalistas acerca de las perversiones muestran que éstas constituyen afecciones altamente diferenciadas. Freud las contrapone, con frecuencia, a las neurosis por la ausencia del mecanismo de la represión. Pero él se dedicó a mostrar que intervienen otros modos de defensa. Sus últimos trabajos, especialmente sobre el fetichismo (3 *b*, 4), subrayan la complejidad de tales mecanismos: *renegación* de la realidad, escisión* (*Spaltung*) del yo, etc., mecanismos que guardan cierta similitud con los de la psicosis.

(*a*) Se ha hecho observar la ambigüedad del adjetivo «perverso», que corresponde a los dos substantivos «perversidad» y «perversión».

PHANTASME

= *Ing.*: Phantasy.

Grafía propuesta por Suzan Isaacs y adoptada por diversos autores y traductores para designar la fantasía inconsciente y señalar su diferencia con la fantasía consciente (*véase: comentario de* Fantasía).

PLACER DE ÓRGANO

= *Al.*: Organlust. — *Fr.*: plaisir d'organe. — *Ing.*: organ-pleasure. — *It.*: piacere d'organo. — *Por.*: prazer de órgão.

Modalidad de placer que caracteriza la satisfacción autoerótica de las pulsiones parciales: la excitación de una zona erógen se apacigua en el lugar mismo en que se produce, independientemente de la satisfacción de las otras zonas y sin relación directa con la realización de una función.

El término «placer de órgano» es utilizado por Freud en varias ocasiones; no parece constituir una innovación terminológica por su parte; el término sugiere una oposición con aquel otro, más corriente, de placer de función o placer funcional, que designa la satisfacción ligada a la realización de una función vital (por ejemplo, placer de la alimentación).

El término «placer de órgano» es utilizado por Freud sobre todo cuando intenta profundizar en sus hipótesis relativas al origen y a la naturaleza de la sexualidad*, en el sentido dado a ésta por el psicoanálisis, que la amplía mucho más allá de la función genital. El momento de aparición de la sexualidad se busca en la fase llamada autoerótica*, caracterizada por un funcionamiento independiente de cada pulsión parcial.

En el lactante, el placer propiamente sexual se separa de la función en la que primeramente se *apoyaba* (*véase:* Apoyo) y de la que era el «producto marginal» (*Nebenprodukt*), para ser buscado por sí mismo: así, por ejemplo, el chupeteo intenta aliviar una tensión de la zona erógena buco-labial aparte de toda necesidad alimentaria.

En la noción de placer de órgano se condensan los rasgos que, según Freud, definen esencialmente la sexualidad infantil: «[...] aparece *apoyándose* en una función corporal de importancia vital; todavía no conoce objeto sexual: es *autoerótica;* su meta sexual viene gobernada por una zona erógena» (1).

En las *Lecciones de introducción al psicoanálisis* (*Vorlesungen zur Einführung in die Psychoanalyse*, 1916-1917), Freud se interroga ampliamente sobre la posibilidad de definir la esencia misma de la sexualidad a través de aquellas manifestaciones acerca de las cuales el psicoanálisis ha mostrado su parentesco y continuidad con el placer genital. La definición de estas manifestaciones como «placer de órgano» Freud la presenta como una tentativa de sus interlocutores científicos de definir fi-

siológicamente los placeres infantiles que aquél designa como sexuales. Freud, en este pasaje, critica dicha definición, por cuanto conduciría a negar o limitar el descubrimiento de la sexualidad infantil. Pero, aunque se opone a esta utilización polémica del concepto, la hará suya de buen grado en cuanto hace recaer el acento sobre la originalidad del placer sexual infantil en relación con el placer ligado a las funciones de autoconservación. Así, en *Las pulsiones y sus destinos* (*Triebe und Triebschicksale*, 1915) escribe: «De un modo general, las pulsiones sexuales pueden definirse como sigue: son numerosas, nacen de fuentes orgánicas diversas, actúan en un principio independientemente unas de otras y sólo se reúnen tardíamente en una síntesis más o menos completa. El fin al cual tiende cada una de ellas es la obtención del placer de órgano» (2).

PLASTICIDAD DE LA LIBIDO

= *Al.*: Plastizität der Libido. — *Fr.*: plasticité de la libido. — *Ing.*: plasticity of the libido. — *It.*: plasticità della libido. — *Por.*: plasticidade da libido.

Capacidad de la libido de cambiar más o menos fácilmente de objeto y de modo de satisfacción.

La plasticidad (o libre movilidad, *freie Beweglichkeit*) puede considerarse como una propiedad inversa de la *viscosidad**. Remitimos al lector a nuestro comentario sobre este último término, que se encuentra más a menudo que el de plasticidad en los textos de Freud.

La expresión «plasticidad de la libido» ilustra la idea, fundamental en psicoanálisis, de que la libido es en un principio relativamente indeterminada en cuanto a sus objetos* y siempre es susceptible de cambiarlos.

Plasticidad igualmente en cuanto al fin*: la falta de satisfacción de una determinada pulsión parcial se ve compensada por la satisfacción de otra o por una sublimación. Las pulsiones sexuales «[...] pueden reemplazarse recíprocamente, una puede asumir la intensidad de las otras; cuando la realidad impide la satisfacción de una de ellas, se puede encontrar una compensación en la satisfacción de otra. Podrían compararse a una red de vasos comunicantes llenos de líquido [...]» (1).

La plasticidad varía según el individuo, su edad, su historia. Constituye un factor importante en la indicación y pronóstico de la cura psicoanalítica, puesto que la capacidad de cambio dependería principalmente, según Freud, de la capacidad de modificar las catexis libidinales.

POSICIÓN DEPRESIVA

= *Al.*: depressive Einstellung. — *Fr.*: position dépressive. — *Ing.*: depressive position. — *It.*: posizione depressiva. — *Por.*: posição depressiva.

Según Melanie Klein: tipo de relaciones de objeto consecutivo a la posición paranoide; comienza alrededor del cuarto mes y se supera progresivamente en el curso

del primer año, aun cuando pueda encontrarse también en el curso de toda la infancia y reactivarse en el adulto, especialmente en el duelo y en los estados depresivos.

Se caracteriza por los siguientes rasgos: el niño es, en lo sucesivo, capaz de aprehender a la madre como objeto total; se atenúa la escisión entre objeto «bueno» y «malo», las pulsiones libidinales y hostiles tienden a relacionarse con el mismo objeto; la angustia llamada depresiva se refiere al peligro fantaseado de destruir y perder a la madre a consecuencia del sadismo del sujeto; esta angustia es combatida mediante diversos modos de defensa (defensas maníacas o defensas más adecuadas: reparación, inhibición de la agresividad) y se supera cuando el objeto amado es introyectado en forma estable y aseguradora.

En cuanto a la elección del término «posición» por M. Klein, remitimos al lector a nuestro comentario: Posición paranoide.

La teoría kleiniana de la posición depresiva se sitúa en la línea de los trabajos de Freud, *Duelo y melancolía* (*Trauer und Melancholie*, 1915), y de Abraham, *Ensayo de una historia de la evolución de la libido basada en el psicoanálisis de los trastornos psíquicos* (*Versuch einer Entwicklungsgeschichte der Libido auf Grund der Psychoanalyse seelischer Störungen*), 1924, I parte, titulada *Los estados maníaco-depresivos y las fases pregenitales de organización de la libido* (*Die manisch-depressiven Zustände und die prägenitalen Organisationsstufen der Libido*). Estos autores han situado en primer plano, en la depresión melancólica, los conceptos de pérdida del objeto amado y de introyección, y han buscado para explicarla puntos de fijación en el desarrollo psicosexual (segunda fase oral según Abraham); por último, han subrayado el parentesco existente entre la depresión y procesos normales como el duelo.

La primera originalidad de la aportación kleiniana consiste, a este respecto, en describir una fase del desarrollo infantil como mostrando una profunda analogía con el cuadro clínico de la depresión.

El concepto de posición depresiva fue introducido por M. Klein en 1934 en *Contribución a la psicogénesis de los estados maníaco-depresivos* (*A Contribution to the psychogenesis of Manic-Depressive States*) (1). Con anterioridad, Melanie Klein ya había llamado la atención acerca de la frecuencia de los síntomas depresivos en el niño: «[...] en los niños se observa regularmente la transición de la exuberancia al abatimiento, que es característico de los estados depresivos» (2). La exposición más sistemática que dio la autora de la posición depresiva se encontrará en las *Conclusiones teóricas relativas a la vida emocional en la primera infancia* (*Some Theoretical Conclusions regarding the Emotional Life of the Infant*, 1952) (3 *a*).

La posición depresiva se instaura después de la posición paranoide, hacia la mitad del primer año. Es correlativa de una serie de cambios que afectan, por una parte, al objeto y al yo, y, por otra, a las pulsiones.

1) La persona total de la madre puede ser percibida, tomada como objeto pulsional e introyectada. Los aspectos «bueno» y «malo» ya no se encuentran radicalmente repartidos entre objetos separados por una escisión, sino que son referidos al mismo objeto. Asimismo se reduce la separación entre el objeto fantasmático interno y el objeto externo.

2) Las pulsiones agresivas y libidinales se unen para dirigirse hacia

un mismo objeto, instaurándose así la ambivalencia en el pleno sentido de este término (*véase:* Ambivalencia): «El amor y el odio se aproximan mucho entre sí, y el pecho "bueno" y "malo", la madre "buena" y "mala" ya no pueden mantenerse tan ampliamente apartados unos de otros como en la fase precedente» (3 *b*).

Correlativamente con estas modificaciones, cambia el carácter de la angustia: en lo sucesivo se referirá a la pérdida del objeto total interno o externo y encontrará su motivo en el sadismo infantil; aunque éste sea ya, según Melanie Klein, menos intenso que en la fase precedente, ofrece el peligro, en el mundo fantasmático del niño, de destruir, dañar, provocar el abandono. El niño puede intentar responder a esta angustia mediante la defensa maníaca que utiliza, más o menos modificados, los mecanismos de la fase paranoide (negación, idealización, escisión, control omnipotente del objeto). Pero vence y supera efectivamente la angustia depresiva por los dos procesos de la inhibición de la agresividad y de la reparac. del objeto.

Añadamos que, mientras predomina la posición depresiva, la relación con la madre comienza a no ser ya exclusiva, entrando el niño en lo que Melanie Klein ha llamado las fases precoces del Edipo: «[...] la libido y la angustia depresiva se desvían hasta cierto punto de la madre, y este proceso de distribución estimula las relaciones de objeto al mismo tiempo que disminuye la intensidad de los sentimientos depresivos» (3 *c*).

POSICIÓN PARANOIDE

= *Al.:* paranoide Einstellung. — *Fr.:* position paranoïde. — *Ing.:* paranoid position. — *It.:* posizione paranoide. — *Por.:* posição paranóide.

Según Melanie Klein, modalidad de las relaciones de objeto específica de los cuatro primeros meses de la existencia, pero que puede volver a encontrarse durante la infancia y, en el adulto, especialmente en los estados paranoico y esquizofrénico.

Se caracteriza por los siguientes rasgos: las pulsiones agresivas coexisten desde un principio con las pulsiones libidinales y son singularmente intensas; el objeto es parcial (principalmente el pecho materno) y se halla escindido en dos, el objeto «bueno» y el «malo»; los procesos psíquicos que predominan son la introyección* y la proyección*; la angustia, intensa, es de naturaleza persecutoria (destrucción por el objeto «malo»).

Comencemos por efectuar algunas observaciones terminológicas: el adjetivo *paranoide* se reserva, dentro de la terminología psiquiátrica debida a Kraepelin, para designar una forma de esquizofrenia, delirante como la paranoia, pero que difiere de ésta principalmente por la disociación (1). De todos modos, en el idioma inglés, la distinción entre los adjetivos *paranoid* y *paranoiac* es menos neta, pudiendo cada uno de ellos referirse a la paranoia o a la esquizofrenia paranoide (2).

Para M. Klein, aunque no discute la distinción nosográfica entre paranoia y esquizofrenia paranoide, este último adjetivo designa el aspecto persecutorio del delirio que se observa en las dos afecciones; en un principio habló Melanie Klein también de fase persecutoria (*persecutory phase*). Señalemos, finalmente, que en sus últimos escritos adopta la expresión *posición esquizoparanoide (paranoid-schizoid position)*, en la cual el segundo calificativo destaca el carácter persecutorio de la ansiedad, y el primero indica el carácter esquizoide de los mecanismos que intervienen.

En cuanto al término «posición» M. Klein dice preferirlo al de fase: «[...] estos conjuntos de ansiedades y defensas, aunque aparecen inicialmente durante las fases más precoces, no se limitan a este período, sino que resurgen durante los primeros años de la infancia y ulteriormente bajo determinadas condiciones» (3 *a*).

M. Klein establece desde el principio de su obra la existencia de temores persecutorios fantasmáticos, hallados en el análisis de los niños, especialmente los niños psicóticos. Sólo más tarde habla de un «estado paranoide rudimentario», que considera como una etapa precoz del desarrollo (4); lo sitúa entonces en la primera fase anal de Abraham; ulteriormente lo considera como el primer tipo de relación de objeto en la fase oral y lo designa con el nombre de posición paranoide. La descripción más sistemática de ésta, dada por la autora, se encuentra en *Conclusiones teóricas relativas a la vida emocional en la primera infancia* (*Some Theoretical Conclusions regarding the Emotional Life of the Infant*, 1952) (3 *b*).

Esquemáticamente la posición esquizo-paranoide puede definirse así:

1) desde el punto de vista pulsional, la libido y la agresividad (pulsiones sádico-orales: devorar, desgarrar) se hallan desde un principio presentes y unidos; en este sentido, para M. Klein existe ambivalencia desde la primera fase oral de succión (3 *c*). Las emociones ligadas a la vida pulsional son intensas (voracidad, angustia, etc.);

2) el objeto es un objeto parcial, siendo el prototipo el pecho materno;

3) este objeto parcial se encuentra escindido desde un principio en objeto «bueno» y «malo», y no sólo en la medida en que el pecho materno gratifica o frustra, sino sobre todo en la medida en que el niño proyecta sobre él su amor o su odio;

4) el objeto bueno y el objeto malo que resultan de la escisión (*splitting*) adquieren una autonomía relativa entre sí y ambos se hallan sometidos a los procesos de introyección y de proyección;

5) el objeto bueno es «idealizado»: es capaz de procurar «una gratificación ilimitada, inmediata, sin fin» (3 *d*). Su introyección protege al niño contra la ansiedad persecutoria (reaseguramiento). El objeto malo es un perseguidor terrible; su introyección hace correr al niño peligros internos de destrucción;

6) el yo «muy poco integrado» tiene una capacidad limitada de tolerar la angustia. Utiliza como modos de defensa, aparte de la escisión y la idealización, la *negación (denial)*, que tiende a rehusar toda realidad al objeto persecutorio, y el *control* omnipotente del objeto;

7) «estos primeros objetos introyectados constituyen el núcleo del superyó» (3 *e*) (*véase:* Superyó).

Subrayemos, por último, que, en la perspectiva kleiniana, todo individuo pasa normalmente por fases en las que predominan ansiedades y mecanismos psicóticos: posición paranoide, más tarde posición depresiva*. La superación de la posición paranoide depende especialmente de la fuerza relativa de las pulsiones libidinales con respecto a las pulsiones agresivas.

POSTERIORIDAD, POSTERIORMENTE, CON POSTERIORIDAD

= *Al.*: Nachträglichkeit *(subst.)*, nachträglich *(adj. y adv.)*. — *Fr.*: après-coup *(subs. m., adj. y adv.)*. — *Ing.*: deffered action, deffered *(adj.)*. — *It.*: posteriore *(adj.)*, posteriormente *(adv.)*. — *Por.*: posterioridade, posterior, posteriormente.

Palabra utilizada frecuentemente por Freud en relación con su concepción de la temporalidad y de la causalidad psíquicas: experiencias, impresiones y huellas mnémicas* son modificadas ulteriormente en función de nuevas experiencias o del acceso a un nuevo grado de desarrollo. Entonces pueden adquirir, a la par que un nuevo sentido, una eficacia psíquica.

La palabra *nachträglich* es de uso corriente en Freud, quien con frecuencia la *subraya*. También se encuentra muy a menudo la forma substantiva *Nachträglichkeit*, lo que viene a demostrar que, para Freud, esta noción de «posterioridad» forma parte de su aparato conceptual, aun cuando no la definiera ni diera de ella una teoría de conjunto. A J. Lacan corresponde el mérito de haber llamado la atención sobre la importancia de este término. Se observará que las traducciones de Freud, al no utilizar un equivalente único, no permiten darse cuenta de su frecuente utilización.

No intentamos proponer aquí una teoría de la posterioridad, sino sólo subrayar brevemente el sentido y el interés que presenta la concepción freudiana de la temporalidad y la causalidad psíquicas.

1.° Ante todo este concepto impide una interpretación sumaria que reduciría la concepción psicoanalítica de la historia del sujeto a un determinismo lineal que tendría en cuenta, únicamente, la acción del pasado sobre el presente. Se suele reprochar al psicoanálisis el reducir el conjunto de las acciones y deseos humanos al pasado infantil; esta tendencia se habría ido agravando con la evolución del psicoanálisis; los analistas se remontarían cada vez más lejos: para ellos, todo el destino del hombre estaría decidido desde los primeros meses de la vida, o incluso ya en la vida intrauterina...

Ahora bien, desde un principio Freud señaló que el individuo modifica con posterioridad los acontecimientos pasados, y que es esta modificación la que les confiere un sentido e incluso una eficacia o un poder patógeno. El 6-XII-1896 escribió a W. Fliess: «[...] trabajo sobre la hipótesis de que nuestro mecanismo psíquico se establece por estratificación: los materiales existentes en forma de huellas mnémicas experimentan de vez en cuando, en función de nuevas condiciones, una *reorganización*, una *reinscripción*» (1 *a*).

2.° Tal idea podría conducir a pensar que todos los fenómenos que se encuentran en psicoanálisis se sitúan bajo el signo de la retroactividad, o incluso de la ilusión retroactiva. Así, Jung, habla de fantasmas retroactivos *(Zurückphantasieren)*: según él, el adulto reinterpreta su pasado en sus fantasmas, que constituyen otras tantas expresiones simbólicas de sus problemas actuales. En esta concepción, la reinterpretación constituye para el individuo un medio de huir de las «exigencias de la realidad» presente, refugiándose en un pasado imaginario.

Desde otra perspectiva, el concepto de posterioridad podría evocar también una concepción de la temporalidad que ha sido puesta de relieve por la filosofía y recogida por las diversas tendencias del psicoanálisis existencial: la conciencia constituye su pasado y modifica constantemente el sentido de éste, en función de su «proyecto».

La concepción freudiana de la posterioridad aparece mucho más precisa. A nuestro modo de ver, lo que la define podría agruparse del siguiente modo:

1.° Lo que se elabora retroactivamente no es lo vivido en general, sino electivamente lo que, en el momento de ser vivido, no pudo integrarse plenamente en un contexto significativo. El prototipo de ello lo constituye el acontecimiento traumático.

2.° La modificación con posterioridad viene desencadenada por la aparición de acontecimientos y situaciones, o por una maduración orgánica, que permiten al sujeto alcanzar un nuevo tipo de significaciones y reelaborar sus experiencias anteriores.

3.° La evolución de la sexualidad favorece notablemente, por los desfasamientos temporales que implica en el ser humano, el fenómeno de la posterioridad.

Estos puntos de vista quedan ilustrados por numerosos textos en los que Freud utiliza la palabra *nachträglich*. Singularmente demostrativos son, a nuestro juicio, dos de estos textos.

En el *Proyecto de psicología científica* (*Entwurf einer Psychologie*, 1895), estudiando la represión histérica, Freud se pregunta por qué la represión afecta en forma electiva a la sexualidad. Basándose en un ejemplo, muestra cómo la represión supone dos acontecimientos claramente separados en la serie temporal. El primero en el tiempo está constituido por una escena sexual (seducción por un adulto), pero que entonces no tiene para el niño una significación sexual. El segundo presenta algunas analogías, que pueden ser superficiales, con el primero; pero esta vez, por haberse presentado entre tanto la pubertad, ya es posible la emoción sexual, emoción que el sujeto atribuirá conscientemente a este segundo acontecimiento, mientras que en realidad es provocada por el recuerdo del primero. El yo no puede utilizar aquí sus defensas normales (por ejemplo, evitación por medio de la atención) contra este afecto sexual displacentero: «La atención se dirige hacia las percepciones, por ser éstas las que habitualmente dan lugar a una liberación de displacer. Pero aquí es una huella mnémica y no una percepción la que,

de forma imprevista, libera displacer, y el yo se da cuenta de ello demasiado tarde» (1 *b*). El yo utiliza entonces la represión, modo de «defensa patológica», en el que actúa según el proceso primario.

Vemos, pues, que la represión halla aquí su condición general en el «retardo de la pubertad» que caracteriza, según Freud, la sexualidad humana: «Todo adolescente guarda huellas mnémicas que sólo pueden ser comprendidas por él al aparecer las sensaciones propiamente sexuales» (1 *c*). «*La aparición tardía de la pubertad posibilita procesos primarios póstumos*» (1 *d*).

Desde este punto de vista, únicamente la segunda escena confiere a la primera su valor patógeno: «Se reprime un recuerdo que sólo *posteriormente* se volvió traumatizante» (1 *c*). El concepto de posterioridad va también íntimamente ligado a la primera elaboración freudiana de la noción de defensa*: la teoría de la seducción*.

Podría objetarse que el descubrimiento de la sexualidad infantil, efectuado algún tiempo después por Freud, quita todo valor a esta concepción. La mejor respuesta a tal objeción se hallaría en *Historia de una neurosis infantil*, donde se invoca constantemente el mismo proceso de la posterioridad aunque desplazado a los primeros años de la infancia. Se encuentra en el núcleo del análisis que Freud da del sueño patógeno en sus relaciones con la escena originaria*: el paciente no comprendió el coito «[...] hasta la época del sueño, a los 4 años, y no en la época en que lo observó. A la edad de un año y medio recogió las impresiones que posteriormente, en la época del sueño, pudo comprender, gracias a su desarrollo, a su excitación sexual y a su curiosidad sexual» (2 *a*). El sueño, en la historia de esta neurosis infantil, es, como muestra Freud, el factor desencadenante de la fobia: «[...] el sueño confiere a la observación del coito una eficacia con posterioridad» (2 *b*).

En 1917 Freud añadió dos extensas discusiones a la observación de *Historia de una neurosis infantil*, en las que muestra la conmoción que le produjo la tesis de Jung sobre el fantasma retroactivo. Admite que, siendo la escena originaria, en el análisis, el resultado de una reconstrucción, aquélla podría muy bien haber sido construida por el propio sujeto, si bien insiste en que la percepción debió proporcionar por lo menos indicios, aunque sólo fuera una cópula entre canes... Pero, sobre todo, en el mismo momento en que parece transigir en cuanto al apoyo que puede proporcionar una base de realidad (que se muestra tan frágil a la investigación), introduce un concepto nuevo, el de las fantasías originarias, es decir, un más acá, una estructura que fundamenta en último término la fantasía, trascendiendo tanto lo vivido individual como lo imaginado (*véase:* Fantasías originarias).

Los textos comentados muestran que la concepción freudiana del *Nachträglich* no puede reducirse al concepto de «acción diferida», si se entiende por ésta un intervalo temporal variable, debido a un efecto de sumación, entre las excitaciones y la respuesta. La traducción, adoptada en ocasiones en la *Standard Edition*, de *deferred action*, podría autorizar una tal interpretación. Los editores de la *S. E.* se basan (2 *e*) en un pasaje de los *Estudios sobre la histeria* (*Studien über Hysterie*, 1895), en el cual, refiriéndose a la llamada histeria de retención*, Freud habla de «la eliminación con posterioridad de los traumas acumulados» (3 *a*) durante un cierto período. Aquí la noción de posterioridad podría interpretarse, en un primer análisis, como una descarga retardada, pero se observará que, para Freud, se trata de una verdadera elaboración, de un «trabajo de memoria», que no consiste en la simple descarga de una tensión acumulada, sino en un complicado conjunto de operaciones psicológicas: «Ella [la enferma] vuelve a recorrer diariamente cada una de sus expresiones, llora sobre ellas, se consuela de ellas, podríamos decir a satisfacción [...]» (3 *b*). A nuestro modo de ver, resulta preferible explicar el concepto de abreacción* por el de posterioridad, que reducir la noción de posterioridad a una teoría estrictamente económica de la abreacción.

PRECONSCIENTE (s. y adj.)

= *Al.:* das Vorbewusste, vorbewusst. — *Fr.:* préconscient. — *Ing.:* preconscious. — *It.:* preconscio. — *Por.:* preconsciente.

A) Término utilizado por Freud dentro del marco de su primera tópica: como substantivo, designa un sistema del aparato psíquico claramente distinto del sistema inconsciente (*Ics*); como adjetivo, califica las operaciones y los contenidos de este sistema preconsciente (*Pcs*). Éstos no están presentes en el campo actual de la conciencia y son, por consiguiente, inconscientes en el sentido «descriptivo» (*) del término (*véase:* Inconsciente, B), pero se diferencian de los contenidos del sistema inconsciente por el hecho de que son accesibles a la conciencia (por ejemplo, conocimientos y recuerdos no actualizados).

Desde el punto de vista metapsicológico, el sistema preconsciente se halla regido por el proceso secundario. Está separado del sistema inconsciente por la censura*, que no permite que los contenidos y procesos inconscientes pasen al *Pcs* sin experimentar transformaciones.

B) Dentro de la segunda tópica freudiana, el término «preconsciente» se utiliza, sobre todo, como adjetivo, para calificar lo que escapa a la conciencia actual sin ser inconsciente en sentido estricto. Desde el punto de vista sistemático, califica los contenidos y procesos relativos esencialmente al yo y también al superyó.

La distinción entre preconsciente e inconsciente es fundamental para Freud. Sin duda, con intención apologética, se apoyó en la existencia indiscutible de una vida psicológica que desborda el campo de la conciencia actual, para defender la posibilidad de un psiquismo inconsciente en general (1 *a*); y, si se toma la palabra inconsciente en el sentido que Freud llama «descriptivo» (lo que escapa a la conciencia), desaparece la distinción entre preconsciente e inconsciente. Asimismo debe entenderse fundamentalmente en sus acepciones tópica (o sistemática) y dinámica.

El concepto fue muy pronto establecido por Freud durante la elaboración de sus puntos de vista metapsicológicos (2 *a*). En *La interpretación de los sueños* (*Die Traumdeutung*, 1900), el sistema preconsciente se encuentra situado entre el sistema inconsciente y la conciencia; está separado del primero por la censura, que intenta prohibir a los contenidos inconscientes el camino hacia el preconsciente y la conciencia; en

el otro extremo, controla el acceso a la conciencia y a la motilidad. En este sentido, se puede unir la conciencia al preconsciente; así, Freud habla de sistema *Pcs-Cs;* pero, en otros pasajes de *La interpretación de los sueños*, el preconsciente y lo que Freud llama el sistema percepción-conciencia se hallan claramente delimitados entre sí: esta ambigüedad obedecería a que la conciencia no se presta, como Freud señaló ulteriormente, a consideraciones estructurales (*véase:* Conciencia) (1 *b*).

Freud somete el paso del preconsciente al consciente a la acción de una «segunda censura»; pero ésta se diferencia de la censura propiamente dicha (entre *Ics* y *Pcs*) en que selecciona más que deforma, consistiendo su función esencialmente en evitar la aparición en la conciencia de preocupaciones perturbadoras. De este modo favorece el ejercicio de la atención.

El sistema preconsciente se define, en relación con el sistema inconsciente, por la forma de su energía (energía «ligada») y por el proceso que en él se realiza (proceso secundario). Observemos, sin embargo, que esta distinción no es absoluta: al igual que ciertos contenidos del inconsciente, como señaló Freud, son modificados por el proceso secundario (por ejemplo, las fantasías), también los elementos preconscientes pueden ser regidos por el proceso primario (por ejemplo, restos diurnos en el sueño). De un modo más general, puede reconocerse en las operaciones preconscientes, bajo su aspecto defensivo, el dominio del principio de placer y la influencia del proceso primario.

Freud relacionó siempre la diferencia entre *Ics* y *Pcs* al hecho de que la representación preconsciente se encuentra ligada al lenguaje verbal, a las «representaciones de palabras»*.

Añadamos que la relación entre el preconsciente y el yo es evidentemente muy estrecha. Resulta significativo el hecho de que la primera vez que Freud introduce el preconsciente, lo asimila a «nuestro yo oficial» (2 *b*). Y cuando, en la segunda tópica, define de nuevo el yo, aunque el sistema preconsciente no se confunda con el yo, que es parte inconsciente, se encuentra naturalmente englobado en él. Finalmente, en la instancia del superyó, recién desglosada, pueden ponerse en evidencia aspectos preconscientes.

¿Qué comprende, en lo vivido por el sujeto y, más especialmente, en la experiencia de la cura, el concepto de preconsciente? El ejemplo que más a menudo se da es el de los recuerdos no actualizados, pero que el sujeto puede evocar. De un modo más general, el preconsciente designaría lo que se halla *implícitamente* presente en la actividad mental, aunque sin constituir objeto de conciencia; esto es lo que quiere decir Freud cuando define el preconsciente como «descriptivamente» inconsciente, pero accesible a la conciencia, mientras que el inconsciente está separado de la conciencia.

En *El inconsciente* (*Das Unbewusste*, 1915), Freud califica el sistema preconsciente de «conocimiento consciente» *(bewusste Kenntnis)* (1 *c*); se trata de palabras significativas que subrayan la distinción con respecto al inconsciente: «conocimiento» implica que se trata de cierto saber concerniente al sujeto y a su mundo personal; «consciente» indica

que estos contenidos y procesos, aunque no conscientes, se adscriben al consciente desde el punto de vista tópico.

La distinción tópica se verifica, desde el punto de vista dinámico, en la cura, especialmente por el siguiente rasgo, en el que insiste D. Lagache: así como la verbalización de contenidos preconscientes puede provocar *reticencias*, que la regla de libre asociación tiene por objeto eliminar, el reconocimiento del inconsciente choca con *resistencias*, ellas mismas inconscientes, y que el análisis debe progresivamente interpretar y vencer (en el bien entendido de que las reticencias se basan casi siempre en resistencias).

(α) Esta palabra de Freud no parece una elección muy feliz. En efecto, incluso manteniéndose en el plano de la descripción y sin recurrir a distinciones tópicas, pueden establecerse diferencias entre lo que es preconsciente y lo que es inconsciente. La expresión «inconsciente en sentido descriptivo» designa sin discriminación el conjunto de los contenidos y procesos psíquicos que tienen en común el único carácter, negativo, de no ser conscientes.

PREEDÍPICO

= *Al.:* Präoedipal. — *Fr.:* préoedipien. — *Ing.:* preoedipal. — *It.:* preedipico. — *Por.:* pré-edipiano.

Califica el período del desarrollo psicosexual anterior a la instauración del complejo de Edipo; en este período predomina, en ambos sexos, el lazo con la madre.

Este término no aparece hasta muy tardíamente en Freud, cuando éste se ve inducido a precisar la especificidad de la sexualidad femenina y, en particular, a insistir en la importancia, la complejidad y la duración de la relación primaria entre la niña y su madre (1 *a*). Tal fase existe también en el niño, pero es menos prolongada, menos rica en consecuencias y más difícil de diferenciar del amor edípico, ya que su objeto sigue siendo el mismo.

Desde el punto de vista terminológico, conviene distinguir claramente los términos «preedípico» y «pregenital»*, que con frecuencia se confunden. El primero se refiere a la situación interpersonal (ausencia del triángulo edípico), mientras que el segundo alude al tipo de actividad sexual que interviene. Ciertamente, el desarrollo del Edipo conduce en principio a la instauración de la organización genital, pero sólo una concepción normativa pretende hacer coincidir la genitalidad con la plena elección de objeto correlativa del Edipo. Ahora bien, la experiencia muestra que puede existir una actividad genital satisfactoria sin un Edipo consumado, y también que el conflicto edípico puede desarrollarse en registros sexuales pregenitales.

¿Puede hablarse, en rigor, de fase preedípica, es decir, de una *fase* en la que existiría exclusivamente una relación dual madre-niño? Esta dificultad no escapó a Freud, quien hace observar que el padre, incluso cuando predomina la relación con la madre, se halla presente como «rival inoportuno»; según él, los hechos podrían describirse diciendo que «[...] la mujer no llega a la situación edípica positiva normal hasta

haber superado un período previo en el que impera el complejo negativo» (1 *b*), formulación que, en opinión de Freud, tendría la ventaja de mantener la idea de que el Edipo es el complejo nuclear de las neurosis.

Esquemáticamente puede indicarse que, a partir de este matiz de la tesis de Freud, se abren dos direcciones: o bien se pone el acento en la exclusividad de la relación dual, o bien se detectan muy precozmente manifestaciones edípicas, hasta el punto de no poder delimitar una fase propiamente preedípica.

Como ejemplo de la primera dirección puede citarse el trabajo de Ruth Mack Brunswick (2), que es el resultado de una larga colaboración con Freud y que dicha autora considera como expresión del pensamiento de éste:

1) piensa que, si bien el padre está presente en el campo psicológico, no es percibido como un rival;
2) reconoce una especificidad a la fase preedípica, que se dedica a describir, sobre todo, el predominio de la oposición actividad-pasividad.

Por el contrario, la escuela de Melanie Klein, analizando las fantasías más arcaicas, sostiene que en la relación con la madre interviene precozmente el padre, como lo indica especialmente el fantasma del pene paterno guardado en el cuerpo de la madre (*véase:* Imago de los padres acoplados). Con todo, cabe preguntarse si la presencia de un tercer término (falo) en la relación primitiva madre-niño justifica el describir este período como «fase precoz del Edipo». En efecto, el padre no se halla entonces presente como instancia prohibitiva (*véase:* Complejo de Edipo). Dentro de esta perspectiva, J. Lacan, examinando las concepciones kleinianas, habla de «triángulo preedípico» para designar la relación madre-niño-falo, interviniendo este último término como objeto fantaseado del deseo de la madre (3).

PREGENITAL

= *Al.:* prägenital. — *Fr.:* prégénital. — *Ing.:* pregenital. — *It.:* pregenitale. — *Por.:* pregenital.

Adjetivo que califica las pulsiones, las organizaciones, las fijaciones, etc., que se relacionan con el período del desarrollo psicosexual en el cual no se ha establecido aún la primacía de la zona genital (*véase:* Organización).

La introducción de este término por Freud en *La predisposición a la neurosis obsesiva* (*Die Disposition zur Zwangsneurose*, 1913) coincide con la de la idea de una *organización* libidinal anterior a la organización que se efectúa bajo la primacía de los órganos genitales. Ya es sabido que, mucho antes, Freud había reconocido la existencia de una vida sexual infantil anterior al establecimiento de esta primacía. Desde la carta a Fliess del 14-XI-97 (1), habla de zonas sexuales ulteriormente abandonadas; y en los *Tres ensayos sobre la teoría sexual* (*Drei Abhandlungen zur Sexualtheorie*, 1905), describe el funcionamiento originariamente anárquico de las pulsiones parciales no genitales.

El adjetivo pregenital ha alcanzado gran extensión. En el lenguaje psicoanalítico contemporáneo, no califica solamente pulsiones u organizaciones libidinales, sino fijaciones, regresiones a estos modos precoces del funcionamiento psicosexual. Se habla de neurosis pregenitales cuando predominan tales fijaciones. Se ha llegado incluso a substantivar el adjetivo y a hablar de «pregenital» como un tipo definido de personalidad.

PRINCIPIO DE CONSTANCIA

= *Al.:* Konstanzprinzip. — *Fr.:* principe de constance. — *Ing.:* principle of constance. — *It.:* principio di coștanza. — *Por.:* principio de constância.

Principio enunciado por Freud, según el cual el aparato psíquico tiende a mantener la cantidad de excitación en él contenida a un nivel tan bajo o, por lo menos, tan constante como sea posible. Esta constancia se obtiene, por una parte, mediante la descarga de la energía ya existente; por otra, mediante la evitación de lo que pudiera aumentar la cantidad de excitación, y la defensa contra este aumento.

El principio de constancia se halla en la base de la teoría económica freudiana. Se encuentra presente desde los primeros trabajos, y nunca deja de suponerse implícitamente su influencia regulando el funcionamiento del aparato psíquico: éste intentaría mantener constante la suma de las excitaciones en su interior, lo cual lograría poniendo en marcha los mecanismos de evitación frente a las excitaciones externas, y de defensa y descarga (abreacción) frente a los aumentos de tensión de origen interno. Llevadas a su última expresión económica, las más diversas manifestaciones de la vida psíquica deberían interpretarse como tentativas más o menos logradas de mantener o restablecer esta constancia.

El principio de constancia guarda estrecha relación con el principio de placer, en la medida en que el displacer puede considerarse, desde un punto de vista económico, como la percepción subjetiva de un aumento de tensión, y el placer como la disminución de dicha tensión. Sin embargo, la relación entre las sensaciones subjetivas de placer-displacer y los procesos económicos que se considera les sirven de base apareció, a la reflexión de Freud, como muy compleja; así, un aumento de tensión puede acompañarse de una sensación de placer. Tales hechos obligan a establecer que la relación entre el principio de placer y el principio de constancia no es de una simple equivalencia (*véase:* Principio de placer).

Al situar en los fundamentos de la psicología una ley de constancia, Freud, al igual que Breuer, no hizo más que recoger una exigencia generalmente admitida en los medios científicos de finales del siglo XIX: extender a la psicología y a la psicofisiología los principios más generales de la física, en la medida en que tales principios se hallan en la base de toda ciencia. Pueden observarse varias tentativas, ya anteriores (prin-

cipalmente la de Fechner, que atribuye un alcance universal a su «principio de estabilidad») (1), ya contemporáneas a las de Freud, para encontrar en psicofisiología la intervención de una ley de constancia.

Pero, como el propio Freud hizo observar, bajo la aparente sencillez de la palabra constancia «[...] pueden entenderse las cosas más diversas» (2 *a*).

Cuando se invoca en psicología, basándose en el modelo de la física, un principio de constancia, se hace con diferentes acepciones, que esquemáticamente pueden agruparse como sigue:

1.° Unas veces nos limitamos a aplicar a la psicología el principio de la conservación de la energía, según el cual, en un sistema cerrado, la suma de las energías permanece constante. El someter a este principio los hechos psíquicos lleva a postular la existencia de una energía psíquica o nerviosa, cuya magnitud no varía a través de las distintas transformaciones y desplazamientos que experimenta. Su enunciación conduce a establecer la posibilidad de traducir los hechos psicológicos en lenguaje energético. Se observará que este principio, constitutivo de la teoría económica en psicoanálisis, no se sitúa al mismo nivel que el principio regulador designado por Freud con el término «principio de constancia».

2.° Otras veces el principio de constancia se entiende en un sentido que permite compararlo con el 2.° principio de la termodinámica: dentro de un sistema cerrado, las diferencias de nivel energético tienden a igualarse, de forma que el estado final ideal es el de un equilibrio. Análoga significación reviste el «principio de estabilidad» enunciado por Fechner. En una transposición de este tipo, es preciso definir el sistema que se considera: ¿se trata del aparato psíquico y de la energía que circula por su interior?, ¿se trata del sistema constituido por el conjunto: aparato psíquico-organismo, o incluso del sistema: organismo-medio? En efecto, según los casos, la noción de tendencia a la igualación puede poseer significaciones opuestas. Así, en la última hipótesis, tiene por consecuencia la reducción de la energía interna del organismo hasta conducir a éste al estado inorgánico (*véase:* Principio de nirvana).

3.° Finalmente, el principio de constancia puede interpretarse en el sentido de una autorregulación: el sistema considerado funciona de tal forma que intenta mantener constante su diferencia de nivel energético con respecto al ambiente. Dentro de esta acepción, el principio de constancia afirma que existen sistemas relativamente cerrados (como el aparato psíquico o el organismo en conjunto) que tienden a mantener y a restablecer, mediante los intercambios con el medio exterior, su configuración y su nivel energético específicos. En este sentido, el concepto constancia se ha relacionado útilmente con el de homeostasis, establecido por el fisiólogo Cannon (α).

De esta pluralidad de acepciones, resulta difícil determinar cuál es la que coincidiría exactamente con lo que entiende Freud por principio de constancia. En efecto, las formulaciones que dio del mismo, y de las cuales el propio Freud manifestó no sentirse satisfecho (3 *a*), son con

frecuencia ambiguas o incluso contradictorias: «[...] el aparato psíquico tiene la tendencia a mantener lo más baja posible la cantidad de excitación existente en el mismo, o por lo menos a mantenerla constante» (3 *b*). Freud parece atribuir a una misma tendencia «[...] la reducción, la constancia, la supresión de la tensión de excitación interna» (3 *c*). Ahora bien, la tendencia a reducir a cero la energía interna de un sistema no parece asimilable a la tendencia, propia de los organismos, a mantener constante, a un nivel que puede ser alto, su equilibrio con el ambiente. En efecto, esta segunda tendencia puede traducirse, según el caso, por una búsqueda de la excitación o también por una descarga de ésta.

Las contradicciones y las imprecisiones, los deslizamientos de sentido que se encuentran en los enunciados freudianos sólo podrán esclarecerse si se intenta establecer, más claramente de lo que lo hizo el propio Freud, a qué experiencia y a qué exigencia teórica responden sus tentativas, más o menos logradas, de enunciar en psicoanálisis una ley de constancia.

El principio de constancia forma parte del aparato teórico que Breuer y Freud elaboran en común alrededor de los años 1892-1895, especialmente para explicar los fenómenos que observaron en la histeria: los síntomas se atribuyen a un defecto de abreacción, y el factor de la cura se busca en una descarga adecuada de los afectos. Con todo, si comparamos dos textos teóricos debidos a la pluma de ambos autores, constataremos, bajo el aparente acuerdo, una clara diferencia de perspectivas.

En las *Consideraciones teóricas* de los *Estudios sobre la histeria* (*Theoretisches* in *Studien über Hysterie*, 1895), Breuer considera las condiciones de funcionamiento de un sistema relativamente autónomo dentro del organismo, el sistema nervioso central. Distingue dos tipos de energía en este sistema: una energía quiescente o «excitación tónica intracerebral» y una energía cinética que circula en el aparato. Lo que regula el principio de constancia es el nivel de la excitación tónica: «[...] existe en el organismo una tendencia a mantener constante la excitación intracerebral» (4). Aquí deben subrayarse tres puntos esenciales:

1.° la ley de constancia se concibe como una ley de óptimum. Existe un nivel energético favorable que debe restablecerse por medio de descargas cuando tiende a aumentar, pero también por medio de una recarga (especialmente el sueño) cuando ha descendido demasiado;

2.° la constancia puede hallarse en peligro, ya sea por estados de excitación generalizados y uniformes (por ejemplo, estado de expectación intensa), ya sea por una distribución desigual de la excitación en el interior del sistema *(afectos)*;

3.° la existencia y el restablecimiento de un nivel óptimo constituyen la condición que permite una libre circulación de la energía cinética. El funcionamiento sin trabas del pensamiento, un desarrollo normal de las asociaciones de ideas, presuponen que no esté perturbada la autorregulación del sistema.

Freud, en su *Proyecto de psicología científica* (*Entwurf einer Psychologie*, 1895), estudia también las condiciones de funcionamiento del aparato neuronal. Pero lo que plantea, desde el comienzo, no es un principio de constancia como mantenimiento de cierto nivel energético, sino un principio de inercia* neuronal, en virtud del cual las neuronas tienden a vaciarse de la cantidad de excitación, a evacuarla por completo. En consecuencia, Freud supone ciertamente la existencia de una tendencia a la constancia, pero ve en ella una «función secundaria impuesta por la necesidad de la vida», una modificación del principio de inercia: «[...] el sistema neuronal se ve forzado a abandonar la tendencia originaria a la inercia, es decir, al nivel = 0. Debe decidirse a mantener una provisión de cantidad, para satisfacer las exigencias de la acción específica. Sin embargo, la forma en que lo hace pone de manifiesto la continuación de la misma tendencia, transformada en un esfuerzo por mantener lo más bajo posible dicha cantidad y por defenderse contra sus aumentos, es decir, por mantenerla constante» (2 *b*). El principio de inercia regula, según Freud, el tipo de funcionamiento primario del aparato, la circulación de la energía libre. La ley de constancia, aun cuando no fue enunciada explícitamente como un principio independiente, corresponde al proceso secundario, en el cual la energía está ligada, mantenida a un determinado nivel.

Como puede verse, a pesar de utilizar un aparato conceptual que puede parecer el mismo, los modelos de Breuer y de Freud son muy distintos. Breuer desarrolla su pensamiento dentro de una perspectiva biológica que no carece de verosimilitud y que anticipa las ideas modernas acerca de la homeostasis y los sistemas de autorregulación (β). En contraposición, la construcción freudiana puede parecer aberrante desde el punto de vista de las ciencias biológicas, en la medida en que pretende *deducir* un organismo, con sus aptitudes vitales, sus funciones adaptativas, sus constantes energéticas, de un principio que es la negación de toda diferencia estable de nivel.

Pero esta divergencia, por lo demás no explicitada, entre Breuer y Freud (γ) es rica en significaciones. En efecto, lo que Freud considera regulado por el principio de inercia es un tipo de proceso cuya existencia se vio inducido a postular por el descubrimiento, a la sazón recentísimo, del inconsciente: el proceso primario*. Éste es descrito desde el *Proyecto* basándose en ejemplos privilegiados, como el sueño y la formación de síntoma, especialmente en el histérico. Lo característico del proceso primario es fundamentalmente una circulación sin trabas, un «desplazamiento fácil» (2 *c*). En el plano del análisis psicológico, se observa que una representación puede llegar a reemplazar completamente a otra, substrayéndole todas sus propiedades y su eficacia: «[...] la *histérica* que llora por A ignora que lo hace a causa de la asociación A-B, y el propio B no desempeña ningún papel en su vida psíquica. El símbolo ha sustituido aquí por completo a la *cosa*» (2 *d*). El fenómeno de un desplazamiento total de la significación de una representación a otra, la comprobación clínica de la intensidad y eficacia que presentan las representaciones sustitutivas, tienen lógicamente su expresión, según Freud, en la formulación económica del principio de inercia. La libre

circulación del sentido y el flujo total de la energía psíquica hasta su completa evacuación son, para Freud, sinónimos. Como puede verse, tal proceso es el opuesto al mantenimiento de la constancia.

Esta última fue invocada en el *Proyecto*, pero en el sentido de venir precisamente a moderar e inhibir la simple tendencia a la descarga absoluta. La función de ligar la energía psíquica y mantenerla a un nivel más elevado se atribuye al yo; éste realiza dicha función porque él mismo constituye un conjunto de representaciones o de neuronas en las que se mantiene un nivel constante de catexis (*véase:* Yo).

La filiación entre proceso primario y proceso secundario no debe comprenderse, pues, como una sucesión real, en el orden vital, como si, en la historia de los organismos, el principio de constancia hubiera venido a suceder al principio de inercia; sólo puede mantenerse a nivel de un aparato psíquico en el que Freud, desde un principio, reconoció la existencia de dos tipos de procesos, de dos principios de funcionamiento mental (δ).

Como es sabido, el capítulo VII de *La interpretación de los sueños* (*Die Traumdeutung*, 1900) se basa en la existencia de tal oposición. En él desarrolla Freud la hipótesis «[...] de un aparato psíquico primitivo, cuyo trabajo viene regulado por la tendencia a evitar la acumulación de excitación y a mantenerse, en lo posible, sin excitación» (5 *a*). Tal principio, caracterizado por «[...] el libre flujo de las cantidades de excitación», lo denomina Freud «principio de displacer». Preside el funcionamiento del sistema inconsciente. El sistema preconsciente-consciente tiene otro modo de funcionamiento: «[...] produce, en virtud de las catesis que de él emanan, una *inhibición* de este [libre] flujo, una transformación en catexis quiescente, sin duda con elevación del nivel» (5 *b*). En consecuencia, la oposición entre los modos de funcionamiento de ambos sistemas será asimilada casi siempre por Freud a la oposición entre principio de placer* y principio de realidad*. Pero si, con un deseo de aclaración conceptual, se intenta mantener una distinción entre una tendencia a reducir a cero la cantidad de excitación y una tendencia a mantener ésta a un nivel constante, se aprecia que el principio de placer correspondería a la primera tendencia, mientras que el mantenimiento de la constancia correspondería al principio de realidad.

Hasta 1920, en *Más allá del principio del placer (Jenseits des Lustprinzips)*, Freud no formuló explícitamente un «principio de constancia». A este respecto deben subrayarse varios puntos:

1.º el principio de constancia se presenta como el fundamento económico del principio de placer (3 *d*);

2.º las definiciones que de él se han propuesto implican siempre un equívoco: el de considerar equivalentes la tendencia a la reducción absoluta y la tendencia a la constancia;

3.º sin embargo, la tendencia al cero, designada con el nombre de principio de nirvana*, se considera fundamental, siendo los demás principios únicamente modificaciones de aquélla;

4.º al mismo tiempo que Freud parece ver actuar en «[...] la vida psí-

quica y quizá [en] la vida nerviosa en general» una única tendencia más o menos modificada, introduce un dualismo fundamental e irreductible a nivel de las pulsiones, tendiendo las pulsiones de muerte* a la reducción absoluta de las tensiones, mientras que, por el contrario, las pulsiones de vida* intentan mantener y crear unidades vitales que suponen un nivel elevado de tensión. Este último dualismo (acerca del cual más de un autor ha subrayado, por lo demás, que debía interpretarse como un dualismo de *principios*) puede esclarecerse al ponerse en relación con algunas oposiciones fundamentales, que se hallan constantemente presentes en el pensamiento freudiano: energía libre-energía ligada*, liberación-ligazón* *(Entbindung-Bindung)*, proceso primario-proceso secundario* (*véase también:* Pulsión de muerte).

Por el contrario, Freud jamás estableció plenamente la oposición que, a nivel de los principios económicos del funcionamiento mental, correspondería a las oposiciones precedentes. Si bien es bosquejada en el *Proyecto*, con la distinción de un principio de inercia y de una tendencia a la constancia, no constituirá la referencia explícita que permitiría quizás evitar la confusión que sigue implícita en la noción de principio de constancia.

(α) W. B. Cannon, en su libro *La sabiduría del cuerpo* (*Wisdom of the Body*, 1932), designó con el nombre de *homeostasis* los procesos fisiológicos mediante los cuales el cuerpo tiende a mantener constante la composición del medio sanguíneo. Describió este proceso para el contenido de la sangre en agua, cloruro sódico, glucosa, proteínas, grasa, calcio, oxígeno, iones hidrógeno (equilibrio ácido-base) y para la temperatura. Esta lista puede evidentemente ampliarse a otros elementos (minerales, hormonas, vitaminas, etc.).

Como puede verse, la idea de la homeostasis es la de un equilibrio dinámico característico del cuerpo vivo y, en modo alguno, la de una reducción de tensión a un nivel mínimo.

(β) Como es sabido, Breuer colaboró en los trabajos del neurofisiólogo Hering sobre uno de los más importantes sistemas de autorregulación del organismo, el de la respiración.

(γ) Podríamos hallar vestigios de la dificultad de ambos autores en ponerse de acuerdo acerca de una formulación del principio de constancia, en las sucesivas elaboraciones que han llegado hasta nosotros de la *Comunicación preliminar* de los *Estudios sobre la histeria*.

En *La teoría del ataque histérico* (*Zur Theorie des hysterischen Anfalles*, 1892), manuscrito enviado a Breuer para su aprobación, así como en una carta dirigida a éste del 29-VI-1892 (6), Freud habla de una tendencia a «[...] mantener constante» lo que puede llamarse la «suma de excitación» en el sistema nervioso.

En la conferencia pronunciada por Freud diez días después de la publicación de la *Comunicación preliminar*, y publicada con el mismo título en *Wiener medizinische Presse*, 1893, n.° 4, Freud se refiere sólo a una tendencia a "[...] disminuir [...] la suma de excitación» (7).

Por último, en la *Comunicación preliminar* de los *Estudios sobre la histeria*, no se enuncia el principio de constancia.

(δ) Cierto esclarecimiento en los problemas sobre los que discrepaban Breuer y Freud, puede lograrse distinguiendo varios planos:

1.° El nivel del *organismo*, regulado por mecanismos homeostáticos y que funciona según un principio único, el principio de constancia. Tal principio no sólo es válido para el organismo en conjunto, sino también para el aparato especializado que es el sistema nervioso. Éste sólo puede funcionar si en él se mantienen y restablecen condiciones constantes. A esto se refería Breuer cuando hablaba de un nivel constante de la excitación tónica intracerebral.

2.° A nivel del *psiquismo* humano, que constituye el objeto de la investigación freudiana:

a) los procesos inconscientes, que, en último término, suponen un deslizamiento indefinido de las significaciones o, expresado en un lenguaje energético, un flujo totalmente libre de la cantidad de excieación;

b) el proceso secundario, tal como se observa en el sistema preconsciente-consciente, que supone una ligazón de la energía, la cual está regulada por una cierta «forma» que tiende a mantener y a restablecer sus límites y su nivel energético: el yo.

En un primer análisis podría decirse, pues, que Breuer y Freud no consideran las mismas realidades: Breuer plantea el problema de las condiciones neurofisiológicas de un funcionamiento psíquico normal, mientras que Freud se pregunta cómo está limitado y regulado en el hombre el proceso primario.

A pesar de todo, persiste un equívoco en Freud, tanto en el *Proyecto* como en algunas obras posteriores, como *Más allá del principio del placer:* se trata del equívoco entre la deducción del proceso psíquico secundario a partir del proceso primario, y una génesis casi mítica del organismo como forma constante y que tiende a perseverar en el ser a partir de un estado puramente inorgánico.

Este equívoco fundamental del pensamiento freudiano sólo podrá interpretarse, a nuestro modo de ver, si se comprende al yo como una «forma», una *Gestalt* construida sobre el modelo del organismo o, si se prefiere, como una metáfora realizada del organismo.

PRINCIPIO DE INERCIA (NEURÓNICA)

= *Al.:* Prinzip der Neuronenträgheit *o* Trägheitsprinzip. — *Fr.:* principe d'inertie neuronique. — *Ing.:* principle of neuronic inertia. — *It.:* principio dell'inerzia neuronica. — *Por.:* princípio de inércia neurônica.

Principio de funcionamiento del sistema neurónico, postulado por Freud en el *Proyecto de psicología científica* (*Entwurf einer Psychologie*, 1895): las neuronas tienden a evacuar completamente las cantidades de energía que reciben.

En el *Proyecto de psicología científica*, Freud enuncia un principio de inercia como principio de funcionamiento de lo que él llama entonces sistema neurónico. No utilizará esta expresión en los textos metapsicológicos ulteriores. Esta noción pertenece al período de elaboración de la concepción freudiana del aparato psíquico. Es sabido que Freud describe en el *Proyecto* un sistema neurónico que comporta dos conceptos fundamentales: el de neurona y el de cantidad. Se supone que la cantidad circula por el sistema, siguiendo una determinada vía entre las bifurcaciones sucesivas de las neuronas en función de la resistencia («barrera de contacto») o de la facilitación* que exista en el paso de un elemento neurónico a otro. Es evidente la analogía existente entre esta descripción, efectuada en un lenguaje neurofisiológico, y las descripciones ulteriores del aparato psíquico que también hacen intervenir dos elementos: las representaciones agrupadas en cadenas o en sistemas y la energía psíquica.

El antiguo concepto de principio de inercia tiene el interés de que

contribuye a precisar el sentido de los principios económicos fundamentales que presiden el funcionamiento del aparato psíquico.

La inercia, en física, consiste en que «[...] un punto libre de toda conexión mecánica y que no esté sometido a ninguna acción conserva indefinidamente la misma velocidad en magnitud y en dirección (incluido el caso en que esta velocidad es nula, es decir, en que el cuerpo está en reposo) (1).

1. El principio enunciado por Freud respécto al sistema neurónico presenta una indudable analogía con el principio físico de inercia. Se formula así: «Las neuronas tienden a desembarazarse de la cantidad» (2).

El modelo de un funcionamiento de este tipo lo proporciona cierta concepción del reflejo: en el arco reflejo se considera que la cantidad de excitación recibida por la neurona sensitiva se descarga totalmente en el extremo motor. De un modo más general, para Freud, el aparato neurónico se comporta como si tendiera no sólo a descargar las excitaciones, sino también a mantenerse alejado de las fuentes de excitación. Respecto de las excitaciones internas, el principio de inercia ya no puede funcionar sin experimentar una profunda modificación; en efecto, para que exista descarga adecuada, es necesaria una acción específica*, que, para llevarse a cabo, exige una cierta reserva de energía.

2. Es bastante laxa la relación existente entre el empleo freudiano de la noción de principio de inercia y el que se hace en física:

a) En física, la inercia constituye una propiedad de los cuerpos en movimiento, mientras que, para Freud, no es una propiedad del *móvil* considerado, es decir, la excitación, sino una tendencia activa del *sistema* en el cual se desplazan las cantidades.

b) En física el principio de inercia constituye una ley universal, inherente a los fenómenos considerados y que puede verse actuar incluso en las manifestaciones que, para el observador corriente, la contradicen. Por ejemplo, el movimiento de un proyectil tiende aparentemente a detenerse por sí mismo, pero la física muestra que este paro es debido a la resistencia del aire y que, hecha abstracción de este factor contingente, no se discute en absoluto la validez de la ley de inercia. Por el contrario, en las transposiciones psicofisiológicas de Freud, el principio de inercia ya no es constitutivo del orden natural considerado; puede ser contrarrestado por otro modo de funcionamiento que limita su campo de aplicación. Así, la formación de grupos de neuronas de catexis constante supone la regulación por una ley (ley de constancia) que se opone al flujo libre de la energía. Sólo mediante una especie de deducción que apela a una finalidad, Freud puede sostener que el principio de inercia utiliza para sus fines una cierta acumulación de energía.

c) Este paso del mecanismo a la finalidad vuelve a encontrarse en el hecho de que Freud deduce del principio de la descarga de la excitación una tendencia a la evitación de toda fuente de excitación.

3. Se concibe que Freud, en la medida que intentaba mantenerse a un cierto nivel de verosimilitud biológica, se viera obligado inmediatamente a introducir considerables alteraciones en el principio de inercia. En efecto, ¿cómo podría sobrevivir un organismo que funcionase según este principio?; ¿cómo podría *existir*, si la noción misma de organismo supone el mantenimiento de una diferencia estable de nivel energético con respecto a su ambiente?

Sin embargo, a nuestro modo de ver, las contradicciones que se aprecian en el concepto freudiano de principio de inercia neurónica, no deben invalidar la intuición básica subyacente a su empleo. Esta intuición va ligada al descubrimiento del inconsciente; lo que Freud traduce en términos de libre circulación de energía en las neuronas no es más que la transposición de su experiencia clínica: la libre circulación del sentido que caracteriza el proceso primario*.

En tal medida, el principio de nirvana, aparece mucho más tarde en la obra de Freud, puede considerarse como una reafirmación, en un momento decisivo del pensamiento freudiano («vuelta» de los años 20), de la intuición fundamental que guiaba ya la enunciación del principio de inercia.

PRINCIPIO DE NIRVANA

= *Al.*: Nirwanaprinzip. — *Fr.*: principe de nirvana. — *Ing.*: Nirvana principle. — *It.*: principio del Nirvana. — *Por.*: princípio de nirvana.

Término propuesto por Barbara Low y recogido por Freud para designar la tendencia del aparato psíquico a reducir a cero o, por lo menos, a disminuir lo más posible en sí mismo toda cantidad de excitación de origen externo o interno.

El término «nirvana», difundido en Occidente por Schopenhauer, está tomado de la religión budista, en la cual designa la «extinción» del deseo humano, la aniquilación de la individualidad, que se funde en el alma colectiva, un estado de quietud y felicidad perfectas.

En *Más allá del principio del placer* (*Jenseits des Lustprinzips*, 1920), Freud, recogiendo la expresión propuesta por la psicoanalista inglesa Barbara Low, enuncia el principio de nirvana como una «[...] tendencia a la reducción, a la constancia, a la supresión de la tensión de excitación interna» (1). Esta formulación es idéntica a la que Freud da, en el mismo texto, del principio de constancia, e implica, por consiguiente, la ambigüedad de considerar como equivalentes la tendencia a mantener constante un cierto nivel y la tendencia a reducir a cero toda excitación (*para la discusión de este punto, véase:* Principio de constancia).

Con todo, no es indiferente observar que Freud introduce el término «nirvana», con su resonancia filosófica, en un texto en el que se adentra ampliamente en un camino especulativo; en el nirvana hindú o schopenhaueriano Freud ve una correspondencia con la noción de pulsión de muerte*. Esta correspondencia se subraya en *El problema económico del masoquismo* (*Das ökonomische Problem des Masochismus*, 1924):

«El principio de nirvana expresa la tendencia de la pulsión de muerte» (2). En este sentido, el «principio de nirvana» designa algo distinto a una ley de constancia o de homeostasis: la tendencia radical a llevar la excitación al nivel cero, como Freud la había ya enunciado con el nombre de «principio de inercia»*.

Por otra parte, la noción de nirvana sugiere una profunda ligazón entre el placer y la aniquilación, ligazón que Freud consideró siempre problemática (*véase:* Principio de placer).

PRINCIPIO DE PLACER

= *Al.:* Lustprinzip. — *Fr.:* principe de plaisir. — *Ing.:* pleasure principle. — *It.:* principio di piacere. — *Por.:* princípio de prazer.

Uno de los dos principios que, según Freud, rigen el funcionamiento mental: el conjunto de la actividad psíquica tiene por finalidad evitar el displacer y procurar el placer. Dado que el displacer va ligado al aumento de las cantidades de excitación, y el placer a la disminución de las mismas, el principio de placer constituye un principio económico.

La idea de basar en el placer un principio regulador del funcionamiento mental dista de ser propia de Freud. Fechner, cuyas ideas ya es sabido hasta qué punto pudieron influir sobre Freud, había enunciado un «principio del placer de la acción» (1 *a*). Por él entendía, a diferencia de las doctrinas hedonistas tradicionales, no que la finalidad perseguida por la acción humana sea el placer, sino que nuestros actos vienen determinados por el placer o displacer producidos *en el presente* por la representación de la acción a realizar o de sus consecuencias. Hace observar también que estas motivaciones pueden no ser percibidas conscientemente: «[...] es natural que, cuando los motivos se pierden en el inconsciente, lo mismo sucede con el placer y el displacer» (1 *b*) (α).

Esta característica de motivación actual se encuentra también en el centro de la concepción freudiana: el aparato psíquico* viene regulado por la evitación o la evacuación de la tensión displacentera. Se observará que el principio es designado primeramente como «principio de displacer» (2 *a*): la motivación es el displacer actual y no la perspectiva del placer a obtener. Se trata de un mecanismo de regulación «automática» (2 *b*).

El concepto de principio de placer persistió sin grandes variaciones a todo lo largo de la obra freudiana. En cambio, lo que constituye un problema para Freud y recibe distintas respuestas, es la situación de este principio en relación con otras referencias teóricas.

Una primera dificultad, que ya se aprecia en la enunciación misma del principio, se relaciona con la definición del placer y del displacer. Una de las hipótesis constantes de Freud, dentro del marco de su modelo del aparato psíquico, pretende que, en los comienzos de su funcionamiento, el sistema percepción-conciencia sería sensible a una gran diversidad de cualidades provenientes del mundo exterior, mientras que del

interior sólo percibiría los aumentos y disminuciones de tensión, que se traducen en una sola gama cualitativa: la escala placer-displacer (2 *c*) (β). ¿Podemos entonces atenernos a una definición puramente económica, según la cual placer y displacer sólo serían la traducción cualitativa de modificaciones cuantitativas? Por otra parte, ¿cuál es la correlación exacta entre estos dos aspectos, cualitativo y cuantitativo? Freud subrayó cada vez más la dificultad que él había encontrado en dar una respuesta sencilla a este problema. Si bien, en una primera etapa, se contentó con enunciar una equivalencia entre el placer y la reducción de tensión, y entre el displacer y el aumento de esta última, muy pronto dejó de considerar esta relación como evidente y simple: «[...] no olvidemos el carácter altamente impreciso de esta hipótesis, mientras no logremos descubrir la naturaleza de la relación existente entre placer-displacer y las variaciones en las cantidades de excitación que actúan sobre la vida psíquica. Lo que es seguro es que, si tales relaciones pueden ser muy diversas, en todo caso no pueden ser muy simples» (3).

Apenas hallamos en Freud unas cuantas indicaciones referentes al tipo de función de que se trata. En *Más allá del principio del placer* (*Jenseits des Lustprinzips*, 1920), señala la conveniencia de distinguir entre displacer y sentimiento de tensión: existen tensiones placenteras. «La sensación de tensión no podría relacionarse con la magnitud absoluta de la catexis, eventualmente con su nivel, mientras que la gradación placer-displacer indicaría la modificación de la cantidad de catexis en la unidad de tiempo» (4 *a*). Asimismo un factor temporal, el ritmo, se toma en consideración en un texto ulterior, al mismo tiempo que se vuelve a conceder valor al aspecto esencialmente cualitativo del placer (5 *a*).

A pesar de las dificultades existentes en encontrar equivalentes cuantitativos exactos a los estados cualitativos que son el placer y el displacer, es evidente el interés que tiene, para la teoría psicoanalítica, una interpretación económica de estos estados; permite enunciar un principio válido tanto para las instancias inconscientes de la personalidad como para sus aspectos conscientes. Así, por ejemplo, el hablar de un placer inconsciente en relación con un síntoma manifiestamente penoso puede plantear objeciones a nivel de la descripción psicológica. Al situarse en el punto de vista de un aparato psíquico y de las modificaciones energéticas que en él se producen, Freud dispone de un modelo que le permite considerar cada subestructura como regulada por el mismo principio que el conjunto del aparato psíquico, dejando en suspenso el difícil problema de determinar, para cada una de estas subestructuras, la modalidad y el momento en que un aumento de tensión se vuelve efectivamente motivante como displacer sentido. Este problema, sin embargo, no fue descuidado en la obra freudiana. Fue directamente considerado, a propósito del yo, en *Inhibición, síntoma y angustia* (*Hemmung, Symptom und Angst*, 1926) (concepción de la señal de angustia* como motivo de defensa).

Otro problema que, por lo demás, no deja de hallarse en conexión con el anterior, es el referente a la relación entre *placer* y *constancia*. En efecto, incluso una vez admitida la existencia de una significación eco-

nómica, cuantitativa, del placer, persiste el problema de saber si lo que Freud denomina principio de placer corresponde a un mantenimiento de la constancia del nivel energético o a una reducción radical de las tensiones al nivel más bajo. Numerosas formulaciones de Freud, que asimilan principio de placer y principio de constancia, hablan en el sentido de la primera solución. Pero, por el contrario, si se hace intervenir el conjunto de las referencias teóricas fundamentales de Freud (como se desprenden especialmente de textos como el *Proyecto de psicología científica* [*Entwurf einer Psychologie*, 1895] y *Más allá del principio del placer*), se aprecia que el principio de placer se halla más bien en oposición al mantenimiento de la constancia, ya sea porque corresponda al flujo libre de la energía, mientras que la constancia corresponde a la ligazón de ésta, ya sea porque, en último extremo, Freud llegue a preguntarse si el principio de placer no se encuentra «al servicio de la pulsión de muerte» (4 *b*, 5 *b*). Este problema lo discutimos más extensamente en el artículo «Principio de constancia».

El problema, frecuentemente debatido en psicoanálisis, de la existencia de un «más allá del principio de placer» sólo puede plantearse con validez una vez destacada plenamente la problemática que hace intervenir los conceptos de placer, constancia, ligazón, reducción de las tensiones a cero. En efecto, la existencia de principios o de fuerzas pulsionales que trascienden el principio de placer sólo es defendida por Freud cuando opta por una interpretación de éste que tiende a confundirlo con el principio de constancia. Cuando, por el contrario, se tiende a asimilar el principio de placer a un principio de reducción a cero (principio de nirvana), no se discute su carácter último y fundamental (*véase especialmente:* Pulsión de muerte).

La noción de principio de placer interviene principalmente en la teoría psicoanalítica en conexión con el de principio de realidad. Asimismo, cuando Freud enuncia en forma explícita los dos principios de funcionamiento psíquico, lo que propone es este gran eje de referencia. En un principio las pulsiones sólo buscarían descargarse, satisfacerse por los caminos más cortos. Progresivamente efectuarían el aprendizaje de la realidad, que es el único que permite, a través de los rodeos y aplazamientos necesarios, alcanzar la satisfacción buscada. En esta tesis simplificada se ve cómo la relación placer-realidad plantea un problema que a su vez depende de la significación que se atribuya, en psicoanálisis, a la palabra placer. Si entendemos esencialmente por placer la satisfacción de una necesidad, cuyo modelo lo constituiría la satisfacción de las pulsiones de autoconservación, la oposición principio de placer-principio de realidad no ofrece nada de radical, tanto más cuanto que fácilmente puede admitirse la existencia en el organismo vivo de una dotación natural, de predisposiciones que hacen del placer una guía de vida, subordinándolo a comportamientos y funciones adaptativas. Pero si el psicoanálisis ha situado en primer plano la noción de placer, lo ha hecho en un contexto totalmente distinto, en el que aparece, por el contrario, como ligado a procesos (experiencia de satisfacción), a fenómenos (el sueño) cuyo carácter *arreal* es evidente. Dentro de esta perspectiva, los

dos principios aparecen como fundamentalmente antagonistas, por cuanto la realización de un deseo inconsciente *(Wunscherfüllung)* respondería a diferentes exigencias y funcionaría según otras leyes que la satisfacción *(Befriedigung)* de las necesidades vitales (*véase:* Pulsiones de autoconservación).

(α) Resulta interesante hacer observar que Fechner no puso explícitamente en relación su «principio de placer» con su «principio de estabilidad». Freud se refiere sólo a este último.

(β) Se trata de un modelo simplificado. En efecto, Freud se vio obligado a explicar una serie de fenómenos «cualitativos», que no provienen de una percepción externa actual: lenguaje interior, imagen-recuerdo, sueño y alucinación. En un último análisis, para él, las cualidades vienen siempre proporcionadas por una excitación actual del sistema perceptivo. Las dificultades de esta concepción (que, entre el lenguaje interior y la alucinación, apenas deja lugar para lo que, desde Sartre, se llama «imaginario») se ponen especialmente de manifiesto en la *Adición metapsicológica a la teoría de los sueños* (*Metapsychologische Ergänzung zur Traumlehre*, 1915) (*véase también:* Huella mnémica).

PRINCIPIO DE REALIDAD

= *Al.:* Realitätsprinzip. — *Fr.:* principe de réalité. — *Ing.:* principle of reality. — *It.:* principio di realtà. — *Por.:* princípio de realidade.

Uno de los dos principios que, según Freud, rigen el funcionamiento mental. Forma un par con el principio del placer, al cual modifica: en la medida en que logra imponerse como principio regulador, la búsqueda de la satisfacción ya no se efectúa por los caminos más cortos, sino mediante rodeos, y aplaza su resultado en función de las condiciones impuestas por el mundo exterior.

Considerado desde el punto de vista económico, el principio de realidad corresponde a una transformación de la energía libre en energía ligada*; desde el punto de vista tópico, caracteriza esencialmente el sistema preconsciente-consciente; desde el punto de vista dinámico, el psicoanálisis intenta basar el principio de realidad sobre cierto tipo de energía pulsional que se hallaría más especialmente al servicio del yo (*véase:* Pulsiones del yo).

Implícito desde las primeras elaboraciones metapsicológicas de Freud, el principio de realidad es enunciado como tal en 1911 en *Formulaciones sobre los dos principios del funcionamiento psíquico (Formulierungen über die zwei Prinzipien des psychischen Geschehens);* desde un punto de vista genético, se relaciona con el principio de placer, al que sucede. El lactante intentaría primeramente encontrar, en forma alucinatoria, una posibilidad de descargar de un modo inmediato la tensión pulsional (*véase:* Experiencia de satisfacción): «[...] sólo la ausencia persistente de la satisfacción esperada, la decepción, ha conducido a abandonar esta tentativa de satisfacción por medio de la alucinación. En su lugar, el aparato psíquico hubo de decidirse a representar el estado real del mundo exterior y a buscar una modificación real. Se introduce así un nuevo principio de la actividad psíquica: lo que se representa no es más lo agradable, sino lo real, incluso aunque sea desagradable» (1 *a*). El principio de realidad, principio regulador del funcionamiento psíquico, aparece secundariamente como una modificación del principio de placer, que en los comienzos es el que domina; su instauración corres-

ponde a una serie de adaptaciones que debe experimentar el aparato psíquico: desarrollo de las funciones conscientes, atención, juicio, memoria; sustitución de la descarga motriz por una acción encaminada a lograr una transformación apropiada de la realidad; nacimiento del pensamiento, el cual se define como una «actividad de prueba» en la que se desplazan pequeñas cantidades de catexis, lo que supone una transformación de la energía libre*, que tiende a circular sin trabas de una representación a otra, en energía ligada* (*véase:* Identidad de percepción-Identidad de pensamiento). El paso del principio de placer al principio de realidad no suprime, sin embargo, el primero. Por una parte, el principio de realidad asegura la obtención de las satisfacciones en lo real; por otra parte, el principio de placer continúa imperando en todo un campo de actividades psíquicas, especie de territorio reservado, entregado al fantasma y que funciona según las leyes del proceso primario*: el inconsciente*.

Tal es el modelo más general elaborado por Freud en el marco de lo que él mismo denominó «psicología genética» (1 *b*). Freud indica que este esquema se aplica de distinta forma según que se considere la evolución de las pulsiones sexuales o la de las pulsiones de autoconservación*. Así como éstas, en su desarrollo, llegan progresivamente a reconocer de un modo pleno el dominio del principio de realidad, las pulsiones sexuales se «educarían» con retraso y siempre en forma imperfecta. De ello resultaría, secundariamente, que las pulsiones sexuales seguirían siendo el dominio preferente del principio de placer, mientras que las pulsiones de autoconservación representarían rápidamente, dentro del aparato psíquico, las exigencias de la realidad. En definitiva, el conflicto psíquico entre el yo y lo reprimido tendría su raíz en el dualismo pulsional, correspondiendo éste al dualismo de los principios.

A pesar de su aparente simplicidad, esta concepción plantea dificultades sobre las que ya llaman la atención numerosas indicaciones dadas en su obra por el mismo Freud.

1.ª En lo que respecta a las pulsiones, resulta poco satisfactoria la idea de que pulsiones sexuales y pulsiones de autoconservación evolucionan según un mismo esquema. Es difícil ver cuál sería para las pulsiones de autoconservación esta primera etapa regulada únicamente por el principio de placer: ¿no se hallan orientados desde un principio hacia el objeto real satisfactorio, como el propio Freud indicó para diferenciarlas de las pulsiones sexuales? (2). Y a la inversa, el nexo entre la sexualidad* y la fantasía* es tan fundamental que la idea de un aprendizaje progresivo de la realidad resulta aquí muy discutible, como atestigua, por lo demás, la experiencia analítica.

A menudo se ha planteado la cuestión de cómo el niño, si es capaz de satisfacerse a voluntad en forma alucinatoria, ha de recurrir alguna vez a buscar un objeto real. Este difícil problema se esclarece mediante la concepción que hace surgir la pulsión sexual de la pulsión de autoconservación en una relación doble de apoyo* y de separación. Esquemáticamente, las funciones de autoconservación ponen en marcha dispositivos de comportamiento, esquemas perceptivos que desde un principio apuntan, aunque sea en forma torpe, hacia un objeto real adecuado (el pecho, el alimento). La pulsión sexual nace de forma marginal durante la realización de esta función natural; sólo se vuelve verdaderamente autónoma en el movimiento que lo separa de la función y del objeto, repitiendo el placer en forma de autoerotismo* y apuntando en lo sucesivo a las representaciones electivas que se organizan en forma de fantasía. Desde este punto de vista, como puede apreciarse, la ligazón entre los dos tipos de pulsiones consideradas y los dos principios, no constituye en modo alguno una adquisición secundaria: desde el comienzo existe un íntimo nexo entre autoconservación y realidad; y a la inversa, el momento en que emerge la sexualidad coincide con el de la fantasía y la realización alucinatoria del deseo.

2.ª A menudo se ha atribuido a Freud, y se ha criticado, la idea de que el ser humano debería salir de un hipotético estado en el que realizaría una especie de sistema cerrado consagrado sólo al placer «narcisista»*, para llegar, no se sabe por qué camino, a la realidad. Esta suposición es desmentida por varias formulaciones freudianas: desde un principio existe, por lo menos en ciertos sectores, especialmente el de la percepción, un acceso a lo real. ¿Esta contradicción no tiene su origen en el hecho de que, en el campo de la investigación psicoanalítica, la problemática de lo real se plantea en términos totalmente distintos de los de una psicología que tiene por objeto el análisis del comportamiento del niño? Lo que Freud establecería indebidamente como una generalidad válida para el conjunto de la génesis del sujeto humano, recobraría su valor al nivel, desde un principio *arreal*, del deseo inconsciente. En la evolución de la sexualidad humana, en su estructuración por el complejo de Edipo*, Freud busca las condiciones del acceso a lo que él denomina «pleno amor de objeto». Difícilmente puede captarse la significación de un principio de realidad capaz de modificar el curso del deseo sexual aparte de esta referencia a la dialéctica del Edipo y a las identificaciones* correlativas de éste (*véase:* Objeto).

3.ª Freud atribuye un papel importante a la noción de *prueba de realidad**, aunque no elaboró nunca una teoría coherente de ella ni mostró bien su relación con el principio de realidad. En el empleo de este concepto se ve todavía de un modo más manifiesto cómo puede abarcar dos direcciones muy distintas de pensamiento: una teoría genética del aprendizaje de la realidad, de un sometimiento de la pulsión a la prueba de la realidad (como si aquél procediera por «ensayos y errores») y una teoría casi trascendental que trata de la constitución del objeto a través de toda una serie de oposiciones: interior-exterior, placentero-displacentero, introyección-proyección. (*Para la discusión de este problema, véase:* Prueba de realidad y Yo-placer, Yo-realidad.)

4.ª En la medida en que Freud, con su última tópica, define el *yo* como una diferenciación del ello que resultaría del contacto directo con la realidad exterior, hace de él la instancia cuya misión sería garantizar el imperio del principio de realidad. El yo «[...] intercala, entre la reivindicación pulsional y la acción que procura la satisfacción, la actividad de pensamiento, que, orientada en el presente y utilizando las experiencias anteriores, intenta adivinar, mediante acciones de prueba, el resul-

tado de los proyectos considerados. De este modo el yo llega a descubrir si la tentativa de obtener la satisfacción debe efectuarse o aplazarse, o si la exigencia pulsional no debe ser simplemente suprimida como peligrosa (*principio* de realidad)» (3). Esta formulación representa la expresión más franca de la tentativa de Freud de hacer depender del yo las funciones adaptativas del individuo (*véase:* Yo, *comentario* VI). Esta concepción despierta dos tipos de reservas: por una parte, no es seguro que el aprendizaje de las exigencias de la realidad deba atribuirse enteramente a una instancia de la personalidad psíquica cuya génesis y función se hallan también marcadas por identificaciones y conflictos; por otra, en el campo propio del psicoanálisis, la noción de realidad ¿no ha sido profundamente renovada por descubrimientos tan fundamentales como la del complejo de Edipo y la de una constitución progresiva del objeto libidinal? Lo que en psicoanálisis se entiende por «acceso a la realidad» no puede reducirse a la idea de un poder de discriminación entre lo irreal y lo real ni a la de una puesta a prueba de los fantasmas y deseos inconscientes al contacto con un mundo exterior que, en definitiva, sería el único soberano.

PROCESO PRIMARIO, PROCESO SECUNDARIO

= *Al.:* Primärvorgang, Sekundärvorgang. — *Fr.:* processus primaire, processus secondaire. — *Ing.:* primary process, secondary process. — *It.:* processo primario, processo secondario. — *Por.:* processo primário, processo secundário.

Son los dos modos de funcionamiento del aparato psíquico, tal como fueron descritos por Freud. Pueden ser radicalmente distinguidos:

a) desde el punto de vista *tópico:* el proceso primario caracteriza el sistema inconsciente, mientras que el proceso secundario caracteriza el sistema preconsciente-consciente.

b) desde el punto de vista *económico-dinámico:* en el caso del proceso primario, la energía psíquica fluye libremente, pasando sin trabas de una representación a otra según los mecanismos del desplazamiento y de la condensación; tiende a recatectizar plenamente las representaciones ligadas a las experiencias de satisfacción constitutivas del deseo (alucinación primitiva). En el caso del proceso secundario, la energía es primeramente «ligada» antes de fluir en forma controlada; las representaciones son catectizadas de una forma más estable, la satisfacción es aplazada, permitiendo así experiencias mentales que ponen a prueba las distintas vías de satisfacción posibles.

La oposición entre proceso primario y proceso secundario es correlativa de la existente entre principio de placer y principio de realidad.

La distinción freudiana entre proceso primario y proceso secundario es contemporánea del descubrimiento de los procesos inconscientes, al que aporta su primera expresión teórica. Se presenta a partir del *Proyecto de psicología científica* (*Entwurf einer Psychologie*, 1895), es desarrollada en el capítulo VII de *La interpretación de los sueños* (*Die Traumdeutung*, 1900) y continuará siendo una referencia inmutable del pensamiento freudiano.

El estudio de la formación de los síntomas y el análisis de los sueños conducen a Freud a reconocer un tipo de funcionamiento mental que presenta sus mecanismos propios, regido por ciertas leyes y muy diferente de los procesos de pensamiento que se ofrecen a la observación psicológica tradicional. Este modo de funcionamiento, que el sueño pone especialmente en evidencia, no se caracteriza, como afirmaba la psicología clásica, por una ausencia de sentido, sino por un deslizamiento incesante de éste. Los mecanismos que intervienen son, por una parte, el desplazamiento*, en virtud del cual a una representación, a menudo de apariencia insignificante, puede atribuírsele el valor psíquico, la significación, la intensidad originalmente atribuidas a otra; por otra parte, la condensación*: en una representación única pueden confluir todas las significaciones expresadas por las cadenas asociativas que vienen a cruzarse en ella. La sobredeterminación* del síntoma ofrece otro ejemplo de este modo de funcionamiento propio del inconsciente.

También fue el modelo del sueño el que condujo a Freud a postular que el objetivo del proceso inconsciente consistía en establecer, por las vías más cortas, una identidad de percepción*, a saber, reproducir, en forma alucinatoria, las representaciones a las que ha conferido un valor privilegiado la experiencia de satisfacción* original.

En oposición a tal tipo de funcionamiento mental, pueden describirse como procesos secundarios las funciones clásicamente descritas en psicología como el pensamiento vigil, la atención, el juicio, el razonamiento, la acción controlada. En el proceso secundario, lo que se busca es la identidad de pensamiento*: «El pensamiento debe interesarse en las vías de ligazón entre las representaciones, sin dejarse engañar por su intensidad» (1). Desde este punto de vista, el proceso secundario constituye una modificación del proceso primario. Cumple una función reguladora, que se ha vuelto posible por la constitución del yo, cuyo principal papel consiste en inhibir el proceso primario (*véase:* Yo). Con todo, no pueden describirse como proceso secundario todos los procesos en los que interviene el yo. Desde un principio Freud señaló cómo el yo sufría la influencia del proceso primario, especialmente en los tipos de defensa patológicos. En tales casos, el carácter primario de la defensa se caracteriza clínicamente por su aspecto compulsivo y, en términos económicos, por el hecho de que la energía puesta en juego busca descargarse de forma total, inmediata, por las vías más cortas (α):

«La catexis del deseo que llega hasta la alucinación, el pleno desarrollo de displacer que implica que la defensa sea plenamente consumida, los designamos con el término *procesos psíquicos primarios;* por el contrario, los procesos que hacen posible únicamente una buena catexis del yo y que representan una moderación de los anteriores, los designamos como *procesos psíquicos secundarios*» (2 *a*).

La oposición entre proceso primario y proceso secundario corresponde a la existente entre los dos modos de circulación de la energía psíquica: energía libre y energía ligada*. Asimismo guarda un paralelismo con la oposición entre principio de placer y principio de realidad*.

Los términos «primario» y «secundario» poseen implicaciones temporales, es decir, genéticas. Estas implicaciones se acentúan en Freud dentro del marco de la segunda teoría del aparato psíquico, en la cual el

yo se define como el resultado de una diferenciación progresiva con respecto al ello*.

Pero el problema se halla presente ya desde el primer modelo teórico freudiano. Así, en el *Proyecto*, los dos tipos de procesos parecen corresponder, no solamente a los modos de funcionamiento a nivel de la representación, sino a dos *etapas* en la diferenciación del aparato neuronal e incluso en la evolución del organismo. Freud distingue una «función primaria», en la que el organismo, y aquella parte especializada del mismo que es el sistema neuronal, funcionan según el modelo del «arco reflejo»: descarga inmediata y total de la cantidad de excitación, y una «función secundaria»: huida de las excitaciones externas, acción específica que es la única capaz de poner término a la tensión interna y que presupone un cierto almacenamiento de energía: «[...] todas las realizaciones del sistema neuronal deben ser consideradas ya desde el punto de vista de la función primaria, ya desde el de la función secundaria impuesta por la necesidad de la vida [*Not des Lebens*] (2 *b*). Difícilmente Freud podía escapar a lo que se le aparecía como una exigencia científica fundamental: insertar su descubrimiento de los procesos psíquicos primario y secundario en una concepción biológica que hace intervenir los modos de respuesta de un organismo al aflujo de excitación. Esta tentativa trae como consecuencia afirmaciones poco sostenibles desde el punto de vista biológico: por ejemplo, el arco reflejo concebido como transmitiendo a su extremidad motriz la misma cantidad de excitación que ha recibido en su extremidad sensorial, o, a un nivel más fundamental, la idea de que un organismo atraviese una etapa durante la cual funcionaría según el único principio de la evacuación total de la energía que recibe, de tal forma que, paradójicamente, sería la «necesidad de la vida» la que posibilitaría el advenimiento del ser vivo (*véase:* Principio de constancia).

Con todo, se observará que, incluso cuando Freud se halla más cerca de sus modelos biológicos, no asimila las «funciones» primaria y secundaria del organismo a los «procesos» primario y secundario, de los cuales hace dos modalidades de funcionamiento del psiquismo, del sistema ψ (2 *c*).

(α) En el *Proyecto*, Freud califica asimismo el proceso primario de proceso «pleno» o total (*voll*).

PROTECTOR O PROTECCIÓN CONTRA LAS EXCITACIONES

= *Al.:* Reizschutz. — *Fr.:* pare-excitations. — *Ing.:* protective shield. — *It.:* apparato protettivo contro lo stimolo. — *Por.:* páraexcitações.

Término utilizado por Freud, dentro del marco de un modelo psicofisiológico, para designar una determinada función y el aparato que le sirve de soporte. La función consiste en proteger (*schützen*) al organismo contra las excitaciones provenientes del mundo exterior que, por su intensidad, ofrecerían el peligro de destruirlo. Este aparato se concibe como una capa superficial que envuelve al organismo y filtra pasivamente las excitaciones.

El término *Reizschutz* significa literalmente protección contra la excitación; Freud lo introduce en *Más allá del principio del placer* (*Jenseits des Lutsprinzips*, 1920) y lo utiliza especialmente en *Nota sobre el «bloc de notas mágico»* (*Notiz über den «Wunderblock»*, 1925) en *Inhibición, síntoma y angustia* (*Hemmung, Symptom und Angst*, 1926) para explicar una función protectora y, sobre todo, para designar un aparato especializado. Los traductores ingleses y franceses no siempre recurren al mismo término para estos diversos empleos. Nosotros consideramos preferible, para hacer resaltar mejor el concepto, buscar un equivalente del término freudiano, y proponemos el de *protector contra las excitaciones*.

Desde el *Proyecto de psicología científica* (*Entwurf einer Psychologie*, 1895), Freud postula la existencia de aparatos protectores frente a las excitaciones externas (*Quantitätsschirme*). Las cantidades de energía que actúan en el mundo exterior no son del mismo orden de magnitud que las que el aparato psíquico tiene por función descargar: de ahí la necesidad de que existan, en el límite entre lo externo y lo interno, «aparatos de terminación nerviosa» que «[...] sólo dejen pasar *fracciones* de las cantidades exógenas» (1). Frente a las excitaciones provenientes del interior del cuerpo, tales aparatos serían innecesarios, ya que las cantidades de energía que aquí intervienen son desde un principio del mismo orden de magnitudes que las que circulan entre las neuronas.

Observemos que Freud relaciona la existencia de aparatos protectores con la tendencia originaria del sistema neuronal a mantener la cantidad a cero (*Trägheitsprinzip:* Principio de inercia*).

En *Más allá del principio del placer*, Freud se basa, para ofrecer una teoría del trauma, en la representación simplificada de una vesícula viva. Ésta, para subsistir, debe rodearse de una capa protectora que pierde sus cualidades de substancia viva y se convierte en una barrera cuya función consiste en proteger la vesícula frente a las excitaciones exteriores, incomparablemente más intensas que las energías internas del sistema, aunque dejándolas pasar en una relación proporcional a su intensidad, de forma que el organismo reciba informaciones del mundo exterior. Dentro de esta perspectiva, el trauma puede definirse, en su primer tiempo, como una efracción, sobre una amplia extensión del protector contra las excitaciones.

Esta hipótesis de un protector contra las excitaciones forma parte de una concepción tópica: por debajo de esta capa protectora se encuentra una segunda capa, la capa receptora, definida en *Más allá del principio del placer* como el sistema Percepción-Conciencia. Freud comparará esta estructura por pisos a la de un «bloc de notas mágico».

Se observará que, si Freud, en los textos citados, niega la existencia de una protección frente a las excitaciones internas, ello se debe a que describe el aparato psíquico en una fase lógicamente anterior a la constitución de las defensas.

¿Qué sentido debe darse al protector contra las excitaciones? Para responder a esta pregunta, sería necesario tratar en su conjunto el problema del valor que debe concederse a los modelos fisiológicos. Limitémonos a señalar que frecuentemente Freud le atribuye una significación material: en el *Proyecto* alude a los órganos sensoriales receptores; en

Más allá del principio del placer sitúa los órganos de los sentidos bajo «el protector contra las excitaciones de todo el cuerpo *(allgemeiner Reizschutz)*», que aparece entonces como un tegumento (2). Pero también atribuye al protector contra las excitaciones una significación psicológica más amplia, que no implica un soporte corporal determinado, hasta reconocerle un papel puramente funcional: la protección contra la excitación viene asegurada por una catexis y un retiro de la catexis periódicos del sistema percepción-conciencia. Así, éste sólo extraería «muestras» del mundo exterior. El fraccionamiento de las excitaciones sería entonces el resultado, no de un dispositivo puramente espacial, sino de un modo de funcionamiento temporal que garantizaría una «inexcitabilidad pediódica» (3).

PROYECCIÓN

= *Al.*: Projektion. — *Fr.*: projection. — *Ing.*: projection. — *It.*: proiezione. — *Por.*: projeção.

A) Término utilizado, en un sentido muy general, en neurofisiología y en psicología para designar la operación mediante la cual un hecho neurológico o psicológico se desplaza y se localiza en el exterior, ya sea pasando del centro a la periferia, ya sea del sujeto al objeto. Este sentido implica acepciones bastante diferentes (*véase:* Comentario).

B) En sentido propiamente psicoanalítico, operación por medio de la cual el sujeto expulsa de sí y localiza en el otro (persona o cosa) cualidades, sentimientos, deseos, incluso «objetos», que no reconoce o que rechaza en sí mismo. Se trata de una defensa de origen muy arcaico que se ve actuar particularmente en la paranoia, pero también en algunas formas de pensamiento «normales», como la superstición.

I. La palabra *proyección* tiene en la actualidad un empleo muy extenso, tanto en psicología como en psicoanálisis; comporta diversas acepciones que se distinguen mal unas de otras, como hemos señalado a menudo. Conviene enumerar, manteniéndonos primeramente en un plano semántico, lo que se quiere significar por «proyección»:

a) En *neurología* se habla de proyección en un sentido que deriva del de la geometría, donde esta palabra designa una correspondencia punto por punto entre, por ejemplo, una figura en el espacio y una figura plana. Así, se dice que una determinada zona cerebral constituye la proyección de cierto aparato somático, receptor o efector: con ello se designa una correspondencia que puede establecerse según leyes definidas, ya sea punto por punto, ya sea de estructura a estructura, y tanto en una dirección centrípeta como centrífuga.

b) Una segunda acepción deriva de la anterior, si bien implica un movimiento del centro a la periferia. Así, en lenguaje psicofisiológico, se dice que las sensaciones olfativas, por ejemplo, se localizan por proyección a nivel del aparato receptor. En este mismo sentido Freud habla de una «sensación de comezón o de excitación de *origen central* proyectada en la zona erógena periférica» (1). Dentro de esta perspectiva, puede definirse la proyección «excéntrica», como lo hacen H. B. English y A. C. English, como «la localización de un dato sensorial en la posición que ocupa el objeto-estímulo en el espacio, y no en el punto de estimulación sobre el cuerpo» (2 *a*).

En *psicología* se habla de proyección para indicar los siguientes procesos:

c) El sujeto percibe el medio ambiente y responde al mismo en función de sus propios intereses, aptitudes, hábitos, estados afectivos duraderos o momentáneos, esperanzas, deseos, etc. Una tal correlación entre el *Innenwelt* y el *Umwelt* constituye una de las adquisiciones de la biología y de la psicología modernas, especialmente bajo el impulso de la «psicología de la forma». Se verifica a todos los niveles del comportamiento: un animal destaca en su campo perceptivo ciertos estímulos privilegiados que orientan todo su comportamiento; un hombre de negocios considerará todos sus objetos desde el punto de vista de lo que puede comprarse o venderse («deformación profesional»); el hombre de buen humor tiende a ver la vida «de color de rosa», etc. De un modo más profundo, las estructuras o rasgos esenciales de la personalidad pueden aparecer en el comportamiento manifiesto. Tal es el hecho que se encuentra en la base de las técnicas llamadas proyectivas: el dibujo del niño revela su personalidad; en las pruebas normalizadas que son los tests proyectivos propiamente dichos (por ejemplo Rorschach, T. A. T.), se sitúa al sujeto en presencia de situaciones poco estructuradas o de estímulos ambiguos, lo que permite «[...] leer, según las normas de desciframiento propias del tipo de material y de actividad creativa propuestos, ciertos rasgos de su carácter y ciertos sistemas de organización de su conducta y de sus emociones» (3).

d) El sujeto muestra, por su actitud, que asimila una determinada persona a otra: en tal caso se dice, por ejemplo, que «proyecta» la imagen de su padre sobre su jefe. De este modo se designa, en forma poco apropiada, un fenómeno que el psicoanálisis ha descubierto con el nombre de *transferencia*.

e) El sujeto se asimila a personas extrañas o, por el contrario, asimila a sí mismo otras personas o seres animados o inanimados. Así, se dice con frecuencia que el lector de novelas se proyecta en tal o cual protagonista y, en el otro sentido, que La Fontaine, por ejemplo, proyectó en los animales de sus *Fábulas* sentimientos y razonamientos antropomórficos. Este proceso debería incluirse más bien dentro de lo que los psicoanalistas llaman *identificación*.

f) El sujeto atribuye a otros las tendencias, deseos, etc., que él no reconoce en sí mismo; así, por ejemplo, el racista proyecta sobre el grupo odiado sus propios defectos y sus tendencias inconfesadas. Este sentido, que English y English designan como *disowning projection* (2 *b*), parece ser el más semejante a lo que Freud describió con el nombre de *proyección*.

II. Freud recurrió al concepto de proyección para explicar diversas manifestaciones de la psicología normal y patológica:

1) Inicialmente la proyección fue descubierta en la *paranoia*. Freud consagra a esta afección, a partir de 1895-1896, dos breves trabajos (4 *a*) y el capítulo III de sus *Nuevas observaciones sobre las psiconeurosis de defensa* (*Weitere Bemerkungen über die Abwehr-Neuropsychosen*, 1896). En ellos la proyección se describe como una defensa primaria que constituye un abuso de un mecanismo normal consistente en buscar en el exterior el origen de un displacer. El paranoico proyecta sus representaciones intolerables, que vuelven a él desde fuera en forma de reproches: «[...] el contenido efectivo permanece intacto, pero hay un cambio en el emplazamiento del conjunto» (4 *b*).

Siempre que Freud vuelve a ocuparse de la paranoia, recurre a la proyección, especialmente en el *Caso Schreber*. Pero no debe perderse de vista la forma como Freud limita en ella el papel de la proyección: ésta es sólo una parte del mecanismo de la defensa paranoica y no se halla igualmente presente en todas las formas de la enfermedad (5 *a*).

2) Freud describe en 1915 el conjunto de la construcción *fóbica* como una auténtica «proyección» en lo real del peligro pulsional: «El yo se comporta como si el peligro de desarrollo de la angustia no viniera de una moción pulsional, sino de una percepción, y en consecuencia puede reaccionar frente a este peligro exterior mediante las tentativas de huida que represetan las precauciones fóbicas» (6).

3) Freud ve intervenir la proyección en lo que designa como «celos proyectivos», que distingue tanto de los celos «normales» como del delirio celotípico paranoico (7): el sujeto se defiende de sus propios deseos de ser infiel atribuyendo la infidelidad a su cónyuge; al hacerlo así, desvía su atención de su propio inconsciente, la desplaza sobre el inconsciente del otro, y lo que gana en clarividencia sobre lo que concierne al otro es equiparable a su ignorancia respecto de sí mismo. En consecuencia, resulta a veces imposible y siempre ineficaz denunciar la proyección como una percepción errónea.

4) En varias ocasiones Freud insistió en el carácter *normal* del mecanismo de la proyección. Así, ve en la superstición, en la mitología, en el «animismo», una proyección. «El oscuro conocimiento (por así decirlo, la percepción endopsíquica) de los factores psíquicos y de las relaciones existentes en el inconsciente se refleja [...] en la construcción de una *realidad suprasensible* que debe ser retransformada por la ciencia en *psicología del inconsciente*» (8).

5) Finalmente, sólo en raras ocasiones Freud menciona la proyección en relación con la situación analítica. Nunca designa la transferencia en general como una proyección y sólo emplea este último término para indicar un fenómeno particular en relación con aquélla: el sujeto atribuye a su analista palabras o pensamientos que son en realidad los suyos propios (por ejemplo: «pensará usted que..., pero no es verdad») (9 *a*).

De esta enumeración se deduce que, si bien Freud encuentra la proyección en diversos campos, le atribuye un sentido bastante estricto. La proyección aparece siempre como una defensa, como la atribución a otro (persona o cosa) de cualidades, sentimientos, deseos, que el sujeto rechaza o no reconoce en sí mismo. El ejemplo del animismo es el que

mejor demuestra que Freud no usa la palabra *proyección* en el sentido de una simple asimilación del otro a sí mismo. En efecto, muy a menudo se ha intentado explicar las creencias animistas por la supuesta incapacidad de los primitivos de concebir la naturaleza de forma distinta según un modelo humano; asimismo, refiriéndose a la mitología, se dice con frecuencia que los antiguos «proyectaban» sobre las fuerzas de la naturaleza las cualidades y pasiones humanas. Freud (y ésta es su principal aportación) sostiene que una tal asimilación tiene su origen y su fin en un *desconocimiento:* los «demonios», los «aparecidos» encarnarían los malos deseos inconscientes.

III. En la mayoría de las ocasiones en que Freud habla de proyección, evita tratar el problema en su conjunto. Da una explicación de ello en el *Caso Schreber:* «[...] dado que la comprensión de la proyección implica un problema psicológico más general, nos decidimos a dejar de lado, para estudiarlo en otro lugar, el problema de la proyección y, junto con éste, el mecanismo de la formación del síntoma paranoico en general» (5 *b*). Tal estudio es posible que fuera escrito, pero jamás fue publicado. Con todo, en varios trabajos Freud dio indicaciones sobre la metapsicología de la proyección. Los elementos de su teoría y los problemas que ésta plantea podrían agruparse del siguiente modo:

1) La proyección encuentra su principio más general en la concepción freudiana de la pulsión. Ya es sabido que, según Freud, el organismo se halla sometido a dos tipos de excitaciones generadoras de tensión: unas de las que puede huir y protegerse, y otras de las que no puede escapar y frente a las que no existe, en principio, un aparato protector o «protección contra las excitaciones»*. Tal es el primer criterio de lo interior y de lo exterior. La proyección aparece entonces como el medio de defensa originaria frente a las excitaciones internas que por su intensidad se convierten en excesivamente displacenteras: el sujeto las proyecta al exterior, lo que le permite huir (precaución fóbica, por ejemplo) y protegerse de ellas. Existe «[...] una tendencia a tratarlas como si no actuasen desde el interior, sino desde el exterior, para poder utilizar contra ellas el medio de defensa representado por el protector contra las excitaciones. Tal es el origen de la proyección» (10). Tal beneficio tiene como contrapartida el hecho de que, como hizo observar Freud, el sujeto se ve obligado a conceder pleno crédito a lo que, en lo sucesivo, queda sometido a las categorías de lo real (4 *c*).

2) Freud atribuye un papel esencial a la proyección, asociada a la introyección*, en la génesis de la oposición sujeto (yo)-objeto (mundo exterior). El sujeto «[...] incorpora a su yo los objetos que se le presentan en tanto que son fuente de placer, los introyecta (según expresión de Ferenczi) y, por otra parte, expulsa de él lo que en su propio interior es motivo de displacer (mecanismo de la proyección)» (11). Este proceso de introyección y de proyección se expresa «en el lenguaje de la pulsión oral» (9 *b*), por la oposición ingerir-rechazar. Es ésta la etapa de lo que Freud denominó el «yo-placer purificado» (*véase:* Yo placer, Yo realidad). Los autores que consideran esta concepción freudiana en

una perspectiva cronológica se preguntan si el movimiento proyección-introyección presupone la diferenciación entre dentro y fuera, o si aquél constituye a ésta. Así, escribe Anna Freud: «Creemos que la introyección y la proyección aparecen en la época siguiente a la diferenciación del yo con respecto al mundo exterior» (12). Se opone, por lo tanto, a la escuela de Melanie Klein, que sitúa en primer plano la dialéctica de la introyección-proyección del objeto* «bueno» y «malo» y ve en ésta el verdadero fundamento de la diferenciación entre interior y exterior.

IV. Así, pues, Freud indicó ya cuál era, en su opinión, el ámbito metapsicológico de la proyección. Pero su concepción deja sin resolver una serie de problemas fundamentales, que no encuentran en sus obras una respuesta unívoca.

1) La primera dificultad se refiere a *lo que* se proyecta. Con frecuencia Freud describe la proyección como la deformación de un proceso normal que nos induce a buscar en el mundo exterior la *causa* de nuestros afectos: así es como parece concebir la proyección cuando se ocupa de ella en el caso de la fobia. Por el contrario, en el análisis del mecanismo paranoico, como se encuentra en el estudio del *Caso Schreber*, la apelación a la causalidad aparece como una racionalización *a posteriori* de la proyección: «[...] la afirmación "yo lo odio" se transforma por proyección en esta otra: "él me odia" (él me persigue), lo cual entonces me dará derecho a odiarlo» (5 *c*). En este caso es el *afecto* de odio (podríamos decir, la *pulsión* misma) lo que se proyecta. Finalmente, en algunos textos metapsicológicos, como *Las pulsiones y sus destinos* (*Triebe und Triebschicksale*, 1915) y *La negación* (*Die Verneinung*, 1925), es lo «odiado», lo «malo» lo que se proyecta. Nos acercamos aquí a una concepción «realista» de la proyección, que adquirirá su pleno desarrollo en M. Klein: para ésta, lo que se proyecta es el objeto «malo» (fantaseado), como si la pulsión o el afecto, para poder ser verdaderamente expulsados, debieran encarnarse necesariamente en un *objeto*.

2) Otra gran dificultad se pone de manifiesto en la concepción freudiana de la paranoia. En efecto, Freud no siempre sitúa en el mismo lugar la proyección en el conjunto del proceso defensivo de esta enfermedad. En los primeros trabajos en que trata de la proyección paranoica, la concibe como un mecanismo de defensa primario, cuya naturaleza se esclarece por oposición a la represión, que actúa en la neurosis obsesiva: en esta neurosis, la defensa primaria consiste en una represión en el inconsciente del conjunto del recuerdo patógeno y en la sustitución de éste por un «síntoma primario de defensa», la desconfianza de sí mismo. En la paranoia, la defensa primaria debe comprenderse en forma simétrica a la anterior: también hay represión, pero hacia el mundo exterior, y el síntoma primario de defensa lo constituye la desconfianza de los demás. El delirio se concibe como el fracaso de esta defensa y como el «retorno de lo reprimido», que vendría del exterior (4 *d*).

En el *Caso Schreber*, el lugar que ocupa la proyección es muy distinto; ésta se describe en el tiempo de la «formación del síntoma». Tal concepción llevaría a relacionar el mecanismo de la paranoia con el de

las neurosis: en un primer tiempo, el sentimiento intolerable (amor homosexual) sería reprimido hacia el interior, en el inconsciente, y transformado en su opuesto; en un segundo tiempo, sería proyectado hacia el mundo exterior: la proyección es aquí la forma en que retorna lo que ha sido reprimido en el inconsciente.

Esta diferencia en la concepción del mecanismo de la paranoia permite distinguir dos acepciones de la proyección:

a) un sentido comparable al cinematográfico: el sujeto envía fuera la imagen de lo que existe en él de forma inconsciente. Aquí la proyección se define como una forma de desconocimiento, que tiene por contrapartida el reconocimiento, en otra persona, de lo que precisamente se desconoce dentro del sujeto;

b) como un proceso de expulsión casi real: el sujeto arroja fuera de sí aquello que rechaza, volviéndolo a encontrar inmediatamente en el mundo exterior. Esquemáticamente podría decirse que aquí la proyección no se define como un «no querer saber», sino como un «no querer ser».

La primera perspectiva relaciona la proyección con una ilusión; la segunda, con una bipartición originaria del sujeto y del mundo exterior (*véase:* Repudio).

Este segundo enfoque no falta, por lo demás, en el estudio del *Caso Schreber*, como lo atestiguan las siguientes líneas: «No era exacto decir que la sensación suprimida en el interior se proyectaba al exterior; más bien reconocemos que lo que ha sido abolido [*aufgehobene*] en el interior vuelve desde el exterior» (5 *d*). Se observará que, en este pasaje, Freud designa con el nombre de proyección lo que acabamos de describir como una forma de simple desconocimiento; pero, en la misma medida, estima precisamente que aquélla ya no basta para explicar la psicosis.

3) Otra dificultad se encuentra en la teoría freudiana de la alucinación y del sueño como proyección. Si, como insiste Freud, es lo displacentero lo que se proyecta, ¿cómo explicar la proyección de un cumplimiento de deseo? Este problema no escapó a Freud, el cual le dio una respuesta que podría formularse así: si bien, en su contenido, el sueño realiza un deseo agradable, en su función primaria es defensivo: tiene por fin ante todo mantener a distancia lo que amenaza con perturbar el sueño: «[...] en lugar de la solicitación interna que aspiraba a ocupar [al durmiente] por completo, se ha instalado una experiencia externa, y él [el durmiente] se ha desembarazado de la solicitación de ésta. Un sueño es pues, también, entre otras cosas, una proyección: una exteriorización de un proceso interno» (13).

V. 1) Como vemos, a pesar de estas dificultades de fondo, la utilización freudiana del *término* «proyección» se halla claramente orientada. Se trata siempre de arrojar fuera lo que no se desea reconocer en sí mismo o ser uno mismo. Al parecer, este sentido de rechazo, de arrojar fuera, no era el preponderante antes de Freud en el empleo lingüístico,

como lo atestiguan, por ejemplo, las siguientes líneas de Renan: «El niño proyecta sobre todas las cosas lo maravilloso que lleva en sí mismo». Este empleo ha sobrevivido, como es natural, a la concepción freudiana y explica algunas ambigüedades actuales de la noción de proyección en psicología e incluso a veces entre los psicoanalistas (α).

2) Aunque nos esforcemos en conservar para la noción de proyección el sentido preciso que le da Freud, no es posible negar la existencia de todos los procesos que hemos clasificado y distinguido más arriba (*véase* I). Por otra parte, el psicoanalista no deja de señalar que la proyección, como rechazo, como desconocimiento, interviene en estos diversos procesos.

Ya la proyección, en un órgano corporal, de un estado de tensión, de un sufrimiento difuso, permite fijar éste y desconocer el verdadero origen (*véase más arriba* I, *b*).

Asimismo es fácil mostrar, a propósito de los tests proyectivos (*véase más arriba* I, *c*), que no se trata aquí solamente de una estructuración de los estímulos en concordancia con la estructura de la personalidad: el sujeto, de modo especial en las láminas del T. A. T., proyecta seguramente lo que él es, pero también lo que él no quiere ser. Cabría preguntarse si la técnica proyectiva no suscita en forma electiva el mecanismo de proyección de lo «malo» afuera.

Se observará también que un psicoanalista no asimilará la transferencia en su conjunto a una proyección (*véase más arriba* I, *d*); en cambio, reconocerá que la proyección puede intervenir en la transferencia. Así, por ejemplo, dirá que el sujeto proyecta sobre su analista su superyó, logrando, mediante esta expulsión, una situación más ventajosa, un alivio de su conflicto interno.

Finalmente, las relaciones entre la identificación y la proyección son muy complejas, en parte por la utilización imprecisa de la terminología. En ocasiones se dice indistintamente que el histérico, por ejemplo, *se proyecta en* o *se identifica con* un determinado personaje. La confusión es tal que Ferenczi habló incluso de introyección para designar este proceso. Sin que pretendamos en modo alguno exponer aquí la articulación de los dos mecanismos de la identificación y la proyección, cabe pensar que en el caso citado se efectúa un empleo abusivo del término «proyección». En efecto, sólo encontramos en él lo que se halla siempre implícito en la definición psicoanalítica de la proyección: una bipartición en el seno de la persona y el arrojar sobre otro la parte de sí mismo que ha sido rechazada.

(α) Una anécdota ilustrará esta confusión. Durante un coloquio entre filósofos de dos tendencias distintas, uno de los participantes declara: «¿No tenemos el mismo programa?». «I hope not» responde uno de los pertenecientes al grupo opuesto. En sentido psicológico corriente, se dirá que el primero ha «proyectado»; en sentido freudiano, cabe suponer que es el segundo el que ha proyectado, en la medida en que su actitud revela un hechazo radical de las ideas de su interlocutor, ideas que él teme encontrar en sí mismo.

PRUEBA DE REALIDAD

= *Al.:* Realitätsprüfung. — *Fr.:* épreuve de réalité. — *Ing.:* realitytesting. — *It.:* esame di realtà. — *Por.:* prova de realidade.

Proceso postulado por Freud, que permite al sujeto distinguir los estímulos procedentes del mundo exterior de los estímulos internos, y prevenir la posible confusión entre lo que el sujeto percibe y lo que meramente se representa, confusión que se hallaría en el origen de la alucinación.

El término *Realitätsprüfung* no aparece hasta 1911 en *Formulaciones sobre los dos principios del funcionamiento psíquico (Formulierung über die zwei Prinzipien des psychischen Geschehens)*, pero el problema que comporta se planteó a partir de los primeros escritos teóricos de Freud.

Uno de los presupuestos fundamentales del *Proyecto* de 1895 es el de que, en su origen, el aparato psíquico no dispone de un criterio para distinguir entre una *representación*, fuertemente catectizada, del objeto satisfactorio (*véase:* Experiencia de satisfacción) y la *percepción* de éste. Ciertamente, la percepción (que Freud adscribe a un sistema especializado del aparato neuronal) se halla en relación directa con los objetos exteriores reales y proporciona «signos de realidad», pero éstos pueden igualmente ser provocados por la catexis de un recuerdo, la cual, cuando es lo bastante intensa, conduce a la alucinación. Para que el signo de realidad (también llamado signo de cualidad) posea el valor de un criterio cierto, es necesario que se produzca una inhibición de la catexis del recuerdo o de la imagen, lo que supone la constitución de un yo.

Como puede verse, en esta etapa del pensamiento freudiano, no es una «prueba» lo que decide sobre la realidad de lo que se representa, sino un modo de funcionamiento interno del aparato psíquico. En *La interpretación de los sueños* (*Die Traumdeutung*, 1900), el problema se plantea en términos similares: la realización alucinatoria del deseo, especialmente en el sueño, se concibe como el resultado de una «regresión» tal que el sistema perceptivo se encuentra cargado por las excitaciones internas.

Solamente en el *Complemento metapsicológico a la teoría de los sueños* (*Metapsychologische Ergänzung zur Traumlehre*, 1917) se discute el problema en forma más sistemática:

1.° ¿Cómo una representación, en el sueño y en la alucinación, implica la creencia en su realidad? La regresión únicamente constituye una explicación en la medida en que existe no sólo una recatectización de imágenes mnémicas, sino también del propio sistema *Pc-Cs*.

2.° La prueba de realidad se define como un dispositivo (*Einrichtung*) que permite efectuar una discriminación entre las excitaciones externas, que pueden ser controladas por la acción motriz, y las excitaciones internas, que aquélla no puede suprimir. Este dispositivo se adscribe al sistema *Cs*, en tanto que éste gobierna la motilidad; Freud lo incluye «entre las grandes instituciones del yo» (1 *a*) (α).

3.° La prueba de realidad puede dejar de funcionar en las enferme-

dades alucinatorias y en el sueño, en la medida en que la desviación parcial o total de la realidad es correlativa de un estado de retiro de la catexis del sistema *Cs:* éste se encuentra entonces libre para cualquier catexis que le llegue desde dentro. «Las excitaciones que [...] han seguido la vía de la regresión encuentran esta vía libre hasta el sistema *Cs*, en el que adquirirán el valor de una realidad incontestable» (1 *b*).

Al parecer coexisten en este texto dos concepciones distintas de lo que permite discriminar entre percepción y representación de origen interno. Por una parte, una concepción económica: la diversa distribución de las catexis entre los sistemas explica la diferencia entre el sueño y el estado de vigilia. Por otra parte, dentro de una concepción más empirista, tal discriminación se efectuaría mediante una exploración motriz.

En uno de sus últimos trabajos, *Esquema del psicoanálisis* (*Abriss der Psychoanalyse*, 1938), Freud vuelve a este problema. La prueba de realidad se define como un «dispositivo especial» que sólo se vuelve necesario cuando ha aparecido la posibilidad de que los procesos internos informen a la conciencia en forma distinta a las simples variaciones cuantitativas de placer y de displacer (2 *a*). «Dado que las huellas mnémicas, sobre todo por su asociación a los restos verbales, pueden volverse conscientes al igual que las percepciones, subsiste aquí una posibilidad de confusión capaz de conducir a un desconocimiento de la realidad. El yo se protege de ella haciendo intervenir el dispositivo de *prueba de realidad* [...]» (2 *b*).

En este texto, Freud se aplica en deducir la razón de ser de la prueba de realidad, pero no a describir en qué consiste.

El término «prueba de realidad», muy a menudo utilizado en la literatura psicoanalítica con aparente acuerdo sobre su sentido, sigue siendo, de hecho, impreciso y confuso: se emplea en relación con diversos problemas, que conviene distinguir:

I. Si nos atenemos estrictamente a la formulación de Freud:

1.° la prueba de realidad es la más generalmente invocada a propósito de la distinción entre alucinación y percepción;

2.° no obstante, sería un error suponer que la prueba de realidad sea capaz de efectuar para el sujeto la discriminación entre la alucinación y la percepción. Cuando se ha instaurado el estado alucinatorio o el sueño, ninguna «prueba» permite suprimirlos. Parece, pues, que en los casos en los que la prueba de realidad debería teóricamente desempeñar una función discriminativa, se halla desprovista de eficacia (así, en el paciente alucinado, la acción motriz resulta inútil como medio de distinguir lo subjetivo de lo objetivo);

3.° en consecuencia, Freud se vio inducido a determinar las condiciones capaces de evitar la aparición misma del estado alucinatorio, es decir, de impedir el paso de la reviviscencia de la imagen a la creencia en la realidad de ésta. Pero aquí no se trata ya de una «prueba», ya que esta palabra lleva implícita la idea de una tarea que se desarrolla en el tiempo y que es susceptible de aproximación, ensayos y errores. Freud recurre entonces como principio explicativo a un conjunto de condiciones metapsicológicas, fundamentalmente económicas y tópicas.

II. Para salir de esta aporía, se podría intentar ver en el modelo freudiano de la satisfacción alucinatoria del lactante, no una explicación del hecho alucinatorio como aparece en clínica, sino una hipótesis genética en relación con la constitución del yo a través de las distintas modalidades de la oposición entre el yo y el no-yo.

Si se intenta esquematizar, con Freud, esta constitución (*véase:* Yo-placer, yo-realidad), pueden reconocerse en ella tres tiempos: un primer tiempo en el que el acceso al mundo real se halla fuera de toda problemática; «el yo-realidad del comienzo distingue lo interior de lo exterior según un buen criterio objetivo» (3). Existe una «ecuación percepción-realidad (mundo exterior)» (2 *c*). «Al principio, la existencia de la representación es una garantía de la realidad de lo representado» (4 *a*), mientras que, desde el interior, el yo sólo es informado, por las sensaciones de placer y de displacer, de los cambios cuantitativos de la energía pulsional.

En un segundo tiempo, llamado del «yo-placer», el par antitético ya no es el de lo subjetivo y lo objetivo, sino el de lo placentero y lo displacentero, siendo el yo idéntico a todo lo que constituye una fuente de placer, y el no-yo a todo lo displacentero. Freud no relaciona explícitamente esta etapa con la de la satisfacción «alucinada», pero parece que se está autorizado a hacerlo, puesto que, para el «yo-placer» no existe un criterio que permita distinguir si la satisfacción está o no ligada a un objeto exterior.

El tercer tiempo, denominado «yo-realidad definitivo» sería correlativo a la aparición de una distinción entre lo que es simplemente «representado» y lo que es «percibido». La prueba de realidad sería lo que permitiría esta distinción, y por su medio la constitución de un yo que se diferencia de la realidad exterior en el movimiento mismo que lo instituye como realidad interna. Así, en *La negación* (*Die Verneinung*, 1925), Freud describe la prueba de realidad como algo que se halla en el principio del juicio de existencia (que afirma o niega que una representación tenga su correlato en la realidad). Esta prueba se ha vuelto necesaria por el hecho de que «[...] el pensamiento posee la capacidad de traer de nuevo a presencia, por su reproducción en la representación, algo que ha sido percibido en otro momento, sin necesidad de que el objeto exista todavía en el exterior» (4 *b*).

III. Bajo el término «prueba de realidad» parecen confundirse también dos funciones bastante distintas: una, fundamental, que consistiría en diferenciar lo que es simplemente representado de lo que es percibido y, por ende, instituiría la diferenciación entre el mundo interior y el mundo exterior; la otra consistiría en comparar lo objetivamente percibido con lo representado, con vistas a *rectificar* las eventuales deformaciones de esto último. El propio Freud incluyó estas dos funciones bajo el mismo epígrafe de prueba de realidad (4 *c*). Así, llama prueba de realidad no solamente la acción motriz, única capaz de asegurar la

distinción entre lo externo y lo interno (1 *c*), sino también, como, por ejemplo, en el caso del duelo, el hecho de que el sujeto, enfrentado a la pérdida del objeto amado, aprende a modificar su mundo personal, sus proyectos, sus deseos, en función de esta pérdida real.

Dicho esto, Freud no explicitó en ningún sitio tal distinción, y al parecer, en el empleo actual, ha persistido o incluso se ha reforzado la confusión inherente al concepto «prueba de realidad». En efecto, esta expresión puede inducir a considerar la realidad como aquello que pone a prueba, mide y atestigua el grado de realismo de los deseos y fantasías del sujeto, les sirve de patrón. Entonces se tiende, en último extremo, a confundir la cura analítica con una reducción progresiva de lo que ofrecía de *arreal* el mundo personal del sujeto. Esto equivaldría a olvidar uno de los principios constitutivos del psicoanálisis: «Que no se debe introducir en las formaciones psíquicas reprimidas el patrón de realidad; ya que entonces se correría el peligro de subestimar el valor de las fantasías en la formación de los síntomas aduciendo precisamente que aquéllas no son realidades, o hacer derivar un sentimiento de culpabilidad neurótico de otro origen, porque no puede probarse la existencia de un crimen realmente cometido» (5). También expresiones como «realidad de pensamiento» *(Denkrealität)* y «realidad psíquica»* implican la idea de que las estructuras inconscientes no sólo deben considerarse como dotadas de una realidad específica que obedece a sus leyes propias, sino que pueden adquirir para el sujeto un pleno valor de realidad (*véase:* Fantasía).

(α) Se observa en Freud cierta vacilación en cuanto a la situación tópica de la prueba de realidad. En cierto momento de la evolución de su pensamiento emitió la interesante idea de que dicha prueba podría depender del ideal del yo (6).

PSICOANALISIS

= *Al.:* Psychoanalyse. — *Fr.:* psychanalyse. — *Ing.:* psycho-analysis. — *It.:* psicoanalisi *o* psicanalisi. — *Por.:* psicanálise.

Disciplina fundada por Freud y en la que, con él, es posible distinguir tres niveles:

A) Un método de investigación que consiste esencialmente en evidenciar la significación inconsciente de las palabras, actos, producciones imaginarias (sueños, fantasías, delirios) de un individuo. Este método se basa principalmente en las asociaciones libres del sujeto, que garantizan la validez de la interpretación*. La interpretación psicoanalítica puede extenderse también a producciones humanas para las que no se dispone de asociaciones libres.

B) Un método psicoterápico basado en esta investigación y caracterizado por la interpretación controlada de la resistencia*, de la transferencia* y del deseo*. En este sentido se utiliza la palabra *psicoanálisis* como sinónimo de *cura psicoanalítica;* ejemplo: emprender un psicoanálisis (o un análisis).

C) Un conjunto de teorías psicológicas y psicopatológicas en las que se sistematizan los datos aportados por el método psicoanalítico de investigación y de tratamiento.

Freud utilizó primeramente los términos *análisis, análisis psíquico, análisis psicológico, análisis hipnótico,* en su primer artículo *Las psiconeurosis de defensa* (*Die Abwehr-Neuropsychosen,* 1894) (1). Sólo más tarde introdujo el término *psico-análisis* en un artículo sobre la etiología de las neurosis, publicado en francés (2). En alemán, *Psychoanalyse* figura por vez primera en 1896 en *Nuevas observaciones sobre las psiconeurosis de defensa (Weitere Bemerkungen über die Abwehr-Neuropsychosen)* (3). El empleo del término «psicoanálisis» consagró el abandono de la catarsis*, practicada bajo hipnosis y de la sugestión, y el recurrir a la única regla de la asociación libre para obtener el material*.

Freud dio varias definiciones del psicoanálisis. Una de las más explícitas se encuentra al principio del artículo de la *Encyclopédie* aparecido en 1922: «Psicoanálisis es el nombre:

1.° de un método para la investigación de procesos mentales prácticamente inaccesibles de otro modo;

2.° de un método, basado en esta investigación, para el tratamiento de los trastornos neuróticos;

3.° de una serie de concepciones psicológicas adquiridas por este medio y que en conjunto van en aumento para formar progresivamente una nueva disciplina científica» (4).

La definición propuesta al principio reproduce, en forma más detallada, la que Freud dio en este texto.

Acerca de la elección del término «psicoanálisis», nada mejor que ceder la palabra a quien forjó el término en la misma época en que efectuaba su descubrimiento: «Llamamos psicoanálisis al trabajo mediante el cual traemos a la conciencia del enfermo lo psíquico reprimido en él. ¿Por qué "análisis", que significa fraccionamiento, descomposición, y sugiere una analogía con el trabajo que efectúa el químico en las substancias que encuentra en la naturaleza y que lleva a su laboratorio? Porque tal analogía es efectivamente fundada, en un importante aspecto. Los síntomas y manifestaciones patológicas del paciente son, como todas sus actividades psíquicas, de naturaleza altamente compuesta; los elementos de esta composición son, en último término, motivaciones, mociones pulsionales. Pero el paciente nada sabe, o muy poco, de estas motivaciones elementales. Le enseñamos, pues, a comprender la composición de estas formaciones psíquicas altamente complicadas, referimos los síntomas a las mociones pulsionales que los motiva, señalamos al enfermo en sus síntomas la intervención de motivaciones pulsionales hasta entonces ignoradas por él, en forma similar a como el químico separa la substancia fundamental, el elemento químico, de la sal en la cual, al combinarse con otros elementos, resultaba irreconocible. De igual modo mostramos al enfermo, basándonos en las manifestaciones psíquicas consideradas como no patológicas, que él sólo era imperfectamente consciente de su motivación, que otras mociones pulsionales, que permanecían ignoradas para él, han contribuido a producirlas.

»También hemos explicado la tendencia sexual del ser humano fraccionándola en sus componentes, y, cuando interpretamos un sueño, pres-

cindimos de considerar el sueño como una totalidad y hacemos partir las asociaciones de sus elementos aislados.

»Esta comparación justificada de la actividad psicoanalítica con un trabajo químico podría sugerir una nueva dirección a nuestra terapia [...]. Se nos ha dicho: al análisis del psiquismo enfermo debe seguir su síntesis. Y pronto se experimentó inquietud por la posibilidad de que el enfermo recibiese demasiado análisis y no bastante síntesis, y se insistió en que la acción psicoterápica dependería de esta síntesis, de esta especie de restauración de lo que, por así decirlo, había sido destruido por la vivisección.

»[...] La comparación con el análisis químico encuentra su límite en el hecho de que, en la vida psíquica, nos enfrentamos con tendencias que se hallan sometidas a una compulsión a la unificación y a la combinación. Cuando llegamos a descomponer un síntoma, a liberar una moción pulsional de un conjunto de relaciones, aquél no permanece aislado, sino que entra inmediatamente a formar parte de un nuevo conjunto.

»[...] También en el sujeto que se halla bajo tratamiento analítico, la psicosíntesis se realiza sin nuestra intervención, en forma automática e inevitable» (5).

La *Standard Edition* (6) contiene una lista de las principales exposiciones generales sobre el psicoanálisis, publicadas por Freud.

La boga alcanzada por el psicoanálisis ha inducido a numerosos autores a designar con este término ciertos trabajos cuyo contenido, método y resultados, no tienen más que una relación muy remota con el psicoanálisis propiamente dicho.

PSICOANALISIS SALVAJE

= *Al.:* wilde Psychoanalyse. — *Fr.:* psychanalyse sauvage. — *Ing.:* wild analysis. — *It.:* psicoanalisi selvaggia. — *Por.:* psicanálise selvagem, *o* inculta.

En sentido amplio, tipo de intervenciones de «analistas» aficionados o inexpertos, que se basan en conceptos psicoanalíticos a menudo mal comprendidos para interpretar síntomas, sueños, palabras, actos, etc. En sentido más técnico, se califica de salvaje una interpretación que no tiene en cuenta una determinada situación analítica, en su singularidad y en su dinámica actual, en especial revelando directamente el contenido reprimido sin tener en cuenta las resistencias y la transferencia.

En el artículo que consagró al análisis salvaje *Psicoanálisis «silvestre»* (*Über «wilde» Psychoanalyse*, 1910), Freud lo definió ante todo por la ignorancia; el médico cuya intervención critica había cometido errores científicos (referentes a la naturaleza de la sexualidad, de la represión, de la angustia) y técnicos: «constituye un error de técnica lanzar bruscamente al rostro del paciente, durante la primera visita, los secretos que el médico ha adivinado» (1 *a*). Así, puede decirse que todos aquellos que tienen «alguna noción de los descubrimientos del psicoanálisis», pero no han recibido la formación teórica y técnica necesaria (α) efectúan un análisis salvaje.

Pero la crítica de Freud va aún más lejos: se extiende a los casos en que el diagnóstico formulado es correcto y la interpretación del contenido inconsciente exacta. «Ya hace mucho tiempo dejamos atrás la concepción según la cual el enfermo sufre de una especie de ignorancia: suprimiendo ésta mediante la comunicación (acerca de las relaciones causales entre su enfermedad y su biografía, los acontecimientos de su infancia, etc.), la curación sería segura. Pero no es este desconocimiento en sí el factor patógeno, sino el hecho de que esta ignorancia se basa en *resistencias internas* que le dieron origen y que continúan manteniéndola [...]. Comunicando a los enfermos su inconsciente, se provoca siempre en ellos una reactivación de sus conflictos y una agravación de sus dolencias» (1 *b*). Es por esto que tales revelaciones exigen que la transferencia esté bien establecida y que los contenidos reprimidos se hayan aproximado a la conciencia. De lo contrario, crean una situación de ansiedad no controlada por el analista. En este sentido, el método analítico en sus comienzos, todavía mal diferenciado, como subrayó Freud con frecuencia, de las técnicas hipnóticas y catárticas, puede calificarse hoy en día de salvaje.

Sin embargo, sería presuntuoso considerar el análisis salvaje como algo propio de psicoterapeutas no cualificados o como algo perteneciente a épocas pasadas del psicoanálisis, lo que constituye un modo cómodo de creerse a salvo del mismo. En efecto, lo que Freud denuncia en el análisis salvaje no es tanto la ignorancia como cierta actitud del analista que encontraría en su «ciencia» la justificación de su poder. En un artículo en que Freud aborda la cuestión del análisis salvaje, aunque sin utilizar este término, cita el Hamlet: «¿Creéis que es más fácil servirse de mí que de una flauta?» (2). En este sentido, es evidente que el análisis de las defensas o de la transferencia puede efectuarse de un modo tan salvaje como el del contenido.

Ferenczi definía el análisis salvaje como la «compulsión a analizar», compulsión que puede manifestarse tanto dentro como fuera de la situación analítica; lo contrapone a la *elasticidad* que exige todo análisis desde el momento en que no se ve en él una estructura edificada según un plan preestablecido (3). Glover hace observar que el analista que «salta» sobre un lapsus, aísla un sueño o uno de sus fragmentos, halla en ello ocasión de experimentar una «frágil omnipotencia» (4).

Continuando tales observaciones, veríamos en el análisis salvaje, «sabio» o ignorante, una resistencia del analista al análisis singular en el que está implicado, resistencia que ofrece el peligro de conducirla a desconocer la palabra de su paciente y a «imponer» sus interpretaciones.

(α) Precisamente en 1910, año de la aparición de este artículo, se creó la Asociación Internacional de Psicoanálisis.

PSICONEUROSIS

= *Al.:* Neuropsychose. — *Fr.:* psychonévrose. — *Ing.:* psychoneurosis, *o* neuro-psychosis. — *It.:* psiconevrosi. — *Por.:* psiconeurose.

Término utilizado por Freud para caracterizar, contraponiéndolas a las neurosis actuales, las afecciones psíquicas cuyos síntomas constituyen la expresión simbólica de los conflictos infantiles, a saber, las neurosis de transferencia* y las neurosis narcisistas*.

El término «psiconeurosis» aparece muy pronto en Freud, por ejemplo, en el artículo *Las psiconeurosis de defensa* (*Die Abwehr-Neuropsychosen*, 1894), que, según nos indica el subtítulo, intenta dar «una teoría psicológica de la histeria adquirida, de numerosas fobias y obsesiones y de ciertas psicosis alucinatorias».

Cuando Freud habla de psiconeurosis, hace recaer el acento en la psicogénesis de las afecciones incluidas bajo este epígrafe. Utilizará el término sobre todo contraponiéndolo al de neurosis actuales*, por ejemplo en *La herencia y la etiología de las neurosis* (1896); *La sexualidad en la etiología de las neurosis* (*Die Sexualität in der Ätiologie der Neurosen*, 1898). Esta oposición se vuelve a encontrar en las *Lecciones de introducción al psicoanálisis* (*Vorlesungen zur Einführung in die Psichoanalyse*, 1916-1917).

Como puede verse, el término «psiconeurosis» no es sinónimo de neurosis*; por una parte, no incluye las neurosis actuales, y, por otra, comprende las neurosis narcisistas, que Freud llamará también psicosis, siguiendo un estilo psiquiátrico que más tarde se fue afianzando cada vez más.

Se observará también que, en el lenguaje psiquiátrico corriente, en ocasiones una ambigüedad respecto al término «psiconeurosis», como si el radical «psico» evocase para algunos autores el término de «psicosis»: se llega incluso a hablar de psiconeurosis con la errónea intención de conferir a la neurosis un matiz suplementario de gravedad o incluso de organicidad.

PSICONEUROSIS DE DEFENSA

= *Al.:* Abwehr-Neuropsychose. — *Fr.:* psychonévrose de défense. — *Ing.:* defence neuro-psychosis. — *It.:* psiconevrosi da difesa. — *Por.:* psiconeurose de defesa.

Término utilizado por Freud durante los años 1894-1896 para designar cierto número de afecciones psiconeuróticas (histeria, fobia, obsesión, ciertas psicosis), poniendo en evidencia en ellas el papel, descubierto en la histeria, del conflicto defensivo.

Una vez adquirida la idea de que, en toda psiconeurosis, la defensa desempeña una función esencial, el término «psiconeurosis de defensa», que estaba justificado por su valor heurístico, desaparece a expensas del de psiconeurosis.

El término fue introducido en un artículo de 1894, *Las psiconeurosis de defensa (Die Abwehr-Neuropsychosen)*, en el que Freud se dedica a destacar el papel de la defensa en el campo de la histeria, y luego a encontrar también la intervención de otras formas de defensa en las fobias, las obsesiones y algunas psicosis alucinatorias. En esta fase de su pensamiento, Freud no intenta generalizar la noción de defensa ni al conjunto de la histeria (*véase:* Histeria de defensa), ni al conjunto de las psiconeurosis, como hará algún tiempo después. En efecto, en el artículo de 1896, *Nuevas observaciones sobre las psiconeurosis de defensa (Weitere Bemerkungen über die Abwehr-Neuropsychosen)*, se considera ya como un hecho adquirido el de que la defensa constituye «el punto nuclear del mecanismo psíquico de las neurosis en cuestión» (1).

PSICOSIS

= *Al.:* Psychose. — *Fr.:* psychose. — *Ing.:* psychosis. — *It.:* psicosi. — *Por.:* psicose.

1.° En clínica psiquiátrica, el concepto «psicosis» se toma casi siempre en una extensión extremadamente amplia, comprendiendo toda una serie de enfermedades mentales, tanto si son manifiestamente organogenéticas (como la parálisis general progresiva) como si su causa última es problemática (como la esquizofrenia).

2.° El psicoanálisis no se ocupó desde un principio de construir una clasificación que abarcara la totalidad de las enfermedades mentales de las que trata la psiquiatría; su interés se dirigió primero sobre las afecciones más directamente accesibles a la investigación analítica y, dentro de este campo, más restringido que el de la psiquiatría, las principales distinciones se establecieron entre las perversiones*, las neurosis* y las psicosis.

Dentro de este último grupo, el psicoanálisis ha intentado definir diversas estructuras: paranoia (en la que incluye, de un modo bastante general, las enfermedades delirantes) y esquizofrenia, por una parte; por otra, melancolía y manía. Fundamentalmente, es una perturbación primaria de la relación libidinal con la realidad lo que, según la teoría psicoanalítica, constituye el denominador común de las psicosis, siendo la mayoría de los síntomas manifiestos (especialmente la construcción delirante) tentativas secundarias de restauración del lazo objetal.

La aparición del término «psicosis» en el siglo XIX marca una evolución que condujo a erigir las enfermedades mentales en un dominio autónomo, diferenciándolas no sólo de las enfermedades del cerebro o de los nervios, como enfermedades del cuerpo, sino también de lo que la tradición filosófica consideraba como «enfermedades del alma»: el error y el pecado (α).

Durante el siglo XIX, la noción de psicosis se difunde, sobre todo en la literatura psiquiátrica de lengua alemana, para designar las enfermedades mentales en general, la locura, la alienación, aunque ello no presuponga una teoría psicogenética de las mismas. Sólo a finales del siglo XIX se establece el par de términos opuestos neurosis-psicosis, que se excluyen entre sí, por lo menos desde el punto de vista conceptual. En efecto, la evolución de estos dos términos se realizó en planos diferentes: el grupo de las neurosis se fue limitando poco a poco a partir de cierto número de afecciones consideradas como enfermedades de los nervios; ora se tratase de afecciones que se manifestaran en un determinado órgano, pero en las cuales, por faltar lesiones, se incriminara a un mal funcionamiento del sistema nervioso (neurosis cardíaca, neurosis digestiva, etc.), ora porque existieran signos neurológicos sin lesión detectable y sin fiebre (corea, epilepsia, manifestaciones neurológicas de la histeria). Esquemáticamente puede decirse que este grupo de enfermos consultaba al médico y no era enviado al asilo y, por otra parte, el término «neurosis» implicaba una clasificación de tipo etiológico (enfermedades funcionales de los nervios).

A la inversa, la noción de psicosis designa entonces las afecciones que pertenecen al alienista y se traducen por una sintomatología esencialmente psíquica, lo que en modo alguno implica que, para los autores que utilizan este término, las psicosis no tengan su causa en el sistema nervioso.

En Freud, desde sus primeros trabajos y en su correspondencia con W. Fliess, se encuentra una distinción bien establecida entre psicosis y neurosis. Así, en el manuscrito H del 24-I-1894, en el que propone una clasificación de conjunto de las defensas psicopatológicas, Freud designa como psicosis la confusión alucinatoria, la paranoia y la psicosis histérica (que diferencia de la neurosis histérica); asimismo, en los dos textos que dedica a las psiconeurosis de defensa, parece considerar como establecida la distinción entre psicosis y neurosis y habla, por ejemplo, de «psicosis de defensa» (1).

De todos modos, en este período, la principal preocupación de Freud consiste en hacer resaltar el concepto de defensa y descubrir sus diversas modalidades que intervienen en las distintas afecciones; desde el punto de vista nosográfico, la principal distinción es la que se establece entre psiconeurosis (de defensa) y neurosis actuales. Será mantenido por Freud ulteriormente, pero cada vez se insistirá más en la diferenciación que conviene establecer dentro del grupo de las psiconeurosis, lo que conduce a conferir un valor axial a la oposición neurosis-psicosis. (*Acerca de la evolución de la clasificación freudiana, véase especialmente:* Neurosis; Neurosis narcisista.)

En la actualidad existe gran unanimidad en clínica psiquiátrica, independientemente de la diversidad de escuelas, acerca de los dominios respectivos de la psicosis y de la neurosis: a este respecto puede consultarse, por ejemplo, la *Encyclopédie médico-chirurgicale (Psychiatrie)*, dirigida por Henri Ey. Resulta evidentemente muy difícil determinar el posible papel desempeñado por el psicoanálisis en esta fijación de las categorías nosográficas, ya que, desde E. Bleuler y la escuela de Zurich, su historia ha estado íntimamente inmiscuida con la evolución de las ideas psiquiátricas.

Considerado en su *comprensión*, el concepto de psicosis sigue estando definido en psiquiatría, de un modo más intuitivo que sistemático, por medio de datos tomados de los más diversos registros. En las definiciones más usuales coexisten a menudo criterios como la incapacidad de adaptación social (problema de la hospitalización), la mayor o menor «gravedad» de los síntomas, la perturbación de la facultad de comunicación, la falta de conciencia de enfermedad, la pérdida de contacto con la realidad, el carácter «incomprensible» (según término de Jaspers) de los trastornos, el determinismo orgánico o psicogenético, las alteraciones más o menos profundas e irreversibles del yo.

En la medida en que puede sostenerse que el psicoanálisis se halla en gran parte en el origen de la oposición neurosis-psicosis, no puede pedir a otras escuelas psiquiátricas la tarea de aportar una definición coherente y estructural de la psicosis. En la obra de Freud, esta preocupación, sin que sea central, se halla, no obstante, presente y se traduce en diversos momentos por tentativas de las que aquí solamente podemos indicar sus direcciones.

1.° En los primeros trabajos Freud intenta poner de manifiesto la intervención, basándose en el ejemplo de ciertas psicosis, del conflicto defensivo contra la sexualidad, cuya función acaba de descubrir en el síntoma neurótico; pero simultáneamente intenta especificar los mecanismos originales que operan *desde un principio en la relación del sujeto con el exterior:* «rechazo» *(verwerfen)* radical fuera de la conciencia en el caso de la confusión alucinatoria (2) (*véase:* Repudio), o incluso una proyección originaria del «reproche» al exterior (3) (*véase:* Proyección).

2.° Dentro de su primera teoría del aparato psíquico y de las pulsiones, Freud, durante los años 1911-1914 (análisis del *Caso Schreber; Introducción al narcisismo*), vuelve a examinar el problema desde el punto de vista de la relación entre las catexis libidinales y las catexis de las pulsiones del yo («interés») sobre el objeto. Este enfoque explicaría, en forma matizada y flexible, ciertas constataciones clínicas que indican que en las psicosis no debe recurrirse a la idea de la «pérdida de realidad» de un modo total y sin discriminación.

3.° En la segunda teoría del aparato psíquico, la oposición neurosis-psicosis tiene en cuenta la posición intermedia del yo entre el ello y la realidad. Así como, en la neurosis, el yo, obedeciendo las exigencias de la realidad (y del superyó) reprime las reivindicaciones pulsionales, en la psicosis se produce al principio una ruptura entre el yo y la realidad, que deja al yo bajo el dominio del ello; en un segundo tiempo, el del delirio, el yo reconstruiría una nueva realidad, conforme a los deseos del ello. Como puede verse, al estar aquí todas las pulsiones agrupadas en un mismo polo del conflicto defensivo (el ello), Freud se ve inducido a atribuir a la realidad misma el papel de una verdadera fuerza autónoma, casi como el de una instancia del aparato psíquico. Se pierde de vista la distinción entre catexis libidinal e interés, siendo este último, en la concepción precedente, el encargado de mediatizar, dentro del aparato, una relación adaptativa a la realidad.

4.° Este esquema simplificado, en el cual se pretende con demasiada frecuencia encerrar la teoría freudiana de la psicosis, no fue considerado por el propio Freud como enteramente satisfactorio (4). En la última etapa de su obra, volvió a ocuparse de la investigación de un mecanismo original de rechazo de la realidad o más bien de cierta «realidad» particular, la castración, e insistió en el concepto de renegación* *(véase este término)*.

(α) Según R. A. Hunter e I. Macalpine (5), el término «psicosis» fue introducido en 1845 por Feuchtersleben en su *Manual de psicología médica (Lehrbuch der ärztlichen Seelenkunde)*. Para este autor, la palabra psicosis designa la enfermedad mental *(Seelenkrankheit)*, mientras que la palabra neurosis designa las enfermedades del sistema nervioso, de las cuales sólo algunas pueden traducirse por los síntomas de una «psicosis». «Toda psicosis es al mismo tiempo una neurosis, puesto que, sin la intervención de la vida nerviosa, no se manifiesta ninguna modificación de lo psíquico; pero no toda neurosis es igualmente una psicosis».

PSICOTERAPIA

= *Al.:* Psychotherapie. — *Fr.:* psychothérapie. — *Ing.:* psychotherapy. — *It.:* psicoterapia. — *Por.:* psicoterapia.

A) En sentido amplio, todo método de tratamiento de los desórdenes psíquicos o corporales que utilice medios psicológicos y, de manera más precisa, la relación del terapeuta con el enfermo: hipnosis, sugestión, reeducación psicológica, persuasión, etc.; en este sentido, el psicoanálisis es una forma de psicoterapia.

B) En sentido más estricto, a menudo se opone el psicoanálisis a las diversas formas de psicoterapia, por diversas razones, especialmente: la función primordial que en él desempeña la interpretación del conflicto inconsciente y el análisis de la transferencia, que tiende a su resolución.

C) Con el nombre de «psicoterapia analítica» se designa una forma de psicoterapia basada en los principios teóricos y técnicos del psicoanálisis, aunque sin realizar las condiciones de una cura psicoanalítica rigurosa.

PULSIÓN

= *Al.:* Trieb. — *Fr.:* pulsion. — *Ing.:* instinct *o* drive. — *It.:* istinto *o* pulsione. — *Por.:* impulso *o* pulsão.

Proceso dinámico consistente en un *empuje* (carga energética, factor de motilidad) que hace tender al organismo hacia un fin. Según Freud, una pulsión tiene su fuente en una excitación corporal (estado de tensión); su *fin* es suprimir el estado de tensión que reina en la fuente pulsional; gracias al *objeto*, la pulsión puede alcanzar su fin.

I. Desde el punto de vista terminológico, el término «pulsión» fue introducido en las traducciones de Freud como equivalente al alemán *Trieb*. Las traducciones francesas utilizan la palabra *pulsión*, para evitar las implicaciones de términos de uso más antiguo, como «instinto» y «tendencia». Este convenio no ha sido siempre respetado, a pesar de estar justificado.

1.° En lengua alemana existen las dos palabras *Instinkt* y *Trieb*. El término *Trieb* es de raíz germánica, se utiliza desde muy antiguo y sigue conservando el matiz de empuje (*treiben* = empujar); el acento recae menos en una finalidad precisa que en una orientación general, y subraya el carácter irrepresible del empuje más que la fijeza del fin y del objeto.

Algunos autores emplean, al parecer, indistintamente los términos *Instinkt* y *Trieb* (α); otros parecen efectuar una distinción implícita, reservando *Instinkt* para designar, por ejemplo en zoología, un comportamiento hereditariamente fijado y que aparece en una forma casi idéntica en todos los individuos de una misma especie (1).

2.° En Freud, se encuentran ambos términos con acepciones claramente distintas. Cuando Freud habla de *Instinkt*, es para calificar un comportamiento animal fijado por la herencia, característico de la especie, preformado en su desenvolvimiento y adaptado a su objeto (*véase:* Instinto).

En francés, el término *instinct* posee las mismas implicaciones que *Instinkt* en Freud y, por lo tanto, en nuestra opinión, debe reservarse para traducir este último; si se le utiliza para traducir *Trieb*, falsea el sentido del concepto en Freud.

El término «pulsión», aunque no forma parte del lenguaje corriente como *Trieb* en alemán, tiene, no obstante, el mérito de que pone en evidencia el sentido de *empuje*.

Observemos que la *Standard Edition* inglesa ha preferido traducir *Trieb* por *instinct*, presciendo de otras posibilidades tales como *drive* y *urge* (β). Este problema se discute en la Introducción general del primer volumen de la *Standard Edition*.

II. Si bien la palabra *Trieb* no aparece en los textos freudianos hasta 1905, tiene su origen, como noción energética, en la distinción que Freud establece muy pronto entre dos tipos de excitación (*Reiz*) a los que se halla sometido el organismo y que debe descargar según el principio de constancia*. Junto a las excitaciones externas, de las que el sujeto puede huir o protegerse, existen fuentes internas que aportan constantemente un aflujo de excitación al cual el organismo no puede escapar y que constituye el resorte del funcionamiento del aparato psíquico.

En los *Tres ensayos sobre la teoría sexual* (*Drei Abhandlungen zur Sexualtheorie*, 1905) se introduce la palabra *Trieb*, así como las distinciones entre *fuente**, *objeto**, *fin**, que en lo sucesivo Freud seguirá siempre utilizando.

Así, pues, el concepto freudiano de la pulsión se establece en la descripción de la sexualidad humana. Freud, basándose especialmente en el estudio de las perversiones y de las modalidades de la sexualidad infantil, refuta la concepción popular que atribuye a la pulsión sexual un fin y un objeto específico y lo localiza en las excitaciones y el funcionamiento del aparato genital. Por el contrario, muestra que el objeto es variable y contingente y sólo es elegido en su forma definitiva en función de las vicisitudes de la historia del sujeto. Muestra además cómo los fines son múltiples, parciales (*véase:* Pulsión parcial) e íntimamente dependientes de fuentes somáticas; éstas también son múltiples y susceptibles de adquirir y mantener para el sujeto una función prevalente (zonas erógenas), de tal forma que las pulsiones parciales no se subordinan a la zona genital y no se integran a la realización del coito más que al final de una evolución completa que no viene garantizada por la simple maduración biológica.

El último elemento que introduce Freud a propósito de la noción de pulsión es el de *empuje*, concebido como un factor cuantitativo económico, una «exigencia de trabajo impuesta al aparato psíquico» (2 *a*). En *Las pulsiones y sus destinos* (*Trieb und Triebschicksale*, 1915), Freud agrupa estos cuatro elementos (empuje, fuente, objeto, fin) y da una definición de conjunto de la pulsión (2 *b*).

III. ¿Cómo situar esta fuerza que ataca al organismo desde el interior y lo empuja a realizar ciertos actos susceptibles de provocar una descarga de excitación? ¿Se trata de una fuerza somática o de una ener-

gía psíquica? Esta pregunta, efectuada por Freud, recibe respuestas distintas en la medida en que la pulsión se define como «un concepto límite entre lo psíquico y lo somático» (3). Va ligado, según Freud, a la noción de «representante», entendiendo por tal una especie de delegación enviada por lo somático al psiquismo. El lector hallará un examen más completo de este problema en nuestro comentario del artículo *Representante psíquico.*

IV. Como ya hemos indicado, el concepto de pulsión fue analizado sobre el modelo de la sexualidad, pero desde un principio en la teoría freudiana la pulsión sexual se diferenció de otras pulsiones. Como es sabido, la teoría de las pulsiones en Freud fue siempre dualista; el primer dualismo invocado fue el de las pulsiones sexuales* y pulsiones del yo* o de autoconservación*; por estos últimos Freud entiende las grandes necesidades o las grandes funciones indispensables para la conservación del individuo, siendo su modelo el hambre y la función de la alimentación.

Este dualismo se halla presente, según Freud, desde los orígenes de la sexualidad, superándose la pulsión sexual de las funciones de autoconservación, en las cuales al principio se apoyaba (*véase:* Apoyo); intenta explicar el conflicto psíquico afirmando que el yo encuentra en la pulsión de autoconservación la mayor parte de la energía necesaria para la defensa contra la sexualidad.

El dualismo pulsional introducido en *Más allá del principio del placer* (*Jenseits des Lustprinzips,* 1920) opone pulsiones de vida* y pulsiones de muerte* y modifica la función y la situación de las pulsiones en el conflicto.

1.° El conflicto tópico (entre la instancia defensiva y la instancia reprimida) prescinde ya del conflicto pulsional, concibiéndose el ello* como el reservorio pulsional que incluye los dos tipos de pulsiones. La energía utilizada por el yo* la toma éste de aquel fondo común, especialmente en forma de energía «desexualizada y sublimada».

2.° En esta última teoría, los dos grandes tipos de pulsiones se conciben, más que como motivaciones concretas del funcionamiento del organismo, como principios fundamentales que presiden, en último análisis, la actividad de aquél: «Llamamos pulsiones a las fuerzas cuya existencia postulamos en el trasfondo de las tensiones generadoras de las necesidades del ello» (4). Este cambio del acento es singularmente apreciable en el famoso texto: «La teoría de las pulsiones es, por así decirlo, nuestra mitología. Las pulsiones son seres míticos, grandiosos en su indeterminación» (5).

La concepción freudiana de la pulsión conduce (como puede apreciarse en esta breve revisión) al desmantelamiento de la noción clásica de instinto, y ello en dos direcciones opuestas. Por una parte, el concepto «pulsión parcial» subraya la idea de que la pulsión sexual existe al principio en estado «polimorfo» y tiende principalmente a la supresión de la tensión a nivel de la fuente corporal; que, en la historia del

sujeto, se liga a representantes que especifican el objeto y el modo de satisfacción: el empuje interno, al principio indeterminado, experimentará un destino que le confiere rasgos altamente individualizados. Pero, por otra parte, Freud, lejos de postular, como fácilmente tienden a hacer los teóricos del instinto, detrás de cada tipo de actividad, la correspondiente fuerza biológica, introduce el conjunto de las manifestaciones pulsionales dentro de una sola gran oposición fundamental, tomada de la tradición mítica: oposición entre el Hambre y el Amor, y más tarde entre el Amor y la Discordia.

(α) Véase, por ejemplo, *El concepto de instinto antes y ahora* (*Der Begriff des Instinktes einst und jetz,* Jena, 3.ª ed., 1920), obra en la que Ziegler habla unas veces de *Geschlechtstrieb,* otras de *Geschlechtsinstinkt.*

(β) Algunos autores anglosajones prefieren traducir *Trieb* por *drive* (6).

PULSIÓN AGRESIVA

= *Al.:* Aggressionstrieb. — *Fr.:* pulsion d'agression. — *Ing.:* aggressive instinct. — *It.:* istinto *o* pulsione d'aggressione. — *Por.:* impulso agressivo *o* pulsão agressiva, o de agressão.

Designa, para Freud, las pulsiones de muerte, en tanto que dirigidas hacia el exterior. El fin de la pulsión agresiva es la destrucción del objeto.

Alfred Adler introdujo el concepto de una pulsión agresiva en 1908 (1), al mismo tiempo que el de un «entrelazamiento pulsional» (*Triebverschränkung*) (*véase:* Unión-Desunión). Aunque el análisis del pequeño Hans pone en evidencia la importancia y extensión de las tendencias y conductas agresivas, Freud se resiste a atribuirlas a una «pulsión agresiva» específica: «No puedo decidirme a admitir la existecia, junto a las pulsiones de autoconservación y a las pulsiones sexuales, que conocemos bien, y al mismo nivel que ellas, de una pulsión agresiva especial» (2). El concepto de pulsión agresiva se apropiaría indebidamente, en su propio beneficio, de lo que es una característica de toda pulsión (*véase:* Agresividad).

Cuando Freud vuelve a utilizar más tarde, a partir de *Más allá del principio del placer* (1920), el término *Aggressionstrieb,* lo hace dentro del marco de la teoría dualista de las pulsiones de vida y pulsiones de muerte.

Si bien los textos no permiten deducir un empleo absolutamente unívoco del término ni un reparto preciso entre pulsión de muerte*, pulsión destructiva* y pulsión agresiva, se aprecia, sin embargo, que este último término rara vez se utiliza en el sentido más extenso y que la mayoría de las veces designa la pulsión de muerte dirigida hacia el exterior.

PULSIÓN DE APODERAMIENTO

= *Al.:* Bemächtigungstrieb. — *Fr.:* pulsion d'emprise. — *Ing.:* instinct to master (*o* for mastery). — *It.:* istinto *o* pulsione d'impossessamento. — *Por.:* impulso *o* pulsão de apossar-se.

Término utilizado ocasionalmente por Freud, sin que su empleo pueda codificarse con precisión. Entiende por tal una pulsión no sexual, que sólo secundariamente se une a la sexualidad, y cuyo fin consiste en dominar el objeto por la fuerza.

El término *Bemächtigungstrieb* resulta difícil de traducir (α). Los términos «pulsión de sometimiento» o «instinto de posesión», a los que suele recurrirse, no parecen muy adecuados: sometimiento hace pensar en una dominación controlada, posesión evoca la idea de tener que conservar, mientras que *sich bemächtigen* significa apoderarse o dominar por la fuerza. Hemos creído que hablando de pulsión de apoderamiento (β) respetábamos mejor este matiz.

¿Qué es esta pulsión para Freud? La investigación terminológica permite destacar esquemáticamente dos concepciones:

1.ª En los trabajos anteriores a *Más allá del principio del placer* (*Jenseits des Lustprinzips*, 1920), el *Bemächtigungstrieb* se describe como una pulsión no sexual que sólo secundariamente se une a la sexualidad; al comienzo se dirige hacia un objeto exterior y constituye el único elemento presente en la crueldad primitiva del niño.

En los *Tres ensayos sobre la teoría sexual* (*Drei Abhandlungen zur Sexualtheorie*, 1905) Freud invoca por vez primera tal pulsión: el origen de la crueldad infantil se atribuye a una pulsión de apoderamiento que en su origen no tendría como fin el sufrimiento del otro, sino que simplemente no lo tendría en cuenta (fase previa tanto a la compasión como al sadismo) (1 *a*); sería independiente de la sexualidad, «[...] aun cuando puede unirse a ella en una fase precoz merced a una anastomosis próxima a sus puntos de origen» (1 *b*).

En *La predisposición a la neurosis obsesiva* (*Die Disposition zur Zwangsneurose*, 1913) se trata del problema de la pulsión de apoderamiento a propósito del par antitético actividad-pasividad*, que predomina en la fase anal-sádica*: así como la pasividad se apoya en el erotismo anal, «[...] la actividad se debe a la pulsión de apoderamiento en sentido amplio, pulsión que especificamos con el nombre de sadismo cuando la encontramos al servicio de la pulsión sexual» (2).

En la edición de 1915 de los *Tres ensayos*, volviendo a examinar el problema de la actividad y de la pasividad en la fase anal-sádica, Freud considera la musculatura como el soporte de la pulsión de apoderamiento.

Por último, en *Las pulsiones y sus destinos* (*Trieb und Triebschicksale*, 1915), donde se expone claramente la primera tesis freudiana acerca del sadomasoquismo*, se define el primer fin del sadismo como la humillación y el dominio por la violencia *(Überwältigung)* del objeto. El hacer sufrir no forma parte del fin originario; el fin de producir dolor y la unión con la sexualidad aparecen en la vuelta hacia el masoquismo: el sadismo, en el sentido erógeno del término, constituye el efecto de una segunda vuelta, el del masoquismo sobre el objeto.

2.ª Con la obra *Más allá del principio del placer* y la introducción del concepto «pulsión de muerte»*, el problema de una pulsión específica de apoderamiento se plantea en forma diferente.

La génesis del sadismo se describe como una derivación hacia el objeto de la pulsión de muerte que originariamente apunta a destruir el propio sujeto: «¿No nos vemos inducidos a suponer que este sadismo, hablando en propiedad, es una pulsión de muerte que ha sido expulsada del yo por la influencia de la libido narcisista, de forma que sólo se pone de manifiesto al referirse al objeto? Entonces entra al servicio de la función sexual» (3 *a*).

En cuanto a la meta del masoquismo y del sadismo (que a partir de entonces se conciben como avatares de la pulsión de muerte), ya no se hace recaer el acento en el apoderamiento, sino en la destrucción.

¿Qué sucede con la tendencia a asegurarse el apoderamiento del objeto? Ya no se atribuye a una pulsión específica; aparece como una forma que puede adoptar la pulsión de muerte cuando ésta «entra al servicio» de la pulsión sexual: «En la fase oral de la organización de la libido, el apoderamiento en el amor *(Liebesbemächtigung)* coincide todavía con la aniquilación del objeto; más tarde la pulsión sádica se separa y finalmente, en la fase en que se ha instaurado la primacía genital, con vistas a la reproducción, asume la función de dominar el objeto sexual en la medida en que le exige la realización del acto sexual» (3 *b*).

Por otra parte, conviene señalar que, junto al término *Bemächtigung*, se encuentra con bastante frecuencia el de *Bewältigung*, de significación bastante similar. Esta última palabra, que proponemos traducir por «control», Freud la utiliza casi siempre para designar el hecho del control de la excitación, sea ésta de origen pulsional o externo, y ligarla (*véase:* Ligazón) (γ). Con todo, esta distinción terminológica no es absolutamente rigurosa, y sobre todo, desde el punto de vista de la teoría analítica, existen más de un punto de conexión entre el apoderamiento asegurado sobre el objeto y el control de la excitación. Así, en *Más allá del principio del placer* para explicar la repetición, tanto en el juego del niño como en la neurosis traumática, Freud propone, entre otras, la hipótesis de que podría «[...] atribuirse esta tendencia a una pulsión de apoderamiento [...]» (3 *c*). Aquí el apoderamiento sobre el objeto (estando éste simbólicamente a la total disposición del sujeto) corre parejas con la ligazón del recuerdo traumático y de la energía que lo catectiza.

Uno de los pocos autores que intentó utilizar las indicaciones dadas por Freud acerca del *Bemächtigungstrieb* fue Ives Hendrick, quien, en una serie de artículos, trató de replantear el problema dentro de una psicología genética del yo inspirada en las investigaciones sobre el aprendizaje *(learning)*. Sus tesis pueden resumirse esquemáticamente así:

1) existe un *instinct to master*, necesidad de controlar el ambiente, que los psicoanalistas han descuidado a expensas de los mecanismos de búsqueda del placer. Se trata de una «pulsión innata a hacer y a aprender a hacer» (4 *a*);

2) esta pulsión es originariamente asexual; puede libidinizarse secundariamente, aliándose al sadismo;

3) comporta un placer específico, el placer de realizar una función con éxito: «[...] se busca un placer primario en la utilización eficaz del sistema nervioso central para la realización de funciones integradas del yo, que permite al individuo controlar o modificar su ambiente» (5 *a*);

4) ¿por qué hablar de *instinct* de control y no considerar el yo como una organización que procura formas de placer que no son gratificaciones instintivas? Ello es debido a que el autor pretende «[...] establecer un concepto que explique cuáles son las fuerzas que hacen funcionar el yo» (6) y «[...] definir el yo en términos de instinto» (4 *b*), y a que, por otra parte, se trata, según él, de «[...] un instinto, definido psicoanalíticamente como fuente biológica de tensiones que empujan a esquemas *(patterns)* específicos de acción» (5 *b*).

Esta concepción no deja de hallarse en relación con el sentido de la pulsión de apoderamiento tal como hemos intentado deducirlo de los textos freudianos; pero aquí se trata de un control de segundo grado, consistente en un control progresivamente adaptado de la acción misma.

Por lo demás, Freud no dejó de considerar esta idea de un dominio del propio cuerpo, de una tendencia primaria a la dominación de sí misma, invocando como base de la misma «[...] los esfuerzos que hace el niño por hacerse dueño *(Herr werden)* de sus propios miembros» (7).

(α) En las traducciones francesas resulta difícil aislar este concepto, por cuanto el mismo término se traduce en formas distintas.
(β) Traducción ya adoptada por B. Grunberger (8).
(γ) Acerca de estos empleos de *Bewältigung*, consúltense, por ejemplo, cierto número de textos de Freud (9). También se encuentran palabras como *bändigen* (domar), *Triebbeherrschung* (dominio sobre la pulsión) (10).

PULSIÓN DESTRUCTIVA O DESTRUCTORA

= *Al.:* Destruktionstrieb. — *Fr.:* pulsion de destruction. — *Ing.:* destructive instinct. — *It.:* istinto *o* pulsione di distruzione. — *Por.:* impulso destrutivo *o* pulsão destrutiva.

Término utilizado por Freud para designar las pulsiones de muerte*, desde una perspectiva más cercana a la experiencia biológica y psicológica. En ocasiones su extensión es la misma que la del término «pulsión de muerte», pero más a menudo califica la pulsión de muerte en tanto que orientada hacia el mundo exterior. En este sentido más específico, Freud utiliza también el término «pulsión agresiva» *(Aggressionstrieb)*.

El término «pulsión de muerte» fue introducido en *Más allá del principio del placer* (*Jenseits des Lustprinzips*, 1920), dentro de un enfoque francamente especulativo; pero, a partir de este trabajo, Freud se preocupó de reconocer sus efectos en la experiencia. También en textos ulteriores habla a menudo de pulsión destructiva, lo que le permite definir más exactamente el fin de las pulsiones de muerte.

Dado que, según Freud, éstas operan «fundamentalmente en silencio», y no pueden apenas reconocerse más que cuando actúan en el exterior, se comprende que el término «pulsión destructiva» califique sus efectos más accesibles y manifiestos. La pulsión de muerte se desvía de la propia persona en virtud de la catexis de ésta por la libido narcisista y se dirige hacia el mundo exterior por intermedio de la musculatura; «[...] entonces se manifestaría (sin duda sólo en forma parcial) como *pulsión destructiva*, dirigida contra el mundo y los otros seres vivos» (1).

En otros textos no se hace resaltar tan claramente este sentido restrictivo de la pulsión destructiva en comparación con la pulsión de muerte, al incluir Freud dentro de la pulsión destructiva la autodestrucción *(Selbstdestruktion)* (2). En cuanto al término «pulsión agresiva», lo reserva para designar la destrucción dirigida al exterior.

PULSIÓN PARCIAL

= *Al.:* Partialtrieb. — *Fr.:* pulsion artielle. — *Ing.:* component (*o* partial) instinct. — *It.:* istinto *o* pulsione parziale. — *Por.:* impulso *o* pulsão parcial.

Se designan con este término los elementos últimos a los que llega el psicoanálisis en el análisis de la sexualidad. Cada uno de estos elementos viene especificado por una fuente (por ejemplo, pulsión oral, pulsión anal) y un fin (por ejemplo, pulsion de ver, pulsión de apoderamiento).

La palabra «parcial» no significa solamente que las pulsiones parciales constituyan especies pertenecientes a la clase de la pulsión sexual en general; debe tomarse sobre todo en un sentido genético y estructural: las pulsiones parciales funcionan al principio independientemente y tienden a unirse en las diferentes organizaciones libidinales.

Freud siempre criticó toda teoría de los instintos o de las pulsiones que conduzca a establecer un catálogo de las mismas postulando la existencia de tantas pulsiones como tipos de actividad pueden reconocerse, por ejemplo, invocando la existencia de un «instinto gregario» para explicar la vida en comunidad. Freud distingue únicamente dos grandes tipos de pulsiones: las pulsiones sexuales y las pulsiones de autoconservación, o, en una segunda concepción, las pulsiones de vida y las pulsiones de muerte.

No obstante, desde la primera edición de los *Tres ensayos sobre la teoría sexual* (*Drei Abhandlungen zur Sexualtheorie*, 1905), introduce el concepto de pulsión parcial. Lo que le guía entonces, en esta diferenciación de la actividad sexual, es la preocupación por separar *componentes*, que él se esfuerza en relacionar con fuentes orgánicas y en definir por sus fines específicos.

La pulsión sexual en su conjunto puede analizarse en cierto número de pulsiones parciales: la mayoría de ellas pueden fácilmente relacionarse con una zona erógena determinada (α); otras se definen más bien por su fin (por ejemplo, la pulsión de apoderamiento*), aunque pueda asignárseles una fuente somática (en el ejemplo citado, la musculatura).

La acción de las pulsiones parciales en el niño puede observarse en las actividades sexuales parciales («perversidad polimorfa»), y en el adulto en forma de placeres preliminares al acto sexual y en las perversiones.

El concepto de pulsión parcial es correlativo del de conjunto, de or-

ganización. El análisis de una organización* sexual pone de manifiesto las pulsiones que en ella se integran. La oposición es también genética, ya que la teoría freudiana admite que las pulsiones funcionan al principio en forma anárquica, para organizarse secundariamente (β).

En la primera edición de los *Tres ensayos*, Freud admite que la sexualidad no encuentra su organización hasta el momento de la pubertad, lo cual tiene como consecuencia que el conjunto de la actividad sexual infantil se caracteriza por el funcionamiento desorganizado de las pulsiones parciales.

La idea de una organización pregenital infantil conduce a hacer retroceder todavía más en el tiempo esta fase de libre funcionamiento de las pulsiones parciales, fase autoerótica «[...] en la cual cada pulsión parcial, de por sí, busca su satisfacción placentera [*Lustbefriedigung*] en el propio cuerpo» (1) (*véase:* Autoerotismo).

(α) «¿No ve usted que la multiplicidad de las pulsiones nos conduce a la multiplicidad de los órganos erógenos?» Carta de Freud a Oskar Pfister del 9 de octubre de 1918 (2).

(β) Véase, por ejemplo, este pasaje de Freud en *Psicoanálisis* y *Teoría de la libido* (*Psychoanalyse* und *Libidotheorie*, 1923): «la pulsión sexual, cuya manifestación dinámica en la vida psíquica puede denominarse libido, se compone de pulsiones parciales, en las cuales puede descomponerse de nuevo y que sólo gradualmente se unen en organizaciones determinadas [...]. Las distintas pulsiones parciales tienden, en un principio, a la satisfacción independientemente unas de otras, pero en el curso del desarrollo se agrupan y se centran cada vez más. Como primera fase de organización (pregenital) puede reconocerse la organización oral» (3).

PULSIÓN SEXUAL

= *Al.:* Sexualtrieb. — *Fr.:* pulsion sexuelle. — *Ing.:* sexual instinct. — *It.:* istinto *o* pulsione sessuale. — *Por.:* impulso *o* pulsão sexual.

Empuje interno que el psicoanálisis ve actuar en un campo mucho más extenso que el de las actividades sexuales en el sentido corriente del término. En él se verifican eminentemente algunos de los caracteres de la pulsión, que la diferencian de un instinto: su objeto no está predeterminado biológicamente, sus modalidades de satisfacción (fines) son variables, más especialmente ligadas al funcionamiento de determinadas zonas corporales (zonas erógenas), pero susceptibles de acompañar a las más diversas actividades, en las que se apoyan. Esta diversidad de las fuentes somáticas de la excitación sexual implica que la pulsión sexual no se halla unificada desde un principio, sino fragmentada en pulsiones parciales, que se satisfacen localmente (placer de órgano).

El psicoanálisis muestra que la pulsión sexual en el hombre se halla íntimamente ligada a un juego de representaciones o fantasías que la especifican. Sólo al final de una evolución compleja y aleatoria, se organiza bajo la primacía de la genitalidad y encuentra entonces la fijeza y la finalidad aparentes del instinto.

Desde el punto de vista económico, Freud postula la existencia de una energía única en las transformaciones de la pulsión sexual: la libido.

Desde el punto de vista dinámico, Freud ve en la pulsión sexual un polo necesariamente presente del conflicto psíquico: es el objeto privilegiado de la represión en el inconsciente.

Nuestra definición resalta la transmutación aportada por el psicoanálisis a la idea de un «instinto sexual», y ello tanto en extensión como en comprensión (*véase:* Sexualidad). Esta transformación afecta tanto al concepto de la sexualidad como al de la pulsión. Cabe pensar incluso que la crítica de la concepción «popular» o «biológica» de la sexualidad (1), que hace que Freud encuentre una misma «energía», la libido*, interviniendo en fenómenos muy diversos y a menudo muy alejados del acto sexual, coincide con lo que, en el ser humano, diferencia fundamentalmente la pulsión del instinto. Dentro de esta perspectiva, se puede anticipar que la concepción freudiana de la pulsión, elaborada a partir del estudio de la sexualidad humana, sólo se verifica plenamente en el caso de la pulsión sexual (*véase:* Pulsión; Instinto; Apoyo; Pulsiones de autoconservación).

A lo largo de toda su obra Freud sostuvo que la acción de la represión se ejercía en forma electiva sobre la pulsión sexual, en consecuencia, debía atribuirle un papel fundamental en el conflicto psíquico*, aunque dejando sin resolver el problema de qué es lo que, en definitiva, determina tal privilegio. «Teóricamente nada impide pensar que toda exigencia pulsional, cualquiera que sea, puede provocar las mismas represiones y sus consecuencias; pero la observación nos revela invariablemente, en la medida en que podemos enjuiciarlo, que las excitaciones que desempeñan este papel patógeno emanan de las pulsiones parciales de la sexualidad» (2) (*véase:* Seducción; Complejo de Edipo; Posterioridad).

La pulsión sexual, que Freud, en la primera teoría de las pulsiones, contrapone a las pulsiones de autoconservación, es asimilada en el último dualismo, a las pulsiones de vida*, al Eros. Así como en el primer dualismo la pulsión sexual era la fuerza sometida al solo principio de placer, difícilmente «educable», que funcionaba según las leyes del proceso primario y que constantemente amenazaba desde dentro el equilibrio del aparato psíquico, ahora se convierte, con el nombre de pulsión de vida, en una fuerza que tiende a la «ligazón», a la constitución y mantenimiento de las unidades vitales; y, en compensación, su antagonista, la pulsión de muerte, es la que funciona según el principio de la descarga total.

Un cambio de este tipo resulta difícil de comprender si no se tiene en cuenta todo el conjunto de transformaciones conceptuales efectuadas por Freud después de 1920 (*véase:* Pulsiones de muerte; Yo; Ligazón).

PULSIONES DE AUTOCONSERVACIÓN

= *Al.:* Selbsterhaltungstriebe. — *Fr.:* pulsions d'auto-conservation. — *Ing.:* instincts of self-preservation. — *It.:* istinti *o* pulsioni d'autoconservazione. — *Por.:* impulsos *o* pulsões de autoconservação.

Término mediante el cual Freud designa el conjunto de las necesidades ligadas a las funciones corporales que se precisan para la conservación de la vida del individuo; su prototipo viene representado por el hambre.

Dentro de su primera teoría de las pulsiones, Freud contrapone las pulsiones de autoconservación a las pulsiones sexuales.

Si bien el término «pulsión de autoconservación» no aparece en Freud hasta el año 1910, la idea de oponer a las pulsiones sexuales otro tipo de pulsiones es anterior a dicha fecha. Se halla, en efecto, implícita en lo que Freud afirma, a partir de los *Tres ensayos sobre la teoría sexual* (*Drei Abhandlungen zur Sexualtheorie*, 1905), acerca del apoyo de la sexualidad sobre otras funciones somáticas (*véase:* Apoyo); por ejemplo, a nivel oral, el placer sexual encuentra su apoyo en la actividad de nutrición: «La satisfacción de la zona erógena se hallaba asociada, al principio, a la satisfacción de la necesidad de alimento» (1 *a*); dentro del mismo contexto, Freud habla todavía de «pulsión de alimentación» (1 *b*).

En 1910 Freud enuncia la oposición que seguirá siendo central en su primera teoría de las pulsiones: «De singular importancia [...] es la oposición innegable existente entre las pulsiones que sirven a la sexualidad, a la obtención del placer sexual, y los que tienen por fin la autoconservación del individuo, las pulsiones del yo: todas las pulsiones orgánicas que actúan en nuestro psiquismo pueden clasificarse, según las palabras del poeta, en "Hambre" o en "Amor"» (2). Este dualismo ofrece dos aspectos, puestos en evidencia simultáneamente por Freud en sus trabajos de esa época: el apoyo de las pulsiones sexuales sobre las pulsiones de autoconservación y el papel fundamental que desempeña su oposición en el conflicto* psíquico. El ejemplo de los trastornos histéricos de la visión ilustra este doble aspecto: un mismo órgano, el ojo, constituye el soporte de dos tipos de actividad pulsional; en él se localizará el síntoma si existe conflicto entre dichas actividades.

En lo referente al problema del apoyo, remitimos al lector a nuestro comentario acerca de este término. En cuanto al modo en que llegan a oponerse en el conflicto defensivo los dos grandes tipos de pulsiones, uno de los pasajes más explícitos figura en las *Formulaciones sobre los dos principios del funcionamiento psíquico* (*Formulierungen über die zwei Prinzipien des psychischen Geschehens*, 1911). Las pulsiones del yo, en tanto que sólo pueden satisfacerse con un objeto real, efectúan muy pronto el tránsito del principio de placer al principio de realidad*, hasta el punto de convertirse en agentes de la realidad, oponiéndose así a las pulsiones sexuales, que pueden satisfacerse en forma fantasmática y permanecen durante más tiempo bajo el dominio del solo principio de placer*: «Una parte esencial de la predisposición psíquica a la neurosis proviene del retardo de la pulsión sexual en tener en cuenta la realidad» (3).

Esta concepción se condensa en la siguiente idea, ocasionalmente enunciada por Freud: el conflicto entre pulsiones sexuales y pulsiones de autoconservación proporcionaría la clave para la comprensión de las neurosis de transferencia (*acerca de este punto véase nuestro comentario a:* Pulsiones del yo).

Freud nunca dio una exposición de conjunto acerca de los diversos tipos de pulsiones de autoconservación; cuando habla de ellas, suele hacerlo en forma colectiva o tomando como prototipo el hambre. Con todo, parece admitir la existencia de numerosas pulsiones de autoconservación, tantas como las grandes funciones orgánicas (nutrición, defecación, emisión de orina, actividad muscular, visión, etc.).

La oposición establecida por Freud entre pulsiones sexuales y pulsiones de autoconservación puede llevar a preguntarnos sobre la legitimidad de usar la misma palabra *Trieb* para designar unos y otros. Ante todo se observará que, cuando Freud habla de la pulsión en general, se refiere, más o menos explícitamente, a la pulsión sexual, atribuyendo, por ejemplo, a la pulsión características tales como la variabilidad del fin y la contingencia del objeto. Por el contrario, para las «pulsiones» de autoconservación las vías de acceso están preformadas y el objeto que las satisface se halla determinado desde un principio; usando una expresión de Max Scheler, el hambre del lactante implica «una intuición del valor alimento» (4). Según muestra la concepción freudiana de la elección objetal por apoyo*, son las pulsiones de autoconservación las que indican a la sexualidad el camino hacia el objeto. Es sin duda esta diferencia la que condujo a Freud a utilizar repetidamente el término «necesidad» *(Bedürfnis)* para designar las pulsiones de autoconservación (5 *a*). Desde este punto de vista, sólo cabe subrayar lo que hay de artificial en pretender establecer, dentro de una perspectiva genética, un estricto paralelismo entre funciones de autoconservación y pulsiones sexuales, considerando a unas y otras sometidas inicialmente al solo principio de placer, para obedecer más tarde progresivamente al principio de realidad. En efecto, las primeras deberían situarse más bien, desde sus comienzos, en el lado del principio de realidad, y las segundas en el lado del principio de placer.

Las sucesivas reformas efectuadas por Freud en la teoría de las pulsiones le obligarían a situar de otro modo las funciones de autoconservación. Ante todo se observará que, en estas tentativas de reclasificación, los conceptos de pulsiones del yo y pulsiones de autoconservación, que anteriormente coincidían, experimentan transformaciones que no son exactamente las mismas. En lo referente a las pulsiones del yo, es decir, a la naturaleza de la energía pulsional que se halla al servicio de la instancia del yo, remitimos al lector a los comentarios a los artículos: Pulsiones del yo, Libido del yo — libido objetal, Yo. Respecto de las funciones de autoconservación, puede decirse esquemáticamente que:

1.º Con la introducción del concepto de narcisismo (1915), las pulsiones de autoconservación siguen oponiéndose a las pulsiones sexuales, si bien estas últimas se encuentran ahora subdivididas, según que apunten al objeto exterior (libido objetal) o al yo (libido del yo).

2.º Cuando Freud, entre 1915 y 1920, efectúa un «acercamiento aparente a las concepciones de Jung» (5 *b*) y se siente inclinado a admitir la idea de un monismo pulsional, las pulsiones de autoconservación tienden a considerarse como un caso particular del amor a sí mismo o libido del yo.

3.º Después de 1920 se introduce un nuevo dualismo, el de pulsiones de vida* y pulsiones de muerte*. En una primera fase (6), Freud dudará respecto a la situación de las pulsiones de autoconservación, clasificándolas primeramente dentro de las pulsiones de muerte, ya que no ve-

presentarían más que rodeos que expresarían el hecho de que «el organismo sólo quiere morir a su manera» (7), pero rectifica pronto esta idea para ver en la conservación del individuo un caso particular de la manifestación de las pulsiones de vida.

En lo sucesivo mantendrá este último punto de vista: «La oposición entre pulsión de autoconservación y pulsión de conservación de la especie, al igual que la existente entre amor al yo y amor objetal, debe situarse todavía dentro del Eros» (8).

PULSIONES DE MUERTE

= *Al.:* Todestriebe. — *Fr.:* pulsions de mort. — *Ing.:* death instincts. — *It.:* istinti o pulsioni di morte. — *Por.:* impulsos o pulsões de morte.

Dentro de la última teoría freudiana de las pulsiones, designan una categoría fundamental de pulsiones que se contraponen a las pulsiones de vida y que tienden a la reducción completa de las tensiones, es decir, a devolver al ser vivo al estado inorgánico.

Las pulsiones de muerte se dirigen primeramente hacia el interior y tienden a la autodestrucción; secundariamente se dirigirían hacia el exterior, manifestándose entonces en forma de pulsión agresiva o destructiva.

El concepto de pulsión de muerte, introducido por Freud en *Más allá del principio de placer* (*Jenseits des Lustprinzips*, 1920) y constantemente reafirmada por él hasta el fin de su obra, no ha logrado imponerse a los discípulos y a la posteridad de Freud a igual título que la mayoría de sus aportaciones conceptuales. Sigue siendo una de las nociones más controvertidas. Para captar su sentido, creemos que no basta remitirse a las tesis de Freud acerca de la misma, o encontrar en la clínica las manifestaciones que parecen más aptas para justificar esta hipótesis especulativa; sería necesario, además, relacionarla con la evolución del pensamiento freudiano y descubrir a qué necesidad estructural obedece su introducción dentro de una reforma más general («vuelta» de los años 20). Sólo una apreciación de este tipo permitiría encontrar, más allá de los enunciados explícitos de Freud e incluso de su sentimiento de innovación radical, la exigencia de la cual este concepto es testimonio, exigencia que, bajo otras formas, ya pudo ocupar un puesto en modelos anteriores.

Resumamos primeramente las tesis de Freud referentes a la pulsión de muerte. Ésta representa la tendencia fundamental de todo ser vivo a volver al estado inorgánico. En este sentido, «Si admitimos que el ser vivo apareció después que lo no-vivo y a partir de esto, la pulsión de muerte concuerda con la fórmula [...] según la cual una pulsión tiende al retorno a un estado anterior» (1 *a*). Desde este punto de vista, «todo ser vivo muere necesariamente por causas internas» (2 *a*). En los seres pluricelulares, «[...] la libido sale al encuentro de la pulsión de muerte o de destrucción que domina en ellos y que tiende a desintegrar este organismo celular y a conducir cada organismo elemental (cada célula) al estado de estabilidad inorgánica [...]. Su misión consiste en volver

inofensiva esta pulsión destructora, y se libera de ella derivándola en gran parte hacia el exterior, dirigiéndola contra los objetos del mundo exterior, lo cual se hace pronto con la ayuda de un sistema orgánico particular, la musculatura. Esta pulsión se denomina entonces pulsión destructiva, pulsión de apoderamiento, voluntad de poder. Parte de esta pulsión se pone directamente al servicio de la función sexual, donde desempeña un papel importante. Se trata del sadismo propiamente dicho. Otra parte no sigue este desplazamiento hacia el exterior; persiste en el organismo, donde se halla ligado libidinalmente [...]. En ella debemos reconocer el masoquismo primario, erógeno» (3 *a*).

En el desarrollo libidinal del individuo, Freud describió el juego combinado de la pulsión de vida y la pulsión de muerte, tanto en su forma sádica (2 *c*) como en su forma masoquista (3 *b*).

Las pulsiones de muerte se incluyen en un nuevo dualismo, en el cual se contraponen a las pulsiones de vida (o Eros*), que en lo sucesivo comprenderán el conjunto de las pulsiones anteriormente distinguidas por Freud (*véase:* Pulsiones de vida; Pulsión sexual; Pulsiones de autoconservación; Pulsiones del yo). Así, pues, en la conceptualización freudiana, las pulsiones de muerte aparecen como un nuevo tipo de pulsiones, que no tenía un puesto en las clasificaciones anteriores (así, por ejemplo, el sadismo* y el masoquismo* se explicaban por una compleja interacción de pulsiones de tendencia totalmente positiva) (4 *a*); pero al mismo tiempo Freud los considera como las pulsiones por excelencia, en la medida en que, en ellas, se realiza eminentemente el carácter repetitivo de la pulsión.

¿Cuáles son los motivos más manifiestos que indujeron a Freud a establecer la existencia de una pulsión de muerte?

1) La consideración, en muy diversos registros, de los fenómenos de repetición (*véase:* Compulsión a la repetición), que difícilmente pueden reducirse a la búsqueda de una satisfacción libidinal o a una simple tentativa de dominar las experiencias displacenteras; Freud ve en ello la marca de lo «demoniaco», de una fuerza irrepresible, independiente del principio de placer y capaz de oponerse a éste. Partiendo de este concepto, Freud va a parar a la idea de un carácter regresivo de la pulsión, idea que, seguida sistemáticamente, le conduce a ver en la pulsión de muerte la pulsión por excelencia.

2) La importancia adquirida, en la experiencia psicoanalítica, por las nociones de ambivalencia*, agresividad*, sadismo y masoquismo, tal como se desprende, por ejemplo, de la clínica de la neurosis obsesiva y de la melancolía.

3) Desde un principio el odio se le apareció a Freud como imposible de deducir, desde el punto de vista metapsicológico, de las pulsiones sexuales. Jamás hará suya la tesis según la cual «[...] todo lo que se encuentra en el amor de peligroso y hostil debería atribuirse más bien a una bipolaridad originaria de su propio ser» (5 *a*). En *Las pulsiones y sus destinos* (*Triebe und Triebschicksale*, 1915), el sadismo y el odio son puestos en relación con las pulsiones del yo: «[...] los verdaderos prototipos de la relación de odio no provienen de la vida sexual, sino de la

lucha del yo por su conservación y afirmación» (4 *b*); Freud ve en el odio una relación con los objetos «más antigua que el amor» (4 *c*). Cuando, como consecuencia de la introducción del concepto de narcisismo*, tiende a borrar la distinción entre dos tipos de pulsiones (pulsiones sexuales y pulsiones del yo) convirtiéndolos en modalidades de la libido, cabe pensar que halló especial dificultad en hacer derivar el odio dentro del marco de un monismo pulsional. El problema de un *masoquismo primario*, que se había planteado desde 1915 (4 *c*), era como el índice que señalaba el polo del nuevo gran dualismo pulsional que se acerbaba.

La exigencia dualista es, como se sabe, fundamental en el pensamiento freudiano; se pone de manifiesto en numerosos aspectos estructurales de la teoría y se traduce, por ejemplo, en la noción de pares antitéticos*. Es particularmente imperiosa cuando se trata de las pulsiones, por cuanto éstos proporcionan, en último término, las fuerzas que se enfrentan en el conflicto* psíquico (2 *d*).

¿Qué papel atribuye Freud a la noción de pulsión de muerte? Ante todo debe notarse que, según subraya el propio Freud, tal noción se basa fundamentalmente en consideraciones especulativas y que, por así decirlo, se le fue imponiendo progresivamente: «Al principio presenté estas concepciones con la única intención de ver adónde conducían, pero, con los años, han adquirido tal poder sobre mí que ya no puedo pensar de otro modo» (5 *b*). Al parecer fue sobre todo el valor teórico del concepto y su concordancia con una determinada concepción de la pulsión lo que hizo que Freud insistiera tanto en mantener la tesis de la pulsión de muerte, a pesar de las «resistencias» que encontró en los propios medios psicoanalíticos y la dificultad que plantea el intento de basarla en la experiencia concreta. En efecto, como subrayó Freud en repetidas ocasiones, los hechos muestran que, incluso en los casos en que la tendencia a la destrucción de otro o de uno mismo es más manifiesta, en que la furia destructiva es más ciega, puede existir siempre una satisfacción libidinal, satisfacción sexual dirigida hacia el objeto o gozo narcisista (5 *c*). «Lo que encontramos siempre no es, por así decirlo, mociones pulsionales puras, sino asociaciones de dos pulsiones en proporciones variables» (6 *a*). En este sentido dice a veces Freud que la pulsión de muerte «[...] se substrae a la percepción cuando no va teñido de erotismo» (5 *d*).

Esto se traduce también en las dificultades que encuentra Freud para sacar partido del nuevo dualismo pulsional en la teoría de las neurosis o en los modelos del conflicto: «Siempre seguimos experimentando que las mociones pulsionales, cuando logramos reconstruir su curso, se nos aparecen como derivados del Eros. Si no fuera por las consideraciones propuestas en *Más allá del principio del placer* y finalmente por las contribuciones del sadismo al Eros, nos resultaría difícil mantener nuestra concepción dualista fundamental» (7 *a*). En el artículo *Inhibición, síntoma y angustia* (*Hemmung, Symptom und Angst*, 1926), que reconsidera el conjunto del problema del conflicto neurótico y sus diversas modalidades, sorprende efectivamente ver el poco lugar que Freud concede a la oposición entre los dos grandes tipos de pulsiones, oposición a la que no atribuye papel dinámico alguno. Cuando Freud se plantea explícitamente el problema (7 *b*) de la relación entre las instancias de la personalidad que acaba de diferenciar (ello, yo, superyó) y los dos tipos de pulsiones, se observa que el conflicto entre instancias no es superponible al dualismo pulsional; aunque Freud se esfuerza en determinar la parte correspondiente a las dos pulsiones en la constitución de cada instancia, en compensación, cuando se trata de describir las modalidades del conflicto, no se ve intervenir la supuesta oposición entre pulsiones de vida y pulsiones de muerte: «No se trata de limitar una u otra de las pulsiones fundamentales a una determinada provincia psíquica. Es necesario poderlas encontrar por todas partes» (1 *b*). Con frecuencia el «hiatus» entre la nueva teoría de las pulsiones y la nueva tópica es todavía más sensible: el conflicto se convierte en un conflicto entre instancias, en que el *ello* termina por representar el conjunto de las exigencias pulsionales, en oposición al *yo*. En este sentido Freud pudo decir que, desde un punto de vista empírico, la distinción entre pulsiones del yo y pulsiones de objeto seguía conservando su valor; es solamente «[...] la especulación teórica [la que] nos ha hecho admitir la existencia de dos pulsiones fundamentales [Eros y pulsión destructiva] que se ocultan tras las pulsiones manifiestas, pulsiones del yo y pulsiones de objeto» (8). Como puede verse, aquí reasume Freud, incluso en el plano pulsional, un modelo de conflicto anterior a *Más allá del principio del placer* (*véase:* Libido del yo — libido objetal), suponiendo simplemente que cada una de las dos fuerzas presentes que vemos efectivamente enfrentarse («pulsiones del yo», «pulsiones de objeto») comprende ella misma una unión* de pulsiones de vida y de muerte.

Finalmente, sorprende ver la pequeñez de los cambios manifiestos que la nueva teoría de las pulsiones aporta, tanto en la descripción del conflicto defensivo como en la de la evolución de las fases pulsionales (6 *b*).

Si Freud afirma y mantiene hasta el fin de su obra la noción de pulsión de muerte, no lo hace como una hipótesis impuesta por la teoría de las neurosis. Lo hace porque tal noción es, por una parte, el resultado de una exigencia especulativa que éste considera fundamental, y, por otra, le parece inevitablemente sugerida por la insistencia de hechos muy precisos, irreductibles, que adquieren a sus ojos una importancia creciente en la clínica y en la cura: «Si se abarca en conjunto el cuadro que forman las manifestaciones del masoquismo inmanente en tantas personas, la reacción terapéutica negativa y el sentimiento de culpabilidad de los neuróticos, resulta imposible adherirse a la creencia de que el funcionamiento psíquico viene dominado exclusivamente por la tendencia al placer. Estos fenómenos indican, de una forma que no puede ignorarse, la presencia en la vida psíquica de un poder que, según sus fines, denominamos pulsión agresiva o destructiva, y que hacemos derivar de la pulsión de muerte originaria de la materia animada» (9).

La acción de la pulsión de muerte podría incluso entreverse en estado puro cuando tiende a desunirse de la pulsión de vida, por ejemplo, en el caso del melancólico, en el cual el superyó aparece como «[...] una cultura de la pulsión de muerte» (7 *c*).

El propio Freud indica que, dado que su hipótesis «[...] descansa esencialmente sobre bases teóricas, es preciso admitir que no se halla tampoco al abrigo de objeciones teóricas» (5 *e*). En efecto, numerosos analistas han trabajado en este sentido, sosteniendo, por una parte, que la *noción* de pulsión de muerte era inaceptable y, por otra, que los *hechos* clínicos invocados por Freud debían interpretarse sin recurrir a esta noción. En forma muy esquemática, estas críticas pueden clasificarse según distintos niveles:

1) desde un punto de vista metapsicológico, se rehúsa considerar la reducción de tensiones como el patrimonio de un grupo determinado de pulsiones;

2) tentativas de describir una génesis de la agresividad: ya sea haciendo de ésta un elemento correlativo, al comienzo, de toda pulsión, en la medida en que ésta se realiza en una actividad que el sujeto impone al objeto, ya sea considerándola como una reacción secundaria a la frustración proveniente del objeto;

3) reconocimiento de la importancia y de la autonomía de las pulsiones agresivas, pero sin que éstas puedan adscribirse a una tendencia *auto*agresiva; negación a hipostasiar, en todo ser vivo, del par antitético: pulsiones de vida — pulsión de autodestrucción. Puede muy bien afirmarse que existe desde un principio una ambivalencia pulsional, pero la oposición entre amor y odio, tal como se manifiesta desde los comienzos en la incorporación* oral, sólo debería entenderse en la relación con un objeto exterior.

Por el contrario, la escuela de Melanie Klein reafirma con toda su fuerza el dualismo de las pulsiones de muerte y pulsiones de vida, atribuyendo incluso un papel fundamental a las pulsiones de muerte desde los comienzos de la existencia humana, no sólo en la medida en que están orientadas hacia el objeto exterior, sino también en cuanto operan en el organismo y dan lugar a la angustia de ser desintegrado y aniquilado. Pero cabe preguntarse si el maniqueísmo kleiniano recoge todas las significaciones que Freud había atribuido a su dualismo. En efecto, los dos tipos de pulsión invocados por Melanie Klein se contraponen ciertamente por su fin, pero no existe entre ellos una diferencia fundamental en cuanto a su principio de funcionamiento.

Las dificultades que ha encontrado la posteridad freudiana en integrar la noción de pulsión de muerte inducen a preguntarse qué es lo que considera Freud, con el nombre de *Trieb*, en su última teoría. En efecto, produce cierto embarazo designar con la misma palabra *pulsión* lo que Freud, por ejemplo, describió y mostró en su acción al detallar el funcionamiento de la sexualidad humana (*Tres ensayos sobre la teoría sexual* [*Drei Abhandlungen zur Sexualtheorie*, 1905]) y estos «seres míticos» que él ve enfrentarse, no tanto a nivel del conflicto clínicamente observable como en una lucha que va más allá del individuo humano, puesto que se encuentra en forma velada en todos los seres vivos, incluso los más primitivos: «[...] las fuerzas pulsionales que tienden a conducir la vida hacia la muerte podrían muy bien actuar en ellos desde el principio; pero sería muy difícil efectuar la prueba directa de su presencia, ya que sus efectos están enmascarados por las fuerzas que conservan la vida» (2 *e*).

La oposición entre las dos pulsiones fundamentales guardaría relación con los grandes procesos vitales de asimilación y desasimilación; en último extremo, desembocaría incluso «[...] en el par antitético que impera en el reino inorgánico: atracción y repulsión» (1 *c*). Este aspecto fundamental o incluso universal de la pulsión de muerte fue también subrayado por Freud de muchas formas. Se pone de manifiesto especialmente en la referencia a concepciones filosóficas como las de Empédocles y Schopenhauer.

Algunos traductores franceses de Freud se han dado perfecta cuenta de que la última teoría de las «pulsiones» se situaba en un plano distinto al de sus teorías anteriores, como indica el hecho de que prefieren hablar de «instinto de vida» y de «instinto de muerte», mientras que, en los restantes textos, traducen el *Trieb* freudiano por «pulsión». Pero esta terminología es criticable, ya que la palabra instinto* se halla más bien reservada por el uso (y esto en el propio Freud) para designar comportamientos preformados y fijos, susceptibles de ser observados, analizados, y específicos del orden vital.

De hecho, lo que Freud intenta explícitamente designar con el término «pulsión de muerte» es lo que hay de más fundamental en la noción de pulsión, el retorno a un estado anterior y, en último término, el retorno al reposo absoluto de lo inorgánico. Lo que así designa, más que un tipo particular de pulsión, es lo que se hallaría en el *principio* de toda pulsión.

A este respecto, resulta instructivo observar las dificultades que experimenta Freud para situar la pulsión de muerte en relación con los «principios de funcionamiento psíquico» que había establecido mucho tiempo antes, y sobre todo en relación con el principio de placer. Así, en *Más allá del principio del placer*, como indica el mismo título de la obra, se postula la existencia de la pulsión de muerte a partir de hechos que parecen contradecir dicho principio, pero al mismo tiempo Freud termina afirmando que «el principio de placer parece, de hecho, hallarse al servicio de las pulsiones de muerte» (2 *f*).

Por lo demás, se dio cuenta de esta contradicción, lo que le condujo a continuación a distinguir del principio de placer* el principio de nirvana*; este último, como principio económico de la reducción de las tensiones a cero, «[...] se hallaría enteramente al servicio de las pulsiones de muerte» (3 *c*). En cuanto al principio de placer, cuya definición se vuelve entonces más cualitativa que económica, «representa la exigencia de la libido» (3 *d*).

Cabe preguntarse si la introducción del principio de nirvana, «expresando la tendencia de la pulsión de muerte», constituye una innovación radical. Fácilmente puede mostrarse cómo las formulaciones del principio de placer dadas por Freud a todo lo largo de su obra confundían dos tendencias: una tendencia a la descarga completa de la excitación y una tendencia al mantenimiento de un nivel constante (homeostasis).

Por lo demás, se observará que en la primera etapa de su construcción metapsicológica (*Proyecto de psicología científica* [*Entwurf einer Psychologie*, 1895]) Freud había diferenciado estas dos tendencias hablando de un principio de inercia* y mostrando cómo éste se convertía en una tendencia «a mantener constante el nivel de tensión» (10).

Por lo demás, estas dos tendencias han continuado distinguiéndose, en la medida en que corresponden a dos tipos de energía, libre y ligada*, y a dos modos de funcionamiento psíquico (proceso primario y proceso secundario*). Desde esta perspectiva, la tesis de la pulsión de muerte puede verse como una reafirmación de lo que Freud consideró siempre como la esencia misma del inconsciente en lo que éste ofrece de indestructible y de arreal. Esta reafirmación de lo que hay de más radical en el deseo inconsciente es correlativa con una mutación en la función última que Freud asigna a la sexualidad. En efecto, ésta, con el nombre de Eros, ya no se define como una fuerza disruptora y eminentemente perturbadora, sino como principio de cohesión: «El fin de [el Eros] consiste en crear unidades cada vez mayores y mantenerlas: es la ligazón; el fin de [la pulsión destructiva] es, por el contrario, disolver los conjuntos y, de este modo, destruir las cosas» (1 *d*) (*véase:* Pulsiones de vida).

Con todo, aun cuando en la noción de pulsión de muerte se pueda descubrir un nuevo avatar de una exigencia fundamental y constante del pensamiento freudiano, no puede dejarse de subrayar que aporta una nueva concepción: hace de la tendencia a la destrucción, como aparece, por ejemplo, en el sadomasoquismo, un dato irreductible, es la expresión privilegiada del principio más radical del funcionamiento psíquico, y por último liga indisolublemente, en la medida en que es «lo que hay de más pulsional», todo deseo, agresivo o sexual, al deseo de muerte.

PULSIONES DE VIDA

= *Al.:* Lebenstriebe. — *Fr.:* pulsions de vie. — *Ing.:* life instincts. — *It.:* istinti *o* pulsioni di vita. — *Por.:* impulsos *o* pulsões de vida.

Gran categoría de pulsiones que Freud contrapone, en su última teoría, a las pulsiones de muerte. Tienden a constituir unidades cada vez mayores y a mantenerlas. Las pulsiones de vida, que se designan también con el término «Eros», abarcan no sólo las pulsiones sexuales propiamente dichas, sino también las pulsiones de autoconservación.

En *Más allá del principio del placer* (*Jenseits des Lustprinzips*, 1920), Freud introdujo la gran oposición, que mantendría hasta el fin de su obra, entre pulsiones de muerte* y pulsiones de vida. Las primeras tienden a la destrucción de las unidades vitales, a la nivelación radical de las tensiones y al retorno al estado inorgánico, que se considera como el estado de reposo absoluto. Las segundas tienden, no sólo a conservar las unidades vitales existentes, sino también a constituir, a partir de éstas, unidades más amplias. Así existiría, incluso a nivel celular, una tendencia «[...] que aspira a producir y mantener la cohesión de las partes de la substancia viva» (1 *a*). Esta tendencia vuelve a encontrarse en el organismo individual, en tanto que éste aspira a mantener su unidad y su existencia (pulsiones de autoconservación*, libido narcisista*). La misma sexualidad, en sus formas manifiestas, se define como principio de unión (unión de los individuos en la cópula, unión de los gametos en la fecundación).

Pero lo que mejor permite comprender lo que entiende Freud por pulsiones de vida es su oposición a las pulsiones de muerte: se oponen unas a otras como dos grandes principios que actuarían ya en el mundo físico (atracción-repulsión) y que se hallarían sobre todo en la base de los fenómenos vitales (anabolismo-catabolismo).

Este nuevo dualismo pulsional no deja de plantear dificultades:

1) La introducción por Freud del concepto de pulsión de muerte es correlativa con una reflexión acerca de lo que hay de más fundamental en toda pulsión: el retorno a un estado anterior. Dentro de la perspectiva evolucionista explícitamente elegida por Freud, esta tendencia regresiva sólo puede apuntar a restablecer formas menos diferenciadas, menos organizadas, que en último extremo ya no comporten diferencias de nivel energético. Si esta tendencia se expresa eminentemente en la pulsión de muerte, en contraposición, la pulsión de vida se caracteriza por un movimiento inverso, a saber, el establecimiento y mantenimiento de formas más diferenciadas y más organizadas, la *constancia* e incluso el *aumento de las diferencias de nivel* energético entre el organismo y el medio. Freud se declara incapaz de poner de manifiesto, en el caso de las pulsiones de vida, bajo qué aspecto obedecen a lo que él definió como la fórmula general de toda pulsión, su carácter conservador o, mejor, regresivo. «Para el Eros (la pulsión de amor) no podemos aplicar la misma fórmula, ya que ello equivaldría a postular que la substancia viva, habiendo constituido primeramente una unidad, se fragmentó más tarde y tiende a reunirse de nuevo» (2 *a*). Freud se ve obligado entonces a referirse a un mito, el mito de Aristófanes en *El banquete* de Platón, según el cual la unión sexual tendería a restablecer la unidad perdida de un ser originariamente andrógino, anterior a la separación de los sexos (1 *b*).

2) En el plano de los principios del funcionamiento psíquico correspondientes a los dos grandes grupos de pulsiones, se vuelven a encontrar la misma oposición y la misma dificultad: el principio de nirvana*, que corresponde a las pulsiones de muerte, se halla claramente definido; pero el principio de placer (y su modificación en principio de realidad*), que se supone representa la exigencia de las pulsiones de vida, difícilmente puede captarse en su acepción económica y es reformulado por Freud en términos «cualitativos» (*véase:* Principio de placer; Principio de constancia).

Las últimas formulaciones de Freud (*Esquema del psicoanálisis* [*Abriss der Psychoanalyse*, 1938]) indican que el principio subyacente a las pulsiones de vida es un principio de *ligazón**. «El fin del Eros consiste en establecer unidades cada vez mayores, y por consiguiente conser-

varlas: es la ligazón. El fin de la otra pulsión, por el contrario, consiste en romper las relaciones y por consiguiente destruir las cosas» (2 *b*).

Como puede verse, también en el plano económico la pulsión de vida armoniza mal con el modelo energético de la pulsión como tendencia a la reducción de las tensiones. En algunos pasajes (3), Freud sitúa el Eros en oposición al carácter conservador general de la pulsión.

3) Por último, si Freud pretende reconocer en las pulsiones de vida lo que anteriormente había designado como pulsión sexual*, cabe preguntarse si esta asimilación no es correlativa con un cambio en cuanto a la posición de la sexualidad en la estructura del dualismo freudiano. En los grandes pares antitéticos establecidos por Freud: energía libre — energía ligada, proceso primario — proceso secundario, principio de placer — principio de realidad, y, en el *Proyecto de psicología científica* (*Entwurf einer Psychologie*, 1895), principio de inercia — principio de constancia, la sexualidad correspondía hasta entonces a los primeros términos, apareciendo como una fuerza esencialmente disruptora. Con el nuevo dualismo pulsional, es la pulsión de muerte la que pasa a convertirse en esta fuerza «primaria», «demoníaca» y propiamente pulsional, mientras que la sexualidad, paradójicamente, pasa del lado de la ligazón.

PULSIONES DEL YO

= *Al.*: Ichtriebe. — *Fr.*: pulsions du moi. — *Ing.*: ego instincts. — *It.*: istinti *o* pulsioni dell'io. — *Por.*: impulsos *o* pulsões do ego.

Dentro del marco de la primera teoría de las pulsiones (tal como fue formulada por Freud en los años 1910-1915), las pulsiones del yo designan un tipo específico de pulsiones cuya energía se sitúa al servicio del yo en el conflicto defensivo; son asimiladas a las pulsiones de autoconservación y se oponen a las pulsiones sexuales.

En la primera teoría freudiana de las pulsiones, que opone pulsiones sexuales* y pulsiones de autoconservación*, estas últimas reciben todavía el nombre de pulsiones del yo.

Como es sabido, el conflicto* psíquico fue descrito al principio por Freud como la oposición entre la sexualidad y una instancia represora, defensiva, el yo*. Pero todavía no se atribuía al yo un soporte pulsional determinado.

Por otra parte, desde los *Tres ensayos sobre la teoría sexual* (*Drei Abhandlungen zur Sexualtheorie*, 1905), Freud contrapuso las pulsiones sexuales a lo que él llamó «necesidades» (o «funciones de importancia vital»), mostrando cómo las primeras nacían apoyándose* en las segundas, y luego se separaban, especialmente en el autoerotismo*. Al enunciar su «primera teoría de las pulsiones», Freud trata de hacer coincidir estas dos oposiciones: oposición clínica, en el conflicto defensivo, entre el yo y las pulsiones sexuales; oposición genética, en el origen de la sexualidad humana, entre funciones de autoconservación y pulsión sexual.

Sólo en 1910, en *El trastorno psicógeno de la visión en la concepción psicoanalítica (Die psychogene Sehstörung in Psychoanalytischer Auffassung)*, Freud, por un lado, reúne el conjunto de estas «grandes necesidades» no sexuales con el nombre de «pulsiones de autoconservación» y, por otro, las señala, con el nombre de «pulsiones del yo», como parte integrante del conflicto psíquico, cuyos dos polos se deben definir, en último análisis, igualmente en términos de fuerzas: «De muy especial importancia para nuestra tentativa de explicación es la oposición innegable existente entre las pulsiones que sirven a la sexualidad, a la obtención del placer sexual, y los otros, que tienen como fin la autoconservación del individuo, las pulsiones del yo. Todas las pulsiones orgánicas que actúan en nuestro psiquismo pueden clasificarse, según el poeta, en «hambre» o en «amor» (1 *a*).

¿Qué significa la sinonimia, anticipada por Freud, entre pulsiones de autoconservación y pulsiones del yo? ¿En qué sentido un determinado grupo de pulsiones puede considerarse inherente al yo?

1.° A nivel biológico, Freud se apoya en la oposición entre las pulsiones que tienden a la conservación del individuo *(Selbsterhaltung)* y las que sirven a los fines de la especie *(Arterhaltung)*: «El individuo lleva, en realidad, una doble existencia, como fin de sí mismo y como miembro de una cadena a la que se encuentra sometido en contra de su propia voluntad o, por lo menos, sin contar con ella [...]. La distinción entre pulsiones sexuales y pulsiones del yo no hará más que reflejar esta doble función del individuo» (2 *a*). Desde esta perspectiva, «pulsiones del yo» significa «pulsiones de conservación de sí mismo», siendo el yo como la instancia psíquica encargada de la conservación del individuo.

2.° En el marco del funcionamiento del aparato psíquico, Freud muestra cómo las pulsiones de autoconservación, proposición de las pulsiones sexuales, son especialmente aptas para funcionar según el principio de realidad. Es más, define un «yo-realidad*» por las características mismas de las pulsiones del yo: «[...] el yo-realidad no tiene más misión que tender hacia lo *útil* y prevenirse contra los daños» (3).

3.° Por último, se observará que, desde la introducción de la noción de pulsiones del yo, Freud señala que éstas (simétricamente a las pulsiones sexuales, con las que se hallan en conflicto) se encuentran fijadas a un grupo determinado de *representaciones*, grupo «para el que utilizamos el concepto global de yo, el cual está compuesto de diversas formas según el caso» (1 *b*).

Si concedemos todo su sentido a esta última indicación, nos veremos inducidos a pensar que las pulsiones del yo catectizan el «yo» tomado como «grupo de representaciones», que *apuntan al yo*. Vemos que se introduce aquí una ambigüedad en el sentido de la contracción *del* (pulsiones *del* yo): las pulsiones del yo se conciben, por una parte, como tendencias que *emanan* del organismo (o *del* yo como instancia psíquica encargada de asegurar la conservación de aquél) y que apuntan hacia objetos exteriores relativamente específicos (por ejemplo, alimento). Pero, por otra parte, se fijarían al yo como a su *objeto*.

Cuando, entre 1910 y 1915, Freud establece la oposición entre pulsiones sexuales y pulsiones del yo, raramente deja de declarar que se trata de una hipótesis que se vio «[...] obligado a establecer por el análisis de las neurosis de transferencia (histeria y neurosis obsesiva)» (2 *b*). A este respecto cabe señalar que, en las interpretaciones dadas por Freud del conflicto, casi nunca vemos intervenir las pulsiones de autoconservación como fuerza motivadora de la represión:

1.° En los estudios clínicos publicados antes de 1910, a menudo se señala el lugar que ocupa el yo en el conflicto, pero no se indica su relación con las funciones necesarias para la conservación del individuo biológico (*véase:* Yo). Más tarde, después de haberlo clasificado explícitamente, en teoría, como pulsión del yo, la pulsión de autoconservación es, no obstante, raras veces invocada como energía represora: En *Historia de una neurosis infantil* (*Aus der Geschichte einer infantilen Neurose*, 1918), redactada en 1914-1915, la fuerza que provoca la represión se busca en la «libido genital narcisista» (4).

2.° En los trabajos metapsicológicos de 1914-1915 (*El inconsciente* [*Das Unbewusste*], *La represión* [*Die Verdrängung*], *Las pulsiones y sus destinos* [*Trieb und Triebschicksale*]), la represión, en los tres grandes tipos de neurosis de transferencia, se atribuye a un juego puramente *libidinal* de catexis, de retiro de la catexis y de contracatexis de las representaciones: «podemos reemplazar aquí la palabra "catexis" por "libido", ya que, según sabemos, se trata del destino de las pulsiones sexuales» (5).

3.° En el texto que introduce la noción de pulsión del yo, uno de los pocos trabajos en los que Freud intenta hacer intervenir esta pulsión como parte del conflicto, se tiene la impresión de que la función de «autoconservación» (en este caso la visión) constituye lo que está en juego y el terreno del conflicto defensivo más que uno de los términos dinámicos de éste.

4.° Cuando Freud intenta justificar la introducción de este dualismo pulsional, no lo considera como un «postulado necesario», sino únicamente como una «construcción auxiliar» que va mucho más allá de los simples datos psicoanalíticos. Éstos, en efecto, sólo imponen la idea de un «conflicto entre las exigencias de la sexualidad y las del yo» (6). Así, pues, en último análisis, el dualismo pulsional se basa en consideraciones «biológicas»: «[...] deseo hacer constar aquí expresamente que la hipótesis de una separación entre pulsiones del yo y pulsiones sexuales [...] sólo en una pequeña parte tiene una base psicológica, encontrando su principal apoyo en la biología» (2 *c*).

La introducción del concepto de narcisismo* no invalida, en principio, para Freud la oposición entre pulsiones sexuales o pulsiones del yo (2 *d*, 6 *b*), pero introduce en ella una distinción suplementaria: las pulsiones sexuales pueden cargar su energía sobre un objeto exterior (libido objetal) o sobre el yo (libido del yo o libido narcisista). La energía de las pulsiones del yo no es libido, sino «interés*». Como puede verse, esta nueva reagrupación intenta suprimir la ambigüedad que hemos

señalado más arriba a propósito del término «pulsiones *del* yo». Las pulsiones del yo emanan del yo y se refieren a objetos independientes (por ejemplo, el alimento); pero el yo puede ser objeto para la pulsión sexual (libido del yo).

Con todo, la oposición libido del yo — libido objetal* muy pronto, en el pensamiento de Freud, restará interés a la oposición entre pulsiones del yo — pulsiones sexuales.

En efecto, Freud cree poder referir la autoconservación al amor de sí mismo, es decir, a la libido del yo. Escribiendo *a posteriori* la historia de su teoría de las pulsiones, Freud interpreta el cambio en virtud del cual introdujo el concepto de libido narcisista como una aproximación a una teoría monista de la energía pulsional, «[...] como si la lenta progresión de la investigación psicoanalítica hubiera seguido los pasos de las especulaciones de Jung sobre la libido primitiva, tanto más cuanto que la transformación de la libido objetal en narcisismo se acompaña inevitablemente de cierta desexualización» (7).

Con todo, se observará que Freud no descubre esta fase «monista» de su pensamiento hasta el momento en que ya ha establecido un *nuevo dualismo fundamental*, el de las pulsiones de vida* y las pulsiones de muerte*.

Tras la introducción de este dualismo, el término «pulsión del yo» desaparecerá de la terminología freudiana, no sin que Freud intentase primeramente, en *Más allá del principio del placer* (*Jenseits des Lustprinzips*, 1920) situar lo que hasta entonces había denominado pulsiones del yo, dentro de este nuevo marco. Esta tentativa se efectúa en dos direcciones contradictorias:

1.ª En la medida en que las pulsiones de vida se asimilan a las pulsiones sexuales, Freud intenta, simétricamente, hacer coincidir pulsiones del yo y pulsiones de muerte. Cuando lleva hasta sus últimas consecuencias la tesis especulativa según la cual la pulsión, en el fondo, tiende a restablecer el estado inorgánico, ve en las pulsiones de autoconservación «[...] pulsiones parciales destinadas a asegurar al organismo su propio camino hacia la muerte» (8 *a*). Sólo se diferencian de la tendencia inmediata a retornar a lo inorgánico en la medida en que «[...] el organismo sólo quiere morir a su modo; los guardianes de la vida fueron en su origen agentes de la muerte» (8 *b*).

2.ª En el curso de su propio texto, Freud se ve obligado a rectificar estos puntos de vista, retomando la tesis según la cual las pulsiones de autoconservación son de naturaleza libidinal (8 *c*).

Finalmente, dentro de su segunda teoría del aparato psíquico, Freud ya no hará coincidir un determinado tipo cualitativo de pulsión con una determinada instancia (como había intentado hacer al asimilar pulsión de *autoconservación* y pulsión del *yo*). Si bien las pulsiones tienen su origen en el ello, pueden verse actuar todas ellas en cada una de las instancias. El problema de saber cuál es la energía pulsional que el yo utiliza más especialmente seguirá existiendo (*véase:* Yo), pero sin que Freud hable entonces de pulsión del yo.

dos al yo, resulta más difícil hacer que el sujeto se dé cuenta del papel desempeñado por la racionalización.

Habitualmente la racionalización no se clasifica entre los mecanismos de defensa, a pesar de su función defensiva patente. Ello es debido a que no se dirige directamente contra la satisfacción pulsional, sino que viene más bien a disimular secundariamente los diversos elementos del conflicto defensivo. Así, pueden racionalizarse defensas, resistencias en el análisis, formaciones reactivas. La racionalización encuentra firmes apoyos en ideologías constituidas, moral común, religiones, convicciones políticas, etc., viniendo el superyó a reforzar aquí las defensas del yo.

La racionalización es equiparable a la elaboración secundaria*, que somete las imágenes del sueño a un guión coherente.

En este sentido limitado intervendría, según Freud, la racionalización en la explicación del delirio. Freud, en efecto, le niega la función de crear temas delirantes (1), oponiéndose así a una concepción clásica que considera, por ejemplo, la megalomanía como una racionalización del delirio de persecución («debo ser un gran personaje para merecer ser perseguido por seres tan poderosos»).

Intelectualización* es un término afín al de racionalización. Sin embargo, deben diferenciarse entre sí.

REACCION TERAPEUTICA NEGATIVA

= *Al.:* negative therapeutische Reaktion. — *Fr.:* réaction thérapeutique négative. — *Ing.:* negative therapeutic reaction. — *It.:* reazione terapeutica negativa. — *Por.:* reação terapêutica negativa.

Fenómeno observado en algunas curas psicoanalíticas y que constituye un tipo de resistencia a la curación singularmente difícil de vencer: cada vez que cabría esperar, del progreso del análisis, una mejoría, tiene lugar una agravación, como si ciertos individuos prefirieran el sufrimiento a la curación. Freud atribuye este fenómeno a un sentimiento de culpabilidad inconsciente inherente a ciertas estructuras masoquistas.

En *El yo y el ello* (*Das Ich und das Es*, 1923) Freud dio la descripción y el análisis más completos de la reacción terapéutica negativa. En algunos pacientes «[...] toda resolución parcial que debería tener como consecuencia (y la tiene realmente en otros) una mejoría o una desaparición pasajera de los síntomas, provoca en ellos un aumento momentáneo de su sufrimiento; su estado se agrava durante el tratamiento, en lugar de mejorar» (1 *a*).

Ya anteriormente, por ejemplo, en *Recuerdo, repetición y trabajo* (*Erinnern, Wiederholen und Durcharbeiten*, 1914), Freud había llamado la atención acerca del problema de «la agravación durante el tratamiento» (2). La proliferación de los síntomas puede explicarse por el retorno de lo reprimido, lo cual viene favorecido por una actitud más tolerante respecto a la neurosis, o también por el deseo del paciente de demostrar al analista los peligros del tratamiento.

En *Historia de una neurosis infantil* (*Aus der Geschichte einer infantilen Neurose*, 1918) Freud habla también de «reacciones negativas»: «Cada vez que se había resuelto radicalmente un síntoma, él [el hombre de los lobos] intentaba negar por un momento el efecto mediante una agravación del síntoma» (3); pero sólo en *El yo y el ello* se propone una teoría más específica. Conviene distinguir entre la reacción terapéutica negativa y otras formas de resistencia que podrían ser invocadas para explicar aquélla: viscosidad* de la libido, es decir, una particular dificultad para el sujeto de renunciar a sus fijaciones, transferencia negativa, deseo de demostrar su propia superioridad frente al analista, «inaccesibilidad narcisista», de algunos casos graves, e incluso beneficio* de la enfermedad. Según Freud se trata de una reacción *invertida*, prefiriendo el paciente, en cada etapa del análisis, la persistencia del sufrimiento a la curación. Freud ve en ella la expresión de un sentimiento de culpabilidad inconsciente muy difícil de sacar a luz: «[...] este sentimiento de culpabilidad es mudo para el enfermo, no le dice que es culpable, el sujeto no se siente culpable, sino enfermo» (1 *b*).

Freud vuelve a ocuparse de esta cuestión en *El problema económico del masoquismo* (*Das ökonomische Problem des Masochismus*, 1924): si, a propósito de la reacción terapéutica negativa, es posible hablar de un beneficio de la enfermedad, ello se debe a que el masoquista encuentra su satisfacción en el sufrimiento e intenta mantener a cualquier precio «cierto grado de sufrimiento» (4).

¿Es posible considerar la reacción terapéutica negativa como el efecto de una resistencia del superyó? Tal parece ser la opinión de Freud, por lo menos en los casos en que se aprecia, en el sentimiento de culpabilidad, algo «[...] *tomado*, es decir, el resultado de la identificación con otra persona que previamente había sido objeto de una catexis erótica» (1 *c*). En *Inhibición, síntoma y angustia* (*Hemmung, Symptom und Angst*, 1926), Freud alude a la reacción terapéutica negativa cuando invoca la resistencia del superyó (5).

Sin embargo, desde el comienzo Freud reservó un lugar para algo que no siempre es reductible al papel del superyó y del masoquismo secundario, idea que encuentra su más clara expresión en *Análisis terminable e interminable* (*Die endliche und die unendliche Analyse*, 1937), donde la reacción terapéutica negativa se pone directamente en relación con la pulsión de muerte (*véase este término*). Los efectos de ésta no se podrían localizar totalmente en el conflicto del yo con el superyó (sentimiento de culpabilidad, necesidad de castigo); esto sería sólo «[...] la parte que, por así decirlo, está ligada psíquicamente por el superyó y de este modo se vuelve reconocible; otras cantidades de la misma fuerza pueden actuar, no se sabe dónde, en forma libre o ligada» (6). El hecho de que la reacción terapéutica negativa no pueda en ocasiones ser superada ni incluso interpretada adecuadamente se explicaría porque su motivo último se hallaría en el carácter radical de la pulsión de muerte.

Como se ve, la expresión «reacción terapéutica negativa» designa, por lo menos en la intención de Freud, un fenómeno clínico específico en el cual la resistencia a la curación no puede explicarse por los conceptos habitualmente invocados. Su carácter paradójico, irreductible al funcionamiento (tan complejo como se lo suponga) del principio de placer, fue

uno de los motivos que condujo a Freud a la hipótesis del masoquismo primario (*véase:* Masoquismo).

Con todo, los psicoanalistas utilizan a menudo la expresión «reacción terapéutica negativa» de forma más descriptiva y en un sentido menos limitado, para designar toda forma particularmente intensa de resistencia al cambio en la cura.

REALIDAD PSÍQUICA

= *Al.:* psychische Realität. — *Fr.:* réalité psychique. — *Ing.:* psychical reality. — *It.:* realtà psichica. — *Por.:* realidade psíquica.

Término utilizado frecuentemente por Freud para designar lo que, en el psiquismo del sujeto, presenta una coherencia y una resistencia comparables a las de la realidad material; se trata fundamentalmente del deseo inconsciente y de las fantasías con él relacionadas.

Cuando Freud habla de realidad psíquica, no lo hace simplemente para designar el campo de la psicología, concebido como poseyendo su propio tipo de realidad y susceptible de una investigación científica, sino lo que, para el sujeto, adquiere, en su psiquismo, valor de realidad.

En la historia del psicoanálisis, la idea de realidad psíquica surge paralelamente al abandono, o por lo menos a la limitación, de la teoría de la seducción* y del papel patógeno de los traumas infantiles reales. Las fantasías, aunque no se basen en acontecimientos reales, tienen para el sujeto el mismo valor patógeno que Freud atribuyó al principio a las «reminiscencias»: «Las fantasías poseen una realidad *psíquica* opuesta a la realidad *material* [...]; *en el mundo de las neurosis, el principal papel corresponde a la realidad psíquica*» (1 *a*).

Se plantea el problema teórico de la relación entre la fantasía y los acontecimientos reales que han podido proporcionar una base a aquél (*véase:* Fantasía), pero, según indica Freud, «[...] todavía no hemos podido constatar una diferencia, en cuanto a los efectos, según que los acontecimientos de la vida infantil sean un producto de la fantasía o de la realidad» (1 *b*). Así, la cura psicoanalítica parte del supuesto de que los síntomas neuróticos se basan, por lo menos, en una realidad psíquica y que, en este sentido, el neurótico «[...] debe tener, en cierto modo, razón» (2). En varias ocasiones Freud insistió en la idea de que los afectos aparentemente menos motivados, como, por ejemplo, el sentimiento de culpabilidad en la neurosis obsesiva, se hallan plenamente justificados, por cuanto se basan en realidades psíquicas.

De un modo general, la neurosis, y *a fortiori* la psicosis, se caracterizan por el predominio de la realidad psíquica en la vida del sujeto.

La idea de realidad psíquica va ligada a la hipótesis freudiana referente a los procesos inconscientes; éstos, no sólo no tienen en cueta la realidad exterior, sino que la substituyen por una realidad psíquica (3). En su acepción más estricta, la expresión «realidad psíquica» designaría el deseo inconsciente y la fantasía que está ligada al mismo. ¿Es preciso, se pregunta Freud a propósito del análisis de los sueños, reconocer una realidad a los deseos inconscientes? «Por supuesto, no es posible admitirla en lo referente a todos los pensamientos de transición y de ligazón. Pero cuando nos hallamos en presencia de los deseos inconscientes llevados a su expresión última y más verdadera, nos vemos obligados a decir que la *realidad psíquica* constituye una forma particular de existencia que no se debe confundir con la realidad *material*» (4 *a*).

(α) Acerca de la historia y la problemática del concepto de «realidad psíquica», nos permitimos remitir al lector a Laplanche (J.) y Pontalis (J.-B.), *Fantasme originaire, fantasmes des origines, origine du fantasme*, en *Les temps modernes*, abril 1964, n.° 215.

REALIZACIÓN SIMBÓLICA

= *Al.:* symbolische Wunscherfüllung. — *Fr.:* réalisation symbolique. — *Ing.:* symbolic realization. — *It.:* realizzazione simbolica. — *Por.:* realização simbólica.

Expresión mediante la cual M.-A. Sechehaye designa su método de psicoterapia analítica de la esquizofrenia: se trata de reparar las frustraciones sufridas por el paciente en sus primeros años procurando satisfacer simbólicamente sus necesidades y abrirle el acceso a la realidad.

El método de la realización simbólica va unido al nombre de madame Sechehaye, que lo descubrió durante una psicoterapia analítica de una joven esquizofrénica (α). El lector encontrará la narración del episodio del *Caso Renée*, que se halla en el origen de las concepciones de la autora, en *Introducción a una psicoterapia de los esquizofrénicos* (1954) (1 *a*), y, explicado por la propia paciente, en el *Diario de una esquizofrénica* (1950) (2 *a*).

En la expresión «realización simbólica», la palabra «realización» connota la idea de que las necesidades fundamentales del esquizofrénico deben ser efectivamente satisfechas durante la cura; «simbólica» indica que deben serlo en la misma forma en que se expresan, es decir, de un modo «mágico-simbólico» en el que existe una unidad entre el objeto que satisface (por ejemplo, el pecho materno) y su símbolo (las manzanas, en el *Caso Renée*).

La técnica puede definirse como una forma de maternalización*, desempeñando el psicoterapeuta el papel de una «madre buena» capaz de comprender y satisfacer las necesidades orales frustradas. «Lejos de exigir del esquizofrénico un esfuerzo de adaptación a la situación conflictual, que para él es insuperable, este método intenta arreglar, modificar la "dura" realidad, reemplazándola por una nueva realidad, más "suave" y más soportable» (1 *b*).

Las realizaciones simbólicas de las necesidades básicas deben, según la autora, alcanzar al sujeto en el nivel más profundo de su regresión; se efectúan según un orden que tiende a reproducir la sucesión genética de las fases* y permitirían la reconstrucción del yo esquizofrénico y una conquista correlativa de la realidad (2 *b*).

(α) M.-A. Sechehaye efectuó una primera exposición de su método en *La realización simbólica (Nuevo método de psicoterapia aplicada a un caso de esquizo-*

frenia); suplemento a la *Revue suisse de psychologie et psychologie appliquée*, n.° 12, Ed. Médicales, Hans Huber, Berna, 1947.

RECUERDO ENCUBRIDOR

= *Al.*: Deckerinnerung. — *Fr.*: souvenir-écran. — *Ing.*: screen-memory. — *It.*: ricordo di copertura. — *Por.*: recordação encobridora.

Recuerdo infantil que se caracteriza a la vez por su singular nitidez y la aparente insignificancia de su contenido. Su análisis conduce al descubrimiento de experiencias infantiles importantes y de fantasías inconscientes. Al igual que el síntoma, el recuerdo encubridor constituye una formación de compromiso entre los elementos reprimidos y la defensa.

A partir de los primeros tratamientos psicoanalíticos y también en el curso de su autoanálisis, llamó la atención de Freud un hecho paradójico de la memoria relativo a los acontecimientos de la infancia: se olvidan hechos importantes (*véase:* Amnesia infantil), mientras que se conservan recuerdos aparentemente insignificantes. Fenomenológicamente, algunos de estos recuerdos se presentan con una nitidez e insistencia excepcionales, que contrasta con la falta de interés y la trivialidad de su contenido: el sujeto se sorprende de la supervivencia de tales recuerdos.

Estos recuerdos Freud los llama recuerdos encubridores (α), debido a que ocultan experiencias sexuales reprimidas o fantasías; en 1899 les dedica un artículo, cuyas ideas fundamentales recogerá en el capítulo IV de la *Psicopatología de la vida cotidiana* (*Zur Psychopathologie des Alltagslebens*, 1904).

El recuerdo encubridor constituye una formación de compromiso*, al igual que el acto fallido* o el lapsus o, de un modo más general, el síntoma. El motivo de su supervivencia no se comprende hasta que se busca en el contenido reprimido (1 *a*). El mecanismo que predomina es aquí el desplazamiento*. Freud, volviendo a examinar la distinción entre los recuerdos encubridores y los restantes recuerdos infantiles, llega a plantear la siguiente pregunta, más general: ¿existen recuerdos de los que se pueda decir que emergen verdaderamente *de* nuestra infancia, o solamente recuerdos referentes *a* nuestra infancia? (1 *b*).

Freud distingue varias clases de recuerdos encubridores: positivos y negativos, según que su contenido se halle o no en una relación de oposición con el contenido reprimido; de significación regresiva o prospectiva, según que la escena manifiesta que representan se deba relacionar con elementos que son anteriores o posteriores al mismo; así, en este último caso, el recuerdo encubridor puede no tener otra función que servir de soporte a las fantasías proyectadas retroactivamente: «El valor de tal recuerdo se debe a que representa, en la memoria, impresiones y pensamientos ulteriores, cuyo contenido se halla en estrecha relación, simbólica o analógica, con el de aquél» (1 *c*).

En la medida en que el recuerdo encubridor condensa gran número de elementos infantiles reales o fantaseados, el psicoanálisis le concede gran importancia: «Los recuerdos encubridores contienen, no sólo algunos elementos esenciales de la vida infantil, sino verdaderamente todo lo esencial. Sólo es necesario saber dilucidarlos mediante el análisis. Representan los años olvidados de la infancia, del mismo modo que el contenido manifiesto de los sueños representa los pensamientos» (2).

(α) Los traductores franceses utilizan en ocasiones el término «*souvenir de couverture*».

REGLA FUNDAMENTAL

= *Al.*: Grundregel. — *Fr.*: règle fondamentale. — *Ing.*: fundamental rule. — *It.*: regola fondamentale. — *Por.*: regra fundamental.

Regla que estructura la situación analítica: se invita al analizado a decir lo que piensa y siente, sin seleccionar nada y sin omitir nada de lo que le venga a la mente, aunque le resulte desagradable comunicarlo o le parezca ridículo, carente de interés o inoportuno.

La regla fundamental establece como principio del tratamiento psicoanalítico el método de la asociación libre*. Freud describió en varias ocasiones el camino que le condujo desde la hipnosis, pasando por la sugestión, al establecimiento de esta regla. Intentó «[...] presionar a los pacientes, incluso sin hipnotizarlos, para que comunicasen las asociaciones, a fin de encontrar, por medio de este material, el camino hacia lo que el enfermo había olvidado o aquello de lo cual se defendía. Más tarde observó que tal presión era innecesaria y que en el paciente emergían casi siempre gran número de ideas [*Einfälle*] que aquél mantenía fuera de la comunicación e incluso fuera de la conciencia en función de ciertas objeciones que se hacía a sí mismo. Era de prever, por consiguiente, [...] que todas las ideas que se le ocurrían al paciente [*alles, was dem Patienten einfiele*] partiendo de un punto determinado, deberían hallarse en relación interna con éste; de ahí la técnica de educar al paciente a renunciar a todas sus actitudes críticas y a utilizar el material de ideas [*Einfälle*] revelado de este modo para descubrir las relaciones buscadas» (1).

A propósito de este texto, se observará que Freud utiliza la palabra *Einfall* (literalmente: lo que cae en la mente, lo que viene a la mente, que traducimos por «idea», a falta de una palabra mejor), que conviene diferenciar del de *Assoziation*. En efecto, la palabra *asociación* se refiere a elementos de una cadena, cadena del discurso lógico o cadena de las asociaciones llamadas libres, aunque no se hallan menos determinadas que aquél. *Einfall* designa todas las ideas que se le ocurren al sujeto durante las sesiones, aun cuando la ligazón asociativa que se halla en su base no sea aparente, e incluso aunque se presenten subjetivamente como desligadas del contexto.

La regla fundamental no tiene por efecto dar libre curso al proceso primario como tal y proporcionar así un acceso inmediato a las cadenas asociativas inconscientes; únicamente favorece la emergencia de un tipo de comunicación en el que el determinismo inconsciente resulta más accesible al ponerse en evidencia nuevas conexiones o lagunas significativas en el discurso.

Sólo paulatinamente la regla de la asociación libre se le apareció a Freud como *fundamental*. Así, en *El psicoanálisis* (*Über Psychoanalyse*, 1909), Freud reconoce tres vías de acceso al inconsciente, y las sitúa aparentemente en el mismo plano: la elaboración de las ideas del sujeto que se somete a la regla principal (*Hauptregel*), la interpretación de los sueños, y la de los actos fallidos (2). La regla parece concebirse aquí como destinada a favorecer la eclosión de producciones inconscientes, proporcionando un material significativo entre otros.

La regla fundamental implica cierto número de consecuencias:

1.ª el sujeto invitado a aplicarla, en la medida en que se somete a ella, entra en el camino de decirlo todo y solamente decir; sus emociones, sus impresiones corporales, sus ideas, sus recuerdos se canalizan en el lenguaje. La regla tiene, pues, como corolario implícito, el hacer aparecer como *acting-out** cierto campo de la actividad del sujeto;

2.ª la observación de la regla pone en evidencia la forma en que derivan las asociaciones y los «puntos nodales» en los que aquéllas se entrecruzan;

3.ª como a menudo se ha señalado, la regla resulta reveladora también por las dificultades que el sujeto encuentra en seguirla: reticencias conscientes, resistencias inconscientes a la regla y por la regla, es decir, en el uso mismo que se hace de ésta (por ejemplo, algunos analizados recurren sistemáticamente a palabras inconexas o se sirven de la regla ante todo para mostrar que su aplicación rigurosa es imposible o absurda) (α).

Siguiendo estas observaciones, cabe acentuar la idea de que la regla es algo más que una técnica de investigación, ya que estructura el conjunto de la relación analítica; en este sentido puede calificarse de fundamental, aunque no sea la única en constituir una situación en la que también desempeñan un papel determinante otras condiciones, especialmente la neutralidad* del analista. Limitémonos a subrayar, siguiendo a J. Lacan, que la regla fundamental contribuye a instaurar la relación intersubjetiva entre el analista y el analizado como una relación de lenguaje (3). La regla de decirlo todo no debe interpretarse como un simple método, entre otros, de llegar al inconsciente, método del cual podría eventualmente prescindirse (hipnosis, narcoanálisis, etc.). Está destinada a hacer aparecer en el discurso del analizado la dimensión de demanda dirigida a otro. Unida a la no-actuación del analista, conduce al analizado a formular sus demandas de diversos modos que han adquirido para él, en ciertas fases, un valor de lenguaje (*véase:* Regresión).

(α) Está claro que la regla psicoanalítica invita, no a decir cosas sistemáticamente incoherentes, sino a no hacer de la coherencia un criterio de selección.

REGRESIÓN

= *Al.:* Regression. — *Fr.:* régression. — *Ing.:* regression. — *It.:* regressione. — *Por.:* regressão.

Dentro de un proceso psíquico que comporta una trayectoria o un desarrollo, se designa por regresión un retorno en sentido inverso, a partir de un punto ya alcanzado, hasta otro situado anteriormente.

Considerada en sentido *tópico*, la regresión se efectúa, según Freud, a lo largo de una sucesión de sistemas psíquicos que la excitación recorre normalmente según una dirección determinada.

En sentido *temporal*, la regresión supone una sucesión genética y designa el retorno del sujeto a etapas superadas de su desarrollo (fases libidinales, relaciones de objeto, identificaciones, etc.).

En sentido *formal*, la regresión designa el paso a modos de expresión y de comportamiento de un nivel inferior, desde el punto de vista de la complejidad, de la estructuración y de la diferenciación.

El término «regresión» se utiliza con mucha frecuencia en psicoanálisis y en la psicología contemporánea; la mayoría de las veces se concibe como un retorno a formas anteriores del desarrollo del pensamiento, de las relaciones de objeto y de la estructuración del comportamiento.

Pero inicialmente, Freud no describió la regresión desde un punto de vista puramente genético. Por otra parte, desde el punto de vista terminológico, se observará que regresar significa caminar, volver atrás, lo cual puede concebirse tanto en un sentido lógico o espacial como temporal.

En *La interpretación de los sueños* (*Die Traumdeutung*, 1900), Freud introduce el concepto de regresión para explicar un carácter esencial del sueño: los pensamientos del sueño se presentan, principalmente, en forma de imágenes sensoriales que se imponen al sujeto en forma casi alucinatoria. La explicación de esta característica exige una concepción tópica* del aparato psíquico como formado por una sucesión orientada de sistemas. En estado de vigilia, éstos son recorridos por las excitaciones en un sentido progresivo (de la percepción a la motilidad); en el estado de sueño, los pensamientos, que ven negado su acceso a la motilidad, regresan hasta el sistema: percepción (1 *a*). Así pues, Freud introduce la regresión sobre todo en un sentido *tópico* (α).

Su significación *temporal*, que se halla implícita desde un principio, adquirirá cada vez mayor importancia con las aportaciones sucesivas de Freud acerca del desarrollo psicosexual del individuo.

En los *Tres ensayos sobre la teoría sexual* (*Drei Abhandlungen zur Sexualtheorie*, 1905), si bien no aparece la palabra «regresión», se encuentran ya indicaciones referentes a la posibilidad de un retorno de la libido a vías laterales de satisfacción (2 *a*) y a objetos anteriores (2 *b*). Señalemos a este respecto que los pasajes en los que se trata explícitamente de la regresión fueron añadidos en 1915. El propio Freud reconoció que sólo tardíamente había descubierto la idea de la regresión de la libido a un modo anterior de organización (3 *a*). En efecto, era preciso que se descubrieran progresivamente (durante los años 1910-1912) las fases* del desarrollo psicosexual infantil, que se suceden en un determinado orden, para poder establecer plenamente el concepto de una re-

gresión temporal. Así, por ejemplo, en *La predisposición a la neurosis obsesiva* (*Die Disposition zur Zwangsneurose*, 1913), Freud distingue los casos en los que «[...] la organización sexual en la que reside la predisposición a la neurosis obsesiva no ha sido jamás completamente superada una vez establecida... [y los casos en los que]... dicha fase fue primeramente reemplazada por la fase siguiente de organización, y más tarde reactivada por regresión a partir de esta última» (4).

Freud se ve inducido entonces a diferenciar el concepto de regresión, como atestigua el siguiente pasaje, añadido en 1914 a *La interpretación de los sueños*: «Distinguimos tres clases de regresiones:

a) *tópica*, en el sentido del esquema (del aparato psíquico);
b) *temporal*, en la que se reactivan formaciones psíquicas más antiguas;
c) *formal*, cuando se reemplazan los modos de expresión y de representación habituales por otros primitivos.

»Estas tres formas de regresión son, en su fundamento, una sola y, en la mayoría de los casos, se unen, ya que lo más antiguo en el tiempo es también primitivo en su forma y, en la tópica psíquica, se sitúa más cerca de la extremidad percepción» (1 *b*).

La regresión *tópica* se manifiesta singularmente en el sueño, donde continúa hasta su término. Se encuentra también en otros procesos patológicos, en los que es menos global (alucinación), e incluso en procesos normales, en los que no va tan lejos (memoria).

El concepto de regresión *formal* ha sido menos utilizado por Freud, aun cuando numerosos fenómenos en los que existe un retorno del proceso secundario al proceso primario, podrían clasificarse bajo esta denominación (paso del funcionamiento según la identidad de pensamiento* al funcionamiento según la identidad de percepción*). Lo que Freud designa como regresión formal puede relacionarse con lo que la «psicología de la forma» y la neurofisiología de inspiración jacksoniana denominan desestructuración (de un comportamiento, de la conciencia, etc.). El orden que aquí se presupone no es el de una sucesión de etapas efectivamente recorridas por el individuo, sino el de una jerarquía de las funciones o de las estructuras.

Dentro de la regresión *temporal*, Freud distingue, según las diferentes líneas genéticas, una regresión en cuanto al objeto, una regresión en cuanto a la fase libidinal y una regresión en la evolución del yo (3 *b*).

Todas estas distinciones no responden solamente a un afán de clasificación. En efecto, en ciertas estructuras normales o patológicas existe una separación entre los diferentes tipos de regresiones; así, por ejemplo, Freud observa que «[...] en la histeria hay ciertamente una regresión de la libido a los objetos sexuales incestuosos primarios, lo cual se comprueba con regularidad, mientras que no existe regresión a una fase anterior de la organización sexual» (3 *c*).

Freud insistió a menudo en el hecho de que el pasado infantil (del individuo o incluso de la humanidad) persiste siempre en nosotros: «Los estados primitivos pueden siempre volver a instaurarse. El psiquismo primitivo es, en sentido pleno, imperecedero» (5). La idea de una vuelta atrás se encuentra también en los más diversos campos: psicopatología, sueños, historia de las civilizaciones, biología, etc. El resurgimiento del pasado en el presente se caracteriza además por la noción de compulsión a la repetición*. Por lo demás, esta idea se traduce, en la lengua de Freud, no sólo por el término *Regression*, sino también por algunas palabras afines, como *Rückbildung, Rückwendung, Rückgreifen*, etc.

El concepto de regresión es más bien un concepto descriptivo, como hizo observar el propio Freud. No basta, evidentemente, recurrir a este término para comprender en qué forma el sujeto retorna al pasado. Algunos estados psicopatológicos patentes inducen a entender la regresión en una forma realista: se dice a veces que el esquizofrénico volvería a ser un lactante, el catatónico retornaría al estado fetal. Por supuesto, se dice en el mismo sentido que el obsesivo ha regresado a la fase anal. En un sentido aún más limitado, en relación con el conjunto del comportamiento, puede hablarse de regresión en la transferencia.

Observemos que las distinciones freudianas, si bien no conducen a fundamentar de una forma teórica rigurosa el concepto de regresión, tienen, por lo menos, la ventaja de que impiden concebir la regresión como un fenómeno masivo. En este sentido, se apreciará que el concepto de regresión es paralelo al de fijación, y que éste no puede reducirse al montaje de un esquema de comportamiento. En la medida en que la fijación debería interpretarse como una «inscripción» (*véase*: Fijación; Representante-representativo), la regresión podría considerarse como el poner de nuevo en funcionamiento lo que fue «inscrito». Cuando se habla, especialmente en la cura, de «regresión oral», debe entenderse, desde este punto de vista, que el sujeto vuelve a encontrar, en lo que dice y en sus actitudes, lo que Freud denominó «el lenguaje de la pulsión oral» (6).

(α) La idea de una excitación «retrógrada» (*rückläufige*) del aparato perceptivo en la alucinación y el sueño, idea que se encuentra en Breuer a partir de los *Estudios sobre la histeria* (*Studien über Hysterie*, 1895) (7) y en Freud desde el *Proyecto de psicología científica* (*Entwurf einer Psychologie*, 1895) (8) se hallaba, al parecer, bastante extendida entre los autores que se ocuparon de la alucinación durante el siglo XIX.

RELACIÓN DE OBJETO (U OBJETAL)

= *Al.*: Objektbeziehung. — *Fr.*: relation d'objet. — *Ing.*: object-relationship *u* object-relation. — *It.*: relazione oggetuale. — *Por.*: relação de objeto *u* objetal.

Término utilizado con gran frecuencia en el psicoanálisis contemporáneo para designar el modo de relación del sujeto con su mundo, relación que es el resultado complejo y total de una determinada organización de la personalidad, de una aprehensión más o menos fantaseada de los objetos y de unos tipos de defensa predominantes.

Se habla de las relaciones de objeto de un determinado individuo, pero también de *tipos* de relaciones de objeto, refiriéndose, ora a los momentos evolutivos (ejemplo: relación de objeto oral), ora a la psicopatología (ejemplo: relación de objeto melancólica).

El término «relación de objeto» se encuentra ocasionalmente en los escritos de Freud (1); así pues, resulta inexacto decir, como se ha hecho, que Freud la ignora; con todo, puede sin duda afirmarse *que* no forma parte de su aparato conceptual.

Sin embargo, a partir de los años 30, el concepto de relación objetal ha adquirido una importancia creciente en la literatura psicoanalítica, hasta el punto de constituir actualmente, para muchos autores, la referencia teórica fundamental. Como ha subrayado a menudo D. Lagache, esta evolución inclusive en un movimiento de ideas que no es exclusivo del psicoanálisis y que conduce a no considerar ya al organismo aislado, sino en interacción con su ambiente (2). M. Balint ha sostenido la idea de que en psicoanálisis existía una separación entre una técnica basada en la comunicación, en las relaciones de persona a persona, y una teoría que, según expresión de Rickman, seguía siendo *one-body psychology*. Para Balint, que desde 1935 insistió en que debía prestarse mayor atención al desarrollo de las relaciones objetales, todos los términos y conceptos psicoanalíticos (a excepción de «objeto» y de «relación de objeto») se referirían al individuo solo (3). También R. Spitz hace observar que, dejando aparte un pasaje de los *Tres ensayos sobre la teoría sexual* (*Drei Abhandlungen zur Sexualtheorie*, 1905), que se refiere a las relaciones mutuas entre la madre y el niño, Freud trata del objeto libidinal sólo desde el punto de vista del sujeto (catexis, elección objetal) (4).

La promoción del concepto de relación objetal ha conducido a un cambio de perspectiva tanto en el campo clínico como en el técnico y el genético. No podemos aquí, ni siquiera sumariamente, efectuar el balance de esta evolución. Nos limitaremos, por una parte, a exponer algunas observaciones terminológicas y, por otra, a dar indicaciones destinadas a definir a grandes rasgos el empleo actual del concepto de relación de objeto, relacionándolo con la concepción de Freud.

I. La expresión «relación de objeto» puede desorientar al lector que no se halla familiarizado con los textos psicoanalíticos. *Objeto* debe entenderse aquí en el sentido específico que posee en psicoanálisis en expresiones tales como «elección de objeto» y «amor de objeto». Ya es sabido que también una persona es calificada de objeto, en la medida en que hacia ella apuntan las pulsiones; no hay en ello nada de peyorativo, nada especial que implique que a la persona en cuestión se le niegue la cualidad de sujeto.

La palabra *relación* debe tomarse en su sentido pleno: se trata, de hecho, de una interrelación, es decir, no sólo de la forma como el sujeto constituye sus objetos, sino también de la forma en que éstos modelan su actividad. Dentro de una concepción como la de Melanie Klein, esta idea todavía ve reforzada su significación: los objetos (proyectados, introyectados) ejercen literalmente una acción (persecutoria, aseguradora, etcétera) sobre el sujeto (*véase:* Objeto «bueno», objeto «malo»).

La preposición *de* (usada en lugar de *con el*) señala esta interrelación. En efecto, hablar de relación con el objeto o con los objetos implicaría que éstos preexisten a la relación del sujeto con ellos y, simétricamente, que el sujeto ya está constituido.

II. ¿Cómo situar la teoría freudiana respecto al concepto actual de la relación objetal?

Se sabe que Freud, en su afán de analizar la noción de pulsión, distinguió la fuente*, el objeto* y el fin* pulsionales. La *fuente* es la zona o el aparato somático que es asiento de la excitación sexual; la importancia que Freud le concedió la demuestra el hecho de que las distintas fases de la evolución libidinal se designan con el nombre de la zona erógena prevalente. En cuanto al *fin* y al *objeto*, Freud mantuvo su distinción a todo lo largo de su obra. Así, en diferentes capítulos de los *Tres ensayos*, estudia las desviaciones en cuanto al fin (por ejemplo, el sadismo) y las desviaciones en cuanto al objeto (por ejemplo, homosexualidad). Asimismo, en *Las pulsiones y sus destinos* (*Trieb und Triebschicksale*, 1915), se encuentra una diferencia entre las transformaciones de la pulsión ligadas a modificaciones del fin y aquellas en que el proceso afecta esencialmente al objeto.

Tal distinción se basa especialmente en la idea de que el fin pulsional viene determinado por el tipo de pulsión parcial de que se trate y, en último análisis, por la fuente somática. Así, por ejemplo, la incorporación es el modo de actividad propio de la pulsión oral; es susceptible de desplazarse a otros aparatos distintos de la boca, de transformarse en su contrario (devorar-ser devorado), de ser sublimado, etc., pero su plasticidad sigue siendo relativa. En cuanto al objeto, Freud subraya con frecuencia su contingencia; esta palabra connota dos ideas rigurosamente complementarias entre sí:

a) la única condición que se impone al objeto es la de ser un medio de procurar la satisfacción. En este sentido, es relativamente intercambiable. Así, por ejemplo, en la fase oral, se considerará cualquier objeto según su aptitud para ser incorporado;

b) el objeto puede hallarse especificado en la historia del sujeto de tal forma que sólo un objeto preciso o su substitutivo del mismo, que reúna las características electivas del original, serán capaces de proporcionar la satisfacción; en este sentido, los rasgos del objeto son eminentemente singulares.

Se concibe, pues, que Freud afirmase a la vez que el objeto es «lo que hay de más variable en la pulsión» (5 *a*) y que «[...] encontrar el objeto es, en el fondo, volverlo a encontrar» (6).

La distinción entre fuente, objeto y fin, que sirve a Freud de marco de referencia, pierde su aparente rigidez cuando él considera la vida pulsional.

Decir que, en una determinada fase, el funcionamiento de cierto aparato somático (boca) condiciona un modo de relación con el objeto (incorporación), equivale, de hecho, a atribuir a este funcionamiento un papel de prototipo: todas las demás actividades del sujeto (somático o no) podrán entonces impregnarse de significaciones orales. Asimismo existen numerosas relaciones entre el objeto y el fin. Las modificaciones del fin pulsional aparecen como determinadas por una dialéctica en la que el objeto desempeña también su papel; especialmente en los casos

del sadomasoquismo y del voyeurismo-exhibicionismo: «[...] la vuelta hacia la propia persona [cambio de objeto] y la transformación de la actividad en pasividad [cambio de fin] se asocian o se confunden» (5 *b*). La sublimación* proporcionaría otro ejemplo de esta correlación entre el objeto y el fin.

Finalmente, Freud consideró en conjunto algunos tipos de carácter y de relación objetal (7) y describió en sus trabajos clínicos cómo podía encontrarse una misma problemática en actividades aparentemente muy distintas de un mismo individuo.

III. Cabe preguntarse entonces qué aporta de nuevo la concepción postfreudiana de la relación de objeto. Resulta difícil responder a esta pregunta, ya que las concepciones de los autores que se refieren a esta noción son muy diversas y sería artificial intentar encontrar denominadores comunes. Nos limitaremos a las siguientes observaciones:

1) El empleo actual de la relación de objeto, sin que implique propiamente una revisión de la teoría freudiana de la pulsión, ha modificado su equilibrio.

La fuente, en tanto substrato orgánico, pasa claramente a segundo plano; se acentúa su valor de simple prototipo, ya reconocido por Freud. En consecuencia, el fin aparece menos como la satisfacción sexual de una zona erógena determinada: su noción misma palidece con respecto a la de relación. Lo que se convierte en el centro del interés, por ejemplo, en la «relación objetal oral», son los avatares de la incorporación y la forma en que ésta se vuelve a encontrar como significación y como fantasma predominante dentro de todas las relaciones del sujeto con el mundo. En cuanto a la posición del objeto, parece que muchos analistas contemporáneos no admitirían ni su carácter extremadamente variable con vistas a la satisfacción buscada, ni su unicidad en tanto que se halla inscrito en la historia propia del sujeto: más bien se orientarían hacia una concepción de un objeto *típico* de cada modo de relación (se habla de objeto oral, anal, etc.).

2) Esta búsqueda de lo típico va todavía más lejos. En efecto, dentro de una determinada modalidad de relación objetal, no sólo se toma en consideración la vida pulsional, sino también los mecanismos de defensa correspondientes, el grado de desarrollo y la estructura del yo, etc., por cuanto éstos son igualmente específicos de tal relación (α). Así, la noción de relación objetal aparece a la vez como un concepto global («holístico») y tipificador de la evolución de la personalidad.

Señalemos a este respecto que el término «fase» tiende a desaparecer a expensas del de relación objetal. Este cambio de acento permite concebir que, en un sujeto dado, se combinen o alternen varios tipos de relaciones de objeto. Por el contrario, sería contradictorio en los términos invocar la coexistencia de varias *fases*.

3) En la medida en que el concepto de relación objetal, por definición, hace recaer el acento en la vida relacional del sujeto, ofrece el peligro de conducir a algunos autores a considerar como principalmente determinantes las relaciones reales con el ambiente. Esta desviación se-

ría rechazada por todo psicoanalista, ya que para éste la relación de objeto debe estudiarse esencialmente a nivel de la fantasía, por cuanto se admite que ésta puede modificar la aprehensión de lo real y, en consecuencia, los actos que de ésta derivan.

(α) Ciertamente, Freud admitía otras líneas evolutivas aparte de las fases libidinales; pero no trató del problema de su correspondencia mutua, o más bien dejó abierta la posibilidad de un desfasamiento entre ellas (*véase* Fase).

RENEGACIÓN

= *Al.:* Verleugnung. — *Fr.:* déni (— de la réalité). — *Ing.:* disavowal. — *It.:* diniego. — *Por.:* recusa.

Término utilizado por Freud en un sentido específico: modo de defensa consistente en que el sujeto rehúsa reconocer la realidad de una percepción traumatizante, principalmente la ausencia de pene en la mujer. Este mecanismo fue especialmente invocado por Freud para explicar el fetichismo y las psicosis.

Freud comienza a utilizar, a partir de 1924, el término *Verleugnung* en un sentido relativamente específico. Entre 1924 y 1938 hace numerosas referencias al proceso así denominado; la exposición más completa del mismo la efectúa en el *Esquema del psicoanálisis* (*Abriss der Psychoanalyse*, 1938). Aunque no puede decirse que haya expuesto la teoría de este concepto ni que lo haya diferenciado rigurosamente de otros procesos afines, puede distinguirse, sin embargo, en esta evolución una línea directriz.

Freud comienza a describir la *Verleugnung* en relación con la castración. Ante la ausencia de pene en la niña, los niños «[...] reniegan [*leugnen*] esta carencia, y creen a pesar de todo ver un miembro [...]» (1). Progresivamente considerarán la ausencia de pene como el resultado de una castración.

En *Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica de los sexos* (*Einige psychische Folgen des anatomischen Geschlechtsunterschieds*, 1925), esta renegación se atribuye tanto a la niña como al niño; conviene hacer observar que Freud relaciona este proceso con el mecanismo psicótico: «[...] sobreviene un proceso que quisiera designar con la palabra «renegación» *(Verleugnung)*, proceso que no parece raro ni muy peligroso en la vida psíquica del niño, pero que, en el adulto, constituirá el punto de partida de una psicosis» (2). En la medida en que la renegación se refiere a la *realidad exterior*, Freud ve en ella, en contraste con la represión, el primer tiempo de la psicosis: mientras el neurótico comienza reprimiendo las exigencias del ello, el psicótico comienza por renegar la realidad (3).

A partir de 1927, Freud elabora el concepto de renegación basándose fundamentalmente en el ejemplo privilegiado que constituye el fetichismo. En el estudio que dedica a esta perversión (*El fetichismo* [*Fetischismus*, 1927]), muestra cómo el fetichista perpetúa una actitud infantil haciendo coexistir dos posiciones inconciliables: la renegación y el reconocimiento de la castración femenina. La interpretación que de ello

da Freud es todavía ambigua; intenta explicar esta coexistencia recurriendo a los procesos de la represión y de una formación transaccional entre las dos fuerzas que se hallan en conflicto; pero muestra también cómo esta coexistencia constituye una verdadera escisión* en dos *(Spaltung, Zwiespältigkeit)* del sujeto.

En textos ulteriores (*La escisión del yo en el proceso de defensa* [*Die Ichspaltung im Abwehrvorgang*], 1938; *Esquema del psicoanálisis* [*Abriss der Psychoanalyse*], 1938), este concepto de escisión del yo viene a aclarar, de un modo más definido, el de renegación. Las dos actitudes del fetichista (renegar la percepción de la falta de pene en la mujer, reconocer esta carencia y extraer las consecuencias [angustia]) «[...] persisten durante toda la vida uno junto a la otra sin influirse recíprocamente. Esto puede llamarse una escisión del yo» (4).

Esta escisión debe diferenciarse de la división que instituye en la persona toda represión neurótica:

1) se trata de la coexistencia de dos tipos distintos de defensa del yo, y no de un conflicto entre el yo y el ello;

2) una de las defensas del yo afecta a la realidad exterior: renegación de una percepción.

Este descubrimiento progresivo realizado por Freud del proceso de la renegación puede considerarse como un indicio, entre otros, de su constante preocupación por describir un mecanismo originario de defensa frente a la realidad exterior. Esta preocupación se pone de manifiesto, sobre todo, en su primera concepción de la proyección *(véase esta palabra)*, en su concepto de retiro de la catexis o de pérdida de la realidad en la psicosis, etc. El concepto de renegación se sitúa dentro de esta línea de investigación. Si insinúa de un modo más preciso en algunos pasajes de *Historia de una neurosis infantil:* «Finalmente subsistían en él simultáneamente dos corrientes opuestas, una de las cuales aborrecía la castración, mientras que la otra estaba dipuesta a admitirla y a consolarse con la feminidad como substitutivo. La tercera corriente, la más antigua y la más profunda, que simplemente había rechazado *(verworfen halte)* la castración, y en la cual ni siquiera se planteaba el problema de juzgar sobre la realidad de ésta, era todavía la misma ciertamente susceptible de reactivación» (5). En estas líneas se establecen ya la idea de una escisión de la personalidad en varias «corrientes» independientes, la de una defensa primaria consistente en un rechazo radical, y finalmente la idea de que tal mecanismo se refiere electivamente a la realidad de la castración.

Sin duda es este último punto el que permite comprender mejor el concepto freudiano de renegación, y también extender y renovar su problemática. Si la renegación de la castración constituye el prototipo, y quizás incluso el origen, de las demás renegaciones de la realidad, conviene preguntarse qué entiende Freud por «realidad» de la castración o percepción de ésta. Si lo que se reniega es la «carencia de pene» en la mujer, resulta difícil hablar aquí de percepción o de realidad, puesto que una ausencia no se percibe como tal; sólo se convierte en realidad

en la medida en que se relaciona con una presencia posible. Si es la misma castración lo rechazado, la renegación afectaría no a una percepción (puesto que la castración jamás es percibida como tal), sino a una teoría explicativa de los hechos (una «teoría sexual infantil»). A este respecto, conviene recordar que Freud siempre relacionó el complejo o la angustia de castración, no con la percepción de una simple realidad, sino con la conjunción de dos datos: comprobación de la diferencia anatómica de los sexos y amenaza de castración por el padre (*véase:* Castración). Estas observaciones permiten preguntarse si fundamentalmente la *renegación*, cuyas consecuencias *en* la realidad son tan evidentes, no afectarían a un elemento *fundador de* la realidad humana más que a un hipotético «hecho de percepción» (*véase también:* Repudio).

Hemos traducido al francés la palabra *Verleugnung* por *déni*, ya que ésta comporta algunas diferencias de matiz con respecto al término *dénégation.*

En castellano elegimos *renegación.*

1) renegación *(déni)* suele tener un sentido más fuerte. Por ejemplo: «Reniego de vuestras afirmaciones»;

2) la renegación no sólo se refiere a una afirmación a la que uno se opone, sino también a un derecho o a un bien al que se rehúsa;

3) en este último caso el rehusar es ilegítimo. Por ejemplo, renegar de la justicia, de los alimentos, etc.; rehusarse a lo que le corresponde.

Estos diversos matices concuerdan con la noción freudiana *Verleugnung.*

REPARACIÓN

= *Al.:* Wiedergutmachung. — *Fr.:* réparation. — *Ing.:* reparation. — *It.:* riparazione. — *Por.:* reparação.

Mecanismo, descrito por Melanie Klein, en virtud del cual el sujeto intenta reparar los efectos de sus fantasmas destructores sobre su objeto de amor. Este mecanismo va ligado a la angustia y a la culpabilidad depresivas: la repración fantasmática del objeto materno, externo e interno, permitiría superar la posición depresiva asegurando al yo una identificación estable con el objeto benéfico.

Observemos, ante todo, que en los escritos de Melanie Klein se encuentran varios términos que poseen significados muy parecidos: *Wiederherstellung* (en inglés: *restoration*), *Wiedergutmachung* (en inglés: *restitution* o *reparation*, siendo este último equivalente el preferido por la autora en sus escritos más recientes). Estos términos deben tomarse con sus diversos matices semánticos, especialmente la palabra «reparación», que se encuentra tanto en la expresión «reparar algo» como en «hacer una reparación a alguien».

El concepto de reparación forma parte de la concepción kleiniana del sadismo infantil precoz, que se traduce por fantasmas de destrucción *(Zerstörung)*, de despedazamiento *(Ausschneiden; Zerschneiden)*, de

devoramiento *(Fressen)*, etc. La reparación va ligada esencialmente a la posición depresiva *(véase este término)*, que aparece simultáneamente con la relación al objeto total. En respuesta a la angustia y a la culpabilidad inherentes a esta posición, el niño intenta mantener o restablecer la integridad del cuerpo materno. Distintas fantasías actualizan esta tendencia a reparar «el desastre producido por su sadismo» (1 *a*): preservar el cuerpo materno de los ataques de los objetos «malos», reunir los fragmentos esparcidos, devolver la vida a los que se había matado, etcétera. Devolviendo así al objeto de amor su integridad y suprimiendo todo el mal que se le ha causado, el niño se aseguraría la posesión de un objeto plenamente «bueno» y estable, cuya introyección refuerza su yo. Así, pues, las fantasías de reparación poseen una función estructurante en el desarrollo del yo.

Los mecanismos de reparación, en la medida en que no se hallen bien asegurados, pueden aproximarse, ora a las defensas maníacas (sentimiento de omnipotencia), ora a los mecanismos obsesivos (repetición compulsiva de los actos reparadores). El éxito de la reparación supone, según M. Klein, la victoria de las pulsiones de vida sobre las pulsiones de muerte *(véanse estos términos)*.

Melanie Klein ha subrayado el papel desempeñado por la reparación en el trabajo del duelo y en la sublimación: «[...] el esfuerzo por suprimir el estado de desintegración al cual [el objeto] ha sido reducido presupone la necesidad de convertirlo en bueno y perfecto» (1 *b*, 1 *c*).

REPETICIÓN

= *Al.:* **Wiederholung.** — *Fr.:* **répetition.** — *Ing.:* **repetition.** — *It.:* **ripetizione.** — *Por.:* **repetição.**

Véase: **Compulsión a la repetición.**

REPRESENTABILIDAD (CONSIDERACIÓN A LA)

= *Al.:* Rücksicht auf Darstellbarkeit. — *Fr.:* prise en considération de la figurabilité. — *Ing.:* considerations of representability. — *It.:* riguardo per la raffigurabilità. — *Por.:* consideração à representabilidade *o* figurabilidade.

Exigencia a la que se someten los pensamientos del sueño: experimentan una selección y una transformación que los sitúan en condiciones de ser representados por imágenes, especialmente visuales.

El sistema de expresión que es el sueño posee sus propias leyes. Exige que todas las significaciones, hasta las ideas más abstractas, se expresen por medio de imágenes. El lenguaje, las palabras, no constituyen, según Freud, una excepción a este respecto; figuran en el sueño como elementos significantes y no por el sentido que poseen en el lenguaje verbal.

Esta condición comporta dos consecuencias:

1.ª Conduce a seleccionar «[...] entre las diversas ramificaciones de los pensamientos esenciales del sueño aquella que permite una representación visual» (1 *a*); especialmente las articulaciones lógicas entre los pensamientos del sueño se eliminan o reemplazan con mayor o menor éxito por modos de expresión que Freud describió en *La interpretación de los sueños* (*Die Traumdeutung*, 1900) (parte tercera del capítulo VI: «Los procedimientos de representación del sueño»).

2.ª Orienta los desplazamientos hacia los substitutivos en forma de imágenes. Así, el desplazamiento de expresión *(Ausdrucksverschiebung)* proporcionará un eslabón (una palabra concreta) entre el concepto abstracto y una imagen sensorial (ejemplo: deslizamiento del término «aristócrata» en el de «situado en lo alto», que puede ser representado por una «elevada torre»).

Esta condición reguladora del trabajo del sueño tiene, en definitiva, su origen en la «regresión*»: regresión a la vez tópica, formal y temporal. Bajo este último aspecto, Freud insiste en la función polarizante que, en la elaboración de las imágenes del sueño, poseen las escenas infantiles de naturaleza esencialmente visual: «[...] la transformación de los pensamientos en imágenes visuales puede ser una consecuencia de la *atracción* que el recuerdo visual, que intenta revivir de nuevo, ejerce sobre los pensamientos separados de la conciencia luchando por expresarse. Según esta concepción, el sueño sería *el substituto de la escena infantil modificada por transferencia sobre lo reciente*. La escena infantil no puede lograr realizarse de nuevo; debe contentarse con reaparecer en forma de sueño» (1 *b*).

REPRESENTACIÓN

= *Al.:* Vorstellung. — *Fr.:* représentation. — *Ing.:* idea *o* presentation. — *It.:* rappresentazione. — *Por.:* representação.

Término utilizado clásicamente en filosofía y psicología para designar «lo que uno se representa, lo que forma el contenido concreto de un acto de pensamiento» y «especialmente la reproducción de una percepción anterior» (1). Freud contrapone la representación al afecto*, siguiendo cada uno de estos elementos, en los procesos psíquicos, un diferente destino.

El término *Vorstellung* forma parte del vocabulario clásico de la filosofía alemana. Su acepción no es modificada por Freud en un principio, pero el uso que de él hace es original (α). Indicaremos aquí brevemente en qué consiste esta originalidad.

1.° Los primeros modelos teóricos destinados a explicar las psiconeurosis se centran en la distinción entre quantum de afecto* y representación. En la neurosis obsesiva, el quantum de afecto se ha desplazado desde la representación patógena ligada al acontecimiento traumatizante a otra representación que el sujeto considera insignificante. En la histeria, el quantum de afecto se convierte en energía somática, y la re-

presentación reprimida es simbolizada por una zona o una actividad corporales. Esta tesis, según la cual la separación entre el afecto y la representación se halla en el principio de la represión, conduce a describir un destino diferente para cada uno de estos elementos y a considerar la acción de procesos distintos: la representación es «reprimida», el afecto «suprimido», etc.

2.° Ya es sabido que Freud habla de «representaciones inconscientes» indicando, por la reserva *sit venia verbo*, que no se le escapó la paradoja inherente a la unión de ambos términos. Si, no obstante, conserva esta expresión, ello indica que, en la utilización que efectúa de la palabra *Vorstellung*, pasa a segundo plano un aspecto prevalente en la filosofía clásica, el de *representarse*, subjetivamente, un objeto. La representación sería más bien aquello que, del objeto, viene a inscribirse en los «sistemas mnémicos».

3.° Ahora bien, como es sabido, Freud no concibe la memoria como un simple receptáculo de imágenes, según una concepción estrictamente empírica, sino que habla de sistemas mnémicos, reduce el recuerdo a diferentes series asociativas y finalmente designa con el nombre de «huella mnémica»*, más que una «débil impresión» que guarda una relación de similitud con el objeto, un signo siempre coordinado con otros y que no va ligado a una determinada cualidad sensorial. Desde esta perspectiva, la *Vorstellung* de Freud ha podido equipararse al concepto lingüístico de significante.

4.° Sin embargo, cabe distinguir aquí, con Freud, dos niveles de estas «representaciones»: las «representaciones de palabra»* y las «representaciones de cosa»*. Esta distinción subraya una diferencia, a la cual, por lo demás, Freud atribuye un valor tópico fundamental; las representaciones de cosa, que caracterizan el sistema inconsciente, se hallan en una relación más inmediata con la cosa: en la «alucinación primitiva», la representación de cosa sería considerada por el niño como equivalente del objeto percibido y catectizada en la ausencia de éste (*véase:* Experiencia de satisfacción).

De igual forma, cuando Freud, especialmente en las primeras descripciones que dio de la cura en los años 1894-1896 (2), busca, al extremo de las vías asociativas, la «representación inconsciente patógena», lo que perseguiría sería el punto último en el que el objeto es inseparable de sus huellas, el significado inseparable del significante.

5.° En el empleo freudiano, la distinción entre la huella mnémica y la representación como catexis de la huella mnémica, si bien implícitamente presente (3), no es expresada siempre con claridad (4). Sin duda, ello es debido a que resulta difícil concebir en el pensamiento freudiano una *huella* mnémica *pura*, es decir, una representación totalmente desprovista de catexis, tanto por parte del sistema inconsciente como por parte del sistema consciente.

(*a*) A menudo se ha señalado la influencia que pudo ejercer sobre Freud la concepción, desarrollada por Herbart, de una verdadera «mecánica de las representaciones» (*Vorstellungsmechanik*). Como indica O. Andersson, «[...] el herbartismo era la psicología dominante en el mundo científico en el que vivía Freud durante los años de su formación científica» (5).

REPRESENTACIÓN DE COSA, REPRESENTACIÓN DE PALABRA

= *Al.:* Sachvorstellung (*o* Dingvorstellung), Wortvorstellung. — *Fr.:* représentation de chose, représentation de mot. — *Ing.:* thing presentation, word presentation. — *It.:* rappresentazione di cosa, rappresentazione di parola. — *Por.:* representação de coisa, representação de palavra.

Términos utilizados por Freud en sus textos metapsicológicos para distinguir dos tipos de «representaciones», uno (esencialmente visual) que deriva de la cosa y otro (esencialmente acústico) que deriva de la palabra. Esta distinción tiene para él un alcance metapsicológico, caracterizándose el sistema preconsciente-consciente por la ligazón de la representación de cosa a la representación de palabra correspondiente, a diferencia del sistema inconsciente, que sólo comprende representaciones de cosa.

En cuanto a la palabra «representación» y el modo de distinguirla del término, utilizado a veces como sinónimo, de huella mnémica, remitimos al lector a los dos artículos: Representación y Huella mnémica.

La distinción entre representación de cosa y representación de palabra tiene su origen en las investigaciones del joven Freud acerca de la afasia.

La idea de representación de cosa aparece muy pronto en la doctrina freudiana con el término, muy afín, de «huellas mnémicas»: éstas se depositan en los diferentes sistemas mnémicos. En el trabajo *Acerca de la concepción de las afasias. Estudio crítico* (*Zur Auffassung der Aphasien. Eine kritische Studie*, 1891) encontramos la expresión *Objektvorstellung;* en *La interpretación de los sueños* (*Die Traumdeutung*, 1900), la de *Dingvorstellung* (1). Una de las definiciones más precisas que da Freud de este concepto es la siguiente:

«La representación de cosa consiste en una catexis, si no de imágenes mnémicas directas de la cosa, por lo menos de huellas mnémicas más alejadas, derivadas de aquéllas» (2 *a*). Esta definición requiere dos observaciones:

1.ª la representación se distingue aquí claramente de la huella mnémica: aquélla recatectiza, reaviva ésta, que no es en sí misma más que la inscripción del acontecimiento;

2.ª la representación de cosa no debe entenderse como un análogo mental del conjunto de la cosa. Ésta se halla presente en diferentes sistemas o complejos asociativos en atención a uno u otro de sus aspectos.

Las representaciones de palabra se introducen en una concepción que enlaza la verbalización y la toma de conciencia. Así, a partir del *Proyecto de psicología científica* (*Entwurf einer Psychologie*, 1895), encontramos la idea de que la imagen mnémica puede adquirir el «índice de cualidad» específico de la conciencia, asociándose a una imagen verbal. Tal idea será constante en Freud. Es de importancia capital para comprender el paso del proceso primario al proceso secundario, de la identidad de percepción* a la identidad de pensamiento*. La volvemos a encontrar en *El inconsciente* (*Das Unbewusste*, 1915) en la siguiente

forma, que acentúa su valor tópico: «La representación consciente engloba la representación de cosa más la representación de palabra correspondiente, mientras que la representación inconsciente es la representación de cosa sola» (2 *b*).

El privilegio de la representación de palabra no puede reducirse a una supremacía de lo auditivo sobre lo vinual. Lo que aquí interviene no es sólo la diferencia entre los aparatos sensoriales. Freud mostró que en la esquizofrenia las representaciones de palabra son tratadas como representaciones de cosa, es decir, según las leyes del proceso primario; tal sucede también en el sueño, en el que ciertas frases pronunciadas en estado de vigilia se someten a la condensación y al desplazamiento en igual forma que las representaciones de cosa: «[...] cuando las representaciones de palabra, pertenecientes a los restos diurnos, constituyen residuos recientes y actuales de percepciones, y no expresión de pensamientos, son tratadas como las representaciones de cosa» (3). Vemos, pues, que representación de cosa y representación de palabra no designan simplemente dos tipos de «huellas mnémicas»; tal distinción tiene, para Freud, un alcance tópico fundamental.

¿Cómo se articulan las representaciones de palabra a estos significantes preverbales que son las representaciones de cosa? ¿Cuál es la relación de unas y otras con la percepción? ¿En qué condiciones pueden adquirir una presencia alucinatoria? En un último análisis, ¿cuáles son las condiciones que aseguran a los símbolos lingüísticos verbales su posición privilegiada? Freud intentó responder a tales preguntas en varios de sus trabajos (4).

REPRESENTACIÓN-FIN

= *Al.*: Zielvorstellung. — *Fr.*: représentation-but. — *Ing.*: purposive idea. — *It.*: rappresentazione finalizzata. — *Por.*: representação-meta.

Término creado por Freud para designar lo que orienta el curso de los pensamientos, tanto conscientes como preconscientes e inconscientes: en cada uno de estos niveles existe una finalidad que garantiza, entre los pensamientos, una concatenación que no es sólo mecánica, sino que viene determinada por ciertas representaciones privilegiadas que ejercen una atracción sobre las otras representaciones (por ejemplo, tarea a realizar en el caso de los pensamientos conscientes, fantasma inconsciente en el caso de someterse el sujeto a la regla de la asociación libre).

El término «representación-fin» Freud lo utilza sobre todo en sus primeros trabajos metapsicológicos: *Proyecto de psicología científica* (*Entwurf einer Psychologie*, 1895) y capítulo VII de *La interpretación de los sueños* (*Die Traumdeutung*, 1900), donde figura repetidas veces. Pone de manifiesto lo que existe de original en la concepción freudiana del determinismo psíquico: el curso de los pensamientos no es nunca indeterminado, es decir, libre de toda ley, pero además las leyes que lo rigen no son leyes puramente mecánicas como las descubiertas por la doctrina asociacionista, según la cual la sucesión de las asociaciones puede siempre referirse a la semejanza y a la contigüidad, sin que deba verse en ella un sentido más profundo. «*Cada vez que un elemento psíquico*

está ligado a otro por una asociación desconcertante y superficial, existe también una ligazón correcta y profunda entre ellos, ligazón que se halla disimulada por la resistencia de la censura» (1).

La noción de representación-fin señala que, para Freud, las asociaciones obedecen a una cierta finalidad. Finalidad manifiesta en el caso de un pensamiento atento, discriminativo, en el cual la selección viene asegurada por la representación del fin perseguido. Finalidad latente y descubierta por el psicoanálisis en aquellos casos en que las asociaciones parecen entregadas a su libre curso (*véase:* Asociación libre).

¿Por qué habla Freud de representación-fin y no sólo de meta o finalidad?; esta pregunta se plantea sobre todo para la finalidad inconsciente. Podría responder diciendo que las representaciones en cuestión no son más que los fantasmas inconscientes. Esta interpretación viene justificada por los primeros modelos que Freud da del funcionamiento del pesamiento: éste, incluida la exploración que caracteriza el proceso secundario, sólo es posible por el hecho de que el fin, o la representación-fin, permanece catectizada, ejerce una atracción que hace más permeables, mejor «facilitadas», todas las vías que conducen a ella. Este fin es la «representación de deseo» (*Wunschvorstellung*) que proviene de la experiencia de satisfacción* (2).

Al traducir ***Zielvorstellung*** por «representación-fin» y no por «representación de fin», creemos permanecer fieles al espíritu de Freud: no se trata de que estas representaciones remitan de forma intencional a fines, sino que ellas mismas son elementos inductores, capaces de organizar y de orientar el curso de las asociaciones.

El equivalente inglés propuesto de ***purposive idea*** concuerda con nuestra interpretación.

REPRESENTANTE DE LA PULSIÓN (α)

= *Al.*: Triebrepräsentanz (o Triebrepräsentant). — *Fr.*: représentant de la pulsion. — *Ing.*: instinctual representative. — *It.*: rappresentanza o rappresentante della pulsione. — *Por.*: representante do impulso o pulsional (da pulsão).

Término utilizado por Freud para designar los elementos o procesos en los que la pulsión encuentra su expresión psíquica. Unas veces el término es sinónimo de representante-representativo*, otras tiene un sentido más amplio, incluyendo también el afecto.

Freud generalmente asimila el representante de la pulsión al representante-representativo; en la descripción de las fases de la represión se examina sólo el destino del representante-representativo, hasta que se toma en consideración «otro elemento del representante psíquico»: el quantum de afecto* (*Affektbetrag*), que «[...] corresponde a la pulsión en la medida en que se ha desprendido de la representación y encuentra una expresión adecuada a su cualidad en procesos que percibimos como afectos» (1 *a*).

Así, pues, junto a un elemento representativo del representante de la

pulsión, puede hablarse de un factor cuantitativo o afectivo del mismo. Observemos, no obstante, que Freud no utiliza el término «representante afectivo», que podría crearse por simetría con el de representante-representativo.

El destino de este elemento afectivo no es menos importante para la represión: en efecto, ésta «[...] no tiene otro motivo ni otro fin que la evitación del displacer: de ello resulta que el destino del quantum de afecto del representante es mucho más importante que el de la representación» (1 *b*).

Recordemos que este «destino» puede ser variado: el afecto persiste y puede entonces desplazarse a otra representación; se transforma en otro afecto, especialmente angustia; también puede ser suprimido (1 *c*, 2 *a*). Pero se observará que esta supresión* no es una represión en el inconsciente, como la que actúa sobre la representación; en efecto, no puede hablarse en rigor de afecto inconsciente. Lo que así se designa sólo corresponde, de hecho, en el sistema *Ics*, «[...] a un rudimento que no ha llegado a desarrollarse» (2 *b*).

Así, pues, hablando estrictamente, sólo a nivel del sistema *Pcs-Cs* (o del yo) se puede sostener que la pulsión está representada por el afecto.

(α) Por afán de claridad, dedicamos tres artículos distintos (representante de la pulsión, representante psíquico, representante-representativo) a términos cuyas significaciones se superponen en gran parte, hasta el punto de ser intercambiables entre sí en la mayor parte de los textos freudianos. Estos tres artículos examinan un mismo concepto, pero hemos preferido reservar a cada uno de nuestros tres comentarios la discusión de un punto más particular.

En el presente artículo hemos recordado la función que Freud atribuye, respectivamente, a la representación y al afecto como representantes de la pulsión. El segundo artículo define sobre todo lo que entiende Freud por *representante* (de lo somático en lo psíquico). El artículo *Representante-representativo* muestra que la función de representar a la pulsión corresponde principalmente a la *representación (Vorstellung)*.

Señalemos finalmente que los artículos *Representación, Representación de cosa-representación de palabra* forman parte también del mismo conjunto conceptual.

REPRESENTANTE-REPRESENTATIVO (α)

= *Al.:* Vorstellungsrepräsentanz (*o* Vorstellungsrepräsentant). — *Fr.:* représentant-représentation. — *Ing.:* ideational representative. — *It.:* rappresentanza data da una rappresentazione. — *Por.:* representante ideativo.

Representación o grupo de representaciones a las que se fija la pulsión en el curso de la historia del sujeto y por medio de las cuales se inscribe en el psiquismo.

La expresión francesa *représentant-représentation* introduce un equívoco, debido a que traduce por dos palabras muy parecidas una palabra alemana compuesta por dos substantivos muy distintos; por desgracia, no vemos cómo podría evitarse este equívoco dando al mismo tiempo una traducción exacta del término freudiano.

Représentant traduce *Repräsentanz* (β), palabra alemana de origen latino que debe entenderse como delegación (γ). *Vorstellung* es un término filosófico cuyo equivalente francés tradicional es *représentation*. *Vorstellungsrepräsentanz* significa lo que representa (aquí: lo que representa a la pulsión) en el terreno de la representación (δ), sentido que intentamos traducir por: *représentant-représentation*.

El concepto de representante-representativo se encuentra en los textos en que Freud define la relación entre lo somático y lo psíquico como la existente entre la pulsión y sus representantes. Esta noción se define y utiliza sobre todo en los trabajos metapsicológicos de 1915 (*La represión [Die Verdrängung]* y *El inconsciente [Das Unbewusste]*) y aparece con la máxima claridad en la teoría más completa que Freud dio respecto a la represión.

Recordemos brevemente que la pulsión, en tanto que somática, escapa a la acción directa de una operación psíquica de represión en el inconsciente. La represión solamente puede afectar a los representantes psíquicos de la pulsión; estrictamente hablando, a los representantes-representativos.

En efecto, Freud distingue claramente dos elementos en el representante psíquico de la pulsión, la representación y el afecto, e indica que cada uno de ellos sigue un destino diferente: sólo el primer elemento (el representante-representativo) pasa tal cual al sistema inconsciente (*acerca de esta distinción, véase:* Representante psíquico; Afecto; Represión).

¿Qué se debe entender por representante-representativo? Freud dio pocas explicaciones sobre este concepto. En cuanto al término «representante» y la relación de delegación que supone con respecto a la pulsión, remitimos al lector al artículo: Representante psíquico. Con respecto al término «representación», que indica el elemento ideativo, en oposición al elemento afectivo, remitimos a los artículos Representación *(Vorstellung)*, Representación de cosa *(Sachvorstellung* o *Dingvorstellung)* y Representación de palabra *(Wortvorstellung)*.

En la teoría que Freud da del sistema inconsciente en su artículo de 1915, considera los representantes representativos, no sólo como los «contenidos» del *Ics*, sino como constitutivos de éste. En efecto, en un solo y mismo acto (la represión originaria*) la pulsión se fija a un representante y se constituye el inconsciente: «Tenemos [...] razones para admitir una *represión originaria*, una primera fase de la represión consistente en que el representante psíquico (representativo) de la pulsión ve rehusado el acceso a la conciencia. Con ello se produce una *fijación;* el representante correspondiente perdura, a partir de este momento, de forma inalterable, y la pulsión queda ligada a él» (1 *a*).

En este pasaje, el término «fijación»* evoca dos ideas al mismo tiempo: la que se halla en el centro de la concepción genética, de una fijación de la pulsión a una fase o a un objeto, y la idea de inscripción de la pulsión en el inconsciente. Esta última idea (o esta última imagen) es indiscutiblemente muy antigua en Freud. La encontramos anticipada en las cartas a Fliess, en uno de los primeros esquemas del aparato psíquico (que comportaría varias capas de inscripciones de signos [*Nie-*

derschriften] [2]) y expuesta de nuevo en *La interpretación de los sueños* (*Die Traumdeutung*, 1900), especialmente en un pasaje en el que se discute la hipótesis del cambio de inscripción que experimentaría una representación al pasar de un sistema a otro (3).

Esta comparación de la relación entre la pulsión y su representante, con la inscripción de un signo (de un «significante» para utilizar un término lingüístico), constituye un medio de esclarecer la naturaleza del represetante-representativo.

(α) Véase la nota (α) del artículo Representante de la pulsión.
(β) El término usual en alemán es *der Repräsentant;* Freud raramente lo utiliza, adoptando en cambio la forma *die Repräsentanz*, más parecida al latín y sin duda más abstracta.
(γ) «X es mi representante».
(δ) La traducción de *Vorstellungsrepräsentanz* por «representante de la representación» iría en contra del pensamiento de Freud: la representación es lo que representa a la pulsión y no lo que sería a su vez representado por otra cosa. Los textos de Freud son explícitos acerca de este punto (1 *b*, 4).

REPRESENTANTE PSÍQUICO (α)

= *Al.:* Psychische Repräsentanz *o* psychischer Repräsentant. — *Fr.:* représentant psychique. — *Ing.:* psychical representative. — *It.:* rappresentanza psichica *o* rappresentante psichico. — *Por.:* representante psíquico.

Término utilizado por Freud para designar, dentro de su teoría de la pulsión, la expresión psíquica de las excitaciones endosomáticas.

Este término sólo puede comprenderse en relación con la pulsión, que Freud considera como un concepto límite entre lo somático y lo psíquico. En efecto, en el lado somático, la pulsión tiene su fuente en fenómenos orgánicos generadores de tensiones internas a las que el sujeto no puede escapar; pero, por el fin al que apunta y los objetos a los que se adhiere, la pulsión tiene un «destino» *(Triebschicksal)* esencialmente psíquico.

Esta situación fronteriza explica, sin duda, que Freud recurriera a la noción de representante (entendiendo por tal una especie de delegación) de lo somático en lo psíquico. Pero esta idea de delegación fue formulada de dos formas distintas.

Unas veces es la propia pulsión la que aparece como «[...] el representante psíquico de las excitaciones provenientes del interior del cuerpo y que afectan al alma» (1, 2); otras, la pulsión es asimilada al proceso de excitación somática, y es ella entonces la que es representada en el psiquismo por «representantes de la pulsión», los cuales comprenden dos elementos: el representante-representativo* y el quantum de afecto* (3).

Ahora bien, no creemos posible, como invita a hacer la *Standard Edition*, hallar una evolución en el pensamiento de Freud acerca de este problema (las dos formulaciones fueron propuestas en el mismo año 1915), y menos aún considerar la segunda concepción como la que adoptaría Freud en sus últimos trabajos (en efecto, es la primera la que se encuentra en el *Esquema del psicoanálisis* [*Abriss der Psychoanalyse*, 1938]).

¿Es preciso entonces, como indica la *Standard Edition*, referir la citada contradicción a la ambigüedad del concepto de pulsión, límite entre lo somático y lo psíquico (4)? Admitámoslo; sin embargo, nos parece que es posible esclarecer el pensamiento de Freud acerca de este punto.

1) Si bien las formulaciones se contradicen a primera vista, no obstante sigue siempre presente una idea: la *relación* entre lo somático y lo psíquico no se concibe en forma de paralelismo ni de causalidad; debe comprenderse comparándola con la relación existente entre un delegado y su mandante (β).

Permaneciendo constante esta relación en las formulaciones de Freud, puede establecerse la hipótesis de que la diferencia que se aprecia entre ellas es puramente verbal: la modificación somática se designaría en un caso con la palabra pulsión *(Trieb)*, y en el otro con la palabra excitación *(Reiz)*, y el representante psíquico se denominaría en el primer caso representante-representativo, y en el segundo pulsión.

2) Hechas estas observaciones, no por ello deja de existir, a nuestro modo de ver, una diferencia entre las dos formulaciones. La solución según la cual la pulsión, considerada como somática, delega sus representantes psíquicos, nos parece más rigurosa, en cuanto no se limita a invocar una relación global de *expresión* entre lo somático y lo psíquico, y más coherente con la idea de *inscripción de representaciones*, que es inseparable de la concepción freudiana del inconsciente*.

(α) Véase la nota (α) del artículo: Representante de la pulsión.
(β) Ya es sabido que, en tal caso, el delegado, aunque por principio no sea más que el «apoderado» de su mandante, entra en un nuevo sistema de relaciones que ofrece el peligro de modificar su perspectiva y desviar las directivas que le fueron dadas.

REPRESIÓN

= *Al.:* Verdrängung. — *Fr.:* refoulement. — *Ing.:* repression. — *It.:* rimozione. — *Por.:* recalque *o* recalcamento.

A) En sentido propio: operación por medio de la cual el sujeto intenta rechazar o mantener en el inconsciente representaciones (pensamientos, imágenes, recuerdos) ligados a una pulsión. La represión se produce en aquellos casos en que la satisfacción de una pulsión (susceptible de procurar por sí misma placer) ofrecería el peligro de provocar displacer en virtud de otras exigencias.

La represión es particularmente manifiesta en la histeria, si bien desempeña también un papel importante en las restantes afecciones mentales, así como en la psicología normal. Puede considerarse como un proceso psíquico universal, en cuanto se hallaría en el origen de la constitución del inconsciente como dominio separado del resto del psiquismo.

B) En sentido más vago: el término «represión» es utilizado en ocasiones por Freud en una acepción que lo aproxima al de «defensa»*, debido, por una parte, a que la operación de la represión en el sentido A, se encuentra, al menos como un tiempo, en numerosos procesos defensivos complejos (en cuyo caso la parte es tomada por el todo) y, por otra parte, a que el modelo teórico de la represión es utilizado por Freud como el prototipo de otras operaciones defensivas.

La distinción entre las acepciones A y B se impone, aparentemente, si se tiene en cuenta la apreciación que Freud hizo en 1926 sobre su propia utilización de los términos *represión* y *defensa:* «Pienso ahora que hay cierta ventaja en volver al viejo concepto de defensa, aunque estableciendo que debe designar de un modo general todas las técnicas de las que se sirve el yo en sus conflictos, y que pueden eventualmente conducir a la neurosis, mientras que reservamos el término «represión» para designar uno de estos métodos de defensa en particular, que, debido a la orientación de nuestras investigaciones, pudimos al principio conocer mejor que los otros» (1).

En realidad, la evolución de los conceptos de Freud acerca del problema de la relación entre la represión y la defensa no corresponde exactamente a lo que él adelanta en el texto citado. A propósito de esta evolución pueden hacerse las siguientes observaciones:

1.ª En los textos anteriores a *La interpretación de los sueños* (*Die Traumdeutung*, 1900) se utilizan con la misma frecuencia, aproximadamente, los términos «represión» y «defensa». Pero esto sólo ocurre en las ocasiones, muy raras, en que los emplea como si fueran simplemente equivalentes, y sería erróneo considerar, basándose en el testimonio ulterior de Freud, que el único modo de defensa entonces conocido era la represión, modo de defensa específico de la histeria, coincidiendo el género con la especie. En efecto, por una parte, ya en aquella época, Freud especificó las diversas psiconeurosis por la utilización de modos de defensa claramente distintos, modos de defensa entre los que no incluía la represión; también en los textos sobre *Las psiconeurosis de defensa* (1894, 1896), la *conversión** del afecto es el mecanismo de defensa de la histeria, la transposición o el desplazamiento del afecto el de la neurosis obsesiva, mientras que, en la psicosis, Freud considera mecanismos tales como el rechazo *(verwerfen)* concomitante de la representación y del afecto o la proyección. Por otra parte, el término «represión» se utiliza para designar el destino de las representaciones separadas de la conciencia, que constituyen el núcleo de un grupo psíquico separado, proceso que se encuentra tanto en la neurosis obsesiva como en la histeria (2).

Incluso aunque los dos conceptos de defensa y de represión desborden el marco de una afección psicopatológica particular, se aprecia que esto no sucede en el mismo sentido: defensa es, desde un principio, un concepto *genérico*, que designa una tendencia general «[...] ligada a las condiciones más fundamentales del mecanismo psíquico (ley de la constancia)» (3 *a*), que puede adoptar formas tanto normales como patológicas y que, en estas últimas, se especifica en «mecanismos» complejos en los cuales el afecto y la representación siguen destinos diferentes. Si la represión se halla también universalmente presente en las diversas afecciones y no es específica, como mecanismo de defensa particular, de la histeria, es porque las diferentes psiconeurosis implican todas ellas la existencia de un inconsciente *(véase esta palabra)* separado que se *instituye* precisamente por efecto de la represión.

2.ª A partir de 1900 Freud tiende a utilizar con menos frecuencia la palabra *defensa*, pero ésta dista de desaparecer como Freud pretendió («Represión como yo he empezado a decir en lugar de defensa») (4) y conserva la misma significación genérica. Freud habla de «mecanismos de defensa», de «lucha de defensa», etc.

En cuanto al término «represión», jamás pierde su *especificidad* para confundirse simplemente con un concepto global que abarcase el conjunto de las técnicas defensivas utilizadas para manejar el conflicto psíquico. Se observará, por ejemplo, que Freud, cuando trata de las «defensas secundarias» (defensas contra el síntoma mismo), no las califica jamás de «represiones» secundarias (5). Fundamentalmente, en el texto que le consagra en 1915, la noción de represión conserva la acepción anteriormente expresada: «*Su esencia consiste únicamente en el hecho de separar y mantener a distancia de lo conciente*» (6 *a*). En este sentido, la represión es considerada a veces por Freud como un «mecanismo de defensa» particular o más bien como un «destino de la pulsión» susceptible de ser utilizado como defensa. Desempeña un papel primordial en la histeria, mientras que en la neurosis obsesiva se inserta en un proceso defensivo más complejo (6 *b*). Por consiguiente, del hecho de que la represión se describe en varias neurosis, no debe inferirse, como lo hacen los editores de la *Standard Edition* (7), que «represión» equivale en lo sucesivo a «defensa»: se encuentra en cada afección como uno de los tiempos de la operación defensiva, y en su acepción bien precisa de represión en el inconsciente.

Así, pues, el mecanismo de la represión, estudiado por Freud en sus diversos tiempos, representa para él una especie de prototipo de otras operaciones defensivas; así, en el *Caso Schreber*, es decir, incluso cuando intenta descubrir un mecanismo de defensa específico de la psicosis, se refiere a los tres tiempos de la represión, cuya teoría explica con tal ocasión. Sin duda es en este texto donde se ve con más claridad la confusión entre represión y defensa, confusión que no es simplemente terminológica, sino que conduce a dificultades de fondo (*véase:* Proyección).

3.ª Finalmente, no es posible olvidar que, después de haber incluido la represión entre los mecanismos de defensa, Freud, comentando el libro de Anna Freud, escribe: «Jamás he dudado de que la represión no es el único procedimiento de que dispone el yo para sus intenciones. Sin embargo, la represión es algo muy particular, que se distingue más claramente de los restantes mecanismos que éstos entre sí» (8).

«La teoría de la represión es la piedra angular sobre la que reposa todo el edificio del psicoanálisis» (9). La palabra *represión* se encuentra ya en Herbart (10), y algunos autores han pretendido que Freud, por intermedio de Meynert, conoció la psicología de Herbart (11). Pero la represión se impuso como hecho clínico desde los primeros tratamientos de histéricos, en los que Freud constata que los pacientes no tienen a su disposición recuerdos que, no obstante, conservan toda su vivacidad cuando son evocados de nuevo: «Se trataba de cosas que el enfermo quería olvidar y que intencionadamente mantenía, rechazaba, reprimía, fuera de su pensamiento consciente» (12).

Vemos que la noción de represión, captada aquí en su origen, aparece desde un principio como correlativa de la de inconsciente (la palabra *reprimido* será durante mucho tiempo para Freud, hasta concebir la idea de defensas inconscientes del yo, sinónimo de inconsciente). En cuanto al término «intencionadamente», Freud, a partir de esta época (1895), no lo utiliza sin reserva; la escisión de la conciencia solamente se *inicia* en virtud de un acto intencional. En efecto, los contenidos reprimidos escapan a los poderes del sujeto y, como un «grupo psíquico separado», se rigen por sus propias leyes (proceso primario*). Una representación reprimida constituye por sí misma un primer «núcleo de cristalización» capaz de atraer otras representaciones intolerables, sin que deba intervenir una intención consciente (13). En tal medida, la operación de la represión viene marcada por el proceso primario. Es esto lo que la define como defensa patológica en comparación con una defensa normal del tipo, por ejemplo, de la evitación (3 *d*). Finalmente, la represión se describe desde un principio como una operación dinámica que implica el mantenimiento de una contracatexis y siempre susceptible de fracasar por la fuerza del deseo inconsciente que busca retornar a la conciencia y a la motilidad (*véase:* Retorno de lo reprimido; Transacción).

Durante los años 1911-1915, Freud se dedicó a exponer una teoría articulada del proceso de la represión, distinguiendo en él diferentes tiempos. A este respecto, debe hacerse observar que no se trata de su primera elaboración teórica. En efecto, creemos que su *teoría* de la seducción* debe considerarse como una primera tentativa sistemática de explicar la represión, tentativa tanto más interesante cuanto que no aísla la descripción del mecanismo del objeto electivo al que afecta, es decir, la sexualidad.

En su artículo *La represión* (*Die Verdrängung*, 1915), Freud distingue una represión en sentido amplio (comprendiendo tres tiempos) y una represión en sentido estricto, que no es más que el segundo tiempo de la anterior. El primer tiempo sería una «represión originaria»*; no recae sobre la pulsión como tal, sino sobre sus signos, sus «representantes», que no llegan a la conciencia y a los cuales queda fijada la pulsión. Se crea así un primer núcleo inconsciente que funciona como polo de atracción respecto de los elementos a reprimir.

La represión propiamente dicha *(eigentliche Verdrängung)* o «represión con posterioridad» *(Nachdrängen)* constituye, por consiguiente, un proceso doble, que une a esta atracción una repulsión *(Abstossung)* por parte de una instancia superior. Finalmente, el tercer tiempo es el «retorno de lo reprimido» en forma de síntomas, sueños, actos fallidos, etc.

¿Sobre qué recae la represión? Es preciso subrayar que no recae sobre la pulsión (14 *a*), ya que ésta, por ser orgánica, escapa a la alternativa consciente-inconsciente, ni sobre el afecto. Éste puede experimentar diversas transformaciones correlativamente a la represión, pero no puede volverse inconsciente *sensu stricto* (14 *b*) (*véase:* Supresión). Solamente son reprimidos los «representantes representativos» (idea, imagen, etc.) de la pulsión. Estos elementos representativos van ligados a lo reprimido originario, ya porque provengan de éste, ya porque entren en conexión

fortuita con él. La represión reserva a cada uno de ellos un destino diferente, «completamente individual», según su grado de deformación, su distancia respecto al núcleo inconsciente o su valor afectivo.

La operación de la represión puede considerarse dentro del triple registro de la metapsicología:

a) desde el punto de vista *tópico:* si bien la represión se describe, en la primera teoría del aparato psíquico, como mantenimiento fuera de la conciencia, Freud no asimila la instancia represora a la conciencia. El modelo lo proporciona la censura*. En la segunda tópica, la represión se considera como una operación defensiva del yo (parcialmente inconsciente);

b) desde el punto de vista *económico*, la represión supone un juego complejo de retiro de la catexis*, recatectización y contracatexis* que afecta a los representantes de la pulsión;

c) desde el punto de vista *dinámico*, la cuestión principal es la de los *motivos* de la represión: cómo una pulsión cuya satisfacción, por definición, engendra placer, llega a suscitar un displacer tal que desencadena la operación de la represión. (Acerca de este punto, *véase:* Defensa).

REPRESIÓN ORIGINARIA

= *Al.:* Urverdrängung. — *Fr.:* refoulement originaire. — *Ing.:* primal repression. — *It.:* rimozione originaria *o* primaria. — *Por.:* recalque (*o* recalcamento) primitivo *u* originário.

Proceso hipotético descrito por Freud como primer tiempo de la operación de la represión. Tiene por efecto la formación de cierto número de representaciones inconscientes o «reprimido originario». Los núcleos inconscientes así constituidos contribuyen seguidamente a la represión propiamente dicha, por la atracción que ejercen sobre los contenidos a reprimir, junto con la repulsión proveniente de las instancias superiores.

Los términos «represión primaria», «represión primitiva», «represión primordial», se utilizan a menudo en las traducciones de las obras de Freud. Nosotros preferimos traducir el prefijo *Ur* por originario; a este respecto hemos de observar que se encuentra también en otros términos freudianos, como *Urphantasie* (fantasía originaria*) y *Urszene* (escena originaria*).

Por oscura que sea la noción de represión originaria, no deja de constituir una pieza esencial de la teoría freudiana de la represión, y se encuentra a lo largo de toda la obra de Freud a partir del estudio del *Caso Schreber*. La existencia de la represión originaria se postula, sobre todo, a partir de sus efectos: según Freud, una representación no puede ser reprimida si no experimenta, simultáneamente con la acción ejercida por la instancia superior, una atracción proveniente de los contenidos que ya son inconscientes. Ahora bien, por un razonamiento recurrente, es preciso explicar la existencia de formaciones inconscientes que no hayan sido a su vez atraídas por otras formacioes: tal es el papel de la «represión originaria», que se distingue así de la llamada represión propiamen-

te dicha o represión con posterioridad *(Nachdrängen)*. En cuanto a la naturaleza de la represión originaria, declara Freud, todavía en 1926, que nuestros conocimientos son muy limitados (1 *a*). Sin embargo, algunos puntos parecen desprenderse de las hipótesis freudianas (α).

1.° Existen estrechas relaciones entre la represión originaria y la fijación*. En el estudio del *Caso Schreber*, ya se describe como fijación el primer tiempo de la represión (2). Aunque en este texto la fijación se concibe como una «inhibición del desarrollo», en otros lugares el término posee un sentido menos estrictamente genético y designa, no sólo la fijación a una fase libidinal, sino también la fijación de la pulsión a una representación y la «inscripción» *(Niederschrift)* de esta representación en el inconsciente: «Por consiguiente, tenemos razones para admitir una represión originaria, una primera fase de la represión, consistente en que el representante psíquico (representante representativo) de la pulsión ve negada su entrada en la conciencia. Con ello se produce una fijación; el representante correspondiente subsiste a partir de aquel momento en forma inalterable, la pulsión permanece ligada a aquél» (3).

2.° Aunque la represión originaria se encuentra en el origen de las primeras formaciones inconscientes, su mecanismo no puede explicarse por una catexis* por parte del inconsciente; no procede tampoco de un retiro de la catexis del sistema preconsciente-consciente, sino únicamente de una contracatexis*. «Ésta [la contracatexis] representa el gasto permanente en una represión originaria, pero al mismo tiempo garantiza su permanencia. La contracatexis es el único mecanismo de la represión originaria; en la represión propiamente dicha (represión con posterioridad) se añade el retiro de la catexis preconsciente» (4).

3.° En cuanto a la naturaleza de esta contracatexis, persiste la oscuridad. Para Freud, es poco probable que proceda del superyó, el cual se forma con posterioridad a la represión originaria. Su origen debería buscarse, probablemente, en experiencias arcaicas muy intensas. «Es del todo admisible que factores cuantitativos, como una gran fuerza de la excitación y la efracción del "protector contra las excitaciones" [*Reizschutz*] constituyan las primeras ocasiones en que se producen las represiones originarias» (1 *b*).

(α) Un intento de interpretación de la noción de represión originaria se encontrará en J. Laplanche y S. Leclaire, *L'inconscient*, Les Temps Modernes, 1961, XVII, n.° 183.

REPUDIO

= *Al.:* Verwerfung. — *Fr.:* forclusion. — *Ing.:* repudiation *o* foreclosure. — *It.:* reiezione. — *Por.:* rejeição *o* repúdio.

Término introducido por Jacques Lacan: mecanismo específico que se hallaría en el origen del hecho psicótico; consistiría en un rechazo primordial de un «significante» fundamental (por ejemplo: el falo en tanto que significante del complejo de castración) fuera del universo simbólico* del sujeto. El repudio se diferenciaría de la represión en dos sentidos:

1) los significantes repudiados no se encuentran integrados en el inconsciente del sujeto;

2) no retornan «desde el interior», sino desde el seno de lo real, especialmente en el fenómeno alucinatorio.

J. Lacan se opone al empleo que hace Freud en ocasiones de la palabra *Verwerfung* (rechazo) en relación con la psicosis, y propone, como equivalente francés, el término *forclusion* (repudio).

La filiación freudiana invocada en este punto por J. Lacan apela a dos series de observaciones concernientes a la terminología y a la concepción freudiana de la defensa psicótica.

I. Una *encuesta terminológica* en el conjunto de los textos freudianos lleva a las siguientes conclusiones:

1) El término *Verwerfung* (o el verbo *verwerfen*) es utilizado por Freud con acepciones bastante distintas, que esquemáticamente podrían reducirse a *tres:*

a) en sentido amplio, de una repulsa que puede ejercerse, por ejemplo, a la manera de la represión (1);

b) en el sentido de un rechazo que adopta la forma de un juicio consciente de condenación. Bajo esta acepción se encuentra más a menudo la palabra compuesta *Urteilsverwerfung*, de la que el propio Freud indica que es sinónimo de *Verurteilung* (juicio de condenación*);

c) el sentido propuesto por Lacan se encuentra mejor confirmado en otros textos. Así, en *Las psiconeurosis de defensa* (*Die Abwehr-Neuropsychosen*, 1894) Freud escribe a propósito de la psicosis: «Existe un tipo de defensa mucho más enérgica y mucho más eficaz, que consiste en que el yo rechaza [*verwirft*] la representación intolerable, simultáneamente con su afecto, y se comporta como si la representación no hubiera llegado jamás al yo» (2 *a*).

El texto en el que Lacan se ha basado principalmente para promover la noción de repudio es el de *Historia de una neurosis infantil*, en el que las palabras *verwerfen* y *Verwerfung* son repetidamente utilizadas. El pasaje más demostrativo es sin duda aquel en el que Freud evoca la coexistencia, en el sujeto, de diversas actitudes con respecto a la castración: «[...] la tercera corriente, la más antigua y la más profunda, que había pura y simplemente rechazado [*verworfen*] la castración, y en la cual no se trataba todavía de juzgar sobre la realidad de ésta, esta corriente aún era ciertamente reactivable. En otro lugar he comunicado una alucinación que dicho paciente tuvo a la edad de cinco años [...]» (3 *a*).

2) Se encuentran en Freud otros términos, distintos a *Verwerfung*, utilizados en un sentido que parece autorizar, de acuerdo con el contexto, una aproximación al concepto de repudio:

Ablehnen (apartar, declinar) (5 *b*);
Aufheben (eliminar, abolir) (4 *a*);
Verleugnen (renegar).

En conclusión, se constata, limitándose a un punto de vista terminológico, que el empleo del término *Verwerfung* no siempre corresponde al significado de «repudio», y, a la inversa, otros términos freudianos designan lo que Lacan intenta poner de manifiesto.

II. Aparte de esta simple investigación terminológica, es posible mostrar que la introducción por Lacan del término «repudio» no hace más que proseguir una *exigencia constante en Freud:* la de definir un mecanismo de defensa específico de la psicosis. Aquí las opciones terminológicas de Freud pueden, en ocasiones, prestarse a error, especialmente cuando habla de «represión» refiriéndose a la psicosis. El propio Freud subrayó esta ambigüedad: «[...] cabe dudar de que el proceso denominado represión en las psicosis tenga todavía algo de común con la represión en las neurosis de transferencia» (5).

1) A lo largo de toda la obra de Freud puede encontrarse la misma línea de pensamiento con respecto a la psicosis. En los primeros textos freudianos, se manifiesta especialmente por la discusión del mecanismo de la proyección, la cual se concibe, en el psicótico, como un verdadero rechazo de entrada hacia el exterior y no como un retorno secundario de lo inconsciente reprimido. Más tarde, cuando Freud tiende a interpretar la proyección como un simple tiempo secundario a la represión neurótica, se verá obligado a admitir que la proyección *(tomada en este sentido)* ya no es el resorte esencial de la psicosis: «No era exacto decir que la sensación suprimida [*unterdrückt*] en el interior se proyectaba al exterior; más bien reconocemos que lo que había sido abolido [*das Aufgehobene*] en el interior retorna desde el exterior» (4 *b*) (*véase:* Proyección).

Las expresiones «retiro de la catexis de la realidad» (4 *c*), «pérdida de la realidad» (6) deben interpretarse asimismo como designando este mecanismo *primario* de separación y de rechazo al exterior de la «percepción» intolerable.

Finalmente, en sus últimos escritos, Freud centra sus reflexiones en torno a la noción de *Verleugnung* o «renegación de la realidad» *(véase este término).* Si bien lo estudia sobre todo en el caso del fetichismo, señala explícitamente que tal mecanismo establece un parentesco entre dicha perversión y la psicosis (7 y 8 *a*). La renegación que opone el niño, como el fetichista y el psicótico, a esta «realidad» que sería la ausencia de pene en la mujer, se concibe como una repulsa a admitir la «percepción» misma y *a fortiori* a extraer la consecuencia, que es la «teoría sexual infantil» de la castración. En 1938, Freud opone entre sí dos modos de defensa: «repeler una exigencia pulsional del mundo interno» y «renegar de un fragmento del mundo externo real» (8 *b*). En 1894 describía ya la defensa psicótica en términos casi idénticos: «El yo se aparta de la representación intolerable, pero ésta se encuentra indisolublemente unida a un fragmento de la realidad, por lo que, al realizar este acto, el yo se desprende también total o parcialmente de la realidad» (2 *b*).

2) ¿Cómo concebir, en un último análisis, esta especie de «represión» hacia el mundo exterior, simétrica de la represión neurótica? Freud la describe, la mayoría de veces, en términos económicos: retiro de la catexis de lo percibido, retirada narcisista de la libido, acompañada quizá de un retiro del «interés»* no libidinal. Otras veces, Freud va a parar más bien a lo que podríamos llamar un retiro de significación, rehusar atribuir un sentido a lo percibido. Por lo demás, ambas concepciones no se excluyen entre sí, en el pensamiento de Freud: el retiro de la catexis *(Besetzung)* es también un retiro de la significación *(Bedeutung)* (9).

III. La noción de repudio viene a prolongar esta línea de pensamiento freudiano, dentro del marco de la teoría de lo «simbólico»* de J. Lacan. Este autor se basa especialmente en los textos de *Historia de una neurosis infantil,* donde Freud muestra cómo los elementos percibidos en ocasión de la escena originaria sólo con «posterioridad»* recibirán su sentido y su interpretación. En el momento de la primera experiencia traumática (a la edad de año y medio), el individuo era incapaz de elaborar, en forma de una teoría de la castración, aquel dato en bruto que sería la ausencia de pene en la madre: «Él rechazó [*verwarf*] [la castración] y quedó detenido en el punto de vista del coito anal [...]. Probablemente el sujeto no emitió juicio alguno acerca de la existencia de la castración, pero fue como si ésta no hubiera existido» (3 *c*).

En los diferentes textos de Freud existe una indiscutible ambigüedad en cuanto a lo que es rechazado *(verworfen)* o renegado *(verleugnet)* cuando el niño repele la castración. ¿Es la castración misma (3 *d*)? En tal caso, lo que se rechaza sería una verdadera teoría interpretativa de los hechos y no una simple percepción. ¿Se trata de la «carencia de pene» en la mujer? Entonces resulta difícil hablar de una «percepción» que sería renegada, puesto que una *ausencia* no es un hecho perceptivo más que en la medida en que se pone en relación con una posible *presencia.*

La interpretación de Lacan permitiría resolver las dificultades que acabamos de señalar. Basándose en el texto de Freud sobre *La negación* (*Die Verneinung,* 1925), define el repudio en su relación con un «proceso primario» (10) que comporta dos operaciones complementarias: «la *Einbeziehung ins Ich,* la introducción en el sujeto, y la *Ausstossung aus dem Ich,* la expulsión fuera del sujeto». La primera de estas operaciones es lo que Lacan denomina también «simbolización» o *Bejahung* (proposición, afirmación) «primaria». La segunda «[...] constituye lo real, en cuanto éste es el dominio que persiste fuera de la simbolización». El repudio consiste entonces en no simbolizar lo que debió serlo (la castración): se trata de una «abolición simbólica». De ahí la fórmula que da Lacan (traduciendo a su lenguaje el pasaje de Freud anteriormente citado: «[...] no era exacto decir [...] de la alucinación: [...] lo que ha sido repudiado de lo simbólico reaparece en lo real».

J. Lacan ha desarrollado ulteriormente la noción de repudio dentro del marco de concepciones lingüísticas, en su artículo *D'une question préliminaire à tout traitement possible de la psychose* (11).

RESISTENCIA

= *Al.:* Widerstand. — *Fr.:* résistance. — *Ing.:* resistance. — *It.:* resistenza. — *Por.:* resistência.

Durante la cura psicoanalítica, se denomina resistencia todo aquello que, en los actos y palabras del analizado, se opone al acceso de éste a su inconsciente. Por extensión, Freud habló de resistencia al psicoanálisis para designar una actitud de oposición a sus descubrimientos, por cuanto éstos revelaban los deseos inconscientes e infligían al hombre una «vejación psicológica» (α).

El concepto de resistencia fue precozmente introducido por Freud; puede decirse que ejerció un papel decisivo en la aparición del psicoanálisis. En efecto, Freud renunció a la hipnosis y a la sugestión sobre todo porque la resistencia masiva que oponían a estas técnicas algunos pacientes le parecía por una parte, legítima (β) y, por otra, imposible de vencer y de interpretar (γ), cosa que el método psicoanalítico hace posible en la medida en que permite evidenciar progresivamente las resistencias, que se traducirán especialmente por las diferentes formas en que el paciente infringe la regla fundamental; en los *Estudios sobre la histeria* (*Studien über Hysterie*, 1895) se encuentra una primera enumeración de diversos fenómenos clínicos, evidentes o discretos, de resistencia (1 *a*).

La resistencia se descubrió como un obstáculo al esclarecimiento de los síntomas y a la progresión de la cura. «La resistencia constituye, en fin de cuentas, lo que impide el trabajo [terapéutico]» (2 *a*) (δ). Al principio Freud intentará vencer este obstáculo mediante la insistencia (fuerza de sentido opuesto a la resistencia) y la persuasión, antes de reconocer en él un medio de acceso a lo reprimido y al secreto de la neurosis; en efecto, en la resistencia y la represión se ven actuar las mismas fuerzas. En este sentido, como insiste Freud en sus escritos técnicos, todo el avance de la técnica analítica ha consistido en una apreciación más justa de la resistencia, es decir, del hecho clínico de que no basta comunicar a los pacientes el sentido de sus síntomas para que desaparezca la represión. Es sabido que Freud consideró siempre como características específicas de su técnica la interpretación de la resistencia y la de la transferencia. Es más, la transferencia* debe considerarse en parte como una resistencia, en la medida en que reemplaza el recuerdo verbalizado por la repetición actuada; a esto debe añadirse que la resistencia utiliza la transferencia, pero no la constituye.

Más difícil resulta destacar los puntos de vista de Freud acerca de la explicación del fenómeno de la resistencia. En los *Estudios sobre la histeria*, formula la siguiente hipótesis: los recuerdos pueden considerarse agrupados, según su grado de resistencia, en forma de capas concéntricas alrededor de un núcleo central patógeno; durante el tratamiento, cada vez que se pasa de un círculo a otro más cercano al núcleo, aumentará proporcionalmente la resistencia (1 *b*). A partir de esta época, Freud considera la resistencia como una manifestación, inherente al tratamiento y a la rememoración que él exige, de la misma fuerza ejercida por el

yo contra las representaciones penosas. Sin embargo, parece ver el origen último de la resistencia en una repulsión proveniente de lo reprimido como tal, en su dificultad en volverse consciente y, sobre todo, en ser plenamente aceptado por el sujeto. Hallamos, pues, aquí dos elementos de explicación: la resistencia viene regulada por su distancia respecto a lo reprimido; por otra parte, corresponde a una función defensiva. Esta ambigüedad persiste en los escritos técnicos.

Pero, con la segunda tópica, se hace recaer el acento en el aspecto defensivo: defensa, como subrayan varios textos, ejercida por el yo. «El inconsciente, es decir, lo "reprimido", no opone ningún tipo de resistencia a los esfuerzos de la cura; de hecho, sólo tiende a vencer la presión que actúa sobre él y abrirse camino hacia la conciencia o hacia la descarga mediante la acción real. La resistencia durante la cura proviene de los mismos estratos y sistemas superiores de la vida psíquica que en su tiempo produjeron la represión» (3). Este papel primordial de la defensa del yo Freud lo mantendrá hasta en uno de sus últimos escritos: «Los mecanismos de defensa contra los antiguos peligros retornan en la cura en forma de *resistencias* a la curación, lo cual es debido a que la misma curación es considerada por el yo como un nuevo peligro» (4 *a*). Desde este punto de vista, el análisis de las resistencias no se diferencia del análisis de las defensas permanentes del yo, tal como se ponen de manifiesto en la situación analítica (Anna Freud).

Ahora bien, Freud afirma explícitamente que la resistencia evidente del yo no basta para explicar las dificultades halladas en la progresión y terminación del trabajo analítico; el analista, en su experiencia, encuentra resistencias que no puede atribuir a alteraciones* del yo (4 *b*).

Al final de *Inhibición, síntoma y angustia* (*Hemmung, Symptom und Angst*, 1926), Freud distingue cinco formas de resistencia; tres de ellas se atribuyen al yo: la represión, la resistencia de transferencia y el beneficio secundario de la enfermedad, «que se basa en la integración del síntoma en el yo». Además, hay que considerar la resistencia del inconsciente o del ello y la del superyó. La primera hace técnicamente necesario el trabajo elaborativo* (*Durcharbeiten*): es «[...] la fuerza de la compulsión a la repetición, atracción de los prototipos inconscientes sobre el proceso pulsional reprimido». Finalmente, la resistencia del superyó deriva de la culpabilidad inconsciente y de la necesidad de castigo (5 *a*) (*véase:* Reacción terapéutica negativa).

Se trata de un intento de clasificación metapsicológica que no satisfacía a Freud, pero que tiene, por lo menos, el mérito de subrayar que siempre rehusó asimilar el fenómeno inter- e intrapersonal de la resistencia a los mecanismos de defensa inherentes a la estructura del yo. La pregunta: ¿Qué resiste?, sigue siendo para él problemática y queda sin responder (ε). Más allá del yo «[...] que se aferra a sus contracatexis» (5 *b*), es preciso reconocer, como obstáculo último al trabajo analítico, una resistencia radical, acerca de cuya naturaleza las hipótesis freudianas variaron, pero que de todos modos es irreductible a las operaciones defensivas (*véase:* Compulsión a la repetición).

(α) Idea que se expresa a partir de 1896: «La hostilidad que me manifiestan y mi aislamiento bien podrían indicar que he descubierto las mayores verdades» (2 b). Acerca de la «vejación», véase *Una dificultad del psicoanálisis* (*Eine Schwierigkeit der Psychoanalyse*, 1917) (6).

(β) «Cuando se gritaba a un enfermo que se mostraba rebelde: "¿qué hace usted?, se está usted contra-sugestionando", yo pensaba que aquello era entregarse manifiestamente a una injusticia y a una violencia. El hombre tenía ciertamente derecho a contra-sugestionarse, cuando se intentaba dominarlo por medio de sugestiones» (7).

(γ) La técnica de sugestión «[...] no nos permite, por ejemplo, reconocer la *resistencia* que hace que el enfermo se aferre a su dolencia y, por consiguiente, luche contra su curación» (8).

(δ) Véase la definición de la resistencia en *La interpretación de los sueños* (*Die Traumdeutung*, 1900): «*Todo aquello que perturba la continuación del trabajo es una resistencia*» (9).

(ε) Puede consultarse la obra de E. Glover, *Técnica del psicoanálisis* (*The Technique of Psycho-Analysis*, 1955). El autor, tras efectuar un relevamiento metódico de las resistencias como manifestaciones, despertadas por el análisis, de las defensas permanentes del aparato mental, reconoce la existencia de un residuo: «Después de agotar la lista posible de las resistencias que podrían provenir del yo o del superyó, nos queda el hecho desnudo de que ante nosotros el individuo se entrega a una repetición ininterrumpida del mismo conjunto de representaciones [...]. Esperábamos que, al apartar las resistencias del yo y del superyó, provocaríamos algo así como una liberación automática de presión y que otra manifestación de defensa se apresuraría a ligar esta energía liberada, como sucede en los síntomas transitorios. Pero, en lugar de ello, parece como si hubiéramos fustigado la compulsión a la repetición y el ello hubiera aprovechado la debilitación de las defensas del yo para ejercer una atracción creciente sobre las representaciones preconscientes» (10).

RESTOS DIURNOS

= *Al.*: Tagesreste. — *Fr.*: restes diurnes. — *Ing.*: day's residues. — *It.*: resti diurne. — *Por.*: restos diurnos.

Dentro de la teoría psicoanalítica del sueño, elementos del estado de vigilia del día anterior que se encuentran en la narración del sueño y en las asociaciones libres del individuo que ha soñado; se hallan en una relación más o menos lejana con el deseo inconsciente que se realiza en el sueño. Pueden encontrarse todos los grados intermedios entre dos extremos: cuando la presencia de un determinado resto diurno parece motivada, por lo menos en un primer análisis, por una preocupación o un deseo de la vigilia, y cuando se eligen elementos diurnos, de apariencia insignificante, por su conexión asociativa con el deseo del sueño.

Según una concepción clásica, discutida en el primer capítulo de *La interpretación de los sueños* (*Die Traumdeutung*, 1900), los elementos que se encuentran en la mayoría de los sueños derivarían de la vida de los días anteriores. Sin embargo, diversos autores habían ya observado que tales elementos no correspondían siempre a acontecimientos o intereses importantes, sino a detalles de apariencia anodina.

Freud recoge estos hechos y les da una nueva significación, integrándolos en su teoría, que considera el sueño como el cumplimiento de un deseo inconsciente. La naturaleza y función de los restos diurnos puede establecerse en relación con la tesis fundamental según la cual la energía del sueño se encuentra en el deseo inconsciente.

Puede tratarse de deseos o de preocupaciones diversas que ha experimentado el sujeto durante la vigilia y que vuelven a surgir en el sueño; la mayoría de las veces estos problemas de la vigilia están presentes en el sueño en una forma desplazada y simbólica. Los restos diurnos son sometidos a los mecanismos del trabajo del sueño al igual que todos los pensamientos* del sueño. Según una célebre metáfora de Freud, los restos diurnos son entonces el «empresario» del sueño, funcionan como incitación (un papel análogo pueden desempeñar las impresiones corporales durante el sueño). Pero, incluso en este caso, el sueño sólo puede ser plenamente explicado por la intervención del deseo inconsciente que aporta la fuerza de las pulsiones (*Triebkraft*), el «capital». «*En mi opinión, el deseo consciente sólo puede suscitar un sueño cuando despierta otro deseo, inconsciente, en consonancia con él y en virtud del cual resulta reforzado*» (1 *a*).

En última instancia, la relación entre los restos diurnos y el deseo inconsciente puede prescindir de la función intermedia de una preocupación actual: los restos diurnos no son más que elementos, signos que utiliza el deseo inconsciente. En tal caso será aún más manifiesta la apariencia arbitraria de su selección. ¿Cuál es entonces su función? Puede resumirse así:

a) al seleccionarlos, el sueño burla la censura. Bajo la envoltura de su apariencia insignificante, pueden expresarse contenidos reprimidos;

b) se prestan, más que los recuerdos cargados de interés y ya integrados en ricos complejos asociativos, a entrar en conexión con el deseo infantil;

c) su carácter actual aumenta su importancia a los ojos de Freud, quien, para explicar la presencia de lo *reciente* en todo sueño, recurre al concepto de «transferencia»*. «Los restos diurnos [...] no sólo toman algo del *Ics* (a saber, la fuerza pulsional que está a disposición del deseo reprimido) cuando intervienen en la formación de un sueño, sino que además ofrecen al inconsciente algo indispensable, a saber, el punto de conexión necesario para una transferencia» (1 *b*). Esta importancia de lo presente se halla verificada por el hecho de que, a menudo, lo que se encuentra son restos del mismo día anterior al sueño.

RETIRO O AUSENCIA DE CATEXIS

= *Al.*: Entziehung (*o* Abziehung) der Besetzung, Unbesetztheit. — *Fr.*: désinvestissement. — *Ing.*: withdrawal of cathexis. — *It.*: sottrazione di carica *o* disinvestimento. — *Por.*: retraimento de carga psíquica *o* desinvestimento.

Retiro de la catexis anteriormente unida a una representación, a un grupo de representaciones, a un objeto, a una instancia, etc.

Estado en que se encuentra tal representación como resultado de ese retiro o en ausencia de toda catexis.

El retiro de la catexis* se postula en psicoanálisis como substrato económico de diversos procesos psíquicos, especialmente de la repre-

sión*. Freud reconoció desde un principio como factor determinante de ésta la separación del quantum de afecto de la representación. Cuando efectúa una descripción sistemática de la represión, muestra cómo la represión «con posterioridad» supone que las representaciones que anteriormente habían sido admitidas en el sistema preconsciente-consciente, y por consiguiente catectizadas por éste, pierden su carga energética. La energía que con tal motivo ha quedado disponible puede utilizarse en la catexis de una formación defensiva (formación reactiva*) que es objeto de una contracatexis (1).

Asimismo, en los estados narcisistas, la catexis del yo aumenta proporcionalmente al retiro de la catexis de los objetos (2).

RETORNO DE LO REPRIMIDO

= *Al.*: Wiederkehr (*o* Rückkehr) des Verdrängten. — *Fr.*: retour du refoulé. — *Ing.*: return (*o* breakthrough) of the repressed. — *It.*: ritorno del rimosso. — *Por.*: retôrno do recalcado.

Proceso en virtud del cual los elementos reprimidos, al no ser nunca aniquilados por la represión, tienden a reaparecer y lo hacen de un modo deformado, en forma de transacción.

Freud insistió siempre en el carácter «indestructible» de los contenidos inconscientes (1). Los elementos reprimidos, no sólo no son aniquilados, sino que tienden incesantemente a reaparecer en la conciencia, por caminos más o menos desviados y por intermedio de formaciones derivadas más o menos difíciles de reconocer: los derivados* del inconsciente (α).

La idea de que los síntomas se explican por un retorno de lo reprimido se afirma desde los primeros textos psicoanalíticos de Freud. También se encuentra en ellos la idea fundamental de que este retorno de lo reprimido se produce por medio de la «formación de *transacción* entre las representaciones reprimidas y las represoras» (2). Pero las relaciones entre el mecanismo de la represión* y el del retorno de lo reprimido fueron interpretadas por Freud de forma sensiblemente distinta:

1. En *El delirio y los sueños en la «Gradiva» de W. Jensen* (*Der Wahn und die Träume in W. Jensens Gradiva*, 1907), por ejemplo, Freud insiste en el hecho de que lo reprimido utiliza, para su retorno, las mismas vías asociativas que siguió en la represión (3 *d*). Ambas operaciones se hallarían, pues, íntimamente ligadas y serían como simétricas una de otra; Freud utiliza aquí la fábula del asceta que, intentando vencer la tentación mediante la imagen del crucifijo, ve aparecer en lugar del crucificado la imagen de una mujer desnuda: «[...] dentro y detrás de lo represor obtiene finalmente la victoria lo reprimido» (3 *b*).

2. Pero esta idea no fue mantenida por Freud, sino revisada, por ejemplo, en una carta a Ferenczi del 6-XII-1910, en la que indica que el retorno de lo reprimido constituye un mecanismo específico (4). Esta indicación la recoge de nuevo, especialmente en *La represión* (*Die Verdrängung*, 1915), donde el retorno de lo reprimido se concibe como un tercer tiempo, independiente, en la operación de la represión tomada en sentido amplio (5). Freud describe este proceso en las diferentes neurosis y llega a la conclusión de que el retorno de lo reprimido se produce por desplazamiento, condensación, conversión, etc.

Asimismo Freud indicó las condiciones generales del retorno de lo reprimido: debilitación de la contracatexis*, refuerzo del empuje pulsional (por ejemplo, por la influencia biológica de la pubertad), sobrevienen acontecimientos actuales que evocan el material reprimido (6).

(α) Acerca de la problemática de esta idea, puede citarse una nota de *Inhibición, síntoma y angustia* (*Hemmung, Symptom und Angst*, 1926), en la que Freud se pregunta si el deseo reprimido transfiere toda su energía a sus derivados o se mantiene él mismo en el inconsciente (7).

S

SADISMO

= *Al.:* Sadismus. — *Fr.:* sadisme. — *Ing.:* sadism. — *It.:* sadismo. — *Por.:* sadismo.

Perversión sexual en la cual la satisfacción va ligada al sufrimiento o a la humillación infligidos a otro.

El psicoanálisis extiende el concepto de sadismo más allá de la perversión descrita por los sexólogos, reconoce numerosas manifestaciones del mismo, más larvadas, especialmente infantiles, y lo considera como uno de los componentes fundamentales de la vida pulsional.

Para la descripción de las distintas formas o grados de la perversión sádica, remitimos al lector a las obras de los sexólogos, en especial las de Krafft-Ebing y Havelock Ellis (α).

Desde el punto de vista terminológico, señalemos que Freud, la mayoría de las veces, reserva el término «sadismo» (por ejemplo, en *Tres ensayos sobre la teoría sexual* [*Drei Abhandlungen zur Sexualtheorie*, 1905]) o de «sadismo propiamente dicho» (1) para designar la asociación de la sexualidad y de la violencia ejercida sobre otro.

Con todo, de un modo más amplio, denomina a veces sadismo el mero ejercicio de esta violencia, aparte de toda satisfacción sexual (2) (*véase:* Pulsión de apoderamiento; Agresividad; Sadomasoquismo). Este empleo del término, del cual el propio Freud señaló que no era absolutamente riguroso, ha adquirido gran difusión en psicoanálisis; ha conducido a convertir erróneamente la palabra *sadismo* en sinónimo de agresividad. Esta utilización es especialmente clara en los trabajos de Melanie Klein y su escuela.

(α) Fue Krafft-Ebing quien propuso designar esta perversión con el nombre de *sadismo*, por referencia a la obra del marqués de Sade.

SADISMO-MASOQUISMO, SADOMASOQUISMO

= *Al.:* Sadismus - Masochismus, Sadomasochismus. — *Fr.:* sadisme - masochisme, sado-masochisme. — *Ing.:* sadism - masochism, sado-masochism. — *It.:* sadismo - masochismo, sado-masochismo. — *Por.:* sadismo - masoquismo, sado-masoquismo.

Expresión que no sólo pone de relieve lo que puede haber de simétrico y complementario en las dos perversiones sádica y masoquista, sino que además designa un par antitético fundamental, tanto en la evolución como en las manifestaciones de la vida pulsional.

Dentro de esta perspectiva, el término «sadomasoquismo», utilizado en sexología para designar formas mixtas de estas dos perversiones, ha sido recogido por el psicoanálisis, especialmente en Francia por Daniel Lagache, para subrayar la interrelación de estas dos posiciones, tanto en el conflicto intersubjetivo (dominio-sumisión) como en la estructuración de la persona (autocastigo).

En los artículos Masoquismo y Sadismo encontrará el lector, sobre todo, consideraciones terminológicas; el presente artículo considera únicamente el par antitético sadismo-masoquismo, desde el punto de vista de la relación que establece el psicoanálisis entre sus dos polos y de la función que le atribuye.

La idea de una conexión entre las perversiones sádica y masoquista ya fue señalada por Krafft-Ebing. Freud la subraya a partir de los *Tres ensayos sobre la teoría sexual* (*Drei Abhandlungen zur Sexualtheorie*, 1905), haciendo del sadismo y del masoquismo las dos vertientes de una misma perversión, cuyas formas activa y pasiva se encuentran en proporciones variables en un mismo individuo: «Un sádico es siempre al mismo tiempo un masoquista, lo que no impide que pueda predominar el aspecto activo o el pasivo de la perversión y caracterizar la actividad sexual prevalente» (1 *a*).

En las siguientes obras de Freud y en el pensamiento psicoanalítico, se afirmarán cada vez más dos ideas:

1.ª la correlación de los dos términos del par es tan íntima que no pueden ser estudiados separadamente en su génesis ni en ninguna de sus manifestaciones;

2.ª la importancia de este par va mucho más allá del plano de las perversiones: «El sadismo y el masoquismo ocupan, entre las perversiones, un lugar especial. La actividad y la pasividad, que forman sus características fundamentales y opuestas, son constitutivas de la vida sexual en general» (1 *b*).

En lo que respecta a la génesis respectiva del sadismo y del masoquismo, las ideas de Freud evolucionaron paralelamente a las modificaciones aportadas a la teoría de las pulsiones. Aludiendo a la primera teoría, tal como se elabora definitivamente en *Las pulsiones y sus destinos* (*Triebe und Triebschicksale*, 1915), se dice corrientemente que el sadismo es anterior al masoquismo, que éste es un sadismo vuelto hacia la propia persona. De hecho, sadismo se toma aquí en el sentido de una agresión contra otro, en la cual el sufrimiento de éste no entra en con-

sideración y que no se acompaña de ningún placer sexual. «El psicoanálisis parece mostrar que el infligir dolor no desempeña papel alguno en los fines a los que apunta originariamente la pulsión. El niño sádico no hace entrar en sus consideraciones ni en sus intenciones el hecho de infligir dolor» (2 *a*). Lo que Freud llama aquí sadismo es el ejercicio de la pulsión de apoderamiento*.

El masoquismo responde a una vuelta* hacia la propia persona y al mismo tiempo a una transformación* de la actividad en pasividad. Sólo en la fase masoquista la actividad pulsional adquiere una significación sexual y el hacer sufrir se convierte en un carácter inmanente de la misma: «[...] la sensación de dolor, al igual que otras sensaciones displacenteras, invaden el dominio de la excitación sexual y provocan un estado de placer, por amor al cual se puede también encontrar gusto al displacer del dolor» (2 *b*). Freud indica dos etapas de esta vuelta hacia la propia persona: una en la que el sujeto se hace sufrir a sí mismo, actitud singularmente clara en la neurosis obsesiva, y otra, característica del masoquismo propiamente dicho, en la cual el sujeto se hace infligir dolor por persona ajena: antes de pasar a la voz «pasiva», el verbo *hacer sufrir* pasa por la voz «intermedia» reflexiva (2 *c*). Finalmente, el sadismo en el sentido sexual del término, implica una nueva vuelta de la posición masoquista.

En estas dos vueltas sucesivas, Freud subraya el papel desempeñado por la identificación con el otro en la fantasía: en el masoquismo «[...] el yo pasivo se sitúa fantaseadamente en su lugar precedente, lugar que ahora ha sido cedido al sujeto ajeno» (2 *d*). Igualmente, en el sadismo «[...] al infligir [dolores] a otros, se goza masoquistamente [de ellos] en la identificación con el objeto que sufre» (2 *e*) (α).

Se observará que la sexualidad interviene en el proceso, correlativamente a la aparición de la dimensión intersubjetiva y de la fantasía.

Si bien Freud dijo, para caracterizar esta etapa de su pensamiento en comparación con la siguiente, que deducía el masoquismo del sadismo y que no admitía entonces la tesis de un masoquismo primario, puede verse, sin embargo, que, a condición de tomar el par masoquismo-sadismo en su sentido propio, sexual, la fase masoquista ya se considera ciertamente como la primera, la fundamental.

Con la introducción de la pulsión de muerte, Freud plantea en principio la existencia de lo que llama masoquismo primario. En una primera fase, mítica, toda la pulsión de muerte se halla vuelta hacia la propia persona, pero todavía no es esto lo que Freud llama masoquismo primario. Es inherente a la libido el derivar gran parte de la pulsión de muerte hacia el mundo exterior: «Parte de esta pulsión se pone directamente al servicio de la pulsión sexual, donde su papel es importante. Tal es el sadismo propiamente dicho. Otra parte no acompaña esta desviación hacia el exterior, sino que persiste en el organismo, donde es ligada libidinalmente con la ayuda de la excitación sexual, de la cual se acompaña [...]; reconocemos aquí el masoquismo originario, erógeno» (3 *a*).

Si se prescinde de cierta imprecisión terminológica que no escapó al

propio Freud (3 *b*), puede decirse que el primer estado en el que la pulsión de muerte se dirige totalmente contra el propio individuo no corresponde más a una posición masoquista que a una posición sádica.

En un mismo movimiento, al asociarse la pulsión de muerte a la libido, se escinde en sadismo y en masoquismo erógenos. Observemos, por último, que este sadismo, a su vez, puede volverse hacia la propia persona y convertirse en un «masoquismo secundario, que se añade al masoquismo originario» (3 *c*).

Freud describió, en la evolución del niño, la parte que corresponde al sadismo y al masoquismo en las diferentes organizaciones libidinales; los ve actuar, ante todo y principalmente, en la organización anal-sádica*, pero también en las otras fases (*véase:* Fase oral-sádica; Canibalismo; Unión-Desunión). Ya es sabido que el par actividad-pasividad*, que se realiza eminentemente en la oposición sadismo-masoquismo, se considera por Freud como una de las grandes polaridades que caracterizan la vida sexual del sujeto y que vuelve a encontrarse en los pares que suceden a aquél: fálico-castrado, masculino-femenino.

La función intrasubjetiva del par sadismo-masoquismo fue descubierta por Freud, especialmente en la dialéctica entre superyó sádico y yo masoquista (3, 4).

Freud señaló no sólo la interrelación entre sadismo y masoquismo en las perversiones manifiestas, sino también la reversibilidad de las posiciones en el fantasma y en el conflicto intrasubjetivo. En esta misma línea de pensamiento, D. Lagache ha insistido particularmente en el concepto de *sadomasoquismo* (β), que considera como la dimensión fundamental de la relación intersubjetiva. El conflicto psíquico, y su forma central o conflicto edípico, puede interpretarse como un conflicto de demandas (*véase:* Conflicto) «[...] la posición del que demanda es, virtualmente, una posición de perseguido-perseguidor, puesto que la mediación de la demanda introduce necesariamente las relaciones sadomasoquistas del tipo dominio-sumisión que implica toda interferencia del poder» (5).

(α) Acerca de la articulación entre el sadismo y el masoquismo en la estructura fantaseada, véase *Pegan a un niño* (*Ein Kind wird geschlagen*, 1919).

(β) Respecto del alcance que D. Lagache otorga a la noción de sadomasoquismo, véase el texto citado en (5).

SEDUCCIÓN (ESCENA DE —, TEORÍA DE LA —)

= *Al.:* Verführung (Verführungsszene, Verführungstheorie). — *Fr.:* scène de, théorie de la séduction. — *Ing.:* scene, theory of seduction. — *It.:* scena di, teoria della seduzione. — *Por.:* cena de, teoria da sedução.

1. Escena, real o fantasmática, en la cual el sujeto (generalmente un niño) sufre pasivamente, por parte de otro (casi siempre un adulto), insinuaciones o maniobras sexuales.

2. Teoría elaborada por Freud, entre 1895 y 1897 y abandonada después, que atribuía un papel determinante, en la etiología de las psiconeurosis, al recuerdo de escenas reales de seducción.

Antes de constituir una teoría, con la que Freud, en la época de fundación del psicoanálisis, creía poder explicar la represión de la sexualidad, la seducción fue un descubrimiento clínico; los pacientes, en el curso del tratamiento, recordaban experiencias de seducción sexual: se trataba de escenas vividas en las que la iniciativa correspondía a otra persona (generalmente un adulto) y que podían abarcar, desde simples insinuaciones en forma de palabras o gestos, hasta un atentado sexual más o menos definido, que el sujeto sufrió pasivamente con susto*.

Freud empieza a mencionar la seducción a partir de 1893; entre 1895 y 1897 le concedió un papel importante en la teoría, al mismo tiempo que, desde el punto de vista cronológico, se vio inducido a hacer retroceder cada vez más lejos en la infancia las escenas de seducción traumatizantes.

Hablar de *teoría* de la seducción no es sólo atribuir un papel etiológico importante a las escenas sexuales en comparación con otros traumas; de hecho, para Freud, esta preponderancia se convierte en el principio de una tentativa muy elaborada para explicar en su origen el mecanismo de la represión.

Esquemáticamente, esta teoría supone que el trauma* se produce en dos tiempos, separados entre sí por la pubertad. El primer tiempo, el de la seducción propiamente dicha, Freud lo define como un acontecimiento sexual «presexual»; el acontecimiento sexual es producido desde el exterior a un sujeto incapaz todavía de emoción sexual (ausencia de las condiciones somáticas de la excitación, imposibilidad de integrar la experiencia). La escena, en el momento de producirse, no es objeto de represión. Sólo en un segundo tiempo, un nuevo acontecimiento, que no comporta necesariamente una significación sexual en sí mismo, evoca por algunos rasgos asociativos el recuerdo del primero: «Se nos ofrece aquí —señala Freud— la única posibilidad de ver cómo un recuerdo produce un efecto mucho mayor que el acontecimiento mismo» (1 *a*). El recuerdo es reprimido en virtud del aflujo de excitación endógena que desencadena.

Decir que la escena de seducción es vivida pasivamente no significa solamente que el sujeto tiene un comportamiento pasivo durante esta escena, sino también que la sufre sin que provoque en él una respuesta, sin que despierte representaciones sexuales: el estado de pasividad es correlativo con una no-preparación; la seducción produce un «susto sexual» *(Sexualschreck)*.

Freud atribuye tanta importancia a la seducción en la génesis de la represión que intenta encontrar sistemáticamente escenas de seducción pasiva, tanto en la neurosis obsesiva como en la histeria, donde primeramente las descubrió. «En todos mis casos de neurosis obsesiva he encontrado, en una edad muy precoz, años antes de la experiencia de placer, una experiencia *puramente pasiva*, lo cual no puede ser debido al simple azar» (1 *b*). Aunque Freud diferencia la neurosis obsesiva de la histeria por el hecho de que la primera se halla determinada por experiencias sexuales precoces vividas activamente con placer, busca, sin embargo, detrás de tales experiencias, escenas de seducción pasiva como las que se encuentran en la histeria.

Ya es sabido que Freud se vio inducido a dudar de la veracidad de las escenas de seducción y a abandonar la teoría correspondiente. En la carta a Fliess el 21-IX-1897 explica los motivos de este abandono. «Es necesario que te confíe inmediatamente el gran secreto que se me ha revelado lentamente durante estos últimos meses. Ya no creo más en mi *neurótica*» (1 *c*). Freud descubre que las escenas de seducción son, en ocasiones, el producto de reconstrucciones fantasmáticas, descubrimiento que es correlativo con el develamiento progresivo de la sexualidad infantil.

Clásicamente se considera que el abandono por Freud de la teoría de la seducción (1897) constituye un paso decisivo en el advenimiento de la teoría psicoanalítica y en la preponderancia concedida a las nociones de fantasma inconsciente, de realidad psíquica de sexualidad infantil espontánea, etc. El propio Freud afirmó, en varias ocasiones, la importancia de este momento en la historia de su pensamiento: «Si bien es cierto que los histéricos refieren sus síntomas a traumas ficticios, el hecho nuevo es que fantasmatizan tales escenas; es, pues, necesario tener en cuenta, junto a la realidad práctica, una realidad psíquica. Pronto se descubrió que estos fantasmas servían para disimular la actividad autoerótica de los primeros años de la infancia, para embellecerla y llevarla a un nivel más elevado. Entonces, detrás de estos fantasmas, apareció en toda su amplitud la vida sexual del niño» (2).

Conviene, sin embargo, dentro de esta visión de conjunto, destacar algunos matices:

1.° Hasta el fin de su vida, Freud no dejó de sostener la existencia, la frecuencia y el valor patógeno de las escenas de seducción efectivamente vividas por los niños (3, 4).

En cuanto a la situación cronológica de las escenas de seducción, aportó dos precisiones que sólo aparentemente son contradictorias:

a) la seducción tiene lugar a menudo en un período relativamente tardío, siendo entonces el seductor otro niño de la misma edad o algo mayor. A continuación la seducción es referida, por una fantasía retroactiva, a un período más precoz, y atribuida a un personaje parental (5 *a*);

b) la descripción del lazo preedípico con la madre, especialmente en el caso de la niña, permite hablar de una verdadera seducción sexual por la madre, en forma de los cuidados corporales prestados al lactante, seducción real que sería el prototipo de los fantasmas ulteriores: «Aquí el fantasma tiene su base en la realidad, puesto que es realmente la madre la que necesariamente ha provocado y quizás incluso despertado, en los órganos genitales, las primeras sensaciones de placer, al proporcionar al niño sus cuidados corporales» (6).

2.° En el plano teórico, ¿puede decirse que el esquema explicativo de Freud, tal como lo hemos expuesto más arriba, fue simplemente abandonado por él? Parece que algunos elementos esenciales de este esquema se vuelven a encontrar transpuestos en las elaboraciones ulteriores de la teoría psicoanalítica:

a) La idea de que la represión sólo puede comprenderse haciendo intervenir en ella varios tiempos, de los cuales el tiempo ulterior confiere, con posterioridad*, su sentido traumático al primero. Esta concepción encontrará su pleno desarrollo, por ejemplo, en *Historia de una neurosis infantil* (*Aus der Geschichte einer infantilen Neurose*, 1918).

b) La idea de que, en el segundo tiempo, el yo sufre una agresión, un aflujo de excitación *endógena;* en la teoría de la seducción, lo que es traumatizante es el recuerdo y no el acontecimiento mismo. En este sentido el «recuerdo» adquiere ya en esta teoría el valor de «realidad psíquica»*, de «cuerpo extraño», que más tarde se considerará inherente a la fantasía*.

c) La idea de que, a la inversa, esta realidad psíquica del recuerdo o del fantasma debe tener su fundamento último en el «terreno de la realidad». Parece que Freud jamás se decidió a considerar el fantasma como la simple eflorescencia de la vida sexual espontánea del niño. Buscará continuamente, detrás de la fantasía, lo que ha podido fundarla en su realidad: indicios percibidos de la escena originaria* (*Historia de una neurosis infantil*), seducción del lactante por la madre (véase más arriba 1.º *b*) y, más radicalmente aún, la noción de que las fantasías se basan, en último análisis, en «fantasías originarias»*, restos mnémicos transmitidos por herencia de experiencias vividas en la historia de la especie humana: «[...] todo lo que nos es narrado, actualmente en el análisis, en forma de fantasía [...] ha sido en otra época, en los tiempos originarios de la familia humana, realidad [...]» (5 *b*). Ahora bien, el primer esquema dado por Freud con su teoría de la seducción constituye, a nuestro modo de ver, un ejemplo excelente de esta dimensión de su pensamiento: el primer tiempo, el de la escena de seducción, ha debido forzosamente basarse en algo más real que las simples imaginaciones del sujeto.

d) Por último, Freud reconoció tardíamente que, con los fantasmas de seducción, había «[...] encontrado por vez primera el complejo de Edipo [...]» (7). En efecto, de la seducción de la niña por el padre al amor edípico de la niña hacia el padre, no había más que un paso.

Pero todo el problema estriba en saber si se debe considerar el fantasma de seducción como una simple deformación defensiva y proyectiva del componente positivo del complejo de Edipo*, o si es preciso ver en él la traducción de un dato fundamental: el hecho de que la sexualidad del niño está totalmente estructurada por algo que le viene como del exterior: la relación entre los padres, el deseo de los padres, que preexiste al deseo del sujeto y le da una forma. En este sentido, tanto la seducción realmente vivida como la fantasía de seducción no serían más que la actualización del dato mencionado.

En la misma línea de pensamiento, Ferenczi, recogiendo a su vez en 1932 (8) la teoría de la seducción, describió cómo la sexualidad adulta («el lenguaje de la pasión») hacía efracción verdaderamente en el mundo infantil («el lenguaje de la ternura»).

El peligro de tal renovación de la teoría de la seducción consistiría en enlazar con el concepto preanalítico de una inocencia sexual en el

niño, que sería pervertida por la sexualidad adulta. Freud rechaza que pueda hablarse de un mundo infantil dotado de existencia propia antes de que se produzca esta efracción, o esta perversión. Al parecer, ésta es la razón de que sitúe, en último análisis, la seducción entre «las ftnta-
la razón de que sitúe, en último análisis, la seducción entre «las fantala humanidad. La seducción no sería esencialmente un hecho real, localizable en la historia del sujeto, sino un dato estructural, cuya transposición histórica sólo podría realizarse en forma de un mito.

SENTIMIENTO DE CULPABILIDAD

= *Al.:* Schuldgefühl. — *Fr.:* sentiment de culpabilité. — *Ing.:* sense of guilt, guilt feeling. — *It.:* senso di colpa. — *Por.:* sentimento de culpa.

Término utilizado en psicoanálisis con una acepción muy amplia.

Puede designar un estado afectivo consecutivo a un acto que el sujeto considera reprensible, pudiendo ser la razón que para ello se invoca más o menos adecuada (remordimientos del criminal o autorreproches de apariencia absurda), o también un sentimiento difuso de indignidad personal sin relación con un acto preciso del que el sujeto pudiera acusarse.

Por lo demás, el sentimiento de culpabilidad se postula en psicoanálisis como sistema de motivaciones inconscientes que explican comportamientos de fracaso, conductas delictivas, sufrimientos que se inflige el sujeto, etc.

En este último sentido, la palabra *sentimiento* sólo puede utilizarse con reservas, ya que el sujeto puede no sentirse culpable a nivel de la experiencia consciente.

El sentimiento de culpabilidad fue encontrado al principio, sobre todo, en la neurosis obsesiva, en forma de autorreproches, de ideas obsesivas contra las que el sujeto lucha porque le parecen reprensibles, y por último en forma de vergüenza provocada por las mismas medidas de protección.

Ya a este nivel se puede observar que el sentimiento de culpabilidad es, en parte, inconsciente, en la medida en que la naturaleza real de los deseos que intervienen (especialmente agresivos) es ignorada por el sujeto.

El estudio psicoanalítico de la melancolía debía conducir a una teoría más elaborada del sentimiento de culpabilidad. Ya es sabido que esta afección se caracteriza especialmente por autoacusaciones, autodesprecio y tendencia al autocastigo, que puede conducir al suicidio. Freud muestra que existe aquí una verdadera escisión del yo entre acusador (superyó) y acusado, escisión que es el resultado, por un proceso de interiorización, de una relación intersubjetiva: «[...] los autorreproches son reproches contra un objeto de amor, que se invierten desde éste hacia el propio yo [...]; las *quejas* [del melancólico] son *quejas dirigidas contra*» (1 *a*).

Este descubrimiento de la noción de superyó* había de conducir a Freud a atribuir al sentimiento de culpabilidad un papel más general en el conflicto defensivo. Ya en *Duelo y melancolía* (*Trauer und Melancholie*, 1917), reconoce que «[...] la instancia crítica que aquí se ha separado del yo por escisión podría demostrar su autonomía también en

otras circunstancias [...]» (1 *b*); el el capítulo V de *El yo y el ello* (*Das Ich und das Es*, 1923), dedicado a las «relaciones de dependencia del yo», distingue las diversas modalidades del sentimiento de culpabilidad desde su forma normal hasta sus expresiones en el conjunto de las estructuras psicopatológicas (2 *a*).

En efecto, la diferenciación del superyó, como instancia crítica y punitiva, con respecto al yo, introduce la culpabilidad como relación intersistémica dentro del aparato psíquico: «El sentimiento de culpabilidad es la percepción que, en el yo, corresponde a esta crítica [del superyó]» (2 *b*).

Desde este punto de vista, la expresión de «sentimiento de culpabilidad inconsciente» adquiere un sentido más radical que cuando designaba un sentimiento inconscientemente motivado: ahora es la relación entre el superyó y el yo la que puede ser inconsciente y traducirse por efectos subjetivos en los cuales, en el caso límite, puede faltar toda culpabilidad sentida. Así, en algunos delincuentes, «[...] puede mostrarse que existe un poderoso sentimiento de culpabilidad, ya antes del delito, y que, por consiguiente, no es la consecuencia de éste, sino el motivo, como si el sujeto experimentara un alivio al poder atribuir este sentimiento inconsciente de culpabilidad a algo real y actual» (2 *c*).

No escapó a Freud la paradoja que representa el hablar de *sentimiento de culpabilidad inconsciente*. En este sentido, admitió que podía parecer más adecuado el término de necesidad de castigo* (3). Pero se observará que este último término, tomado en su sentido más radical, designa una fuerza que tiende a la aniquilación del sujeto, y puede no ser reductible a una tensión intersistémica, mientras que el sentimiento de culpabilidad, sea consciente o inconsciente, se reduce siempre a una misma relación tópica: la del yo con el superyó, la cual a su vez es un residuo del complejo de Edipo: «Podemos adelantar la hipótesis de que gran parte del sentimiento de culpabilidad debe ser normalmente inconsciente, porque la aparición de la conciencia moral se halla íntimamente ligada al complejo de Edipo, que forma parte del inconsciente» (2 *d*).

SENTIMIENTO DE INFERIORIDAD

= *Al.*: Minderwertigkeitsgefühl. — *Fr.*: sentiment d'infériorité. — *Ing.*: sense *o* feeling of inferiority. — *It.*: senso d'inferiorità. — *Por.*: sentimento de inferioridade.

Para Adler, sentimiento basado en una inferioridad orgánica efectiva. En el complejo de inferioridad, el individuo intenta compensar, con mayor o menor éxito, su deficiencia. Adler atribuye a este mecanismo una significación etiológica muy general, válida para el conjunto de las afecciones.

Según Freud, el sentimiento de inferioridad no guarda una relación electiva con una inferioridad orgánica. No constituye un factor etiológico último, sino que debe comprenderse e interpretarse como un síntoma.

El término «sentimiento de inferioridad» posee, en la literatura psicoanalítica, una resonancia adleriana. La teoría de Adler intenta explicar las neurosis, las enfermedades mentales y, de un modo más general, la formación de la personalidad, por reacciones frente a las inferioridades orgánicas, por pequeñas que sean, anatómicas o funcionales, aparecidas en la infancia: «Los defectos constitucionales y otros estados análogos de la infancia originan un sentimiento de inferioridad que exige una compensación en el sentido de una exaltación del sentimiento de personalidad. El sujeto se forja un fin final, puramente ficticio, caracterizado por la voluntad de poder y que [...] atrae en su camino todas las fuerzas psíquicas» (1).

Repetidas veces Freud mostró el carácter parcial, insuficiente y pobre de estas concepciones: «Tanto si un hombre es homosexual como un necrofílico, un histérico que sufre de angustia como un obsesivo encerrado en su neurosis, o un loco furioso, el partidario de la psicología individual de inspiración adleriana siempre pretenderá que el motivo de su estado es que intenta hacerse valer, sobrecompensar su inferioridad [...]» (2 *a*).

Si esta teoría de las neurosis no es admisible desde el punto de vista de la etiología, ello no significa que el psicoanálisis rechace la importancia ni la frecuencia del sentimiento de inferioridad, ni tampoco su función en la concatenación de las motivaciones psicológicas. En cuanto a su origen, Freud, si bien no trató el problema en forma sistemática, dio algunas indicaciones: el sentimiento de inferioridad respondería a dos daños, reales o fantaseados, que el niño puede sufrir: pérdida de amor y castración: «Un niño se siente inferior si nota que no es amado, y lo mismo ocurre en el adulto. El único órgano que se considera realmente como inferior es el pene atrofiado, el clítoris de la niña» (2 *b*).

Estructuralmente, el sentimiento de inferioridad traduciría la tensión existente entre el yo y el superyó que lo condena. Tal explicación subraya el parentesco existente entre el sentimiento de inferioridad y el sentimiento de culpabilidad, pero dificulta su delimitación respectiva. Después de Freud, varios autores han intentado esta delimitación. D. Lagache hace depender más especialmente el sentimiento de culpabilidad del «sistema Superyó-Ideal del yo», y el sentimiento de inferioridad del Yo Ideal* (3).

Desde el punto de vista clínico, se ha subrayado con frecuencia la importancia de los sentimientos de culpabilidad y de inferioridad en las diferentes formas de depresión. F. Pasche ha intentado especificar una forma, según él particularmente frecuente en nuestros tiempos, de «depresión de inferioridad» (4).

SEÑAL DE ANGUSTIA

= *Al.*: Angstsignal. — *Fr.*: signal d'angoisse. — *Ing.*: signal of anxiety *o* anxiety as signal. — *It.*: segnale d'angoscia. — *Por.*: sinal de angústia.

Término introducido por Freud en la reestructuración de su teoría de la angustia (1926) para designar un dispositivo puesto en acción por el yo, ante una situación de peligro, con vistas a evitar el ser desbordado por el aflujo de excitaciones. La señal de angustia reproduce en forma atenuada la reacción de angustia vivida primitivamente en una situación traumática, lo que permite poner en marcha operaciones defensivas.

Este concepto fue introducido en *Inhibición, síntoma y angustia* (*Hemmung, Symptom und Angst*, 1926) y constituye la idea principal de lo que generalmente se denomina la segunda teoría de la angustia. No intentaremos exponer aquí esta reestructuración ni discutir su alcance y su función en la evolución de las ideas freudianas. Sin embargo, el término *Angstsignal*, creado por Freud, reclama, aunque sólo sea por su concisión, algunas observaciones.

1.ª Condensa lo esencial de la aportación de la nueva teoría. En la explicación económica dada al principio por Freud acerca de la angustia, ésta se considera como un *resultado:* es la manifestación subjetiva del hecho de que una determinada cantidad de energía no es controlada. El término «señal de angustia» pone en evidencia una nueva función de la angustia que la convierte en un motivo de defensa del yo.

2.ª El desencadenamiento de la señal de angustia no se halla necesariamente subordinado a factores económicos; en efecto, la señal de angustia puede funcionar como «símbolo mnémico» o «símbolo afectivo» (1) de una situación que todavía no está presente y que se trata de evitar.

3.ª La promoción de la idea de señal de angustia no excluye, sin embargo, toda explicación económica. Por una parte, el afecto, reproducido en forma de señal, debió ser experimentado pasivamente en el pasado en forma de angustia llamada automática*, al encontrarse desbordado el sujeto por el aflujo de excitaciones. Por otra parte, el desencadenamiento de la señal supone la movilización de cierta cantidad de energía.

4.ª Observemos, finalmente, que la señal de angustia la relaciona Freud con el yo. Esta función recién descubierta de la angustia es asimilable a lo que Freud describió constantemente dentro del proceso secundario, al mostrar cómo los afectos displacenteros repetidos en forma atenuada son capaces de movilizar la censura.

SERIE COMPLEMENTARIA

= *Al.:* Ergänzungsreihe. — *Fr.:* série complémentaire. — *Ing.:* complemental series. — *It.:* serie complementare. — *Por.:* série complementar.

Término utilizado por Freud para explicar la etiología de la neurosis y superar la alternativa que obligaría a elegir entre factores exógenos o endógenos: estos factores son, en realidad, complementarios, pudiendo cada uno de ellos ser tanto más débil cuanto más fuerte es el otro, de tal forma que el conjunto de los casos puede ser ordenado dentro de una escala en la que los dos tipos de factores varían en sentido inverso; sólo en los dos extremos de la serie se encontraría un solo factor.

La idea de la serie complementaria se afirma con máxima claridad en las *Lecciones de introducción al psicoanálisis* (*Vorlesungen zur Einführung in die Psychoanalyse*, 1916-1917). Al principio ello sucede en relación con el problema del desencadenamiento de la neurosis (1 *a*): desde el punto de vista etiológico, no se trata de elegir entre el factor endógeno, representado por la fijación, y el factor exógeno, representado por la frustración; ambos varían entre sí en razón inversa: para que se desencadene la neurosis, puede ser suficiente un trauma mínimo en el caso de que la fijación sea intensa, y *viceversa*.

Por otra parte, la fijación puede a su vez dividirse en dos factores complementarios: constitución hereditaria y experiencias infantiles (1 *b*). El concepto de serie complementaria permitiría situar cada caso dentro de una serie, según la parte relativa que corresponda a la constitución, a la fijación infantil y a los traumatismos ulteriores.

Freud utiliza principalmente el concepto de serie complementaria para explicar la etiología de la neurosis; pero también puede aplicarse a otros sectores, en que interviene igualmente una multiplicidad de factores que varían en razón inversa entre sí.

SEXUALIDAD

= *Al.:* Sexualität. — *Fr.:* sexualité. — *Ing.:* sexuality. — *It.:* sessualità. — *Por.:* sexualidade.

En la experiencia y en la teoría psicoanalíticas, la palabra *sexualidad* no designa solamente las actividades y el placer dependientes del funcionamiento del aparato genital, sino toda una serie de excitaciones y de actividades, existentes desde la infancia, que producen un placer que no puede reducirse a la satisfacción de una necesidad fisiológica fundamental (respiración, hambre, función excretora, etc.) y que se encuentran también a título de componentes en la forma llamada normal del amor sexual.

Como es sabido, el psicoanálisis atribuye una gran importancia a la sexualidad en el desarrollo y la vida psíquica del ser humano. Pero esta tesis sólo se comprende si se tiene presente la transformación aportada al mismo tiempo al concepto de sexualidad. No pretendemos establecer aquí cuál es la función de la sexualidad en la aprehensión psicoanalítica del hombre, sino únicamente precisar, en cuanto a su extensión y a su comprensión, el empleo que efectúan los psicoanalistas del concepto de sexualidad.

Si se parte del punto de vista corriente que define la sexualidad como un *instinto**, es decir, como un comportamiento preformado, característico de la especie, con un objeto* (compañero del sexo opuesto) y un fin* (unión de los órganos genitales en el coito) relativamente fijos, se aprecia que sólo muy imperfectamente explica los hechos aportados tanto por la observación directa como por el análisis.

A) En *extensión*. 1.º La existencia y la frecuencia de las perversiones sexuales, cuyo inventario emprendieron algunos psicopatólogos de finales del siglo XIX (Kraft Ebbing, Havelock Ellis), muestran que existen grandes variaciones en cuanto a la elección del objeto sexual y en cuanto al modo de actividad utilizado para lograr la satisfacción.

2.º Freud establece la existencia de numerosos grados de transición entre la sexualidad perversa y la sexualidad llamada normal: aparición de perversiones temporales cuando resulta imposible la satisfacción habitual, presencia, en forma de actividades que preparan y acompañan

el coito (placer preliminar), de comportamientos que se encuentran en las perversiones, ya sea en sustitución del coito, ya sea como condición indispensable de la satisfacción.

3.º El psicoanálisis de las neurosis muestra que los síntomas constituyen realizaciones de deseos sexuales que se efectúan en forma desplazada, modificadas por compromiso con la defensa, etc. Por otra parte, detrás de un determinado síntoma se encuentran a menudo deseos sexuales perversos.

4.º Pero, sobre todo, lo que ha ampliado el campo de lo que los psicoanalistas llaman sexual, es la existencia de una sexualidad infantil, que Freud ve actuar desde el comienzo de la vida. Al hablar de sexualidad infantil se pretende reconocer, no sólo la existencia de excitaciones o de necesidades genitales precoces, sino también de actividades pertenecientes a las actividades perversas del adulto, en la medida en que hacen intervenir zonas corporales (zonas erógenas*) que no son sólo genitales, y también por el hecho de que buscan el placer (por ejemplo, succión del pulgar) independientemente del ejercicio de una función biológica (como la nutrición). En este sentido los psicoanalistas hablan de sexualidad oral, anal, etc.

B) En *comprensión.* Esta ampliación del campo de la sexualidad condujo inevitablemente a Freud a intentar determinar los criterios de lo que sería específicamente sexual en estas diversas actividades. Una vez señalado que lo sexual no puede reducirse a lo genital* (de igual forma como el psiquismo no es reductible a lo consciente), ¿qué es lo que permite al psicoanálisis atribuir un carácter sexual a procesos en los que falta lo genital? El problema se plantea fundamentalmente para la sexualidad infantil, ya que, en el caso de las perversiones del adulto, la excitación genital se halla generalmente presente.

Este problema fue directamente abordado por Freud, en especial en los capítulos XX y XXI de las *Lecciones de introducción al psicoanálisis* (*Vorlesungen zur Einführung in die Psychoanalyse,* 1915-1917), en los que se plantea a sí mismo la objeción siguiente: «¿Por qué os obstináis en denominar ya sexualidad estas manifestaciones infantiles que vosotros mismos consideráis como indefinibles y a partir de las cuales se constituirá más tarde lo sexual? ¿Por qué no decís, contentándoos con la simple descripción fisiológica, que se observan ya en el lactante actividades que, como el chupeteo y la retención de los excrementos, nos muestran que el niño busca el *placer de órgano** [*Organlust*]?» (1 *a*).

Aunque no pretende dar una respuesta total y definitiva a estas preguntas, Freud anticipa el argumento clínico según el cual el análisis de los síntomas en el adulto nos conduce a estas actividades infantiles generadoras de placer, y ello por intermedio de un material indiscutiblemente sexual (1 *b*). Postular que las propias actividades infantiles son sexuales supone avanzar un paso más: para Freud, lo que se encuentra al final de un desarrollo que podemos reconstruir paso a paso debe encontrarse, por lo menos en germen, desde el principio. No obstante, reconoce finalmente que «[...] no disponemos todavía de un signo universalmente reconocido y que permita afirmar con certeza la naturaleza sexual de un proceso» (1 *c*).

Con frecuencia Freud manifiesta que tal criterio se debería encontrar en el campo de la bioquímica. En psicoanálisis, todo lo que puede decirse es que existe una energía sexual o libido, de la cual la clínica no nos da la definición, pero nos muestra su evolución y sus transformaciones.

Como puede verse, la reflexión freudiana parece apoyarse en una doble aporía, que por una parte se refiere a la esencia de la sexualidad (acerca de la cual la última palabra se deja a una hipotética definición bioquímica) y, por otra, a su génesis, contentándose Freud con postular que la sexualidad existe virtualmente desde un principio.

Esta dificultad es más manifiesta tratándose de la sexualidad infantil; pero también en ésta pueden encontrarse indicaciones en cuanto a su solución.

1.ª Ya a nivel de la descripción casi fisiológica del comportamiento sexual infantil, Freud mostró que la pulsión sexual se separa a partir del funcionamiento de los grandes aparatos que aseguran la conservación del organismo. En un primer tiempo, sólo se le puede apreciar como un suplemento de placer aportado marginalmente en la realización de la función (placer logrado con la succión, aparte de la satisfacción del hambre). Sólo en un segundo tiempo este placer marginal será buscado por sí mismo, aparte de toda necesidad de alimentación, independientemente de todo placer funcional, sin objeto exterior y de forma puramente local a nivel de una zona erógena.

Apoyo*, zona erógena* y autoerotismo* constituyen para Freud las tres características, íntimamente ligadas entre sí, que definen la sexualidad infantil (2). Como puede verse, cuando Freud intenta determinar el momento de aparición de la pulsión sexual, ésta adquiere el aspecto de una perversión del instinto, en la que se han perdido el objeto específico y la finalidad orgánicas.

2.ª Dentro de una perspectiva temporal bastante distinta, Freud insistió repetidas veces en la noción de posterioridad: experiencias precoces relativamente indeterminadas adquieren, en virtud de nuevas experiencias, una significación que no poseían originalmente. ¿Podría decirse, en último extremo, que las experiencias infantiles, como, por ejemplo, la de la succión, son al principio no-sexuales y que su carácter sexual les es atribuido secundariamente, una vez ha aparecido la actividad genital? Tal conclusión parece invalidar, en la medida en que subraya la importancia de lo que hay de retroactivo en la constitución de la sexualidad, lo que decíamos más arriba acerca de la emergencia de ésta y *a fortiori* la perspectiva genética según la cual lo sexual se encuentra ya implícitamente presente desde el origen del desarrollo psicobiológico.

En esto estriba precisamente una de las grandes dificultades de la teoría freudiana de la sexualidad; ésta, en la medida en que no constituye un dispositivo ya estructurado previamente, sino que se va estableciendo a lo largo de la historia individual cambiando de aparatos y de

fines, no puede comprenderse en el plano de la mera génesis biológica, pero, inversamente, los hechos indican que la sexualidad infantil no representa una ilusión retroactiva.

3.ª A nuestro modo de ver, una solución a esta dificultad podría buscarse en el concepto de fantasías originarias*, que en cierto sentido viene a equilibrar el de posterioridad. Ya es sabido que Freud, bajo el nombre de fantasías originarias, designa, apelando a la «explicación filogenética», ciertas fantasías (escena originaria, castración, seducción) que pueden encontrarse en todo individuo y que informan la sexualidad humana. Ésta no se explicaría por la simple maduración endógena de la pulsión: se constituiría en el seno de estructuras intersubjetivas que preexisten a su emergencia en el individuo.

La fantasía de la «escena originaria» puede relacionarse electivamente, por su contenido, por las significaciones corporales que encierra, con una determinada fase libidinal (anal-sádica), pero en su misma estructura (representación y solución del enigma de la concepción), no se explica, según Freud, por la simple reunión de indicios proporcionados por la observación; constituye una variante de un «esquema» que está *ya allí* para el sujeto. En otro nivel estructural, otro tanto podría decirse del complejo de Edipo, que se define como algo que preside la relación triangular del niño con sus padres. A este respecto resulta significativo que los psicoanalistas que más se han dedicado a describir el juego de las fantasías inmanentes a la sexualidad infantil (escuela kleiniana) hayan visto intervenir muy precozmente en él la estructura edípica.

4.ª La reserva de Freud respecto a una concepción puramente genética y endógena de la sexualidad se pone de manifiesto también en el papel que sigue atribuyendo a la seducción, una vez reconocida la existencia de una sexualidad infantil (*véase el desarrollo de esta idea en el comentario del artículo:* Seducción).

5.ª La sexualidad infantil, ligada, por lo menos en sus orígenes, a las necesidades tradicionalmente designadas como instintos, y a la vez independiente de ellas; endógena, por cuanto sigue una línea de desarrollo y pasa por diferentes etapas, y a la vez exógena, ya que irrumpe en el sujeto desde el mundo adulto (debiendo el sujeto situarse desde el comienzo en el universo fantasmático de los padres y recibiendo de éstos, en forma más o menos velada, incitaciones sexuales), la sexualidad infantil resulta difícil de captar también por el hecho de que no es susceptible de una explicación reductora que haga de ella un funcionamiento fisiológico, ni de una interpretación «elevada», según la cual lo que Freud describió con el nombre de sexualidad infantil serían los avatares de la relación de amor. Allí donde Freud la encuentra, en psicoanálisis, es siempre en forma de deseo*: éste, a diferencia del amor, depende siempre estrechamente de un soporte corporal determinado y, a diferencia de la necesidad, hace depender la satisfacción de condiciones fantaseadas que determinan estrictamente la elección del objeto y el ordenamiento de la actividad.

SIMBÓLICO (s.)

= *Al.:* Symbolische. — *Fr.:* symbolique. — *Ing.:* symbolic. — *It.:* simbolico. — *Por.:* simbólico.

Término introducido (en su forma de substantivo) por J. Lacan, que distingue, en el campo psicoanalítico, tres registros esenciales: lo simbólico, lo imaginario y lo real. Lo simbólico designa el orden de fenómenos de que se ocupa el psicoanálisis en cuanto están estructurados como un lenguaje. Este término alude también a la idea de que la eficacia de la cura se explica por el carácter fundamentador de la palabra.

La palabra *simbólica,* utilizada como substantivo, se encuentra en Freud: así, por ejemplo, en *La interpretación de los sueños* (*Die Traumdeutung,* 1900), habla de *la simbólica (die Symbolik),* entendiendo por tal el conjunto de símbolos dotados de significación constante que pueden encontrarse en diversas producciones del inconsciente.

Entre *la* simbólica freudiana y *lo* simbólico de Lacan existe una diferencia manifiesta: Freud pone el acento en la relación (por complejas que puedan ser las conexiones) que une el símbolo con lo que representa, mientras que para Lacan lo primario es la estructura del sistema simbólico; la ligazón con lo simbolizado (por ejemplo, el factor de similitud, el isomorfismo) es secundaria y está impregnada de lo imaginario*.

Con todo, es posible hallar en la simbólica freudiana una exigencia que permitiría conectar ambas concepciones: Freud extrae de la particularidad de las imágenes y de los síntomas una especie de «lengua fundamental», universal, aun cuando concentra su atención más sobre lo que ella dice que sobre su disposición.

2. La idea de un orden simbólico que estructura la realidad interhumana ha sido establecida en las ciencias sociales, especialmente por Claude Lévi-Strauss basándose en el modelo de la lingüística estructural surgida de las enseñanzas de F. de Saussure. La tesis del *Curso de lingüística general* (1955) es que el significante lingüístico, tomado aisladamente, no tiene un nexo interno con el significado; sólo remite a una significación por el hecho de estar integrado en un sistema significante caracterizado por oposiciones diferenciales (α).

Lévi-Strauss extiende y transpone las concepciones estructuralistas al estudio de los hechos culturales, en los que no solamente interviene la transmisión de signos, y define las estructuras designadas con el término «sistema simbólico»: «Toda cultura puede considerarse como un conjunto de sistemas simbólicos, de entre los cuales figuran en primer plano el lenguaje, las reglas matrimoniales, las relaciones económicas, el arte, la ciencia, la religión» (2).

3. La utilización por Lacan, en psicoanálisis, de la noción de simbólico responde, a nuestro modo de ver, a dos intenciones:

a) relacionar la estructura del inconsciente con la del lenguaje y aplicarle el método que se ha mostrado fecundo en lingüística;

b) mostrar cómo el sujeto humano se inserta en un orden preestablecido, que también es de naturaleza simbólica, en el sentido de Lévi-Strauss.

Pretender encerrar el sentido del término «simbólico» dentro de límites estrictos (es decir, definirlo) equivaldría a ir contra las mismas ideas de Lacan, que rehúsa asignar a un significante una ligazón fija con un significado. Nos limitaremos, pues, a hacer notar que el término es utilizado por Lacan en dos direcciones distintas y complementarias:

a) Para designar una *estructura* cuyos elementos discretos funcionan como significantes (modelo lingüístico) o, de un modo más general, el registro al que pertenecen tales estructuras (el orden simbólico).

b) Para designar la *ley* que fundamenta este orden: así, Lacan, con el término *padre simbólico* o *Nombre-del-padre* designa una instancia que no es reductible a las vicisitudes del padre real o imaginario y que promulga la ley.

(α) Nótese, desde el punto de vista terminológico, que para Saussure el término «símbolo», en la medida que implica una relación «natural» o «racional» con «simbolizado», no se admite como sinónimo de signo lingüístico (3).

SIMBOLISMO

= *Al.*: Symbolik. — *Fr.*: symbolisme. — *Ing.*: symbolism. — *It.*: simbolismo. — *Por.*: simbolismo.

A) En sentido amplio, modo de representación indirecta y figurada de una idea, de un conflicto, de un deseo inconscientes; en este sentido, puede considerarse en psicoanálisis como simbólica toda formación substitutiva*.

B) En sentido estricto, modo de representación caracterizado principalmente por la constancia de la relación entre el símbolo y lo simbolizado inconsciente, comprobándose dicha constancia no solamente en el mismo individuo y de un individuo a otro, sino también en los más diversos terrenos (mito, religión, folklore, lenguaje, etc.) y en las áreas culturales más alejadas entre sí.

La noción de simbolismo se halla actualmente en relación tan estrecha con el psicoanálisis, las palabras *simbólico, simbolizar* y *simbolización* se utilizan con tanta frecuencia y en sentidos tan diversos, y finalmente, los problemas concernientes al pensamiento simbólico, a la creación y manejo de los símbolos dependen de tantas disciplinas (psicología, lingüística, epistemología, historia de las religiones, etnología, etcétera), que resulta particularmente difícil intentar delimitar un empleo propiamente psicoanalítico de estos términos y distinguir en ellos las diversas acepciones. Las observaciones siguientes constituyen simples indicaciones destinadas a orientar al lector en la literatura psicoanalítica.

I. Se ha convenido en incluir los símbolos dentro de la categoría de los *signos*. Pero, al intentar definirlos como «evocadores, por una relación natural, de algo ausente o imposible de percibir» (1), se tropieza ya con diversas objeciones:

1.ª Cuando se habla de *símbolos matemáticos* o de *símbolos lingüísticos* (α), queda excluida toda referencia a una «relación natural», a una

correspondencia analógica de cualquier clase. Es más, lo que la psicología designa como *conductas simbólicas* son conductas que atestiguan la aptitud del sujeto para diferenciar, dentro de lo percibido, un orden de realidad irreductible a las «cosas» y que permite un manejo generalizado de éstas.

El uso terminológico demuestra, pues, la existencia de amplias variaciones en el empleo de la palabra *símbolo*. Éste no implica necesariamente la idea de una relación interna entre el símbolo y lo simbolizado (β), como lo muestra el empleo hecho por C. Lévi-Strauss, en antropología, y por J. Lacan, en psicoanálisis, del término «simbólico»*.

2.ª Decir que el símbolo evoca «algo imposible de percibir» (así, por ejemplo, el cetro es el símbolo de la realeza) no debe implicar, sin embargo, la idea de que, por medio del símbolo, se pasaría de lo abstracto a lo concreto. En efecto, lo simbolizado puede ser tan concreto como el símbolo (por ejemplo, el sol, símbolo de Luis XIV).

II. Al distinguir en el término «simbolismo» un sentido amplio y un sentido estricto, no hacemos más que repetir una distinción ya indicada por Freud y en la que se apoya Jones en su teoría del simbolismo. Sin embargo, esta distinción parece haberse disipado algo en el empleo usual del término en psicoanálisis.

Es en el sentido amplio de la palabra que se dice, por ejemplo, que el sueño o el síntoma son la expresión *simbólica* del deseo o del conflicto defensivo, entendiendo por tal que los expresan de un modo indirecto, figurado y más o menos difícil de descifrar (el sueño infantil se considera menos simbólico que el sueño de adulto, en la medida en que, en el primero, el deseo se expresa en una forma poco o nada disfrazada y, por consiguiente, fácil de leer).

De un modo más general, se utiliza la palabra *simbólico* para designar la relación que une el contenido manifiesto de un comportamiento, de una idea, de una palabra, a su sentido latente; dicho término se utilizará *a fortiori* en aquellos casos en que falta por completo el sentido manifiesto (como en el caso de un acto sintomático, francamente irreductible a todas las motivaciones conscientes que el sujeto pueda dar del mismo). Varios autores (Rank y Sachs, Ferenczi, Jones) sostienen que en psicoanálisis sólo se puede hablar de simbolismo en aquellos casos en que lo simbolizado es inconsciente: «No todas las comparaciones constituyen símbolos, sino solamente aquellas en las que el primer miembro se halla reprimido en el inconsciente» (2).

Obsérvese que, desde este punto de vista, el simbolismo encierra todas las formas de representación indirecta, sin discriminar de un modo más preciso entre los diversos mecanismos: desplazamiento*, condensación*, sobredeterminación*, representabilidad*. En efecto, desde el momento en que por ejemplo, se le reconocen a un comportamiento por lo menos dos significaciones, una de las cuales substituye a la otra disfrazándola y expresándola a la vez, su relación puede calificarse de simbólica (γ).

III. Con todo, encontramos en Freud (sin duda más que en los analistas contemporáneos) un sentido más restrictivo de la noción de simbolismo. Este sentido se descubrió en época bastante tardía. El propio Freud lo atestigua, invocando especialmente la influencia de W. Stekel (3).

El hecho es que, entre las adiciones efectuadas por Freud al texto original de *La interpretación de los sueños* (*Die Traumdeutung*, 1900), las más importantes son las referentes al simbolismo en los sueños. En el capítulo de la elaboración onírica, la parte dedicada a la representación por medio de símbolos data de 1914.

No obstante, una investigación atenta permite matizar el propio testimonio de Freud: la noción de simbolismo no constituye un aporte exterior.

Así, ya en los *Estudios sobre la histeria* (*Studien über Hysterie*, 1895), Freud distingue, en varios pasajes, un determinismo *asociativo* y un determinismo *simbólico* de los síntomas: así, por ejemplo, la parálisis de Elisabeth von R... (4) se halla determinada según vías asociativas por su ligazón con diversos acontecimientos traumatizantes y, por otra parte, simboliza ciertos rasgos de la situación moral de la paciente (quedando asegurada la conexión por ciertas expresiones susceptibles de ser utilizadas a la vez en un sentido moral y físico, como por ejemplo: esto no marcha, no lo puedo tragar, etc.).

Desde la primera edición (1900) de *La interpretación de los sueños*, se observa:

1) que Freud, si bien critica los antiguos métodos de interpretación de los sueños, que califica de simbólicos, establece una filiación entre ellos y su propio método;

2) que concede un lugar importante a las representaciones figuradas que son comprensibles sin que el sujeto que sueña proporcione asociaciones; subraya la función mediadora que desempeñan, en estos casos, las expresiones lingüísticas usuales (5 *a*);

3) que la existencia de «sueños típicos», en los que un determinado deseo o conflicto se expresa de forma similar, cualquiera que sea el sujeto que sueña, muestra que en el lenguaje de los sueños existen elementos independientes del discurso personal del sujeto.

Puede decirse, por lo tanto, que Freud reconoció desde un principio la existencia de los símbolos. Citemos, por ejemplo, estas líneas: «Los sueños utilizan todos los símbolos ya presentes en el pensamiento inconsciente, porque éstos se adaptan mejor a las exigencias de la construcción onírica, dada su aptitud a ser representados, y también porque, en general, escapan a la censura» (5 *b*). Dicho esto, es cierto que concedió una importancia progresiva a los símbolos, obligado especialmente por la publicación de numerosas variedades de sueños típicos (8), así como por los trabajos antropológicos que mostraban la presencia del simbolismo en esferas distintas a la del sueño (Rank). Añadiremos que la teoría freudiana, en la medida en que, frente a las concepciones «científicas», enlazaba con las ideas «populares» que atribuyen un sentido al sueño, debía ante todo distinguirse netamente de las claves de los sueños que admiten una simbólica universal y ofrecen el peligro de conducir a una interpretación casi automática.

Esquemáticamente, reagrupando los puntos indicados por Freud (6, 5 *c*, 7 *a*), podrían definirse los símbolos, que caracterizan en sentido estricto lo que Freud llama la simbólica *(die Symbolik)*, por los siguientes rasgos:

1) Aparecen, en la interpretación de los sueños, como «elementos mudos» (7 *b*): el sujeto es incapaz de proporcionar asociaciones a propósito de ellos. Se trata, según Freud, de una cualidad que no se explica por la resistencia al tratamiento, sino que es específica del modo de expresión simbólico.

2) La esencia del simbolismo consiste en una «relación constante» entre un elemento manifiesto y su o sus traducciones. Esta constancia se encuentra, no solamente en los sueños, sino en muy diversos campos de la expresión (síntomas y otras producciones del inconsciente: mitos, folklore, religión, etc.) y en áreas culturales alejadas entre sí. Escapa relativamente, a modo de un vocabulario fijo, a la iniciativa individual; ésta puede elegir entre los diversos sentidos de un símbolo, pero no crear otros nuevos.

3) Esta relación constante se basa esencialmente en la analogía (de forma, de tamaño, de función, de ritmo, etc.). Con todo, Freud indica que ciertos símbolos guardan una relación de alusión: así, por ejemplo, la desnudez puede simbolizarse por los vestidos, siendo en este caso la relación de contigüidad y de contraste (7 *c*). Por otra parte, se observará que en numerosos símbolos se condensan múltiples relaciones entre lo simbolizado y el símbolo: tal sucede, por ejemplo, con Polichinela, que, según ha mostrado Jones, representa el falo bajo las más diversas circunstancias (8 *a*).

4) Si bien los símbolos descubiertos por el psicoanálisis son muy numerosos, el ámbito de los simbolizado es muy limitado: el cuerpo, los padres y consanguíneos, el nacimiento, la muerte, la desnudez y, sobre todo, la sexualidad (órganos sexuales, acto sexual).

5) Freud, con la extensión de la teoría del simbolismo, se vio inducido a reservar a éste un lugar aparte, tanto en la teoría de los sueños y de las producciones del inconsciente como en la práctica de la interpretación. «Incluso aunque no existiera la censura onírica, no por ello el sueño nos resultaría más inteligible [...]» (7 *d*). El sentido de los símbolos escapa a la conciencia, pero este carácter inconsciente no puede explicarse por los mecanismos del trabajo del sueño. Freud indica que las «comparaciones [inconscientes, subyacentes al simbolismo] no se efectúan cada vez para las necesidades del momento, sino que se efectúan de una vez para siempre y se hallan constantemente dispuestas» (7 *e*). Se tiene, pues, la impresión de que los individuos, independientemente de la diversidad de culturas y de lenguajes, disponen, utilizando un término tomado del presidente Schreber, de una «lengua fundamental» (7 *f*). De ello resulta que existirían dos tipos de interpretación del

sueño, una basada en las asociaciones del sujeto, otra que es independiente de éstas y que es la interpretación de los símbolos (5 *d*).

6) La existencia de un modo de expresión simbólico, tal como ha sido definido, plantea problemas genéticos: ¿Cómo han sido forjados los símbolos por la humanidad? ¿Cómo se los apropia el individuo? Observemos que estos problemas son los que condujeron a Jung a su teoría del «inconsciente colectivo» (8 *b*). Freud no se definió en absoluto sobre estas cuestiones, aunque emitió la hipótesis de una herencia filogenética (9), hipótesis que, a nuestro modo de ver, resulta ventajosamente interpretada a la luz de la noción de *fantasías originarias (véase esta palabra)*.

(α) Obsérvese que F. de Saussure critica el empleo de la expresión «símbolo lingüístico» (10).

(β) Se conoce el sentido etimológico de símbolo: el σύμβολον era, en los griegos, un signo de reconocimiento (por ejemplo, entre miembros de una misma secta) formado por las dos mitades de un objeto roto que confrontaban. Así, en su origen, puede verse la idea de que es el nexo lo que da sentido a la palabra.

(γ) Dentro de esta acepción se sitúa la expresión *símbolo mnémico**.

(δ) La sección dedicada a «los sueños típicos» aumenta progresivamente entre 1900 y 1911; gran parte del material que contiene será trasladado en 1914 a la sección sobre «la representación por los símbolos» que aparece en esta fecha (11).

SÍMBOLO MNÉMICO

= *Al.*: Erinnerungssymbol. — *Fr.*: symbole mnésique. — *Ing.*: mnemci symbol. — *It.*: simbolo mnestico. — *Por.*: símbolo mnêmico.

Término frecuentemente utilizado en los primeros escritos de Freud para calificar el síntoma histérico.

En varios textos de alrededor de 1895 (*Las psiconeurosis de defensa* [*Die Abwehr-Neuropsychosen*, 1894]; *Nuevas observaciones sobre las psiconeurosis de defensa* [*Weitere Bemerkungen über die Abwehr-Neuropsychosen*, 1896]; *Estudios sobre la histeria* [*Studien über Hysterie*, 1895]; etc), Freud define el síntoma histérico como símbolo mnémico del trauma patógeno o del conflicto. Así, por ejemplo: «De este modo el yo logra liberarse de la contradicción; pero se ha cargado con un símbolo mnémico que ocupa un lugar en la conciencia, como una especie de parásito, ya en forma de una inervación motriz irreductible, ya de una sensación alucinatoria constantemente recurrente» (1). En otro lugar Freud compara el síntoma histérico a los monumentos construidos en conmemoración de un acontecimiento; así, los síntomas de Ana O. son los «símbolos mnémicos» de la enfermedad y muerte de su padre (2).

SISTEMA

= *Al.*: System. — *Fr.*: système. — *Ing.*: system. — *It.*: sistema. — *Por.*: sistema.

Véase: **Instancia.**

SOBRECATEXIS

= *Al.*: Überbesetzung. — *Fr.*: surinvestissement. — *Ing.*: hypercathexis. — *It.*: superinvestimento. — *Por.*: sobrecarga *o* superinvestimento.

Aporte de una catexis suplementaria a una representación, una percepción, etc., ya catectizadas. Este término se aplica sobre todo al proceso de la atención, dentro de la teoría freudiana de la conciencia.

El término *económico* «sobrecatexis» no prejuzga el objeto ni la fuente de la catexis* suplementaria de que se trata. Así, por ejemplo, puede decirse que una representación inconsciente es sobrecatectizada en el caso de un nuevo aporte de energía pulsional; Freud habla también de sobrecatexis en el caso de la retirada narcisista de la libido en el yo, en la esquizofrenia.

Pero el término fue introducido, y así se emplea la mayoría de las veces, para dar un substrato económico a lo que Freud describió como «una función psíquica particular» (1), la atención, de la que ofrece una teoría muy elaborada, sobre todo en el *Proyecto de psicología científica* (*Entwurf einer Psychologie*, 1895). En este texto enuncia así la «regla biológica» a la que obedece el yo en el proceso de la atención: «Cuando aparece un indicio de realidad, la catexis de una percepción que se halla simultáneamente presente debe ser sobrecatectizada» (2) (*véase:* Conciencia).

Dentro de una perspectiva bastante similar a la anterior, Freud designará como sobrecatexis la preparación para el peligro que permite evitar o limitar el traumatismo: «Para el resultado de gran número de traumas, el factor decisivo sería la diferencia entre sistemas no preparados y sistemas preparados por sobrecatexis» (3).

SOBREDETERMINACIÓN (O DETERMINACIÓN MÚLTIPLE)

= *Al.*: Überdeterminierung (*o* mehrfache Determinierung). — *Fr.*: surdétermination (*o* détermination multiple). — *Ing.*: overdetermination. — *It.*: sovradeterminazione. — *Por.*: superdeterminação (*o* determinação múltipla).

Hecho consistente en que una formación del inconsciente (síntoma, sueño, etc.) remite a una pluralidad de factores determinantes. Esto puede entenderse en dos sentidos bastante distintos:

a) la formación considerada es la resultante de varias causas, mientras que una sola causa no basta para explicarla;

b) la formación remite a elementos inconscientes múltiples, que pueden organizarse en secuencias significativas diferentes, cada una de las cuales, a un cierto nivel de interpretación, posee su propia coherencia. Este segundo sentido es el más generalmente admitido.

Por muy distintas que sean estas dos acepciones, no dejan de presentar algunos puntos de conexión.

En los *Estudios sobre la histeria* (*Studien über Hysterie*, 1895) coexisten ambas acepciones. Unas veces (1 *a*), el síntoma histérico se califica de sobredeterminado en la medida en que resulta a la vez de una predis-

posición constitucional y de una pluralidad de acontecimientos traumáticos: uno solo de estos factores no basta para producir o mantener el síntoma, por lo cual el método catártico, sin modificar la constitución histérica, logra eliminar el síntoma gracias a la rememoración y a la abreacción del trauma. Otro pasaje de Freud en la misma obra se relaciona más bien con la segunda acepción: las cadenas de asociaciones que enlazan el síntoma con el «núcleo patógeno» constituyen «un sistema de líneas ramificadas y, sobre todo, convergentes» (1 *b*).

El estudio del sueño ilustra con la mayor claridad el fenómeno de la sobredeterminación. En efecto, el análisis muestra que «[...] cada uno de los elementos del contenido manifiesto del sueño está *sobredeterminado*, se halla representado varias veces en los pensamientos latentes del sueño» (2 *a*). La sobredeterminación es el efecto del trabajo de condensación*. No sólo se manifiesta a nivel de los elementos aislados del sueño; el sueño en conjunto puede hallarse sobredeterminado: «[...] los efectos de la condensación pueden ser extraordinarios. Hace posible reunir en un sueño manifiesto dos series de ideas latentes totalmente diferentes, de forma que puede obtenerse una interpretación aparentemente satisfactoria de un sueño sin darse cuenta de la posibilidad de una interpretación de segundo grado» (3 *a*) (*véase:* Sobreinterpretación).

Conviene subrayar que la sobredeterminación no implica que el síntoma o el sueño se presten a un número ilimitado de interpretaciones. Freud compara el sueño con ciertos lenguajes arcaicos, en los que una palabra, una frase, comportan aparentemente numerosas interpretaciones (3 *b*); en estos lenguajes, es el contexto, la entonación o incluso los signos accesorios los que suprimen la ambigüedad. En el sueño, la indeterminación es más fundamental, pero las diferentes interpretaciones son susceptibles de verificación científica.

La sobredeterminación tampoco implica la independencia, el paralelismo de diversas significaciones de un mismo fenómeno. Las diferentes cadenas asociativas coinciden en más de un «punto nodal», según demuestran las asociaciones; el síntoma lleva la huella de la interacción de las diversas significaciones, entre las cuales realiza una *transacción*. Basándose en el ejemplo del síntoma histérico, Freud muestra que «[...] éste sólo puede aparecer si dos deseos opuestos, surgidos de dos sistemas psíquicos diferentes, vienen a realizarse en una misma expresión» (2 *b*).

Se ve aquí lo que subsiste del sentido *a*) de nuestra definición: el fenómeno a analizar es una resultante, la sobredeterminación es un carácter positivo y no la simple ausencia de una significación única y exhaustiva. J. Lacan ha insistido en el hecho de que la sobredeterminación constituye una característica general de las formaciones del inconsciente: «Para admitir un síntoma, sea o no neurótico, en la psicopatología psicoanalítica, Freud exige el mínimo de sobredeterminación que constituye un doble sentido, símbolo de un conflicto que terminó más allá de su función en un conflicto presente *no menos simbólico* [...]» (4). La razón de ello es que el síntoma (en sentido amplio) se halla «estructurado como un lenguaje», y por consiguiente constituido, por naturaleza, por deslizamientos y superposiciones de sentido; jamás es el signo

unívoco de un contenido inconsciente único, de igual modo que la palabra no puede reducirse a una señal.

SOBREINTERPRETACIÓN

= *Al.:* Überdeutung. — *Fr.:* surinterprétation. — *Ing.:* over-interpretation. — *It.:* sovrinterpretazione. — *Por.:* superinterpretação.

Término utilizado en varias ocasiones por Freud a propósito del sueño para designar una interpretación que se deduce secundariamente, cuando ya se ha podido proporcionar una primera interpretación coherente y aparentemente completa. La sobreinterpretación tiene su razón de ser fundamentalmente en la sobredeterminación*.

En algunos pasajes de *La interpretación de los sueños* (*Die Traumdeutung*, 1900), Freud se pregunta si la interpretación de un sueño puede jamás considerarse completa. Citemos, por ejemplo, las siguientes líneas: «Ya he tenido ocasión de indicar que, de hecho, nunca se puede estar seguro de que un sueño ha sido interpretado completamente. Incluso aunque la solución parezca satisfactoria y sin lagunas, siempre es posible que el sueño tenga, a pesar de todo, otra significación» (1 *a*).

Freud habla de sobreinterpretación en todos los casos en los que una interpretación nueva pueda venir a sumarse a una interpretación que ya tiene su coherencia y valor propios; pero Freud recurre a la idea de sobreinterpretación en contextos bastante distintos.

La sobreinterpretación se explica por la superposición de estratos de significaciones. En los textos freudianos se encuentran diferentes formas de concebir tal estructura por capas.

Así, puede hablarse de sobreinterpretación, sin duda en un sentido amplio y superficial, desde el momento en que nuevas asociaciones por parte del analizado vienen a ampliar el material y permiten así nuevos enfoques por parte del analista. En este caso la sobreinterpretación se halla en relación con el aumento del material.

En sentido más preciso, se halla en relación con la significación y es sinónimo de interpretación «más profunda». En efecto, la interpretación se dispone según diferentes niveles, desde aquel que se limita a poner en evidencia o a esclarecer las conductas y formulaciones del sujeto, hasta aquel que tiene por objeto la fantasía inconsciente.

Pero lo que fundamenta la posibilidad, o incluso la necesidad, de una sobreinterpretación de un sueño, son los mecanismos que intervienen en la formación de éste, especialmente la condensación*: una sola imagen puede remitir a toda una serie de «cadenas de pensamientos inconscientes». Sin duda es preciso ir más lejos y admitir que un solo sueño puede ser la expresión de varios deseos. «A menudo los sueños parecen tener más de una significación. No sólo [...] en un sueño pueden unirse uno junto a otro varios cumplimientos de deseo, sino que, además, una significación, un cumplimiento de deseo, pueden ocultar otros, hasta que se va a parar, en el fondo de todo, al cumplimiento de un deseo de la primera infancia» (1 *b*).

Cabe preguntarse si este último deseo no constituiría un término último, irrebasable, no susceptible de sobreinterpretación. Esto es quizá lo que, en un célebre pasaje de *La interpretación de los sueños,* evoca Freud con la imagen del *ombligo del sueño:* «En los sueños mejor interpretados, a menudo nos vemos obligados a dejar en la sombra un punto por observar que, durante la interpretación, aparece allí un nudo apretado de pensamientos del sueño imposible de desenredar, pero que no aporta ninguna nueva contribución al contenido del sueño. Allí se encuentra el ombligo del sueño, el punto donde éste descansa sobre lo desconocido. Los pensamientos del sueño a los que se llega durante la interpretación permanecen necesariamente sin desembocar en ninguna parte, y se ramifican por todos lados dentro de la complicada red de nuestro universo mental. En un punto más compacto de este entrelazamiento, vemos elevarse el deseo del sueño como el hongo de su micelio» (1 *c*).

SUBCONSCIENTE O SUBCONCIENCIA

= *Al.:* Unterbewusste, Unterbewusstsein. — *Fr.:* subconscient, subconscience. — *Ing.:* subconscious, subconsciousness. — *It.:* subconscio. — *Por.:* subconsciente. subconsciência.

Término utilizado en psicología para designar, ora lo que es débilmente consciente, ora lo que se halla por debajo del umbral de la conciencia actual o es incluso inaccesible a ésta; usado por Freud, en sus primeros trabajos, como sinónimo de inconsciente, el término fue rápidamente rechazado a causa de los equívocos a que se presta.

Raros son los textos en que el «joven Freud» utilizó el término «subconsciente», que era relativamente usual en psicología y psicopatología a finales del siglo pasado en especial para explicar los fenómenos llamados de «desdoblamiento de la personalidad» (α). Se encuentra en el artículo publicado en francés por Freud, *Algunas consideraciones para un estudio comparativo entre las parálisis motoras orgánicas e histéricas* (*Quelques considérations pour une étude comparative des paralysies motrices organiques et histériques,* 1893) y en un fragmento de los *Estudios sobre la histeria* (*Studien über Hysterie,* 1895) (1) (β). A juzgar por el contexto, no parece existir diferencia, en esa época, entre el empleo que Freud hace de la palabra «subconsciente» y lo que pronto él mismo denominaría inconsciente.

Rápidamente la palabra *subconsciente* fue abandonada, y su empleo criticado. «Debemos evitar —escribe Freud en *La interpretación de los sueños* (*Die Traumdeutung,* 1900)— la distinción entre supraconciencia y subconciencia, a la que es tan aficionada la literatura actual sobre las psiconeurosis, ya que esta distinción parece insistir precisamente en la equivalencia entre el psiquismo y la conciencia» (2).

Esta crítica se repite en varias ocasiones, siendo el texto más explícito en este sentido el siguiente pasaje de *El problema del análisis profano* (*Die Frage der Laienanalyse,* 1926): «Cuando alguien habla de subconciencia, no sé si la entiende en sentido tópico: algo que se encuentra en el alma por debajo de la conciencia, o en sentido cualitativo: otra conciencia, subterránea por así decirlo» (3) (γ).

Si Freud rechaza el término «subconsciente», es porque le parece que implica el concepto de una «segunda conciencia» que, por muy atenuada que se suponga, se hallaría en continuidad cualitativa con los fenómenos conscientes. Sólo la palabra *inconsciente* es capaz de indicar, según Freud, por la negación que contiene, la escisión tópica entre dos territorios psíquicos y la distinción cualitativa de los procesos que en él se desarrollan (δ). Contra la idea de una segunda conciencia, «[...] el argumento más poderoso proviene de lo que nos enseña la investigación analítica: una parte de estos procesos latentes posee particularidades y caracteres que nos son extraños, nos parecen incluso increíbles y se oponen directamente a las propiedades bien conocidas de la conciencia» (4).

(α) El concepto de subconsciente forma parte especialmente, como es sabido, de las nociones fundamentales del pensamiento de Pierre Janet. Las críticas formuladas por Freud respecto al término «subconsciente», aun cuando parecen apuntar a Janet, difícilmente pueden considerarse como una refutación válida de las concepciones de este autor. La distinción entre el «subconsciente» de Janet y el inconsciente de Freud estriba menos en el criterio de su relación con la conciencia que en la naturaleza del proceso que provoca la «escisión» del psiquismo.

(β) La mayoría de las veces se debe a la pluma de Breuer.

(γ) La indeterminación que la palabra *subconsciente* debe, en parte, a su prefijo se vuelve a encontrar en el *Vocabulaire technique et critique de la philosophie,* de Lalande: el sentido de «débilmente consciente» viene indicado paralelamente a la idea de una «personalidad más o menos distinta de la personalidad consciente».

(δ) A este respecto se observará que algunos que se declaran adictos al psicoanálisis sólo aceptan el concepto de inconsciente bajo el nombre de subconsciente.

SUBLIMACIÓN

= *Al.:* Sublimierung. — *Fr.:* sublimation. — *Ing.:* sublimation. — *It.:* sublimazione. — *Por.:* sublimação.

Proceso postulado por Freud para explicar ciertas actividades humanas que aparentemente no guardan relación con la sexualidad, pero que hallarían su energía en la fuerza de la pulsión sexual. Freud describió como actividades de resorte principalmente la actividad artística y la investigación intelectual.

Se dice que la pulsión se sublima, en la medida en que es derivada hacia un nuevo fin, no sexual, y apunta hacia objetos socialmente valorados.

El término «sublimación», introducido en psicoanálisis por Freud, evoca a la vez la palabra *sublime,* utilizada especialmente en el ámbito de las bellas artes para designar una producción que sugiere grandeza, elevación, y la palabra *sublimación* utilizada en química para designar el proceso que hace pasar directamente un cuerpo del estado sólido al estado gaseoso.

A lo largo de toda su obra, Freud recurre al concepto de sublimación con el fin de explicar, desde un punto de vista económico y dinámico, ciertos tipos de actividades sostenidas por un deseo que no apunta, en forma manifiesta, hacia un fin sexual: por ejemplo, creación artística, investigación intelectual y, en general, actividades a las cuales una de-

terminada sociedad concede gran valor. Freud busca el resorte último de estos comportamientos en una transformación de las pulsiones sexuales: «La pulsión sexual pone a disposición del trabajo cultural cantidades de fuerza extraordinariamente grandes, en virtud de la particularidad, singularmente marcada en dicha pulsión, de poder desplazar su fin sin perder en esencia intensidad. Esta capacidad de reemplazar el fin sexual originario por otro fin, que ya no es sexual pero se le halla psíquicamente emparentada, la denominamos capacidad de sublimación» (1 *a*).

Ya desde el punto de vista *descriptivo*, las formulaciones freudianas referentes a la sublimación jamás fueron llevadas muy lejos. El ámbito de las actividades sublimadas queda mal delimitado: así, por ejemplo, ¿debe incluirse entre ellas todo el trabajo del pensamiento o sólo ciertas formas de creación intelectual? El hecho de que las actividades llamadas *sublimadas* son objeto, en una determinada cultura, de una valoración social particular, ¿debe considerarse como una característica fundamental de la sublimación? ¿O bien ésta engloba también el conjunto de las actividades llamadas adaptativas (trabajo, ocio, etc.)? ¿El cambio que se supone que interviene en el proceso pulsional afecta solamente al fin, como sostuvo Freud durante mucho tiempo, o simultáneamente al fin y al objeto de la pulsión como dice en la *Continuación de las lecciones de introducción al psicoanálisis* (*Neue Folge der Vorlesungen zur Einführung in die Psychoanalyse*, 1932)?: «Llamamos sublimación cierto tipo de modificación del fin y de cambio del objeto, en el cual entra en consideración nuestra valoración social» (2).

Esta incertidumbre se vuelve a encontrar en el aspecto *metapsicológico*, como observó el propio Freud (3). Tal sucede incluso en un trabajo centrado sobre el tema de la actividad intelectual y artística, como *Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci* (*Eine Kindheitserinnerung des Leonardo da Vinci*, 1910).

No pretendemos exponer aquí una teoría de conjunto de la sublimación, que no se desprende de los elementos, relativamente poco elaborados, que proporcionan los trabajos de Freud. Nos limitaremos a indicar, sin efectuar una síntesis, algunas direcciones del pensamiento freudiano.

1) La sublimación afecta electivamente a las pulsiones parciales*, en especial aquellas que no logran integrarse en la forma definitiva de la genitalidad: «Así, las fuerzas utilizables para el trabajo cultural provienen en gran parte de la supresión de lo que denominamos elementos perversos de la excitación sexual» (1 *b*).

2) Desde el punto de vista del mecanismo, Freud indicó sucesivamente dos hipótesis. La primera se basa en la teoría del apoyo* de las pulsiones sexuales sobre las pulsiones de autoconservación. De igual modo que las funciones no sexuales pueden contaminarse con la sexualidad (como, por ejemplo, en los trastornos psicógenos de la alimentación, de la visión, etc.), también «[...] las mismas vías por las cuales los trastornos sexuales repercuten sobre las otras funciones somáticas deberían servir, en el sujeto normal, para otro importante proceso. A través de estas vías debería realizarse la atracción de las fuerzas de la pulsión sexual hacia fines no sexuales, es decir, la sublimación de la sexualidad» (4). Esta hipótesis se halla subyacente en el estudio de Freud sobre Leonardo da Vinci.

Con la introducción del concepto de narcisismo* y con la última teoría del aparato psíquico, se anticipa otra idea. La transformación de una actividad sexual en una actividad sublimada (dirigiéndose ambas hacia objetos externos, independientes) requeriría un tiempo intermedio, la retirada de la libido sobre el yo, que haría posible la desexualización. En este sentido, Freud, en *El yo y el ello* (*Das Ich und das Es*, 1923), habla de la energía del yo como de una energía «desexualizada y sublimada», susceptible de ser desplazada sobre actividades no sexuales. «Si esta energía de desplazamiento es la libido desexualizada, está justificado llamarla también sublimada, puesto que, sirviendo para instituir este conjunto unificado que caracteriza el yo o la tendencia de éste, se atendría siempre a la intención fundamental del Eros, que es la de unir y ligar» (5).

Aquí podría hallarse indicada la idea de que sublimación depende íntimamente de la dimensión narcisista del yo, de forma que volvería a encontrarse, a nivel del objeto al que apuntan las actividades sublimadas, el mismo carácter de bella totalidad que Freud asigna aquí al yo. En la misma línea de pensamiento podrían situarse, al parecer, los puntos de vista de Melanie Klein, que ve en la sublimación una tendencia a reparar y a restaurar el objeto* «bueno» hecho pedazos por las pulsiones destructivas (6).

3) En la medida en que la teoría de la sublimación quedó poco elaborada en Freud, también ha permanecido en estado de simple indicación su delimitación con respecto a los procesos limítrofes (formación reactiva*, inhibición en cuanto al fin*, idealización*, represión*). Asimismo, aunque Freud consideraba esencial la capacidad de sublimación para el resultado del tratamiento, no mostró concretamente en qué forma interviene.

4) La hipótesis de la sublimación fue enunciada a propósito de las pulsiones sexuales, pero Freud sugirió también la posibilidad de una sublimación de las pulsiones agresivas (7); este problema ha sido estudiado de nuevo después de Freud.

En la literatura psicoanalítica se recurre con frecuencia al concepto de sublimación; en efecto, esta noción responde a una exigencia doctrinal y resultaría difícil prescindir de ella. La ausencia de una teoría coherente de la sublimación sigue siendo una de las lagunas del pensamiento psicoanalítico.

SUEÑO DIURNO (ENSUEÑO)

= *Al.:* Tagtraum. — *Fr.:* rêve diurne (rèverie). — *Ing.:* day-dream. — *It.:* sogno diurno. — *Por.:* sonho diurno (devaneio).

Freud designa con este nombre un guión imaginario en estado de vigilia, subrayando así la analogía existente entre este ensueño y el sueño. Los sueños diur-

nos constituyen, como el sueño nocturno, cumplimientos de deseo; sus mecanismos de formación son idénticos, con predominio de la elaboración secundaria.

Los *Estudios sobre la histeria* (*Studien über Hysterie*, 1895), en especial los capítulos debidos a Breuer, subrayan la importancia que poseen los sueños diurnos en la génesis del síntoma histérico: el hábito del ensueño (el «teatro particular» de Ana O...) favorecería, según Breuer, la constitución de una escisión* *(Spaltung)* dentro del campo de la conciencia (*véase:* Estado hipnoide).

Freud se interesó por los sueños diurnos (especialmente dentro de su teoría del sueño), por una parte comparando su génesis con la del sueño; por otra, estudiando el papel que desempeñan en el sueño nocturno.

Los sueños diurnos poseen en común con los sueños nocturnos algunas características esenciales: «Al igual que los sueños, son cumplimientos de deseo; al igual que los sueños, se basan en gran parte en las impresiones que dejaron los acontecimientos infantiles; al igual que los sueños, disfrutan de una cierta indulgencia de la censura para con sus creaciones. Examinando su estructura, se aprecia que el motivo de deseo que interviene en su producción ha mezclado el material de que están formados y ha alterado su orden para constituir un nuevo conjunto. Respecto de los recuerdos infantiles a los que hacen referencia, guardan una relación que podría compararse con la que existe entre estos palacios barrocos de Roma y las ruinas antiguas: piedra tallada y columnas han servido de material para construir formas modernas» (1 *a*).

Con todo, el sueño diurno se caracteriza por el hecho de que en él desempeña un papel preponderante la elaboración secundaria*, proporcionando a los guiones mayor coherencia que a los del sueño.

Para Freud, los sueños diurnos, término que considera sinónimo, en *La interpretación de los sueños* (*Die Traumdeutung*, 1900), de fantasía *(Phantasie)* o de fantasía diurna *(Tagesphantasie)*, no son siempre conscientes: «se produce un número considerable de ellos que son inconscientes y deben permanecer inconscientes por el hecho de su contenido y por tener su origen en el material reprimido» (1 *b*) (*véase:* Fantasía).

Los sueños diurnos constituyen una parte importante del material del sueño. Pueden encontrarse entre los restos diurnos y se hallan sometidos, como éstos, a todas las deformaciones; más específicamente, pueden proporcionar a la elaboración secundaria un guión ya completamente montado, «la fachada del sueño» (1 *c*).

SUMA DE EXCITACIÓN

= *Al.:* Erregungssume. — *Fr.:* somme d'excitation. — *Ing.:* sum of excitation. — *It.:* somma di eccitazione. — *Por.:* soma de excitação.

Uno de los términos utilizados por Freud para designar el factor cuantitativo cuyas transformaciones constituyen el objeto de la hipótesis económica*. El término hace recaer el acento en el origen de este factor: las excitaciones externas y, sobre todo, internas (o pulsiones).

Al final de su artículo sobre *Las psiconeurosis de defensa* (*Die Abwehr-Neuropsychosen*, 1894), Freud escribe: «Existen motivos para distinguir, en las funciones psíquicas, algo (quantum de afecto, suma de excitación) que posee todas las propiedades de una cantidad (aun cuando no estemos en condiciones de medirla), algo que puede aumentar, disminuir, desplazarse, descargarse, y se distribuye sobre las huellas mnémicas de las representaciones en forma comparable a como lo hace una carga eléctrica en la superficie de los cuerpos» (1).

Como puede verse, en este texto, el término «suma de excitación» se considera sinónimo del de quantum de afecto*; sin embargo, cada uno de estos términos acentúa un aspecto diferente del factor cuantitativo. El término «suma de excitación» subraya dos ideas:

1. El origen de la cantidad. La energía psíquica se concibe como proveniente de estímulos, principalmente internos, que ejercen una acción continua y de los cuales no se puede escapar huyendo.
2. El aparato psíquico se halla sometido a estimulaciones que incesantemente ponen en peligro su finalidad, es decir, el principio de constancia.

El término debe relacionarse con el de sumación *(Summation)* de excitación, utilizado por Freud en su *Proyecto de psicología científica* (*Entwurf einer Psychologie*, 1895) y tomado del fisiólogo Sigmund Exner (2): las excitaciones psíquicas sólo circulan dentro del aparato cuando se ha producido una acumulación o sumación que les permite franquear el umbral de permeabilidad (3).

SUPERYÓ

= *Al.:* Über-Ich. — *Fr.:* surmoi (o sur-moi). — *Ing.:* super-ego. — *It.:* super-io. — *Por.:* superego.

Una de las instancias de la personalidad, descrita por Freud en su segunda teoría del aparato psíquico: su función es comparable a la de un juez o censor con respecto al yo. Freud considera la conciencia moral, la autoobservación, la formación de ideales, como funciones del superyó.

Clásicamente el superyó se define como el heredero del complejo de Edipo; se forma por interiorización de las exigencias y prohibiciones parentales.

Algunos psicoanalistas hacen remontarse la formación del superyó a una época más precoz, y ven actuar esta instancia desde las fases preedípicas (Melanie Klein), o por lo menos buscan comportamientos y mecanismos psicológicos muy precoces que constituirían precursores del superyó (por ejemplo, Glover, Spitz).

El término «*Über-Ich*» fue introducido por Freud en *El yo y el ello* (*Das Ich und das Es*, 1923) (α). Hace resaltar que la función crítica así designada constituye una instancia que se ha separado del yo y parece dominar a éste, como muestran los estados de duelo patológico o de melancolía, en los que el sujeto se critica y menosprecia: «Vemos cómo una parte del yo se opone a la otra, la juzga en forma crítica y, por así decirlo, la toma como objeto» (1).

La noción de superyó forma parte de la segunda tópica freudiana. Pero, ya antes de designarla y de diferenciarla así, la clínica y la teoría psicoanalítica habían reconocido la parte desempeñada en el conflicto psíquico por la función que tiende a prohibir la realización y la toma de conciencia de los deseos: por ejemplo, censura* del sueño. Es más, Freud reconoció que esta censura podía actuar en forma inconsciente (lo cual diferenció desde un principio su concepción de las opiniones clásicas acerca de la conciencia moral). Asimismo observó que los autorreproches en la neurosis obsesiva no son necesariamente conscientes: «[...] el sujeto que sufre de compulsiones y de prohibiciones se comporta como si estuviese dominado por un *sentimiento de culpabilidad* que, sin embargo, ignora por completo, de forma que podemos denominarlo sentimiento de culpabilidad inconsciente, a pesar de la aparente contradicción de estos términos» (2).

Pero fue la consideración de los delirios de autoobservación, de la melancolía y del duelo patológico lo que condujo a Freud a diferenciar, dentro de la personalidad, como una parte del yo erigida contra otra, un *superyó* que adquiere para el sujeto valor de modelo y función de juez. Esta instancia la distingue Freud primeramente, en los años 1914-1915, como un sistema que comprende a su vez dos estructuras parciales: el ideal del yo propiamente dicho y una instancia crítica (*véase:* Ideal del yo).

Si se toma el concepto de superyó en un sentido amplio y poco diferenciado, como en *El yo y el ello* (donde, recordémoslo, el término figura por vez primera), comprende las funciones de prohibición y de ideal. Si se mantiene, por lo menos como subestructura particular, el ideal del yo, entonces el superyó aparece principalmente como una instancia que encarna una ley y prohíbe su transgresión.

Según Freud, la *formación* del superyó es correlativa de la declinación del complejo de Edipo*: el niño, renunciando a la satisfacción de sus deseos edípicos marcados por la prohibición, transforma su catexis *sobre* los padres en identificación *con los* padres, interioriza la prohibición.

Freud indicó la diferencia existente, a este respecto, entre la evolución del niño y la de la niña: en el niño, el complejo de Edipo choca inevitablemente con la amenaza de castración: «[...] un superyó riguroso le sucede» (3 *a*). En la niña, por el contrario, «[...] el complejo de castración, en lugar de destruir el complejo de Edipo, prepara su aparición [...]. La niña permanece en este complejo durante un tiempo indeterminado y sólo lo supera tardíamente y en forma incompleta. El superyó, cuya formación, en estas condiciones, se halla comprometida, no puede alcanzar la potencia ni la independencia que, desde un punto de vista cultural, le son necesarias [...]» (3 *b*).

La renuncia a los deseos edípicos amorosos y hostiles se encuentra en el origen de la formación del superyó, el cual se enriquece, según Freud, por las aportaciones ulteriores de las exigencias sociales y culturales (educación, religión, moralidad). Y a la inversa, se ha sostenido la existencia, antes del momento clásico de formación del superyó, ora

de un superyó precoz, ora de fases precursoras del superyó. Así, varios autores insisten en el hecho de que la interiorización de las prohibiciones es muy anterior a la declinación del Edipo: los preceptos educacionales se adoptan muy pronto, especialmente, como hizo observar Ferenczi en 1925, los relativos a la educación de esfínteres (*Psicoanálisis de los hábitos sexuales* [*Psychoanalyse von Sexualgewohnheiten*]). Según la escuela de Melanie Klein, existiría, desde la fase oral, un superyó que se formaría por introyección de objetos «buenos» y «malos» y que el sadismo infantil, que entonces se encuentra en su acmé, haría particularmente cruel (4). Otros autores, sin querer hablar de superyó preedípico, muestran cómo la formación del superyó es un proceso que se inicia muy precozmente. Así, por ejemplo, R. Spitz reconoce tres *primordia* del superyó en las acciones físicas impuestas, la tentativa de controlar por la identificación con los gestos, o la identificación con el agresor, siendo este último mecanismo el que desempeña el papel más importante (5).

Resulta difícil entre las identificaciones, determinar cuáles son las que intervendrían específicamente en la constitución del superyó, del ideal del yo*, del yo ideal* e incluso del yo*.

«El establecimiento del superyó puede considerarse como un caso de identificación, lograda con éxito, con la instancia parental», escribe Freud en la *Continuación de las lecciones de introducción al psicoanálisis* (*Neue Folge der Vorlesungen zur Einführung in die Psychoanalyse*, 1932) (3 *c*). La expresión «instancia parental» indica por sí sola que la identificación constitutiva del superyó no debe interpretarse como una identificación con personas. En un pasaje singularmente explícito, Freud precisa esta idea: «El superyó del niño no se forma a imagen de los padres, sino más bien a imagen del superyó de éstos; se llena del mismo contenido, se convierte en el representante de la tradición, de todos los juicios de valor, que de este modo persisten a través de las generaciones» (3 *d*).

El antropomorfismo de los conceptos de la segunda tópica freudiana ha sido denunciado casi siempre a propósito del superyó. Pero, como ha indicado D. Lagache, es ciertamente una aportación del psicoanálisis el haber puesto en evidencia la presencia del antropomorfismo en el funcionamiento y la génesis del aparato psíquico y de haber descubierto en él «inclusiones animistas» (6). También la clínica psicoanalítica muestra que el superyó funciona de un modo «realista» y como una instancia «autónoma» («objeto malo» interno, «voz potente» [β], etc.); varios autores han subrayado, después de Freud, que el superyó distaba mucho de las prohibiciones y preceptos realmente pronunciados por los padres y los educadores, hasta el punto de que la «severidad» del superyó puede ser inversa a la de ellos.

(α) El término francés adoptado es *surmoi* o *sur-moi*. En ocasiones se encuentra el término «Superego», especialmente en R. Laforgue en sus numerosos trabajos sobre el tema.

(β) Freud insistió en la idea de que el superyó comporta esencialmente representaciones de palabras, y que sus contenidos provienen de las percepciones auditivas, de los preceptos, de la lectura.

SUPRESIÓN

= *Al.:* Unterdrückung. — *Fr.:* répression. — *Ing.:* suppression. — *It.:* repressione. — *Por.:* supressão.

A) En sentido amplio: operación psíquica que tiende a hacer desaparecer de la conciencia un contenido displacentero o inoportuno: idea, afecto, etc. En este sentido, la represión sería un tipo especial de supresión.

B) En sentido más estricto, designa ciertas operaciones del sentido A distintas de la represión:

a) ya sea por el carácter consciente de la operación y por el hecho de que el contenido suprimido se convierte simplemente en preconsciente y no en inconsciente;
b) ya sea, en el caso de la supresión de un afecto, porque éste no es transpuesto al inconsciente, sino inhibido, abolido.

C) En algunos textos traducidos del inglés, equivalente erróneo de *Verdrängung* (represión).

El término «supresión» se utiliza frecuentemente en psicoanálisis, pero su empleo está mal codificado.

Ante todo conviene eliminar de un empleo coherente el sentido C. Los traductores ingleses de Freud traducen generalmente *Verdrängung* por *repression*, utilizando entonces para *Unterdrückung* el término *suppression*. Pero la traducción de la palabra inglesa *repression* por la francesa *répression* no está justificada, puesto que el término *refoulement* está consagrado y es satisfactorio, mientras que el término francés *répression* tiene ya un empleo corriente que corresponde muy bien al alemán *Unterdrückung*. Incluso convendría, en las traducciones francesas de textos ingleses, substituir *répression* por *refoulement*.

En sentido A se encuentra en ocasiones, por ejemplo, en Freud, en *Tres ensayos sobre la teoría sexual* (*Drei Abhandlungen zur Sexualtheorie*, 1905) (1), pero en conjunto es poco corriente. Conviene señalar que esta acepción no comprende todos los «mecanismos de defensa», puesto que algunos de ellos no implican la exclusión de un contenido fuera del campo de conciencia (por ejemplo, la anulación retroactiva*).

La acepción más frecuente, existente desde *La interpretación de los sueños* (*Die Traumdeutung*, 1900) (2), es la B, especialmente la *B a*). Aquí la supresión se contrapone, sobre todo desde el punto de vista tópico, a la represión. En esta última, tanto la instancia represora (el yo) como la operación misma y su resultado son inconscientes. La supresión sería, por el contrario, un mecanismo consciente que tendría lugar a nivel de la «segunda censura» que Freud sitúa entre el consciente y el preconsciente; se trataría de una exclusión fuera del campo de conciencia actual y no del paso de un sistema (preconsciente-consciente) a otro (inconsciente). Desde el punto de vista dinámico, en la supresión desempeñan una función primordial las motivaciones morales.

También debemos distinguir la supresión del juicio de condenación* (*Verurteilung*), que puede motivar, aunque no forzosamente, una expulsión fuera de la conciencia.

Observemos finalmente que el sentido *B b*) se encuentra, sobre todo, en la teoría freudiana de la represión para designar el destino del afecto. Para Freud, sólo el representante-representativo de la pulsión es, estrictamente hablando, reprimido, mientras que el afecto no puede volverse inconsciente: o bien se transforma en otro afecto, o bien es suprimido, «[...] de tal forma que ya no queda nada de él» (3), o de modo que «[...] sólo le corresponde [en el sistema inconsciente] un rudimento que no ha llegado a desarrollarse» (4).

SUSTITUTO

= *Al.:* Ersatz. — *Fr.:* substitut. — *Ing.:* substitute. — *It.:* sostituto, surrogato. — *Por.:* substituto.

Véase: **Formación sustitutiva.**

SUSTO

= *Al.:* Schreck. — *Fr.:* effroi. — *Ing.:* fright. — *It.:* spavento. — *Por.:* susto o pavor.

Reacción frente a una situación de peligro o a estimulaciones externas muy intensas, que sorprenden al sujeto en un estado de no-preparación, por lo que no puede protegerse de ellas o dominarlas.

En *Más allá del principio del placer* (*Jenseits des Lustprinzips*, 1920) Freud propone la siguiente distinción: «Susto [*Schreck*], miedo [*Furcht*] y angustia [*Angst*] son términos que erróneamente se utilizan a veces como sinónimos; su relación con el peligro permite diferenciarlos. El término *angustia* designa un estado caracterizado por la espera del peligro y la preparación para éste, aunque sea desconocido. La palabra *miedo* supone un objeto definido, del cual se tiene miedo. En cuanto a la palabra *susto*, designa el estado que sobreviene cuando se entra en una situación de peligro sin estar preparado; hace recaer el acento sobre el factor sorpresa» (*1 a*).

Entre el susto y la angustia, la diferencia estriba en que el primero se caracteriza por la no-preparación frente al peligro, mientras que «[...] en la angustia hay algo que protege contra el susto» (*1 b*). En este sentido, Freud ve en el susto una condición determinante de la neurosis traumática, que en ocasiones se denomina incluso neurosis de susto: *Schreckneurose* (*véase:* Trauma; Neurosis traumática).

Por lo tanto, no debe sorprender que se conceda un papel importante al concepto de susto desde el período en que surgió la concepción traumática de la neurosis. En las primeras elaboraciones teóricas de Breuer y Freud, el afecto de susto es caracterizado como una condición que paraliza la vida psíquica, impide la abreacción y favorece la formación de un «grupo psíquico separado» (*2 a, 2 b*). Cuando Freud, en los años 1895-1897, intenta formular una primera teoría del trauma y de la represión sexual, la noción de la no-preparación del sujeto es esencial,

tanto en la «escena de seducción» ocurrida antes de la pubertad, como en la evocación de esta escena en un segundo tiempo (*véase:* Posterioridad; Seducción). El «susto sexual» *(Sexualschreck)* indica la irrupción de la sexualidad en la vida del sujeto.

Puede decirse que, en conjunto, la significación de la palabra *susto* no ha variado en Freud. Se observará solamente que a partir de *Más allá del principio del placer,* se tiende a utilizar menos esta palabra. La oposición que Freud intentó establecer entre las dos palabras *angustia* y *susto* volverá a aparecer, pero en forma de diferenciaciones dentro del concepto de angustia, sobre todo en la oposición entre una angustia que sobreviene «automáticamente» en una situación traumática, y la señal de angustia*, que implica una actitud de espera activa *(Erwartung)* y protege contra el desarrollo de la angustia: «La angustia, reacción originaria frente al desamparo en el trauma, se reproduce en lo sucesivo en la situación de peligro como señal de alarma» (3).

T

TANATOS

= *Al.:* Thanatos. — *Fr.:* Thanatos. — *Ing.:* Thanatos. — *It.:* Thanatos. — *Por.:* Tânatos.

Palabra griega (la Muerte) utilizada en ocasiones para designar las pulsiones de muerte, por simetría con el término de Eros; su empleo subraya el carácter radical del dualismo pulsional, confiriéndole una significación casi mítica.

El término «Tánatos» no se encuentra en los escritos freudianos, pero, según Jones, lo utilizó en la conversación. Federn lo habría introducido en la literatura psicoanalítica (1).

Ya es sabido que Freud empleó el término «Eros»* dentro de su teoría de las pulsiones de vida* y de las pulsiones de muerte*. Se refiere entonces a la metafísica y a los mitos antiguos para situar sus especulaciones psicológicas y biológicas dentro de una concepción dualista de mayor alcance.

Remitimos al lector principalmente al capítulo VI de *Más allá del principio del placer* (*Jenseits des Lustprinzips,* 1920) (2) y a la VII sección de *Análisis terminable e interminable* (*Die endliche und die unend liche Analyse,* 1937), en los que Freud hace converger su propia teoría con la oposición establecida por Empédocles entre φιλία (amor) y νεῖχος (discordia): «Los dos principios fundamentales de Empédocles, φιλία y νεῖχος, son, tanto por su nombre como por su función, los equivalentes de nuestras pulsiones originarias, *Eros y destrucción*» (3).

El empleo del término «Tánatos» realza el carácter de principios universales que adquieren, en la última concepción freudiana, las dos grandes clases de pulsiones.

TÉCNICA ACTIVA

= *Al.*: aktive Technik. — *Fr.*: technique active. — *Ing.*: active technique. — *It.*: tecnica attiva. — *Por.*: técnica ativa.

Conjunto de procedimientos técnicos recomendados por Ferenczi: el analista no se limita a dar interpretaciones, sino que formula órdenes y prohibiciones referentes a ciertos comportamientos repetitivos del analizado durante la cura y fuera de ella, cuando éstos procuran al sujeto satisfacciones tales que impiden la rememoración y el progreso de la cura.

La idea y el término «técnica activa» van asociados, en la historia del psicoanálisis, al nombre de Sandor Ferenczi. Los menciona por vez primera en relación con formas larvadas de masturbación, halladas en el análisis de casos de histeria, y que convendría prohibir; en efecto, el paciente «[...] corre el peligro de relacionar con ellas sus fantasmas patógenos y de hacer un cortocircuito constante descargándolos en forma motriz en lugar de llevarlos a la conciencia» (1 *a*). Ferenczi subraya que el recurrir a tales prohibiciones va únicamente destinado a facilitar la superación de los puntos muertos del trabajo analítico; por otra parte, se refiere al ejemplo de Freud, que ordenaba a los fóbicos, en cierto momento de su análisis, afrontar la situación fobógena (1 *b*, 2).

En el Congreso de La Haya, en 1920, Ferenczi, alentado por la aprobación de Freud, que, en el Congreso de Budapest, en 1919, había formulado la regla de abstinencia*, efectúa una descripción de conjunto de su terapia activa. Ésta implica dos fases, que deben permitir la activación y el control de las tendencias eróticas, incluso aunque hayan sido sublimadas. La primera fase está constituida por *órdenes* destinadas a transformar las mociones pulsionales reprimidas en una satisfacción manifiesta y a convertirlas en formaciones plenamente conscientes. La segunda está constituida por *prohibiciones* referentes a estas mismas formaciones; el analista puede entonces poner en relación las actividades y los afectos, evidenciados por la primera fase, con situaciones infantiles.

Teóricamente, el recurrir a medidas activas, se justificaría del siguiente modo: a la inversa del método catártico*, en el cual el surgimiento de un recuerdo provoca una reacción emocional, el método activo, provocando el actuar* y la manifestación del afecto*, facilita el retorno de lo reprimido. «Es posible que ciertos contenidos infantiles precoces [...] no puedan ser rememorados, sino solamente revividos» (3).

Desde el punto de vista técnico, Ferenczi considera que sólo se debe recurrir a las medidas activas en casos excepcionales y durante un tiempo muy limitado, cuando la transferencia se ha convertido en una compulsión y, fundamentalmente, al final del tratamiento. Por último, subraya que no pretende modificar la regla fundamental; los «artificios» que propone están destinados a facilitar su observancia.

A continuación, Ferenczi ampliaría considerablemente el campo de aplicación de las medidas activas (4). En una pequeña obra escrita en

colaboración con Otto Rank (*Los fines de desarrollo del Psicoanálisis* [*Entwicklungsziele der Psychoanalyse*], 1924), da una interpretación tal del proceso de la cura en términos libidinales que, especialmente en la última fase («destete de la libido»), hace necesario el recurrir a medidas activas (fijación de un término al tratamiento).

En una última etapa de su evolución, Ferenczi corregiría este punto de vista. Las medidas activas aumentan considerablemente las resistencias del paciente; al formular órdenes y prohibiciones, el analista desempeña el papel de un superyó parental, o incluso de un maestro de escuela; en cuanto a la fijación de un término al tratamiento, los fracasos observados muestran que raramente conviene recurrir a esta medida y, caso de hacerlo, debe ser, al igual que con toda otra medida activa eventual, de acuerdo con el paciente y con la posibilidad de renunciar a ella (5). Finalmente Ferenczi se vio inducido a abandonar las medidas activas: «[...] debemos contentarnos con interpretar las tendencias ocultas del paciente a actuar y sostenerlo en los débiles esfuerzos que efectúa para superar las inhibiciones neuróticas de las que hasta entonces ha sufrido, pero esto sin obligarle a adoptar medidas violentas ni incluso aconsejárselas. Si tenemos suficiente paciencia, el enfermo abordará por sí mismo el problema de efectuar tal esfuerzo, por ejemplo, afrontar una situación fóbica [...]. Corresponde al propio enfermo el decidir el momento de la actividad o, por lo menos, proporcionar indicaciones evidentes de que tal momento ha llegado» (6).

A menudo se opone la técnica activa a la actitud puramente «expectante», pasiva, que exigiría el método analítico. En realidad, esta oposición es forzada; por una parte, porque Ferenczi siempre consideró las medidas por él preconizadas como un auxiliar y no una variante del método analítico; por otra, porque éste no excluye una cierta actividad por parte del analista (preguntas, espaciamiento de las sesiones, etc.), siendo la propia interpretación activa en la medida en que modifica necesariamente el curso de las asociaciones. Lo característico de la técnica activa sería el acento que pone en la repetición*, en tanto que opuesta por Freud a la rememoración; para superar esta compulsión a la repetición y hacer posible finalmente la rememoración o, por lo menos, el progreso del trabajo analítico, Ferenczi consideró necesario, no sólo permitir, sino alentar la repetición. Tal es el móvil de la técnica activa (α).

(α) Para una discusión más amplia acerca de este tema, puede consultarse el libro de Glover, *Técnica del psicoanálisis* (*The technique of Psychoanalysis*, 1955) (7), que muestra que las preguntas planteadas por la técnica activa siguen sin responder.

TEORÍA CLOACAL

= *Al.*: Kloakentheorie. — *Fr.*: théorie cloacale. — *Ing.*: cloacal (*o* cloaca) theory. — *It.*: teoria cloacale. — *Por.*: teoria cloacal.

Teoría sexual del niño, que ignora la distinción entre la vagina y el ano: la mujer sólo poseería una cavidad y un orificio, que se confunde con el ano, a través del cual nacerían los niños y se practicaría el coito.

En su artículo sobre *Teorías sexuales infantiles* (*Über infantile Sexualtheorien*, 1908) Freud describió, como teoría típica en el niño, la que denomina *teoría cloacal*, que él relaciona con la ignorancia de la vagina por parte de los niños de ambos sexos. Esta ignorancia implica la convicción de que «[...] el bebé debe ser expulsado como un excremento, como una deposición [...]. La teoría cloacal, que, después de todo, se cumple en muchos animales, es la única que puede parecer verosímil al niño» (1). La idea de que existe un solo orificio implica también una representación «cloacal» del coito (2).

Tal «teoría» es, según Freud, muy precoz. Obsérvese que corresponde a ciertos datos descubiertos por el psicoanálisis, especialmente en la evolución de la sexualidad femenina: «La clara separación que se exigirá entre las funciones anal y genital se halla en contradicción con las estrechas relaciones y analogías existentes entre ellas, tanto anatómica como funcionalmente. El aparato genital permanece en la inmediata vecindad de la cloaca; "[...] en la mujer existe incluso una dependencia"» (3) (α). Según Freud, es a partir de esta especie de indiferenciación que «[...] la vagina, derivada de la cloaca, debe ser llevada al rango de zona erógena dominante» (4).

(α) Las últimas palabras entrecomilladas han sido tomadas del artículo de Lou Andreas Salomé: *«Anal» y «Sexual»* (*«Anal» und «Sexual»*, 1916).

TERAPIA CATARTICA O METODO CATARTICO

= *Al.*: kathartisches Heilverfahren *o* kathartische Methode. — *Fr.*: méthode cathartique. — *Ing.*: cathartic therapy *o* cathartic method. — *It.*: metodo catartico. — *Por.*: terapêutica *o* terapia catártica, método catártico.

Método de psicoterapia en el que el efecto terapéutico buscado consiste en una «purga» (catarsis), una descarga adecuada de los afectos patógenos. La cura permite al sujeto evocar e incluso revivir los acontecimientos traumáticos a los que se hallan ligados dichos afectos y lograr la abreacción de éstos.

Históricamente el «método catártico» pertenece al período (1880-1895) en que se va creando progresivamente la terapéutica psicoanalítica a partir de los tratamientos efectuados bajo hipnosis.

La palabra *catarsis* procede del griego y significa purificación, purga. Fue utilizada por Aristóteles para designar el efecto producido por la tragedia en el espectador: «La tragedia es la imitación de una acción virtuosa y perfecta que, por medio del temor y de la compasión, suscita la purificación de tales pasiones» (1).

Breuer y más tarde Freud recogieron este término, que para ellos connota el efecto que se espera obtener de una abreacción* adecuada del trauma (2). En efecto, ya es sabido que, según la teoría desarrollada en los *Estudios sobre la histeria* (*Studien über Hysterie*, 1895), los afectos que no han logrado encontrar la vía hacia la descarga permanecen «arrinconados» *(eingeklemmt)*, ejerciendo entonces efectos patógenos. Más tarde, resumiendo la teoría de la catarsis, Freud escribe: «Se suponía que el síntoma histérico se originaba cuando la energía de un proceso

psíquico no podía llegar a la elaboración consciente y se dirigía hacia la inervación corporal (conversión) [...]. La curación se obtenía por la liberación del afecto desviado y su descarga por las vías normales (abreacción)» (3).

En sus comienzos, el método catártico se hallaba íntimamente ligado a la hipnosis. Pero Freud pronto dejó de utilizar la hipnosis como un método destinado a provocar directamente la supresión del síntoma sugiriendo al enfermo que éste no existe: le sirve para inducir la rememoración, reintroduciendo en el campo de la conciencia las experiencias subyacentes a los síntomas, pero olvidadas, «reprimidas» por el sujeto (α). Estos recuerdos reevocados, o incluso revividos con intensidad dramática, proporcionan al sujeto ocasión para expresar, descargar los afectos que, originalmente ligados a la experiencia traumática, en seguida habían sido suprimidos.

Rápidamente Freud renuncia a la hipnosis propiamente dicha, substituyéndola por la simple sugestión (ayudada por un artificio técnico: la presión de la mano sobre la frente del paciente) destinada a convencer al enfermo de que encontrará el recuerdo patógeno. Finalmente, Freud ya no recurrirá a la sugestión, fiándose simplemente de las asociaciones libres* del paciente. En apariencia, la finalidad de la cura (librar al enfermo de sus síntomas restableciendo la vía normal de descarga de los afectos) sigue siendo la misma en el curso de esta evolución de los procedimientos técnicos. Pero de hecho, como lo atestigua el capítulo de Freud sobre la *Psicoterapia de la histeria (Estudios sobre la histeria)*, esta evolución técnica va acompañada de un cambio de perspectiva en la teoría de la cura: se toman en consideración las resistencias*, la transferencia*, se hace especial hincapié sobre la eficacia de la elaboración psíquica y del trabajo elaborativo*. De acuerdo con ese enfoque, el efecto catártico ligado a la abreacción deja de constituir el principal recurso del tratamiento.

Pero no por ello la catarsis deja de ser una de las dimensiones de toda psicoterapia analítica. Por una parte, y en forma variable según las estructuras psicopatológicas, se produce en muchas curas una intensa reviviscencia de ciertos recuerdos, que va acompañada de una descarga emocional más o menos tempestuosa; por otra parte, es fácil mostrar que el efecto catártico vuelve a encontrarse en las distintas modalidades de la repetición en el curso de la cura, y especialmente en la actualización transferencial. Asimismo, el trabajo elaborativo y la simbolización por el lenguaje se hallaban ya prefigurados en el valor catártico que Breuer y Freud atribuyeron a la expresión verbal: «[...] en el lenguaje el hombre encuentra un substitutivo de la acción, substitutivo mediante el cual el afecto puede ser *derivado por abreacción* casi en igual forma. En otros casos, la propia palabra constituye el reflejo adecuado, en forma de lamento o como expresión de un secreto atormentador (confesión)» (2 *b*).

Aparte de los efectos catárticos que se encuentran también en todo psicoanálisis, conviene señalar que existen algunos tipos de psicoterapia que persiguen ante todo la catarsis: el narcoanálisis, utilizado principalmente en los casos de neurosis traumática, provoca, mediante la admi-

nistración de fármacos, efectos parecidos a los que Breuer y Freud obtenían mediante la hipnosis. El psicodrama, según Moreno, se define como una liberación de los conflictos internos mediante la representación dramática.

(α) Acerca de esta evolución en la utilización de la hipnosis por Freud, consúltese, por ejemplo, *Un caso de curación por la hipnosis* (*Ein Fall von hypnotischer Heilung*, 1892-1893).

TERNURA

= *Al.*: Zärtlichkeit. — *Fr.*: tendresse. — *Ing.*: tenderness. — *It.*: tenerezza. — *Por.*: ternura.

En el empleo específico que le da Freud, este término designa, en contraposición al de «sensualidad» (*Sinnlichkeit*), una actitud hacia otro que perpetúa o reproduce el primer modo de relación amorosa del niño, en el cual el placer sexual no se da independientemente, sino siempre apoyándose en la satisfacción de las pulsiones de autoconservación.

Analizando un tipo especial de comportamiento amoroso (*Sobre una degradación general de la vida erótica* [*Über die allgemeinste Erniedrigung des Liebeslebens*, 1912]), Freud se vio inducido, en la medida en que estos dos elementos se hallaban separados en clínica, a distinguir una «corriente sensual» y una «corriente de ternura» (*véase:* Amor genital).

Freud se dedica, más que a describir las manifestaciones de la ternura, a buscar su origen. Lo encuentra en la elección objetal primaria del niño, el amor hacia la persona que lo cuida y lo alimenta. Desde el comienzo, este amor incluye componentes eróticos, pero éstos, en un primer tiempo, son inseparables de la satisfacción hallada en la alimentación y los cuidados corporales (*véase:* Apoyo).

En contraposición, la corriente «sensual» o, hablando propiamente, sexual, se podría definir, en la infancia, por el hecho de que el placer erótico se desvía pronto del camino hacia el objeto que le viene indicado por las necesidades vitales y se vuelve autoerótico (*véase:* Sexualidad).

Durante el período de latencia*, los fines sexuales experimentan, por efecto de la represión, una especie de mitigación, lo que refuerza la corriente de la ternura. Con el empuje pulsional de la pubertad, «[...] la potente corriente sensual vuelve a dirigirse hacia sus fines». Pero sólo paulatinamente los objetos sexuales podrán «[...] atraer hacia sí la ternura dirigida hacia los objetos anteriores» (1).

TÓPICA

= *Al.*: Topik, topisch. — *Fr.*: topique (s. f. y adj.). — *Ing.*: topography, topographical. — *It.*: punto di vista topico. — *Por.*: tópica, tópico.

Teoría o punto de vista que supone una diferenciación del aparato psíquico en cierto número de sistemas dotados de características o funciones diferentes y dispuestos en un determinado orden entre sí, lo que permite considerarlos metafóricamente como lugares psíquicos de los que es posible dar una representación espacial figurada.

Corrientemente se habla de dos tópicas freudianas, la primera en la que se establece una distinción fundamental entre inconsciente, preconsciente y consciente, y la segunda que distingue tres instancias: el ello, el yo, el superyó.

El término «tópico», que significa teoría de los *lugares* (del griego τοποι), forma parte, desde la Antigüedad griega, del lenguaje filosófico. Para los antiguos, especialmente para Aristóteles, los lugares constituyen categorías, de valor lógico o retórico, de las cuales se extraen las premisas de la argumentación. Resulta interesante señalar que, en la filosofía alemana, Kant utilizó el término «tópica». Entiende por tópica trascendental «[...] la determinación por el juicio del lugar que corresponde a cada concepto [...]; ella distinguiría siempre a qué facultad de conocimiento pertenecen propiamente los conceptos» (1) (α).

I. La hipótesis freudiana de una tópica psíquica surge dentro de un contexto científico (neurología, psicofisiología, psicopatología), del cual nos limitaremos a indicar los elementos más inmediatamente determinantes.

1.° La teoría anatomo-fisiológica de las localizaciones cerebrales, que predomina durante la segunda mitad del siglo XIX, tiende a hacer depender de soportes neurológicos rigurosamente localizados, funciones muy especializadas o tipos específicos de representaciones o de imágenes, que estarían como almacenadas en una determinada parte del córtex cerebral. En la pequeña obra que Freud dedicó, en 1891, al tema, que a la sazón era de gran actualidad, de la afasia, critica dicha teoría, que califica de tópica; muestra los límites y contradicciones inherentes a los complicados esquemas anatómicos que entonces propusieron autores como Wernicke y Lichtheim, y sostiene que la consideración de los datos tópicos de la localización debe completarse con una explicación de tipo funcional.

2.° En el campo de la psicología patológica, toda una serie de observaciones induce a relacionar con grupos psíquicos diferentes, de un modo casi realista, comportamientos, representaciones y recuerdos que no se hallan constantemente y en conjunto a disposición del sujeto, pero que, a pesar de ello, pueden mostrar su eficacia: fenómenos hipnóticos, casos de «doble personalidad», etc. (*véase:* Escisión del yo).

Si bien sobre este terreno surge el descubrimiento freudiano del inconsciente, éste no se limita a reconocer la existencia de lugares psíquicos diferentes, sino que asigna a cada uno de ellos una naturaleza y un modo de funcionamiento distintos. Desde los *Estudios sobre la histeria* (*Studien über Hysterie*, 1895), la concepción del inconsciente implica una diferenciación tópica del aparato psíquico: el propio inconsciente comporta una organización en estratos, y la investigación analítica se efectúa necesariamente por ciertas vías que suponen la existencia de un determinado orden entre los grupos de representaciones. La organización de los recuerdos, dispuestos en forma de verdaderos «archivos» en torno a un «núcleo patógeno», no es sólo cronológica; tiene también un sen-

tido lógico, efectuándose de diversos modos las asociaciones entre las diversas representaciones. Por otra parte, la toma de conciencia, la reintegración de los recuerdos inconscientes en el yo, se describe sobre un modelo espacialmente representado definiéndose la conciencia como un «desfiladero» que no deja pasar más de un recuerdo a la vez al «espacio del yo» (2).

3.° Se sabe que Freud siempre atribuyó a Breuer el mérito de haber establecido una hipótesis que es esencial para una teoría tópica del psiquismo: en la medida en que el aparato psíquico está formado por sistemas diferentes, esta diferenciación debe poseer una significación funcional. Especialmente es por esta razón que una misma parte del aparato no puede desempeñar las dos funciones contradictorias que son la recepción de las excitaciones y la conservación de sus huellas (3).

4.° Finalmente, el estudio del sueño, reforzando la idea de un territorio inconsciente con sus propias leyes de funcionamiento, fortifica la hipótesis de una separación entre los sistemas psíquicos. Acerca de este punto, Freud señaló el valor de la intuición de Fechner, cuando éste reconoció que la escena de acción de los sueños no constituía la prolongación atenuada de la actividad representativa vigil, sino verdaderamente «otra escena» (4 *a*).

II. La primera concepción tópica del aparato psíquico se presenta en el capítulo VII de *La interpretación de los sueños* (*Die Traumdeutung*, 1900), pero puede seguirse su evolución a partir del *Proyecto de psicología científica* (*Entwurf einer Psychologie*, 1895), donde es expuesta todavía dentro del marco neurológico de un aparato neuronal, y a continuación a través de las cartas a Fliess, especialmente las del 1-I-1896 y del 6-XII-1896 (β). Ya es sabido que esta primera tópica (que será desarrollada todavía en los textos metapsicológicos de 1915) distingue tres sistemas, inconsciente*, preconsciente* y consciente*, cada uno de los cuales posee su función, su tipo de proceso, su energía de catexis, especificándose por contenidos representativos. Entre estos sistemas Freud sitúa las censuras*, que inhiben y controlan el paso del uno al otro. El término «censura», al igual que otras imágenes de Freud («antesala», «fronteras» entre sistemas) indica el aspecto espacial de la teoría del aparato psíquico.

Pero el punto de vista tópico va más allá de esta diferenciación fundamental. Por una parte, Freud, en los esquemas del capítulo VII de *La interpretación de los sueños*, así como en la carta del 6-XII-1896, postula la existencia de una sucesión de sistemas mnémicos constituidos por grupos de representaciones caracterizados por leyes de asociación distintas. Por otra parte, la diferencia entre los sistemas es correlativa de una cierta ordenación, de tal forma que el paso de la energía de uno a otro punto debe seguir un orden de sucesión determinado: los sistemas pueden ser recorridos en una dirección normal, «progresiva», o en un sentido regresivo; lo que Freud designa con el término «regresión tópica» viene ilustrado por el fenómeno del sueño, en el que los pensamientos pueden adquirir un carácter visual que llegue hasta la alucinación, regresando así a los tipos de imágenes más próximos a la percepción, situada en el origen del recorrido de la excitación.

¿Cómo debe entenderse el concepto de lugares psíquicos, que implica la teoría freudiana? Como insistió Freud, sería un error ver en ello una nueva tentativa de localización anatómica de las funciones: «Dejaré de lado totalmente el hecho de que el aparato psíquico, del que aquí nos ocupamos, nos es conocido igualmente en forma de preparación anatómica, y evitaremos cuidadosamente la tentación de determinar anatómicamente en alguna forma los lugares psíquicos» (4 *b*). Con todo, se observará que, de hecho, la referencia a la anatomía dista de estar ausente; en *La interpretación de los sueños* todo el proceso psíquico se sitúa entre una extremidad perceptiva y una extremidad motriz del aparato: el esquema del arco reflejo, al cual recurre Freud aquí, al mismo tiempo que posee función de «modelo», conserva todo su valor facial (γ). En lo sucesivo, en más de una ocasión, Freud continuará buscando, si no correspondencias precisas, por lo menos analogías, o quizá metáforas, en la estructura espacial del sistema nervioso. Así, por ejemplo, sostiene que existe una relación entre la situación periférica del córtex cerebral y el hecho de que el sistema Percepción-Conciencia recibe las excitaciones extremas.

No obstante, Freud se muestra firmemente aferrado a lo que él considera como la originalidad de su tentativa: «[...] hacer comprensible la complicación del funcionamiento psíquico descomponiendo este funcionamiento y asignando cada función particular a las diversas partes del aparato» (4 *c*). El concepto de «lugares psíquicos» implica, como es obvio, que cada parte es exterior a las demás y posee una especialización propia. Además, ofrece la posibilidad de fijar un determinado orden de sucesión a un proceso que se desarrolla en el tiempo (δ).

Por último, la comparación que Freud establece entre el aparato psíquico y un aparato óptico (por ejemplo, un microscopio compuesto) aclara lo que él entiende por *lugar psíquico:* los sistemas psíquicos corresponderían a los puntos virtuales del aparato, situados entre dos lentes, más que a sus piezas materiales (4 *d*).

III. La tesis principal de una distinción entre sistemas, y especialmente de la separación entre Inconsciente y Preconsciente-Consciente (ε), es inseparable de la concepción *dinámica*, igualmente importante en psicoanálisis, según la cual los sistemas se hallan en conflicto entre sí (*véase:* Dinámico; Conflicto psíquico). La articulación entre estos dos puntos de vista plantea el problema del origen de la distinción tópica. De un modo muy esquemático, hallaríamos en la obra de Freud dos clases muy distintas de respuesta: una, de matiz genético, que será reforzada por la segunda teoría del aparato psíquico (*véase* especialmente: Ello), consiste en suponer la aparición y diferenciación progresiva de las instancias a partir de un sistema inconsciente, cuyas raíces se hunden en lo biológico («todo lo que es consciente ha sido primeramente inconsciente»); la otra intenta explicar la constitución de un inconsciente por el proceso de la represión, solución que conduce a Freud a postular, en un primer tiempo, una represión originaria*.

IV. A partir de 1920, Freud elaboró otra concepción de la personalidad (que a menudo se designa abreviadamente con el término «segunda tópica»). El principal motivo que clásicamente se invoca para explicar este cambio es la consideración creciente de las defensas inconscientes, lo que impide hacer coincidir los polos del conflicto defensivo con los sistemas anteriormente establecidos: lo reprimido con el Inconsciente, y el yo con el sistema Preconsciente-Consciente.

De hecho, el sentido del cambio a que nos referimos no puede limitarse a esta idea, que por lo demás se hallaba presente en Freud, en forma más o menos explícita, desde hacía mucho tiempo (*véase:* Yo). Uno de los principales descubrimientos que lo hizo necesario fue el del papel desempeñado por las diversas identificaciones en la constitución de la persona y de las formaciones permanentes que aquéllas depositan en el seno de ésta (ideales, instancias críticas, imágenes de sí mismo). En su forma esquemática, esta segunda teoría hace intervenir tres «instancias»: el *ello,* polo pulsional de la personalidad; el *yo,* instancia que se erige en representante de los intereses de la totalidad de la persona y, como tal, es catectizada con libido narcisista, y por último el *superyó,* instancia que juzga y critica, constituida por la interiorización de las exigencias y prohibiciones parentales. Esta concepción no se limita a hacer intervenir las relaciones entre las tres instancias citadas, sino que, por una parte, diferencia en ellas formaciones más específicas (por ejemplo, yo ideal, ideal* del yo*) y, por consiguiente, considera, además de las relaciones «intersistémicas», relaciones «intrasistémicas»; por otra parte, lleva a atribuir singular importancia a las «relaciones de dependencia» existentes entre los diversos sistemas, y de un modo especial a encontrar en el yo, incluso en sus actividades llamadas adaptativas, la satisfacción de reivindicaciones pulsionales.

¿Qué sentido posee, dentro de esta nueva «tópica», la idea de lugares psíquicos? Ya en la elección de los términos que designan las instancias se aprecia que aquí el modelo no se ha tomado de las ciencias físicas, sino que es antropomórfico: el campo intrasubjetivo tiende a concebirse según el modelo de las relaciones intersubjetivas y los sistemas se representan como personas relativamente autónomas dentro de la persona (así, por ejemplo, se dice que el superyó se comporta sádicamente con respecto al yo). En la misma medida, la teoría científica del aparato psíquico tiende a acercarse a la forma fantasmática en que el sujeto se concibe a sí mismo y quizá incluso se constituye.

Freud no renunció a armonizar sus dos tópicas. En varios lugares de su obra da una representación sobre un modelo espacialmente representado del conjunto del aparato psíquico, en la cual coexisten las divisiones yo-ello-superyó y las divisiones inconsciente-preconsciente-consciente (5, 6). La exposición más precisa de esta tentativa se encuentra en el capítulo IV del *Esquema del psicoanálisis* (*Abriss der Psychoanalyse,* 1938).

(α) El empleo kantiano de la noción de tópica podría intentar situarse entre una concepción lógica o retórica, que es la de los antiguos, y la concepción de los lugares psíquicos, que será la de Freud. Para Kant, el buen uso lógico de los conceptos depende de nuestra capacidad de relacionar correctamente las representaciones de cosas con una u otra de nuestras facultades (sensibilidad y entendimiento).

(β) En esta última carta, en el preciso momento en que Freud elabora la teoría del aparato psíquico que será la de *La interpretación de los sueños,* la palabra *tópica* está tan cargada de significaciones anatómicas que Freud precisa que la distinción de los sistemas psíquicos no es «[...] necesariamente tópica».

(γ) Es preciso subrayar además que este pretendido esquema del arco reflejo, que devuelve en forma motriz la misma energía que ha recibido en la extremidad sensitiva, no tiene en cuenta algunos datos establecidos ya en aquella época por la fisiología nerviosa, y que Freud, neurólogo consumado, conocía perfectamente. Tal «negligencia» quizá proceda del hecho de que Freud intenta explicar, por medio de un esquema único, la circulación de la energía pulsional, calificada de «excitación interna», y la de las «excitaciones externas». Desde este punto de vista, el modelo propuesto debería entenderse fundamentalmente como un modelo del deseo, que Freud generalizaría convirtiéndolo en modelo global del sistema psicofisiológico, pretendiendo que en el sistema circularía la energía misma de las excitaciones externas. Pero probablemente existe una verdad más profunda en esta seudofisiología y en las metáforas que lleva consigo, en la medida en que conduce a representarse el deseo como un «cuerpo extraño» que, desde dentro, ataca al sujeto.

(δ) Este carácter extenso del aparato psíquico constituye un dato tan fundamental para Freud que éste llega a invertir la perspectiva kantiana, considerando que dicho carácter es el origen de la forma *a priori* del espacio: «Quizá la espacialidad sea la proyección del carácter extenso del aparato psíquico. No es verosímil ninguna otra deducción. En contraposición a Kant, serían condiciones *a priori* de nuestro aparato psíquico. La *psique* es extensa, sin saberlo» (7).

(ε) Recordemos que Freud une generalmente la conciencia al Preconsciente con el nombre de sistema Preconsciente-Consciente (*véase:* Conciencia).

TRABAJO DEL DUELO

= *Al.:* Trauerarbeit. — *Fr.:* travail du deuil. — *Ing.:* work of mourning. — *It.:* lavoro del lutto (*o* del cordoglio). — *Por.:* trabalho *o* labor do luto.

Proceso intrapsíquico, consecutivo a la pérdida de un objeto de fijación, y por medio del cual el sujeto logra desprenderse progresivamente de dicho objeto.

La expresión, que se ha vuelto clásica, «trabajo del duelo», fue introducida por Freud en *Duelo y melancolía* (*Trauer und Melancholie,* 1915). Señala por sí sola la renovación que aporta la perspectiva psicoanalítica a la comprensión de un fenómeno psíquico en el que tradicionalmente sólo se veía una atenuación progresiva y espontánea del dolor que provoca la muerte de un ser querido. Para Freud, este resultado final es la última etapa de todo un proceso interior que implica una actividad del sujeto, actividad que, por lo demás, puede fracasar, como muestra la clínica de los duelos patológicos.

El concepto de trabajo del duelo debe relacionarse con el concepto, más general, de elaboración psíquica*, concebida como una necesidad del aparato psíquico de ligar las impresiones traumatizantes. Desde los *Estudios sobre la histeria* (*Studien über Hysterie,* 1895) Freud había señalado la forma especial que adopta esta elaboración en el caso del duelo: «Poco después de la muerte del enfermo, comienza en ella [una histérica observada por Freud] el trabajo de reproducción que le trae de nuevo ante sus ojos las escenas de la enfermedad y de la muerte. Cada día pasa de nuevo por cada una de sus impresiones, llora por ellas, se consuela, por así decirlo, a satisfacción» (1).

La existencia de un trabajo intrapsíquico de duelo viene atestiguada, según Freud, por la falta de interés por el mundo exterior que aparece con la pérdida del objeto: toda la energía del sujeto parece acaparada por su dolor y sus recuerdos, hasta que «[...] el yo, obligado, por así decirlo, a decidir si quiere compartir este destino [del objeto perdido], al considerar el conjunto de las satisfacciones narcisistas que comporta el permanecer con vida, se determina a romper su lazo con el objeto desaparecido» (2 *a*). Para que tenga lugar este desprendimiento, que hará finalmente posibles nuevas catexis, es necesaria una tarea psíquica: «Cada uno de los recuerdos, cada una de las esperanzas mediante las cuales la libido se hallaba ligada al objeto, son presentificadas, sobrecatectizadas, y sobre cada una de ellas se realiza el desprendimiento de la libido» (2 *b*). En este sentido se ha dicho que el trabajo del duelo consistía en «matar al muerto» (3 *a*).

Freud mostró la gradación existente entre el duelo normal, los duelos patológicos (el sujeto se considera culpable de la muerte ocurrida, la niega, se cree influido o poseído por el difunto, cree padecer la misma enfermedad que produjo la muerte de éste, etc.) y la melancolía. De un modo muy esquemático podría decirse que, según Freud, en el duelo patológico pasa a primer plano el conflicto ambivalente; en la melancolía se pasa a una etapa suplementaria: el yo se identifica con el objeto perdido.

Después de Freud, los psicoanalistas han intentado explicar el fenómeno del duelo normal a partir de sus formas patológicas, depresiva y melancólica, pero también maníaca, insistiendo especialmente en el papel desempeñado por la ambivalencia* y la función de la agresividad hacia el muerto, en la medida en que aquélla permitiría el desprendimiento con respecto a éste.

Estos datos psicopatológicos se han relacionado fructíferamente con los datos proporcionados por la antropología cultural acerca del duelo en algunas sociedades primitivas, las creencias colectivas y los ritos que lo acompañan.

TRABAJO ELABORATIVO

= *Al.:* Durcharbeitung *o* Durcharbeiten. — *Fr.:* perlaboration. — *Ing.:* working-through. — *It.:* elaborazione. — *Por.:* perlaboração.

Proceso en virtud del cual el analizado integra una interpretación y supera las resistencias que ésta suscita. Se trataría de una especie de trabajo psíquico que permite al sujeto aceptar ciertos elementos reprimidos y librarse del dominio de los mecanismos repetitivos. El trabajo elaborativo es constante en la cura, pero actúa especialmente en ciertas fases en que el tratamiento parece estancado y en las que una resistencia, aunque interpretada, persiste.

Correlativamente, desde el punto de vista técnico, el trabajo elaborativo resulta favorecido por interpretaciones del analista consistentes especialmente en mostrar cómo las significaciones de que se trata se vuelven a encontrar en diferentes contextos.

El verbo substantivado *durcharbeiten* ha hallado un equivalente satisfactorio en el término inglés *working-through*, al que recurren a menudo los autores franceses. En efecto, el idioma corriente no permite una traducción exacta. Esto obliga, ya sea a admitir términos como «elaboración interpretativa», que constituyen un comentario del concepto, ya sea a proponer neologismos: esta es la solución que adoptan los autores con *perlaboration*. En cuanto al término elaboration, que se encuentra en algunos traductores, lo consideramos inadecuado; en efecto, corresponde mejor a los términos alemanes *bearbeiten* o *verarbeiten*, que se encuentran también en los textos freudianos; por otra parte, implica un matiz de «dar forma», que ofrece el peligro de alterar el sentido de *durcharbeiten* (*véase:* Elaboración psíquica).

¿No guarda relación esta dificultad terminológica con la imprecisión del concepto?

Desde los *Estudios sobre la histeria* (*Studien über Hysterie*, 1895), se encuentra expuesta la idea de que el analizado realiza durante la cura cierto trabajo; los propios términos *durcharbeiten* y *Durcharbeitung* los utiliza Freud sin conferirles una significación bien específica (1).

Esta significación sólo la adquirirán en el artículo *Recuerdo, repetición y elaboración* (1914), cuyo título induce a pensar que el trabajo elaborativo constituye un recurso de la cura comparable a la evocación de los recuerdos reprimidos y a la repetición en la transferencia. De hecho, el sentido que Freud le atribuye permanece bastante oscuro. Resaltan en este texto los siguientes rasgos:

a) el trabajo elaborativo actúa sobre las resistencias;

b) generalmente sigue a la interpretación de una resistencia, que parece no producir efecto; en este sentido, un período de relativo estancamiento puede ocultar este trabajo eminentemente positivo, que Freud considera como el principal factor de la eficacia terapéutica;

c) permite pasar del rechazo o de la aceptación puramente intelectuales a una convicción basada en la experiencia vivida (*Erleben*) de las pulsiones reprimidas que «alimentan la resistencia» (2 *a*). En este sentido, el sujeto realiza el trabajo elaborativo «internándose en la resistencia» (2 *b*).

Freud apenas articula el concepto de trabajo elaborativo con los de rememoración y de repetición. Con todo, parece tratarse, en su opinión, de un tercer término en los que vendrían a juntarse los otros dos; en efecto, el trabajo elaborativo es ciertamente una repetición, pero modificada por la interpretación y, por ello, susceptible de favorecer el trabajo elaborativo del sujeto frente a sus mecanismos repetitivos. Freud, sin duda porque considera el carácter vívido y resolutivo del trabajo elaborativo, ve en él un homólogo de lo que representaba la abreacción en el tratamiento hipnótico.

La distinción tópica que introduce Freud en *Inhibición, síntoma y angustia* (*Hemmung, Symptom und Angst*, 1926) entre resistencia del ello y resistencia del yo le permite disipar ciertas ambigüedades del texto anterior: la represión no desaparece una vez superada la resistencia del yo; hace falta además «[...] vencer la fuerza de la compulsión a la repetición, la atracción que ejercen los prototipos inconscientes sobre

el proceso pulsional reprimido» (3); en esto basa la necesidad del trabajo elaborativo. Éste podría definirse, desde este punto de vista, como el proceso capaz de suprimir la insistencia repetitiva propia de las formaciones inconscientes, poniéndolas en relación con el conjunto de la personalidad del sujeto.

En los citados textos de Freud, el trabajo elaborativo se describe indiscutiblemente como un trabajo efectuado por el analizado. Los autores que, después de Freud, han insistido sobre la necesidad del trabajo elaborativo, no han dejado de subrayar la parte que en él cumple siempre el analista. Citemos, a título de ejemplo, las siguientes líneas de Melanie Klein: «Nuestra experiencia cotidiana confirma sin cesar la necesidad del trabajo elaborativo: así, vemos pacientes que, en una cierta fase, han adquirido *insight*, negar este mismo *insight* en las sesiones siguientes; en ocasiones parecen incluso haber olvidado que alguna vez lo habían hecho suyo. Sólo extrayendo nuestras conclusiones del material, tal como reaparece en diferentes contextos, e interpretándolo gradualmente, ayudamos de un modo progresivo al paciente a adquirir el *insight* en forma más duradera» (4).

TRABAJO DEL SUEÑO

= *Al.:* Traumarbeit. — *Fr.:* travail du rêve. — *Ing.:* dream-work. — *It.:* lavoro del sogno. — *Por.:* trabalho *o* labor do sonho.

Conjunto de las operaciones que transforman los materiales del sueño (estímulos corporales, restos diurnos*, pensamientos del sueño*) en un producto: el sueño manifiesto. El efecto de este trabajo es la deformación*.

Al final del capítulo IV de *La interpretación de los sueños* (*Die Traumdeutung*, 1900) Freud escribe: «El trabajo psíquico en la formación del sueño se divide en dos operaciones: la producción de los pensamientos del sueño y su transformación en contenido [manifiesto] del sueño» (1 *a*). Esta segunda operación es la que, en sentido estricto, constituye el trabajo del sueño, cuyos cuatro mecanismos analiza Freud: *Verdictung* (condensación*), *Verschiebung* (desplazamiento*), *Rücksicht auf Darstellbarkeit* (consideración de la representabilidad) y *sekundäre Bearbeitung* (elaboración secundaria*).

En cuanto a la naturaleza de este trabajo, Freud sostiene dos proposiciones complementarias:

1) no es un trabajo creador, sino que se contenta con transformar los materiales;
2) sin embargo, es este trabajo, y no el contenido latente, lo que constituye la *esencia del sueño*.

La tesis del carácter no creativo del sueño implica, por ejemplo, que «[...] *todo lo que se encuentra en los sueños como actividad aparente de la función del juicio* [cálculos, razonamiento] *debe considerarse, no como una operación intelectual del trabajo del sueño, sino como perteneciente al material de los pensamientos del sueño*» (1 *b*). Éstos se ofrecen como material al trabajo del sueño, el cual obedece a «[...] una especie de necesidad imperiosa de combinar en una sola unidad todas las fuentes que han actuado como estímulos del sueño» (1 *c*).

En cuanto al segundo punto (el sueño es esencialmente el trabajo que en él se realiza), Freud insiste en él en sus *Observaciones sobre la teoría y la práctica de la interpretación de los sueños* (*Bemerkungen zur Theorie und Praxis der Traumdeutung*, 1923) (2), donde previene a los analistas contra un respeto excesivo hacia un «misterioso inconsciente». La misma idea se patentiza en diversas notas añadidas a *La interpretación de los sueños* y que constituyen una especie de llamada al orden. Por ejemplo: «Durante mucho tiempo se han confundido los sueños con su contenido manifiesto. Es preciso no confundirlos ahora con los pensamientos latentes» (1 *d*).

TRANSFERENCIA

= *Al.:* Übertragung. — *Fr.:* transfert. — *Ing.:* transference. — *It.:* traslazione *o* transfert. — *Por.:* transferência.

Designa, en psicoanálisis, el proceso en virtud del cual los deseos inconscientes se actualizan sobre ciertos objetos, dentro de un determinado tipo de relación establecida con ellos y de un modo especial, dentro de la relación analítica.

Se trata de una repetición de prototipos infantiles, vivida con un marcado sentimiento de actualidad.

Casi siempre lo que los psicoanalistas denominan transferencia, sin otro calificativo, es la transferencia en la cura.

La transferencia se reconoce clásicamente como el terreno en el que se desarrolla la problemática de una cura psicoanalítica, caracterizándose ésta por la instauración, modalidades, interpretación y resolución de la transferencia.

La palabra *transferencia* no pertenece exclusivamente al vocabulario psicoanalítico. En efecto, posee un sentido muy general, parecido al de transporte, pero que implica un desplazamiento de valores, de derechos, de entidades, más que un desplazamiento material de objetos (ejemplos: transferencia de fondos, transferencia de propiedad, etc.). En psicología, se utiliza en varias acepciones: transferencia sensorial (traducción de una percepción de un campo sensorial a otro); transferencia de sentimientos (1); y, sobre todo, en la psicología experimental moderna, transferencia de aprendizaje y de hábitos (los progresos obtenidos en el aprendizaje de una determinada forma de actividad implican una mejora en el ejercicio de una actividad distinta). Esta transferencia de aprendizaje se denomina, en ocasiones, positiva, y se contrapone a una transferencia llamada negativa, que designa la interferencia negativa de un primer aprendizaje sobre un segundo aprendizaje (α).

Si se encuentra una especial dificultad en proponer una definición de transferencia, se debe a que este término ha adquirido, para muchos autores, una extensión muy amplia, llegando a designar el conjunto de

los fenómenos que constituyen la relación del paciente con el psicoanalista, por lo cual comporta, mucho más que cualquier otro término, el conjunto de las concepciones de cada analista acerca de la cura, su objeto, su dinámica, su táctica, sus metas, etc. Así, en este concepto se hallan implicados una serie de problemas que son objeto de clásicas discusiones:

a) Referentes a la especificidad de la transferencia en la cura: ¿la situación analítica no haría más que proporcionar, merced al rigor y a la constancia de sus coordenadas, una ocasión privilegiada de manifestación y observación de fenómenos que se encuentran también en otras circunstancias?

b) Referentes a la relación entre la transferencia y la realidad: ¿qué apoyo puede encontrarse en una noción tan problemática como la de «arreal» o tan difícil de determinar como la de realidad de la situación analítica, para apreciar el carácter adaptado o no adaptado a esta realidad, transferencial o no, de una determinada manifestación aparecida durante la cura?

c) Respecto de la función de la transferencia en la cura: ¿cuál es el valor terapéutico respectivo *del recurso* y de la repetición vivida?

d) Respecto de la naturaleza de lo que se transfiere: ¿se trata de pautas de comportamiento, tipos de relación de objeto, sentimientos positivos o negativos, afectos, carga libidinal, fantasmas, conjunto de una imago o rasgo particular de ésta, o incluso instancia en el sentido de la última teoría del aparato psíquico?

El hallazgo de las manifestaciones de transferencia en psicoanálisis, fenómeno acerca del cual Freud nunca dejó de subrayar hasta qué punto su aparición resultaba extraña (2), permitió reconocer en otras situaciones la acción de la transferencia, ya sea porque ésta se encuentre en el fundamento mismo de la relación en juego (hipnosis, sugestión), ya sea porque desempeñe, dentro de ciertos límites a valorar, un papel importante (médico-enfermo, y también maestro-alumno, director espiritual-penitente, etc.). Asimismo, en los antecedentes inmediatos del análisis, la transferencia mostró la amplitud de sus efectos, en el *Caso Ana O...* tratado por Breuer según el «método catártico», mucho antes de que el terapeuta supiera identificarla como tal y, sobre todo, utilizarla (β). También en la historia del concepto, en Freud, existe una separación cronológica entre las concepciones explícitas y la experiencia efectiva, separación que comprobó a sus expensas, como él mismo observó en el *Caso Dora*. De ello se deduce que, si se intenta seguir la evolución de la transferencia en el pensamiento de Freud, se debe ir más allá de sus enunciados y descubrir su intervención en las curas cuya descripción ha llegado hasta nosotros.

Cuando Freud, refiriéndose al sueño, habla de «transferencia», de «pensamientos de transferencia», designa con estos términos un tipo de desplazamiento* en el que el deseo inconsciente se expresa y se disfraza a través del material proporcionado por los restos preconscientes de la vigilia (3 *a*). Pero sería erróneo ver aquí un mecanismo distinto del invocado para explicar lo que Freud encontró en la cura: «[...] la representación inconsciente es, como tal, incapaz de penetrar en el preconsciente, y sólo puede ejercer su efecto entrando en conexión con una representación anodina que pertenezca ya al preconsciente, transfiriendo su intensidad sobre ella y ocultándose en ella. Tal es el hecho de la transferencia, que explica tantos fenómenos sorprendentes de la vida mental de los neuróticos» (3 *b*). De igual forma, en los *Estudios sobre la histeria* (*Studien über Hysterie*, 1895), Freud explicaba los casos en que una determinada paciente transfería sobre la persona del médico las representaciones inconscientes: «El contenido del deseo aparecía primeramente en la conciencia de la enferma sin ningún recuerdo de las circunstancias ambientales que hubieran hecho referirlo al pasado. Entonces el deseo presente, en función de la compulsión a asociar que dominaba en la conciencia, se ligaba a una persona que ocupaba legítimamente los pensamientos de la enferma; y, como resultado de esta unión inadecuada que yo denomino falsa conexión, se despertaba el mismo afecto que en otra época había impulsado a la paciente a rechazar este deseo prohibido» (4 *a*).

En un principio, la transferencia, para Freud, por lo menos desde un punto de vista teórico, no es más que un caso particular de desplazamiento del afecto de una representación a otra. Si es elegida preferentemente la representación del analista, ello se debe a la vez a que constituye una especie de «resto diurno» siempre a disposición del sujeto, y a que este tipo de transferencia favorece la resistencia, por cuanto la declaración del deseo reprimido se vuelve particularmente difícil cuando debe hacerse a la misma persona a la que apunta (4 *b*, 5 *a*). También puede apreciarse que, en aquella época, la transferencia se consideraba como un fenómeno muy localizado. Cada transferencia se debía tratar como cualquier otro síntoma (4 *c*), a fin de mantener o restablecer una relación terapéutica basada en una cooperación confiada, en la que Freud hace intervenir, entre otros factores, la influencia personal del médico (4 *d*), sin relacionarla para nada con la transferencia.

Parece, pues, que en un principio Freud consideró que la transferencia no formaba parte de la esencia de la relación terapéutica. Esta idea vuelve a encontrarse incluso en el *Caso Dora*, en el cual, sin embargo, el papel de la transferencia aparece como fundamental, hasta el punto de que Freud, en el comentario crítico que añade al relato del caso, atribuye la interrupción prematura de la cura a un defecto de interpretación de la transferencia. Numerosas expresiones ponen de manifiesto que Freud no asimila el conjunto de la cura, en su estructura y dinámica, a una relación de transferencia: «¿Qué son las *transferencias*? Son reimpresiones, reproducciones de las mociones y de los fantasmas, que deben ser develados y hechos conscientes a medida que progresa el análisis; lo característico de ellas es la substitución de una persona anteriormente conocida por la persona del médico» (6). Acerca de estas transferencias (obsérvese el plural) Freud indica que no son diferentes por naturaleza, tanto si se dirigen al analista como a alguna otra persona, y, por

otra parte, sólo pueden convertirse en aliados de la cura a condición de ser explicadas y «destruidas» una por una.

La integración progresiva del descubrimiento del complejo de Edipo no podía dejar de repercutir en la forma en que entiende Freud la transferencia. Ferenczi había mostrado, desde 1909 (7), cómo en el análisis, pero también en las técnicas de sugestión y de hipnosis, el paciente hacía inconscientemente desempeñar al médico el papel de las figuras parentales amadas o temidas. Freud, en la primera exposición de conjunto dedicada a la transferencia (1912), subraya que ésta va ligada a «prototipos», imagos* (principalmente la imago del padre, pero también la de la madre, del hermano, etc.): «[...] el médico será insertado en una de las "series" psíquicas que el paciente tiene ya formadas» (5 *b*).

Freud descubre que lo que se revive en la transferencia es la relación del sujeto con las figuras parentales, y especialmente la ambivalencia* pulsional que caracteriza dicha relación: «Era necesario que [el paciente de *Análisis de un caso de neurosis obsesiva*] se convenciese, por el doloroso camino de la transferencia, de que su relación con el padre implicaba realmente este complemento inconsciente» (8). En este sentido, Freud distingue dos transferencias: una positiva, otra negativa, una transferencia de sentimientos de ternura y otra de sentimientos hostiles (γ). Se observará la similitud entre estos términos y los de componentes positivo y negativo del complejo de Edipo.

Esta extensión del concepto de transferencia, que hace de ésta un proceso que estructura el conjunto de la cura según el prototipo de los conflictos infantiles, conduce a Freud a establecer una noción nueva, la de neurosis de transferencia*: «[...] constantemente llegamos a atribuir a todos los síntomas de la enfermedad una nueva significación transferencial, a reemplazar la neurosis corriente por una neurosis de transferencia, de la cual [el enfermo] puede ser curado mediante el trabajo terapéutico» (9).

Desde el punto de vista de su *función en la cura*, Freud primeramente clasifica la transferencia, de forma más o menos explícita, entre los «obstáculos» fundamentales que se oponen al recuerdo del material reprimido (4 *e*). Pero, también desde un principio, señala su aparición como frecuente o incluso general: «[...] podemos estar seguros de encontrarla en todo análisis relativamente serio» (4 *f*). Asimismo, en este momento de su pensamiento, Freud constata que el mecanismo de la transferencia sobre la persona del médico se desencadena en el mismo momento en que están a punto de ser develados algunos contenidos reprimidos especialmente importantes. En este sentido, la transferencia aparece como una forma de resistencia* y señala al mismo tiempo la proximidad del conflicto inconsciente. Así, Freud descubre desde un principio lo que produce la contradicción misma de la transferencia y explica las formulaciones tan dispares que se han dado acerca de su función: en un sentido es, en comparación con el recuerdo verbalizado, «resistencia de transferencia» *(Übertragungswiderstand)*: en otro sentido, en la medida en que constituye, tanto para el sujeto como para el analista, un modo privilegiado de captar «en caliente» e *in statu nascendi* los elementos del conflicto infantil, es el terreno en el que se realiza,

dentro de una actualidad irrecusable, la problemática singular del paciente, donde éste se ve confrontado a la existencia, a la permanencia, a la fuerza de sus deseos y fantasmas inconscientes: «Es el terreno en el que debe obtenerse la victoria [...]. Es innegable que la tarea de domar los fenómenos de transferencia plantea al psicoanalista las máximas dificultades; pero no debe olvidarse que tales fenómenos son precisamente los que nos proporcionan el inestimable servicio de actualizar y manifestar las mociones amorosas, ocultas y olvidadas; ya que, a fin de cuentas, no es posible dar muerte a algo *in absentia* o *in effigie*» (5 *c*).

Sin duda, esta segunda dimensión adquiere una importancia progresivamente creciente a los ojos de Freud: «La *transferencia*, tanto en su forma positiva como negativa, se pone al servicio de la *resistencia;* pero, en manos del médico, se convierte en el más potente de los instrumentos terapéuticos y desempeña un papel difícil de sobrevalorar en la dinámica del proceso de curación» (10).

Pero también se apreciará, a la inversa, que, incluso cuando Freud va más lejos en reconocer el carácter privilegiado de la repetición en la transferencia («el enfermo no puede acordarse de todo lo que está reprimido en él y quizá precisamente no puede recordar lo esencial [...]. Más bien se ve obligado a repetir lo reprimido, como experiencia vivida en el presente» [11 *a*]), no deja de subrayar inmediatamente la necesidad que tiene el analista «[...] de limitar al máximo el ámbito de esta neurosis de transferencia, de presionar la mayor cantidad posible de contenido hacia el camino del recuerdo y abandonar lo menos posible a la repetición» (11 *b*).

Freud sostuvo siempre que el ideal de la cura era el recuerdo completo y, cuando éste se muestra imposible, se confía a las «construcciones»* para llenar las lagunas del pasado infantil. En contrapartida, no valora jamás por sí misma la relación transferencial, ni desde la perspectiva de una abreacción* de las experiencias infantiles, ni desde la de una corrección de un modo «arreal» de relación de objeto.

Refiriéndose a las manifestaciones de la transferencia, en los *Estudios sobre la histeria*, Freud escribe: «[...] este nuevo síntoma que ha aparecido sobre el antiguo modelo [debe ser tratado] de igual modo que los anteriores síntomas» (4 *f*). Asimismo, más tarde, cuando describe la neurosis de transferencia como una «enfermedad artificial» que ha venido a substituir a la neurosis clínica, ¿no admite una equivalencia, tanto económica como estructural, entre las reacciones transferenciales y los síntomas propiamente dichos?

En efecto, en ocasiones Freud explica la aparición de la transferencia como un «[...] compromiso entre las exigencias [de la resistencia] y las del trabajo de investigación» (5 *d*). Pero desde un principio reconoce que las manifestaciones transferenciales son tanto más imperiosas cuanto más próximo se encuentra el «complejo patógeno», y cuando las relaciona con una compulsión a la repetición* indica que esta compulsión no puede manifestarse en la transferencia «[...] antes de que el trabajo de la cura haya venido a su encuentro relajando la represión» (11 *c*). Desde el *Caso Dora*, en el que compara las transferencias a verdaderas «reim-

presiones» que a menudo no implican deformación alguna respecto a las fantasías inconscientes, hasta *Más allá del principio del placer* (*Jenseits des Lustprinzips*, 1920), donde dice que la reproducción en la transferencia «[...] se presenta con una fidelidad no deseada [y que] tiene siempre como contenido un fragmento de la vida sexual infantil, y por tanto del complejo de Edipo y sus ramificaciones [...]» (11 *d*), cada vez se destacará más la idea de que en la transferencia se actualiza lo esencial del conflicto infantil.

Ya es sabido que, en *Más allá del principio del placer*, la repetición en la transferencia constituye uno de los datos invocados por Freud para justificar el hecho de situar en primer plano la compulsión a la repetición: en la cura se repiten situaciones y emociones, en las que finalmente se expresa la indestructibilidad de la fantasía inconsciente.

Cabe preguntarse entonces qué sentido debe darse a lo que Freud denomina *resistencia de transferencia*. En *Inhibición, síntoma y angustia* (*Hemmung, Symptom und Angst*, 1926), la relaciona con las resistencias del yo, en la medida en que, oponiéndose al recuerdo, renueva en lo actual la acción de la represión. Pero conviene observar que, en el mismo texto, la compulsión a la repetición se califica, en el fondo, de *resistencia del ello* (*véase:* Compulsión a la repetición).

Por último, cuando Freud habla de repetición, en la transferencia, de las experiencias del pasado, de las actitudes hacia los padres, etc., esta repetición no debe tomarse en un sentido realista que limitaría la actualización a relaciones *efectivamente* vividas; por una parte, lo que se transfiere es, en esencia, la realidad psíquica*, es decir, en el fondo, el deseo inconsciente y las fantasías con él relacionadas; por otra parte, las manifestaciones transferenciales no son repeticiones literales, sino equivalentes simbólicos, de lo que es transferido.

Una de las críticas que clásicamente se ha dirigido contra el autoanálisis*, en cuanto a su eficacia terapéutica, es el hecho de que suprime, por definición, la existencia y la intervención de una relación interpersonal.

Freud había indicado ya el carácter limitado del autoanálisis; además subrayó el hecho de que, a meudo, la interpretación sólo es aceptada en la medida en que la transferencia, actuando como sugestión, confiere al analista una autoridad privilegiada. Pero puede decirse que fueron los sucesores de Freud los que hicieron resaltar plenamente el papel del analista como *otro* en la cura, y esto en varios sentidos:

1.° En la prolongación de la segunda teoría freudiana del aparato psíquico, la cura psicoanalítica puede entenderse como el lugar en que los conflictos intrasubjetivos, ellos mismos secuelas de las relaciones intersubjetivas de la infancia, reales o fantasmáticas, van a manifestarse de nuevo en una relación abierta a la comunicación. Como el propio Freud hizo notar, el analista puede encontrarse, por ejemplo, en la posición del superyó; de un modo más general puede decirse que todo el juego de identificaciones* tendrá ocasión de desplegarse y de «desatarse».

2.° En la línea de pensamiento que ha conducido a valorar el concepto de relación de objeto*, los autores se han dedicado a ver intervenir, en la *relación* de transferencia (δ), las modalidades privilegiadas de las relaciones del sujeto con sus diferentes tipos de objetos (parciales o totales). Como ha hecho observar M. Balint, se llega entonces a «[...] interpretar cada detalle de la transferencia del paciente en términos de relación objetal» (12). Este enfoque puede conducir incluso a intentar hallar en la evolución de la cura la sucesión genética de las fases.

3.° Desde otra perspectiva, se puede hacer hincapié en el singular valor que adquiere la palabra en la cura, y por consiguiente en la relación transferencial. Esta dimensión se encuentra ya presente en los mismos orígenes del psicoanálisis, ya que, en la catarsis, se resaltaba tanto o más la verbalización de los recuerdos reprimidos (*talking cure*) que la abreacción de los afectos. Sin embargo, cuando Freud describe las manifestaciones más irrecusables de transferencia, sorprende ver que las clasifica bajo el epígrafe del «actuar»* (*Agieren*), y opone al recuerdo la repetición como experiencia vivida. Cabe preguntarse si tal oposición es verdaderamente esclarecedora para reconocer la transferencia en su doble dimensión de actualización del pasado y de desplazamiento sobre la persona del analista.

En efecto, no se ve por qué el analista se hallaría menos implicado cuando el sujeto *le* refiere un determinado acontecimiento de su pasado o *le* narra un determinado sueño (ε), que cuando lo involucra en una conducta.

Al igual que el «actuar», el decir del paciente es una forma de relación que puede tener por finalidad, por ejemplo, complacer al analista, mantenerlo a distancia, etc.; al igual que el decir, el actuar es una forma de vehiculizar una comunicación (por ejemplo, acto fallido).

4.° Por último, como reacción frente a una tesis extrema que consideraría la transferencia como un fenómeno puramente espontáneo, una proyección sobre la pantalla constituida por el analista, algunos autores han intentado completar la teoría según la cual la transferencia dependería, fundamentalmente, de un elemento propio del sujeto, la *disposición a la transferencia*, señalando lo que, en la situación analítica, favorecería la aparición de aquélla.

Se ha insistido, ora, como lo ha hecho Ida Macalpine (13), sobre los factores reales del ambiente analítico (constancia de las condiciones, frustración, posición infantil del paciente), ora sobre la relación de *demanda* que el análisis instaura desde un principio y por medio de la cual «[...] todo el pasado se entreabre, hasta el fondo de la primera infancia. Demandar, es lo único que el sujeto ha hecho siempre, sólo por ello ha podido vivir, y nosotros acogemos la continuación de esta demanda [...]. La regresión muestra únicamente el retorno al presente de significantes usados en demandas para las cuales hay prescripción» (14).

No escapó a Freud la existencia de una correlación entre la situación analítica como tal y la transferencia. Indicó incluso que, si bien podían encontrarse diversos tipos de transferencia, materna, fraterna, etc.

«[...] las relaciones reales con los médicos hacen que sea la imago del padre [...] la determinante [...]» (5 *e*).

(α) Se observará que los psicólogos de lengua inglesa disponen de dos términos: *transfer* y *transference*, y al parecer han reservado el segundo para designar la transferencia en sentido psicoanalítico (véase *English y English*, artículos «Transfer» y «Transference»).
(β) Acerca de las consecuencias de este episodio, véase Jones E., *La vida y obra de Sigmund Freud* (*Sigmund Freud, Life and work*, 1953-1955-1957) (t. I).
(γ) Se advierte que las palabras *positivo* y *negativo* califican aquí la naturaleza de los afectos transferidos y no la repercusión, favorable o desfavorable, de la transferencia sobre la cura. Según Daniel Lagache: «[...] los términos "efectos positivos" y "negativos" de la transferencia resultarían más comprensivos y más exactos. Ya es sabido que la transferencia de sentimientos positivos puede tener efectos negativos; y a la inversa, la expresión de sentimientos negativos puede constituir un progreso decisivo [...]» (15).
(δ) Se observará la presencia de este término en Freud (16).
(ε) Por ejemplo los llamados «sueños de complacencia», entendiendo por tales los sueños cuyo análisis muestra que en ellos se realiza un deseo de satisfacer al analista, de confirmar sus interpretaciones, etc.

TRANSFORMACIÓN (DE UNA PULSIÓN) EN LO CONTRARIO

= *Al.*: Verkehrung ins Gegenteil. — *Fr.*: renversement dans le contraire. — *Ing.*: reversal into the oposite. — *It.*: conversione nell'opposto. — *Por.*: interversão do impulso *o* da pulsão.

Proceso en virtud del cual el fin de una pulsión se transforma en su contrario, al pasar de la actividad a la pasividad.

En *Las pulsiones y sus destinos* (*Triebe und Triebschicksale*, 1915), Freud, considerando los «destinos pulsionales», incluye entre ellos, además de la represión y la sublimación, la transformación en lo contrario y la vuelta* hacia la propia persona. Inmediatamente indica que estos dos procesos (el primero de los cuales afecta al fin, el segundo al objeto) se hallan, en realidad, tan íntimamente ligados entre sí (como se observa en los dos principales ejemplos, el del sadismo-masoquismo y el del voyeurismo-exhibicionismo) que resulta imposible describirlos por separado.

La vuelta del sadismo en masoquismo implica, a la vez, el paso de la actividad a la pasividad y una inversión de papeles entre el que inflige los sufrimientos y el que los soporta. Este proceso puede detenerse en una fase intermedia, en la cual existe ciertamente una vuelta hacia la propia persona (cambio de objeto), pero el fin no se ha vuelto pasivo sino simplemente reflexivo (hacerse sufrir a sí mismo). En su forma completa, en la que se ha realizado el paso a la pasividad, el masoquismo implica «[...] que se busca a una persona ajena como nuevo objeto que, en virtud de la transformación del fin, debe asumir el papel del sujeto» (1 *a*). Tal transformación no puede concebirse sin hacer intervenir una ordenación fantaseada, en el cual el otro individuo se convierte imaginariamente en el sujeto al cual se atribuye la actividad pulsional.

Los dos procesos pueden evidentemente funcionar en el sentido opuesto: transformación de la pasividad en actividad, vuelta desde la propia persona hacia otro: «[...] que la pulsión se vuelva desde el objeto hacia el yo o que se vuelva desde el yo hacia el objeto [...] esto no es, en principio, diferente» (2).

Cabe preguntarse si el retorno de la libido, a partir de un objeto exterior, sobre el yo (libido del yo* o narcisista) no podría designarse también como «vuelta hacia la propia persona». Se observará que, en este caso, Freud prefirió utilizar expresiones como la de «retirada de la libido sobre o en el yo».

Además de la transformación de la actividad en pasividad, que afecta al modo, a la «forma» de la actividad, Freud considera una transformación «del contenido», o transformación «material»: el del amor en odio. Pero hablar aquí de transformación sólo le pareció válido en un plano puramente descriptivo; en efecto, amor y odio no pueden comprenderse como destinos de una misma pulsión. Tanto en la primera (1 *b*) como en la segunda (3) teoría de las pulsiones, Freud les atribuye un origen diferente.

Anna Freud clasificó entre los mecanismos de defensa la transformación en lo contrario y la vuelta hacia la propia persona, y se preguntó si no debían considerarse como los procesos defensivos más primitivos (4). (*Véase:* Identificación con el agresor). Algunos pasajes de Freud hablan en igual sentido (1 *c*).

TRAUMA, TRAUMATISMO (PSÍQUICO)

= *Al.*: Trauma. — *Fr.*: trauma *o* traumatisme. — *Ing.*: trauma. — *It.*: trauma. — *Por.*: trauma, traumatismo.

Acontecimiento de la vida del sujeto caracterizado por su intensidad, la incapacidad del sujeto de responder a él adecuadamente y el trastorno y los efectos patógenos duraderos que provoca en la organización psíquica.
En términos económicos, el traumatismo se caracteriza por un aflujo de excitaciones excesivo, en relación con la tolerancia del sujeto y su capacidad de controlar y elaborar psíquicamente dichas excitaciones.

Trauma y traumatismo son términos utilizados ya antiguamente, en medicina y cirugía. *Trauma*, que viene del griego τραῦμα = herida, y deriva de τιτρώσκω = perforar, designa una herida con efracción; *traumatismo* se reservaría más bien para designar las consecuencias sobre el *conjunto* del organismo de una lesión resultante de una violencia externa. Pero no siempre se halla implícita la noción de efracción del revestimiento cutáneo; así, por ejemplo, se habla de «traumatismos cráneo-cerebrales cerrados». Se observa también que en medicina los dos términos «trauma» y «traumatismo» tienden a utilizarse como sinónimos.

El psicoanálisis ha recogido estos términos (en Freud sólo se encuentra *Trauma*) transponiendo al plano psíquico las tres significaciones inherentes a los mismos: la de un choque violento, la de una efracción y la de consecuencias sobre el conjunto de la organización.

El concepto de traumatismo remite, ante todo, como el propio Freud indicó, a una concepción económica*: «Llamamos así a una experiencia

vivida que aporta, en poco tiempo, un aumento tan grande de excitación a la vida psíquica, que fracasa su liquidación o su elaboración por los medios normales y habituales, lo que inevitablemente da lugar a trastornos duraderos en el funcionamiento energético» (1 *a*). El aflujo de excitaciones es excesivo en relación a la tolerancia del aparato psíquico, tanto si se trata de un único acontecimiento muy violento (emoción intensa) como de una acumulación de excitaciones, cada una de las cuales, tomada aisladamente, sería tolerable; falla ante todo el principio de constancia*, al ser incapaz el aparato de descargar la excitación.

Freud dio, en *Más allá del principio del placer* (*Jenseits des Lustprinzips*, 1920), una representación figurada de este estado de cosas, considerándolo al nivel de una relación elemental entre un organismo y su medio ambiente: la «vesícula viva» se mantiene resguardada de las excitaciones externas por medio de una capa protectora o protector contra las excitaciones*, que sólo deja pasar cantidades de excitación tolerables. Cuando esta capa experimenta una efracción extensa, nos hallamos ante el trauma: la tarea del aparato consiste entonces en movilizar todas las fuerzas disponibles, a fin de establecer contracatexis*, fijar sobre el terreno las cantidades de excitación aferentes y restablecer así las condiciones de funcionamiento del principio de placer.

Es clásico definir los comienzos del psicoanálisis (entre 1890 y 1897) del siguiente modo: en el terreno teórico, la etiología de la neurosis se atribuye a experiencias traumáticas pasadas, haciendo retroceder cada vez más la época de estas experiencias, a medida que profundizan las investigaciones analíticas, desde la edad adulta a la infancia; en cuanto a la técnica, la eficacia de la cura se busca en la abreacción* y la elaboración psíquica* de las experiencias traumáticas. Asimismo es clásico señalar que tal concepción pasó paulatinamente a segundo plano.

Durante este período de creación del psicoanálisis, el trauma designa, ante todo, un acontecimiento personal de la historia del sujeto, cuya fecha puede establecerse con exactitud, y que resulta subjetivamente importante por los afectos penosos que puede desencadenar. No puede hablarse de acontecimientos traumáticos de un modo absoluto, sin tener en cuenta la «susceptibilidad» *(Empfänglichkeit)* propia del sujeto. Para que exista trauma en sentido estricto, es decir, falta de abreacción de la experiencia, la cual persiste en el psiquismo a modo de un «cuerpo extraño», deben darse determinadas condiciones objetivas. Ciertamente, el acontecimiento, por su «misma naturaleza», puede excluir la posibilidad de una abreacción completa (por ejemplo, «pérdida de un ser querido y aparentemente insubstituible»); pero, aparte de este caso extremo, lo que confiere al acontecimiento su valor traumático son determinadas circunstancias específicas: condiciones psicológicas en las que se encuentra el sujeto en el momento del acontecimiento («estado hipnoide»* de Breuer), situación efectiva (circunstancias sociales, exigencias de la tarea que se está efectuando) que dificulta o impide una reacción adecuada («retención») y finalmente, sobre todo, según Freud, el conflicto psíquico que impide al sujeto integrar en su personalidad consciente la experiencia que le ha sobrevenido (defensa). Además, Breuer y Freud ob-

servan que una serie de acontecimientos, cada uno de los cuales no actuaría como trauma, pueden sumar sus efectos («sumación») (2 *a*).

Se aprecia que, bajo la diversidad de condiciones establecidas en los *Estudios sobre la histeria* (*Studien über Hysterie*, 1895), existe un denominador común, el factor económico, siendo las consecuencias del trauma la incapacidad del aparato psíquico de liquidar las excitaciones según el principio de constancia. Asimismo se concibe la posibilidad de establecer una serie que se extendería desde el acontecimiento cuya eficacia patógena se debe a su violencia y a lo inopinado de su aparición (por ejemplo, un accidente), hasta el acontecimiento cuyo poder patógeno obedece a su inserción en una organización psíquica que comporta ya sus puntos de ruptura muy particulares.

El valor concedido por Freud al conflicto defensivo en la génesis de la histeria y, en general, de las «psiconeurosis de defensa», no disminuye la función del traumatismo, aunque complica la teoría del mismo. Señalemos, ante todo, que, durante los años 1895-1897, se afirma cada vez más la tesis según la cual el trauma es esencialmente sexual y que, durante el mismo período, el traumatismo originario se descubre en la vida prepuberal.

No es éste el lugar adecuado para presentar en forma sistemática la concepción de Freud en aquella época acerca de la articulación entre el trauma y la defensa, tanto más cuanto que sus puntos de vista acerca de la etiología de las psiconeurosis se hallaban en constante evolución. Con todo, varios textos del citado período (3, 4) exponen o suponen una tesis muy precisa, que tiende a explicar cómo el acontecimiento traumático desencadena, por parte del yo, en lugar de las defensas normales habitualmente utilizadas frente a un acontecimiento penoso (por ejemplo, desviación de la atención), una «defensa patológica» (cuyo modelo es, entonces, para Freud la represión), la cual acúa según el proceso primario.

La acción del trauma se descompone en varios elementos y supone siempre la existencia de, por lo menos, dos acontecimientos: en una primera escena, llamada de seducción, el niño sufre una tentativa sexual por parte de un adulto, sin que ésta despierte en él excitación sexual; una segunda escena, a menudo de apariencia anodina, y ocurrida después de la pubertad, evoca, por algún rasgo asociativo, la primera. Es el recuerdo de la primera el que desencadena un aflujo de excitaciones sexuales que desbordan las defensas del yo. Si bien Freud denomina traumática la primera escena, se observa que, desde un punto de vista estrictamente económico, este carácter sólo le es conferido con posterioridad*; o incluso: solamente como recuerdo la primera escena se vuelve posteriormente patógena, en la medida en que provoca un aflujo de excitación interna. Esta teoría otorga su pleno sentido a la célebre fórmula de los *Estudios sobre la histeria:* «[...] los histéricos sufren sobre todo de reminiscencias» *(der Hysterische leide[t] grösstenteils an Reminiszenzen)* (2 *b*).

Al mismo tiempo, vemos modificarse la apreciación del papel desempeñado por el acontecimiento exterior. La idea del traumatismo psíquico

deja de ser una copia del traumatismo físico, por cuanto la segunda escena no actúa por su propia energía, sino solamente en la medida en que despierta una excitación de origen endógeno. En este sentido, la concepción de Freud, que resumimos aquí, prepara ya el camino hacia la idea según la cual la eficacia de los acontecimientos externos proviene de las fantasías* que activan, y del aflujo de excitación pulsional que desencadenan. Pero, por otra parte, se aprecia que Freud no se contenta, en aquella época, con describir el trauma como el despertar de una excitación interna por efecto de un acontecimiento exterior que es solamente su causa desencadenante; siente la necesidad de relacionar a su vez este acontecimiento con un acontecimiento anterior que sitúa en el origen de todo el proceso (*véase:* Seducción).

En los años siguientes, el alcance etiológico del trauma fue disminuyendo en favor de la vida fantasmática y de las fijaciones a las diversas fases libidinales. El «punto de vista traumático», aun cuando no resulta «abandonado», como subraya el propio Freud (1 *b*), se integra en una concepción que hace intervenir otros factores, como la constitución y la historia infantil. El traumatismo, que desencadena la neurosis en el adulto, constituye una serie complementaria* junto con la predisposición que a su vez incluye dos factores complementarios, endógeno y exógeno:

«Etiología de la neurosis = Disposición por fijación de la libido + Acontecimiento accidental (traumático)

Disposición por fijación de la libido → Constitución sexual (acontecimiento prehistórico) | Acontecimiento infantil»

Se observará que, en este cuadro dado por Freud en las *Lecciones de introducción al psicoanálisis* (*Vorlesungen zur Einführung in die Psychoanalyse*, 1915-1917) (1 *c*), el término «traumatismo» designa un acontecimiento que sobreviene en un segundo tiempo y no las experiencias infantiles que se hallan en el origen de las fijaciones. El alcance del trauma se reduce y su originalidad disminuye: en efecto, se tiende a asimilar, en el desencadenamiento de la neurosis, a lo que Freud, en otras formulaciones, denominó *Versagung* (frustración*).

Pero, mientras la *teoría traumática de la neurosis* adquiere una importancia más relativa, la existencia de las neurosis de accidente y, sobre todo, de las neurosis de guerra, vuelve a situar en el primer plano de las preocupaciones de Freud el problema del trauma, bajo la forma clínica de las *neurosis traumáticas**.

Este interés lo atestigua, desde un punto de vista teórico, el trabajo *Más allá del principio del placer*. Se vuelve a utilizar la definición económica del trauma como efracción, lo cual conduce a Freud a hacer la hipótesis de que un aflujo excesivo de excitación anula inmediatamente el principio de placer*, obligando al aparato psíquico a realizar una tarea más urgente «más allá del principio del placer», tarea que consiste en ligar las excitaciones de tal forma que se posibilite su descarga ulterior.

La repetición de los sueños en los que el sujeto revive intensamente el accidente y se coloca de nuevo en la situación traumática, como para controlarla, es atribuida a una compulsión a la repetición*. De un modo más general, puede decirse que el conjunto de fenómenos clínicos en los que Freud ve actuar esta compulsión, pone en evidencia que el principio de placer, para poder funcionar, exige que se cumplan determinadas condiciones, que son abolidas por la acción del traumatismo, en la medida en que éste no es una simple perturbación de la economía libidinal, sino que viene a amenazar más radicalmente la integridad del sujeto (*véase:* Ligazón).

Por último, en la teoría de la angustia, renovada en *Inhibición, síntoma y angustia* (*Hemmung, Symptom und Angst*, 1926), y, de un modo más general, en la segunda tópica, el concepto de trauma adquirirá un valor creciente, aparte de toda referencia a la neurosis traumática propiamente dicha. El yo, al desencadenar la señal de angustia*, intenta evitar ser desbordado por la aparición de la angustia automática que caracteriza la situación traumática, en la cual el yo se halla indefenso (*véase:* Desamparo). Esta concepción lleva a establecer una especie de simetría entre el peligro externo y el peligro interno: el yo es atacado desde dentro, es decir, por las excitaciones pulsionales, *como* lo es desde fuera. El modelo simplificado de la vesícula viva, tal como Freud lo presentó en *Más allá del principio del placer* (véase *supra*), deja de ser válido.

Finalmente se observará que, buscando el núcleo del peligro, Freud lo encuentra en un aumento, más allá de lo tolerable, de la tensión resultante de un aflujo de excitaciones internas que exigen ser liquidadas. Esto es lo que, en último término, explicaría, según Freud, el «traumatismo del nacimiento».

U

UNIÓN — DESUNIÓN (DE LAS PULSIONES)

= *Al.:* Triebmischung - Triebentmischung. — *Fr.:* union - désunion (des pulsions). — *Ing.:* fusion - defusion (of instincts). — *It.:* fusione - defusione (delle pulsioni). — *Por.:* fusão - defusão (dos impulsos *o* das pulsões).

Términos utilizados por Freud, dentro de su última teoría de las pulsiones, para describir las relaciones entre las pulsiones de vida y las pulsiones de muerte, tal como se traducen en una determinada manifestación concreta.

La unión de las pulsiones constituye una verdadera mezcla, en la que cada uno de los dos componentes puede entrar en proporciones variables; la desunión designa un proceso que, en el caso extremo, conduciría a un funcionamiento independiente de las dos clases de pulsiones, persiguiendo cada una por separado su propio fin.

La última teoría de las pulsiones, con su oposición radical entre pulsiones de vida* o pulsiones de muerte* hace que se plantee la pregunta: ¿Cuáles son, en un determinado comportamiento, en un determinado síntoma, la parte respectiva y el modo de asociación de los dos grandes tipos de pulsiones? ¿Cuál es su interacción, su dialéctica, a través de las etapas evolutivas del sujeto?

Se comprende que este nuevo dualismo pulsional indujera a Freud a considerar las relaciones de fuerza entre las pulsiones antagónicas (α).

En efecto, en lo sucesivo se reconocerá a las fuerzas destructivas el mismo poder que a la sexualidad; se enfrentan en el mismo terreno y se encuentran en comportamientos (sadomasoquismo), instancias (superyó), tipos de relación de objeto, que se ofrecen a la investigación psicoanalítica.

Con todo, se observará que el problema de la unión de las dos grandes pulsiones no fue abordada por Freud en forma simétrica en cuanto a los dos términos presentes. Cuando Freud habla de desunión, intenta designar, explícita o implícitamente, el hecho de que la *agresividad** habría logrado romper todo nexo con la sexualidad*.

¿Cómo concebir la unión de las dos pulsiones? Freud no se mostró muy preocupado por precisarla. Entre las diferentes nociones que entran en la definición de la pulsión, hace intervenir sobre todo las de objeto* y fin*. Pero la convergencia de las dos pulsiones, aisladas en su dinámica, sobre un solo y mismo objeto, no parece por sí sola poder definir la intrincación; en efecto, la ambivalencia*, que corresponde a esta definición, es para Freud el ejemplo más llamativo de una desunión o de una «unión que no se ha realizado» (1 *a*). Además de una armonización de los fines, es necesaria una especie de síntesis cuyo matiz específico corresponde a la sexualidad: «Creemos que el sadismo y el masoquismo nos ofrecen dos ejemplos excelentes de la unión de dos clases de pulsiones, Eros y agresividad, y establecemos la hipótesis de que esta relación constituye un prototipo, que todas las mociones pulsionales que podemos estudiar son también uniones o alianzas similares de las dos clases de pulsiones; uniones, naturalmente, en las que las proporciones son muy diversas. Las pulsiones eróticas son las que, en la desunión, introducirían la diversidad de sus fines sexuales, mientras que, para el otro tipo de pulsiones, sólo existirían atenuaciones y grados decrecientes dentro de su tendencia, que es siempre la misma» (2). En la misma línea de pensamiento, Freud, al describir la evolución de la sexualidad, muestra cómo en ella la agresividad entra al servicio de la pulsión sexual (3).

Al ser la unión de las pulsiones una mezcla, Freud insiste, en varias ocasiones, en que pueden darse todas las proporciones imaginables entre Eros y agresividad, pudiendo decirse que existe aquí una especie de serie complementaria*: «Las modificaciones en la proporción de las pulsiones que están unidas pueden tener las mayores consecuencias. Un exceso de agresividad sexual hace de un enamorado un sádico asesino, una gran disminución del factor agresivo le vuelve tímido o impotente» (4 *a*).

La desunión, por el contrario, podría definirse como el resultado de un proceso que otorgaría a cada una de las pulsiones la autonomía de su fin. Postulada por Freud en los orígenes míticos del ser vivo, esta autonomía de las dos grandes clases de pulsiones sólo puede concebirse como un estado límite, del cual la experiencia clínica sólo puede proporcionar aproximaciones, concibiéndose éstas, en general, como regresiones en relación con un movimiento ideal que integraría cada vez más la agresividad a la función sexual. Uno de los mejores ejemplos de desunión de las pulsiones lo constituye, según Freud, la ambivalencia de la neurosis obsesiva (1 *b*).

Así, pues, *in abstracto*, podría concebirse la existencia de dos series complementarias: una, *cuantitativa*, dependería de la proporción de libido y de agresividad, unidas entre sí en cada caso; en la otra, variaría el *estado* de unión o desunión relativa de las dos pulsiones entre sí. De hecho, se trata aquí, según Freud, de dos formas poco coherentes entre sí, de expresar el mismo pensamiento. En efecto, libido y agresividad no deben concebirse como dos ingredientes simétricos. La libido, como es sabido, constituye para Freud factor de ligazón *(Bindung)*, de unión; por el contrario, la agresividad tiende por sí misma a «disolver las rela-

ciones» (4 *b*). Esto equivale a decir que, cuanto más predomine la agresividad, más tenderá a desintegrarse la unión pulsional; y a la inversa, cuanto más prevalezca la libido, más se realizará la unión: «[...] la esencia de una regresión de la libido, por ejemplo, de la fase genital a la fase anal-sádica, estriba en una desunión de las pulsiones, mientras que, a la inversa, el progreso de la fase anterior a la fase genital definitiva presupone la adición de componentes eróticos» (1 *c*).

Para explicar la idea según la cual las pulsiones de muerte y pulsiones de vida se combinan entre sí, Freud utilizó distintos términos: *Verschmelzung*, «fusión» (3 *b*); *Legierung*, «alianza» (5); *sich kombinieren*, «combinarse» (4 *c*). Pero el par que él adoptó y entró a formar parte de la terminología psicoanalítica fue *Mischung* (o *Vermischung*) — *Entmischung*. *Mischung* significa mezcla (por ejemplo, de dos líquidos en tal o cual proporción); *Entmischung* = separación de los elementos de la mezcla.

En francés los equivalentes más generalmente admitidos, siguiendo la propuesta efectuada por la Comisión lingüística de la Sociedad psicoanalítica de París (24 de julio de 1927), fueron: *intrication-désintrication*. Si bien estos términos tienen la ventaja de patentizar la complementariedad de los dos procesos inversos, presentan, a nuestro modo de ver, varios inconvenientes:

1.° *intriquer* viene del latín *intricare:* «intrincar, enredar», que a su vez deriva de la palabra griega θρεξ: «cabello», y sugiere un enmarañamiento de elementos accidentalmente «inextricables», pero que persisten por naturaleza distintos;

2.° se presta mal a la idea, que es esencial en el concepto freudiano, de una mezcla íntima que puede producirse en proporciones variables;

3.° en el par *intrication-désintrication*, el primer término es el que implica el matiz desfavorable de un estado de complicación, mientras que *désintrication* sugiere, por el contrario, la idea de que se ha logrado desenredar una madeja enmarañada. *En este sentido*, ¿no podría compararse el proceso de la cura analítica a una *désintrication*?

En inglés ha sido generalmente adoptado el par *fusion-defusion*. Traducido al francés, presentaría el inconveniente de prestarse a equívocos, dada la pluralidad de significados de la palabra «fusión» («fusión» en física significa no solamente mezcla, sino también el paso del estado sólido al estado líquido; metafóricamente se habla de *état fusionnel*, etc.) y el carácter poco evocador del neologismo *défusion*.

En ausencia de un término simétrico al de mezcla, nos hemos decidido por el par *unión-desunión*.

(α) Hagamos observar que, desde que apareció en psicoanálisis la hipótesis de una pulsión agresiva independiente, se dejó sentir la necesidad de un concepto que indicara su alianza con la pulsión sexual: Adler habla de entrelazamiento pulsional *(Triebverschränkung)* para designar el hecho de que «el mismo objeto sirve simultáneamente para satisfacer varias pulsiones» (6).

V

VISCOSIDAD DE LA LIBIDO

= *Al.:* Klebrigkeit der Libido. — *Fr.:* viscosité de la libido. — *Ing.:* adhesiveness of the libido. — *It.:* vischiosità della libido. — *Por.:* viscosidade da libido.

Cualidad postulada por Freud para explicar la mayor o menor capacidad de la libido para fijarse a un objeto o a una fase y su mayor o menor dificultad en cambiar sus catexis una vez éstas se han producido. La viscosidad variaría según los individuos.

En los textos de Freud se encontrarán varios términos afines para designar esta cualidad de la libido: *Haftbarkeit* (adherencia) o *Fähigkeit zur Fixierung* (fijabilidad o capacidad de fijación), *Zähigkeit* (tenacidad), *Klebrigkeit* (viscosidad), *Trägheit* (inercia).

Estos dos últimos términos son los que Freud utiliza de preferencia. Observemos que el término «viscosidad» evoca la representación freudiana de la libido como una corriente líquida. Cuando Freud, en los *Tres ensayos sobre la teoría* (*Drei Abhandlungen zur Sexualtheorie*, 1905), introduce el concepto de fijación* de la libido, supone la existencia de un factor que, junto con lo vivido accidental, explicaría la intensidad de la fijación (*véase:* Serie complementaria): «[...] factor psíquico de origen desconocido [...] una *adherencia* o una *fijabilidad* elevada de estos acontecimientos de la vida sexual» (1).

Esta concepción la mantedrá Freud a todo lo largo de su obra. Insiste en ella especialmente en dos contextos:

a) A nivel teórico, cuando trata de reconstruir la evolución de la sexualidad infantil y sus fijaciones, especialmente en *Historia de una neurosis infantil* (*Aus der Geschichte einer infantilen Neurose*, 1918): «[El paciente] defendía cada posición libidinosa, una vez alcanzada, por la angustia de salir perdiendo al abandonarla, y por temor a no encontrar, en la posición siguiente, un substitutivo plenamente satisfactorio. Se trata de una particularidad psicológica importante y fundamental, que

describí en los *Tres ensayos sobre la teoría sexual*, designándola como capacidad de fijación» (2 *a*).

b) En la teoría de la cura, para indicar uno de los límites de la acción terapéutica. En algunos individuos, «[...] los procesos provocados por la cura se desarrollan mucho más lentamente que en otros, porque, según parece [estos pacientes] no pueden decidirse a desprender de un objeto las catexis libidinales y a desplazarlas hacia un nuevo objeto, aun cuando no podamos descubrir la razón específica de tal fidelidad de catexis» (3).

Por lo demás, Freud hace observar que una movilidad excesiva de la libido puede constituir un obstáculo inverso, ya que los resultados del análisis son entonces extremadamente frágiles.

¿Cómo concibe Freud, en último análisis, esta viscosidad, esta fijabilidad, que puede constituir un gran obstáculo terapéutico? Ve en ella algo de irreductible, «un número primo» (2 *b*), elemento no analizable e imposible de modificar, que define, la mayoría de las veces, como un factor constitucional que se acentúa con el envejecimiento.

La viscosidad de la libido parece testimoniar una especie de inercia psíquica comparable a la entropía en un sistema físico: en las transformaciones de energía psíquica, jamás habría medio de movilizar toda la cantidad de energía que se ha fijado en un determinado momento. En este sentido Freud utiliza a veces la expresión junguiana *inercia psíquica*, a pesar de las reservas que formula en contra del valor explicativo, demasiado amplio, que Jung concede a esta noción en la etiología de las neurosis.

VUELTA HACIA LA PROPIA PERSONA

= *Al.*: Wendung gegen die eigene Person. — *Fr.*: retournement sur la personne propre. — *Ing.*: turning round upon the subject's own self. — *It.*: riflessione sulla propria persona. — *Por.*: volta contra si mesmo.

Proceso mediante el cual la pulsión reemplaza un objeto independiente por la propia persona.

Véase: **Transformación en lo contrario.**

Y

YO

= *Al.*: Ich. — *Fr.*: moi. — *Ing.*: ego. — *It.*: io. — *Por.*: ego.

Instancia que Freud distingue del ello y del superyó en su segunda teoría del aparato psíquico.

Desde el punto de vista *tópico*, el yo se encuentra en una relación de dependencia, tanto respecto a las reivindicaciones del ello como a los imperativos del superyó y a las exigencias de la realidad. Aunque se presenta como mediador, encargado de los intereses de la totalidad de la persona, su autonomía es puramente relativa.

Desde el punto de vista *dinámico*, el yo representa eminentemente, en el conflicto neurótico, el polo defensivo de la personalidad; pone en marcha una serie de mecanismos de defensa, motivados por la percepción de un afecto displacentero (señal de angustia).

Desde el punto de vista *económico*, el yo aparece como un factor de ligazón de los procesos psíquicos; pero, en las operaciones defensivas, las tentativas de ligar la energía pulsional se contaminan de los caracteres que definen el proceso primario: adquieren un matiz compulsivo, repetitivo, arreal.

La teoría psicoanalítica intenta explicar la *génesis* del yo dentro de dos registros relativamente heterogéneos, ya sea considerándolo como un aparato adaptativo diferenciado a partir del ello en virtud del contacto con la realidad exterior, ya sea definiéndolo como el resultado de identificaciones que conducen a la formación, dentro de la persona, de un objeto de amor catectizado por el ello.

En relación con la primera teoría del aparato psíquico, el yo es más extenso que el sistema preconsciente-consciente, dado que sus operaciones defensivas son en gran parte inconscientes.

Desde un punto de vista histórico, el concepto tópico del yo es el resultado de una noción que se halla constantemente presente en Freud desde los orígenes de su pensamiento.

En la medida en que existen en Freud dos teorías tópicas del aparato psíquico, la primera de las cuales hace intervenir los sistemas inconsciente, preconsciente-consciente, y la segunda las tres instancias ello, yo y superyó, es corriente en psicoanálisis admitir que el concepto de yo no adquiere un sentido estrictamente psicoanalítico, técnico, hasta des-

pués de lo que se ha llamado la «vuelta» de 1920. Por lo demás, este profundo cambio de la teoría habría correspondido, en la práctica, a una nueva orientación, dirigida hacia el análisis del yo y de sus mecanismos de defensa, más que a sacar a luz los contenidos inconscientes. Ciertamente, nadie ignora que Freud hablaba de «yo» *(Ich)* desde sus primeros escritos, pero generalmente lo haría, según se sostiene, de forma poco especificada (α), designando entonces este término la personalidad en conjunto. Las concepciones más detalladas en las cuales se atribuyen al yo funciones bien determinadas dentro del aparato psíquico (por ejemplo, en el *Proyecto de psicología científica* [*Entwurf einer Psychologie,* 1895]), se considera que prefiguran de un modo aislado los conceptos de la segunda tópica. De hecho, como veremos, la historia del pensamiento freudiano es mucho más compleja: por una parte, el estudio del conjunto de textos freudianos no permite localizar dos acepciones del yo correspondientes a dos períodos distintos: la noción de yo siempre ha estado presente, aun cuando se haya renovado por aportaciones sucesivas (narcisismo, establecimiento del concepto de identificación, etc.). Por otra parte, la «vuelta» de 1920 no puede limitarse a la definición del yo como instancia central de la personalidad: como es sabido, implica otras muchas aportaciones esenciales que modifican la estructura de conjunto de la teoría y sólo pueden ser debidamente apreciadas en sus correlaciones. Por último, no creemos deseable intentar establecer desde un principio una neta distinción entre el yo como *persona* y el yo como *instancia,* puesto que la articulación de estas dos acepciones forma precisamente el núcleo de la problemática del yo. En Freud este problema se halla implícitamente presente muy pronto y persiste incluso después de 1920. La ambigüedad terminológica que se pretendería denunciar y eliminar oculta un problema de fondo.

Independientemente de las preocupaciones relativas a la historia del pensamiento freudiano, algunos autores, llevados de un deseo de clarificación, han intentado señalar una diferencia conceptual entre el yo como instancia, como subestructura de la personalidad, y el yo en tanto que se presenta como objeto de amor para el propio individuo—el yo del amor propio según La Rochefoucauld, el yo catectizado de libido narcisista según Freud—. Así, por ejemplo, Hartmann ha propuesto disipar el equívoco que existiría en el concepto de narcisismo y en un término como el de catexis del yo *(Ich-Besetzung, ego-cathexis):* «Cuando se utiliza el término *narcisismo,* a menudo parecen confundirse dos pares antitéticos: el primero se refiere al sí mismo [*self*], la propia persona en oposición al objeto; el segundo alude al yo (como sistema psíquico) en oposición a las otras subestructuras de la personalidad. Sin embargo, lo contrario de catexis del objeto no es catexis del yo [*ego-cathexis*], sino catexis de la propia persona, es decir, catexis de sí mismo [*self-cathexis*]; cuando hablamos de catexis de sí mismo, ello no presupone que la catexis esté situada en el ello, en el yo o en el superyó [...]. Por consiguiente, se aclararían las cosas definiendo el narcisismo como la catexis libidinal, no del yo, sino del sí mismo» (1).

A nuestro juicio, esta posición anticipa, en virtud de una distinción meramente conceptual, la respuesta a algunos problemas esenciales. De un modo general, lo que aporta el psicoanálisis con su concepción del yo corre el peligro de pasar parcialmente ignorado si se yuxtapone simplemente una acepción del término considerada como específicamente psicoanalítica a otras acepciones juzgadas tradicionales y, *a fortiori,* si se intenta desde un principio representar diferentes sentidos por medio de otros tantos vocablos distintos. Freud no solamente encuentra y utiliza las acepciones clásicas, oponiendo, por ejemplo, el organismo al ambiente, el sujeto al objeto, el interior al exterior, sino que utiliza el propio término de *Ich* a estos distintos niveles, e incluso aprovecha la ambigüedad de este empleo, lo que indica que no excluye de su campo ninguna de las significaciones adscritas al término *yo (moi et je) (Ich)* (β).

I. El concepto de yo Freud lo utiliza desde sus primeros trabajos, y resulta interesante ver cómo se desprenden de los textos del período 1894-1900 cierto número de temas y de problemas que se volverán a encontrar más tarde.

Lo que condujo a Freud a transformar radicalmente la concepción tradicional del yo fue la experiencia clínica de las neurosis. La psicología y, sobre todo, la psicopatología de las proximidades de 1880 conducen, en virtud del estudio de las «alteraciones y desdoblamientos de la personalidad», de los «estados segundos», etc., a desmantelar la noción de un yo que es uno y permanente. Es más, un autor como P. Janet pone en evidencia la existencia, en la histeria, de un desdoblamiento *simultáneo* de la personalidad: tiene lugar la «[...] formación, en el espíritu, de dos grupos de fenómenos: uno que constituye la personalidad ordinaria; el otro, que por lo demás es susceptible de subdividirse, forma una personalidad anormal distinta de la primera y completamente ignorada por ella» (2). En este desdoblamiento de la personalidad Janet ve una consecuencia del «estrechamiento del campo de la conciencia», de una «debilidad de la síntesis psicológica», que produce en el histérico una «autotomía». «La personalidad no puede percibir todos los fenómenos, y sacrifica definitivamente algunos de ellos; es una especie de autotomía, y estos fenómenos abandonados se desarrollan aisladamente, sin que el sujeto tenga conocimiento de su actividad» (3). Ya es sabido que la aportación de Freud en la interpretación de tales fenómenos consiste en ver en ellos la expresión de un *conflicto* psíquico: ciertas representaciones son el objeto de una *defensa,* debido a que son *inconciliables (unverträglich)* con el yo.

En el período 1895-1900 la palabra *yo* es utilizada a menudo por Freud en diversos contextos. Puede resultar cómodo ver cómo opera esta noción según el registro en que es utilizada: *teoría de la cura, modelo del conflicto defensivo, metapsicología del aparato psíquico.*

1.° En el capítulo de los *Estudios sobre la histeria* titulado «Psicoterapia de la histeria», Freud describe cómo el material patógeno inconsciente, cuyo carácter altamente organizado subraya, sólo puede ser conquistado de un modo paulatino. La conciencia o «conciencia del yo» es considerada como un desfiladero que no deja pasar más de un recuerdo patógeno a la vez y que puede ser bloqueado mientras el trabajo ela-

borativo *(Durcharbeitung)* no haya vencido las resistencias: «Uno de los recuerdos que se halla en vías de surgir en la conciencia permanece allí ante el enfermo hasta que éste lo ha recibido en el espacio del yo» (4 *a*). Se señala aquí la íntima conexión existente entre la conciencia y el yo (atestiguada por el término: *conciencia del yo*), y también la idea de que el yo es más extenso que la conciencia actual; aquél es un verdadero dominio (que Freud pronto asimilará al «Preconsciente»).

Las *resistencias* manifestadas por el paciente se describen en un primer análisis, en los *Estudios sobre la histeria*, como viniendo del yo «que encuentra placer en la defensa». Si una determinada técnica permite burlar momentáneamente su viligancia, «en todas las ocasiones realmente serias, se recupera, vuelve a encontrar sus fines y prosigue su resistencia» (4 *b*). Pero, por otra parte, el yo está infiltrado por el «núcleo patógeno» inconsciente, de forma que el límite entre ambos aparece en ocasiones como puramente convencional. Es más, «de esta misma infiltración emanaría la resistencia» (4 *c*). Aquí se encuentra ya bosquejado el problema de una resistencia propiamente inconsciente, problema que, más tarde, suscitará dos distintas respuestas en Freud: el recurrir a la noción de un yo inconsciente, y también la noción de una resistencia propia del ello.

2.° La noción de yo se halla constantemente presente en las primeras elaboraciones que propone Freud del *conflicto* neurótico. Se dedica a especificar la defensa en distintos «modos», «mecanismos», «procedimientos», «dispositivos» correspondientes a las diversas psiconeurosis: histeria, neurosis obsesiva, paranoia, confusión alucinatoria, etc. En el origen de estas diversas modalidades del conflicto se sitúa la incompatibilidad de una representación con el yo.

Así, por ejemplo, en la histeria el yo interviene como instancia defensiva, pero de un modo complejo. El decir que el yo se *defiende* no se halla exento de ambigüedad. Esta fórmula puede comprenderse del siguiente modo: el yo, como campo de conciencia, situado ante una situación conflictiva (conflicto de intereses, de deseos, o incluso de deseos y prohibiciones) e incapaz de dominarla, se defiende evitándola, no queriendo saber nada de ella; en este sentido, el yo sería el campo que debe ser preservado del conflicto por la actividad defensiva. Pero el conflicto psíquico que Freud ve actuar presenta otra dimensión: es el yo como «masa dominante de representaciones» lo que se ve amenazado por *una* representación considerada como *inconciliable* con él: tiene lugar una represión por el yo. El *Caso Lucy R...*, uno de los primeros en que Freud establece la noción de conflicto y la parte que en él desempeña el yo, ilustra de un modo especial esta ambigüedad: Freud no se satisface con la sola explicación según la cual el yo, por carecer del «valor moral» necesario, no quiere saber nada del «conflicto de afectos» que le perturba; la cura sólo progresa en la medida en que se ocupa de esclarecer «símbolos mnémicos» sucesivos, símbolos de escenas en las que aparece un deseo inconsciente bien preciso, en lo que ofrece de inconciliable con la imagen de sí misma que la paciente intenta mantener.

Precisamente porque el yo toma parte en el conflicto, el motivo de la acción defensiva o, como dice a veces Freud a partir de esta época, su

señal, es el sentimiento de displacer que le afecta y que, para Freud, se halla directamente ligado a esta inconciliabilidad (4 *d*).

Por último, si bien la operación defensiva de la histeria se atribuye al yo, esto no implica que se conciba únicamente como consciente y voluntaria. En el *Proyecto de psicología científica*, en el que Freud da un esquema de la defensa histérica, uno de los puntos importantes que intenta explicar es «[...] por qué un *proceso del yo* se acompaña de efectos que habitualmente sólo encontramos en los procesos primarios» (5 *a*): en la formación del «símbolo mnémico» que es el síntoma histérico, todo el quantum de afecto, toda la significación, se hallan desplazados de lo simbolizado al símbolo, lo que no ocurre en el pensamiento normal. Esta utilización del proceso primario por el yo sólo interviene cuando éste se ve incapaz de hacer funcionar sus defensas normales (por ejemplo, atención, evitación). En el caso del recuerdo de un trauma sexual (*véase:* Posterioridad; Seducción), el yo se ve sorprendido por un ataque interno y no puede hacer más que «dejar que intervenga un proceso primario» (5 *b*). La situación de la «defensa patológica» con respecto al yo no se halla, pues, determinada en forma unívoca: en un sentido, el yo es ciertamente el agente de la defensa, pero, en la medida en que sólo puede defenderse separándose de lo que le amenaza, abandona la representación inconciliable a un tipo de proceso que escapa a su control.

3.° En la primera elaboración *metapsicológica* dada por Freud del funcionamiento psíquico, se atribuye a la noción de yo un papel de primer orden. En el *Proyecto de psicología científica*, la función del yo es fundamentalmente inhibidora. En lo que Freud describe como «experiencia de satisfacción» *(véase este término)*, el yo interviene para impedir que la catexis de la imagen mnémica del primer objeto satisfactorio adquiera una fuerza tal que desencadene un «indicio de realidad» a igual título que la percepción de un objeto real. Para que el indicio de realidad adquiera valor de *criterio* para el sujeto, es decir, para que se evite la alucinación y para evitar que la descarga se produzca tanto en la ausencia como en la presencia del objeto real, es necesario que se inhiba el proceso primario, que consiste en una libre propagación de la excitación hasta la imagen. Se ve, pues, que, si bien el yo es lo que permite al sujeto no confundir sus procesos internos con la realidad, no es debido a que posea un acceso privilegiado a lo real, un patrón con el cual compararía las representaciones. Este acceso directo a la realidad Freud lo reserva a un sistema autónomo llamado «sistema percepción» (designado por las letras W o ω), muy distinto del sistema ψ del cual forma parte el yo que funciona de un modo totalmente diferente.

Freud describe el yo como una «organización» de neuronas (o, traducido al lenguaje menos «fisiológico» utilizado por Freud en otros textos, una organización de representaciones) caracterizada por varios rasgos: facilitación de las vías asociativas interiores de este grupo de neuronas, catexis constante por una energía de origen endógeno, es decir, pulsional, distinción entre una parte permanente y una parte variable. La permanencia en él de un nivel de catexis es lo que permite al yo inhibir los procesos primarios, no sólo los que conducen a la alucinación, sino también aquellos capaces de provocar displacer («defensa pri-

maria»). La catexis del deseo hasta la alucinación, el desarrollo total de displacer que comporta un gasto total de la defensa, todo esto lo designamos con el término *procesos psíquicos primarios;* por el contrario, los procesos que sólo son posibles en virtud de una buena catexis del yo y que representan una moderación de los anteriores son los *procesos psíquicos secundarios*» (5 *c*) (γ).

Vemos, pues, que el yo no es definido por Freud como el conjunto del individuo, ni siquiera como el conjunto del aparato psíquico; es sólo una parte de éste. Con todo, esta tesis debe completarse, en la medida en que la relación del yo con el individuo, tanto en la dimensión biológica de éste (organismo) como en su dimensión psíquica, es de una importancia privilegiada. Esta ambigüedad constitutiva del yo se encuentra en la dificultad de dar un sentido unívoco a la noción de interior, de excitación interna. La excitación endógena se concibe sucesivamente como viniendo del interior del cuerpo, más tarde del interior del aparato psíquico, y por último como almacenada en el yo definitivo como reserva de energía *(Vorratsträger):* hay aquí una serie de encajamientos sucesivos, que, si se prescinde de los esquemas explicativos mecanicistas que Freud da de ellos, inducen a concebir la idea de un yo como una especie de metáfora realizada del organismo.

II. El capítulo metapsicológico de *La interpretación de los sueños* (exposición de la «primera» teoría del aparato psíquico, que, de hecho, se nos aparece más bien, a la luz de los trabajos póstumos de Freud, como una segunda metapsicología) muestra diferencias manifiestas en relación con las concepciones anteriores. Se establece la diferenciación sistemática entre los sistemas Inconsciente, Preconsciente, Consciente, dentro del marco de un «aparato» en el que no interviene la noción de yo.

A raíz de su descubrimiento del sueño como «vía real hacia el inconsciente», Freud hace recaer el acento especialmente sobre los mecanismos primarios del «trabajo del sueño»* y sobre la forma como imponen su ley al material preconsciente. El paso de un sistema a otro se concibe como traducción o, según una comparación óptica, como paso de un medio a otro dotado de un índice de refracción distinto. No falta en el sueño la acción defensiva, pero ésta no es englobada en modo alguno por Freud bajo el término «yo». Diversos aspectos que podían reconocérsele en los trabajos anteriores se encuentran aquí repartidos en distintos niveles:

1.º el yo como agente defensivo lo encontramos, por una parte, en la censura*; conviene señalar, además, que ésta posee una función esencialmente prohibitiva, que impide asimilarla a una organización compleja capaz de hacer intervenir mecanismos diferenciados como los que Freud reconoce en los conflictos neuróticos;

2.º la función moderadora e inhibidora ejercida por el yo sobre el proceso primario se vuelve a encontrar en el sistema *Pcs*, tal como funciona en el pensamiento durante la vigilia. Con todo, se observará la diferencia existente a este respecto entre la concepción del *Proyecto* y

la de *La interpretación de los sueños*. El sistema *Pcs* es el lugar mismo del funcionamiento del proceso secundario, mientras que el yo, en el *Proyecto*, era lo que inducía el proceso secundario, en función de su propia organización;

3.º el yo como organización libidinalmente catectizada se encuentra explícitamente como portador del deseo de dormir, en el que Freud ve el motivo de la formación del sueño (6) (δ).

III. El período 1900-1915 puede definirse como un período de tanteos en lo que respecta a la noción de yo. Esquemáticamente puede decirse que la investigación freudiana opera en cuatro direcciones:

1.ª En los trabajos más teóricos de Freud acerca del funcionamiento del aparato psíquico, alude al modelo establecido en 1900 basándose en el ejemplo del sueño, llevándolo hasta sus últimas consecuencias, sin hacer intervenir el concepto de yo en las diferenciaciones tópicas ni el de *pulsiones del yo** en las consideraciones energéticas (7).

2.ª Respecto a las relaciones entre el yo y la realidad, no puede hablarse de un verdadero cambio en la solución del problema sino de un desplazamiento del acento. La referencia fundamental sigue siendo la de la experiencia de satisfacción y de la alucinación primitiva:

a) se valoriza el papel de «la experiencia de la vida»: «Solamente la falta persistente de la satisfacción esperada, la decepción, es lo que ha dado lugar al abandono de esta tentativa de satisfacción por medio de la alucinación. En su lugar, el aparato psíquico hubo de decidirse a representar el estado real del mundo exterior y a intentar una modificación real» (8 *a*);

b) el establecimiento de dos grandes principios del funcionamiento psíquico añade algo a la distinción entre proceso primario y proceso secundario. El principio de realidad* aparece como una ley que viene a imponer desde el exterior sus exigencias al aparato psíquico, el cual tiende progresivamente a hacerlas suyas;

c) Freud concede a las exigencias del principio de realidad un soporte privilegiado. Se trata de las pulsiones de autoconservación*, que abandonan más rápidamente el funcionamiento según el principio de placer y que, susceptibles de ser educados más aprisa por la realidad, proporcionan el substrato energético de un «yo-realidad» que «[...] no tiene que hacer más que tender hacia lo *útil* y asegurarse contra los daños» (8 *b*). Bajo esta perspectiva, el acceso del yo a la realidad escaparía a toda problemática: la forma como el yo pone fin a la satisfacción alucinatoria del deseo cambia de sentido; el yo efectúa la prueba *de la* realidad por intermedio de las pulsiones de autoconservación e intenta a continuación imponer las normas de la realidad a las pulsiones sexuales (para la discusión de esta concepción, *véase:* Prueba de realidad y Yo-placer, Yo-realidad);

d) la relación del yo con el sistema Preconsciente-Consciencia, y especialmente con la percepción y la motilidad, se vuelve muy estrecha.

3.ª En la descripción del conflicto defensivo, y más especialmente en la clínica de la neurosis obsesiva, el yo se afirma como la instancia que se opone al deseo. Oposición que viene señalada por el afecto displacentero y que adquiere desde un principio la forma de una lucha entre dos fuerzas en las que se reconoce igualmente la marca de la pulsión; al querer poner en evidencia la existencia de una neurosis infantil «completa» en *Análisis de un caso de neurosis obsesiva*, Freud descubre: «una pulsión erótica y una rebeldía contra la misma, un deseo (aun no compulsivo) y un temor (ya compulsivo) que lucha contra él, un afecto penoso y un impulso a realizar acciones defensivas» (9). Preocupado por dar al yo, simétricamente a la sexualidad, un soporte pulsional, Freud se ve inducido a describir el conflicto como la oposición entre las pulsiones sexuales y las pulsiones del yo*.

En el mismo orden de ideas, Freud se pregunta sobre el desarrollo de las pulsiones del yo, desarrollo que debería tomarse en consideración a igual título que el desarrollo libidinal, y sugiere que, en el caso de la neurosis obsesiva, el desarrollo de las pulsiones del yo podría ir adelantado sobre el desarrollo libidinal (10).

4.ª Durante este período aparece una nueva concepción, la del yo como objeto de amor, basada especialmente en los ejemplos de la homosexualidad y de las psicosis; esta concepción predominará en cierto número de textos de los años 1914-1915, que marcan un verdadero giro del pensamiento freudiano.

IV. En este período de cambio (1914-1915) se elaboran tres nociones íntimamente ligadas entre sí: el narcisismo*, la identificación* como constitutiva del yo, y la diferenciación, dentro del yo, de ciertos componentes «ideales».

1.º Lo que la introducción del narcisismo implica en cuanto a la definición del yo puede resumirse del siguiente modo:

a) el yo no existe desde un principio ni tampoco aparece como el resultado de una diferenciación progresiva. Para constituirse requiere «una nueva acción psíquica» (11 *a*);

b) se define como *unidad* en relación con el funcionamiento anárquico y fragmentado de la sexualidad que caracteriza al autoerotismo*;

c) se ofrece como objeto de amor a la sexualidad, a igual título que un objeto exterior. Bajo la perspectiva de una génesis de la elección objetal, Freud se ve inducido incluso a establecer la secuencia: autoerotismo, narcisismo, elección objetal homosexual, elección objetal heterosexual;

d) esta definición del yo como objeto impide que sea confundido con el conjunto del mundo interior del sujeto. Así, Freud tiende a mantener, en contraposición a Jung, una distinción entre la introversión* de la libido sobre las fantasías y una «vuelta de aquélla sobre el yo» (11 *b*);

e) desde el punto de vista económico, «el yo debe considerarse como un gran reservorio de libido, de donde ésta es enviada hacia los objetos y que se halla siempre dispuesto a absorber la libido que refluye a partir de los objetos» (12). Esta imagen del reservorio implica que el yo

no es simplemente un lugar de paso para la energía de catexis, sino el lugar de un estancamiento permanente de ésta, e incluso que es constituido como forma por esta carga energética. De ahí la imagen de un organismo, de un «pequeño animal protoplasmático» (11 *c*) que se emplea para caracterizarlo;

f) por último, Freud describe como típica una «elección objetal narcisista»*, en la que el objeto de amor viene definido por su semejanza con el propio yo del individuo. Pero, aparte de un tipo particular de elección objetal, que viene ilustrada, por ejemplo, por ciertos casos de homosexualidad masculina, lo que Freud se ve inducido a modificar para situar el *yo* del sujeto es el conjunto de la noción de elección objetal, incluido el tipo denominado apoyo*.

2.º Durante el mismo período se enriquece considerablemente el concepto de identificación: junto a aquellas formas, reconocidas desde un principio en la histeria, en las que la identificación aparece como transitoria, como una forma de significar, en un auténtico síntoma, una similitud inconsciente entre la persona y otro, Freud distingue otras formas fundamentales de identificación; ésta ya no es sólo la expresión de una relación entre yo y otra persona: el yo puede experimentar una profunda modificación por la identificación, convirtiéndose en el residuo intrasubjetivo de una relación intersubjetiva. Así, en la homosexualidad masculina, «el joven no abandona a su madre, sino que se identifica con ella y se transforma en ella [...]. Lo que sorprende es el alcance de tal identificación: modifica el yo en una de sus partes más importantes, el carácter sexual, según el prototipo de lo que anteriormente era objeto» (13).

3.º Como resultado del análisis de la melancolía y de los procesos que ésta pone de manifiesto, se transforma profundamente la noción de yo.

a) la identificación con el objeto perdido, manifiesta en el melancólico, se interpreta como una regresión a una identificación más arcaica, concebida como una fase preliminar de la elección objetal «[...] en la cual el yo quiere incorporarse este objeto» (14 *a*). Esta idea prepara el camino para una concepción de un yo que no sólo sería remodelado por identificaciones secundarias, sino que desde el principio se constituiría por una identificación que tendría como prototipo la incorporación* oral;

b) el objeto introyectado en el yo es descrito por Freud en términos antropomórficos; es sometido a los peores tratos, sufre, el suicida aspira a matarlo, etc. (14 *b*);

c) con la introyección del objeto, de hecho es toda una relación la que puede interiorizarse al mismo tiempo. En la melancolía, el conflicto ambivalente hacia el objeto será traspuesto a la relación con el yo;

d) el yo no es concebido ya como la única instancia personificada dentro del psiquismo. Algunas partes pueden separarse por escisión, especialmente la instancia crítica o conciencia moral: una parte del yo se sitúa frente a otra, la juzga críticamente, la toma, por así decirlo, como objeto.

Se afirma así la idea, que ya se encuentra en *Introducción al narcisismo*, según la cual la gran oposición existente entre la libido del yo y la libido de objeto no basta para explicar todas las modalidades del retiro narcisista de la libido. La libido «narcisista» puede tener como objetos toda una serie de instancias que forman un sistema complejo y cuya pertenencia al *sistema del yo* es connotada, por lo demás, por los nombres con que Freud las designa: yo ideal*, ideal del yo*, superyó*.

V. La «vuelta» de 1920: como puede verse, esta fórmula sólo puede aceptarse con reservas, por lo menos en lo que respecta a la introducción de la noción de yo. Con todo, no es posible negar el propio testimonio de Freud sobre el cambio esencial que entonces se produjo. Parece que, si la segunda teoría tópica hace del yo un sistema o una instancia, ello se debería ante todo a que tiende a amoldarse a las modalidades del conflicto psíquico mejor que la primera teoría, de la cual puede decirse esquemáticamente que tomaba como eje principal los diversos tipos de funcionamiento mental (proceso primario y proceso secundario). Ahora se elevan a la categoría de *instancias* del aparato psíquico las partes que intervienen en el conflicto, el yo como agente de la defensa, el superyó como sistema de prohibiciones, el ello como polo pulsional. El paso de la primera tópica a la segunda no implica que las nuevas «provincias» invaliden las delimitaciones anteriores entre Inconsciente, Preconsciente y Consciente. Pero, en la instancia del yo, vienen a agruparse funciones y procesos que, dentro del marco de la primera tópica, se hallaban repartidos entre varios sistemas:

1.° La *conciencia*, en el primer modelo metapsicológico, constituía un auténtico sistema autónomo (sistema ω del *Proyecto de psicología científica*), para inmediatamente ser asociada por Freud, en forma no exenta de dificultades, al sistema *Pcs* (*véase:* Conciencia); ahora se precisa su situación tópica: ella es el «núcleo del yo»;

2.° las funciones reconocidas al sistema *Preconsciente* se incluyen, en su mayor parte, en el yo;

3.° el yo, y éste es el punto sobre el que insiste especialmente Freud, es en gran parte *inconsciente*. Así lo demuestra la clínica y, sobre todo, las resistencias inconscientes halladas en la cura: «Hemos encontrado en el propio yo algo que también es inconsciente, que se comporta exactamente igual que lo reprimido, es decir, que produce poderosos efectos sin volverse consciente y que, para ser hecho consciente, exige un trabajo particular» (15 *a*). Con esto Freud abría un camino que fue ampliamente explorado por sus sucesores: se han descrito técnicas defensivas del yo que no sólo son inconscientes en el sentido de que el sujeto ignora sus motivos y el mecanismo, sino además porque presentan un matiz compulsivo, repetitivo, «arreal», que las asemeja a lo reprimido, contra lo cual luchan.

Esta ampliación del concepto de yo implica que se atribuye a éste, en la segunda tópica, las más diversas funciones: control de la motilidad y de la percepción, prueba de la realidad, anticipación, ordenación

temporal de los procesos mentales, pensamiento racional, etc., pero también desconocimiento, racionalización, defensa compulsiva contra las exigencias pulsionales. Como se ha señalado, estas funciones pueden agruparse en pares antinómicos (oposición a las pulsiones y satisfacción de las pulsiones, *insight* y racionalización, conocimiento objetivo y deformación sistemática, resistencia y levantamiento de resistencias, etc.), antinomias que no hacen más que reflejar la situación asignada al yo en relación con las otras dos instancias y la realidad (ε). Según el punto de vista en que se sitúa, Freud resalta, unas veces la heteronomía del yo, otras sus posibilidades de una relativa autonomía. El yo aparece esencialmente como un mediador que se esfuerza en atender exigencias contradictorias; «[...] se halla sometido a una triple servidumbre, por lo cual se encuentra amenazado por tres tipos de peligros: el proveniente del mundo exterior, el de la libido del ello y el de la severidad del superyó [...]. Como ser-limítrofe, el yo intenta actuar de intermediario entre el mundo y el ello, hacer que el ello obedezca al mundo y hacer que el mundo, gracias a la acción muscular, se adapte al deseo del ello» (15 *b*).

VI. La extensión adquirida por la noción de yo en la teoría psicoanalítica lo demuestra tanto la atención que le han prestado numerosos autores como la diversidad de sus modos de abordaje. Así, toda una escuela se ha propuesto como objetivo relacionar las adquisiciones psicoanalíticas con las de otras disciplinas: psicofisiología, psicología del aprendizaje, psicología infantil, psicología social, con vistas a constituir una verdadera psicología general del yo (ζ). Un intento de este tipo hace intervenir nociones como la de energía desexualizada y neutralizada a disposición del yo, la de función llamada «sintética» y la de una esfera no conflictual del yo. El yo se concibe, ante todo, como un aparato de regulación y de adaptación a la realidad, y cuya génesis se intenta explicar por medio de procesos de maduración y de aprendizaje, a partir de la dotación sensorio-motriz del lactante. Incluso aunque puedan encontrarse, en el origen de estos conceptos, algunos puntos de apoyo en el pensamiento freudiano, parece más difícil admitir que la última teoría del aparato psíquico encuentre allí su expresión más adecuada. Ciertamente no se trata de oponer a esta orientación de la *ego psychology* una exposición de lo que sería la «verdadera» teoría freudiana del yo: más bien sorprende la dificultad de situar en una misma línea de pensamiento el conjunto de las aportaciones psicoanalíticas al concepto de yo. Esquemáticamente puede intentarse agrupar las concepciones freudianas en dos orientaciones, considerando los tres grandes problemas que plantean la génesis del yo, su situación tópica (principalmente su relación con el ello) y, por último, lo que se entiende por energía del yo desde un punto de vista dinámico y económico.

A) En una primera perspectiva, el yo aparece como el resultado de una diferenciación progresiva del ello por influencia de la realidad exterior; esta diferenciación parte del sistema Percepción-Conciencia, que se compara con la capa cortical de una vesícula de substancia viva: el

yo «[...] se ha desarrollado a partir de la capa cortical del ello, que, dispuesta para recibir y apartar las excitaciones, se halla en contacto directo con el exterior (la realidad). Tomando como punto de partida la percepción consciente, el yo somete a su influencia territorios progresivamente más amplios, capas cada vez más profundas del ello» (16).

El yo puede entonces definirse como un verdadero órgano que, cualesquiera que sean los fracasos efectivos que sufra, está destinado por principio, como representante de la realidad, a asegurar un control progresivo de las pulsiones: «Se esfuerza en lograr que impere la influencia del mundo exterior sobre el ello y sus tendencias, intenta reemplazar el principio de placer, que reina sin restricción en el ello, por el principio de realidad. La percepción cumple, respecto al yo, una función análoga a la que posee la pulsión dentro del ello» (15 *c*). Como el propio Freud indica, la distinción entre el yo y el ello reasume entonces la oposición entre la razón y las pasiones (15 *d*).

En esta concepción, el problema de la energía de que dispondría el yo no deja de plantear dificultades. En efecto, en la medida en que el yo es el producto directo de la acción del mundo exterior, ¿cómo podría tomar de éste una energía capaz de actuar dentro de un aparato psíquico que funciona, por definición, con su propia energía? En ocasiones Freud se ve inducido a hacer intervenir la realidad, ya no solamente como un dato exterior que el individuo ha de tener en cuenta para regular su funcionamiento, sino con todo el peso de una verdadera instancia (a igual título que las instancias de la personalidad psíquica que son el yo y el superyó) actuando en la dinámica del conflicto (17). Pero, si la única energía de la que dispone el aparato psíquico es la energía interna procedente de las pulsiones, la que se encuentra a disposición del yo sólo puede ser secundaria, derivada del ello. Esta solución, que es la que por lo general suele admitir Freud, tenía forzosamente que conducir a la hipótesis de una «desexualización» de la libido, hipótesis de la que cabe pensar que no hace más que localizar en una noción, a su vez problemática, una dificultad doctrinal (η).

La concepción que acabamos de recordar aquí plantea, en conjunto, dos grandes problemas: por una parte, ¿cómo comprender la tesis, en la que se basa, de una diferenciación del yo dentro de una entidad psíquica cuyas características se hallan mal definidas?, y, por otra, ¿no resulta difícil integrar en esta génesis casi ideal del aparato psíquico toda una serie de aportaciones fundamentales y propiamente psicoanalíticas a la noción de yo?

La idea de una génesis del yo está cargada de ambigüedades, que, por lo demás, fueron mantenidas por Freud a todo lo largo de su obra y que no hacen más que agravarse con el modelo propuesto en *Más allá del principio del placer* (*Jenseits des Lustprinzips*, 1920). En efecto, la evolución de la «vesícula viva» invocada en este texto puede concebirse a distintos niveles: filogenia de la especie humana, o incluso de la vida en general, evolución del organismo humano, y también diferenciación del aparato psíquico a partir de un estado indiferenciado. Así, pues, ¿qué valor debe concederse a esta hipótesis de un organismo simplificado que construiría sus propios límites, su aparato receptor y su protector

contra las excitaciones* bajo el impacto de las excitaciones externas? ¿Se trata de una simple comparación que *ilustra* mediante una imagen, tomada, más o menos válidamente, de la biología (el protozoo), la relación del individuo psíquico con lo que es exterior al mismo? En tal caso, el cuerpo debería, en rigor, considerarse como formando parte del «exterior» en relación con lo que sería una vesícula psíquica, pero esta idea sería contraria al pensamiento de Freud: él jamás consideró equivalentes las excitaciones externas y las internas, o pulsiones, que atacan constantemente, desde dentro, al aparato psíquico e incluso al yo, sin posibilidad de huida. Nos vemos, pues, inducidos a buscar una relación más íntima entre esta representación biológica y su transposición psíquica. En ocasiones Freud se apoya en una analogía real existente, por ejemplo, entre las funciones del yo y los aparatos perceptivos y protectores del organismo: de igual modo que el tegumento constituye la superficie del cuerpo, el sistema Percepción-Conciencia se halla en la «superficie» del psiquismo. Un enfoque de este tipo induce a concebir el aparato psíquico como el resultado de una especialización de las funciones corporales, y el yo como el producto final de una larga evolución del aparato de adaptación.

Por último, a otro nivel, cabe preguntarse si la insistencia de Freud en utilizar esta imagen de una forma viviente caracterizada por su diferencia de nivel energético con respecto al exterior, poseyendo un límite sometido a efracciones, que constantemente debe defenderse y reconstituirse, no se basa en una relación real entre la génesis del yo y la imagen del organismo, relación que Freud sólo en raras ocasiones formuló explícitamente: «El yo es, ante todo, un yo corporal, no es solamente un ser de superficie, sino que él mismo es la proyección de una superficie» (15 *e*). «El yo deriva, en último término, de sensaciones corporales, principalmente de las que se originan en la superficie del cuerpo. Puede así considerarse como una proyección mental de la superficie del cuerpo, junto al hecho [...] de que representa la superficie del aparato mental» (θ). Esta indicación invita a definir la instancia del yo como basada en una operación psíquica real consistente en una «proyección» del organismo en el psiquismo.

B) Esta última observación invitaría, por sí sola, a agrupar toda una serie de ideas, centrales en psicoanálisis, que permiten definir otra perspectiva. Ésta no elude el problema de la génesis del yo; busca la solución, no recurriendo a la idea de una diferenciación funcional, sino haciendo intervenir operaciones psíquicas particulares, verdaderas precipitaciones en el psiquismo de rasgos, imágenes, formas tomadas del otro humano (*véase especialmente:* Identificación; Introyección; Narcisismo; Fase del espejo; Objeto «bueno», objeto «malo»). Los psicoanalistas se han dedicado a investigar los momentos electivos y las etapas de estas identificaciones, y a definir las que son específicas a las diversas instancias: yo, yo ideal, ideal del yo, superyó. Se observará que, entonces, la relación del yo con la percepción y con el mundo exterior adquiere un nuevo sentido, sin quedar suprimida: el yo no es tanto un aparato que se desarrollaría a partir del sistema Percepción-Conciencia como una formación interna que tendría su origen en *ciertas percepciones* privi-

legiadas, provenientes, no del mundo exterior en general, sino del mundo interhumano.

Desde el punto de vista tópico, el yo se define entonces, más que como una emanación del ello, como un objeto al que apunta éste: la teoría del narcisismo y el concepto correlativo de una libido orientada hacia el yo *o* hacia un objeto exterior, según un verdadero equilibrio energético, lejos de ser abandonada por Freud con el advenimiento de la segunda tópica, será reafirmada hasta en sus últimos trabajos. La clínica psicoanalítica, especialmente la de las psicosis, habla también en favor de esta concepción: menosprecio y odio del yo en el melancólico, ampliación del yo hasta fusionarlo con el yo ideal en el maníaco, pérdida de los «límites» del yo, por retiro de la catexis de éstas en los estados de despersonalización (como ha hecho resaltar P. Federn), etc.

Finalmente, el difícil problema del soporte energético que sería preciso atribuir a las actividades del yo se presta a ser mejor examinado cuando se relaciona con el concepto de catexis narcisista. Entonces el problema estriba menos en saber lo que significa el hipotético cambio cualitativo denominado desexualización o neutralización, que en comprender cómo el yo, objeto libidinal, puede constituir no sólo un «reservorio», sino también el sujeto de las catexis libidinales que de él emanan.

Esta segunda línea de pensamiento, de la que hemos dado aquí algunos elementos, se nos aparece, en la medida en que permanece más próxima a la experiencia y a los descubrimientos analíticos, como menos sintética que la primera; deja pendiente, sobre todo, la necesaria tarea de articular a una teoría propiamente psicoanalítica del aparato psíquico, toda una serie de operaciones y de actividades que, con la preocupación de edificar una psicología general, una escuela psicoanalítica ha clasificado, como cosa obvia, entre las funciones del yo.

(α) Sin embargo, en los pasajes de los *Estudios sobre la histeria* (*Studien über Hysterie*, 1895) que tratan del yo, Freud no deja de utilizar otros términos específicos para designar *das Individuum, die Person*.

(β) Según atestiguaría por sí sola la célebre fórmula *Wo Es war, soll Ich werden*, literalmente: «donde ello era, yo debo advenir», con la que termina una larga exposición sobre el *yo*, el *ello* y el *superyó*.

(γ) Cierto número de caracteres del yo permiten comparar el yo del *Proyecto de psicología científica* con lo que el pensamiento contemporáneo ha denominado una *Gestalt*, una forma: límites relativamente fijos, con, no obstante, posibilidad de ciertas fluctuaciones, que no alteran el equilibrio de la forma, el cual queda asegurado por la persistencia del núcleo *(ichkern)*; constancia de un nivel energético en comparación con el resto del psiquismo; buena circulación de energía en el interior del yo, que contrasta con la barrera que constituye su periferia; efecto de atracción y de organización (descrito por Freud con el nombre de catexis lateral: *Nebenbesetzung*), ejercido por el yo sobre los procesos que se desarrollan al exterior de sus propios límites. Asimismo, una *Gestalt* polariza y organiza el campo en el cual ella se destaca, estructura su fondo. Lejos de ser el yo el lugar, o incluso el sujeto, del pensamiento, y en general de los procesos secundarios, éstos pueden comprenderse como el efecto de su poder regulador.

(δ) Podría establecerse entonces la siguiente hipótesis: si la función defensiva y la instancia misma del yo se atenúan en la metapsicología de *La interpretación de los sueños*, ¿no se debe a que el yo, en el sueño, se encuentra en una posición totalmente distinta a la que ocupa en el conflicto defensivo? Deja de ser un polo de este conflicto. Su catexis narcisista (deseo de dormir) lo ensancha, por así decirlo, hasta las dimensiones de la escena del sueño, al mismo tiempo que tiende a hacerlo coincidir con el yo corporal (18).

(ε) Para una crítica de las incoherencias e insuficiencias de la teoría usual de las funciones del yo, remitimos al lector al trabajo de D. Lagache *La psychanalyse et la structure de la personnalité* (19).

(ζ) Véase especialmente la obra de Hartmann, Kris y Loewenstein, y la de D. Rapaport.

(η) Algunos autores, conscientes de esta dificultad, han intentado dotar al yo de una pulsión específica que comporta sus aparatos, esquemas de ejecución y su propio placer. Así, I. Hendricks ha descrito un *instinct to master* (*véase:* Pulsión de apoderamiento).

(θ) Esta nota, como indican los editores de la *Standard Edition*, no figura en las ediciones alemanas de *El yo y el ello*. Aparece en la traducción inglesa de 1927, donde se precisa que ha merecido la aprobación de Freud (20).

YO IDEAL

= *Al.:* Idealich. — *Fr.:* moi idéal. — *Ing.:* ideal ego. — *It.:* io ideale. — *Por.:* ego ideal.

Formación intrapsíquica que algunos autores, diferenciándola del ideal del yo, definen como un ideal de omnipotencia narcisista forjado sobre el modelo del narcisismo infantil.

Freud creó el término *Idealich*, que se encuentra en *Introducción al narcisismo* (*Zur Einführung des Narzissmus*, 1914) y en *El yo y el ello* (*Das Ich und das Es*, 1923). Pero no se encuentra en él una distinción conceptual entre *Idealich* (yo ideal) e *Ichideal* (ideal del yo).

Siguiendo a Freud, algunos autores han recogido el par formado por estos dos términos para designar dos formaciones intrapsíquicas distintas.

Especialmente Nunberg hace del yo ideal una formación genéticamente anterior al superyó: «El yo todavía no organizado, que se siente unido al ello, corresponde a una condición ideal [...]» (1). En el curso de su desarrollo, el sujeto dejará tras de sí este ideal narcisista y aspirará a retornar al mismo, lo que ocurre, sobre todo, aunque no exclusivamente, en las psicosis.

D. Lagache ha subrayado el interés que existe en distinguir el polo de identificaciones representado por el yo ideal del constituido por el par ideal del yo-superyó. Según él, se trata de una formación narcisista inconsciente, pero la concepción de Lagache no coincide con la de Nunberg: «El yo ideal, concebido como un ideal narcisista de omnipotencia, no se reduce a la unión del yo con el ello, sino que implica una identificación primaria con otro ser, catectizado con la omnipotencia, es decir, con la madre» (2 *a*). El yo ideal sirve de soporte a lo que Lagache ha descrito con el nombre de *identificación heroica* (identificación con personajes excepcionales y prestigiosos): «El yo ideal se revela también por la admiración apasionada hacia grandes personajes de la historia o de la vida contemporánea, que se caracterizan por su independencia, su orgullo, su ascendiente. A medida que progresa la cura, se ve al yo ideal

insinuarse, emerger, como una formación irreductible al Ideal del yo» (2 *b*). Según D. Lagache, la formación del yo ideal tiene implicaciones sadomasoquistas, especialmente la negación del otro correlativa de la afirmación de sí mismo (*véase:* Identificación con el agresor). Para J. Lacan, el yo ideal constituye también una formación esencialmente narcisista, que tiene su origen en la fase del espejo* y que pertenece al registro de lo imaginario* (3).

Aparte de las divergencias de perspectivas, estos diferentes autores coinciden, tanto en la afirmación de que interesa especificar, en la teoría psicoanalítica, la formación inconsciente del yo ideal, como en el hecho de subrayar el carácter narcisista de esta formación. Por lo demás, se observará que el texto en que Freud introduce dicho término sitúa, en el origen de la formación de las instancias ideales de la personalidad, el proceso de idealización, en virtud del cual el sujeto se propone como fin reconquistar el estado llamado de omnipotencia del narcisismo infantil.

YO-PLACER — YO-REALIDAD

= *Al.:* Lust-Ich - Real-Ich. — *Fr.:* moi-plaisir - moi-réalité. — *Ing.:* pleasure-ego - reality-ego. — *It.:* io-piacere - io-realtà. — *Por.:* ego-prazer - ego-realidade.

Términos utilizados por Freud aludiendo a una génesis de la relación del sujeto con el mundo exterior y del acceso a la realidad. Ambos términos se oponen siempre entre sí, pero con acepciones demasiado distintas para que se pueda proponer una definición unívoca de ellos, y con significaciones que se imbrican demasiado para ser fijadas en múltiples definiciones.

La oposición entre yo-placer y yo-realidad fue adelantada por Freud principalmente en: *Formulaciones sobre los dos principios del funcionamiento psíquico* (*Formulierungen über die zwei Prinzipien des psichischen Geschehens*, 1911), *Las pulsiones y sus destinos* (*Triebe und Triebschicksale*, 1915), y *La negación* (*Die Verneinung*, 1925). Señalemos, ante todo, que estos trabajos, que corresponden a distintos momentos del pensamiento de Freud, muestran, sin embargo, una continuidad entre sí y no tienen absolutamente en cuenta las modificaciones aportadas a la definición del yo con motivo del paso de la primera a la segunda tópica.

1.° En las *Formulaciones sobre los dos principios del funcionamiento psíquico*, la oposición entre yo-placer y yo-realidad se pone en relación con la existente entre principio de placer* y principio de realidad*. Freud utiliza aquí los términos de *Lust-Ich* y *Real-Ich* para designar la evolución de las pulsiones del yo*. Las pulsiones, que, en un principio, funcionan según el principio de placer, se someten progresivamente al principio de realidad, pero esta evolución es menos rápida y menos completa para las pulsiones sexuales, más difíciles de «educar» que las pulsiones del yo. «Al igual que el yo-placer no puede hacer otra cosa que desear, trabajar para conseguir el placer y evitar el displacer, el yo-realidad

no tiene más misión que tender hacia lo útil y asegurarse contra los daños» (1). Señalemos que el yo se considera aquí esencialmente desde el punto de vista de las pulsiones que, según se cree, le proporcionan un soporte energético; yo-placer y yo-realidad no son dos formas radicalmente distintas del yo, sino que definen dos modos de funcionamiento de las pulsiones del yo, según el principio de placer y según el principio de realidad.

2.° En *Las pulsiones y sus destinos*, el punto de vista es también genético, pero lo que se considera no es la articulación de un principio con el otro ni la evolución de las pulsiones del yo, sino la génesis de la oposición sujeto (yo)-objeto (mundo exterior), en cuanto es correlativa de la oposición placer-displacer.

Dentro de esta perspectiva, Freud distingue dos etapas: en la primera, el sujeto «[...] coincide con lo que es placentero, y el mundo exterior con lo que es indiferente» (2 *a*); en la segunda, el sujeto y el mundo exterior se oponen como lo que es placentero a lo que es displacentero. El sujeto, en la primera etapa, es calificado de yo-realidad; en la segunda, de yo-placer; como puede verse, la sucesión de los términos es inversa a la del texto anterior, pero estos términos, y especialmente el de yo-realidad, se toman en un sentido distinto: la oposición entre yo-realidad y yo-placer se sitúa aquí previamente a la introducción del principio de realidad; el paso del yo-realidad al yo-placer «[...] se realiza bajo la supremacía del principio de placer» (2 *b*).

Este «yo-realidad del principio» es calificado así por Freud debido a «[...] que distingue interior y exterior según un buen criterio objetivo» (2 *c*), afirmación que podría entenderse del siguiente modo: constituye una posición inicial objetiva la de relacionar con el sujeto las sensaciones de placer y de displacer, sin hacer de ellas cualidades del mundo exterior que en sí es indiferente.

¿Cómo se constituye el yo-placer? El sujeto, al igual que el mundo exterior, se halla escindido en una parte placentera y una parte displacentera; de ello resulta una nueva repartición, de forma que el sujeto coincide con todo lo placentero y el mundo con todo lo displacentero; esta repartición se efectúa mediante una introyección* de la parte de los objetos del mundo exterior que es fuente de placer, y una proyección* al exterior de lo que, en el interior, es ocasión de displacer. Esta nueva posición del sujeto permite definirlo como «yo-placer purificado», estando todo lo displacentero fuera.

Vemos, pues, que en *Las pulsiones y sus destinos* el término «yo-placer» no significa ya solamente un yo regido por el principio de displacer-placer, sino un yo identificado con lo placentero en contraposición a lo displacentero. Dentro de esta nueva acepción, lo que se contrapone siguen siendo dos etapas del yo, pero esta vez definidas por una modificación de su límite y de sus contenidos.

3.° En *La negación*, Freud continúa utilizando la distinción entre yo-placer y yo-realidad, y ello dentro de la misma perspectiva que en el texto anterior: ¿cómo se constituye la oposición sujeto-mundo exterior? La expresión de «yo-realidad del principio» no es recogida literalmente; sin embargo, no parece que Freud haya renunciado a esta idea, puesto

que afirma que, desde un principio, el sujeto dispone de un acceso objetivo a la realidad: «En el origen, la existencia de la representación es una garantía de la realidad de lo representado» (3 *a*).

El segundo tiempo, el del «yo-placer», se describe en los mismos términos que en *Las pulsiones y sus destinos:* «El yo-placer originario [...] desea introyectarse todo lo que es bueno y expulsar de sí todo lo que es malo. Para él, lo malo, lo extraño al yo, lo que está fuera, son al principio idénticos» (3 *b*).

El «yo-realidad definitivo» correspondería a un tercer tiempo, aquel en que el sujeto intenta encontrar en el exterior un objeto real que corresponda a la representación del objeto primitivamente satisfactorio y perdido (*véase:* Experiencia de satisfacción): esto corresponde a la prueba de realidad*.

Este paso del yo-placer al yo-realidad depende, como en las *Formulaciones sobre los dos principios del funcionamiento psíquico*, de la instauración del principio de realidad.

La oposición entre yo-placer y yo-realidad jamás fue integrada por Freud en el conjunto de sus concepciones metapsicológicas, y especialmente en su teoría del yo como instancia del aparato psíquico. Sin embargo, es evidente el interés de establecer tal articulación; este enfoque facilitaría la solución de cierto número de dificultades de la teoría psicoanalítica del yo:

1.ª los puntos de vista freudianos sobre la evolución del yo-placer - yo-realidad constituyen una tentativa de establecer una mediación, una génesis, aunque sea mítica, entre el individuo biopsicológico (que, a nuestro modo de ver, puede asimilarse el «yo-realidad del principio» establecido por Freud) y el yo como instancia;

2.ª atribuyen dicha génesis a operaciones psíquicas primitivas de introyección y de proyección, mediante las cuales se constituye el límite de un yo que comporta un interior y un exterior;

3.ª tienen el mérito de disipar el equívoco (que no ha cesado de gravitar sobre la teoría psicoanalítica) inherente a términos como el de narcisismo primario*, en la medida en que a menudo se entiende por tal un hipotético estado originario durante el cual el individuo no tendría acceso alguno, ni siquiera rudimentario, al mundo exterior.

Z

ZONA ERÓGENA

= *Al.:* erogene Zone. — *Fr.:* zone érogène. — *Ing.:* erotogenic zone. — *It.:* zona erogena. — *Por.:* zona erógena.

Toda región del revestimiento cutáneo-mucoso susceptible de ser asiento de una excitación de tipo sexual.

De un modo más específico, ciertas regiones que son funcionalmente el asiento de tal excitación: zona oral, anal, uretro-genital, pezón.

La teoría de las zonas erógenas, bosquejada por Freud en las cartas a W. Fliess del 6-XII-1896 y del 14-XI-1897, apenas ha variado desde su publicación en los *Tres ensayos sobre la teoría sexual* (*Drei Abhandlungen zur Sexualtheorie*, 1905) (1 *a*). Toda región del revestimiento cutáneo-mucoso puede funcionar como zona erógena, y Freud extiende incluso la propiedad llamada erogeneidad* a todos los órganos internos (2): «Hablando con propiedad, todo el cuerpo es una zona erógena» (3). Pero algunas zonas parecen «predestinadas» a esta función. Así, en el ejemplo de la actividad de succión, la zona oral se halla fisiológicamente determinada a su función erógena; en la succión del pulgar, este último participa en la excitación sexual como «una segunda zona erógena, aunque sea de menor valor» (1 *b*). Las zonas erógenas son fuentes* de diferentes pulsiones parciales (autoerotismo*). Determinan, con mayor o menor especificidad, cierto tipo de fin* sexual.

Si bien la existencia y el predominio de ciertas zonas corporales en la sexualidad humana siguen siendo un dato fundamental de la experiencia psicoanalítica, no basta para explicarlo una interpretación puramente anatomo-fisiológica. Conviene considerar que las zonas erógenas constituyen, en el origen del desarrollo psicosexual, los puntos de elección de los intercambios con el ambiente, al mismo tiempo que solicitan, por parte de la madre, la máxima atención, cuidados y, por consiguiente, excitaciones (4).

ZONA HISTERÓGENA

= *Al.*: hysterogene Zone. — *Fr.*: zone hystérogène. — *Ing.*: hysterogenic zone. — *It.*: zona isterogena. — *Por.*: zona histerógena.

Aquella región del cuerpo de la cual Charcot, y más tarde Freud, mostraron que era, en ciertos casos de histeria de conversión, el asiento de fenómenos sensitivos especiales; calificada por el enfermo de dolorosa, esta región aparece al examen como libidinalmente catectizada, y su excitación provoca reacciones parecidas a las que acompañan al placer sexual y que pueden llegar hasta el ataque histérico.

Charcot llamaba zonas histerógenas «[...] aquellas regiones del cuerpo, más o menos circunscritas, a nivel de las cuales la presión o la simple fricción determina, más o menos rápidamente, el fenómeno del *aura*, al cual sigue alguna vez, si se insiste, el ataque histérico. Estos puntos o, mejor, estas zonas, tienen además la propiedad de constituir el asiento de una sensibilidad permanente [...]. Una vez desarrollado el ataque, puede ser a menudo interrumpido mediante una presión enérgica ejercida sobre estos mismos puntos» (1).

Freud toma el término «zona histerógena» de Charcot y enriquece su significación en los *Estudios sobre la histeria* (*Studien über Hysterie*, 1895): «[...] algunas zonas las designa el enfermo como dolorosas; pero cuando el médico, durante la exploración, las comprime o pellizca, provoca reacciones [...] parecidas a las que suscita un cosquilleo voluptuoso» (2 *a*). Freud relaciona estas reacciones con el ataque histérico, el cual sería un «equivalente del coito» (3).

Así, pues, la zona histerógena es una región del cuerpo que se ha vuelto erógena. Freud, en los *Tres ensayos sobre la teoría sexual* (*Drei Abhandlungen zur Sexualtheorie*, 1905), subrayó el hecho de que «zonas erógenas y zonas histerógenas presentan los mismos caracteres» (4). En efecto, mostró (*véase:* Zona erógena) que cualquier región del cuerpo se podía convertir a su vez en erógena, por desplazamiento a partir de las zonas funcionalmente predispuestas para procurar el placer sexual. Este proceso de erogeneización actúa especialmente en el histérico.

Las condiciones para tal desplazamiento se encuentran en la historia del sujeto. Así, por ejemplo, el *Caso de Elisabeth von R...*, de los *Estudios sobre la histeria*, muestra cómo se constituye una zona histerógena: «La enferma comenzó sorprendiéndome al anunciarme que ella sabía ahora por qué razón los dolores comenzaban siempre por un punto determinado del muslo derecho y alcanzaban allí la máxima intensidad. Era precisamente allí donde, cada mañana, su padre apoyaba su pierna hinchada, cuando ella le cambiaba los vendajes. Esto le había ocurrido por lo menos un centenar de veces y, cosa notable, hasta este momento no había pensado en tal relación; de este modo la paciente me ofreció la explicación de la formación de una zona histerógena atípica» (2 *b*).

Como puede apreciarse, el concepto de zona histerógena se modifica al pasar de Charcot a Freud: 1) Éste considera la zona histerógena como asiento de excitaciones sexuales; 2) No admite la topografía fija que intentó establecer Charcot, sino que afirma que cualquier región del cuerpo puede volverse histerógena.

Bibliografía

ABREACCIÓN

(1) BREUER (J.) y FREUD (S.). *a*) Cf. G. W., I, 81-89; S. E., II, 3-10; Fr., 1-7; O. C., I, 25-30. — *b*) G. W., I, 87; S. E., II, 8; Fr., 5-6; O. C., I, 28. — *c*) G. W., I, 223-4; S. E., II, 158; Fr., 125; O. C., I, 92. — *d*) G. W., I, 90; S. E., II, 11; Fr., 8; O. C., I, 29. — *e*) G. W., I, 89; S. E., II, 10; Fr., 7; O. C., I, 29.

ABSTINENCIA (REGLA DE LA —, PRINCIPIO DE LA —)

(1) FREUD (S.). *Bemerkungen über die Übertragungsliebe*, 1915. G. W., X, 313; S. E., XII, 165; Fr., 122-3; O. C., II, 353.
(2) FREUD (S.). *Wege der psychoanalytischen Therapie*, 1918. G. W., XII, 188; S. E., XVII, 163; Fr., 136; O. C., II, 359.

ACCIÓN ESPECÍFICA

(1) *a*) Cf. FREUD (S.). G. W., I, 334-5; S. E., III, 108; O. C., I, 189. — *b*) Cf. FREUD (S.). G. W., I, 333-9; S. E., III, 106-12; O. C., I, 188-91.
(2) Cf. FREUD (S.). *Aus den Anfängen der Psychoanalyse*, 1887-1900. Al., 381; Ing., 357; Fr., 317; O. C., I, 779.
(3) FREUD (S.). *Drei Abhandlungen zur Sexualtheorie*, 1905. G. W., V, 33; S. E., VII, 135; Fr., 17; O. C., III.

«ACTING OUT»

(1) FREUD (S.). *Abriss der Psychoanalyse*, 1938. G. W., XVII, 103; S. E., XXIII, 177; Fr., 40; O. C., III, 1038.

ACTIVIDAD-PASIVIDAD

(1) FREUD (S.). *Triebe und Triebschicksale*, 1915. — *a*) G. W., X, 214-5; S. E., XIV, 122; Fr., 34; O. C., I, 1049. — *b*) G. W., X, 220; S. E., XIV, 128; Fr., 45; O. C., I, 1052.
(2) FREUD (S.). *Drei Abhandlungen zur Sexualtheorie*, 1905. G. W., V, 99; S. E., VII, 198; Fr., 96; O. C., I, 810.
(3) MACK BRUNSWICK (R.) en: *Psa. Read. a*) 234. — *b*) 234-5.

ACTUAR

(1) FREUD (S.). *Abriss der Psychoanalyse*, 1938. G. W., XVII, 101; S. E., XXIII, 176; Fr., 44; O. C., III, 1037.
(2) FREUD (S.). *Erinnern, Wiederholen und Durcharbeiten*, 1914. G. W., X, 130; S. E., XII, 151; Fr., 109; O. C., II, 347.
(3) FREUD (S.). G. W., II-III, 573; S. E., V, 567; Fr., 405; O. C., I, 563.